Álex de Sande

QUIERO TOMAR REFUGIO EN TU CORAZÓN

© Álex de Sande
© Quiero tomar refugio en tu corazón

ISBN papel: 978-84-686-6254-1
ISBN digital: 978-84-686-6255-8
Depósito legal: M-7414-2015

Impreso en España

Editado por Bubok Publishing S.L.

«El camino no está en el cielo. El camino está en el corazón».

BUDA

AGRADECIMIENTOS

Podría escribir otro libro de gratitud a toda la gente, que con su ayuda indirecta y su influencia inconsciente han hecho realidad esta obra. Creo que los sueños se cumplen cuando tu ilusión desbordante contagia de entusiasmo a los demás.

Nunca olvidaré a mi padre por su apoyo discreto, por estar ahí siempre, por su enorme bondad. Ahora en esa otra dimensión espiritual en que percibo su ausencia, le agradezco su perseverante insistencia en que acabara de una vez las muchas novelas que tenía empezadas. Recuerdo que me preguntó con ironía si escribía en esta vida para publicar en la otra. Y quizá tenía razón. Te quiero mucho y espero que me perdones por habértelo dicho poco.

Deseo agradecer a mi madre, desde lo más profundo de mi corazón, que me diese la vida, la mía y la suya, por haberme trasmitido su pasión por la literatura, por haberse entregado en cuerpo y alma a sus hijos, por apoyarme tanto y haberle devuelto tan poco. Sé que me ayudas a no desfallecer desde el otro mundo. Te quiero en desmesura y te añoro en soledad. Necesitaré muchas vidas para compensarte.

Me gustaría recordar a mi hermano Pedro, que vivió poco para morir deprisa, por haber velado mis sueños e iluminado mis duermevelas, enseñándome a escribir a oscuras y con los ojos cerrados, para ver hacia dentro y expresar hacia fuera los sentimientos que se refugian en el interior, emociones de luz y de sombra.

Debo reconocer el apoyo psicológico que mi hermano Félix me ha brindado en los momentos difíciles, y por estar ahí, como buen terapeuta Gestalt, para que aprendiese a tener la confianza necesaria para superar las adversidades.

Manifiesto mi entrañable gratitud por la amabilidad y el afecto a las personas del centro budista Dag Shang Kagyü en Panillo, cerca de Graus, provincia de Huesca, lugar donde conocí al monje Karma Tenpa, una persona iluminada en la humildad, que me trasmitió en sus cursos de meditación budista la manera de entrenar la mente para despertar el corazón. Espero la benevolencia de todos los que hice protagonistas de algunos capítulos sin saberlo, y las disculpas de los que sin pretenderlo, me olvidé.

Por último, debo agradecer a Chelo Lázaro Prieto, maravillosa profesora de yoga y meditación, el mucho cariño y amor que me ha dado.

P. D. 1. Consciente de mi fragilidad, de mis dudas, de mis angustias, debo bendecir a Buda por haberme iluminado este camino y a Dios, por haberme dado fuerzas para recorrerlo.

P. D. 2. Me gustaría compartir la mitad de los beneficios de esta obra con la Fundación de Dag Shang Kagyü, Cáritas, Stop Ceguera, Creciendo en Nepal y Fundación Vicente Ferrer.

CAPÍTULO 1

De repente, ella se despertó con la angustia de ahogarse en su propio mar interior, donde yacían sus sueños náufragos. Con la respiración acelerada se dio cuenta de que hiperventilaba. Empezó a aplicar las técnicas de relajación que había aprendido en las sesiones preparatorias al parto. Apenas había descansado unas horas por el disgusto de saber que la academia en la que trabajaba había cerrado sin previo aviso. Llevaba meses sin cobrar, pero tenía la esperanza de que algo le ingresarían en la cuenta. Esa ansiedad la empujaba a ir al cajero automático del banco hasta diez veces en un día. Al reclamar a sus antiguos jefes, siempre le daban nuevas excusas y le pedían más paciencia. Tenía la sensación de estar hundiéndose en la adversidad sin ninguna esperanza.

El divorcio fue una liberación. No iba a consentir nunca más las humillaciones ni los maltratos físicos ni psicológicos de ningún hombre. Con dignidad iba a criar a su hija sin tener que arrastrarse ante nadie. Por eso, debía sacar fuerzas de flaqueza para resistir y continuar luchando sin desfallecer.

Las paredes de la habitación y las del resto del piso estaban pintadas de color gris, a gusto de su exmarido. Ahora le parecían tan asfixiantes como los muros de una cárcel y quizá lo eran, porque se sentía prisionera de una realidad agobiante que no la dejaba salir. Por eso, había empezado a empapelarlas con folios en blanco,

como si fueran ventanitas en las que escribía frases que le ayudaban a levantar el ánimo y a desahogarse, porque sabía que el rencor y el odio que se guardan dentro acaban por carcomer el alma. Volvió a leer las palabras que escribió con el coraje, el dolor y la mucha rabia acumulada de las mujeres que nunca se rinden antes de la batalla:

«Hay personas que empiezan a morir en vida. Otras están muertas y aún no lo saben. La putrefacción es sutil y rauda. Algunos, al sentir el olor a cadaverina, se embalsaman, pero ya es tarde, pues empiezan a pudrirse por dentro, siendo el corazón lo primero que devoran los gusanos.»

Tumbada en la cama, pensó que desde pequeña había confiado en el poder de los sentimientos y la capacidad de las palabras para atraparlos. Ahora se refugiaba en la lectura para huir de la realidad al sumergirse en otras historias, la mayoría de superación personal, cuyas protagonistas se enfrentaban a la fatalidad y sabían convertir la debilidad en fortaleza.

El timbre de la puerta sonó de manera insistente. Ella sabía, por su forma impaciente de llamar, que era él. Respiró profundamente, se puso la bata y con serenidad se levantó. No iba a correr a abrirle como antes, porque tampoco eran horas para que fuera a visitarla. La última vez que sucedió algo parecido, se puso tan nerviosa que al apresurarse se tropezó con el calefactor y se rompió un brazo. En ese momento, el sonido del timbre se complementó con una batería de golpes en la puerta *in crescendo*. ¡Toc, toc, toc...! ¡Pum, pum, pum, pum...! ¡Pam, pam, pam, pam, pam...! Y su voz grave empezó a sentirse desde el rellano a medida que arremetía con más furia:

—¡Abre, abre, que sé que estás ahí! ¡Abre, guarra, o tiro la puerta abajo! ¡Seguro que te he pillado con alguno en la cama! ¡Cómo le coja le parto las piernas o le capo vivo!

Ella se estremeció. Con las manos temblorosas, empezó a quitar los cerrojos con miedo y torpeza. Cuando fue a abrir, él embistió la puerta con tanta bravura, como un toro al entrar en la plaza, que se la llevó por delante de un empujón. Lucía, que era menuda, voló por el aire hasta caer de espaldas sobre la mesita que había enfrente

del sofá, y un estrepitoso ruido de cristales rotos se oyó en el edificio entero. Los gatos huyeron y algunos vecinos atrapados en la cobardía bajaron las persianas, tras cerrar las ventanas a cal y canto. Otros quitaron el volumen del televisor para escuchar la discusión que se presagiaba. No era la primera vez ni sería la última.

Una mujer frágil, igual que una delicada muñeca de nacarado rostro, quedó encajonada en el esqueleto rectangular del mueble, mientras su fina piel de caolín se teñía de rojo. Un hombre corpulento, de dos metros de altura, grande como un armario de tres puertas con altillos, la contemplaba con un gesto de prepotencia.

—¡Maldito...! ¡Eres una bestia...! Ahora mismo llamo a la policía.

—¡Ni se te ocurra! —contestó él, arrancando enfurecido el cable del teléfono.

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada, porque hacía una semana que le habían cortado la línea por impago. Con dificultad intentó levantarse, pero él no hizo ningún gesto para ayudarla. Tampoco ella lo hubiera aceptado, aún tenía cierto orgullo y mucho amor propio.

Tras el estruendo y el jaleo, una niña apareció en el salón. Lloraba. Enseguida, su llanto cesó al ver ensangrentadas la cara y las manos de su madre. La pequeña se había herido varias veces y sabía por propia experiencia que aquel color iba asociado con el dolor.

—¡Mami, mami, mami...! ¿Qué te pasa...? ¿Estás bien...?

El padre la apartó de un manotazo y le ordenó:

—¡Cría, vete a la cama o te arranco la cabeza!

La chiquilla respondió:

—¡Hombre malo, hombre malo…!

Y se lanzó contra su pierna, pero él la cogió por el pijama, la dejó suspendida en el aire, y la preguntó irritado:

—¿No saludas a tu queridísimo papaíto?

—¡No te quiero, te odio...! ¡Fuera, fuera, fuera, Satán...! —respondió la pequeña.

—¡Enhorabuena...! ¡Hay que ver cómo la has puesto en mi contra! ¡Cabrona...! Está claro que le has lavado el cerebro con mentiras y palabras envenenadas. Se nota que la llevas mucho a misa

y a catequesis. Sinceramente, ya te la puedes quedar y aguantarla el resto de tu asquerosa vida. Sospecho que no es hija mía, esta piojosa no se me parece en nada.

—¿Qué dices...? ¡Imbécil...! —gritó ella, mientras se vendaba las heridas de los brazos para cortar la hemorragia, y añadió—: Siempre te fui fiel, cosa que tú no puedes decir, porque bien te pillé cuando te liaste con la vecina. Sí, la que era bailarina del recién inaugurado Plata Club, el mejor de Zaragoza. Querías aprender un nuevo paso de tango y bien que te los enseñó. Lástima que solo te pegara una sífilis con gonorrea incluida. Tuve suerte de que no me infectases.

—Aquello es agua pasada. A ver si me lo vas a tener que restregar por la cara siempre que me veas. Aunque parece que tú te has propuesto recuperar el tiempo perdido.

—¿Qué insinúas...? ¡Si has de recriminarme algo, dilo claro, no seas cobarde! —Ella sabía que no soportaba esa palabra, porque siempre presumía de valiente.

—El otro día te vi tomando unas copas en la taberna Ángel Azul, y pude comprobar que ibas bien acompañada.

—Pues debiste mirar muy bien, porque el local cada vez está más oscuro. A este paso, tendremos que entrar con linternas. Era un antiguo compañero de la gestoría donde trabajé a horas en la zona de las Fuentes. Se ve que lo han despedido por culpa de la maldita crisis. El pobre no encuentra empleo ni por casualidad, y está tan desesperado que piensa marcharse fuera de Aragón. El problema que tiene es que cuida de su madre, que es viuda e inválida.

—¡No sé, no sé...! Por casualidad, el viernes te volví a ver. Estabas en la taberna Canterbury Salamero tomando unas cervezas, acompañada de unos guaperas que te cuchicheaban cosas al oído y te hacían reír mucho. Coqueteaban contigo y se ve que a ti te gustaba. ¡Claro... ibas de ligue! Recién salida de la peluquería, maquillada de forma natural y labios de rojo pasión. Vi como no parabas de enredar tus dedos en los rizos de tu melena, a la que habías dado un baño de color castaño claro que te favorecía mucho. Encima, ibas enfundada en unos vaqueros ceñidos para marcar curvas y te balanceabas melosa sobre tus taconazos de infarto, sin dejar de tontear con los dos.

—¡Querido...! ¡Alucinas! Esos chicos eran monitores del gimnasio al que iba antes. Los llamábamos los *Cruasanes* por su forma culturista de poner los brazos. Se alegraron mucho de encontrarme por la calle después de tantos años sin verme. Ya les expliqué que me borré cuando me quedé embarazada y tuve a nuestra hija. Les dije que la he criado hasta ahora y encima tuve que compaginarlo con el trabajo a media jornada, el voluntariado con invidentes y el cuidado de mi padre.

—No me extraña que se pusieran tan contentos al verte: si ibas pidiendo guerra. Parece que ahora te han vuelto las ganas de divertirte, aunque tengas que abandonar a la niña los fines de semana.

—¡Perdona! Cuando salgo, la dejo en casa de la vecina. Ahora voy a empezar a salir un poco más, porque necesito olvidar mis penas.

—¡Dilo... dilo...! Quieres sentir el ardiente deseo de desayunarte a uno de esos Cruasanes cada mañana.

—No lo sabes tú bien, y si son rellenos de chocolate están más deliciosos. Tengo una duda. A ver, ¿no estamos divorciados? Pues hago con mi vida lo que me da la gana. No tengo que dar explicaciones a nadie.

—Ya vi que invitabas a esos adonis a tu casa. Seguro que te lo hiciste con el alto primero, y con el otro, después, o con los dos a la vez. Te gusta zorrear, como a todas las mujeres. ¡Sois unas golfas!

—¡Canalla...! ¡Eres un asqueroso machista! ¡Me estás vigilando! ¡Me sigues...! Eso es acoso. Si continúas así, voy a ir a la policía a denunciarte y pedir al juez una orden de alejamiento. No soy tuya ni de nadie. Esos muchachos que invité son majísimos y están en paro. Subieron a casa para que les ayudara a hacer un *curriculum vitae*, y pudieran llevarlo enseguida a un nuevo gimnasio que abren cerca de la Ciudad Universitaria, al lado del auditorio. Por cierto, ellos son una pareja gay. ¿Ves como tus celos te perturban la mente y te intoxican el cerebro? Tienes que ir a un psicólogo y empezar terapia. ¡Estás rematadamente mal de la cabeza!

—¡Toma tu puto dinero! He venido a pagarte la manutención de la chavala... Mira bien estos billetes, porque van a ser los últimos. Mi empresa ha quebrado, por lo que no voy a poder pagarte

más. ¡Lo sieeento...! —se recreó en la vocal dando a la palabra cierto retintín y esbozó una leve sonrisita de hiena.

—Pues ahora me acabas de dar la puntilla —dijo ella—, porque llevo meses sin cobrar. Mis amigas me han ayudado y también los tíos de Huesca, pero ya no pueden más, porque se han quedado en paro.

Él interpretó aquellas palabras sinceras como un signo de debilidad. Cambió de tono de voz y dejó el cinismo aparcado, para mostrarse más próximo y comprensivo. Predispuesto a una posible reconciliación, le confesó:

—¡Lucía! ¡Cariño...! Te continúo queriendo mucho. Me vuelvo loco al verte con otros. Y si llevas muchos días sin llamarme, siento que ya no piensas en mí, que me has olvidado. Paso horas pendiente de mi teléfono móvil, esperando a que me llames, a que me envíes un mensaje, y el tiempo se me hace eterno. Cuando te llamo y no contestas, y me pones la excusa de que te has quedado dormida en el sofá o que te lo has olvidado en casa de una amiga o cualquier otra historia, entonces pienso que estás con alguien. Si volviésemos a vivir juntos, tus problemas económicos se acabarían. Habría orden en tu vida, organización y el control que necesitas. Tengo algo de dinero ahorrado y la empresa no cierra, sino que se sumerge para no pagar impuestos. Por lo que respecta a mí, voy a continuar cobrando, pero en negro.

—Lo siento... Prefiero pasar hambre a volver contigo.

—No muerdas la mano que te alimenta… Torres más altas han caído... Encima, me he enterado a través de un enlace sindical de que el centro en el que dabas clases no cotizaba por vosotros a la Seguridad Social, por lo que no tendréis derecho al subsidio de paro. ¡Eso sí que es una putada...! ¡Qué mala suerte tienes…! —no pudo resistir el regocijo de verla cariacontecida y soltó una risotada de satisfacción.

—¡Eres un repugnante cabronazo... un miserable! ¡Deja el dinero encima de la mesa y vete de mi casa!

—¡No soy un cabrón, sino un hijo de puta...! Ah, por cierto, se me olvidaba: ¿Ya puedes pagar la hipoteca? Porque a los que no pueden, ¿sabes lo que les pasa...? Que se van de patitas a la calle,

a vivir bajo un puente. Gracias a que el préstamo lo escrituraste a tu nombre y no te avalé. Como en aquella época tenías buen sueldo… ¡pues alegría! ¡Aaah..., por cierto, me he comprado un ático nuevo! Si me lo suplicas, puedo acogerte en mi cama. ¡Tú misma…!

—¡Eres un sinvergüenza, un canalla...! Quieres ver cómo me arrastro a tus pies.

—No hace falta, mientras te pongas de rodillas... —Y él se mordió los labios con cierto atisbo de lujuria y dejó volar su imaginación calenturienta.

—Te juro que no vas a tener ese placer. ¡Olvídate de mí! —Y se giró y se fue a su dormitorio. Siempre supo que no había peor desprecio que no hacer aprecio. Tratarlo como si no existiese, le sentaba fatal. Aquel acto de indiferencia lo encolerizó de mala manera. Se acercó al cuarto y le soltó a bocajarro:

—¡Guarra...! ¡Eres una puta histérica...! —Y salió con un enorme portazo.

Ella se derrumbó contra el rincón de la pared y dejó que su espalda resbalase por el ángulo vacío hasta quedar sentada en el suelo. Una vez el ogro se fue, su hijita salió de la penumbra, se le abalanzó cogiéndose al cuello y ambas se fundieron en un tierno abrazo. La madre empezó a sollozar de alegría al recibir aquel cariño tan sincero que le henchía el corazón. Y supo, en ese instante, que la felicidad es el hilo que nos conecta a la vida y que se va trenzado en el querer y en el sentirse querido, en la profunda sensación de amar y ser amado.

La niña se quedó dormida en su regazo. Lucía acercó varios cojines para que estuviese más cómoda. Le vino cierto desvanecimiento, que solía darle cuando tenía grandes broncas o sufría algún disgusto, pues la pobre padecía de problemas de tensión arterial. Al rato, volvió en sí y fijó su mirada en el cuadro que le regaló un anciano invidente, amigo suyo, que asistía a los talleres plásticos que impartió varios años en una residencia. El viejo le dijo que era ciego de nacimiento y que pintaba sueños de colores. En el lienzo había plasmado, desde una cima bajo la sombra de un árbol, un deslumbrante valle verde en primavera, abierto a un

inmenso cielo azul, que parecía invitar a lanzarse a volar hacia un luminoso horizonte en busca de un punto de fuga a otro mundo. Abstraída, contempló la sublime belleza de un lugar surgido de la imaginación onírica de un viejo invidente. En ese preciso instante, su voz interior bautizó aquel maravilloso cuadro con el nombre: *El valle de los sueños*.

CAPÍTULO 2

Refugiada en el rincón, cabizbaja, recordó el tortuoso camino que la condujo hacia el divorcio con su marido. Toda ruptura es un trauma y la suya no fue una excepción, porque se mezclaron sentimientos de afecto y de rechazo. En su caso, hubo más maltrato psicológico que físico, y así el amor que le tuvo una vez, se le fue muriendo cada noche. Por eso, empezó a evitarle en la cama con diferentes excusas: si no era una migraña, era una otitis, un lumbago, una jaqueca o un desarreglo menstrual. Se hizo una experta en diversas clases de enfermedades que consultaba en una enciclopedia médica, y se aprendía los síntomas para dar más verosimilitud a sus dolencias. ¡Ya no le aguantaba más! El tipo seguía la teoría freudiana de pensar primero en él, después en su yo, para acabar por venerar a su superyó, por lo que no había espacio para los demás. Si antes le hubiese conocido mejor, le habría quitado de la cabeza la idea de formar una familia, pues desde el principio, ella tuvo que hacer de padre y madre. Con sorna, él decía que a los hijos los debían educar las mujeres, que para eso los habían parido, y que los hombres eran los que tenían que salir de casa a trabajar. Le resultó difícil aceptar que su esposa ejerciese de profesora de niños invidentes.

Lucía nació en Huesca, donde pasó la infancia y la juventud. Vivía con sus padres en casa del abuelo Álvaro, *el Avaro*, como así

le conocían en la población al quitarle la letra L al nombre. Ella solía escaparse y esconderse en un bosque cercano para respirar. El viejo la vigilaba e iba a buscarla si hacía novillos del colegio, y al encontrarla la cogía por las coletas y la arrastraba por la calle como una pieza de caza. Al mediodía, la familia se sentaba a la mesa para almorzar. El viejo con intención de dejarla en ridículo, en un acto teatralizado de erudición, le decía: «Cariño, cuando no estás, noto la presencia de tu ausencia, y cuando estás, noto la ausencia en tu presencia». Entonces, el anciano cascarrabias, delante de sus padres, tíos y primos, se levantaba con gesto tragicómico y se dirigía a ella, cerraba el puño y le golpeaba levemente con los nudillos en la frente, y con voz onomatopéyica simulaba el sonido de llamar: «¡Toc, toc! ¿Hay alguien dentro?», y lo volvía a repetir. Ella se quedaba perpleja y no respondía, por lo que él manifestaba con ironía y sarcasmo: «¿Veis...? ¡No hay nadie! Se ha ido. Podéis retirar el plato de la mesa. ¡Hoy no come!».

La pequeña, a medida que se hizo mayor, descubrió que su yayo era agnóstico, odiaba a la Iglesia, pero no por ser comunista, sino por lo contrario, pues estaba considerado uno de los grandes terratenientes de la provincia, cuyas fincas tenía arrendadas a centenares de agricultores de los que sacaba buenas rentas. También poseía varias docenas de pisos alquilados y un balneario en Teruel. La verdadera razón de su inquina religiosa era que no quería compartir con los zampalimosnas de sotana y los frailes tumbaollas nada de sus bienes y riquezas.

Lucía al descubrir su aversión a pisar un templo, empezó a refugiarse en la basílica de San Lorenzo, donde él no se atrevía a entrar por el temor de ser desplumado, pues sabía que los curas gozaban del poder mágico de la palabra y del verbo divino. Y que eran capaces de tocar el corazón de cualquiera para convertir a la persona en un ser hospitalario, benevolente y caritativo, cosa que detestaba. Conocía el caso de uno, más tacaño que él, que les entregó la fortuna entera.

La chica participó de una manera activa en los grupos parroquiales. Durante el mes de marzo, solía apuntarse durante seis sábados a las largas excursiones de las javieradas. Fue una forma

de entablar buena amistad con jóvenes alegres y solidarios que compartían los mismos valores. También le sirvió para descubrir la belleza de la naturaleza del Pirineo aragonés. Concluía con tres días intensos de camino y oración, que la llevaron a entender la esencia verdadera del espíritu del peregrino: encontrar a Dios en uno mismo.

Durante las vacaciones de verano colaboraba por las mañanas temprano con Radio María en la retransmisión de la oración de laudes y el santo rosario. También intervenía en la elaboración del programa de las fiestas de San Lorenzo, el patrón de la ciudad, que se celebraban el 10 de agosto. Ese día, en la solemne misa pontifical, un grupo de jóvenes irrumpía en el templo, al ritmo de una música antigua acompañada por las palmadas de los feligreses, y realizaba la danza de las espadas, cintas y palos.

Solía participar en la recogida de alimentos no perecederos de la parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Las jornadas se intensificaban durante la celebración del triduo a la Virgen para ayudar a la gente más necesitada de la ciudad. Como cada vez iban más pobres en busca de ayuda, decidió coger por las noches las llaves de la enorme despensa de su abuelo y sisarle harina, legumbres, arroz, judías, garbanzos y lentejas, sin que se diera cuenta, pues le hurtaba como una hormiguita: poco a poco. Al mes, el tacaño notó que habían menguado las provisiones y que los víveres de las alacenas mermaban. Pensó que podían ser ratones, pero los quesos estaban intactos. Puso una nueva cadena y varios candados, pero para entonces ella ya había hecho un boquete en su dormitorio, disimulado detrás del armario, por donde se colaba accediendo a la gran bodega de los comestibles por debajo de las enormes tinajas llenas de aceite. Como sabía que el viejo no se podía agachar, no vería el agujero, aunque siempre lo disimulaba con una tabla del mismo color de la pared.

Los viernes por la tarde se reunía con varios compañeros que hacían de voluntarios en Cáritas, y se dedicaba a repartir alimentos a las familias más pobres. Aquel acto de generosidad le alegraba mucho al pensar en el sofocón que tendría su yayo si algún día se llegaba a enterar. De forma desinteresada, contribuyó en las

fiestas de San Jorge, patrón de Aragón, recibiendo la felicitación de monseñor Javier Osés Flamarique, obispo de Huesca y de Jaca.

Quizá la relación conflictiva con su mezquino abuelo Álvaro hizo que en Lucía surgiera un gran pundonor. Quiso demostrar por orgullo que era capaz de destacar en los estudios y acabar el bachillerato con buenas notas. El yayo le dejó claro que no quería que estudiase más, porque no le iba a pagar la carrera, que era muy costosa, y que su obligación era cuidar de la casa; de la abuela, que estaba perdiendo la vista, y de sus padres. Ella contestó que su mamá ya hacía esas labores y que ella siempre la ayudaba. El viejo quería retenerla a su lado y le hacía chantaje emocional. También deseaba que fuese lo más ignorante posible para que así no encontrase trabajo y se viese condenada, como sus progenitores, a depender de él, el gran patriarca. Pero ella consiguió plaza en el Campus Universitario de Huesca y realizó los estudios de magisterio, que se costeó con su propio sueldo al impartir clases particulares, trabajar a horas en una residencia de personas mayores e incluso en una gestoría. Así no tuvo que pedir al viejo usurero favor alguno. Acabó la carrera con buenas notas y enseguida consiguió una plaza de docente en una escuela privada de la ciudad. Su abuela se quedó ciega, y la pobre señora se hundió en la tristeza y la congoja que minó su salud, y pronto falleció. Los remordimientos de Lucía por no haber estado más a su lado, la abrumaron. El luto fue corto, pero el duelo, largo. El abuelo, con la misma frialdad del mármol de la lápida, sentenció: «Todos tenemos que morirnos tarde o temprano». Y continuó con la rutina de su miserable vida, como siempre. El padre de Lucía, el señor Rodrigo, estaba desconsolado, pues era su queridísima madre la que se había ido sin despedirse de él, sin poderla volver a mirar para verse reflejado en las lágrimas contenidas en sus ojos ciegos de escarcha.

Una vecina, que vivía enfrente de la casa del rico y usurero don Álvaro, invitó a la angustiada y luctuosa Lucía a una comida en la que celebraba su cumpleaños. La verdadera intención de aquella aficionada celestina era utilizar el almuerzo para presentarle a Kin, su apuesto sobrino, que vivía en la capital. Lucía era una mujer de cara angelical, de belleza discreta y de inocencia excesiva, de

moral intachable y considerada un poco beata al ir tanto a misa. Encima era maestra, hija única y heredera de una gran fortuna. En cambio, él tenía fama de donjuán y vio en ella una presa fácil con la que divertirse. Y, al final, el cazador acabó cazado, pues la ternura, la compasión y la bondad de aquella muchacha con pinta de novicia, terminó por conquistar su corazón.

Él le declaró su amor y ella aceptó. Cuando el carcamal de su yayo se enteró de que se había comprometido, montó en cólera. La decisión de casarse vino inducida, quizá de manera inconsciente, por la posibilidad de irse a vivir a Zaragoza y alejarse de allí. A la boda asistió la familia casi al completo, excepto el viejo avariento, que no quiso ir para evitar tener que hacer el regalo a su nieta. En la luna de miel fueron al balneario de Panticosa en el Pirineo, donde hacían precios especiales a los recién casados. Fue una estancia muy romántica, en la que juntos y abrazados pudieron observar desde la ventana de la habitación la espectacularidad de aquel paisaje en medio de una naturaleza preservada a la voracidad de la especulación inmobiliaria. Allí debió quedar embarazada, pues a los nueve meses justos nació su hija, el día de la Virgen de La Luz, y la bautizaron con ese nombre. Kin prefería llamarla Lucila, pero ella se mantuvo firme en su decisión, porque lo consideraba más espiritual y también en recuerdo de su cantante preferida, Luz Casal. Había escuchado *Piensa en mí* cientos de veces, porque le encantaba que alguien pensase en los demás. A algunos familiares no les gustó el nombre, ya que lo consideraban «cursi», palabra que ella detestaba, pues era un concepto muy subjetivo que dependía de la sensibilidad de cada uno. Todavía recordaba cuando en clase unos alumnos suyos recitaron poemas de Lorca, Neruda, Rilke, Pessoa, Espriu y Cavafis, y dijeron que eran una cursilada de versos, tan ñoños, que ellos preferían la letra de un *rap* neoyorquino.

Vivían en el piso donde residía él de soltero, que era antiguo y de alquiler. El marido no acabó los estudios primarios y trabajaba en un gimnasio como ayudante de los profesores de diferentes disciplinas y entrenadores personales, por lo que el sueldo tampoco era excesivo. Ella de forma disimulada buscó un empleo a tiempo parcial hasta el momento del parto. Las escuelas rechazaron su

currículo al saber que estaba en estado de buena esperanza, y que podía dejar el curso a medias al coger una baja médica prematura por complicaciones del embarazo. Por casualidad, encontró una empresa de formación y selección de personal que necesitaba cubrir varios puestos a media jornada, y la contrataron.

A Kin no le gustó nada que hubiese tomado esa decisión sin consultarle. Tampoco le parecía bien que trabajase e incluso que ninguna mujer lo hiciese, pues estaban mejor en casa dedicadas al cuidado de los hijos. Esa forma machista de pensar alertó a Lucía, pues se dio cuenta de que su esposo estaba dispuesto a tener familia numerosa con tal de tenerla a ella recluida en el hogar. Él tenía un sentimiento ambivalente sobre su esposa, por un lado estaba orgulloso de que fuera maestra, una mujer culta, educada e inteligente, pero al unísono le causaba un complejo de inferioridad, pues ganaba más que él, trabajando menos. Kin padecía de una actitud de misoginia latente, que se había acrecentado al ser nombrada como directora de la empresa que gestionaba el gimnasio una joven economista, seria y exigente. Le irritaba tener que cumplir las órdenes de una mujer recién llegada, con sobrada preparación y bastante marimandona.

Kin era el diminutivo moderno de Joaquín, según comentaba. Desde que empezó a trabajar, sus superiores detectaron su carácter autoritario y su forma despótica de tratar a los compañeros, por lo que le impusieron una cura de humildad y le relegaron a tareas de poca importancia en las que tenía que obedecer sin rechistar. Hacía un horario de jornada intensiva por las mañanas, regresaba al mediodía a casa con un hambre feroz y se enfadaba mucho con ella si no tenía la comida preparada en el plato a la hora de siempre.

Lucía dejó el empleo al nacer su hija y se dedicó de lleno a cuidarla. Kin iba por las tardes al gimnasio a machacar con las pesas y las máquinas de musculación. Los amigos culturistas le apodaban con el apelativo de *King*, el rey, y añadían con sorna el diminutivo *Kong*, porque era muy peludo, incluso tenía vello en la espalda y, algunas veces, cuando levantaba más kilos que el resto de sus compañeros, se golpeaba el pecho como los gorilas en un acto de superioridad. Encima tenía tres patillas, dos le llegaban hasta la

comisura de los labios, y otra le salía del cuero cabelludo y le recorría la frente hasta el entrecejo, lo que reforzaba su aspecto de simio. El encargado, que era bastante bromista, vio que una tarde, ella le esperaba fuera, y comentó a los demás que miraban embelesados: «Lástima que la esposa de King no fuera rubia, pues me lo imagino cogiéndola por la cintura para subirla a la cúpula mayor de la basílica del Pilar y así defenderla de vosotros, que sois unos crápulas, porque seguro que intentaríais arrebatársela atacándolo con avionetas fumigadoras».

Uno de los monitores de aerobic sostuvo que eso era imposible, pues era una mujer prudente, discreta y formal. Algo beata, pues siempre la veía entrar o salir de alguna iglesia con velitas en la mano. Sabía por sus hermanas que pertenecía a la Cofradía del Silencio y cuidaba de su hija. Encima trabajaba a horas en una academia. Incluso, los sábados enseñaba a niños invidentes y también a personas mayores a iniciarse en la cerámica, la alfarería, la escultura, la pintura y la música, entre muchas otras artes, de forma desinteresada.

Por las noches, Kin practicaba hasta tres artes marciales diferentes, siendo cinturón negro en dos de las disciplinas. Tenía el deseo de convertirse en el ángel de la guarda de su mujer, darle seguridad y protección, pero lo cierto es que era un narcisista, y cuando llegaba a casa se quitaba la ropa para presumir de cuerpazo. Y acto seguido, se exhibía a la espera de los halagos de ella, pero su esposa, abatida por el cansancio, se quedaba frita en el sofá. A esas horas no podía ni con su alma. Muchos fines de semana Lucía y su marido subían a la casa familiar que tenían a las afueras de Huesca, para que sus padres compartiesen una parte de la infancia de la pequeña. El decrépito Álvaro se mantenía ausente, no le perdonaba a la nieta que se hubiera casado sin su consentimiento. La chiquilla se lo pasaba de lo lindo con su abuelo Rodrigo, pues este le leía cuentos y le explicaba historias de los antepasados, que a la cría le encantaban. También la llevaba a visitar granjas donde veía vacas que pastaban, rebaños de ovejas guiadas por pastores, perros y algún zorro que con astucia merodeaba cerca del gallinero, ardillas que trepaban por los árboles y saltaban de uno a otro. Por

las mañanas, el viejo la acompañaba a recoger los huevos con los que su madre luego le hacía una tortilla francesa. Incluso varias veces llegó a ver manadas de caballos salvajes recorrer las laderas de los montes. Era el descubrimiento de la naturaleza en estado puro. Los últimos seis meses Kin dejó de subir, y argumentó que se aburría mucho con aquellos carcamales y prefería quedarse con el fin de hacer horas extras en el trabajo y así ganar un sobresueldo, sin explicar que la verdadera razón era salir por la noche de juerga con sus amigos.

El fallecimiento repentino de la madre de Lucía, de un ataque al corazón, representó un golpe emocional tremendo para la familia. Rodrigo, que era un hombre rudo, curtido en el campo y que nunca mostró señales de debilidad, se derrumbó con la muerte de su mujer y no paraba de llorar como una magdalena. Lucía pidió a sus tías y primas que fueran a visitarlo más a menudo, para que se sintiese acompañado y pudiera desahogar la pena. Por su parte, ella se escapaba entre semana con la niña, ya que no podía fiarse de Kin, que en esos momentos no la apoyó en lo más mínimo. El pobre viudo, al no poder estar con su queridísima esposa, se encerraba en la habitación de matrimonio a oscuras y no salía de allí durante días, y gritaba: «¡Dejadme en paz, no quiero ver a nadie!», y llegó a un punto en que no toleraba la luz. Los meses trascurrieron y el hombre se deshacía en lágrimas al sentir la ausencia de ella, hasta que se le secaron los ojos. El viejo avaro le dejaba un plato de comida a la puerta, despreocupándose de él. Lucía entraba con linterna y su padre se agazapaba en un rincón, y como un animal asustado se escondía en la sombra. En la última visita, ella detectó que su esclerótica estaba tan enrojecida, que lloraba sangre. Esa misma mañana le puso unas gafas de sol y lo llevó urgentemente al Hospital de Huesca. Enseguida lo trasladaron a Zaragoza y de allí a Barcelona, pues había padecido un infarto del nervio óptico, cuya isquemia le causó una necrosis que parecía haber desencadenado, de forma muy agresiva, un tumor en el lóbulo occipital del cerebro que se extendía por la zona encefálica parietal, con el riesgo de causarle una ceguera absoluta. Los oftalmólogos diagnosticaron que urgía una intervención quirúrgica en Estados Unidos.

Un equipo de doctores estaba dispuesto a trasladarse con ellos para facilitar los trámites. Lucía necesitaba enseguida bastante dinero para la operación y recurrió a su abuelo. Fue a verlo y le rogó que la ayudara, le suplicó de rodillas, pero el muy tacaño dijo que los médicos eran unos engañabobos y que asustaban a la gente ignorante con tal de quitarles los ahorros. Remató su intervención al decir que para los años que tenía que vivir su hijo Rodrigo, ya había visto demasiado. Lucía pidió ayuda al resto de familiares, que mostraron su generosidad al entregar lo que tenían, pero era insuficiente. Habló con Kin, por si sus parientes le podían echar un cable, pero él argumentó que no tenían nada. Al final, las múltiples gestiones que hizo, fueron infructuosas, pues no consiguió la ayuda que necesitaba. El tiempo corrió tanto en su contra, que cuando quiso darse cuenta la llamaron al móvil para avisarla de que ya era demasiado tarde. En ese momento ella acababa de entrar en el monasterio de Santa Lucía para pedir un milagro. No le dio tiempo a encender una vela. A partir de entonces, desde el hospital público le intervinieron con un tratamiento muy agresivo para que no le afectara a las áreas del cerebro que rigen otras facultades como la movilidad, el habla o la memoria.

Lucía decidió no regresar nunca más a casa de su abuelo y se llevó a su padre a vivir con ella a Zaragoza. Le enseñó el lenguaje braille para que leyese y estuviera entretenido. Al principio, el pobre hombre iba con el bastón dando palos de ciego y rompió más de un objeto hasta que aprendió la distribución del piso. Por las noches, se levantaba y hacía ruidos al tropezarse con una cosa u otra. Unos meses más tarde, Kin dijo que no aguantaba más aquella convivencia y que buscara una solución. Decepcionada por el comportamiento de su esposo, ella tuvo que ingresarlo en una residencia, donde iba a verlo a diario, salía con él a pasear e intentaba hacerle el máximo de compañía. Avanzó la escolarización de la hija para disponer de más tiempo libre, que le permitiese ponerse a trabajar unas horas en una academia dando clases de repaso, ya que no quería tener que depender del sueldo de su marido, pues empezó a quejarse del enorme gasto que representaba el viejo. Lucía sufría mucho por aquella situación, que acabó por minar el

matrimonio. A medida que pasaba el tiempo, Kin se inhibía de la salud de su suegro, al que nunca visitaba, porque no le gustaban los discapacitados; le ponían nervioso. Tampoco tenía tiempo para estar con su hija. Lucía empezó a distanciarse de él al dedicarse a diversas actividades, y así se ofreció, de forma voluntaria, a impartir cursos de artes plásticas y musicales en la residencia de invidentes en la que estaba su padre.

Ella fue perdiendo el amor, el cariño y el deseo por Kin, y para disuadir a su marido de mantener relaciones íntimas, se enfundaba para dormir un pijama que parecía un traje de submarinista con múltiples cremalleras y capucha, tan difícil de quitar como de poner. Las primeras noches, él se cansó de buscarle la piel hasta acabar derrotado en el intento. Después, le preguntaba con guasa antes de que saliera del baño:

—¡Mañica...! ¿Ya te has puesto el traje de buzo?

—Sí, cariño, es que tengo muchísimo frío —le respondía con poca convicción.

Un sábado, el tipo ardía de deseo, la libido le quemaba las entrañas, pero se quedó roque en su enésimo intento por desnudarla. Se despertó de madrugada. Al verla vestida con el traje de buceo, al que solo le faltaban las aletas, el cinturón de lastre y la escafandra, se levantó con sigilo, llenó la bañera de agua fría y cubitos de hielo del congelador. Con suma delicadeza cogió a su esposa en brazos, la llevó al cuarto de baño y tras alzarla hasta el techo como una ofrenda a la diosa Venus, la dejó caer de golpe en la bañera y bramó: «¡Buzo al agua...!».

Del tremendo susto, ella lanzó un terrible grito de pánico que recorrió la columna vertebral de la noche.

CAPÍTULO 3

Lucía continuaba sentada en el suelo recordando que nunca se había quitado del cuerpo aquel susto tan grande. ¡Tirarla a la bañera... fue demasiado! A partir de entonces y para el resto de la vida le quedó un espasmo, una involuntaria contracción muscular de las extremidades. Así, cuando estaba en la cama dormida, de manera instintiva, en un acto reflejo, movía las piernas y daba patadas al aire o al agua, como si intentara nadar y salir a la superficie. Parecía que el inconsciente le recordaba que podía ahogarse en el océano de los malos sueños.

Dispuesta a no claudicar al deseo libidinoso de su marido, optó por convertirse en una maniática de la limpieza, y se quedaba por las noches con los guantes puestos y la fregona en la mano decidida a desinfectar con el mocho el piso entero, a la espera de que él se durmiera. Justificó su comportamiento por la influencia de un reportaje en el que mostraban la cantidad de ácaros que vivían en el polvo doméstico, y concretamente en los sofás, las mantas y los colchones.

El marido, con mala intención, le propuso:

—Esto tiene fácil remedio: tiramos los cojines que tienes sobre las alfombras y la colección de muñecos que hay en la habitación. ¡Y se ha acabado el problema! Al abrazar a esos osos de peluche, das calor a los bichitos que se alimentan de las escamas de tu piel.

Después te quejas de que tienes alergias, ellos te las causan. ¡A la basura con todo!

Ella, ante su provocación, exclamó:

—¡Estás loco! Por eso no paro de hacer lavadoras con agua bien caliente. No te puedes imaginar la cantidad de microbios y bacterias que se esconden en las casas. La semana que viene he pedido un colchón de látex y unas almohadas de miraguano para luchar contra esta plaga.

Kin le preguntó con voz de trueno y aire tiránico:

—¿Con qué permiso has decidido comprar eso? ¿Haces lo que te da la gana? ¡Encima, eso es bastante caro!

—Estaba de oferta y como tenía algo ahorrado, pensé que era una gran oportunidad. No creí que te molestase tanto mi decisión. ¿Me perdonas?

Movió la cabeza de manera taciturna, y dijo con condescendencia:

—Bueno, pero que sea la última vez. Los caprichos me los consultas antes. ¿Vale? ¡Cómo han cambiado las cosas...! Mi padre me explicaba que en la época de Franco las esposas rogaban a sus maridos que les trajesen esto o aquello de la tienda. Los tenían en consideración y les complacían con obediencia, no como ahora. ¡Debió de ser un período muy feliz y maravilloso para los hombres!

Lucía no pudo morderse la lengua y se desfogó:

—Kin, ¡tú eres un facha! Lo dices para provocarme. Bien sabes que soy feminista y tus comentarios me hacen rabiar. No concibo que comulgues con las ideas de un dictador.

Él alegó sin remordimientos:

—No te pienses. La sociedad estaba bien organizada y no había los problemas que hay ahora. La mitad de las parejas están divorciadas y los hijos abandonados buscando ayuda en casa del psicólogo. Jóvenes que salen los fines de semana a emborracharse y a ponerse de drogas hasta las cejas. El otro día me explicó el descerebrado del crío del vecino, en plan colegas, que se metía micropuntos, una especie de ácido en el ojo para colocarse antes en la discoteca. ¡Está chalado! Me confesó que había tomado éxtasis líquido y que llegó a tocar el cielo. A punto estuve de darle un pu-

ñetazo, reventarle la pelota que tenía sobre los hombros y hacerle ver las estrellas gratis. ¡No me digas que no es un caos! En aquella época había orden, disciplina y valores.

—¿Admiras esa etapa? ¡Pues vaya...! Era una sociedad en que las mujeres eran ignorantes, los curas controlaban su moral, no trabajaban y dependían económicamente del marido, al que complacían con sumisión como esclavas. Permanecían enclaustradas en el hogar realizando labores y criando a los hijos, mientras ellos presumían con descaro de sus amantes. ¿Y tú dices que fue una buena época? Será para tus antepasados, que comulgaban con el régimen.

Ella se puso nerviosa, se pintó los labios de forma compulsiva, se enfundó unos tejanos y una camiseta azul cielo, y se ató un fular color turquesa al cuello. Él se levantó de un salto y la preguntó en tono autoritario:

—¿Vas a salir? ¿Se puede saber adónde vas a estas horas?

—A la calle, a que me dé un poco el aire, que empiezo a asfixiarme en este ambiente tan cargado.

—No tardes mucho. En aquella época, a las mujeres que iban tan arregladas como tú se las tachaba de moral cuestionable o distraída, ya que se entendía que al ir tan provocativas, buscaban lío. La novia de mi padre fue deshonrada y la rechazó porque, según dijo, era mercancía estropeada.

—Pues gracias a que no tuve el placer de conocer a tu progenitor, porque le hubiese propinado una buena patada, para que se acordase de mí toda la vida. — Recordó que le lanzó una mirada con desdén y quiso apostillar con rabia y desprecio sus argumentos, diciéndole—: A ti te gustaría tenerme encerrada en casa como algunas esposas magrebíes del barrio, que las pobres están meses sin salir, y cuando salen siempre van acompañadas de otras y caminan tres pasos por detrás del hombre. Encima tienen que ir muy tapaditas con faldas largas hasta los pies, incluso con burka, para que nadie las vea y no tienten al prójimo. ¡Tú debes tener sangre mora!

Con una sonrisa en los labios y con un tono displicente, puntualizó:

—No te pienses, deberíamos aprender de los musulmanes. Esa gente sabe lo que se hace. A las mujeres las tienen bastante atadas,

bien corto, muy controladas, porque han aprendido a lo largo de la historia que sois muy poco de fiar.

Enfurecida, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta con paso firme y decidido. Kin volvió a preguntar desafiante:

—¿Adónde vas?

—A tirarme al río Ebro. No te aguanto más. Estoy harta de ti, de tus insinuaciones, de tu vigilancia. Me cansas, me aburres, me rayas.

Él alargó su brazo y plantó la enorme palma de la mano contra la parte alta del batiente, de manera que le impedía poder abrir la puerta. Al descubrir que era él quien la retenía, se dio la vuelta, se le encaró, y con toda su fuerza le dio un rodillazo en las partes que lo dejó doblado por la mitad. En ese instante, sintió un enorme placer y tuvo la sensación de que, de alguna manera, también se lo había dado a su suegro y a todos los que pensaban de la misma manera.

CAPÍTULO 4

Kin tardó un poco en recuperarse y con dificultad salió tras ella como un animal en celo. Antes de que pisara la calle, la pilló por el pescuezo empujándola contra un rincón de la entrada y le susurró con tono firme y dominante:

—No salgas o me enfadaré mucho contigo. Aunque sé que me odias, también me amas y me deseas. Soy el único hombre que te ha hecho vibrar en la cama, según me confesaste.

—¡Claro...! No he estado con ninguno más. Tú has sido el único.

—¡Qué tiempos aquellos cuando nos conocimos! —recordó él con cierta nostalgia.

Ella supo que su relación se desvirtuó al carecer de deseo. El fuego de la pasión se había consumido en la rutina. Sabía que el amor vive de ilusiones y muere de apatía y desengaños.

Kin la cogió en brazos en un acto de poderío, para trasmitirle seguridad y darle a entender que era la persona que iba a cuidarla y protegerla. Estaba dispuesto a recuperar su amor, aunque el sentimiento ya no era recíproco, y de alguna manera lo intuía. No pudo resistir la tentación de jactarse de tener lo mejores bíceps del gimnasio, y se vanaglorió de sus abdominales al asegurar que no parecían una tableta de chocolate, sino una caja de bombones.

—¿Quieres comerte alguno? —la invitó de manera provocativa.

—No, gracias, estoy a régimen.

Entraron en casa y con delicadeza la tumbó entre el montón de cojines blancos y negros del sofá. Tomó sitio por detrás y la acurrucó en su cuerpo. La ternura afloró en ella y empezó a rememorar tiempos pasados que fueron mejores, y le susurró:

—¿Recuerdas cuando recién casados me empeñé en ir a cenar al bar restaurante Samir Amis, el de la calle Ávila cerca de la avenida Valencia?

—¡Sí, sí...! ¡Cómo no me voy a acordar! —adujo él, y añadió—: Lo pesada que te pusiste para ir. Descubrí que eras más terca que una mula.

—Fuimos porque una amiga me lo había recomendado —alegó ella en defensa propia—. No te dije que lo de menos era la comida árabe y que mi intención era que sus propietarios, de origen sirio, los hermanos Miguel y Lina, nos hicieran una tirada de cartas del tarot para adivinar lo que nos deparaba el destino. ¿Recuerdas que vino el dueño y se presentó con suma amabilidad? Nos condujo a una sala aparte, más discreta y reservada. Franqueamos una puerta y una densa atmósfera impregnada de penetrante olor a incienso nos extasió. Nos dijo que tenía que marcharse de forma imprevista y que nos atendería su abuelo, que fue su maestro. Regresó acompañado de un hombre ciego, que no veía el presente y en cambio decía ver el futuro. Él se dirigió a mí y aseguró: «Me llaman Tiresias, en recuerdo del mitológico adivino ciego de la *Odisea* que dejó de ver el hoy para ver el mañana. ¿Sabes que eres una mujer diferente?». «¡Todas lo somos!», pensé, y te lo dije con mímica. Prosiguió el viejo: «Tu fisonomía es singular». Estaba claro que no veía ni jota, pues una chica de pelo y ojos castaños como yo, no tenía nada de excepcional. El pobre hombre continuó: «Voy a utilizar contigo mi tarot más antiguo, el que heredé de mis padres, y ellos, de los suyos, y así durante cientos de generaciones que se pierden en la noche de los tiempos».

Kin sentenció:

—¡Vaya charlatán! ¡Era un vendedor de mantas!

—¡Quizá fueran mantas voladoras! —le dijo Lucía, y continuó: —El viejo desempolvó una caja de nácar con incrustaciones de

lapislázuli, y del fondo sacó una baraja envuelta en un paño de terciopelo negro. El vidente aseveró con labia: «Mis antepasados eran mercaderes de Palmira, una ciudad prodigiosa ubicada en el oasis de Tadmor. Solían comerciar por el valle del Éufrates y organizaban las rutas de caravanas hacia Oriente. Viajaban a Egipto, donde adquirían inciensos, entre los que destacaba el misterioso *kifi*, que decían que causaba estados alterados de conciencia. Precisamente, es el que inhaláis ahora. Creo que solo serena la mente y la predispone a tener una mayor receptividad». Aún tengo presente —dijo ella— cuando extendió las cartas sobre un paño negro plagado de un sinfín de puntitos azules, que parecía un cielo estrellado, y nos preguntó: «¿Qué os parece? ¡Es único, está iluminado, que no pintado, por las manos de un mago de Alejandría! El faraón se enteró de que en esa ciudad se ocultaba un anciano astrólogo que había inventado una baraja de cartas mágicas que podían mostrar el porvenir. Ordenó secuestrar al viejo sabio, llevarlo al palacio y ponerlo a prueba. El vidente no se equivocó al predecir que, de las dos esposas que estaban a punto de parir, una le daría un heredero, y la otra, dos niñas gemelas. Y acertó. Pronto fue recluido en la biblioteca y nombrado astrólogo oficial. El rey observó obnubilado los preciosos dibujos y los brillantes colores de los naipes. El soberano, fascinado ante tal prodigio, lo bautizó con el nombre de *taro*, palabra egipcia que significa "el camino secreto de la vida". El mago tuvo que regalarle a la fuerza la baraja y su majestad le arrancó los ojos en señal de agradecimiento, para que no pudiese pintar otra igual, pero fue inútil, pues la original estaba guardada en un escondrijo que solo conocían él y su primogénito. El rey celebró una majestuosa recepción e invitó a los sumos sacerdotes de los templos de las orillas del Nilo. Quería que viesen cómo aquel adivino ciego anunciaba las profecías del tarot ayudado por el hijo pequeño, que tenía que observarlas y describirlas para su interpretación posterior. El pobre hombre se puso tan nervioso que se orinó la túnica. Tocó sus partes y las notó bien mojadas. Con los dedos húmedos del ácido úrico y amoniaco fue pasando las cartas, y, al mismo tiempo, las fue borrando. En el momento que acabó de acariciar los setenta y ocho naipes del tarot

en completo silencio, el rey preguntó si el niño era mudo, tonto o ciego. El adivino respondió: "¡No... no es ni una cosa ni la otra! El chico no ha dicho nada, porque nada ha visto. No tienes futuro, porque me lo he llevado yo en los dedos de la mano"».

Lucía recordó con dulce añoranza:

—Tras permanecer callado un rato, nos dijo con voz grave: «¿Qué os parece? ¿No es una historia asombrosa? Mis abuelos me dijeron que ese mago fue un antepasado mío, al que persiguieron unos sicarios de la corte hasta los confines de la tierra. Cuando consiguieron atraparlo y acabar con su vida, ignoraban que para entonces el faraón ya había sido asesinado, cumpliéndose la profecía: que no tenía demasiado porvenir».

Kin agregó:

—¿Recuerdas con qué mimo nos mostró la baraja que decía que era de aquella época y con qué delicadeza empezó a palpar las cartas?

Lucía exclamó:

—¡Cómo no...! Las cogía como si fueran láminas de cristal. Hay que reconocer que nunca había visto una parecida. Las figuras del esclavo, el mercader, el faraón y la muerte estaban dibujadas en perspectiva, rodeadas de símbolos de escritura jeroglífica egipcia, y al darles tres dimensiones parecían tener volumen y los colores relucían como recién pintados. Daba la sensación mágica de que iban a tomar vida. El cartomántico continuó: «¿A que es una preciosidad? Disculpad que me enrolle tanto. A nadie le explico esto, pero tú eres una muchacha tan encantadora que me inspiras mucho. Antes de iniciar la sesión os diré que el tarot es algo muy serio. Es una representación simbólica del cosmos visible e invisible. Es un arte que enraíza con las enseñanzas de la cábala, la astrología, el simbolismo, la numerología y la hermética. También se inspira en la filosofía, la alquimia, la mitología y las tradiciones ocultas. Cualquier ritual o ceremonia de una religión, tiene un poder simbólico y esotérico de gran trascendencia. A lo largo de la historia, mientras el pensamiento fue perseguido y no podía expresarse en palabras, sus mensajes se escondían en símbolos de aparente inocencia que no todos sabían revelar. El

tarot es el ejemplo. Mi concentración se fija, igual que tú, en las imágenes que te mostraré, que es lo material, pero yo voy a intentar verlas a través de tus ojos, los cuales me servirán de base para conectar con la dimensión psíquica de tu subconsciente, tu parte mental y espiritual, y averiguar qué plan se te ha diseñado. Dependerá de ti cumplirlo. En el momento que haga la predicción, voy a condicionarte y nunca sabrás si tú has hecho que se cumpla o tu destino inexorablemente se cumplió. Esa será tu duda inquietante y permanente. Ya se sabe que el observador, sin querer, modifica lo observado». —Lucía prosiguió embelesada en su propio recuerdo—. Empezó a barajar, me hizo cortar el mazo e inició la tirada siguiendo el método de la pirámide, según reveló, y en el que se utilizaba solo los arcanos mayores de abajo arriba y de derecha a izquierda. Explicó que en la cúspide estaba el piramidión áureo, lugar donde se posaba el dios solar Ra, era el que, al dominar la lectura de la tirada, la condicionaba por fuerza. Entró en trance y al final vaticinó: «Me has dicho que te llamas Lucía, tu nombre verdadero tiene cinco letras y está atrapado en la armonía musical del pentagrama. En el hinduismo, el número cinco es el de Shiva, el que se destruye para renacer en un plano superior. Tiendes a la quintaesencia, buscas con desespero el equilibrio; dos triángulos opuestos, el fuego y el agua, el bien y el mal, representan que tu pasado está lleno de carencias afectivas. Esta carta —la acarició— es la torre, simboliza la casa de Dios. Tu padre... no... tu abuelo es quien fue muy severo contigo y siempre te vigiló. Por eso te irrita tanto que te controlen, por lo que tienes una tendencia a rebelarte y trasgredir las normas. Para él eras un tesoro a esconder. Y se repetía por dentro que si su preciosa nieta no podía ser suya, no quería que fuese de nadie. Esa es la razón por la que te encerraba en la habitación, te castigaba con no salir y así impedía que te relacionases con los demás. Quería evitar que conocieras a alguien y te fueras de su lado. ¡Egoísmo y celos! Veo que aún arrastras mucho sufrimiento, y él también. Demasiada incomprensión. Ahora deseas tener una vida sentimental y emocional estable, de aquí a unos años: un destino que te guíe hacia un camino más espiritual».

Kin comentó que el viejo era un lunático. Lucía le llevó la contraria al asegurar que tenía don y más cuando inspirado, prosiguió:

—«Eres una mujer de rostro luminoso. Tu idealismo y generosidad te hará pasar situaciones económicas apuradas, por lo que estarás dispuesta a huir de tus problemas presentes para colaborar con organizaciones en causas humanitarias de países lejanos. ¡Fíjate! La carta que hay en la cúspide de la pirámide es la de Cleopatra, la emperatriz, que encarna la sensualidad, el poder y la gloria. Esa eres tú, una mujer inteligente que goza de gran belleza interior. Debes de ser del signo zodiacal de Libra, indecisa y fácilmente influenciable. Te ilusiona estar rodeada de amigos que te apoyen cuando los necesitas. Y por eso, eres tolerante con los defectos de los demás. Te gusta ayudar a la gente con problemas, y más si son de salud. Serías una buena doctora, enfermera, terapeuta o profesora. Tu buen corazón atraerá a tu lado a los ángeles y a los demonios, tu tendencia hacia la oscuridad y la sombra te pondrá en peligro, y dependerá de ti y a quién elijas, que vivas en el cielo o en el infierno.»

Lucía confesó a su marido que estaba sorprendida por su lucidez. Parecía que la conocía mejor que sus padres. Exploraba las zonas de la programación oculta de la mente como un rastreador de los territorios del recuerdo y del olvido. Y abstraído en el destino, afirmó:

—«Eres ordenada, eficiente, detallista, sensible, romántica, altruista, solidaria, inteligente y tan espiritual que valoras a las personas que son capaces de ver en los demás lo que es invisible».

Con la mirada abstraída, ella le dijo a Kin:

—¿A que no te has olvidado cuando le pregunté si iba a contraer matrimonio? El viejo sentenció sin mirarte, pero intuyéndote: «Ya estás casada, pero hace pocos meses. En breve experimentarás la maternidad. Siempre has albergado dudas en tu elección de pareja, pero la carta que acaba de salir, la muerte, significa ruptura, y eso quiere decir que tal vez te espere a medio plazo un inevitable divorcio».

Kin le recordó que estuvo a punto de partirle la boca, porque empezaba a hablar demasiado. Tenía la lengua muy larga, según

gesticuló en mofa ante el viejo adivino, pero el anciano afirmó: «No te burles de mis augurios. Te veo a través de la mirada de ella. Aquí aparecen, en estas cartas, los nuevos pretendientes de tu mujer: un mercader, un artesano, un militar, pero veo que los rechaza a todos, porque los naipes han salido bocabajo. Voy a extraer el último. No hace falta palparlo, veo a través de tu pupila que es la carta del mago. Simboliza que llegará un momento en tu vida en que necesitarás una transformación, una metamorfosis, un renacimiento. Este arcano, que representa la voluntad y la fuerza que engendra la vida, te insuflará energía para continuar. Es un maestro que te adentrará en un camino poético, sentimental y espiritual. Te revelará la forma de descubrir tus verdades ocultas. Carente del atractivo físico que establecen los cánones estéticos de una sociedad donde imperan la imagen y la máscara, te hará dudar, pero su profundo encanto atrapará la esencia de tu ser. Una especie de fascinación ejercerá sobre ti y sus enseñanzas te llevarán a conocerte mejor. Aprenderás a mirarte más allá del espejo, igual que Alicia en el país de las maravillas, y verás la realidad propia y ajena con otros ojos. Descubrirás otra dimensión del amor y observarás el mundo de manera tan diferente que tendrás la sensación de haber estado muerta y resucitar en una nueva vida. Liberada de las ataduras terrenales del apego, iniciaréis juntos un viaje hacia lo más profundo de vuestro ser».

CAPÍTULO 5

En su recuerdo, Lucía le comentó a Kin:

—El vidente me describió casi a la perfección, hubo alguna cosita que no acertó, pero en la mayoría de sus elucubraciones estuvo muy atinado. Era un buen cartomántico. Aseguró que había mucha sabiduría oculta en los símbolos. Habrá que ver si se cumplen sus vaticinios, porque hay que reconocer que el hombre tenía clarividencia.

Kin se removió en el sofá y aseguró:

—No creo que tuviese tantos poderes. Me pareció un sacamuelas de feria con mucha imaginación. ¡Nada más! Pienso que era un embaucador, un encantador de serpientes. Espero que no se cumplan sus malos augurios sobre nuestro matrimonio. En su predicción te veía divorciada de mí, con un montón de pretendientes que hacían cola. Lo que no vio es que yo estaría en la otra punta para partirle la cara a cada uno de ellos.

—¡Cariño, no seas así! Puede que un día conozcas a otra chica y te enamores, y entonces querrás irte con ella. Las parejas se unen y se separan.

—A mí no me gusta nada esa posibilidad. De entrada, ya no miro a ninguna mujer que no seas tú. —Mentira podrida, se acostaba con todas las del gimnasio—. Y pensar que no te vería más, me vuelve loco. Te adoro.

—¡Yo también te quiero! —afirmó ella con poca convicción.

—¿Te acuerdas de aquella noche? —inquirió él—: Tenías la cara radiante. Bueno, que a tu paso iluminabas la avenida César Augusto. Bajamos hasta la calle Coso, donde tenía el coche aparcado. Las aceras de los bares estaban concurridas, porque retransmitían un partido de fútbol. Subimos al auto para irnos a casa y de repente te hice el amor con locura. Pasamos de la gente que pululaba por allí. Gracias a que los cristales quedaron entelados del vaho del calor de nuestros cuerpos y nadie nos vio desde fuera, si no, nos habrían grabado con algún móvil para colgar el vídeo en YouTube, o peor, en la portada digital del *Heraldo de Aragón*.

—Sí, me acuerdo. ¡Fue una pasada! Las palabras de aquel adivino fueron tan lascivas y estimulantes como si me hubiesen metido una inyección intravenosa de estrógenos en el corazón y una de testosterona a ti en el cerebro.

Kin afirmó:

—No sabía que tuviese tanto poder lo que te dijo. Lo cierto es que fue una noche que no se repitió jamás.

—Es cierto —afirmó ella—, fue una velada extraña. Tengo la sospecha de que aquel vidente estudió psicología e incluso tal vez hizo algún curso de programación neurolingüística y de Gestalt. Igual que un prestidigitador, me mostró mi pasado para que creyese a pies juntillas lo que me presagiaba. Tienes que reconocer que era muy bueno. ¡Brillante! ¡Genial!

—¡Exageras…! No fue para tanto. Tú ibas muy predispuesta a creer lo que te hubiese dicho. Te regaló los oídos.

—Sí, quizá tengas razón. Tú en cambio siempre has sido más incrédulo.

—Pues sí. He visto en las discotecas muchos vendedores de crecepelo, timadores y farsantes; hay bastante cabrón suelto que se aprovecha de la gente, por lo general de mujeres solas y separadas que se desfogan con ellos en busca de un consejo y un poco de esperanza para creer en sí mismas.

—Seguramente estés en lo cierto —afirmó ella al verlo tan cabal—. Tiene su lógica. Hay un montón de personas que llevan demasiada soledad a cuestas, sin nadie con quien desahogarse. Puede

que estos videntes hagan una tarea muy terapéutica: escuchar y dar aliento. —Lucía continuó—: Al salir a la calle aquella noche, Venus se podía ver en el cielo, como el lucero vespertino. Es el astro más brillante del firmamento después de la Luna. Me quedé hipnotizada al contemplarlo y noté cómo me envolvía su influjo. Pienso que quizás el incienso que respiramos tuviese algún efecto afrodisiaco. Al empezar a clarear, con el puño del jersey limpiamos el vaho del cristal del coche y volvimos a ver a Venus en su versión de Lucero del Alba, como si nos hubiese vigilado la noche entera.

Kin aseguró que le gustaría repetirlo. Ella dio la callada por respuesta. Ya no sentía lo mismo y él empezaba a intuir que la perdía. Por eso, recurrió a los buenos momentos, como aquella inolvidable noche, sin querer reconocer que los recuerdos forman parte del pasado y no vuelven más.

Con pesadumbre, al rememorar lo que dijo el adivino, él le confesó:

—Estaba hasta los cojones de aquel vidente ciego, me cayó fatal. Estuvo una hora contigo y cinco minutos conmigo. ¡Joder...! Me ignoró por completo. Solo una vez me echó las cartas, pero no me vaticinó nada.

—¡Cariño...! —respondió ella—. Quizás, al igual que al faraón, no te vio ningún futuro.

CAPÍTULO 6

Lucía continuó con su estrategia de limpiar por las noches hasta que él se quedara dormido. Una amiga le confirmó que Kin, su marido, había tenido una amante y que en el gimnasio tiraba los tejos a todas. Tenía fama de libertino. Dos días más tarde, después de comer, entrevistaban por la televisión a un distinguido epidemiólogo. Ella cogió el mando a distancia, subió el volumen y levantó la mano para que su esposo atendiese las explicaciones que daba el doctor: «Debemos dar la voz de alerta ante el aumento de las enfermedades venéreas entre los jóvenes que practican el sexo a lo loco, sin control. Los casos de herpes, candidiasis, papiloma humano, gonorreas, sífilis, hepatitis y sida no paran de multiplicarse. En el mundo hay más de sesenta millones de personas infectadas por VIH, ciento treinta mil de ellos en España, y cada año se contagian de tres a cinco mil más, la mayoría de ellos jóvenes irresponsables que creen vivir en la Ciudad borgiana de los Inmortales. Los adolescentes son tan ingenuos que se piensan que por ponerse el profiláctico están completamente protegidos, y en cambio, practican el sexo oral o dan rienda suelta a sus múltiples fantasías eróticas sin precaución de ninguna clase. ¡Fíjese... cómo vamos...! Hace unos meses vino a mi consulta una chica muy mona que creía tener gripe, tras la analítica y múltiples pruebas le dije que ha-

bía contraído un virus que inflama el bazo y los ganglios linfáticos, el de la mononucleosis infecciosa o enfermedad del beso, un tipo de herpes. Ella me respondió que siempre lo hacía todo con preservativo. Yo le pregunté si también se lo ponía en la lengua. Extrañada, me miró con cara de pocos amigos al pensar que me cachondeaba de ella. A continuación, le comuniqué que también tenía inflamado el hígado y que había contraído la hepatitis B, bastante desarrollada ante una deficiente capacidad de reacción inmunitaria, escasos anticuerpos, por lo que la infección podía ser mortal de manera fulminante, y en el mejor de los casos podía derivar en un cáncer hepático».

Tras beber un vaso de agua y casi sin respirar, el médico volvió a la carga y afirmó con rotundidad: «Los ojos de la paciente se le salieron de las órbitas y confesó: "¡Joooder...! Reconozco que soy muy apasionada y muy besucona, pero no podía imaginarme cómo he podido pillar tantas cosas chungas». El doctor la respondió: «Por la saliva, chiquilla, por la saliva».

El joven presentador que realizaba la entrevista era bastante guaperas y demasiado lujurioso, algo hipocondriaco y muy aprensivo. El pobre empezó a sudar tinta y a tener palpitaciones, mientras repasaba mentalmente toda la gente con la que se había morreado en las últimas semanas. Encima, había ido a un montón de fiestas erótico-liberales que habían acabado en orgías. Deseaba acabar con aquel agorero matasanos, que tenía ganas de alegrarle el día, para salir pitando hacia la primera clínica que encontrase en la que le hiciesen una revisión a fondo, y así dormir tranquilo tras hacer voto de castidad. Incluso pensó como penitencia retirarse a un monasterio el resto de la vida.

De este modo, el periodista, con remordimiento de conciencia por su lascivia, preguntó al doctor: «¿Qué recomienda para prevenir tantos contagios?».

El microbiólogo se ajustó las lentes, miró con seriedad a la cámara y respondió con voz grave: «¡La monogamia! ¡La fidelidad! ¡Blindarse en la pareja! En el momento en que uno rompe las reglas, pone en riesgo al otro. Por eso, la promiscuidad es altamente peligrosa».

El entrevistador, consciente de que tenía que llenar el tiempo del programa sin bajar la atención de la audiencia, le interpeló intentando cambiar de enfermedad sin evitar el beneficioso sensacionalismo: «Así, ¿cuál cree usted que es la mayor infección vírica mundial que nos amenaza? ¿La gripe aviar?, ¿el sida?, ¿el cólera?, ¿la rabia?, ¿el dengue?, ¿la peste porcina?, ¿el ébola?».

El doctor sentenció: «¡La ignorancia...! ¡La ignorancia...!».

El presentador enmudeció unos instantes y volvió a la carga cuando por el auricular le chivaron que el programa estaba batiendo el récord de telespectadores. Susurró para sus adentros: «¡El miedo... vende!», e inquirió con cierto desasosiego: «¿Así son los virus nuestros mayores enemigos?».

El galeno, cansado, dijo: «Depende. Los virus son máquinas biológicas de destrucción masiva de células, y estas son tan hospitalarias que acogen a desconocidos sin saber que utilizarán su propio metabolismo, su hogar, para multiplicarse por miles, para crear toxinas que servirán para aniquilar a las pobres células mientras duerman. Son como caballos de Troya, bellos por fuera y traidores por dentro. Piense que, a lo largo de la historia, han causado epidemias que han aniquilado a media humanidad».

El presentador exclamó: «¡Qué miedo...! ¡Es terrorífico lo que explica...! ¿Es el fin del mundo?».

El doctor intentó tranquilizarlo: «No se preocupe, todavía somos más inteligentes que ellos. Por eso dicen que si no se puede vencer al enemigo, es mejor unirse a él. Es lo que hacemos. Primero en las vacunas, utilizamos como antígenos para que la célula cree anticuerpos, y luego usamos los virus, infinitamente más pequeños que las bacterias, para manipularlos en beneficio de nuevos tratamientos. Pronto la terapia génica, que está en fase experimental, nos llevará a curar cientos de enfermedades impensables. Por ejemplo, en el cáncer modificamos la genética del virus para eliminar su parte patógena y le introducimos el gen que nos interesa, en este caso un gen suicida, y de esta forma lo convertimos en un vehículo que lanzamos contra las células tumorales del paciente, para que se cuelen dentro y desde allí destruirlas. ¡Increíble...! ¿No le parece?».

«¡Im-pre-sionante...! ¡Lo que avanza la ciencia!», aseveró el presentador. «¿La higiene es la mejor prevención contra las enfermedades?», añadió con laxitud al conocer de sobra la respuesta.

«¡Por supuesto...! La higiene y la prudencia», aseveró el virólogo con rotundidad, y con un gesto de condescendencia infantil, apostilló: «Mire, todo se contagia por los fluidos corporales: saliva, semen, orina, heces y sudor. En el momento que uno estornuda encima de una mesa, echa aire con gotitas de saliva en las que se alojan los virus de la gripe y estos se mantienen vivos allí durante más de una hora. Si usted pasa la mano por encima de la superficie, seguro que se los llevará entre los dedos, y al tocarse la nariz, los ojos o la boca, estará contagiándose. Hay que lavarse mucho las manos. ¡Esa es la clave!».

«¿Pero los animales de compañía son completamente seguros e inofensivos?», inquirió el guaperas.

El doctor lo miró de arriba abajo y se fijó en el chihuahua que descansaba sobre sus rodillas, y al que acariciaba con cierto amaneramiento. Dispuesto a amargarle el resto de la jornada, y de paso romper el techo de audiencia y acabar la entrevista de una santa vez, afirmó: «Primero, hay que llevarlos siempre al veterinario y hacer revisiones periódicas, porque si no… ¡Hay que tener mucho cuidado con los animales domésticos! ¡Fíjese…! Los inofensivos perritos y gatitos pueden contagiar la sarna y la fiebre por arañazo gatuno. Y si además tienen pulgas que provienen de las ratas y te pican, te pueden trasmitir la rabia, incluso la peste bubónica».

En ese momento, el presentador dejó caer de golpe al chucho debajo de la mesa y de la patada tan fuerte que le dio, salió volando fuera del plató de televisión.

CAPÍTULO 7

Por la tarde, Lucía acompañó a su hija a una visita al dentista. Regresaron pronto, pues el odontólogo tuvo un accidente de tráfico y quedó aplazada la revisión. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, vio sorprendida cómo su marido salía del piso de la vecina.

—¿Qué haces ahí? —le inquirió.

—Es lo mismo que yo me preguntaba. Vine del gimnasio, y como soy tan despistado, vi que estaba la puerta abierta y me metí convencido de que era nuestra casa. Y ahora me he dado cuenta de que no.

—¡Ya…! ¿Tú te piensas que soy tonta, estúpida o idiota?

—¡No, cariño! Una confusión la tiene cualquiera.

En ese momento se asomó la despampanante vecina rubia platino, y se presentó con engolada voz:

—¡Holaaa, me llamo Lulú! ¿Tú eres su mujer?

—¡Sí, pero por poco tiempo!

—Tanto gusto de haberte conocido. Hace un par de semanas que me he mudado aquí y estoy muy sola. Me gustaría tener amiguitas. Tu marido es muy bueno, me ha arreglado el desagüe del fregadero. ¡Todo se me estropea...! ¡Soy un desastre...! ¡No sé qué voy a hacer...!

—¡Cambiarte de apartamento, chica! —apostilló Lucía con distanciamiento y animadversión.

La sensual vecina, bailarina del Plata Club, hizo un gesto y la bata se le abrió, dejando al descubierto un exuberante pecho, y preguntó a Kin con excesiva confianza:

—¿Mañana vendrás a la misma hora?

En ese momento, él debió gritar por dentro «¡tierra, trágame!». Bajó la cabeza y se metió deprisa en casa con complejo de culpabilidad a la espera de la monumental bronca que le iba a caer encima.

Lucía llevó a la niña con su amiga del tercero segundo y al regresar se desahogó con su marido.

—¡Escucha muy bien…! Durante los próximos tres meses ni te acerques a mí. Ni besos, ni caricias, ni sexo, ni nada de nada. Ya viste el reportaje del otro día. No quiero que me contagies ninguna mierda de esa guarra. No me extrañaría que hubieses pillado una enfermedad venérea. Parece mentira que no sepas que se acuesta con todos los vecinos de la escalera y del barrio entero.

—¡No me lo creo! Si se ve muy buena chica... ¡solo baila! —adujo él.

—Es una ninfómana, una devoradora de hombres. Tú debes de ser su postre. Vaya fulana y vaya tonto del bote. Tal para cual. Ahora hay que esperar a que se manifieste la infección que seguro que has pillado de esa furcia de tres al cuarto. Y si se te cae la piel o el pene a trozos, será una mala señal, pero solo ver el pendón desorejado con el que te has liado, no me extrañaría nada. Pensaba que tenías más juicio, pero veo que eres un tarambana, un disoluto, un vicioso, un crápula. De aquí a unos meses, ya hablaremos de qué hacemos con nuestro matrimonio. ¿Queda claro? ¡Esto no te va a salir gratis! ¡Imbécil…! ¡Degenerado…!

A partir de entonces, Lucía dejó de tener relaciones con él y empezó a plantearse la separación y el divorcio en serio. También le dolía que su esposo se hubiese olvidado de su suegro y que se desentendiera tanto de la pequeña Luz, a la que evitaba con frecuencia, ya que según confesó la niña se ponía pesada al no parar de preguntar cosas que él no sabía la respuesta. Era la señal inequívoca de que en el fondo no la quería, y evidenciaba que entre la pareja había aparecido una niña a la que ella adoraba con locura,

mientras él se ponía celoso porque le había quitado el protagonismo. Su hija se había convertido en la reina de la casa y le había destronado para siempre.

Ella empezó a evitarle con más decisión. Kin, harto de esperar en la cama, una noche tras otra, preguntaba con enfado:

—¿Todavía no has acabado…? Pero, ¿cuándo piensas venir? ¡Qué dices…! ¡Qué tienes que limpiarte el cutis, ponerte una mascarilla, una crema antiarrugas para los párpados, darte un masaje de leche corporal para los senos y una crema anticelulítica para las nalgas! ¡Estás loca…! ¡Vas a estar hasta la madrugada con tanto potingue! ¡Que te zurzan...!

Kin, dispuesto a no darse por vencido, decidió tomar un buen tazón de café cada noche, para que le despejara y poder esperar a su esposa en plenas condiciones. Lucía, que había hecho amistad con Silvia, la dueña de una gran herboristería del casco antiguo, intentaba con su ayuda contrarrestar los efectos estimulantes de la cafeína y empezó a echarle plantas relajantes en la sopa de verduras. Incluso tuvo que echar flores del tilo para calmar sus nervios, pero el efecto fue flojo. Añadió la flor de la pasión o pasionaria, para neutralizar el desasosiego que él tenía al ver que ella se demoraba en la higiene del hogar. Vertió unas gotas de esencia de menta, limonero, espliego, nébeda, manzanilla y lúpulo como sedante, pero no había manera, le provocaba leves cabezadas, porque costaba relajar ciento veinte kilos de músculos. Decidida a tumbarlo, fuera como fuera, añadió hierbabuena, salvia y romero, con una buena dosis de valeriana por sus efectos hipnóticos y melisa por sus propiedades narcóticas. Al final, encontró la combinación perfecta para hacerle dormir y roncar cada noche como un orangután.

Varias semanas más tarde se manifestaron las erupciones purulentas de la piel que evidenciaban que se había contagiado de sífilis y de gonorrea. Lo acompañó al médico para que certificara en documento la infección con el fin de utilizarlo en los trámites del divorcio. Kin preguntó al doctor si podía continuar manteniendo relaciones con su esposa si tomaba medidas profilácticas. El galeno ladeó la cabeza y le manifestó que esperase un poco hasta que hicieran efecto los antibióticos.

Ella buscó una abogada, inició los trámites de separación y le pidió que se buscase un piso lo antes posible. Él empezó a demorarse y se hizo el remolón ante la insistencia de ella. Estaba convencido de que la volvería a seducir. No sabía que era demasiado tarde.

La madrugada de un fin de semana, él se despertó ante los jadeos de los vecinos de al lado. Era una pareja de recién casados y fornicaban a lo loco, sin contemplaciones, dispuestos a hacer temblar las paredes del edificio e incluso los cimientos del resto de los matrimonios de la vecindad, que escuchaban con envidia y disimulo la pasión desbordante que ya habían perdido y olvidado entre la rutina. Kin, dispuesto a emularlos, se dio la vuelta y buscó el cuerpo de su mujer. Cuál fue su sorpresa al descubrir que llevaba un pijama blanco plastificado de diseño futurista con capucha incorporada. No tenía aberturas visibles, ni cremalleras, ni botones. Estuvo un buen rato pensando cómo diantres se lo había puesto. Tuvo que tirar la manta y la sábana para atrás para contemplar en toda su magnitud aquella indumentaria tan sofisticada, propia de un astronauta de la NASA. Los gritos de la vecina, que ya llevaba un par de orgasmos, lo excitaron aún más. Y enfadado ante la imposibilidad de imitarlos y consumar el acto, colocó suavemente la planta de sus enormes pies en el culito de su queridísima esposa y empezó la cuenta atrás: «Tres, dos, uno, cero…», y la lanzó con todas sus fuerzas fuera de la cama. Lucía salió volando varios metros hacia la Luna que se reflejaba en el espejo del armario. Al estrellarse contra el cristal, lo rompió con la frente y su imagen se multiplicó en cada uno de los cientos de añicos en que se quedó fragmentado el azogue de plata. Quedó inconsciente y se despertó dos días más tarde en el hospital, sin saber muy bien lo que había pasado. Su esposo le explicó que se cayó del lecho, con tan mala suerte que se dio un golpe en la cabeza.

Ella le respondió:

—He soñado que volaba hacia el cielo, mientras tú te ibas de cabeza al infierno. Ahora avisaré a la policía... Buen viaje y hasta nunca, asqueroso maltratador.

CAPÍTULO 8

Sentada en el suelo, Lucía empezó a coger frío. Había tapado a su hija con el edredón de la cama. Aquella primavera estaba siendo desapacible. Ella llevaba un par de horas con la mente perdida en los episodios de su pasado. Debía centrarse en el presente, para no dejarse atrapar por la melancolía y la nostalgia. Se levantó con la niña en brazos. La pequeña estaba adormilada, la llevó a la cama con cuidado de no despertarla, la arropó con mucho cariño y le dio un besito en la frente. Hacía quince días que le habían cortado el gas y no tenía calefacción, pero no le importaba, aunque le daba bastante rabia tener que ducharse con agua fría. Notaba cómo una congoja se le había atado en el estómago y le impedía comer, y por eso había perdido bastante peso. Un acceso de llanto le brotó de repente al ver sobre la mesita de noche un montón de facturas sin pagar, coronadas por la última, el aviso de desahucio del piso en un par de semanas. Tampoco pensaba luchar por aquellas cuatro paredes que encerraban demasiados recuerdos tristes de su matrimonio. No quería llevarse ni un solo mueble. Dejarlo como estaba. No se había planteado qué iba a hacer. Quizá buscaría acomodo en casa de alguna amiga. No podía regresar a Huesca con su abuelo. Antes prefería vivir debajo de un puente. Cayó derrotada sobre la cama con cara de fatiga. Quería descansar, pero la tensión le impedía conciliar

el sueño. Con rabia se levantó, dejó a la niña con la vecina y regresó a la Caja de ahorros. Le dijo al empleado que no entendía cómo después de haber pagado la mitad de los años que duraba el préstamo de la hipoteca, aún debía casi el mismo dinero que al principio. El becario chupatintas le pasó al despacho del director para evitar que montase un follón en la oficina y alertase al resto de los clientes del timo de la estampita hipotecaria. El jefe la recibió con una sonrisa de pícaro. La hizo sentarse y con paciencia de docente ante una alumna ignorante, le explicó:

—Señorita, señorita… ¡Uf! ¿Qué vamos a hacer con usted…? Le ha pasado lo mismo que a la mayoría de la gente, que se ha dejado dominar por el orgullo y la vanidad de verse propietarios, de aparentar ser más de lo que son, de saborear el placer de sentirse ricos, sin querer darse cuenta de que nunca lo han sido ni lo serán. No lo olvide nunca: ¡los bancos vendemos ilusiones y cobramos realidades!

Ella no se pudo morder la lengua y le espetó:

—Ustedes hacen creer que miran por nuestros intereses y en realidad miran por los suyos.

El bancario se frotó las manos y afirmó:

—¡Por supuesto! Nosotros somos como vendedores de lavadoras, intentamos que el cliente no nos compre la mejor, sino aquella por la que recibimos mayor comisión y beneficios, con la que podemos ganarnos mejor la vida. Es así de simple. El negocio es el negocio. *Business is business*!

—¡Perdone, pero ustedes son unos sinvergüenzas! ¡Unos granujas…!

—Señora, no me insulte a mí ni a esta prestigiosa institución de crédito aragonesa. Hemos contribuido de manera eficiente durante décadas y siglos al bienestar de la sociedad.

—Supongo que de forma altruista. Sin buscar ningún provecho a cambio.

—Por supuesto que no. Si ustedes ganan, nosotros ganamos. Y si pierden, nosotros nunca perdemos. Por eso, expropiamos los bienes que han servido de garantía. Ya sabe lo que se dice en los casinos del mundo: ¡la banca nunca pierde!

—Pues vaya gracia. No tienen corazón. Podrían renegociar los plazos, alargarme el tiempo de pago, y si la cuota fuese más baja, quizá podría cubrirla cada mes.

—¡Lo siento mucho...! Como en su cuenta corriente no ha habido ingresos en los últimos meses, hemos investigado y nos han informado de que el grupo de academias donde trabajaba ha estado en suspensión de pagos y ahora en quiebra, concurso de acreedores. Sabemos que les adeudan muchas nóminas que nunca cobrarán. Encima, esa gentuza, los muy canallas, no cotizaban a la Seguridad Social por ustedes, por lo que no tendrán derecho al subsidio de paro. Me sabe mal, pero su situación económica es muy crítica. Y con esos antecedentes, demorar el préstamo sería alargar la agonía. Tiene varios créditos personales con recibos sin pagar. Ha vivido de las tarjetas estos últimos meses y las tiene completamente quemadas, fundidas. Llegó al límite. Si le sirve de alivio, hay miles de personas que están igual de desesperadas que usted.

—¡Pues vaya…! Mal de muchos, consuelo de tontos. De verdad, pienso que deberían informar mejor de las peligrosas consecuencias de firmar una hipoteca.

—Señora, el problema es que la gente es muy ingenua. Ve un piso al alcance de la mano, a cambio de una pequeña cuota, y se lanza a lo loco a firmar el contrato notarial. No se entera de que el banco aplica el sistema francés de amortización de la deuda, con un interés variable, que suele ir al alza cuando sube el Euríbor y nunca baja, porque hay cláusula suelo. De tal manera que durante los primeros años se paga la mayoría de los intereses y es a la mitad del préstamo en el momento en que se empieza a restar de forma importante del capital inicial. Es decir, compras un piso y pagas dos, el segundo se lo queda el banco, y el primero, si puede, también.

Ella se levantó enfadada dispuesta a irse, pero el director la detuvo y con amabilidad postiza la invitó a sentarse. Empezó a frotarse las manos con avaricia, mientras le brillaban los ojos con usura. A continuación, le explicó con cierta condescendencia infantil y severidad paterna:

—Me sabe mal... muy mal... tu situación —empezó a tutearla con intención de coger confianza. Esbozó una leve sonrisita que se le es-

capó por la comisura de los labios y que delataba que no solo mentía, sino que se regocijaba—. Mira, después de que te embarguemos la casa, el coche, los muebles, los electrodomésticos y la ropa, toda menos la interior, faltaría más, aún estarás en deuda con nosotros. Eso se debe a que los precios del mercado inmobiliario se han derrumbado, y el valor de tu piso ahora es inferior al que tomamos como base para formalizar el préstamo, por lo que en la actualidad no cubre el dinero que te dejamos. En conclusión, estás en deuda con nosotros —y le faltó decir «por el resto de tu vida y de tus descendientes»—. La ventaja que tienes es que eres muy joven y guapa, y tendrás muchos años por delante para devolvérnoslo, pero espabila a pagarnos, o si no los intereses se te comerán por los pies.

En ese instante, el tipejo lanzó una mirada de gula y lascivia hacia sus preciosos zapatos blancos de primavera, abiertos por delante y cerrados por detrás, que mostraban unos deditos de sinuosos contornos, cuyas uñas estaban pintadas de diferentes colores, como si fueran diez bombones de diversos sabores que pareciesen decir «¡cómeme... cómeme... a mí primero... a mí primero... a mí después...!».

Él se relamió los labios golosos, y ella en un acto reflejo alargó las piernas y escondió el objeto de deseo bajo la mesa. Estaba muy asustada al pensar que aquel tipo gordo, con cara de caníbal, se iba a lanzar a devorarlos, uno a uno, como aperitivo de la gran comilona que pensaba darse con el resto de su cuerpo. Y es que algunos son insaciables, cuando empiezan contigo, nunca acaban.

Durante muchas noches soñó que entraba en su entidad de crédito y que los altos directivos, muy trajeados, la recibían con un antifaz o con una media puesta en la cabeza, una pistola en una mano y una metralleta en la otra, mientras le gritaban a coro: «¡Manos arriba! ¡Manos arriba, esto es un banco!».

Al día siguiente, al cruzar ante el escaparate de una librería vio la portada de un ejemplar con el mismo título escrito por un tal Rafael Rubio. Ella se sonrió al pensar que no era la única que se sentía más que estafada, atracada, y que cuando iba a determinadas cajas de ahorro, no todas, tenía la sensación de entrar en la cueva de Alí Babá y los cuarenta mil ladrones, donde los directivos siempre estaban sonrientes y disfrazados de hermanitas de la caridad.

CAPÍTULO 9

Antes de regresar a casa, Lucía pasó por la herboristería de Silvia. Necesitaba que le recetase alguna infusión de hierbas que le aliviase la ansiedad. Al entrar en el establecimiento y ver que estaba lleno de gente, estuvo a punto de darse la vuelta y pasar a otra hora, pero decidió pedir tanda y esperar sentada en una silla. La media docena de dependientas no daban abasto. Empezó a notar un dolor en el costado, fuertes palpitaciones, y se desvaneció. Cuando quiso despertarse estaba en la trastienda del local con varias agujas de acupuntura clavadas en la axila, en el codo, en el brazo y en la muñeca hasta llegar al dedo meñique. Silvia le explicó que había perdido el conocimiento y que al socorrerla vio que tenía taquicardia, pero que durante los veinte minutos que llevaba tumbada en la camilla se le había ido normalizando el ritmo cardiaco. Le preguntó si notaba adormecimiento de las extremidades y ella afirmó con un parpadeo. Silvia le explicó con voz pausada, con el fin de que no se asustase, que iba a enroscar sobre la cabeza de las agujas la moxa o planta conocida por *Artemisia vulgaris*. Luego le prendería fuego, para que al quemarse trasmitiera el calor a los puntos de los dos meridianos del corazón, así se reactivaría la oxigenación sanguínea y haría fluir la energía vital o *chi* por los canales energéticos del cuerpo. Le comentó que a continuación le aplicaría unos puros encendidos de la misma planta, también

conocida como hierba de San Juan, cuya incineración intensificaría el calor. Eso le causaría un efecto relajante, por lo que notaría un gran bienestar, pues con dicha combustión la piel se cubriría con aceites ricos en compuestos vitamínicos y minerales. Quiso trasmitirle confianza y le comentó que llevaba más de diez años que se dedicaba a la acupuntura de forma vocacional. Le enseñó la técnica un viejo y reconocido doctor de medicina tradicional china, un taiwanés de nombre Liu Ying, que se había retirado a vivir en una casa, en medio del bosque, a las afueras de Zaragoza. Lucía permaneció callada y no quiso dar demasiadas explicaciones sobre sus problemas económicos. La otra pensó que había tenido una nueva discusión con su exmarido, el culturista.

Una vez se sintió recuperada, se incorporó y estuvo un rato sentada en la camilla hasta recobrar el equilibrio. La naturópata la invitó a una sesión de acupuntura una vez por semana, ya que de esa manera regularía su ansiedad y depresión. La ayudó a levantarse acompañándola hasta la puerta. Antes de salir le entregó una bolsita de papel con una mezcla de hierbas y extractos vegetales para que tomase varias infusiones al día. Le aseguró que era mano de santo.

Ella salió a la calle. Caminó con paso tranquilo y sereno. Llegó a su casa y fue a ver a su vecina Rocío para recoger a su hija. La niña se había quedado medio adormilada en el sofá, pero al intuir su presencia y verla se lanzó con alegría y cariño a sus brazos. Al franquear la puerta de su piso, la niña, con cara de preocupación, balbuceó:

—¡Mami, Mami! ¿Es verdad lo que me ha dicho mi amiguito Toni, el hijo de la vecina?

—No sé lo que te ha contado, pero por los ojos de asustada que pones, seguro que es una mentira, algún infundio. ¡Monsergas! ¡Pamplinas!

—Me ha dicho que nos van a echar de casa y que vamos a tener que vivir en la calle, en una caja de cartón, y pedir limosna a la puerta de una iglesia.

—No quiero preocuparte, pero sinceramente, quizá sí. Tenemos muchos recibos impagados del gas, del agua y del teléfono,

entre otros. No tenemos dinero y la Caja de ahorros nos va a desahuciar en quince días por no cubrir la hipoteca.

—¡Mami, que nos ayude el abuelito, que tiene mucho! ¡Que nos dé un poquitín!

—¡Cariño, no te engañes, él no nos quiere! O mejor dicho, nunca me ha querido a mí. Mi yayo solo adora el dinero.

Lucía se quebró en un llanto desconsolado y en su licuada mirada se veía a su abuelo, que la dejaba hundirse en un mar de lágrimas sin echarle un salvavidas.

—¡Mami, no llores, por favor! Hace años, cuando era pequeñita, ¿te acuerdas de que estuve un verano en la casa de Huesca de tu yayo? Pues una noche me levanté al ver que había luz por debajo de la puerta del desván. Miré por la cerradura y vi cómo sacaba de un agujero del suelo un baúl. Lo abrió. Metió las manos y las sacó llenas de monedas de oro. Se puso a contar. Mamita, los ojos le brillaban igual que si fueran las ascuas del brasero que atizabas en invierno.

—No me extraña. ¡Es un mezquino! Antes se dejaría cortar una mano que darnos un mendrugo de pan. De tanto contar onzas y doblones de oro, se le han deformado y retorcido los dedos; se ve que padece una artritis reumatoide. Le pasará como a mi tatarabuelo, que se dedicaba a empeñar alhajas y, a final de año, se quedaba para siempre las joyas que no habían recuperado sus dueños. Con la intención de evitar posibles reclamaciones las fundía en un enorme crisol, una especie de recipiente que soporta altas temperaturas. Allí las mezclaba, como si fuese un alquimista que tuviese una fórmula secreta, con otros metales, entre ellos la plata para endurecer la aleación, y así conseguía lingotes de gran pureza. Antes del proceso recubría las paredes del crisol con ácido bórico, una sustancia química que cuando seas mayor utilizarás en el laboratorio del colegio, y lo hacía para que no se pegase ni un miligramo de su idolatrado metal. Siempre le gustaba asomarse al borde de la caldera para extasiarse al contemplar el áureo brillo de la formación de un sol incandescente creado por él. Un día se acercó tanto que se mareó por el calor que desprendían los vapores, se cayó dentro de cabeza y se ahogó en oro líquido.

—¿Sí? ¡Qué horrible...! —a la chica se le pusieron los ojos como platos.

—¡Claro...! Su cuerpo entero se fundió y solo quedaron los huesos bañados en veinticuatro quilates. Se convirtió en el muerto más rico del cementerio.

—¿Eso es cierto? —inquirió la niña, absorta por el relato.

—Así me lo explicaron cuando tenía tu edad. Encima, corrió la leyenda de que si te acercabas a la sepultura, se le oía gritar con desespero: «¡Ven... ven... que te cambio el sitio!». Y la gente, asustada, salía corriendo despavorida, mientras juraba no volver nunca más al camposanto. No tardaron demasiado tiempo los profanadores de tumbas en robarlo. Se rumoreó que pensaban encontrar un corazón de oro y hallaron uno de piedra. Encima los sacrílegos tuvieron la mala suerte, según dicen las habladurías, de ser víctimas de una terrible maldición mitológica.

—¿Y cuál es...? ¡Explícala, por fa... por fa... por favor...! ¡Va..., va...! ¡Di... di... dila ya...! —insistió la niña con una desmesurada impaciencia infantil.

—La del rey Midas, aquel monarca que pidió al dios griego Dionisos el deseo de que al tocar cualquier cosa se convirtiese en oro. Y dicha divinidad se lo concedió. De manera que el objeto que acariciaba, como por ejemplo una piedra, una espada o una flor, se trasformaba en el precioso metal. Se sintió el hombre más feliz de la tierra, pero cuando llegó su amada esposa, al abrazarla la convirtió en una bella estatua dorada. Consternado al descubrir las consecuencias de sus delirios de riqueza, cayó en el pozo de la amargura. Deprimido y sintiéndose profundamente infeliz, estuvo días sin probar bocado. Y en el momento que quiso comer se dio cuenta de que al coger una manzana, una hogaza de pan o cualquier alimento que se llevara a la boca, al rozarlos con los labios se convertían en oro. Empezó a pasar mucha hambre y sed, tanta, que estuvo a punto de morir. Y pensó que por un simple vaso de agua en el desierto, un sediento estaría dispuesto a dar toda su fortuna, porque lo más importante era la propia vida. Entonces, tomó consciencia del gran valor de lo insignificante. Aprendida la lección que revela el secreto de la grandeza de lo

pequeño, el dios le liberó de su codicioso sueño convertido en una inimaginable y terrible pesadilla.

—¡Pobrecillo...! Si tu abuelito acabara así, igual que su antepasado, tendría un final horrible —argumentó la inocente niña.

—La historia se repite. Así suelen terminar sus días los avarientos, los miserables y los codiciosos, víctimas de sus debilidades, vicios y pecados. En la vida naces sin nada y sin nada te vas, porque el mayor tesoro que hay en el mundo es el amor que has dado y que has recibido.

—Sí, mamá. Prefiero ser pobre.

—¡Niña! ¡Tampoco es eso! Hay que dar al dinero su justa importancia. Hay un refrán que dice: «No es más rico quien más tiene, sino el que menos necesita». Recuérdalo siempre.

La pequeña Luz rompió a llorar al sentirse desamparada por el tacaño del viejo. Ella la consoló abrazándola y le dio los mimitos que tanto le gustaban. La besó en la frente y las mejillas con la inagotable energía que yace de cada mujer que ha sido madre y ha contactado instintivamente con los secretos de la esencia de la vida, y le prometió:

—No te preocupes, confía en mí. Ya verás como de esta salimos juntas y victoriosas. No necesitamos nada de nadie.

Ella se arrepentía de haber estado medio año trabajando de balde en la academia. Si hubiese aprovechado aquellos meses para buscar un nuevo empleo, seguro que ya habría conseguido encontrarlo. El tiempo jugaba en su contra. Siempre había sido una mujer luchadora y no se iba a rendir tan fácilmente. Hospedarse en casa de sus tíos de Jaca sería tanto como reconocer una derrota antes de haberla librado. Tenía a su padre metido en la residencia. Necesitaba moverse con celeridad. Durante las últimas semanas se había desahogado escribiendo las frases, propias y ajenas, que más le levantaban el ánimo en folios que había colgado de las paredes de todo el piso. La costumbre, que empezó a practicar en la habitación, ahora la había generalizado, de manera que cada hoja de papel se había convertido en una simbólica ventanita hacia la esperanza. Leyó en una de ellas la siguiente frase de Albert Einstein:

«Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor, la electricidad y la energía atómica: la voluntad.»

Sacó de una carpeta varios currículos que tenía preparados, vistió a la niña de manera precipitada y la llevó a casa de la portera de enfrente, con la que tenía mucha amistad. Así, podría estar más libre y concentrada en la búsqueda de empleo. Compró todos los diarios, buscó las ofertas y fue a cada una de las empresas que se anunciaban. No hubo suerte. Recorrió media Zaragoza, pero estaba dispuesta a recorrer la otra media al día siguiente. De paso y para no perder la costumbre, visitó siete veces el cajero del banco por si hubiesen ingresado algo, pero el saldo estaba a cero. Volvió a casa con los zapatos de tacón convertidos en pirañas, que le habían mordido sin piedad hasta hacerle sangre. Cuánto hubiese pagado por un buen masaje en sus delicados y doloridos pies. Pensó que ese sería uno de los requisitos imprescindibles que debería cumplir su próximo novio. Calentó un poco de agua hasta que estuvo tibia. La vertió en una palangana en donde echó tres cucharadas de sal marina y siete hojas de menta, que removió con una cuchara de palo hasta disolver una y aromatizar con las otras. Metió los pies en remojo durante nueve minutos, los enjuagó y secó con movimientos circulares en la palma y en los deditos, según le había aconsejado Silvia, con la que empezaba a tener bastante confianza. Se había enterado de que no solo era la dueña de aquella herboristería, sino de una docena más. Eligió un calzado de tacón a sabiendas que la hacía más alta y esbelta. Y volvió a salir a comerse el mundo. Al regresar, el fuerte viento había abierto la mayoría de las ventanas y las hojas de papel templaban en la pared como si quisieran salir volando. En el silbido del cierzo, mezclado con el rumor de la calle, parecía escucharse las mil voces del aire recitar entre susurros las frases, igual que oraciones encadenadas de una eterna letanía. Se quedó sorprendida ante aquella escena, que quiso interpretar como una señal de buen augurio. La energía de los sentimientos encerrados en dichas palabras la animaba a proseguir. Estaba completamente agotada, pero leyó una frase de Winston Churchill, una de sus citas predilectas:

«Un optimista ve una oportunidad en cada desastre, y un pesimista ve un desastre en cada oportunidad.»

Presta, se pegó una ducha, se puso la ropa más elegante que guardaba en el armario y el mejor calzado que tenía en el zapatero. Estaba dispuesta a dejarse llevar por la sabiduría del refrán que su madre solía repetir con mucha frecuencia: «Genio y figura hasta la sepultura». Y se dijo mirándose al espejo: «Venga… venga… que hay que menearse… ¡Tira... tira..., que aquí nadie me va a traer nada! Hay que salir afuera a por ellos, que son pocos y cobardes».

Antes de franquear la puerta, echó un vistazo a otra de sus proclamas favoritas que le daban fuerza y coraje, una de Woody Allen:

«El noventa por ciento del éxito se basa en insistir.»

Tuvo un presentimiento. En vez de buscar anuncios, empezó a analizar las noticias económicas con la perspectiva de anticiparse a los acontecimientos. Una de ellas decía que una importante inmobiliaria había absorbido a otra y continuaba su proceso de expansión. Fue a la biblioteca y buscó por Internet la información sobre tal empresa y se preparó la visita como si fuese un examen. Llegó a la central y una recepcionista, más chula que un ocho y que hacía de filtro, le marcó un stop en el pecho. Dispuesta a esquivar a aquella idiota convertida en barrera humana, le aclaró que deseaba hablar con el dueño, el señor Jorge Dasa Duncan, por asuntos de negocios. Había descubierto que era un hombre de suerte, porque se había casado con una mujer rica, propietaria de constructoras, balnearios y hoteles, entre otros negocios, y que él los gestionaba. Lucía mostró tanta seguridad al ir tan elegantemente vestida, con aspecto educado, amable y sereno, que rompió los prejuicios de la chica de la entrada, que se repitió por lo bajini: «No tiene pinta de parada desesperada, esas a las que tanto les da trabajar en una carnicería como en una farmacia».

El dueño la hizo pasar. La entrevista fue impecable, ya que se ofrecía para ayudarlos en sus proyectos, y parecía que ella les hacía un favor. El señor intuyó su potencial, captó su enorme talento y su delicado encanto. Raudo, le propuso de entrada hacerse

responsable de una oficina inmobiliaria que habían abierto en el centro de la ciudad, concretamente cerca de la plaza Los Sitios. Necesitaban una persona muy responsable y de confianza, y ella encajaba perfectamente en el perfil que buscaban. Tendría a su cargo varios empleados que debía adiestrar en el difícil arte de cautivar y persuadir, puesto que lo más importante del negocio era vender el gran excedente de pisos en cartera. El salario no era el que se merecía, pero las comisiones eran bastante suculentas, por lo que podía sacarse un buen sueldo si conseguía que su equipo colocase algunos pisitos al mes. Esa noche sí que pudo dormir a pierna suelta.

Por la mañana, el jefe le enseñó varias viviendas que tenían en promoción para explicarle sus características, sus puntos débiles y fuertes, le mostró un análisis dafo para que su argumentación enfatizase más lo bueno que lo malo. Ella, después, tendría que enseñar lo que aprendía a su equipo. El amo le recomendó que obviara los defectos de construcción. Y con astucia de viejo mercader le comentó: «Mejor no decir nada de los acabados del plato de ducha. La gente es muy tiquismiquis, y por un detallito de nada, cualquiera es capaz de exigirte una sauna escandinava o un *jacuzzi* de los de bañera de hidromasaje para seis personas».

En ese momento llegó la esposa del señor Jorge Dasa y antes de que el marido las presentara, se abrazaron como hermanas. Era su amiga Silvia, la dueña de la herboristería. Felicitó a su marido por haberla contratado, pero le dijo que lo sentía mucho, pero se la arrebataba, porque necesitaba que alguien de confianza la ayudase a supervisar la docena de establecimientos que tenía repartidos por la capital maña. Su marido asintió sin rechistar ante su poderío. Solo le faltó dar un doble taconazo al estilo militar.

Lucía le explicó su situación y Silvia le dijo que no se preocupara, que la ayudaría en lo que pudiera. Juntas fueron a la tienda del casco antiguo. La amiga le mostró una promoción de pisos por estrenar, y con picardía la dejó encandilada con un dúplex situado en una calle tranquila. La dueña, que ya esperaba dicha reacción, le propuso:

—Escucha, si te gusta, podemos hablarlo. Tú ya eres de la empresa o de la familia. Nosotros somos constructores, promotores,

agentes inmobiliarios, hoteleros y tenemos una financiera propia. Y lo que necesitamos es quitarnos de encima estos muertos. El coste de mantenerlos es muy elevado: impuestos, comunidad de vecinos y un montón de gastos más. Vamos a la oficina, hablaré con mi esposo y no creo que haya ningún problema. Tú no te preocupes, te daremos un periodo de carencia de un año. ¿Alguien da más…? —exclamó convencida de su inmejorable oferta.

Dicho y hecho. Verificó las condiciones y encontró el precio razonable. Firmó el contrato de compra y de préstamo hipotecario, pero esta vez por cuarenta años, así se aseguraba una cuota pequeña. Le entregaron las llaves y pasó el fin de semana entero recreándose en cada rincón de aquel espacio que era suyo. Se entretuvo en dibujar los planos de la distribución de los muebles. También hojeó varias revistas de decoración para encontrar alguna idea sugerente y económica. Aquella casa iba a ser su hogar, su morada, su escondite, su lugar de ubicación en el mundo.

Durante la semana siguiente, trasladó en cajas sus pertenencias más personales, aunque las dejó en la entrada ante la duda de tirarlo todo y empezar completamente de cero. El día del desahucio del piso viejo, esperó a la comitiva hasta que la vio llegar por la ventana. La comisión estaba encabezada por unos grises funcionarios del juzgado con cara de patíbulo, seguidos por la policía y el usurero de la Caja de ahorros, al que llamaban el depredador, acompañado de un subastero amigo suyo, con cara de hiena, que iba a echarle un ojo al botín para trincarlo más tarde a mitad de precio. Dejó las llaves puestas por fuera, se escondió en el hueco de la escalera de la planta superior y colgó de la puerta una nota bien grande que decía: «Bienvenidos al infierno».

Cuando entraron, tuvieron que dar marcha atrás, pues las paredes estaban plagadas de llamas rectangulares. Ella había prendido fuego a las hojas de papel con las frases que le sirvieron de desahogo, ánimo y aliento. Sabía que los muros y los techos eran completamente ignífugos, pues su exmarido tenía pánico a los incendios, y bien se había encargado de acondicionarlos con materiales y pinturas incombustibles. Quisieron avisar a los bom-

beros, pero no hizo falta. Las palabras se apagaron por sí solas, las emociones y pensamientos que encerraban no se extinguirían jamás, porque formaban parte de ella. Había sido una forma de purificación, de borrar sus huellas y, de alguna manera, su pasado.

CAPÍTULO 10

Lucía pasó unas semanas dedicada a decorar su nueva casa. Como quería gastar lo mínimo posible, restauró viejos muebles que le regalaron amigos y conocidos. Otros los obtuvo en el mercadillo de la plaza San Bruno, detrás de la Seo, al lado del Pilar. Era un rastro con un aire cosmopolita, en el que predominaba el orden y se podía encontrar cualquier antigüedad entre esculturas, cuadros, artesanía, libros, joyas, bisutería, juguetes, minerales y un sinfín de objetos que parecían sacados de un palacete en ruinas.

Gracias a la hospitalidad de su entrañable vecina Rocío, que cuidó de su hija mientras trabajaba, pudo arreglar el piso y organizar su nueva vida.

Eligió la noche de san Juan para estrenar el nuevo hogar en soledad. Trasladó las pertenencias que le quedaban a la hoguera del parque Bruil, la más cercana a su casa. Varios jóvenes colaboraban en la semana cultural de La Magdalena y le ayudaron a descargar los paquetes, bolsas y cajas de ropa que llevaba en el maletero de un viejo coche de tercera mano que un amigo le había regalado. A las once de la noche, encendieron la fogata como manda la tradición y las llamas alcanzaron varios metros de altura. Quería quemar el resto de los recuerdos de su pasado en un acto psicomágico de purificación, como lo hubiese definido Alejandro Jodorowsky, el autor que acababa de leer. Solo salvó del fuego el mágico cuadro

del pintor ciego. De esta manera, daba la bienvenida al verano en la noche más corta del año y la primera de una nueva vida.

Por la mañana, se despertó envuelta en un halo de serenidad. Cuando eligió aquel dúplex, lo que más le gustó fue tener aquella habitación en el altillo, donde se disfrutaba de una perspectiva desde arriba de la casa entera. Desperezándose, cosa que le encantaba practicar en los festivos, se inclinó sobre un costado y contempló el enorme espejo horizontal de la escalera en el que se reflejaban los peldaños de madera que conducían al piso inferior. Recordó la tarde en que lo encontró en una escombrera a las afueras del aeropuerto de Zaragoza. Hacía tres años que allí tiraron un montón de objetos durante las reformas del vestíbulo para sustituirlos por otros de diseño, con la obsesión de dar una imagen de modernidad a los pasajeros que llegasen a la Exposición Internacional del 2008. Volvió a casa como si hubiera hallado un tesoro, y lo era, pues en el reverso unas letras labradas en el azogue indicaban que estaba fabricado en Murano, en la Venecia del siglo xvi. Tuvo que llamar a un amigo transportista para que la ayudara a llevarlo. Durante el trayecto, pensó en lo que la gente tira y en lo que las administraciones públicas despilfarran, en lo que les falta a unos y lo que les sobra a otros. Estaba contenta con haber conseguido gratis algo que ella consideraba tan hermoso. La curiosidad la llevó a convertirse en ratita de biblioteca e investigar en anuarios y crónicas de sociedad de la época. Descubrió que aquel objeto fue propiedad de una de las familias aragonesas más ricas, y que varios siglos antes, en uno de sus viajes a la ciudad de los canales, fueron invitados a un baile de disfraces en el palacio Belloni-Battagia. La esposa, poco agraciada, se vio tan favorecida en aquel espejo que consideró que era mágico, y debía serlo si trasformaba las feas en guapas. Se encaprichó tanto que empeñó media fortuna en adquirirlo. Después corrió la leyenda de que lo que realmente reflejaba era la belleza del alma. Cinco generaciones más tarde el espejo llegó a manos de los descendientes, que en su ignorancia lo tiraron porque decían que había perdido lustre y al mirarse se veían viejos y horrendos. El Ayuntamiento de la ciudad lo guardó en el sótano, lugar donde se encontraban los políticos con los banqueros para

celebrar grandes cenas que siempre pagaban los votantes. A ninguno de los asistentes le gustó verse reflejado allí, pues aparecían deformes, con los dedos huesudos y los dientes afilados, igual que chupasangres expertos en la degustación de yugulares ajenas. Al final, se lo endosaron al auditorio dirigido por Marta, que se quedó encandilada al contemplarlo, pues al mirarse se vio espléndida en el reflejo, lo que evidenciaba que era una mujer preciosa por fuera y por dentro. A su vez los directivos, al temer que con la vibración de la voz de Pavarotti, que cantaría allí una ópera, se hiciera añicos en la primera aria, decidieron endosarlo a otra institución. Y así fue dando tumbos y acabó en un rincón mugriento del vestíbulo del aeropuerto, ignorado por completo, dedicado a observar el ir y venir de los viajeros, el discurrir de la vida y del mundo. Parecía que la imagen de miles de personas había sido capturada por la memoria del espejo. Y aunque estaba algo deteriorado, aún mantenía el refinamiento en las formas del biselado del cristal y de los marcos. Esa circunstancia le hizo pensar en las perversiones y pecados de los herederos, que al igual que en la novela de Oscar Wilde *El retrato de Dorian Gray,* buscaron al mirarse su imperecedera belleza y encontraron el reflejo desfigurado de su alma.

Nunca olvidaría cuando llegó la furgoneta con lentitud para evitar los baches. La frágil mercancía iba envuelta entre mantas. Necesitó la ayuda de varios amigos para subirlo con el cuidado necesario y les lanzó la siguiente amenaza: «Recordad: quien rompe un espejo, tiene siete años de mala suerte».

A algunos les empezaron a temblar las manos y al resto les demudó la cara. Al día siguiente, se informó en una droguería de las técnicas y los compuestos químicos que necesitaba para restaurarlo. Los compró enseguida, pues quería azogar las zonas del cristal que habían perdido el reflejo. Y así combinó el nitrato de plata cristalizado con el agua destilada en una botella de vidrio oscuro para que no le afectara la luz. Cogió un recipiente de porcelana y vertió cien gramos de nitrato amónico. En una cazuela repitió la misma operación siguiendo las proporciones, pero con hidróxido sódico. Y por último, hizo igual con la glucosa. Una vez tuvo los cuatro compuestos por separado, los midió y mezcló de

forma ordenada hasta que la solución se oscurecía a medida que la agitaba. Aplicó una capa gruesa de la sustancia resultante a las zonas de cristal trasparente y apareció el brillo metálico, pero como estaba deseosa de ver el resultado final, aceleró el proceso con el secador del pelo. No podía esperar más y con un gran esfuerzo lo giró. Al asomarse a él, por arte de magia, vio la cara menuda de una mujer de pelo y ojos castaños que le sonreía radiante desde el interior. Entonces se sintió pequeña como la mítica Alicia, y al mismo tiempo, pletórica y grandiosa. Llena de satisfacción se le iluminaron los ojos y su rostro resplandeció porque había tomado consciencia de que sola, sin ningún hombre al lado, era capaz de hacer cualquier cosa por difícil e imposible que pudiera parecer. Y antes de que viniesen algunos operarios enviados por el marido de Silvia para colgar el espejo en la pared, empuñó el pincel, lo untó en el azogue de plata y escribió en el reverso con letras de luna el fragmento del poema más sugerente de su amado William Blake:

«Para ver el mundo en un grano de arena
y el cielo en una flor silvestre,
abarcar el infinito en la palma de tu mano
y la eternidad en una hora.»

CAPÍTULO 11

Lucía acondicionó un dormitorio sencillo pero cómodo para que su padre se instalase allí. De esa manera, vivirían igual que una familia normal, y el pobre hombre podría disfrutar más de su nieta. Contrató a Lupe, una cuidadora, para que por las mañanas lo acompañase a pasear por los parques y jardines, y de paso lo llevara a los talleres organizados por la asociación de invidentes del barrio. Al mediodía regresaban y recogían a la niña en el colegio. El señor Rodrigo disfrutaba al escuchar el bullicio de los chavales a la salida de la escuela, pues le hacía evocar recuerdos de la infancia. Cuando llegaban a casa, Lucía tenía puesta la comida en la mesa y almorzaban todos juntos. Por la tarde, el anciano se quedaba traspuesto en el sofá escuchando de fondo la televisión, y a su lado, la señora que lo cuidaba hacía ganchillo. Lucía acompañaba a su hija al conservatorio de música o a catequesis en su destartalado coche. Empezaba a notar la sensación de ser una mujer libre, sin tener que pedir permiso a nadie para tomar sus propias decisiones.

Como cada domingo desde que su padre perdió la visión, acudían a misa al monasterio de Santa Lucía, en el barrio de Casablanca, al lado del Hospital Militar. Ella llevaba velas y pedía a la santa que ni su hija ni ningún familiar más heredasen aquella enfermedad que podía causar ceguera. Durante la ceremonia, la niña se quedaba fascinada, al igual que lo estuvo ella, al contemplar

la enorme paloma de plata que, con las alas desplegadas, cubría buena parte del altar. Concluida la liturgia, solía charlar un rato con sor Felicitas para saber cómo se comportaba la chiquilla en las clases de catecismo, y la valoración era siempre buena. Luego, departían sobre diferentes temas más personales y Lucía acababa desahogándose de las angustias que le causaba la situación cotidiana. Aquel día, en cambio, estaba contenta y esperanzada por los cambios que se estaban produciendo vertiginosamente, y al explicárselos de manera tan pletórica, llenó de una enorme alegría a la pobre monja, que no dejaba de rezar por ella a diario.

El lunes, Silvia le comunicó que durante el fin de semana llegaría a Zaragoza, de incógnito, un reconocido tatuador taiwanés. Vendría a visitar a su propio hermano, maestro de acupuntura que enseñó dicha técnica a Silvia, y con el que ella mantenía una gran amistad. El anciano doctor de medicina china lo esperaba muy ilusionado, porque hacía mucho tiempo que no se veían. Silvia le confesó a Lucía que le pediría que la tatuase en el hombro una estrella de los Pirineos, planta de flor azul que rodeaba la casa de su abuela en el bosque, porque llevarla en la piel le evocaría entrañables recuerdos. Además, sugirió a Lucía que se animase a hacerse uno. Era un acto trasgresor que podía significar el inicio de un cambio de vida.

El sábado por la tarde fueron juntas a la casa del doctor Liu Ying, en medio de un pinar. El venerable anciano les presentó a su hermano Cai, el cual ya estaba enterado de sus intenciones y se mostró con buena predisposición. Silvia le llevó como regalo una preciosa imagen de la Virgen del Pilar que le encantó. Dispuesto a compensar el presente recibido, les enseñó un catálogo con fotos de sus últimas creaciones. Empezaron a dudar por si luego se cansaban de ver el dibujo elegido. Entonces, el artista les sugirió que se hicieran un tatuaje con tinta invisible, así solo bajo la luz ultravioleta lo podrían contemplar y de día quedaría completamente oculto. Eso les animó y Silvia le mostró la foto de la flor que deseaba llevar en la piel. Decidida, se tumbó y el hombre se puso unas gafas especiales e inició con laboriosidad su trabajo. Lucía se puso al lado para darle conversación, mientras saboreaba un té

verde, que según dijo él, era parecido al *gyokuro* japonés, conocido como el rocío de jade, pero cultivado en la zona del río Yangtsé, en la provincia de Jiangsu. Cuando llegó su turno, dudó qué planta elegir, y el virtuoso pintor de la piel, inspirado, le propuso:

—Tienes un rostro luminoso, como si emergiese desde el fondo del lago hacia la superficie, en busca de la luz del día, igual que hace la flor del loto azul. Creo que esa es la que tienes que tatuarte. Te traerá buena suerte, pues es una planta muy espiritual, venerada en la India, Nepal y en el resto de Oriente.

Ella aceptó fascinada ante sus explicaciones tan sugerentes, y también por la exótica posibilidad de llevar escondida a la vista de cualquiera el secreto de una flor.

El mes de julio fue muy entrañable, ya que la pequeña Luz tenía vacaciones. Ella también pudo disponer de más tiempo libre para salir con su padre y su hija al parque, jugar en los columpios, sentarse en las terrazas y tomar helados. Aprovecharon un sábado para visitar a unos familiares de Calatayud. Fue un reencuentro de cariños y afectos que habían estado aletargados demasiado tiempo.

Kin la llamó por teléfono al descubrir que ya la habían desahuciado y al no saber dónde localizarla. Ella le dijo que no pensaba darle su nueva dirección y que cuando quisiera ver a su hija, buscarían un lugar neutral, pues no estaba dispuesta a que la controlase ni a que fuese a su casa a la hora que le apeteciese. Empezaba a marcarle las distancias y a ponerle los límites. No quería que se colase en su vida, con actitud invasiva, amargándole la existencia. Ella le preguntó si pensaba llevarse de vacaciones a la cría, y como cada verano se disculpó argumentando que iba a ver a su familia a Galicia, concretamente a su ciudad natal, El Ferrol del Caudillo. Hizo énfasis en el antiguo nombre de la localidad para recordarle que continuaba admirando al dictador. La excusa que utilizó fue que había quedado con amigos de allí para hacer submarinismo, por lo que no podría estar pendiente de la chavala. Una vez más se volvía a inhibir de su responsabilidad como padre. En ese caso, ella pensó en buscar un apartamento económico en el parque natural de Posets-Maladeta donde descansar un par de semanas.

Por la tarde recibió la llamada de sus tíos de Jaca, que acababan de arreglar una vieja casa de campo que tenían a las afueras de la población. Les invitaban a pasar allí el mes de agosto. Incluso, le propusieron quedarse con su hija y su padre, para que ella pudiese descansar un poco. Agradeció el ofrecimiento y pensó que le iría muy bien estar unos días a solas consigo misma. Quedaron en que les harían una visita en breve. Como ella no tenía nada programado, quiso dejar en manos del destino su decisión. La niña estaba ilusionada con volver a encontrarse con sus primas, a las que hacía mucho que no veía. La última ocasión le enseñaron a montar en bicicleta y a cabalgar en un poni.

El reencuentro familiar fue muy entrañable, pues llevaban tiempo sin juntarse, y lo celebraron con una cena al aire libre. Por la mañana, mientras desayunaba, Lucía vio un reportaje interesante en la televisión aragonesa en que invitaban a conocer, aquel verano de 2011, el centro budista Dag Shang Kagyü, en la provincia de Huesca, a pocos kilómetros de la población de Graus, cerca de la aldea de Panillo. Era un lugar donde se impartían cursos de yoga, *shiné* (calma mental), *chi kung*, medicina tibetana y meditación budista, entre muchos otros. Sintió que debía ir para relajarse y serenar el alma.

Por un lado, le daba pena dejarlos allí, pero por otro, sabía que con la familia estarían bien cuidados. También se esperaba que fuesen a pasar unos días el resto de tíos, primos y sobrinos de Huesca, excepto el abuelo, que ya no tenía relación con nadie. Estuvo la noche entera dándole vueltas al asunto, pero al despertarse había tomado la decisión. Llamó por teléfono e hizo la reserva. Bajó a Zaragoza y preparó el equipaje. Apenas eran un par de horas de camino desde la capital, pero intuía que iba a ser mucho más. Quizás internamente necesitaba que lo fuera.

El día de su partida, estaba inquieta. Marchó muy temprano. Tenía ganas de ir, pero al mismo tiempo de recrearse en el viaje. Y así lo hizo. Condujo despacio para disfrutar del paisaje. El achacoso vehículo tampoco se le podía apretar demasiado. Notó que al salir de la ciudad parecía que se estaba despidiendo de las calles, de los edificios y de los transeúntes. Y sintió por dentro que incluso necesitaba ausentarse de sí misma para volverse a reencontrar.

A medida que se acercaba a la comarca de la Ribagorza tenía la sensación de entrar en un territorio de gigantes de corpulencia mineral, que se abalanzaban como vigías sobre la carretera que serpenteaba el río. El asfalto, llevado al límite, bordeaba imponentes precipicios cortados en la piedra por el agua durante milenios. El viento y la voluntad humana habían horadado las faldas de la ladera de la montaña con pequeños arcos convertidos en puertas de roca, por los que el viajero se adentraba en túneles que lo trasportaban a paisajes oníricos, llenos de bosques de robles y hayas, salidos de algún sueño de la naturaleza.

Conducía despacio, dejando que la vista se recreara en la variedad cromática de la vegetación silvestre y de las salvajes formaciones geológicas. Después, llegaron los prados. Bajó la ventanilla para respirar las fragancias de la multitud de flores que perfumaban el aire. No pudo continuar cuando pasó ante el azul brillante de un mar onírico. Aparcó en una planicie, en forma de terraza. Se apeó del vehículo para contemplar de cerca aquel lago, que resultó ser el de Barasona. Sentada en la orilla, pudo disfrutar al oír el bello y melodioso canto de la alondra al despertar el día. Reflexionó sobre la artificiosidad de las urbes, de sus ruidos, de sus humos y de su contaminación. Allí tuvo la sensación de regresar a algún recuerdo de la infancia en la que fue feliz. Al fondo, percibió el rumor del agua que aún descendía desde las cumbres. Exploró el terreno y en los carrascales encontró jazmín, plantas enredaderas y rosáceas cerca de las fuentes rodeadas de musgo. Recorrió el curso fluvial donde los chopos, fresnos y sauces se intercambiaban la custodia de la orilla. Envuelta de la energía vital de la tierra, tuvo la sensación de que se había alejado demasiado y que podía perderse. Decidió regresar adonde tenía el coche aparcado y, tras confundirse un par de veces al coger varios atajos, pudo volver al lugar de partida, subir al vehículo y proseguir el viaje.

Al entrar en Graus, una basílica parecía estar esculpida en roca sobre la ladera de la montaña. En la cumbre había un mirador a los pies de un enorme Cristo con los brazos abiertos. Detuvo el auto para contemplar desde el puente medieval cómo confluía allí el río Ésera con el Isábena. Se metió por callejuelas que desemboca-

ban en la plaza Mayor porticada, cuyos tejados resguardaban unas enormes cenefas en forma de cuadros alegóricos, quizá surgidos de la imaginación de algún pintor renacentista. Pensó que tenía que volver a visitar con tranquilidad el pueblo, pues el barrio antiguo, Barrichós, le trasmitía el extraño encanto de esos lugares cuyos rincones esconden viejos ecos de palabras de amor.

No quiso demorarse más y bajó por la calle Barranco hasta donde tenía el coche. Subió al auto y siguió las indicaciones que le habían dado. Fue por la carretera mirando hacia la izquierda hasta divisar una enorme torre, antigua mansión ubicada sobre un promontorio, conocida como el Palacio Azul o las Bodegas de Arnés. Puso el intermitente ante el stop donde un cartel indicaba once kilómetros para Panillo. Torció y detuvo el vehículo en un terraplén para contemplar aquel hotel cuya última planta, bajo el tejado, estaba pintada de color lapislázuli. El arquitecto había estado inspirado con la fachada, así los clientes hospedados arriba, en el séptimo cielo, podrían sentir la felicidad de soñar entre las nubes.

Al girar la cabeza pudo contemplar el fascinante paisaje que vio por televisión, en cuyo reportaje explicaron las características del lugar. Divisó un bosque de coníferas mixtas en el que destacaba la tonalidad del pino silvestre, hasta dar el relevo al territorio de las hayas que ascendían hasta las cotas donde gobernaba el pino negro. A lo lejos avistó el legendario monte Turbón, sobre el que se habían escrito multitud de leyendas y cuya energía positiva cubría todo el valle de La Fueva y sus alrededores.

Volvió al asfalto y puso la primera para subir lo que auguraba ser una continua y serpenteante carretera pirenaica. Un indicador marcaba que a medio centenar de kilómetros estaba el parque nacional de Ordesa y Monte Perdido. «¡Qué sugerente...!», susurró. Quizás fuese el lugar donde tenía que ir para perder su pasado y encontrar un nuevo presente y futuro.

A medida que se acercaba a Panillo, el paisaje le era más familiar. Al llegar a la entrada de la aldea estuvo a punto de detenerse, pero como sabía que faltaba poco para llegar, no quiso demorarse. Continuó hasta que se pegó un enorme susto al cruzársele un jabalí y tener que dar un volantazo para esquivarlo. Cuando quiso darse

cuenta estaba ante un cerro coronado por un solo árbol, que ejercía sobre ella una extraña atracción. Dejó el coche en la cuneta y subió por los estrechos senderos que bordeaban la ladera. El último tramo era más empinado y tuvo que agarrarse a los matorrales para no caerse, quedándole las manos impregnadas de fragancia a tomillo. A medida que se acercaba a la cima, se topó con montículos de piedras en ofrenda, la mayoría de los cuales parecían monjes centinelas que se hubiesen quedado petrificados tras décadas de vigilancia. Incluso alguno llevaba alrededor del cuello un pañuelo blanco deslucido por el tiempo y la lluvia. Al llegar arriba, vio una carrasca frondosa de corteza arrugada y de hojas verdes que el sol iba dorando. Se acercó a una terraza de arena y desde allí contempló el valle. De repente, como si tuviese una revelación, exclamó exaltada: «¡Es el mismo paisaje del cuadro de mi habitación...! ¡El que me regaló el pintor ciego...!». Y sintió cómo una inquietud la embargaba el ánima al presentir que no era ella, sino el destino quien guiaba sus pasos. Con cuidado, se acercó al borde. Al asomarse tuvo cierta atracción al abismo, y se balanceó a punto de perder el equilibrio y caer. En ese instante, alguien la cogió por la cintura con fuerza y enfadado la inquirió:

—¿Está loca…? ¿Quiere suicidarse…?

Un hombre vestido con ropa deportiva, que seguramente había subido corriendo para ponerse en forma y no para salvar vidas, se quedó esperando a que recapacitara.

Lucía, con la voz empañada, le confesó:

—¡No…! ¡Quería sentir el vértigo…! ¿Sería tan amable de continuar sujetándome?

—¡Claro... lo hago cada mañana! Pero si me da una rampa o suena mi teléfono móvil, la dejaré caer sin contemplaciones ni remordimientos —aseguró él, todavía indignado y perplejo por su actitud.

Ella levantó la cara, abrió los ojos y desplegó su mirada hasta vislumbrar la inmensidad de aquel cielo tan diáfano. Extendió los brazos y simuló lanzarse a volar sobre su deslumbrante y mítico valle de los sueños. Pensó que en la vida se acumulan recuerdos y experiencias inconexas, y en un determinado momento, todas

empiezan a encajar como en un puzle en el que parecen estar coloreados con los pinceles del pasado los paisajes del futuro.

El aspirante a atleta pensó que debía distraer la mente de aquella mujer insensata, desconcertante y tendente al riesgo. Con intención de que se girase y no sintiese la atracción gravitatoria hacia el precipicio, le explicó lo siguiente:

—El árbol que tenemos detrás se le considera sagrado por ser el único que ha sobrevivido, durante varios siglos, de un extenso bosque que pobló este lugar; ahora cubierto de matorrales diversos como el boj, el guillomo, el enebro y los serbales. Algunos sostienen que el quejigo de Troncedo es el único centenario de la zona, pero le puedo asegurar que este lo supera.

Lucía se giró para contemplar a aquel superviviente del tiempo. Con laxitud se aproximó con curiosidad hasta cobijarse bajo su sombra. Apoyó su mano en una de sus ramas como si fuera el hombro de un amigo. A continuación, él le dijo que si colocaba un objeto personal en un hueco del tronco y pedía un deseo desde el corazón, este se cumpliría. Sin pensarlo, se quitó sus pendientes de azurita y los introdujo en un pequeño orificio bastante escondido y disimulado por unos hierbajos. Él, al reparar en su acción, tan espontánea como inconsciente, se quedó atónito, y le reveló:

—Acaba de elegir el mismo recóndito agujerito donde yo hace tiempo metí mi pequeña ofrenda. ¡Uf, vaya casualidad...! —exclamó no demasiado contento con su inspirada elección, y adujo—: Fíjese en su corteza agrietada, áspera, recia, de color grisáceo, como la gruesa y vieja piel de un paquidermo. Ahora repare en esa otra cavidad en la que se ve dentro una gema verde de jade. Dicen que surgió del interior del tronco y es el ojo de la encina, que nos observa tan profundamente que llega a ver el alma de quien la mira con veneración.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lucía ante aquella mirada viva y penetrante. Dispuesto a rematar sus explicaciones adornadas con una desbordante imaginación, él le comentó que, de forma discreta, muchos familiares de budistas llevaban las cenizas de sus difuntos allí para esparcirlas alrededor de aquel estoico y eterno árbol, de manera que con la lluvia calase en la tierra hasta llegar a

las raíces, nutriéndose estas de la esencia de los restos mortales de muchas vidas impregnadas de espiritualidad y de luz.

Pensativa se quedó ante aquellas fascinantes explicaciones. Envuelta en el encanto del lugar se acercó de nuevo al enorme balcón natural que se asomaba al mágico valle para captar la belleza del paisaje y así guardar aquel momento en el almacén de la memoria, preservándolo del ataque voraz del olvido.

El hombre se puso nervioso al verla avanzar con caminar ingrávido hacia el precipicio, y murmuró para sí mismo: «¿A qué al final se tira...? ¡Esta es capaz de amargarme la mañana...! Ya sabía yo que hoy me había levantado con mal pie. ¡Tengo que volver a desviar su atención!», y comentó:

—¡Escuche… escuche...! Hace más de veinticinco años, el venerable lama Kyabje Kalu Rinpoché, acompañado por una comitiva de discípulos del monasterio de Sonada, de la India, vinieron a buscar un lugar que fuera aislado y místico con la intención de crear un centro de culto budista, y que a la vez fuese un refugio donde albergar al que, sintiéndose perdido, necesitara encontrarse. —Prosiguió tras una pausa—: Debía ser un lugar en el que se pudieran impartir las enseñanzas del *Dharma*, iniciarse en la meditación y realizar retiros espirituales en beneficio de todos los seres. Esa fue la razón por la que se construyó precisamente ahí abajo Dag Shang Kagyü, conocido por el acrónimo DSK. Corre la leyenda de que antes de aquello, el lama tuvo un sueño lúcido en el que vio a un monje bastante grande sentado encima de una colina ante un hermoso valle. Cuando hace varias décadas llegó aquí en primavera, observó las verdes hojas de este árbol con una tonalidad anaranjada que iba disminuyendo desde la copa hasta la parte inferior. Le pareció contemplar la forma del santo tibetano Milarepa, cuyo cuerpo tenía una tonalidad verdosa por haberse alimentado durante años solo de ortigas, envuelto en su túnica de color azafrán. Daba la sensación de que estaba meditando ante la inmensidad de un paisaje surgido de otro mundo.

Continuó el hombre al verla a ella abstraída en su relato:

—El venerable Kalu Rinpoché subió con dificultad hasta aquí y descubrió que el supuesto monje se había convertido en un humilde y frondoso árbol, bajo el cual se cobijó durante varios días

en profundo retiro. Tras captar la energía del entorno señaló el sitio donde tenía que levantarse el templo y la *estupa*. Después se reconstruyó el albergue. Luego se erigió la *shedra*, que es la universidad budista que hay en medio del bosque. Y, más tarde, se edificó una serie de casitas para realizar meditaciones individuales por períodos cortos de tiempo, y otras, más alejadas, que sirviesen de morada a los que estuviesen más tiempo. Y como esto no para, tienen previsto crear un gran molino de oraciones, esculpir varias estatuas y un sinfín de proyectos más.

—¡Increíble…! —exclamó ella fascinada.

—¡Vaya...! ¡El reloj se me ha parado...! Se habrá agotado la pila. ¡Qué rabia me da...! —adujo él con enfado ante tal contrariedad—: ¡Toc, toc, toc...! —el hombre empezó a darle golpecitos sobre la esfera y sentenció: —¡No hay manera! Las agujas se han quedado clavadas y sonrientes un poco más de las diez de la mañana.

Él la acompañó en el descenso, mientras ella no paraba de hacerle preguntas sobre la historia que le había explicado. Era evidente que al final consiguió su propósito: distraerla de sus locos pensamientos. La acompañó hasta la puerta del coche y le indicó que retrocediese hasta encontrar un cartel a mano izquierda con una flecha que marcaba la dirección del centro budista. Se fue y en cinco minutos llegó al desvío, adentrándose por una larga pendiente arbolada. Al final, una bifurcación le hizo aminorar la marcha. Su mirada se quedó petrificada al ver a mano derecha una enorme efigie azulada de una deidad con cara de pocos amigos: se trataba de la divinidad protectora Mahakala. Se tranquilizó al descubrir al otro lado, una enorme estatua tumbada de Buda con la mirada compasiva y serena. La escultura estaba en un lateral de la carretera, pero metida en el bosque. Dispuesta a no perderse nada, aparcó en la cuneta y bajó a verla con curiosidad. Un hombre vestido con ropa deportiva de licra negra y con zapatillas blancas hacía una ofrenda. Había encendido una vela y unas barritas de incienso de sándalo. Las últimas palabras que escuchó de sus labios fueron: «Gran Buda, espíritu elevado y puro, ayúdame en tu infinita bondad y misericordia. Alúmbrame el camino e impide que no me encuentre nunca más a una chalada que quiera suicidarse».

Él se percató de que había alguien a su espalda. Se giró y sus miradas se encontraron. Ambos se quedaron turbados al reconocerse.

—¿Otra vez usted aquí? —dijo él.

—Sí pero, ¿cómo ha hecho para llegar antes que yo?

—¡Tengo el poder de la ubicuidad! Igual que los espíritus.

—Eso no se lo cree nadie.

—¡Mujer de poca fe…! Pregunte a los de la física cuántica por el principio de incertidumbre y la existencia de los universos paralelos. La ciencia y la religión cada vez están más cerca, y algún día se encontrarán para desvelar los secretos del mundo.

—¡Me toma el pelo…! Se quiere quedar conmigo…

—No me desagradaría nada, porque usted está de muy buen ver.

—Déjese de cumplidos, que he oído lo que decía. ¿Piensa que quería tirarme?

—¡No, creo que quería saltar... pero sin paracaídas! —puntualizó él con sorna.

—Se equivoca, deseaba volar para sentirme libre del pasado y alcanzar un horizonte lleno de futuro.

Él, en tono más serio y trascendente, sentenció:

—Pues este es el lugar que buscaba. Está lleno de acantilados. Creo que hace tiempo que la esperan.

Aquellas palabras tan enigmáticas la dejaron perpleja. Tras recomponer el pensamiento y con intención de cambiar de tema, le preguntó desde su insipiencia:

—¿Qué representa esta escultura recostada?

—¿No lo sabe...? Al Buda yacente. También le denominan «reclinado» o «moribundo». Simboliza al maestro que tras llevar media vida predicando, extenuado, cayó enfermo y se recostó a morir. Entonces, entró en el paranirvana, el nirvana supremo.

—¿Y qué significa...? ¿Qué llegó a una especie de cielo?

—No exactamente. En las religiones con Dios el absoluto está fuera; en las creencias no teístas orientales, el absoluto está dentro. En el budismo, al llegar al nirvana, hay quietud y paz, significa la liberación definitiva del sufrimiento terrenal y del final del ciclo de reencarnaciones.

—¿Y siempre se representa dorado?

El hombre suspiró al percatarse del gran desconocimiento de la joven y, con paciencia pedagógica, le comentó:

—La palabra Buda proviene del sánscrito y significa «el Iluminado» o «el despierto». Por eso, se le suele representar cubierto con pan de oro, con luz, y sus sandalias suelen llevar incrustadas perlas que simbolizan buenos augurios. —Antes de despedirse, él se presentó—: Me llamo Max.

—Mi nombre es Lucía.

—¡Es un nombre precioso! —exclamó él, y añadió—: Significa «Luz». Cuando era pequeño, mi madre clavó en la cabecera de mi cama una estampa de santa Lucía para que me protegiese y me iluminase el camino, pues la historia cuenta que un tirano gobernador de Siracusa ordenó arrancarle los ojos al no acceder a sus pretensiones, y aun así, ella recobró la vista.

—Conozco la historia, porque desde niña me la contaron un sinfín de veces. Encima, tengo unos tíos en Borja a los que íbamos a ver a menudo, y siempre nos llevaban a la iglesia de Santa María a visitar los retablos barrocos de Santa Lucía y de Santa Bárbara —respondió ella.

—Bueno... tengo que irme. Tanto gusto de haberla conocido. Quizá no volvamos a vernos. Aquí se imparten muchos talleres y seminarios, y si encima le gusta volar sin alas, hay riesgo que no acabe ningún curso.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso...! Me he apuntado al de yoga como preparación al de introducción a la meditación budista.

—Entonces, seguro que nos veremos, si antes no se ha estrellado.

Al subir al coche, él le indicó hacia dónde tenía qué girar para ir a las oficinas de recepción, que acababan de abrir, porque ya eran las once. El vehículo se puso en marcha de manera parsimoniosa y cruzó una especie de arco de triunfo de bienvenida plagado de símbolos desconocidos. Ella tuvo la sensación de atravesar una puerta hacia una dimensión espiritual. La larga avenida estaba custodiada por una hilera de pequeñas estupas. Aparcó en el descampado de gravilla frente al templo y se dirigió a la oficina que estaba al lado. Al franquear la puerta, se quedó estupefacta.

—¿Usted otra vez?

—Le dije que tengo el poder de la omnipresencia. Igual que su ángel de la guarda, estoy aquí y en todas partes. No olvide que le he salvado la vida y me debe una.

Ambos se sonrieron, mientras él disimulaba el jadeo de la carrera que se había pegado por los atajos. Le hizo una gracia tremenda que se le fuera apareciendo continuamente. Max le presentó a la chica de recepción como la encantadora Julia, quien le explicó los detalles del centro, la matriculó y la acompañó en coche hasta el albergue, que estaba a un kilómetro. Cuando llegaron, él ya estaba allí. Ambas se pusieron a reír. ¡Era increíble su capacidad de bilocación!

—Te llamaremos *el Mago*, apareces y desapareces por encantamiento —propuso Julia.

Aquel inocente comentario que la muchacha hizo no pasó desapercibido para Lucía, que automáticamente le recordó cierta carta del tarot que una vez un vidente ciego le echó pronosticando dicho encuentro. Y se quedó pensativa...

Julia quiso acomodar a la recién llegada en la habitación de las chicas, pero como estaba llena y también la mixta, la acompañó a un edificio anexo donde quedaba una cama libre junto a dos muchachas que fueron antiguas residentes. Después, la guió por las diferentes estancias de la casona: en el comedor había tres espacios con mesas y bancos de madera, salvo una con sillas, reservada para los lamas y los invitados. En aquel salón podían almorzar casi un centenar de comensales. Arriba estaban las habitaciones con las literas y los baños.

La chica le explicó:

—Cuando empezaron a construir el centro budista en 1984, el albergue era un refugio abandonado, cuatro paredes en ruinas, sin tejado, sin agua y sin luz. Por la zona se la conocía como Casa Jabonero. Con mucha fe, trabajo y el sacrificio de bastantes soñadores, la mayoría creyentes, fuimos reconstruyéndola a la vez que erigíamos la gran *estupa*. Hasta hace cinco años, la gente se iluminaba con velas.

—¡Qué romántico...! ¡Pues me hubiese gustado conocerlo así...! —dijo Lucía.

—Tiene sus inconvenientes —puntualizó Julia—, ya que sin electricidad no podíamos tener neveras y los alimentos se nos descomponían enseguida. No funcionaban las cocinas, los hornos y tantos pequeños electrodomésticos que se utilizan aquí. Reconozco que al tener luz hemos ganado en bienestar y podemos acomodar a los visitantes en mejores condiciones. Por cierto, puedes apuntarte voluntariamente a la práctica del karma yoga, que es uno de los cuatro caminos a recorrer y a ejercitar. Es el yoga de las acciones desinteresadas, que no es más que colaborar en las tareas de la comunidad; unos ayudan a preparar el desayuno, otros hacen el almuerzo y la cena. Hay quien prefiere fregar los platos y cazuelas de la cocina. Pocos eligen barrer las habitaciones y los menos, limpiar los lavabos. Precisamente, las faenas más ingratas son las que mejor menguan el ego y más reconfortan el espíritu.

Lucía manifestó que prefería servir la comida. Le extrañó que si pagaban el curso encima les invitasen a hacer aquellas faenas domésticas. Julia insistió en que aquella práctica era la primera lección de humildad que debían asimilar, y con delicadeza le manifestó:

—Es aprender a servir a los demás sin esperar nada a cambio. Es una manera de meditación dinámica, porque mientras estás absorta en las tareas asignadas, dejas de pensar en ti y te liberas de tu yo. Encima, según los budistas, se genera tan buen karma que al final de la vida te lleva a una mejor reencarnación, pues acorta el camino hacia el nirvana.

CAPÍTULO 12

Lucía fue al templo donde se iniciaba el curso de yoga. Iba vestida con una blusa, unos amplios pantalones blancos de aire hindú y envuelta en un chal de seda estampado de color azul turquesa, que compró en un mercadillo. En la puerta se arremolinó la gente para descalzarse. Colocaban las zapatillas y las sandalias en el suelo o sobre unas estrechas repisas, con la intención de encontrarlas con mayor facilidad al salir. Un par de iniciados, al entrar, llevaron a cabo el ritual de juntar las manos por encima de la cabeza, después sobre la boca y delante del pecho. Luego hicieron una postración, es decir, se arrodillaron tocando con la frente el suelo, así hasta tres veces seguidas. Era un acto de reverencia ante la imagen de Buda. La enorme sala estaba cubierta de colchonetas de color granate, sobre las cuales habían colocado cojines de color púrpura y azafrán de manera equidistante los unos de los otros. Así cada persona quedaba ubicada en su lugar. Ella se sintió desconcertada y algo sola, hasta que vio al omnipresente Max, que le hacía un ademán invitándola a acercarse. Le había guardado sitio en un discreto rincón al final de todo. Lucía se plantó ante él y se quedó como hipnotizada al dejar que sus pupilas se sumergiesen en su mirada verdemar. "¡Qué ojos más bonitos tiene!", pensó. Él la recibió con extrema amabilidad y le dijo en tono afable:

—Puedes ponerte aquí. Cómo dirían en el cristianismo, es mejor sentarse atrás y que te digan que tu sitio está delante, que sea al revés.

Ella asintió con la cabeza y aseguró:

—Tienes toda la razón. Siempre los que quieren ser primeros, acaban siendo los últimos.

El lugar se llenó en un santiamén y un joven monje pidió paciencia hasta que llegara el maestro. Lucía comentó:

—Parece que se retrasa mucho... ¡Fíjate...! ¡Casi una hora...! ¡Increíble...! ¿Le habrá pasado algo...? ¡Es extraño...! ¡A ver si nos va a dar plantón...!

Max adujo con cierta ironía sutil:

—¡Ufff...! Habrá que hacer algo... Seguro que se ha quedado traspuesto detrás de aquel biombo. No me extrañaría nada que incluso estuviera roncando. ¡Voy a buscarle...!

Con agilidad se puso en pie, bordeó el lateral y se metió detrás de la mampara de bambú donde sospechaba que el yogui se había quedado dormido, y salió él, vestido con pantalón y camisola blanca al estilo hindú. Fue hacia el centro y dirigiéndose a los asistentes con una simpática sonrisa, aseguró:

—Aquí estoy. Soy vuestro profesor de yoga o suami: Max Sintra, y estaba poniendo a prueba vuestra paciencia y templanza.

Por lo bajini, se oyó a un tipejo, con muy mala sombra, murmurar:

—¡Carota...! Llevas más de una hora tumbado ahí detrás…

—Ya veo que alguno está enojado y me disculpo, aunque debo reconocer que lo he hecho adrede para comprobar vuestra reacción. Os recordaré una cita del filósofo Kant, que espero que meditéis con suma tranquilidad, en la que dice: «La paciencia es la fortaleza del débil, y la impaciencia, la debilidad del fuerte».

Muchos de los presentes lo reconocieron y aseguraron: «¡Es él…! ¡Es él…! ¡Sí, yo asistí a un taller suyo el verano pasado!». Otros, satisfechos al verlo, aseveraron: «¡Es magnífico...! ¡Fabuloso...! ¡Es una bellísima persona...! ¡Excelente! ¡Es un encanto...! ¡Es todo corazón...!».

Lucía se quedó pasmada ante tal sorpresa y gratamente reconciliada ante los comentarios que se oían. Era evidente que volvió a quedarse con ella, al crear una situación inesperada, pero al mismo tiempo tan imaginativa como mágica.

Antes de iniciar el taller, Max expresó lo siguiente:

—Bienvenidos al centro budista de Dag Shang Kagyü, dirigido por el venerable lama Drubgyu Tenpa. Aquí residen siete lamas tibetanos y butaneses, junto a monjes, colaboradores y personas que están en retiro. Habéis llegado a un lugar privilegiado en plena naturaleza, rodeado de maravillosos bosques. Es un rincón aislado del mundo, en medio de la nada, donde el espacio y el tiempo se detienen. Por eso, os puedo asegurar que aquí encontraréis el sosiego, la paz y la tranquilidad espiritual que muchos buscáis. Esa es la razón por la que os rogaría que hablaseis en un tono moderado y lo imprescindible para descubrir que el silencio también puede ser muy elocuente.

Dispuesto a demostrarlo, permaneció callado unos instantes. Max tenía la costumbre de hacer pausas en sus discursos para poder pensar lo que había dicho y lo que iba a decir. Y manifestó:

—Durante vuestra estancia en este lugar, recomiendo que os relacionéis con los demás con diligencia, amabilidad, amor y compasión. Las enseñanzas budistas que se imparten siguen diferentes escuelas de la tradición vajrayana, inspiradas en el movimiento rimé o no-sectario, que respeta todas las tradiciones como senderos válidos para conseguir la suprema realización espiritual. Por eso, también se imparten seminarios y talleres complementarios, como el de taichí, *chi kung*, medicina tibetana, *feng shui*, yoga y *shiné*, entre muchos otros. En este curso vamos a hacer una introducción a los diferentes tipos de yoga, para que cada uno después pueda elegir el que mejor le convenga. Mi principal objetivo es que aprendáis a controlar las técnicas de respiración, las posturas o *asanas*, el despertar de la energía y el equilibrio entre los diferentes *chakras* para encontrar vuestra armonía interior. Empezaremos las clases teóricas y de introducción práctica aquí, que continuaremos al aire libre. Os rogaría que al entrar lo hagáis descalzos y con sumo respeto. No es necesario realizar ninguna reverencia

ni postración si no sois budistas, incluso alguno me consta que profesáis otras religiones. Si os fijáis, en el centro del altar está la figura más importante: la de Buda Shakyamuni, que representa el despertar, la mente Iluminada. A su izquierda se encuentra la del gurú Rinpoché, el nacido del loto de mil pétalos, del que pronto espero que se construya una estatua fuera que venere al Maestro Precioso, como así se le recuerda. A la derecha está Chenrezig, la divinidad que simboliza la palabra iluminada. Y alrededor, en las pequeñas vitrinas, hay veintiuna figuritas que representan diversas divinidades de la Bodhisattva Tara, la protectora que libera del miedo y del sufrimiento. Ella tiene, desde hace poco, una estatua y una maravillosa fuente que podéis contemplar al salir. Si os fijáis en el altar, veréis que está custodiado por varias enormes fotos: una de su santidad el decimocuarto Dalái Lama, Tenzin Gyamtso, y al otro lado, la de su santidad el Karmapa, Ogyen Trinle Dorje, junto a la del joven Kyabje Kalu Rinpoché, actual depositario del linaje Shangpa Kagyü. Ellos con sus plegarias trasmiten sus bendiciones de amor y compasión a todo el mundo.

Y sin prisas, pero sin pausas, prosiguió:

—Como veis, este centro busca divulgar el budismo para abrir la mente y el corazón de la gente que se inicia o profundiza en estas enseñanzas y prácticas en beneficio de todos los seres que sienten y sufren. Propugnan, siguiendo la proclama de su santidad el Dalái, lo siguiente: «La no violencia y las soluciones basadas en la tolerancia y el respeto mutuo». Por último, os diré que los venerables lamas residentes en dsk y la comunidad, la *Sangha*, que colabora aquí, os dan la bienvenida y os desean con sinceridad: *¡Sarva mangalam!* ¡Que vuestra estancia en este lugar sea muy auspiciosa!

Max unió las palmas de las manos a la altura del pecho e inclinó la cabeza como si con el lenguaje no verbal dijese, ¡amén!, o ¡así sea!, y murmuró: «*¡Namasté!*».

Los demás lo imitaron con respeto. Subió a la tarima y se sentó en la postura del loto doblando al máximo las piernas hasta poner cada pie sobre el muslo opuesto.

—¡Tú aprieta, aprieta, a ver si se te rompen las piernas! —susurró el mismo gafe malasombra de antes, que estaba sentado en

la primera fila, acompañado por una mujer ruborizada, muerta de vergüenza. Era evidente que aquel impertinente le había cogido inquina por haberlos hecho esperar tanto rato. Max lo observó con disimulo y pudo comprobar que el tipejo tenía una cara dura con cierta singularidad anatómica: una mandíbula redondeada y prominente que le recordaba la fisonomía de un tiburón dispuesto a pegar un bocado a cualquiera.

Max estaba acostumbrado a encontrarse a más de un necio que se apuntaba al curso obligado por la esposa o la novia, pero con una clara predisposición a reventarlo. Como no hay mejor desprecio que no hacer aprecio, según dice el refrán, se puso a meditar para calmar la mente y quedó envuelto en cierto misticismo. Al rato, consiguió que los presentes tomasen conciencia de la importancia del taller que iban a iniciar y mantuviesen un reverencial respeto. Después, observó sus semblantes, muchos de ellos cansados, serios, distantes, preocupados, ausentes, inquietos y tristes. Eso le hizo pensar al ver tanta pesadumbre y les dijo:

—Bienvenidos a este curso de introducción al yoga... Es un viaje hacia la esencia del ser... y para ello, antes deberíamos realizar otro hacia fuera... ¡Por favor... levantaos... y abrazaos los unos a los otros con cariño y con una sonrisa...! Es un sencillo gesto de amistad, de encuentro y de afecto, que sirve para empezar a abrir el *chakra* del corazón. Puede significar mucho para el que está desamparado o solo. Ese es el gran poder de lo sencillo, la magia trasformadora de lo simple, el milagro del dios que se esconde en las pequeñas cosas. Todos deberíamos empezar el día de esta manera, acogiéndonos los unos en los cuerpos de los otros. Abrazando la soledad ajena para eliminar la propia.

Max pasó fila por fila, envolviéndose cariñosamente en los demás, en un acto de recibimiento afable, lleno de complacencia. Era una forma emotiva de aceptar a cada uno de los presentes más como amigos que como alumnos. A una señora mayor la cobijó en su pecho, y ella, al sentir tanta ternura, se estremeció y se deshizo en lágrimas al reconocer que hacía más de veinte años que nadie la había abrazado. La tuvo que consolar acariciándole el pelo trenzado en una larga cola de cabellos llenos de canas y de otoños.

Entre los presentes se generó una afectividad que impregnó el aire de una maravillosa energía positiva y de un profundo sentimiento de humanidad. Al llegar a la altura de Lucía, se miraron como reconociéndose por primera vez. Se acercaron con la lentitud y la armonía del que preserva la fragilidad del encanto, y ambos se refugiaron cariñosamente el uno en el otro. El momento se eternizó durante aquel dulce y entrañable encuentro.

—Recordad lo que dice el Dalái Lama: «Si alguna vez no te dan la sonrisa esperada, sé generoso y da la tuya, porque nadie tiene tanta necesidad de una sonrisa como aquel que no sabe sonreír a los demás».

Max les animó a sentarse y les hizo la siguiente sugerencia:

—A partir de ahora, ya sabéis cuál es la mejor forma de empezar la mañana. ¡Es una manera bellísima...! Deberíamos abrazar más, no solo a las personas queridas y a los amigos, sino también a los vecinos y a los compañeros de trabajo. Y así, empezaríamos a vivir de forma diferente. Si obsequiásemos con una sincera mirada de alegría, una palabra amable o un gesto simpático lleno de delicadeza con los otros, comenzando por esa persona que consideramos invisible, como el taxista, el conserje, la secretaria, el vigilante, la señora de la limpieza, el cartero, el vendedor de periódicos, el camarero o cualquiera con el que nos cruzásemos por el camino, ¿no creéis que esos actos de afecto podrían alegrar un poco el ánimo de muchos? Trasmitiríais una pizca de esperanza a los que no la tienen y calor a los que sienten el frío del egoísmo ajeno. Debemos trasformar los corazones de piedra de los demás, para que vuelvan a latir, haciendo que la vida en particular, tan material y mineral en que se ha convertido, se vaya licuando, y los sentimientos de amor fluyan como ríos que crean mares en la mente, donde sea posible bañarse en las aguas de la utopía, para que el mundo sea un lugar un poquito mejor.

La gente, embelesada por sus palabras, asintió con la cabeza convencida de que era una hermosa propuesta. Max les confesó que la idea estaba inspirada en la vida de un australiano al que la adversidad había hundido en una profunda depresión. Alguien lo vio dando vueltas por una plaza, tan abatido y desamparado que

lo abrazó con mucho cariño. Ese sencillo y encantador gesto de compasión le hizo recuperar las ganas por vivir. Pensó que muchos otros podían estar como él y que quizá debía ser generoso y hacer lo mismo. Y de esa manera se convirtió en un movimiento internacional para dar abrazos gratis por la calle a desconocidos y regalar afectos.

—En este país, donde tenemos un extraño sentimiento de vergüenza ajena, deberíamos recuperar el espíritu quijotesco y perseguir quimeras como esta, aunque nos tachen de locos y ridículos, tendríamos que contagiar al planeta entero con una locura tan bella —añadió Max.

La gente, que aún asimilaba la emoción del momento al interiorizar el mensaje, respondió a sus palabras con un sonoro e interminable aplauso. La atmósfera se llenó de entusiasmo y una corriente de júbilo y optimismo recorrió la estancia como un soplo de aire fresco. La grandeza de un gesto insignificante había conseguido un pequeño milagro: impregnar a los allí presentes de un indescriptible alborozo y regocijo.

—Un grupo de personas de este país, que quiere cambiar la mentalidad y unir con nuevas sinapsis las neuronas de los cerebros desconectados, recogieron el testigo para crear una web solidaria en la que se encargan de organizar convocatorias con este objetivo: contagiar abrazos para dar felicidad.

Max, eufórico e inspirado por la bondad del ser humano que acababa de percibir, confesó con alegría:

—Esta ha sido una bella forma de acercarnos y sentir en el pecho del otro, el nuestro. Notar cómo late la vida con entusiasmo, alegría y fuerza, y así quedarnos con la enorme esperanza de que no estamos solos, rodeados de corazones muertos.

CAPÍTULO 13

Max estaba inspirado y pletórico, y les confesó:

—Como al principio, no os habéis visto la expresión de la cara, no os podéis comparar ahora. Hace un rato, la mayoría teníais el semblante apagado, abatido, envuelto en un denso tul de preocupaciones. Ahora se os ve luminosos, e incluso a algunos, radiantes. Fijaos lo que puede hacer un simple y sencillo gesto: un abrazo, una sonrisa, una palabra amable, una palmada en el hombro, dar y recibir un sincero consejo, escuchar al otro en el desahogo, conversar para compartir, evitar el enfado y llevar a cabo miles de actos benevolentes que ayuden a mejorar el entorno que os rodea. Si todos sembramos amor, tarde o temprano recogeremos una buena cosecha del mismo. En cambio, si tenemos una actitud de esperar a que se produzcan grandes milagros que lo solucionen todo, podemos esperar sentados, porque somos nosotros los que tenemos la capacidad de hacerlos cada día de manera anónima, solidaria y generosa. Cualquiera puede convertirse en un ángel invisible que ayude a los demás, sin que ellos se aperciban. Podemos comenzar a trasformar el mundo si empezamos por cambiarnos a nosotros mismos; primero, el corazón, y después, la mente. Recordad la frase de Buda que dice: «Los buenos pensamientos han sido antes buenos sentimientos».

Los presentes, predispuestos a recibir, como mínimo, una introducción sobre los conocimientos de la filosofía del yoga, junto a una serie de ejercicios y técnicas de relajación, estaban desconcertados ante aquella forma tan peculiar de iniciar el curso, mientras intentaban asimilar una serie de emociones que sin querer se les habían removido por dentro.

A Max le encantaba recrearse en los silencios: los consideraba poderosamente terapéuticos. Por eso, le complacía hacer prolongadas pausas tras sus comentarios y reflexiones, para que los demás captasen el alma de las palabras que componían las frases, y en las que se escondían sutiles sentimientos intuidos por la entonación y la cadencia, también por el lenguaje oculto o no verbal que acompaña a lo que se quiere decir y a lo que no se dice.

Al vivir en una sociedad tan acostumbrada al ruido, a unos medios de comunicación, al dictado del poder, programados para desbordar de información a la gente y cuyo objetivo era llenar la mente de cada individuo con tantos conceptos que quedase colapsada y sin capacidad de discernimiento, les pidió que intentaran estar, durante un buen rato, callados. Les explicó que era el vacío interior, para que lo experimentasen: y les dijo que era un momento en que se detenía el tiempo, no fluían los pensamientos y la mente quedaba en calma.

Pasó un buen rato y Max pareció regresar de un trance, y les manifestó en un tono suave:

—Algunos de vosotros que sois más racionalistas buscáis en el yoga una serie de técnicas de concentración mental y relajación del cuerpo que os proporcione un bienestar físico, y está muy bien, aunque solo se consiga eso. La experiencia me ha demostrado que cuando se empieza a andar, no se tiene la certeza de adónde te llevarán los pasos: a unos les conducirá a un proceso de introspección para conocerse mejor, y a otros, a un camino hacia lo más profundo del ser. En este lugar podéis iniciaros en el budismo, una filosofía o doctrina que busca la perfección espiritual.

Tras una breve pausa, continuó:

—Con la práctica de las posturas o *asanas* intentaremos dominar el cuerpo, y con los ejercicios basados en la respiración cons-

ciente, controlaremos la mente. A medida que vayamos profundizando, conseguiremos aislarnos del entorno para introducirnos en nosotros mismos. Puede que muchos se queden aquí y otros necesiten buscar un sentido más religioso a este proceso trasformador, y encuentren su camino de iluminación a través de la meditación tibetana, la zen, la práctica del hinduismo u otras. Me informaron de que algunos de vosotros empezáis la próxima semana el curso que impartirá el monje Karma Tenpa: *Entrena la mente, despierta el corazón*. Otros marcharéis a vuestra ciudad de origen con la intención de buscar un centro para continuar con estas prácticas yóguicas. A la mayoría le surgirá la pasión por leer sobre temas espirituales y continuar adentrándose en el proceso de autoconocimiento. No nos engañemos, el estar aquí y ahora responde a una necesidad que tenéis, consciente o inconsciente, de hacer un cambio profundo de vuestras vidas, de encontrar claridad en un mundo lleno de penumbras y querer ampliar la conciencia del ser para llegar al despertar.

Max remató su inspirada introducción:

—Para que veáis que esta práctica no está restringida a nada ni a nadie, es decir, a ninguna creencia, os confesaré, según consulté vuestras hojas de inscripción, que entre los presentes hay una monja católica de la Comunidad de San Egidio, que ha venido de la iglesia del Trastevere en Roma; un rabino de la sinagoga de Sarajevo, perteneciente a la comunidad judía sefardí de Bosnia; un misionero jesuita de la cueva de San Ignacio de Loyola de Manresa en Barcelona; un musulmán sufí de la comunidad mística de Constantinopla; una laica que ha estado una temporada en la India colaborando en la Congregación de las Misioneras de la Caridad de la Madre Teresa de Calcuta; un franciscano del convento San Buenaventura de Madrid; un cura de la parroquia de Callús de la provincia de Barcelona, y también participan varios agnósticos y un montón de ateos, entre ellos varios científicos y un filósofo. ¿Qué buscáis los aquí presentes? Os lo diré: una profunda armonía interior, y para obtenerla, deberéis desbloquear las emociones, apaciguar el corazón, hacer que fluya la energía hasta conseguir ese equilibrio que os llevará al centro de gravedad de vuestro ser.

Será el momento de obtener una comprensión más intuitiva, una mayor percepción de lo invisible, una visión más clara de lo intangible que hay en la realidad. Llegados a ese plano, lograréis que las ideas no atribulen la mente, porque con el yoga primero y después con la meditación uno se inicia en el camino de la vacuidad... el desapego al pensamiento perturbador... y a las emociones que encarcelan. Recordad: deberemos vaciarnos por dentro si queremos volver a llenarnos.

CAPÍTULO 14

El profesor o suami de ojos esmeralda continuó su charla con lucidez:

—Como después de la filosofía oriental viene la práctica, ¡por favor, poneos en pie...! Lo primero que haremos es concentrarnos para ser conscientes de lo que vamos a hacer: una serie de doce ejercicios de estiramientos musculares considerados previos, necesarios y muy importantes para evitar lesiones al adoptar una postura yóguica o *asana*. ¡Venga...! Levantamos los brazos de forma relajada, e intentamos mantener la columna vertebral recta. Distribuimos el peso de manera equilibrada entre ambas piernas. Sentimos cómo las plantas de los pies se dilatan para tomar mayor contacto con la tierra, como si fueseis a echar raíces. ¡Estupendo! ¡Os veo bien, con la misma solidez, fortaleza y quietud de un árbol...! ¡Venga... vamos a realizar una serie de respiraciones lentas! ¡Cuidado... que aquel se ladea... se ha mareado! ¡Siéntate...! A continuación, juntad las palmas de las manos a la altura del pecho como si fuerais a rezar. Ahora debéis inhalar, mientras levantáis los brazos como si quisierais tocar el cielo con las manos. Os estiráis hacia atrás hasta arquear la espalda sin forzarla demasiado. ¡Siempre hay alguno que se lesiona o lo hace con tanto énfasis que da una voltereta! ¡Es broma…! Pensad que la columna vertebral es la clave, es la que os proporciona el equi-

librio del cuerpo y, luego, el de la mente. Sin demora, vamos a doblar la cintura hacia adelante y vais a exhalar con sosiego, y con los dedos de la mano, tocad las puntas de los pies. ¡Lo hacéis de maravilla...! ¡Os felicito...! Como hay que enlazar unas posiciones con otras en la secuencia, ahora debéis estirar una pierna hacia atrás, elegid la izquierda, y la otra, que quede a la altura del pecho, sin tocar el suelo con la rodilla. Levantad la barbilla al mismo tiempo que arqueáis la columna hacia atrás. Inhalad a la vez... ¡Así, así, lo hacéis muy bien! Continuad, por favor... Ahora estirad la pierna derecha hacia atrás y repartid el peso entre ambos brazos con las palmas de las manos apoyadas en el suelo, mientras retenéis al máximo el aire al flexionar estos. Dejad vuestro cuerpo bocabajo y arquead la espalda. ¡Estupendo...! ¡Venga... falta menos...!

Y continuó guiando la serie. Añadió para terminar:

—Habéis conseguido completar las posturas conocidas por *surya namaskar*. ¡Enhorabuena...! Ahora, para recuperar el aliento, tumbaos bocarriba en la posición *shavasana* o postura del cadáver, hasta que el ritmo cardiaco se normalice. Si realizáis esta secuencia cada mañana, conseguiréis una gran flexibilidad muscular y os servirá de precalentamiento para hacer las *asanas* de yoga, *chi kung* o taichí, entre muchas otras prácticas. Ahora, descansad…

Tras la pausa, prosiguió:

—Tengo la sospecha de que hace tiempo que muchos de vosotros no practicáis deporte, sino el sedentarismo en el sofá de vuestra casa; por ese motivo, vamos a realizar una serie complementaria. ¡Venga, haremos unas rotaciones con las rodillas con suavidad! ¡He dicho con delicadeza! ¡Cuidado, que siempre hay alguno, un poquito bruto, al que se le sale una rótula! ¡No es en serio...! Luego sentaos con cuidado, dejando las piernas colgadas en el aire. Haced unos movimientos circulares del tobillo en el sentido de las agujas del reloj, y después, hacia el lado contrario. ¡Descansad...! ¡Perfecto, lo estáis haciendo estupendamente bien! Doblad las piernas y agitadlas como si fuesen las alas de una mariposa, igual que si os masajeasen los

muslos, ya sea parte de los abductores y los gemelos. Estirad las piernas y haced que las puntas de los dedos de los pies suban y bajen, como si os mirasen a vosotros, así activaréis los flexores y extensores del peroné y del tendón de Aquiles.

—¿Ya hemos acabado...? —preguntó, arrastrando las palabras, el mismo tipejo de antes, que hacía cara de llevar cansado varias vidas, incluso antes de nacer o desde alguna reencarnación anterior.

—En principio, sí —contestó Max—, salvo que haya alguien que note cierta rigidez en las extremidades o en ciertos tendones y necesite desentumecerlos, entonces, que continúe. Si por el contrario se siente rebosante de energía, demasiado excitado, como quizás tú, y quiera dar veinte vueltas a la carrera alrededor del templo, no tengo ningún problema; incluso a la pata coja lo puedes hacer. Te animo a ello.

—No, gracias, al revés. Si hubiese una cama, me tumbaría ahora mismo —contestó el derrengado hombre con pocas ganas de hacer nada, con las palabras que se le dormían en la boca, destilando esa actitud de estar cansado del cansancio.

Max, dispuesto a quitarse de encima a tal insoportable ser, lo animó a que regresase al albergue y se echase un rato, que reposase si tan exánime estaba, pero no le hizo caso y se quedó allí sólo para fastidiar.

El profesor de mirada verdemar se dirigió al grupo con satisfacción:

—Os felicito porque habéis hecho una buena sesión de precalentamiento. Ahora llega la hora de la verdad. Tenéis que encontrar la postura o *asana* que os produzca la mayor comodidad posible en función de vuestras características físicas: ya sea por la anatomía propia o alguna lesión muscular u ósea que os delimite, junto con la flexibilidad innata o adquirida. Pensad que con la práctica deberemos permanecer en dicha posición cada vez más tiempo, hasta llegar a un punto que nos concentremos tanto en la meditación que nos olvidemos de nuestro propio cuerpo.

—¡Hala, hala, exagerado...! —se oyó por lo bajini al provocador con ganas de enredar y sacar a Max de sus casillas.

Por un instante, Max se imaginó los titulares del *Heraldo de Aragón:* «Maestro yogui pierde los nervios y estrangula sin compasión, en un acto de enajenación mental, a un alumno pelmazo e insoportable, más pesado que un tanque viejo y averiado».

CAPÍTULO 15

Al ver la buena predisposición de la gente, Max les propuso:

—Vamos a intentar sentarnos en la posición del loto o *padmasana,* que es la más conocida por las imágenes de hace miles de años, en que se veían representados a los tres dioses hinduistas: Shiva, Visnú y Brahma, y también a Buda. Reconozco que es la postura que está considerada como la manera más perfecta, adecuada y cómoda para meditar, ya que favorece el control de la respiración y la estabilidad del cuerpo. Eso incluye la rectitud de la espalda y de la columna vertebral, que debe quedar alineada, para que fluya la energía que equilibra los *chakras* o los puntos energéticos que calman la mente.

Subió a la tarima e hizo una demostración para que les sirviese de ejemplo, pues algunos no lo tenían muy claro. Con cuidado se sentó y, con facilidad, dobló las rodillas y puso el talón en el muslo de la pierna contraria, sobre el hueso pélvico. Les advirtió que no forzasen las articulaciones hasta relajar los ligamentos de las rodillas de forma progresiva. Debían buscar la mejor posición realizando leves movimientos de balanceo de las caderas hasta sentirse cómodos, de manera que las nalgas permitiesen apoyarse en el cóccix, y este en el suelo. Enseguida empezaron a imitarle, con más o menos fortuna. Algunas caían hacia adelante, otras hacia atrás, y siempre había la que se iba de un lado a otro como

una peonza, porque había puesto demasiados cojines y se desequilibraba. El tipo borde y bocazas se pegó un buen coscorrón contra la pared, descascarillándola de un testarazo, de tal manera que se oyó un retumbar similar al eco emitido por una cabeza hueca, lo que arrancó una disimulada risita de Max, que miró hacia otro lado para no soltar una enorme carcajada, y por dentro, sin querer alegrarse del mal de nadie, musitó: «El tiburón, el tiburón la cabeza se rompió. Te lo tienes bien merecido, tonto de capirote». Y se acordó de un dicho de su abuela y mentalmente lo repitió: «Un cabezudo descalabrado con cerebro de piojo, sesos desparramados le quedan pocos».

A Lucía le dio un calambre y empezó a quejarse de manera ostentosa: «¡Ay, ay, ay, ay... ay, ay, ay, ay, ay...!». Max fue en su auxilio y estuvo un rato masajeándole la pierna. Ella sacó del bolso un frasco de bálsamo de esencias florales y le propuso que le diera unas friegas, pues su amiga Silvia le dijo que era mano de ángel. Empezó con suavidad y le cogió gusto, porque no dejó de exclamar: «¡Qué bien... sigue... sigue... por fa!». La rampa desapareció por completo, dejándola envuelta en un intenso olor a primavera. Max la ayudó a levantarse, y colgada de su cuello la condujo hasta un lateral, para que siguiera las prácticas sentada en una silla, pero las probó todas y en ninguna se sintió a gusto. Si en una le dolía la espalda, en la otra, los riñones. No paraba de quejarse y él empezó a colocarle cojines por doquier, hasta que consiguió crear un trono similar al de la esposa de un marajá. Una vez acomodada, él se fue hacia adelante y aprovechó la situación anterior para advertir a los demás de lo que acababa de suceder:

—Si no os sentáis de forma correcta, se os puede desatar un intensísimo dolor en los glúteos y en los muslos al presionar el nervio ciático. Tomaos esto muy en serio. Ya hemos tenido un caso de contracción espasmódica. Ahora voy a pasar uno por uno a revisar vuestra postura y comprobar que sea la correcta, en caso contrario os dolerá la musculatura y apenas aguantaréis unos minutos. El objetivo es que podáis estar cada vez más tiempo, incluso durante horas, sin moveros. ¡Fijaos...! —Se volvió a sentar—. Los hombros deben quedar compensados al mantener la misma altura.

Los brazos tenéis que dejarlos caer por los costados. Las manos tienen que estar vueltas con las palmas hacia arriba descansando sobre los muslos, y entonces unid el pulgar con el índice. Uno de los retos de los practicantes de yoga es conseguir, con tiempo y perseverancia, dominar la postura mítica de la flor del loto, hasta lograr una simetría corporal perfecta que favorezca el camino a la meditación.

En ese momento, Lucía levantó la mano y aseguró que tenía frío por estar demasiado cerca de la ventana. Max le pidió que no se moviera. Solicitó ayuda a un fornido muchacho para levantarla en el trono y cambiarla de sitio. Tras probar varias ubicaciones diferentes y jugar a las cuatro esquinitas tiene mi cama, pareció que habían encontrado el lugar idóneo. Apenas habían pasado cinco minutos, cuando se quejó de nuevo y adujo que le molestaba una corriente de aire que se filtraba entre las densas cortinas de la puerta. Volvieron, la levantaron sentada en la silla y, como en procesión, la trasladaron hacia adelante. Al pasar frente al balcón ambos hombres se cruzaron las miradas y tuvieron la tentación de tirarla de cabeza para abajo. Hicieron medio en broma el ademán, y ella gritó:

—¡Nooo..., ni se os ocurra...! ¡Dejadme aquí ahora mismo! ¡No me fío de vosotros...!

El musculoso jovenzuelo se acercó a su oído y harto de pasearla de un lado a otro, le preguntó:

—¿Sabes por qué Dios hizo a las mujeres...?

—¡No! —exclamó ella, y torció la boca en sentido de no tener ni idea ni interesarle en lo más mínimo la respuesta.

—Dios hizo a las mujeres para que los hombres tuviésemos una paciencia infinita.

—¡Ja, ja y ja! ¡Idiota...! ¡No me vuelvo a quejar, aunque me muera...! —Con gesto de enfado se refugió entre los visillos nacarados y los largos velos de algodón que pendían del techo como cortinas, de manera que quedó envuelta en una especie de capullo de seda, protegida del sol y de la sombra, del calor y del frío, de la mirada ajena y de la propia. ¡No se la veía! Una vez solucionado el problema, él intentó no acercarse demasiado por aquellas lati-

tudes, no fuese a incitarla a nuevas quejas. Ya con más tranquilidad, pasó a supervisar la posición de cada uno de sus alumnos, y subsanó la inclinación del cuello y de la cabeza de alguno, aplicándose con mayor esmero en enderezar la espina dorsal de los más sedentarios. Al llegar ante Lucía, descorrió el cortinaje, rodeó su silla, quitó el respaldo y se quedó cautivado por la penetrante fragancia a flores que impregnaba su piel. Al notar ella sus dedos recorrer con ternura cada una de sus treintaitrés vertebras, como si estuviera alineándolas, se sintió turbada, y más al empezar por las cuatro de la zona del cóccix, desde donde fluye la energía *kundalini*, para proseguir con las cinco de la región sacra, continuar con las cinco vértebras lumbares y realinear las doce dorsales. Por último, se recreó en las siete que formaban las cervicales hasta palpar los nervios de la espina dorsal, ejerciendo una leve presión con los pulgares en el atlas, lo que desplegó el mapa femenino de sus ocultas sensibilidades y la hizo estremecerse de alivio e incluso de placer. Un escalofrío recorrió su frágil columna vertebral y ruborizó sus mejillas. Dijo que estaba destemplada como excusa para envolverse entre los visillos. Max dio por terminada la práctica y se dirigió a la tarima. En ese instante, Lucía empezó a estornudar y de las entrañas de su crisálida salió volando un enjambre de polillas de color turquesa, lo que causó un efecto mágico, pues creyeron los allí presentes que se había producido un proceso de metamorfosis, y que la chica vestida de azul se había trasformado en una nube de mariposas celestes.

CAPÍTULO 16

Antes de acabar la clase, Max observó el comportamiento de algunos, y lanzó una sutil indirecta hacia Lucía, que se había quejado tanto, con la siguiente reflexión:

—Mi maestro Karma Tenpa dijo, más o menos, en uno de sus seminarios, que muchos no están conformes con su pareja, con su familia, con su trabajo, con su casa, con su cuerpo y, en el fondo, ni con ellos mismos. Esa disconformidad los lleva a una queja continua con la que construyen una armadura que los protege, pero al mismo tiempo los aísla, les impide acercarse a los demás y estrecharlos afectuosamente entre sus brazos con una calidez de corazón más allá de los prejuicios, igual que cuando hoy hemos gozado de dicha experiencia. Encerrarse en el propio ego imposibilita disfrutar con plenitud de la extraordinaria capacidad vital de desarrollar un amor sin límites y una compasión sin fronteras.

Sin pedir la palabra, un joven punk con cresta a lo mohicano intervino:

—¡Jo, profe, tienes razón! Mi vieja es una quejica... se levanta por la mañana y empieza a decir: «¡Ay, que me duele esto! ¡Ay, qué mal he dormido! ¡Ay, qué frío que hace! ¡Ay, que hoy va a haber tormenta!». Y se lamenta de todo. No me extraña que mi padre y mis hermanas mayores se hayan ido de casa, porque no la

soportan. ¡Es muy pesada! Mis vecinos al verla se esconden para que nos les amargue el día. A mí me da bastante pena. En un día llegué a contar más de un centenar de quejas. No la visitan ni los familiares ni los amigos, porque se deprimen. Yo he venido aquí para desconectar de ella y a ver si con el yoga la puedo aguantar mejor, porque en el fondo la quiero mucho. Es mi madre... aunque tiene una pega: se llama Dolores de las Angustias.

El grupo soltó una carcajada colectiva. En el fondo, el simpático chaval parecía buen tío.

Tras una pausa para calmar la risa y recomponer el gesto facial, Max, inspirado en su guía espiritual, comentó:

—En el fondo, la incomodidad del cuerpo es la de la mente, y la queja, su grito. Mucha gente vive en los infernales territorios dominados por las perturbaciones de la emoción, del sentimiento y del espíritu, que causan sufrimiento. Son los «estados confusos de la mente», el Samsara. El budismo descubrió el luminoso «camino del medio», que conduce a los «lagos de la cordura» en los que reinan la paz, la sabiduría y la calma interior, y al bañarse en sus aguas se consigue desvelar el profundo sentido de la vida.

Al acabar la clase muchos alumnos se arremolinaron alrededor de Max para hacerle consultas. Lucía quiso esperar para disculparse por las muchas molestias que le ocasionó, pero al ver que se le hacía tarde para ir a la cocina, preparar las bandejas y servir los platos, según se había comprometido con Julia, se fue. Pensó que durante el almuerzo ya tendría oportunidad de hablar con él. También quería pedirle explicaciones para saber por qué le había tomado el pelo, desde el principio, al no revelarle que iba a ser su profesor de yoga o *swami*. Llegó al albergue sofocada. Al verla, Marta le dijo con delicadeza:

—Llegas tarde. Por favor, intenta ser más puntual. Toca la campana que pende al lado de la puerta para avisar a todos de que la comida está preparada.

Entonces, ella vio que se había formado una larga cola de gente que iba desde abajo, el vestíbulo donde se servía, hasta arriba en el piso superior, donde se guardaban la vajilla y los cubiertos en una especie de armario de piedra empotrado. Cada uno había cogido

los utensilios que necesitaba a sabiendas de que después tendría que fregarlos.

Durante el almuerzo, estuvo pendiente de él, pero no lo vio. Preguntó por si sabían dónde estaba, pero nadie supo dar razones. La mayoría de la gente, tras el ágape, se fue a reposar, tumbándose en las literas para hacer la siesta. Otros se estiraron en la hierba para leer o tomar el sol. Los que habían elegido como karma yoga fregar las cacerolas, los pucheros, las sartenes y los fogones, restregaban con los estropajos hasta dejarse el aliento, se deshacían en sudor y se arrepentían mil veces de su elección tan poco atinada.

A las cuatro, Max los esperaba en el templo para iniciar la siguiente clase. A medida que entraban, algunos hacían las reverencias de rigor. El maestro estaba sentado, sumido en un estado de calma mental. Entornó los ojos y se dirigió a los presentes con la siguiente sugerencia:

—Para una mejor digestión, y por si a alguno le duelen las articulaciones de las piernas, al forzarlas demasiado en la sesión de esta mañana, recomiendo practicar la postura de la roca. Es más sencilla y consiste en que os pongáis de rodillas con cuidado, sin presionar las falanges ni el metatarso para acomodar las nalgas sobre los talones, hasta quedar sentados sobre ellas. Recordad que siempre debéis mantener el cuerpo erguido y la columna vertebral recta, como si la cabeza pendiese de un hilo invisible colgado del cielo.

Varias personas mayores, a quienes les dolían hasta las pestañas, le propusieron hacer la clase sentadas en una silla. Él no objetó ningún problema, incluso los ayudó a encontrar la posición idónea a cambio de que mantuviesen la espalda bien apoyada en el respaldo. Una chica irlandesa se dirigió a Max en voz baja:

—¡Disculpa! ¿Puedes venir, por favor? Estoy embarazada de pocos meses y no me encuentro a gusto en ninguna postura, ni sentada en una silla. He heredado de mi familia una singular característica femoral que consiste en que la articulación de la cabeza del fémur me rota hacia arriba.

—No te preocupes, espera un momento... voy a buscar un almohadón. Aquí está. Mira, ¿me permites?, te lo voy a colocar bajo

la pelvis y ahora deberías probar con mucha delicadeza la postura del héroe o *virasana*. ¡Fíjate cómo se hace! La haré despacio, para que me vayas imitando con especial cuidado de no hacer ningún mal gesto.

—¡Ah, sí, sí, me sienta bien... me encuentro cómoda... muchas gracias... eres muy amable!

—De nada. Recuerda que la práctica del yoga te puede beneficiar mucho al dar a luz, pues habrás conseguido una gran flexibilidad, un mayor control de la respiración y una enorme serenidad que te ayudará a soportar mejor el dolor.

—Lo sé... lo sé... Una amiga mía que hacía yoga tuvo un parto estupendo. No quiso que le pusieran anestesia, pues tenía terror a la inyección epidural. Asumió tal estado de relajación que no sufrió nada: no soltó ni un gemido, ni un lamento, ni una lágrima. Los médicos y las enfermeras se quedaron tan sorprendidos y admirados que se deshicieron en entusiastas felicitaciones.

—Me alegro muchísimo de que le fuera tan bien.

El maestro volvió a pasar alrededor de los alumnos, corrigiendo los errores de descompensación y asimetría que sobrecargaban la masa muscular y la estructura ósea. Los animó a perseverar al asegurarles que era difícil conseguir dominar las *asanas*, pero era importante practicar y así adquirir la flexibilidad necesaria para no padecer. Debían no forzar la musculatura y disfrutar del increíble proceso de adaptación y ductilidad corporal.

Max subió a la tarima y les comentó:

—Veo que hay unos cuantos a los que se les han dormido las piernas por una falta de circulación sanguínea y linfática, debido a una inadecuada colocación que también puede afectar al sistema endocrino y nervioso. Tenéis que ser muy cuidadosos con vuestra anatomía. Pensad que algunos yoguis de la India pueden estar muchas horas e incluso días sin moverse, sin comer ni beber, en un estado de trance. Os propongo ahora cambiar a la posición *siddhasana*. Os voy a hacer una demostración, para que la imitéis sin prisas.

Tuvo que repetirla varias veces, ya que algunos se hacían un lío. Incluso bajó para ayudarles a conseguirla y les explicó que la pala-

bra «asana» significa «la posición en que se asienta en equilibrio el cuerpo a meditar». Y por la experiencia adquirida, aseveró:

—Cada día aguantaréis más tiempo sin dificultad, porque es un proceso de aprendizaje y adiestramiento del ser. Como diría mi maestro Karma Tenpa: «Debéis hacer un pequeño esfuerzo ante la fatiga muscular, porque quien realmente está sentado en el cojín no es el cuerpo, sino la mente». Hay que observar la incomodidad como si fuese algo ajeno, mirarse desde fuera, y al poner la atención en la molestia, esta disminuye, aunque al llegar al límite de aguante, hay que soltarla, cambiar de postura y aliviar la tensión, pero no hay que ceder enseguida a la mente caprichosa que busca a la mínima oportunidad la zona de placer y de confort. Recordad que somos la única forma biológica del planeta capaz de pensar sobre sí misma, modificar su conducta, aprender de sus errores y evolucionar de forma consciente en una continua superación.

Volvió a dar una vuelta, mientras les aconsejaba que se relajasen poco a poco, entrecerraran los ojos como preámbulo a la práctica de la respiración y luego colocasen la punta de la lengua sobre el velo del paladar, justo encima de las encías para concentrarse en la inspiración y la espiración.

—Varios milenios antes de Cristo —comentó él—, había un monje sentado en la posición del loto y profundamente sumido en la meditación. Entró en el camino del conocimiento y de la liberación, no a través del intelecto, sino al trasformar la conciencia humana que permite superar la ignorancia. Llegó a desvelar las causas del sufrimiento en el ciclo de la existencia y cómo salir del laberinto del dolor al romper las ataduras de los apegos. Consiguió replegar sus multiplicidades en sí mismo, y su conciencia cambió al convertirse en una simple unidad para conectar con lo absoluto. Y Buda dijo: «El camino del conocimiento conduce a la iluminación».

El profesor de la verde mirada sostuvo con tono amable:

—¡Pensad...! Despertar del sueño de la ignorancia es ver las cosas tal como son en realidad, no como la mente las imagina y las percibe. La práctica del yoga os llevará al «sueño despierto». En el Templo de Oro o de Dambulla, que de ambas formas es conocido

en Sri Lanka, la antigua Ceilán, un viejo *swami* me regaló una frase llena de sabiduría con la condición de que no me la quedase, sino que la trasmitiera con mucho amor por el mundo, ya que no hay mejor regalo que dar lo que te han dado, nunca aferrarse ni apegarse a nada ni a nadie, dejar que todo fluya, como la vida misma, y sentenció: «Todos estamos dormidos, quien primero se despierte debe despertar a los demás».

CAPÍTULO 17

La última frase resonó en el alma de Lucía como el eco de una voz dormida en su memoria antigua, quizá de otras vidas, y la despertó de su encantamiento. Fue como si alguien desde el pasado le susurrase al oído: «Lázaro, levántate y anda».

Max acabó la clase. Antes recordó que a las siete se celebraría allí la ceremonia budista de la *puja*, por si alguno quería asistir. En la puerta de salida se arremolinó la gente que buscaba en qué repisa o rincón había dejado sus sandalias o zapatillas, mientras otros, que ya las habían encontrado, a la pata coja se apoyaban en la pared para intentar ponérselas. Manuel, un compañero del grupo con pinta de filósofo, se presentó a Lucía e hizo varios comentarios elogiosos sobre el primer día del curso, a los que ella se sumó con mayor énfasis en la utilización de los calificativos. Aprovechó tal circunstancia y le propuso ir juntos a la librería, ya que pensaba comprar unas obras que le habían recomendado, *Yoga* de Kyabje Kalu Rinpoché y *El arte del yoga y el sosiego* de Ramiro Calle. Con disimulo, ella se excusó alegando que tenía que arreglar unos trámites con Marta en las oficinas. Insistió en esperarla, pero ella le animó a que se adelantara, y que más tarde ya se encontrarían. Le estaba dando largas, pues la intención de Lucía era ver a Max. Este se demoró en salir, pero cuando apartó con la mano la espesa cortina de la puerta y sus miradas se cruzaron, a ambos se les iluminó el rostro.

—¿Podemos hablar? —ella le inquirió de manera escueta, envuelta en esa admiración de la alumna hacia el maestro, incrementada por el agradecimiento de haberle salvado la vida, junto con un indescriptible sentimiento que la embargaba desde que se conocieron.

Alargó el brazo y le indicó la zona de la *estupa* como el lugar más tranquilo para el encuentro. Se dirigieron hacia allí. Cruzaron la explanada de gravilla. Subieron las primeras escaleras. Se sentaron en los peldaños de la entrada de aquella especie de capilla sin entrar, pues dedujeron que dentro había varias personas realizando sus plegarias, por los cuatro pares de alpargatas que estaban en la puerta. Al levantarse algo de aire, la espera se hizo desapacible, y él, con amabilidad, le propuso:

—Podemos dar varias vueltas alrededor del *chöten* o *chorten*, que es como se denomina en tibetano a esta construcción sagrada de la tradición budista y jainista, más conocida como estupa.

—Perdona, ¿qué es el jainismo? No lo había escuchado en mi vida —añadió ella con un gesto de ignorancia, pero con ansia de saber.

Él, dispuesto a desplegar sus recursos dialécticos y culturales, le explicó:

—Es una religión contemporánea al budismo, pero extremadamente radical en sus postulados. Podría decirse que se creen poseedores de la verdad absoluta. Son dogmáticos y exigentes en el cumplimiento de sus preceptos, que los lleva a practicar una vida tan ascética que eligen de forma voluntaria la pobreza, el desapego de todo, el ayuno prolongado, la continencia sexual, largos periodos de silencio, permanencia en vela como desafío al sueño y llevar a cabo un sinfín de abstinencias que mortifiquen el cuerpo hasta purificar el espíritu. Buda, que experimentó tales prácticas sin comer ni beber, casi hasta la muerte, llegó a la conclusión que así no conseguiría librarse del sufrimiento. Entonces, escuchó cómo un anciano enseñaba a una niña a afinar las cuerdas de una cítara, un instrumento musical derivado de los laúdes de cuello largo, y le dijo que si las tensaba mucho se romperían en el acto, y si las dejaba demasiado flojas, no sonarían, por lo que con mucha

paciencia el viejo le mostró cómo hacerlo: cogió la púa entre los dedos y las hizo vibrar hasta que una maravillosa melodía inundó de paz y armonía los oídos de los allí presentes.

Buda supo entonces que la verdadera senda espiritual hacia la luz estaba en seguir "el camino del medio", sin gozar de los excesos de los placeres mundanos, ni vivir en el otro extremo, al generar hacia sí mismo más sufrimiento. Había que buscar el equilibrio, y para eso debía cuidar el cuerpo como si fuese la caja de resonancia del instrumento de la mente. Esa es una de las muchas razones por las que los mantras se recitan en sánscrito: son sílabas, palabras, oraciones de origen milenario, que hacen vibrar lo más profundo de nuestro ser, y le induce a otras dimensiones de consciencia hasta desvanecer los pensamientos, de manera que al pronunciarlas y repetirlas sin parar, tocan las cuerdas del alma y hacen sonar la música que nos despierta de nuestro profundo sueño interior.

CAPÍTULO 18

Y Max, con el culto anhelo de los maestros que les gusta enseñar, prosiguió:

—La mayoría de yoguis no consideran el mantra como una plegaria, lo desvinculan de la religiosidad y lo interpretan como un sonido que se propaga por el aire, igual que el tañido de un tambor u otro instrumento, cuya melodía repetitiva e hipnótica emite una frecuencia que hace desvanecer el pensamiento, calma la mente hasta conducirla al lugar más profundo del ser, a la fuente, a la esencia.

Y, tras un paréntesis, siguió inspirado:

—Los mantras ejercen el mismo efecto misterioso y sagrado de abrir una puerta neuronal que conecta lo divino y lo humano. Por experiencia y tras mucha práctica, he podido sentir que dependiendo de la sonoridad de algunas vocales y consonantes que forman palabras y oraciones, notas como su energía te purifica. Precisamente, uno de mis preferidos es el *sutra* del corazón, porque te absorbe tanto, que la loca máquina de pensar se para, y el tiempo y el espacio se detienen.

—Debe de ser parecido a rezar los padrenuestros, avemarías y glorias del santo rosario —manifestó ella—, pues cuando mi madre se ponía a recitar dichas oraciones entraba en una especie de trance. Me asomaba a su dormitorio y la oía decir: «Cuarto misterio luminoso, la transfiguración». Entonces le preguntaba algo y ni me

respondía, porque se había desconectado de la realidad, estaba en otro mundo.

Envuelto en el manto invisible de una serenidad reflexiva, Max le confesó:

—Sinceramente, para mí rezar no solo es repetir una serie de oraciones, sino que es una forma de meditar en cualquier religión, de conectar con la divinidad y con la esencia de uno mismo. Me considero un cristiano-budista. Por experiencia, te puedo confesar que he utilizado la recitación de mantras en función de mi estado anímico y del momento del día. Por eso, muchos comienzan el día entonando el sonido primigenio de la creación del universo: «Om».

—Vale... ¿así que lo que vamos a hacer en este taller es una serie de posturas de yoga, aprender a concentrarnos en la respiración con el recitado de mantras?

—No del todo, ya que nos centraremos más en el yoga —dijo él—, pero yo utilizaría mejor la palabra «iniciación». A través de este sencillo curso vas a recibir unas enseñanzas y prácticas que te pueden ayudar mucho a desarrollar la atención y a conseguir esa claridad mental que te sirva para ver la realidad de otra manera. De esa forma, podrás empezar a cambiar de vida, mediante una trasformación, a veces lenta y sutil, que influirá en tu armonía física, mental y psicológica. Y a medida que profundices en ti misma, se iniciará tu proceso de «metamorfosis interior». El cambio. Y la gente que te conoce empezará a ver desde fuera lo que tú todavía no habrás visto desde dentro.

Lucía se quedó fascinada al escuchar sus explicaciones, que le trasmitía esperanza y seguridad. También le generaba más ganas de preguntar y aprender. La experiencia le había enseñado que en lo que se dice y en lo que se calla se descubre la verdadera esencia de las personas. Ella estaba dispuesta a conocerlo a fondo, pues le parecía un hombre interesante, diferente, tierno, cariñoso, con agudo sentido del humor, y encima estaba envuelto en un halo de misticismo que le hacía en conjunto ser una persona tremendamente atractiva.

—¡Tengo una duda! —arguyó ella y señaló con el dedo la construcción que tenía delante—. ¿Esta *estupa* es como una capilla?

Max tomó un respiro antes de responder con la lucidez necesaria para impresionarla, ya que sentía una indescriptible atracción hacia ella:

—Es el monumento sagrado más importante y emblemático de Dag Shang Kagyü y de todos los centros budistas del mundo. Simboliza, en su estructura arquitectónica, el camino que se ha de seguir para llegar a alcanzar la esencia de la propia mente, el despertar, el no-ego, la iluminación. —Y al observar que estaba embelesada, añadió—: Es una construcción funeraria de la que se dice que se erigió para albergar las cenizas de Buda, aunque estas fueron repartidas entre varios discípulos en ocho monumentos que erigieron expresamente y que denominaron «estupas». En ellas hoy se guardan de manera sellada miles de mantras, textos con rituales y reliquias de grandes maestros que llegaron a conseguir la realización espiritual.

Max hizo una larga pausa, mientras la contemplaba a la espera de que sus últimas palabras se cayeran del aire, y prosiguió:

—Esta edificación mantiene la enorme vitalidad de trasmitir una potente energía positiva a su alrededor. Así, la gente que se acerca simplemente a contemplarla o da vueltas a su alrededor haciendo girar los molinillos de oraciones con devoción, nota cómo le embarga una inmensa paz espiritual. Esa es la razón por la que muchos se sienten purificados. Piensa que en este monumento se refugia la esencia del cuerpo, de la palabra y de la mente iluminada de Buda.

Lucía cerró por un momento los párpados para visualizar su pasado y, tras un rato de sosiego, regresó con una mirada de nostalgia y le confesó:

—Reconozco que en estos últimos años todo me ha ido mal. Me he sentido muy desamparada a pesar de rezar a todas horas. He sufrido una crisis de fe y me he alejado de mis creencias. Por eso, me quedo admirada al escucharte y ver que profesas un profundo sentimiento espiritual que te lleva a creer no solo en Dios y en Buda, sino en la bondad de la condición humana.

—Por supuesto, forman parte de la misma esencia divina —afirmó sin dudarlo.

Ante la convicción de la respuesta, Lucía le preguntó de manera espontánea, con la curiosidad de una profana:

—¿Tú crees que existe el alma?

Max, con la mirada envuelta en un halo de fe, exclamó:

—¡Sí...! ¡Por supuesto...! ¡Sin ninguna clase de duda! He tenido varias experiencias cercanas a la muerte en que tuve visiones que desafiaban a la razón y me trasformaron espiritualmente. Nunca se lo he explicado a nadie, porque es algo muy íntimo. La gente en su mayoría, y los ateos en particular, suelen frivolizar con estos temas, se burlan y menosprecian a quienes las cuentan. Por eso, como te tengo confianza, puedo confesarte lo siguiente: «Hay vida después de la vida».

Con intención de sosegar su mística inspiración, le dijo que con calma se lo explicaría más adelante. Lucía, al ver cruzar por delante una familia de visita con pinta de turistas, propuso a Max que, si no le sabía mal, les iba a pedir que les hiciesen una foto juntos. A él le hizo gracia que se entusiasmase tanto por tener un recuerdo mutuo, y accedió. Sacó su teléfono con cámara y se lo entregó a los extraños indicándoles cómo hacerlo. El doble clic los inmortalizó sentados en la escalinata. Como ella era muy fotogénica, salieron muy bien. Lucía se animó y le propuso a él que le sacara otra sobre el bordillo azul de una preciosa fuente circular llena de agua y nenúfares, recién construida, y dedicada a Tara, cuya estatua permanecía sentada sobre una enorme flor de loto. Él le comentó:

—Fíjate bien en ella, es la divinidad femenina más venerada por el budismo. Tara es la madre que protege contra los ocho grandes miedos que perturban la mente: envidia, orgullo, apego, avaricia, ignorancia, ira y dos más que ahora no recuerdo.

Lucía admirada por las bondades de dicha divinidad, le pidió que le hiciese un par de fotos más, desde otros ángulos. Le pidió que esperase un momento, mientras abría el bolso y sacaba un espejito con el que revisó la composición de su cara, se mordió los labios para hacerlos más carnosos, se pellizcó los pómulos hasta sonrojarlos y con el peine dejó alisado su flequillo de color castaño.

Ya estaba dispuesta a seducir a la cámara, y de paso, al fotógrafo. Y exclamó con doble sentido:

—¡Dispara, dispara... directo al corazón!

CAPÍTULO 19

Con la idea de distraerla un poco, Max, le sugirió:

—Mientras esperamos a que salgan los que están aquí dentro rezando, te propongo dar unas cuantas vueltas alrededor de la *estupa* haciendo girar los molinillos de oraciones. Recuerda que al circunvalar el monumento siempre debes ir en el sentido de las agujas del reloj. ¡Fíjate...! Cada uno de los cuatro lados de esta construcción tiene una ringlera de cilindros de bronce, y en cada uno de ellos está labrado en su piel metálica el mantra del amor y la compasión: Om mani padme hum. Dicen que al girarlos se desprende un sonido ronco de metal viejo, como si fuesen los rodillos quienes recitasen las plegarias y las trasmitieran por el aire, para que el eco, en su fuga, las repitiese entre las montañas hasta llegar a lugares muy lejanos para trasformar a quienes las oyesen. Creo que a quien cambia en realidad es a la persona que lleva a cabo este ritual, ya que nota cómo el sonido del mantra penetra en su mente, purifica su conciencia, calma sus emociones y le abre el corazón hacia los demás.

—¡Increíble...! Nunca hubiese pensado que esta práctica, que parece tan simple, tuviese tantos beneficios —aclaró ella en un acto de sinceridad al reconocer su desconocimiento sobre los rituales budistas, al mismo tiempo que se sentía admirada por la sapiencia de su maestro.

Ambos concentrados, enmudecieron, tomaron consciencia del acto y empezaron a dar vueltas alrededor de Trashi Go Mang, como se denominaba a tal edificación. Una, dos, tres... y once veces circunvalaron la *estupa* con la mano derecha extendida sobre los molinillos de oraciones, haciéndolos girar en cada caricia hasta que vieron salir a las personas que estaban dentro.

—Debo reconocer que era bastante escéptica sobre sus auspiciosas virtudes, —dijo ella—, pero cuando he comenzado a repetir sin parar el mantra he percibido una sensación de sincronía con el exterior. La recitación continua ha hecho que el sonido fuera hipnótico y su vibración me ha despertado resonancias internas. Incluso a medida que daba vueltas parecía que la *estupa* desarrollara una especie de energía centrífuga, que me atraía hacia ella y eliminaba mis pensamientos negativos, mis dudas y mis sombras. ¡Ha sido una experiencia espiritual increíble...! Me ha embargado una mística sensación de profunda paz.

—¡Enhorabuena! Pocas personas perciben tanto en tan poco tiempo. Es evidente que eres una mujer extremadamente sensible y con una enorme percepción. Piensa... por un instante... lo que te expliqué antes, que este monumento representa la mente iluminada de Buda, y al circunvalarlo has purificado tu karma y te has impregnado de su luminosidad.

Subieron hasta la puerta del *chörten* y se descalzaron para entrar. Él hizo tres postraciones y ella le imitó. Se sentaron sobre unos cojines y Lucía, ávida por aprender, le comentó:

—La última frase que has pronunciado en el templo me ha estremecido sobremanera, como si llegase a lo más hondo de mi ser. He sentido como si mi ánima se despertara.

—¡Sí...! Ese es el poder de las palabras —aseguró él—, pues en una frase se encierra la esencia de un contenido, sea una idea, una emoción, un sentimiento, y al pronunciarlas, como en los mantras, la musicalidad de su fonética nos abre los oídos, el corazón y la mente.

Lucía le confesó que había empezado a escribir un diario en dsk en el que anotaba todas sus vivencias. Lo había titulado *Despertar*, porque había conectado con el alma de dicho verbo, con su energía intrínseca, por eso le dijo:

—A partir de ahora, pienso escribir dicha palabra siempre con mayúscula.

—Qué casualidad, yo antes lo hacía, pero es mejor ponerla en minúscula, le quita ego, importancia y grandilocuencia. La fonética de las palabras pequeñas, a veces resuenan más en nuestras oquedades. Así el sonido primigenio, Om, que se originó en la creación del mundo, que algunos dicen que es el eco del *big bang* que llevamos dentro y que nos conecta con la divinidad, es una simple sílaba, el aliento vital que exhalamos al nacer y al morir. Al recitarla cada día internamente hacemos vibrar nuestro cuerpo y nuestra alma, y de alguna manera sutil e inconsciente nos está creando de nuevo en un continuo renacer.

CAPÍTULO 20

Lucía se quedó muda durante un buen rato. Estaba pensativa. Quería asimilar sus maravillosas explicaciones, y añadió:

—Acabo de anotar el sonido Om y todo lo que acabas de describir. También copié la frase que mencionaste en el templo esta tarde. Muchas gracias por habérnosla regalado.

—De nada. Ya os dije que si al otro mundo nada nos podemos llevar de este, qué sentido tiene aferrarse a los bienes materiales que tarde o temprano tendremos que dejar —sostuvo él, convencido de sus argumentos.

Al volver en sí de la reflexión, la vio que tomaba apuntes. Enseguida cerró el cuaderno y pudo ver la portada escrita con una hermosa caligrafía: «Despertar». El maestro empezó a repetir dicha palabra, de manera que su mente se inspirase en el término, y reconoció:

—Despertar... para mí... significa volver a nacer cada mañana, tras morir en el sueño cada noche. Es como regresar de un viaje onírico del pasado para observar el mundo de las pequeñas y grandes cosas con otra mirada. Es contemplar el presente, la propia realidad, e iniciar el camino de nuestras propias mutaciones. Siento la trasformación diaria del proceso de detener el pensamiento desbocado, «el continuo mental», y tomo consciencia de la finitud del tiempo, y así aprecio cada minuto que nos quita la muerte para gozar de cada segundo que nos queda de vida.

Ambos se quedaron atrapados en el silencio del otro... Aquel pensamiento le hizo recordar a ella cuando se refugió en la iglesia de San Lorenzo de Huesca huyendo de la persecución de su abuelo. Sin querer se encontró metida en medio de un funeral, en el que un jesuita misionero pronunciaba unas palabras de duelo. De golpe, señaló con el dedo a los presentes y les amenazó al asegurar que tarde o temprano ocuparían el lugar del difunto, y sentenció: «Haced el bien, pues el tiempo corre y la vida se va».

Lucía miró el reloj y dijo que se le hacía tarde para ir a servir la cena. Ambos se levantaron, hicieron las reverencias pertinentes y salieron con presteza. Ávida por aprender más, le preguntó por el camino qué significaban aquellas banderitas que pendían por muchos sitios. Él le contestó que se las conocía como *darchok*, y que estaban estampadas o escritas con mantras e invocaciones. Así, cuando el viento las agitaba, en el fondo era como si las leyese, las recitase y esparciera sus plegarias a través del aire para trasmitir las bendiciones al mundo, de tal manera que al respirar la gente inhalase las oraciones hasta colmarse de su energía espiritual.

Eso le evocó a ella, el recuerdo de las hojas de papel escritas con frases positivas que colgaban en la pared de su casa y que le sirvieron para levantarle el ánimo. Y una escena le vino a la memoria cuando una vez el cierzo abrió las ventanas y pareció leer aquellas palabras, pues de sus labios salió un sonido sibilante, y pensó que el aire quería aprenderlas con intención de recitárselas a otras personas necesitadas de esperanza.

Se adentraron por el sendero de gravilla del pinar. Él le recordó que durante el trayecto debían permanecer callados. Era la recomendación que hacían los lamas para ir y volver del templo y de los lugares sagrados. Era un camino de soledad, de andar hacia fuera y hacia dentro. Durante el día se veía a gente que meditaba debajo de algún árbol, medio escondida de la mirada ajena. Como aún no había oscurecido, a medida que avanzaban atisbaron a muchas personas que de forma discreta se mantenían apartadas del paso, perdidas entre la frondosidad de la maleza forestal, con los ojos cerrados y recogidas en sí

mismas. La presencia invisible de sus energías se captaba hasta tal punto que uno tenía la sensación de atravesar un bosque de almas.

Una vez llegaron al albergue, se dieron cuenta de que era temprano y que había mirado mal la hora. Decidieron sentarse en el banco de madera de una de las mesas al aire libre y que se asomaba, desde aquella especie de balcón natural, a la inmensidad del valle de La Fueva.

—Tengo una curiosidad —inquirió ella—. ¿Por qué se llama así este valle?

Max, que deseaba deslumbrarla con sus conocimientos, le contestó como si fuese un guía de la zona:

—El nombre proviene de la palabra *«fovea»*, que nace del latín y se utiliza en la lengua vernácula de este lugar, el fobano, y que significa en castellano «hoya». Y si te fijas, este paraje, al estar rodeado de escarpadas sierras y altas montañas, forma una gran hondonada que permaneció aislada, protegida y oculta de la invasión turística y de la especulación inmobiliaria por la falta de accesos, pues el camino estaba en pésimas condiciones. Por eso, es un lugar mágico donde habita la naturaleza en estado puro. Un pequeño paraíso terrenal.

—¿Pequeño? ¡Si es enorme! ¡Mi vista no llega a alcanzar los límites! —exclamó ella ante la desmesura visual del enclave, que le hacía aguzar los sentidos ante la biodiversidad cromática de su vegetación. Y comentó que estaba tan embelesada con el paisaje que podría estar horas contemplándolo.

—No me extraña —añadió Max—. Es un lugar de encuentro donde conviven en aquellos bosques norteños los abetos gigantes, que se agrupan en la parte alta, y las hayas silvestres, en la zona baja. Ahí en medio, en la solana, hay una combinación de prados con aliagas, gayubas y matorrales de boj junto a quejigales. Está rodeada por murallas forestales donde el pino silvestre reina, y su dispersión favorece que a sus pies brote una gran variedad de flora al permitir que los rayos de sol se cuelen entre sus ramas hasta llegar al suelo. A principios de la primavera te gustaría ver cómo se tiñe el fondo de este paisaje de violetas y narcisos.

—¡Ohhh… debe ser precioso…! —exclamó al imaginarse el colorido del cuadro.

—Sí, este lugar es maravilloso —aseguró él—, se nota que esta zona goza de tan exuberante vegetación gracias a que está alimentado por el río de la Nata, que confluye en el sur como afluente del río Cinca.

Con la mirada cautiva en el paraje, Lucía le preguntó qué iba a comer para traérselo. Y él le dijo que apenas solía tomar nada por las noches, ya que para viajar a través de los sueños se necesitaban pocas alforjas y mucho cansancio. De paso, le reveló:

—No estoy alojado en el albergue ni en ninguna casita de retiro, sino que reconstruí una cabaña en medio del bosque siguiendo criterios ecologistas. Está camino de la población de Ejep, fuera del recinto budista, por respeto a esta zona que considero sagrada, aunque su energía espiritual inunda el valle entero.

—Debe de ser un lugar precioso, rodeado de árboles, donde poder respirar aire puro.

—Sí, es un sitio espléndido donde duermo arropado por la fragancia de los pinos mezclados con el olor a tomillo y lavanda. Algún día te la enseñaré. Nunca he invitado a nadie. Te advierto que muchas veces aparecen jabalíes en busca de restos de alimentos. Incluso más de una mañana he visto merodear zorros con pinta de inofensivos, pero con mirada astuta.

—¿Hay algún lobo? —preguntó ella con cara de susto.

—¡Sí…! Hay uno… que conozco muy bien... como si fuese yo mismo. Sé que le gusta merendarse a las inocentes Caperucitas que preguntan demasiado.

A ella le fascinaban su buen humor, su chispa de ironía y sarcasmo, su ingenio, sus ganas de reírse de todo, de ponerle gracia y alegría a la vida, de compartirla con los demás.

—Me parece que se me han pasado las ganas de conocer tu cabaña, si acechan tantos peligros.

—Te gustará. Otro día me quedaré a tomar algo, aunque sea una manzana y un yogur, pero hoy tengo cosas pendientes y aprovecharé que aún no ha oscurecido para hacerlas.

Al despedirse, se dieron cuenta de que buscaban argumentos para alargar la conversación. Les costaba dejarse, pues parecía que entre ellos se había generado un campo de atracción magnética y gravitatoria que los empujaba a acercarse el uno hacia el otro, hasta que alguien tocó la campana de la cena y rompió, sin querer, el encantamiento que los tenía cautivos, y ambos se despertaron sin haber estado dormidos.

CAPÍTULO 21

Lucía se despertó al amanecer. Vio que sus dos compañeras de habitación dormían a pierna suelta y como no tenía sueño, decidió levantarse para aprovechar el tiempo. Se lavó el pelo con tranquilidad y tras secárselo con una toalla, salió al patio para respirar el aire fresco del rocío. Debían de ser las seis y media de la mañana, cuando vio que llegaba corriendo Max, vestido con chándal y acompañado por dos chicas jóvenes y guapas. Se detuvieron jadeantes ante ella y él le dijo:

—Buenos días. ¡Qué madrugadora que eres!

—¡Pues vosotros... me habéis ganado! —exclamó ella con algo de celos.

—Sí, hay que empezar el día moviendo las piernas para mover el corazón. Te presento a mis queridas amigas Rosabel y Alba. También son profesoras, pero están de vacaciones.

Las dos esbeltas mujeres, que parecían modelos, saludaron a Lucía y dijeron que se iban de cabeza a la ducha. Max miró el reloj y al ver que se le hacía tarde salió zumbando camino abajo, en dirección al bosque.

A las diez empezó la siguiente clase de yoga. El maestro los esperaba sentado en actitud paciente, y con una enorme placidez y sosiego, les comentó:

—Siempre, lo primero que haremos, será la secuencia de las

doce posturas conocidas por *surya namaskar*. Las mismas que os enseñé el otro día como ejercicio de precalentamiento, a fin de conseguir la flexibilidad necesaria que os permita realizar las *asanas* en buenas condiciones.

Él las empezó a hacer y el resto del grupo le fue imitando. Dejó que continuasen solos, mientras ayudaba a los más torpes y desmemoriados a seguir. Les dio bastantes ánimos al exclamar con ímpetu:

—¡Enhorabuena…! ¡Casi todo lo estáis haciendo de maravilla! ¡Veo que los estiramientos musculares son suaves y los enlazáis con el siguiente de manera armoniosa…! ¡Os felicito, porque cuando ponéis interés e ilusión, aprendéis rápido!

—¿Lo hago bien? ¿Lo hago bien? —inquirió con insistencia el joven con cresta, bastante torpe, y que realizaba los movimientos de manera desincronizada, pero que le ponía muchas ganas y que necesitaba como el aire un refuerzo positivo.

—Sí, los haces cada vez mejor —le aseguró él—, pero deberías recrearte con mayor laxitud en el tránsito de cada acción, como si te desmadejases en una suave danza que mantuviese la cadencia en armonía. —Y con destreza le guio con sus manos.

El maestro observó que el fulano con boca de tiburón se relamía con mirada depredadora. Y de repente, vio que se lanzaba. Aprovechó que la chica que tenía al lado había cerrado los ojos, tras recibir las caricias de su novio, para meterle mano haciéndola creer que era su amado, el cual no se enteraba de nada al haberse quedado sumido en una duermevela.

Max alzó la voz para despertarlos a todos. Pensó que más tarde, en privado, le llamaría la atención. No quería montar un follón en medio de la clase, pues en el fondo es lo que el tipo quería. Y les comentó:

—Ayer nos centramos en las posturas yóguicas o *asanas*. Hoy daremos prioridad a controlar la respiración consciente, ya que os servirá para que vuestra atención se fije en el aire que debéis inhalar despacio, sonreír con placidez y exhalar con calma. Recreándoos en el acto en sí. Sin daros cuenta, iniciaréis esta dinámica tan refleja del organismo y tan imprescindible para la vida que os lle-

vará a apaciguar las perturbaciones de la mente. Gracias a esta técnica, aprenderéis a afrontar los problemas cotidianos con una gran serenidad y dominaréis vuestros arrebatos de ira al trasformarlos en actos de compasión. Sin querer, vuestro entorno se llenará de una inmensa paz que beneficiará a los demás y a vosotros mismos, porque en el fondo de cada uno subyace un puro sentimiento de amor, que al igual que se da, se recibe.

—¡Así la clave de todo está en el aire! —exclamó el hombre tiburón.

—No, la clave está en ser consciente —dijo el maestro.

—Claro, el darse cuenta de que si no respiras, te mueres.

—Por supuesto. Pero hay algunos que respiran sin saber que son cadáveres.

El tipejo puso cara de difunto. Estaba desconcertado e intentaba asimilar la paradoja de la última frase. Y temblando le bisbiseó a su mujer una angustiosa e inquietante pregunta:

—¿Estoy muerto? ¿Estoy muerto?

—¡Resucita...! —exclamó ella, mientras le dio un enorme pellizco. Él soltó un estremecedor: "¡Ayyyyyyy...!" Y al chillar como una nenaza, su esposa le cruzó la cara sin contemplaciones. Le dio tal bofetada para que se callase, que se calló de golpe y se cayó de costado como un pelele, y su cabeza rebotó contra los enormes pechos de la mujer que tenía al lado.

Max al verle doblemente caído, dio por acabado aquel rifirrafe. Pensó que si la pregunta: "¿Estoy muerto? ¿Estoy muerto?" Se la hubiese hecho a su suegra, quizá esta hubiese sacado una pistola del bolso, le hubiese pegado un tiro en la cabeza y le hubiese dicho: ¡Ahora sí, cariño, ahora sí! ¡Descansa en paz!

Max volvió a centrarse en el presente y continuó con la clase:

—Recomiendo la posición del loto. Si a alguien le cuesta mucho puede hacer alguna variación sobre ella, como adoptar la forma de *sukana*, en la que tenéis que sentaros sobre las nalgas y cruzar las piernas, así no necesitaréis forzar tanto las articulaciones. Practicaremos varias, incluso os será más cómoda la postura de la roca o *vajrasana*: arrodillados os sentáis sobre vuestros talones, hasta que encontréis la mejor manera de mantener la espalda recta.

Recordad que los brazos caen por los costados y las manos deben reposar sobre las rodillas. Es muy importante mantener la columna vertebral alineada. Así no os fatigaréis. Con el tiempo, seréis capaces de conseguir ignorar el dolor físico.

El espabilado sobón, con la mandíbula todavía desencajada, levantó su mano lujuriosa y preguntó:

—¿Es cierto que hay yoguis que pueden parar el corazón y conseguir después que vuelva a latir?

—¡Sí...! Alguno lo ha intentado, pero ninguno quedó para explicarlo.

La gente soltó una enorme carcajada y durante varios minutos no dejaron de reír. Al maestro le encantaba hacer comentarios graciosos, porque la risa desbloqueaba el cuarto *chakra*, el del corazón, que estaba entroncado con la alegría, y esta, con las ganas de vivir, con la felicidad.

—Hay cosas básicas que creemos saber, pero que ignoramos. Sería importante que recordaseis que el *pranayama* es la esencia del yoga basado en la respiración. *«Prana»* se refiere a la unión con la energía vital asociada con la divinidad. *«Yama»* se traduce como «parar la energía», «detener el aliento», «sujetar la vida». Podemos estar días sin comer ni beber, pero pocos minutos sin respirar. Es nuestra necesidad básica. Escuchad bien: en cada inspiración consciente podéis percibir cómo el alma de la naturaleza entra en vuestro cuerpo y se extiende hasta el límite, como si fuera un universo interior en continua expansión. Algunos dicen que envuelto en el aire se esconde la esencia de Dios, y que al inspirar inunda hasta el último rincón de nuestro ser para purificarlo, y de paso, llenar cada célula del cuerpo de la esencia vital. Por eso, al morir exhalamos en el último suspiro el aire de vida que nos queda dentro.

Los alumnos se quedaron pensativos, al querer asimilar la sugerente explicación. Tras un intervalo de sosiego, Max con aplomo prosiguió:

—La mayoría de la humanidad ha perdido la forma natural y primigenia de respirar. Ahora lo hacemos de manera inconsciente y superficial, como el resto de las acciones de nuestra existencia.

Vivimos, trabajamos, comemos, compramos, queremos, sentimos y copulamos compulsivamente sin amarnos, envueltos en la vorágine de una sociedad consumista que devora incluso las emociones. Un mundo que no tiene tiempo para nada ni para nadie, que corre dentro de su sombra al formar parte de ella, pues intuye que se va a desvanecer en la oscuridad de su propia extinción.

Acababa de dar un nuevo latigazo a la encefalitis letárgica en que veía sumidos a los presentes. Tras una larga pausa, continuó:

—El yoga nos ayudará a recuperar la respiración completa, profunda y serena; la que sosiega el cuerpo y la mente. Será el primer paso que os llevará a tomar consciencia de las cosas que realmente tienen importancia. Es vital discernir entre lo prescindible y lo necesario para descubrir lo auténtico, lo que hay de esencial en la vida.

—¡Pues vaya descubrimiento...! Yo siempre he respirado muy bien, y no me creo que se pueda vivir del aire, ni que nos proporcione tanta energía. Donde haya una buena mariscada, que se quite todo lo demás —aseguró el tipo con cara de escualo y boca llena de gula.

—Cada uno cree lo que quiere creer —apostilló Max, y expuso en tono más pedagógico—: Cuando inhalamos, nuestros pulmones se llenan de oxígeno gracias al diafragma que está debajo. Funciona como un paraguas que se abre y se cierra. ¡Por favor, inspirad profunda y lentamente...! Si lo hacéis de forma precipitada os quedarán restos de aire viejo en el fondo. ¡Sentid cómo os llenáis…! ¡No tanto...! ¡No tanto...! ¡Vigilad... aquel se ha puesto morado...! ¡A ver si a alguno le va a explotar la caja torácica…! ¡Es broma...! Vuestro cuerpo no está acostumbrado a oxigenarse tanto, y es normal que a más de uno le sobrevenga un mareo.

—¡Ese se cae... que se cae...! —exclamó el correveidile del grupo con cara de agorero. Pronto empezó a señalar a otros que se iban desmayando. El tipo barrigón se lanzó sobre una rubia de buen ver y de mejor tocar para hacerle el boca a boca, sin atender a otra no tan agraciada. Max tuvo que intervenir al ver que el aprendiz de socorrista se había extralimitado, pues tras insuflarle aire a los pulmones, le masajeaba los pechos de forma inadecuada. Cuando

la joven sueca se recuperó, casi se vuelve a marear al ver quién le había salvado la vida y comprobar que no era ningún apuesto príncipe, sino el de cara de tiburón, un baboso aprovechado cuya halitosis de fumador empedernido mataba de golpe o resucitaba de asco. La chica salió afuera, escupió con repugnancia y las náuseas le llevaron a echar la primera papilla.

A partir de entonces, a nadie se le ocurrió volver a marearse, no fuese peor el remedio que la enfermedad. Y el curso cambió de rumbo, porque a partir de entonces las mujeres se tomaron muy en serio los ejercicios yóguicos ante el peligro de ser víctimas de una ventilación artificial asistida por aquel aprendiz de enfermero con ganas de besuquear a todas, menos a la suya.

—¿Me puedo ir y regresar al albergue? —inquirió una señora mayor.

—Por supuesto. Que alguien la acompañe y que descanse por el camino. Ahora volveremos a repetir la práctica. Fijaremos la atención en el aire que entra por las fosas nasales, desciende por la garganta, laringe, tráquea y bronquios hasta llegar a los pulmones, donde los alvéolos filtrarán el oxígeno a la sangre para ser bombeado por el corazón a todo el cuerpo.

—¡Eso es cierto! —afirmó un joven estudiante de medicina que llevaba una camiseta con el nombre de la facultad serigrafiada en la espalda.

—¡Y a mí que me importa..., si no voy pa´ doctor...! —exclamó el cretino de siempre con ganas de liarla. Max tras lanzarle una mirada de soslayo, pensó para sus adentros: "Más que cara, en él todo es boca. Y el que tiene boca, se equivoca o confirma su imbecilidad". Y con voz queda, prosiguió con sus explicaciones:

—Los alimentos se trasforman en energía a través de un proceso bioquímico que necesita que la sangre esté oxigenada. Así se inicia el camino contrario, en el que se genera anhídrido carbónico como desecho que recoge la sangre, pasa por el corazón y de este, a los capilares de los pulmones para que podamos expulsarlo. —Y sugirió—: ¡Por favor... espirad con mesura y demora…, sin prisas! Estad atentos a la exhalación. Pensad que al hacerlo echáis lo negativo, lo tóxico, las emociones derivadas de los sentimientos que

os envenenan el cuerpo y el alma: la rabia, la ira, el odio, el egoísmo, la envidia, la avaricia, el orgullo, la vanidad y aquello que os trastorna y ofusca el entendimiento y el proceder. Todo sale por la boca.

—¡Alto, aquel viejo se ha mareado! ¡Se ha hecho un lío con el aire! —exclamó el de antes, pero no hizo ningún ademán por ir a socorrerlo. Fue Max y lo reanimó.

—¡Calma! Por favor, ¡poned mucha atención! ¡No es un juego! Respirar no es ningún acto baladí, pues en él os va la vida. —Con suma seriedad, el maestro insistió—: ¡Vigilad, por favor! Parece sencillo, porque lo hacemos de forma mecánica e inconsciente. Tenéis que buscar el equilibrio entre ambos procesos, la compensación de dos gases: el oxígeno y el anhídrido carbónico. Al inhalar retened el aire, parad el aliento durante unos segundos, cuanto más, mejor... hasta sentir una sensación de plenitud. Al exhalar, debéis hacer lo contrario... hasta notar una poderosa sensación de vacío.

—¡Ese señor mayor se marea...! ¡Se le va la mirada! —avisó una señora, que resultó ser la esposa del tiburón. Era una mujer de lengua camaleónica y mirada asaltante, dispuesta a no quitar ojo a su marido para partirle la cara tantas veces como fuese necesario.

El baboso experto en reanimación cardiopulmonar se hizo el despistado, ya que no estaba dispuesto a besar a ningún hombre, y menos a un octogenario. Julia tuvo que ayudarlo a salir afuera a tomar el aire.

Y Max inspirado les lanzó una reflexión:

—Recordad lo que dijo el gran maestro espiritual Theos Casimir Bernard, el primer yogui blanco: «La mente es el amo de los sentidos y la respiración es el amo de la mente».

CAPÍTULO 22

Tras una larga pausa, les observó con sosiego. Al ver el careto sonriente del pesado de la clase, con las cejas en forma de acento circunflejo y con actitud expectante, se acordó de que aún no había contestado a su pregunta, y antes de que se la volviese a formular, adujo:

—Quiero dar respuesta a una cuestión que quedó pendiente antes, y para ello os explicaré lo siguiente: Algunos yoguis hacen lo contrario del proceso de hiperventilación. Bajan hasta trece, y otros, hasta siete las inhalaciones por minuto. Retienen el aliento y contraen la faringe, los pectorales y los abdominales. Eso les provoca una bajada de la presión del aire en los pulmones y una débil afluencia de sangre al corazón. Así consiguen que los ventrículos se contraigan, y al llenarse poco, el ritmo cardiaco desciende al mínimo, hasta entrar en una especie de trance que deriva en un proceso de muerte aparente.

—Maestro, lo explica como si usted lo hubiese experimentado —comentó uno.

—Sí, en un contexto diferente, inmerso en una profunda crisis personal, hice un retiro jesuítico en la santa cueva de Manresa, en el que realicé un ayuno voluntario. Seguí el camino de san Ignacio de Loyola, que llegó hasta el límite de estar ocho días en un estado catatónico, de tal forma que no se sabía si estaba vivo o muerto.

La historia dice que tuvo un rapto espiritual y que cuando volvió en sí, era un ser iluminado. Se encerró en una cueva y atrapado por la inspiración divina escribió el iniciático libro *Los ejercicios espirituales*, que sirvieron de base para crear la Compañía de Jesús.

El jesuita del grupo estaba pletórico por las alusiones a su orden religiosa, por lo que quiso congraciarse más al explicar que la mayoría de ellos eran misioneros que solían estar más cerca de los pobres de la tierra que de los lujosos museos del Vaticano. Fue evidente la acidez de su crítica y nadie quiso añadir nada a su comentario.

A un chico vestido de negro y con cara de gótico se le encendió la bombilla de la única neurona que no tenía fundida, y preguntó:

—Colega, ¿es cierto... que a través de la hiperventilación se pueden conseguir cuelgues, alucinaciones?

—Sí, por supuesto. Tú te refieres a los estados alterados de conciencia, pero en este curso no los vamos a practicar. Quizá más adelante lo hagamos para gente más iniciada en el yoga y bajo supervisión médica. Aprovecho la pregunta para que veáis la importancia de la respiración como una herramienta de sanación poderosa, en este caso denominada holotrópica, que llevada al límite puede tener efectos similares al LSD.

—¡Eso, eso, a eso me refería...! —exclamó el colgado.

—Sí, con la hiperventilación podemos estimular tanto el organismo, que llevado al límite, el cerebro secrete sustancias narcóticas que actualmente se utilizan en las técnicas psicoterapéuticas de ayuda a la desintoxicación de drogadictos, a la mejora de las adicciones y también para superar dolencias psicosomáticas debidas a bloqueos emocionales. Pero... ¡Cuidado...! Si antes expliqué que con una respiración lenta se podía casi parar el corazón, con esta técnica se puede acelerar tanto que suba la presión y reviente la aorta. Diría, de forma metafórica, que sin prudencia a unos les explota el corazón, sin necesidad de dinamita, y a otros les sale por la boca.

—Recordad, aunque me repita: inspiramos vida y exhalamos enfermedad y muerte. Por eso, al fallecer damos el último aliento.

Lucía se quedó fascinada por la clase de Max. Al mediodía, tras servir el almuerzo, hizo por sentarse en la mesa de él, que era la más concurrida, ya que por lo general creía que los alumnos ávidos de enseñanza intentaban estar siempre cerca del maestro. Después se enteró decepcionada de que todos querían sentarse allí porque era la mesa más cercana a la entrada y tenían que caminar menos con los platos en la mano. También, porque era la única que estaba cubierta con una pérgola de cañas, por la que había trepado la planta de la pasionaria y brindaba una buena sombra, a la vez que perfumaba el aire con la fragancia de sus bellas y níveas flores. Esperó y tuvo suerte, porque algunos eran del primer turno y ya habían acabado, por lo que se levantaban para dar opción a los del segundo. Cuando vio un hueco se lanzó sin pensarlo y tuvo la fortuna de quedar enfrente de él. Max le sugirió que podían cambiar de sitio e ir a la misma mesa en la que estuvieron la noche anterior y que acababa de quedar vacía. Era su preferida, porque se asomaba al valle. Se trasladaron de inmediato antes de que alguien se adelantara.

De repente escucharon «¡pum!, ¡pum!, ¡pum!». Max le comentó que al otro lado de aquellas montañas había un coto de caza bastante concurrido, y que muchas especies de fauna huían de allí para refugiarse en el valle.

—¡Observa… mira ahí arriba! ¿Los avistas…? No sé si son gavilanes o azores. Deben de estar haciendo una buena batida en los bosques del otro lado para que estas aves salgan de su hábitat. Esos que sobrevuelan allí son halcones peregrinos, tienen una velocidad tremenda, pueden llegar a superar los doscientos kilómetros por hora. Por eso se los utiliza tanto en los aeropuertos para despejar las pistas de palomas, gorriones y similares que puedan interrumpir el despegue y aterrizaje de aviones.

—¿Cómo sabes tanto de estas aves? —inquirió ella.

—Un amigo mío, que es veterinario, me invitó a visitar la empresa alemana en la que trabaja en Odèn, una población cerca de Solsona, en la provincia de Lleida, que se llama Roc Falcon. Allí se dedican a la cría, adiestramiento y venta de halcones para el mercado internacional. Fui y me quedé impresionado. En la cima de una

montaña habían instalado unas jaulas gigantes, tan grandes como catedrales, en las que sobrevolaban un montón de estas rapaces. En aquel momento salieron unos empresarios árabes, parecían representantes del emir de Qatar, y se fueron con discreción, mientras llegaba una comitiva de algún príncipe de Dubái. Parecía que estaba en el golfo Pérsico, pues en esos emiratos es donde tienen a sus mejores clientes, capaces de pagar una fortuna por algún espécimen singular. Vi una rapaz de plumas azuladas, una preciosidad, con la capucha en la cabeza, y un cartelito debajo que decía: «Reservado para R. A. de Abu Dabi». No quiero imaginarme lo que debieron pagar por él, pues suele ser complicada su reproducción: los huevos son muy delicados y resisten mal el tiempo que están en la incubadora. Encima, es un animal en vías de extinción, que necesita un hábitat con aire muy puro. Por eso, aquí hay tantos.

—De verdad, me dejas sorprendida. Te escucharía durante horas, días y semanas.

Max para distraer su mirada de embelesamiento, le dijo:

—¡Mira! La que tenemos ahí delante es un águila real, y lo sé por su vuelo majestuoso. Seguro que ha avistado alguna presa. ¡Fíjate, fíjate… cómo corren las ardillas… ya la han detectado…! ¡Se lanza… se lanza… en aquel escampado están cruzando unos topillos…! ¡Ya está… uno ha pasado a mejor vida…!

—¡Pobrecito…! ¡Qué pena me da…! —se entristeció ella, al divisar e intuir la cruenta escena.

—Es ley de vida. Unas especies se alimentan de otras. ¡Mira arriba de todo...! Esas aves de color blanco y franjas negras son alimoches recién llegados de África. Sobrevuelan con ojo avizor a la espera de los desechos que dejen los otros, o que se vayan los cazadores y abandonen alguna presa por despiste. ¡Observa por encima…! Ese es el gran carroñero: el buitre leonado de los acantilados de los cañones de Guara. ¡Qué dominio del aire…! ¡Cómo planea al utilizar las corrientes térmicas! Pronto aparecerán los quebrantahuesos para no dejar ni la osamenta.

—Con franqueza te digo que no me gustan nada esas aves, me dan mucho yuyu. Prefería escuchar el canto de la alondra —aseguró ella con una mueca desencajada.

—Gracias a ellos, el ecosistema está en equilibrio. En el Tíbet no se sepulta a los muertos ni se los incinera, sino que se los «entierra en el cielo». El día del fallecimiento un lama y unos monjes van a la casa del difunto, cantan unos mantras y queman incienso y enebro mientras recitan oraciones del bardo Thodel para ayudar al alma a superar el estado intermedio en su camino a la reencarnación. Al día siguiente, se llevan el cadáver a una lejana colina, atado con sogas como un prisionero, que en el fondo lo ha sido durante su existencia. Se realiza un ritual que se conoce como *jhator*, en el que con una daga muy afilada o *kartika* se cortan las cuerdas y se despieza el cuerpo, como símbolo de liberación, de romper las ataduras con lo material. A continuación, se ofrece como alimento a los buitres, considerados como *dakiris* o ángeles de las nubes, para que se lleven los restos mortales al cielo y así la rueda de la vida continúe.

—¡Escalofrío me da...! Gracias por condimentarme este almuerzo vegetariano. Me va a sentar a fiambre —exclamó ella con cierto gracejo fúnebre.

—¡Ja, ja, ja, ja...! Disculpa, no me daba cuenta de que aún tienes que comer. ¡Lo siento mucho...! Con lo sensible que eres y la poca delicadeza que he tenido al abordar este tema, ¡me sabe muy mal...! Todos cometemos fallos. ¡Perdona...!

—Prefiero la cremación o volver a la tierra. Cubrirme de naturaleza para seguir el proceso biológico de descomposición, antes que servir de macabro festín a esos asquerosos pajarracos que me dan mucho repelús —manifestó convencida.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! Pobrecitos, son necesarios para evitar muchas epidemias. Espera un momento, para compensarte te voy a hacer un regalo.

Abrió la mochila y de uno de los compartimentos sacó una bolsita de terciopelo púrpura y se la entregó. Lucía, sorprendida por el detalle, aflojó el cordel que la cerraba y vació con curiosidad el contenido en la palma de la mano. Max, al ver su cara de perplejidad, le explicó:

—Es una pulsera hecha de cuerdas de cuero de las que penden pequeñas kartikas o dagas tibetanas de plata, para que con

ellas, simbólicamente, cortes las ataduras del ego que simbolizan el apego a lo material. ¿Ves? Yo tengo otra igual que me regaló mi querida amiga Marta, una amiga que es directora de una escuela en Barcelona. Espero algún día utilizarlas para liberarme no solo de estas ligaduras, sino de las otras.

Lucía le dio un beso en la mejilla como muestra de agradecimiento y se quedó pensativa en lo que él le había explicado, mientras se puso a comer en un silencio sepulcral. Contemplaba el paisaje recreándose en su majestuosidad. Tuvo la sensación de que no solo se alimentaba de comida, sino también de las historias que él le relataba con mucho cariño y entusiasmo.

Se acercaron un par de parejas a la mesa, y ellos les hicieron sitio. De golpe, Lucía oyó un zumbido por detrás, intentó ahuyentar algo y lanzó un grito de dolor:

—¡Ayyy…! Me ha picado algo. ¡Ohhh…! ¡Qué daño...! ¡Cómo duele…! —exclamó poniéndose la mano en el cuello.

Max pegó un brinco y cogió un poco de barro bajo unos matorrales que había delante. Volvió y con delicadeza se lo puso en el lugar donde le empezaba a salir un habón. Le comentó que debía haber sido algún mosquito tigre o una avispa, pues se distinguía el picotazo y la roncha. Él aseguró que aquel fango tenía propiedades minerales antiinflamatorias y analgésicas, por lo que le calmaría enseguida, y empezó a masajearle suavemente, con la punta de los dedos, la zona dolorida del cuello. Ellos no dejaron de mirarse, esta vez se vieron por dentro y se reconocieron de alguna existencia anterior. Las agujas del reloj, que marcan el tiempo del mundo, se detuvieron para permitir el reencuentro de dos almas que parecían buscarse desde hacía varias vidas y muchas reencarnaciones.

CAPÍTULO 23

Tras un buen rato, ambos regresaron del interregno de lo onírico y tomaron conciencia del presente. Entonces se dieron cuenta de que no había nadie en ninguna mesa. Todos se habían ido. Estaban solos. Apareció uno de los comensales y les comentó que nos les dijeron nada, porque parecían hipnotizados, ambos atrapados en la mirada del otro. Pasmados se quedaron ante tal explicación. No eran conscientes de lo sucedido. Intentaron disimular y cada uno se fue por su lado. Antes de irse, él le recordó que en un cuarto de hora empezaba la siguiente clase. La animó a que se adelantara, porque quizá se demoraría un poco, ya que necesitaba recoger un libro en casa. Lucía, sin pensarlo, salió disparada por el camino de piedrecitas del bosque de las almas que conducía al templo, y sin resuello llegó puntual. Entró jadeante y se volvió a quedar pasmada al encontrar a Max sentado en la posición del loto ante el altar. ¿Cómo podía haber llegado tan rápido?, se preguntó para sus adentros. ¿Sería verdad que tenía el don de la ubicuidad, como él insinuaba? Al advertir su cara de sorpresa, él se sonrió con disimulo. Tras esperar un poco hasta completar el grupo, el maestro, sin levantarse, les propuso:

—Ahora, mientras acabáis de hacer la digestión, dedicaremos un tiempo a las enseñanzas teóricas y luego podremos continuar con la práctica de lo que hemos aprendido esta mañana: ejercitar las *asanas* y controlar la respiración con la amplitud de percibir la

energía del *pranayama*, que os ayudará a concentraros mejor. Ese será un paso previo para llegar a un proceso de introspección y acabar en un plácido estado meditativo. Como veis, el yoga es un camino hacia dentro que os llevará del cuerpo a la mente, y de esta, al espíritu. —Dio un sorbo a una taza de té y prosiguió—. Ahora os explicaré los pilares sagrados en que se apoya el yoga. Tened en cuenta que es un sistema filosófico con prácticas ascéticas hindúes que buscan la perfección espiritual y que, en último extremo, conduce al encuentro con la divinidad.

El alborotador tumbaollas, tiburón en otra vida, levantó la mano y sin esperar a que le diesen la palabra, se la tomó por real decreto y preguntó:

—¿Qué son...? ¿Como una especie de diez mandamientos del cristianismo?

Max se lo miró con desdén y esbozó una sonrisa compasiva, mientras arrastraba los pensamientos por el suelo de la mente sin dejar de murmurar: «¡Vaya cruz que me ha caído encima! ¡Con este tipo, el curso será un viacrucis...! ¡Lo veo venir! ¡Buda…! ¡Buda...! ¡Dame paciencia infinita...! Ya sabes que soy incapaz de aplastar un mosquito, pero con este patán haría una excepción».

Y a pesar de la inquina que le producía, le contestó:

—Pues sí, hay similitudes, ya que los principios esenciales del yoga son un camino de superación y crecimiento espiritual. Se sustentan en una conducta ética y moral que puede coincidir con muchas religiones. Estos principios se dividen en dos partes: los *yamas*, que son cinco, y señalan las prohibiciones y abstinencias que se deben cumplir; y los *niyamas*, que también son cinco, y son reglas aplicables a uno mismo y a los demás.

El pelmazo sabelotodo insistió con su argumento y dejó en evidencia que el pedante siempre peca de ignorancia, porque habla más de la cuenta:

—¿Ves? Al final, si se suman también son diez, como los mandamientos que Yahveh entregó al profeta Moisés en el monte Sinaí.

Max asintió con la cabeza, mientras susurraba: «¡Enhorabuena por haber acertado...! ¡Premio para el caballero por saber sumar

sin usar los dedos! ¡Le ha tocado la muñeca pepona más grande de la tómbola!».

El tontaina zampabollos, con un gesto de idiota rematado y dispuesto a ganar protagonismo, aseguró:

—¡Tengo razón… debes reconocerlo!

El maestro sin hacerle demasiado caso, en un acto de indiferencia, continuó:

—Una persona que se tome esto muy en serio debe seguir estos preceptos virtuosos. El primero de los yamas, *ahimsa*, aboga por imbuirse de la no violencia, aplicada en la forma de ser y estar de la persona practicante; esta advierte su manera amorosa de mirar, de escuchar, de hablar, de actuar, de pensar y de sentir. Trasmite a los demás respeto, compasión, amabilidad y ternura. Así se difunde la paz, la serenidad y la fuerza interior, porque la violencia es un signo de debilidad.

El boquirroto, el de cabeza de chorlito y lengua de trapo, saltó:

—¿Y si uno mata sin violencia, por ejemplo, con veneno?

—A ver, cualquier religión defiende la vida, incluso la de los animales, incluso la tuya. Por eso la mayoría de los yoguis somos vegetarianos. Tolstoi decía: «Vale más morir por una convicción que asesinar por defenderla». Y estoy completamente de acuerdo. No se puede destruir ninguna vida sin que al hacerlo estés destruyendo la tuya. —Max continuó con los principios—: La *sathya* invita a no mentir para no caer en su trampa, en su cárcel. Jesús dijo: «La verdad os hará libres», y tenía razón. La gente que engaña es falsa, acaba sola, porque todos desconfían de ella. En cambio, la verdad tiene el poder de lo real, de lo auténtico, trasmite un halo de pureza.

El mamarracho volvió a la carga y explicó:

—Eso es lo mismo que defienden el cristianismo y el judaísmo. No es nada original.

—Por supuesto, lo acabo de comentar —dijo Max—, y muchas otras creencias lo propugnan. Por medio de la *asteya*, o no robar, se sabe que se causa sufrimiento a quien se le quita lo que no es tuyo. Otro valor es la *brahmacharya*, que es mantener una actitud de castidad, dominar las pasiones, para que estas no te

dominen. La sexualidad debe estar ligada con el amor, como una unión divina.

El rabino de Sarajevo, que no paraba de asentir con la cabeza, adujo:

—Por lo que dices, siguen los preceptos de las tres religiones del Libro: el judaísmo, el cristianismo y el islam.

—Sí, por supuesto —ratificó Max—, la mayoría de ellas tienen más similitudes que diferencias. El problema es que los líderes de las creencias se empeñan más en resaltar lo que separa que lo que une. La última es la *aparigraha*, que propugna que no hay que apegarse a nada ni a nadie. Va en contra de la codicia y la ambición desmesurada por lo material. «Lo que tú poseas te acaba poseyendo». Siempre digo que cuando alguien muestra a los demás sus bienes y riquezas y dice «es mío», se oye un pequeño eco que sale del objeto y repite la misma frase dirigiéndosela al propietario: «Es mío». Mañana por la tarde os explicaré los niyamas. Pensad que aquí solo os daré las herramientas básicas del alfarero y del albañil. Vosotros sois barro con el que vais a elaborar vuestros propios ladrillos para empezar a reconstruiros por dentro con tiempo, paciencia y dedicación.

—¿Cuántos meses se necesita para levantar nuestro edificio? —inquirió el jesuita, que no paraba de tomar notas en una vieja libreta de hojas amarillentas con una antigua pluma de ave de un par de siglos de antigüedad, que untaba sin parar en un tintero lleno de historia y de tiempo, que él mismo se encargaba de vaciar con viejas palabras.

—¡Toda una vida! —contestó tajante—. ¡Uno está toda la vida reconstruyéndose, porque a menudo se desmorona! El yoga os ayudará a ir hasta el fondo de vosotros mismos y empezar a levantar el armazón desde las entrañas. Pensad que lo más importante de vuestra construcción son los cimientos, lo que está bajo tierra, lo que no se ve, lo invisible.

A la monja italiana le vino la inspiración del Trastevere y añadió:

—Un árbol sin buenas y profundas raíces dura poco. Igual que las personas.

La gente se quedó pensativa, dándole vueltas a la profundidad de los últimos comentarios que se estaban vertiendo en la sala. Max invitó a los asistentes a que durante veinte minutos practicasen la respiración consciente.

Al acabar la clase, el jesuita, que siempre iba de negro, fue el primero en levantarse. Al coger mal la bolsa se le desparramó el contenido, y una calavera de verdad y un reloj de arena rodaron por el suelo.

«¡Ahhh...!», gritó aterrorizada una gigantona señora entrada más en kilos que en años, mientras el escuálido misionero intentaba tranquilizarla al decirle que era el cráneo de la cabeza de su padre, que murió en la selva amazónica devorado por las fieras y comido por los gusanos, y que solo recuperó aquella parte del cuerpo. La mujer alta y gruesa como un roble no pudo soportar las explicaciones y se desmayó de golpe, mientras el papanatas del grupo gritó «¡árbol va...!», y con perversa inspiración diablesca quitó las colchonetas y los cojines para que la mujer se pegase un buen morrazo. Y se lo pegó. Y es que en todos sitios siempre hay gente con muy mala baba.

Max quiso calmar al personal y alegó en defensa de la orden religiosa a la que tenía un gran aprecio lo siguiente:

—Los jesuitas intentan tener muy presente la finitud de la existencia, de los egos que envenenan la verdadera naturaleza del ser y del estar. Es habitual que lleven encima alguna calavera envuelta en un sudario, como si fuese un espejo, para verse reflejados en ella. También un reloj de arena para tomar consciencia de que el tiempo discurre sin dilación, que la vida se va en silencio en cada segundo, y que el *memento mori* siempre llega sin avisar.

CAPÍTULO 24

Al finalizar la clase, ella le esperó fuera, como el día anterior, con la excusa de preguntarle algunas dudas. La verdad es que deseaba estar con él. Al verla, Max le manifestó:

—Pensaba asistir a la *puja* vespertina, pues ayer no pude, y no miro a la «culpable» —y lo dijo con retintín—. Hoy tengo que bajar a Graus para ir a la farmacia a recoger una medicación que encargué.

Ella le pidió que, si no era mucha molestia, le dejara acompañarle al pueblo, pues tenía que ir al cajero del banco. Él adujo que no tenía ningún inconveniente siempre que fuera discreta, pues aunque todos eran adultos, al ser su alumna, podía levantar suspicacias, celos o envidias entre el resto.

—¡Vale, lo entiendo, no te preocupes... ningún problema...!

En ese momento un grupo de compañeros pasó a su lado y dirigiéndose a Lucía la invitaron para ir a la *puja*. Ella se disculpó alegando que tenía que bajar al pueblo para hacer unos recados, pero que estaría de vuelta a la hora de la cena.

—¿Quieres que te baje yo? —se ofreció Manuel, el estudiante de filosofía.

—No, muchas gracias. Eres muy amable, pero ya me lleva Max.

En ese instante se arrepintió de no haberse mordido la lengua unos segundos antes para tragársela después. La flamígera mirada que lanzó como una llamarada el joven celoso, seguidor de Nietzs-

che, hacia su maestro de yoga fue para dejarlo calcinado *ipso facto*. Max se sofocó al sentir el calor abrasador de su energía negativa. Marcharon antes de que se produjese una combustión humana.

Tardaron poco en llegar al pueblo, que distaba unos once kilómetros. Aparcó con dificultad, pues había bastantes turistas. Como se hacía tarde, decidieron separarse para adelantar y quedaron en encontrarse en una de las mesas de la terraza del Hotel Lleida, que estaba enfrente de la enorme estatua del ilustre pensador Joaquín Costa.

Ella se demoró una eternidad, pues aún mantenía una mala relación sentimental con los cajeros automáticos, que siempre le daban calabazas, y tuvo que ir a varios, por no decir a todos, para realizar las operaciones. Llegó tarde y azarosa, como era habitual. Y se quejó de dolor de pies.

—¡No me extraña nada...! ¡Es normal llevando esos taconazos…! —contestó él, extrañado de su lamento.

—Las que somos bajitas y no lo asumimos del todo tenemos que buscar alternativas. Cuando era niña siempre iba de puntillas. De adolescente me ponía alzas, luego llevé tacones y ahora, zapatos con plataforma.

—Pues no es nada bueno para tu columna vertebral. Puedes tener problemas de espalda e incluso, con los años, de artrosis, salvo que hagas deporte, y limites las horas de utilización de este tipo de calzado —sentenció en tono terapéutico.

—Antes de casarme iba a correr cada día, excepto estos últimos años que tuve que cuidar de mi hija y de mi padre. Y en casa, con frecuencia hago gimnasia.

—Me alegra ver que no eres una persona sedentaria, de las que se pasa media vida tumbada en el sofá de casa, sin parar de comer porquerías y acumulando colesterol. Me gusta la gente activa, porque suelen valorar mejor la salud. A menudo, me gusta decir: el que no mueve el cuerpo, pronto se le para el corazón.

Max abrió la mochila y le entregó un tarro de cristal con una crema que había preparado con plantas de los bosques de Panillo. Le aseguró que era milagrosa para los pies fatigados, ya que contenía acacia, mentol, tomillo, eucalipto y árnica.

—Empiezas a hablar como mi amiga Silvia, que entiende mucho de hierbas, porque sus antepasados se dedicaban a ello y la enseñaron. Una pregunta: ¿por qué has tenido que bajar a la farmacia a por un preparado si sabes tanto de herboristería? —inquirió ella sorprendida al descubrir su faceta botánica.

Max intentó quitarse méritos y le explicó:

—No todo se puede solucionar con tratamientos de medicina natural, porque ignoramos muchas de sus propiedades curativas y cómo interactúan al mezclarlos con otras. La medicina china lleva miles de años experimentando, y por eso tiene remedios ancestrales a muchas enfermedades que los laboratorios de Occidente intentan plagiar y patentar. El farmacéutico me ha elaborado una fórmula magistral, es decir, un preparado específico, según las indicaciones del oculista, para un monje anciano, recluido hace años, que se está quedando ciego. El tratamiento le retrasa el avance de un síndrome poco conocido que le causa entre otros efectos un deterioro macular. Hay que esperar a nuevos avances científicos.

—¡Ohhh...! ¡Qué pena...! Este tema me tiene muy sensibilizada. Mi padre perdió la vista hace unos años. Cuando veo en la calle a invidentes que mueven el bastón blanco de un lado al otro me acuerdo de él, pues le acompañaba junto a un monitor para enseñarle a utilizarlo. Tuvimos que practicar mucho, ya que era torpe y le costaba sincronizar el ritmo de los pasos al caminar con el movimiento oscilante del tiento, como así le gusta llamarlo. Tropezaba con frecuencia e incluso se cayó varias veces, y en el suelo rompía a llorar. ¡Qué pena...! ¡Eso sí que es una desgracia terrible!

—¡Sí, a mí me pasa lo mismo, desde pequeño me entristecía mucho! Recuerdo que en la escuela fuimos a visitar un centro de la once y nos hicieron realizar una práctica que consistía en vendarnos los ojos y caminar sin caernos, con el objetivo de que tomásemos conciencia de lo que era no ver. ¡Fue horrible...! Arrastrábamos las manos por los objetos, como tientaparedes que se apoyan en cualquier lugar sólido que les dé seguridad. Después nos aconsejaron que si un día en casa estábamos tristes o desesperados ante algún problema, hiciésemos esa práctica para valorar más lo que teníamos y no tanto lo que nos faltaba.

—Cuánta razón tienes —respondió ella—. Nos quejamos siempre de todo. Cada mañana deberíamos dar una vuelta por un hospital para ver el dolor ajeno y así empezar el día valorando más la salud que tenemos y que apenas apreciamos.

—¿Lo ves? ¡Coincidimos en muchas cosas! Eso que acabas de proponer lo hago a diario, y muchas veces invito a conocidos, amigos y familiares, para que me acompañen y tomen conciencia de su buena suerte.

A Lucía le encantó saber que pensaban igual y que incluso tenían la misma sensibilidad hacia los invidentes y empatía hacia el sufrimiento ajeno.

Dispuesta a saber un poco más de él, le preguntó:

—¿De dónde eres?

Él esbozó una leve sonrisa y le confesó:

—Nací en Zaidín, un pueblo de Huesca de la comarca del Bajo Cinca, pero pasé gran parte de mi infancia aquí, en Graus. Sin embargo, mi familia es de Extremadura.

—¡No fastidies...! Así que tú también eres maño. Entonces, ¿cómo te pusieron ese nombre que parece extranjero?

—Mi nombre verdadero es Maximiliano, pero no quería ir por el mundo con ínfulas de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

A ella se le iluminó el rostro y le reveló el origen del suyo:

—Mi padre quería ponerme el nombre de Consuelo y mi madre el de Amparo, y en la discusión intervino mi abuela, que sentenció como si le saliese del alma: «Se llamará Lucía, como yo». Nadie se atrevió a contradecirla, pues sabían que le darían un gran disgusto.

—Encuentro precioso el nombre de Consuelo para una mujer: consolar con ternura al que sufre una pena o se deshace en lágrimas, implica tener compasión. El de Amparo es encantador, pues significa cobijar y proteger al que se ha quedado huérfano, está abandonado o corre peligro. Y, por último, el de Lucía, la patrona de la vista, es mágico, porque entraña ser la luz que ilumina y guía en la oscuridad. —Max se quedó pensativo al evocar el pasado, y añadió—: Si mi madre hubiese tenido una hija le habría puesto ese nombre, porque ella era modista y bordadora, y se había quemado la vista en

la máquina de coser. Tenía una estampa de santa Lucía sobre su Singer y por las mañanas siempre le rezaba una oración y encendía una vela. Leía la Biblia, concretamente el evangelio de San Marcos, y si estaba yo presente lo hacía en voz alta, para que supiera que a Jesús en el camino de su muerte y resurrección le salió al paso un ciego, de nombre Bartimeo, que había perdido la vista pero no la fe en el hijo de Dios, y eso lo curó.

CAPÍTULO 25

—Mi abuela tenía mucha devoción a la santa y le rezaba a diario, porque padecía una alteración congénita que le mermaba la vista hasta que la perdió. Quizá si el avaro de mi abuelo la hubiese ingresado en una buena clínica, puede que se hubiera detenido el avance de la ceguera. Como era una enfermedad hereditaria, más tarde también acabó por perjudicar la visión de mi padre. Esa es la verdadera razón por la que a mí me pusieron el nombre de Lucía, para que la patrona me protegiese.

Max, sorprendido ante aquella revelación, le preguntó:

—¿De qué tipo de trastorno degenerativo se trataba?

La mirada de ella se entristeció al recordar los episodios de su pasado en los que la mezquindad de su abuelastro Álvaro se hizo evidente, y le reveló:

—Es un extraño síndrome vinculado a la retinosis pigmentaria.

—Me parece que coloquialmente también se la conoce como ceguera nocturna. Tengo varios amigos que la padecen. Por la noche, los pobres, lo pasan fatal, porque apenas pueden adaptar el ojo a la oscuridad y caminan como si fuesen por el estrecho pasillo de un túnel, sin ver lo que hay a los lados, por lo que avanzan con temor, torciendo la cabeza de un lado a otro para encontrar los límites.

Ella le manifestó que le sabía mal que conociese a gente que padecía lo mismo que su familia, y que como era una alteración genéti-

ca esperaba no haberla heredado. Max quiso tranquilizarla al afirmar que la medicina estaba avanzando mucho en el tratamiento farmacológico y también en las terapias génicas. Incluso le aseguró que un compañero había visitado unos laboratorios de un centro oftalmológico de Estados Unidos, cerca de Los Ángeles, en el que tenían muy adelantada una investigación sobre una prótesis denominada ojo biónico, que se podría aplicar en las retinas de los pacientes que padecían dicha enfermedad. Según le explicó, los ensayos fueron muy satisfactorios y en un año o quizá dos se empezarían a realizar las intervenciones quirúrgicas necesarias para hacer los implantes oculares. Y con el énfasis optimista que le caracterizaba, exclamó:

—¿Ves como no hay que preocuparse innecesariamente por lo que pasará mañana? Mi hermano pequeño tenía una agenda llena de planes que pensaba realizar en las semanas, meses y años siguientes. Estaba contento, porque salía con una chica. Era su primera novia. De repente, él tuvo un infarto cerebral y de miocardio, y se acabó todo. Era tan joven y lleno de ilusiones, que cuando vi las cajas que guardaba llenas de hojas de papel escritas con ideas y proyectos, pensé en la cantidad de tardes que había dedicado para anotar con minuciosidad cientos de sueños que nunca llegaría a cumplir. Y entonces tuve la certeza de una cosa: hay que vivir el presente, porque el futuro no existe.

Ella se quedó estupefacta ante la revelación que le acababa de hacer. Y apenada comentó:

—Por ley de vida, los abuelos y los padres se van antes, pero que le suceda eso a una persona joven, debe ser terrible. ¿Estaba contigo cuando pasó?

—No, él trabajaba y vivía en Madrid, era un enamorado de esa ciudad. Precisamente, sucedió el día de mi cumpleaños. No pudo venir para celebrarlo juntos. Me llamó por la mañana para felicitarme y decirme que me había enviado un regalo por correo urgente. Quedamos en que a la hora de la comida me telefonearía de nuevo para saber qué me había parecido. Era un libro, *El dios de las pequeñas cosas*, de Arundhati Roy. Al mediodía llamaron. Pensé que era él y enseguida contesté: «¡Pedro, Pedro, me ha gustado mucho...!». Una voz grave me interrumpió al preguntarme si era algún familiar. Le

contesté que sí, que era su hermano. Entonces, él me informó de que me llamaba del Hospital Clínico de Madrid para comunicarme un suceso trágico. Y dijo con pena: «¡Lo siento mucho... Su hermano Pedro ha fallecido de muerte súbita». Me lo tuvo que repetir cien veces. ¡No me lo creía...! Fue un duro golpe para todos, y más para mis padres. Desde aquel fatídico día, nunca más celebré mi cumpleaños.

—Te acompaño en el sentimiento por haber sufrido una tragedia como esa. —Y por empatía, le confesó—: Pasé por una situación parecida cuando mi mama murió de repente. Viví cómo el duelo deterioraba de forma galopante la salud de mi queridísimo padre, que es una bellísima persona. Hasta tal punto notó la ausencia de ella, que el pobre la lloró tanto que se le secaron los ojos.

Ambos se pusieron tristes. Lucía, al observar que a él se le empañaba la vista al recordar aquella desgracia, quiso desviar su atención y le preguntó:

—Hay algo que no acabo de entender. Si tus padres eran extremeños, ¿cómo vinieron a parar aquí?

Max regresó del mundo de la melancolía y le explicó:

—Muy fácil. Mi padre trabajaba en una compañía eléctrica y lo destinaron a esta zona para la instalación de las torres de alta tensión de los pantanos. Luego, tuvo que llevar la luz a muchos pueblos. Le encantaba iluminar la vida de la gente. Me contaba que muchos se ponían a llorar al ver encenderse las bombillas, porque dejaban atrás una vida llena de sombras.

—¡Qué trabajo tan sugerente! Nunca me lo había planteado así. Tú, de alguna manera, también haces lo mismo: Das luz, iluminas el camino de los demás.

—Porque otros iluminan el mío. Piensa que yo sigo a otros que van delante con un candil guiando mis pasos.

—¿Y viviste aquí?

—Sí, en la calle Mayor número nueve tercer piso, cerca de la plaza del Ayuntamiento, lugar adonde iba siempre a jugar con mis amigos. ¿Decepcionada? —inquirió él al detectar cierto desencanto en la expresión de su cara.

—No… no..., por supuesto que no. Mi padre trabajaba en el

campo —omitió decir que su abuelo era rico—. Supongo que al ser maestro de yoga y meditación, pensé que tus progenitores debían ser profesores de filosofía o de teología, quizá psicólogos o algo relacionado con estos temas que hubieran podido influirte.

—Pues no, mis antepasados eran pequeños terratenientes, que trabajaban duro en el campo, para que sirviese de ejemplo a sus labriegos. Lo cierto es que no hubo en mi familia demasiadas inquietudes intelectuales. Recuerdo que mi abuelito cacereño decía: «Tanto saber, tanto saber, ¿para qué? Un puñetazo en cada ojo». No todos podemos ser como el lama Drubgyu Tenpa, el director espiritual de Dag Shang Kagyü, cuyo padre era un lama de la escuela Nyingma. Por consiguiente, tuvo a los mejores maestros de Bután. Luego se trasladó a la India, al templo de Sonada, para continuar sus enseñanzas con el venerable lama Kalu Rinpoché, con el que más tarde se trasladó a este valle para fundar este centro budista.

—Sí, claro, hay familias cuya procedencia y profesión aportan un gran bagaje cultural a sus descendientes. Incluso algunas les trasmiten actitudes personales que influyen en el carácter por sus valores morales y éticos —afirmó Lucía, resignada al igual que Max a la sencillez de sus orígenes. Quiso indagar más y le preguntó—: ¿Viviste muchos años en este pueblo?

—Pasé parte de la infancia y la adolescencia aquí, hasta que trasladaron a mi padre a Barcelona. Allí vivían algunos familiares. Un tío enseguida me buscó una colocación para que me espabilaran. A punto estuve de pegarle una patada y romperle la espinilla. Con apenas trece años, me pusieron a trabajar por las tardes en la trastienda de un supermercado. Empecé con mal pie, pues el segundo día, al subirme a una estantería bastante alta para coger unos paquetes de arroz, resbalé y caí sobre una pila de huevos protegidos por capas de cartón ondulado. ¡No se salvó ni uno! Los chafé todos. El amo, al verme rebozado, quería pasarme por la sartén y convertirme en tortilla francesa gigante. Durante varios meses, el dueño me descontó del mísero sueldo el estropicio causado. Más tarde, descubrí que la mayoría de los huevos estaban caducados y me los cobró como frescos. ¡Qué morro...! Pero la vida compensa, y pasado el tiempo, cuando ya no trabajaba allí, se produjo una intoxicación

por vender género en mal estado y cogió mala fama. La gente dejó de comprar en dicho establecimiento y le pusieron despectivamente el apodo de Can Caducat, y añadían con sorna: «Casa Caducada, pronto arruinada».

—Aun así, no pasaste una infancia alegre, sino dura y triste.

—No te pienses —contestó él—, aquí, en Graus, fui muy feliz. De pequeño era muy travieso y me iba en busca de aventuras, a veces me metía en casas en ruinas, en el bosque o por grutas desconocidas. Siempre he tenido espíritu de explorador. En cierta ocasión, recuerdo que al salir por la tarde del colegio de monjas de la calle Barranco, había oscurecido y vi unas luces en la zona alta de la montaña. Subí la cuesta del santuario de la Virgen de La Peña y me asomé a unas cuevas que había en la ladera. De golpe, oí un rugido que salía de las profundidades. Salí zumbando de miedo, como alma que lleva el diablo, y empecé a correr la voz entre mis compañeros de que había un enorme ogro. Las monjitas no paraban de santiguarse. Reuní a una buena camarilla y subimos con linternas y armados con tirachinas. Al acercarnos a la boca de la caverna, un tremendo alarido nos heló la sangre y volvimos a salir despavoridos, gritando: «¡Hay monstruos…! ¡Que nos comen… que nos comen…! ¡Los demonios nos persiguen…!». Nuestra imaginación desbordante hizo dispararse los rumores por el pueblo. Se llegó a decir que yacían seres del tártaro y que era una gruta que conducía al infierno. Incluso algunos aseguraban haber visto una hidra, salida de la mitología griega, con un sinfín de cabezas. En cambio, otros aseveraban haber avistado a una gorgona, a la propia Medusa con la cabellera llena de serpientes, aquella que con una simple mirada te convertía en piedra. A la noche siguiente, medio pueblo subió con antorchas. El cura sujetaba con ambas manos un crucifijo gigante y encabezaba la comitiva, custodiada por un sargento y una pareja de miembros de la Benemérita, que iban armados hasta los dientes. Nos acercamos y unos enormes jadeos y alaridos surgieron del fondo de la cueva. Los picoletos apuntaron los fusiles y dieron la orden: «¡Salgan… salgan en nombre de la Guardia Civil…!¿Quién anda ahí…? ¿Salen… o entramos?». Y apareció un grupo *hippy* medio desnudo: uno con una cresta, el otro con un tercer ojo dibujado en la frente, el más delgado

iba lleno de tatuajes, una chica con los pelos de punta a lo afroamericano, como si hubiese metido los dedos en el enchufe de la luz, y la última llevaba la cara tiznada de carbón, con rastas atadas con gomas fluorescentes y vestía una túnica con pequeños espejuelos cosidos por doquier con los que bien parecía la terrible Medusa. Era evidente que aquella tribu se había instalado allí en plan comuna y no paraban de copular, unos con otros, a grito pelado, gimiendo de placer en cada orgasmo. «Paz y amor, queridos amigos...», repitieron mientras daban varias caladas a unos porros. «¡Somos gente pacífica! ¡Haced el amor y no la guerra!», corearon al unísono. El sargento les advirtió: «Deben abandonar este lugar, ya que carecen de permiso de aparcamiento». «Si no tenemos furgoneta ni vehículo alguno…», alegaron ellos en defensa propia. El suboficial rectificó: «Me refería a permiso de acampada o de permanencia en este lugar». «¡Vale, vale, tronco… ya nos vamos... tranqui… qué poca hospitalidad cristiana tiene esta gente…! Y el domingo irán a misa a confesarse para luego fornicar con la vecina».

—Veo que tus aventuras son muy parecidas a las mías. Creo que tenemos mucho en común. Una pregunta indiscreta: ¿Eres monje?

—No. Soy un simple maestro de yoga que intenta profundizar en el ser, sin querer ser, y en el estar, estando aquí y ahora.

CAPÍTULO 26

No satisfecha con la respuesta, inquirió de nuevo con esa sagacidad tan femenina:

—Pero... ¿has tenido que hacer voto de castidad o de celibato?

—No, por supuesto que no. Soy una persona muy normal, tanto, que incluso hago de oftalmólogo en una clínica de Barcelona. Además, colaboro con el Instituto Catalán de la Retina en varios proyectos sobre el tratamiento del glaucoma en Bolivia, Paraguay, Mozambique, Etiopía y la India. También, participo con la Clínica Barraquer en varios programas de investigación. Por las mañanas, muy temprano, imparto clases de yoga a los jóvenes doctores residentes en prácticas, para que se despierten a un nuevo día. Por las noches hago lo mismo, pero con la intención de que se vayan a dormir relajados y reflexionen sobre la importancia de la jornada que han tenido, de los pacientes a los que han ayudado a recobrar o mejorar la vista, y cómo estos, sin querer, les han ayudado a ellos a superar sus limitaciones profesionales y humanas. Cada vez soy más consciente de que casi todo el mundo está ciego y de que solo los ciegos ven.

Ambos se quedaron meditabundos dando vueltas a la última frase. Ella no tardó en recapitular la información y exclamar:

—¡Es increíble, nunca me hubiera imaginado que fueras médico! Ahora entiendo los comentarios de antes sobre tu sensibilidad por los invidentes.

—Pues ya sabes una cosa más de mí. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Soy maestra, aunque he estado varios años sin ejercer dedicada a cuidar de mi familia. En los últimos meses he impartido clases de repaso en una academia que cerró sin avisar. Desde hace un tiempo colaboro como voluntaria en cursos de la Organización Nacional de Ciegos para enseñar el lenguaje braille y también participo en talleres de manualidades, música y literatura. En el ámbito más personal, te puedo decir que me divorcié y tengo una hija pequeña. Hace poco que me he mudado de casa y de trabajo, porque quiero empezar una nueva vida. Desde el principio, tuve la sensación de que este lugar era especial, y que esta experiencia me iba a ayudar mucho en mi proceso de cambio.

—Seguro que sí. Además, esta zona tiene una energía telúrica muy potente.

—¿Qué es eso? No lo había oído en mi vida.

Max se acercó como si le desvelase un secreto y con cierto aire de misterio le confesó:

—Científicamente no está demostrado si esta energía emana solo del subsuelo o el terreno captura la radiación solar que causa una gran electroconductividad. Cuando se descubrió que las líneas del campo magnético terrestre salían del polo Norte hacia el polo Sur, algunos estudiosos, como Nicolás Tesla, empezaron a investigar otros caminos o zonas de concentración energética sobre la superficie terrestre. Desconozco si este influjo es debido a la confluencia de una determinada composición geológica del subsuelo, con bastante magnetita y otros minerales raros, junto con acuíferos y grietas sobre placas tectónicas que provocan vórtices magnéticos. Lo cierto es que son sitios en que los pueblos primitivos colocaban sus representaciones megalíticas: menhires o dólmenes, y que con posterioridad fueron considerados lugares sagrados, elegidos para la construcción de basílicas, iglesias, ermitas, santuarios, monasterios, mezquitas,

sinagogas y todo tipo de monumentos religiosos. La unión de cada uno de estos emplazamientos dibuja un mapa del planeta lleno de lo que denominan «líneas de ley o de poder», que casualmente coinciden con muchas vías espirituales y rutas de peregrinación. He descubierto que aquí, en el Alto Aragón, es una de las zonas donde se concentra el mayor número de santuarios y templos de toda España, por ejemplo, la iglesia románica de San Juan de Toledo, las ermitas de San Emeterio y San Celedonio, el santuario de la Virgen de Bruis y muchos más. Solo la población de Bilanayur está rodeada por varias de ellas, que no están ubicadas de manera fortuita. Por eso la de San Pedro de Verona, la de San Fructuoso, la de San José de Casbas, la de Santa Quiteria y la de San Lorenzo están construidas siguiendo una ruta de vibración energética, que milenios antes sirvió a los pueblos primitivos para levantar sus altares y ofrendas de piedra, lo que se consideran lugares de poder. Incluso el Santuario de Torreciudad, la cuna del Opus Dei, está cerca de aquí y no por capricho. Los religiosos son muy sabios a la hora de elegir los centros de oración. Personas como tú, sensibles y con una gran percepción extrasensorial, han captado en el monasterio budista de Dag Shang Kagyü esa energía mística que envuelve el valle entero, considerado por muchos como mágico.

Ella se quedó boquiabierta con la revelación que le acababa de hacer, y le confesó lo siguiente:

—Yo lo he bautizado como el valle de los sueños porque tengo un cuadro en mi habitación en el que está pintado este lugar, y cada noche me duermo mirándolo. No descubrí qué sitio era hasta que vine aquí, precisamente el día que nos conocimos. Pero lo más sorprendente es que ese óleo me lo regaló un viejo alumno de uno de mis talleres de artes plásticas, que era ciego de nacimiento y que nunca había salido de la ciudad, y vio mientras dormía el valle y lo pintó para mí.

—¡Increíble...! ¡Me dejas alucinado...! Ahora entiendo por qué aquella mañana que te salvé la vida estabas tan impresionada por el paisaje. Incluso pensabas lanzarte a volar. Si lo llego a saber, te dejo tirarte —dijo él, a la vez que esbozaba una enorme sonrisa.

—¡Qué gracioso...! Ahora en serio, tengo la sensación de que la vida es como un puzle desordenado en que al final encajan todas las piezas.

—Yo también lo he pensado más de una vez. Y quizá sea cierto que «Dios escribe recto sobre renglones torcidos».

—No lo sé —expuso Lucía. Lo cierto es que en los pocos días que llevo aquí he notado una enorme sensación de bienestar físico y mental, una paz celestial que nunca antes había experimentado.

—Puede que no lo sepas, pero hace un mes que llegué al centro. Me alojo en mi cabaña del bosque y tengo la sensación de haber estado allí un año. El tiempo se dilata y eso me va bien para desconectar y perder el mundo de vista. Mucha gente hace pequeños retiros espirituales, y otros, los hacen más largos.

—¿Cómo si fuesen eremitas o monjes?

—¡Sí! —afirmó él—. Algunos duran varias semanas, meses o años. Quien no puede costearse tanto tiempo de recogimiento, entonces recibe la ayuda de la Fundación Tsadra, que canaliza las donaciones de empresas y particulares. He llegado a la conclusión de que el lugar donde estamos es un sitio maravilloso, atemporal, situado en otra dimensión.

Tras reflexionar, ella se dio cuenta de que no le había contestado a su pregunta anterior sobre si había hecho voto de castidad. Él le dijo que no, pero con agilidad le hizo un quiebro al explicarle su trayectoria profesional, cuando ella quería saber su vida sentimental. Empujada por la insaciable curiosidad femenina, le inquirió con atrevimiento:

—Perdona la indiscreción: ¿estás casado?, ¿tienes pareja?

Max se quedó sorprendido por la indiscreta pregunta en que dejaba en evidencia su interés personal. A él se le dibujó una sonrisa en los labios y contestó:

—Hace años lo estuve, pero me divorcié. Lo pasé muy mal. Pensé en cogerme un año sabático para superar la depresión que sufrí, pero me refugié en el trabajo como válvula de escape.

Por empatía, Lucía le confesó:

—Para mí la separación de mi exmarido fue muy traumática;

él me maltrató física y psicológicamente. Me controlaba y me seguía. Luego, la crisis y los problemas laborales acabaron por hundirme. Durante mucho tiempo, no he podido evadirme de mi entorno y me he encontrado demasiado sola y desamparada en Zaragoza. Por eso, estoy aquí.

—¡Bienvenida…! —dijo Max con énfasis. En el fondo, el centro budista en el que estamos es un albergue donde resguardase del pasado para iniciar un viaje interior hacia el futuro. Es un refugio de almas.

CAPÍTULO 27

Lucía miró la hora y, sobresaltada, vio que se hacía tarde para servir la cena. Solo pensar en la enorme cola que se podía formar en quince minutos empezó a angustiarla. Él se dio cuenta de su inquietud y enseguida marcharon. Durante el trayecto ambos permanecieron callados, lo que le permitió a él concentrarse más en las curvas de la carretera y subir como un rayo. Llegaron juntos, pero entraron por separado para disimular. Enseguida, ella se colocó el delantal, se metió por la puerta de la cocina y apareció en el vestíbulo con una encantadora sonrisa. Llevaba un cazo en una mano y una espátula en la otra, dispuesta a repartir las viandas con ánimo y simpatía.

Max cogió una bandeja con un cuenco, un plato y unos cubiertos. Ella le sirvió con fingido desinterés. Cuando él fue a la mesa estuvo tentado de guardarle sitio, pero pensó que era más prudente no hacerlo. Al concluir su tarea, Lucía llegó con un tazón de frutas en una mano y un yogur en la otra. Adrede buscó que le hicieran un sitio en el lado contrario donde estaba él. Durante la cena, los presentes empezaron a comentar las experiencias de otros años en Panillo y lo bien que les había ido para desconectar del mundanal ruido, encontrarse con el silencio y la tranquilidad. Otros decían que en cada visita anterior se habían recargado de la energía positiva del entorno, regresando a casa como nuevos. La conversación

era agradable y se abordaron temas diversos relacionados con el mundo de la espiritualidad. De forma natural algunos comentaban de dónde venían y a qué se dedicaban. Un hombre canoso y bastante extravertido se presentó diciendo que se llamaba Blas y era de Zaragoza. Según afirmó acababa de llegar de la India, donde había estado tres meses con la suerte de coincidir con su maestro Ramiro Calle, quién le inició hacía años en el mundo del yoga. Gracias a dichas enseñanzas se ganaba la vida impartiendo clases en la capital aragonesa. Lucía, sorprendida, le preguntó:

—¿Por qué haces este curso si ya eres profesor?

Con cierta humildad, Blas adujo con semblante risueño:

—Porque siempre se aprenden cosas nuevas. Además, me han hablado muy bien de este yogui que tengo aquí delante. Pero no soy el único, esta chica rubia que viene ahora, también es profesora.

—¿Está ocupado? —preguntó la moza de flequillo dorado y ojos azules al ver un hueco en la mesa.

—¡No, siéntate! Si nos apretamos un poquito, cabemos todos. Las sardinas en lata están mucho peor —adujo Blas con guasa, y añadió—: Te presento a Chelo… y tú, ¿cómo te llamas?

—Lucía, y es la primera vez que vengo aquí.

—Pues no será la última, te lo aseguro. Tanto gusto de conocerte —corearon ambos al unísono, lo que hizo sospechar a los comensales que formaban pareja.

Blas se dirigió a su amiga y le dijo:

—Le comentaba a esta muchacha que hace años que venimos por aquí, y le extrañaba que dedicándonos a esto, hiciésemos este curso para principiantes.

Chelo, con una luminosa sonrisa, argumentó:

—Quien quiere aprender, avanza, y el que siempre avanza, nunca retrocede.

Max, complacido por lo que acababa de oír, recordó una frase de Confucio:

—Quien volviendo a hacer el camino viejo aprende el nuevo, puede considerarse un maestro.

—Gracias, Max —dijo la yogui al retomar la palabra—: Te confieso que aprendo de todo el mundo, incluso de mis alumnos.

Vengo a este taller, no tanto para asimilar alguna variante de la técnica, sino la sabiduría basada en muchas experiencias que cada suami aporta. Una misma clase puede ser tan diferente como la noche al día en función de quién te trasmita la enseñanza. Aparte de que cada uno se especializa en diferentes tipos de yoga, por lo que va muy bien venir y hacer esta introducción, para no quedarse encerrado en los conocimientos de uno mismo. ¡Hay que reciclarse continuamente…! ¡Una persona tiene que beber de muchas fuentes antes de beber de la suya propia! Por cierto, Max, te felicito por la idea de empezar el primer día de clase dándonos un entrañable abrazo, creo que ha sido una brillante idea. Si me lo permites, te la pienso copiar en mis cursos.

—¡Por supuesto! —dijo él—. Me inspiré en un grupo que se ha organizado en este país. Tienen una página web y quedan para ir por la calle de las grandes ciudades regalando abrazos.

—Tenemos que cambiar la forma de ver el mundo —adujo Chelo.

—Tienes razón —afirmó Max—. Para afrontar nuestros problemas personales deberíamos aprender a enfocarlos de manera diferente, con cierta distancia y perspectiva. «¡Tenemos que subirnos más a las mesas, para ver el mundo desde arriba!», como en *El Club de los Poetas Muertos*. Y pondré un ejemplo: Si estamos en un lago rodeado de palmeras, podemos pensar que es una selva, pero si nos alejamos un poco, quizá veamos asombrados que estamos en el desierto y aquello era un oasis. Y si subimos al cocotero más alto, quizá descubrimos que nos encontramos en una isla, que tiene un lago con palmeras rodeado de arena en medio del mar.

—¡Tienes toda la razón...!—sostuvo Chelo y apostilló—: Siempre hay que tener perspectiva. Cuando pasa el tiempo, uno se da cuenta de que aquella agobiante y tremenda situación no era para tanto. Siempre digo: "Si un problema es tan grande como un camello, habrá que mirar el camello por el agujero de una aguja".

—Cuánta razón tienes. Debemos evitar que las tormentas emocionales nos atrapen. Te felicito por tu reflexión —arguyó Max.

Los allí presentes empezaron a desfilar para fregar sus platos, mientras se despedían y se deseaban buenas noches. La mesa pron-

to quedó vacía. A las once apagaron las luces como era habitual. A la dirección del centro le gustaba que la gente se acostase pronto, descansara lo suficiente y madrugase para asistir a las siete de la mañana a la ceremonia de la *puja*.

Max y Lucía se quedaron a solas y a oscuras. Decidieron sentarse en el jardín y contemplar el precioso cielo estrellado. Ella aprovechó aquella tranquilidad para intentar despejar una de sus muchas inquietudes y, con cierta sutileza, le preguntó:

—¿Quizá te reconcilies con tu exmujer?

—¡No! ¡Eso es completamente imposible…! —exclamó Max con rotunda convicción. La vida es paradójica. He estado durante años ayudando a la gente a ver, sin darme cuenta de que yo estaba ciego. Mi esposa ya pertenece al pasado... a otro mundo.

—¿Cómo era? —inquirió ella con cierta insana curiosidad femenina.

En ese momento, él se abstrajo en su recuerdo y aseveró:

—Gozaba de una belleza espectacular: Presumía de una larga cabellera oscura de la que destellaban reflejos azulados, como si la noche de la selva se precipitara salvaje sobre su espalda. Sus ojos de color azabache eran como dos agujeros negros del cosmos, que absorbían la luz y a cualquier cuerpo celeste que se acercase a su campo de gravedad al utilizar su tremenda atracción magnética. Era alta, esbelta y de cuerpo escultural. Encima, era educada, culta, inteligente y refinada. ¿Qué más se podía pedir a una mujer?

—¿Que tuviese buen corazón? —sugirió Lucía para desmitificarla un poco. Las mujeres soportan muy mal los elogios a las otras.

—En el fondo, lo tenía, aunque algo dañado por la falta de afecto de su padre y la ausencia de su madre —adujo él con pena por la triste historia que había detrás.

—¿Que fuera trabajadora? —pensó que quizá pecaba de pereza, de las que duermen doce horas al día para mantener el cutis como si fuera de porcelana.

—No, era muy activa y laboriosa —aseguró él—. Cuando nos casamos vivimos juntos en Barcelona durante el primer año. Ella se levantaba temprano y se acostaba tarde para terminar los proyectos a tiempo. Era una arquitecta y diseñadora competente,

ambiciosa y demasiado perfeccionista. En poco tiempo, consiguió el reconocimiento que buscaba y le otorgaron un par de premios de varias fundaciones nacionales. Después, le salió la oportunidad de colaborar en Madrid con uno de los equipos del prestigioso arquitecto Norman Foster, y se trasladó allí. En cambio, yo, tras despuntar como oftalmólogo en la Clínica Barraquer y luego en el IMO, el Instituto de Microcirugía Ocular, abrí mi propio centro oftalmológico en la zona alta de la ciudad. Nos iba todo viento en popa. Durante los primeros años de matrimonio nos combinábamos los fines de semana de manera equilibrada. Luego, empecé a bajar más y ella a subir menos. Debí preocuparme por aquel nimio detalle que manifestaba un deseo de alejamiento, pero no le quise dar importancia. No puedes imaginarte con qué ilusión preparaba meticulosamente el equipaje desde el martes hasta el viernes. Hacía las reservas en los más selectos restaurantes madrileños y compraba por Internet las entradas a los mejores conciertos y obras de teatro de la Gran Vía. Incluso siempre estaba pendiente de los últimos estrenos del Cirque du Soleil para ir a verlos, incluso los repetíamos varias veces, porque nos fascinaba el despliegue de imaginación con el que diseñaban sus espectáculos, transportando a los asistentes a un mundo onírico y lleno de magia.

—Por lo que veo, os lo pasabais muy bien —aseveró Lucía con cierto reconcomio.

—¡No!, no te pienses, cada vez con más frecuencia, a última hora, le surgía algún imprevisto que nos llevaba a suspenderlo todo. Siempre había un motivo justificado: un proyecto importantísimo que debía presentar sin falta el lunes siguiente, o el olvido del cumpleaños de alguna buena amiga que acababa celebrándolo cuatro veces seguidas en un trimestre, o una indisposición gastrointestinal o una tremenda jaqueca. Excusas y más excusas que me disgustaban, porque intuía que eran burdas triquiñuelas.

—¿Y por qué no se lo dijiste de una vez?

—En una ocasión me enfadé por uno de sus plantones y tuvimos una agria discusión. Temí que me dejara para siempre al echarme en cara que era muy desconfiado, pero ya para entonces

sabía por Isidro, un compañero oftalmólogo del Hospital Ramón y Cajal que asistió a nuestra boda, que la había visto en varias fiestas acompañada de un tipo alto, rubio, corpulento y de nariz aguileña. Intenté contrarrestar sus veladas insinuaciones y le dije que sería un simple amigo de trabajo. Él me contestó que no tenía ninguna clase de duda de que lo era, pero con derecho a roce, pues les había visto besarse apasionadamente fuera y dentro del coche. A partir de entonces, preferí callar y no manifestarle mis mortificantes celos. ¡No la creía, pero quería tanto creerla, que llevaba a cabo un profundo acto de fe! Supongo que cuando uno está tan enamorado de alguien no puede dejar de amar ni de perdonar.

—Eso es duro, porque el otro se aprovecha del más débil.

—Tienes razón. Ella interpretaba mi actitud pacífica y cariñosa como un signo de debilidad y buscaba el enfrentamiento a la mínima. Me repetía sin parar: «Ten paciencia, porque la quieres». Pero malinterpretaba cualquier cosa que le dijese, y se enfadaba con desmesura. Incluso recuerdo un cariñoso mensaje que le envié un sábado que, según me dijo, tenía que acabar unos planos, y me respondió enojada, porque deducía de mis palabras cierto sarcasmo. Intenté disculparme, pero se hizo la indignada. Había adoptado una posición dominante, de fuerza, ante mi evidente rendición, porque de alguna manera estaba atrapado en sus redes, era víctima de sus encantos.

Lucía, seducida por la forma apasionada que tenía él de relatar la historia, le preguntó:

—¿Cómo se llamaba?

Max sacó de la mochila una botella de agua y le pegó un trago y, sin perder el hilo, contestó:

—Amanda Amador, hacía honor a su nombre, pues me enfadaba si no me cogía el teléfono móvil por la noche y saltaba su odioso contestador. Entonces, me repetía por dentro una y otra vez: «Amanda ama sin parar, pero no a mí, sino a otros».

—¿Tienes una foto de ella? —preguntó Lucía con insana curiosidad.

—Espera..., me parece que en la cartera tengo una —y se la mostró.

—¡Es guapísima...! Vaya morenaza de rompe y rasga —aseguró Lucía.

Tras una pausa y con la imagen de ella velándole la mirada, Max prosiguió:

—Era evidente que la perdía e intentaba hacer lo imposible de manera desesperada para impedirlo. Cada fin de semana que no estaba con ella, me volvía loco pensando con quién estaría cenando, riendo, coqueteando, bailando, besándose o fornicando en la cama. Y para desahogarme le escribía cartas desbordadas de palabras de amor, escritas en la añoranza y entre sollozos. Siempre alguna lágrima fugaz se precipitaba sobre el papel, y la tinta seca volvía a licuarse para emborronar un sustantivo que hacía la frase poética, sublime.

Una congoja se le ató a la voz. No hablaba el maestro de yoga, sino un hombre que conoció una vez la locura del amor, y que entre lamentos dejaba traslucir su frágil dimensión humana.

—¿Y por qué no la dejaste? —adujo ella entregada por completo a la narración.

—Al final lo hice, pero en aquella época, al reencontrarnos, volvíamos a hacer el amor con tanto deseo y pasión como si intentásemos recuperar las noches que se quedaron en el pasado, seguramente influidos por la obra de Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*.

—Pero eso era engañoso, porque era una forma de no soltarte, de tenerte atrapado en sus redes emocionales —dijo Lucía con cierta indignación.

—Tienes toda la razón, pero mientras estás dentro de la nebulosa, no lo ves. Esos encuentros hacían que albergara nuevas esperanzas, para no rendirme y luchar contra mi peor enemigo: yo mismo. ¡Ya no había que apuntalar el cielo!, me repetía, hasta que volvía a desplomarse sobre mi cabeza, y un rayo de angustia me rompía el corazón al saber que la habían visto con un irlandés pelirrojo o con un guapo malagueño. Cuántas sospechas de pertenecer a uno de sus mundos secretos, de no abarcar todo su universo, de ser uno más de los muchos planetas que giraban a su alrededor esperando a que un nuevo movimiento de traslación me llevase a

la siguiente primavera, y volver a sentir su calor para renacer de nuevo ante el espléndido sol de su radiante sonrisa.

—¡Qué envidia que haya hombres así, que amen tanto a una mujer!

—No creas, el amor provoca perturbaciones de la mente —dijo él—. Uno no ve la realidad, sino un espejismo. Ella no podía estar un día sin salir de casa. Le encantaba pasear, mostrarse, lucirse, ver y ser vista, seducir con su encantadora mirada. Pensé que solo era la vanidad el rasgo que regía su carácter, pero con el tiempo la fui conociendo mejor. En el fondo no era coqueta, como muchas mujeres, sino bastante narcisista, pues le encantaba mirarse desnuda por las noches, durante un buen rato, ante el espejo y contemplar la exuberancia de sus pechos y acariciarlos hasta continuar por el resto de su piel. Supongo que pensando a cuántos hombres podría continuar seduciendo con aquel voluptuoso cuerpo. En el fondo, ella no podía querer a nadie, porque solo se quería a sí misma.

—¡Qué lástima...! Teníais proyectos de vida diferentes. Eso debe generar mucho sufrimiento al ver cómo el tiempo desmorona los sueños que deseabas compartir. A mí me pasó lo mismo con mi marido. Me di cuenta de que la vida nos separaba, y que el cariño se diluía por el camino de la convivencia. No tenía nuevas ilusiones que alimentaran el presente y el futuro, salvo las alegrías que me daba mi hija, en la que acababa por canalizar todo el afecto. Nuestra relación de pareja sobrevivía en la rutina de lo cotidiano, en esa sensación de avanzar empujada por la inercia del principio.

Max, apesadumbrado, aseveró:

—No experimenté esa apatía en la que se mezclan el aburrimiento y la desgana, pues con ella era un sinvivir. El fuego de los celos alimentaba mi pasión y la esperanza de recuperarla. Pero al final, cuando me di cuenta de que tenía el corazón en otra parte, sentí un inmenso y profundo dolor, porque en cada historia de amor que termina, algo de tu alma se muere.

CAPÍTULO 28

Lucía se despidió de él con un inocente beso en la mejilla. Entró con sigilo en el anexo del albergue, donde las habitaciones eran compartidas por parejas o familias. Él encendió una linterna y se dirigió cuesta abajo en busca de un camino forestal en dirección al pueblo de Ejep, donde se escondía su casa en medio del bosque. A mitad de la noche, uno de los monjes avisó urgentemente a Max para que atendiera a una de las chicas del grupo. Según le explicó, se había despertado con un fuerte dolor en un ojo y su visión era borrosa. Max cogió su enorme maletín y se echó una mochila a la espalda. El religioso, que llevaba en la mano un candil, lo condujo al mismo sitio que hacía un par de horas había abandonado. En la puerta, una joven lo acompañó hasta el dormitorio que compartían las tres muchachas. Sin hacer demasiado ruido, entraron. El cuarto estaba en penumbra, apenas alumbrado por el leve resplandor de unos farolillos sobre las mesillas. Cuando se sentó en el borde de la cama, se quedó sorprendido al ver que era Lucía. Con cierta preocupación ante los antecedentes de su familia, le preguntó qué le había pasado y ella le dio detalle. Para observarla mejor, pidió que apagasen todas las luces. Sacó unos aparatos y le inspeccionó la retina, la úvea y la esclerótica. Comentó que parecía una uveítis. Puso la lámpara de hendidura y con el tonómetro midió la presión intraocular. Del maletín extrajo una especie de estuche de

esterilización, lo enchufó a la corriente y enseguida las paredes de la habitación se iluminaron con destellos de luz ultravioleta. Max se enfundó unos guantes y le inyectó un medicamento en el globo ocular. Acto seguido, le echó un colirio y le dijo que tenía que ponérselo cada ocho horas. Aseguró que le haría controles exhaustivos con un gonioscopio para supervisar los canales colectores del flujo del humor acuoso. Y le hizo una advertencia: «A partir de ahora, no pienso quitarte el ojo de encima».

Ese comentario arrancó de sus delicados labios una espontánea sonrisa de complicidad. Al verla todavía angustiada y con el ritmo cardíaco elevado, le suministró un ansiolítico que le ayudase a conciliar el sueño. Y dispuesto a aliviar la tensión que se palpaba en el tono de su voz, le ordenó: «En esta situación, por prescripción facultativa, tienes completamente prohibido guiñar el ojo a nadie salvo a mí». Entonces soltó una leve carcajada y consiguió alegrarle la cara de su mustia expresión. Ella le preguntó más en serio sobre el diagnóstico. Él le contestó que se le había disparado la tensión intraocular y que ahora faltaba saber qué enfermedad podía haber causado dicho síntoma. La causa más probable era un glaucoma de ángulo abierto, algo que solía ser hereditario, y que eso la obligaría a pasar revisiones periódicas. Felicitó a las compañeras por haberle avisado con premura. Les comentó que si uno se demora en situaciones similares, el tiempo juega en contra del paciente, ya que la presión puede dañar el nervio óptico, lo que puede causar ceguera. Las amigas se alegraron de ser tan diligentes. Luego se metieron en la cama y dejaron la habitación bajo el resplandor ultravioleta del estuche esterilizante que había utilizado el doctor. La atmósfera se tiñó de sueños celestes. Max se entretuvo en recoger el instrumental hasta que comprobó que la somnolencia invadía a su paciente. Lucía, ya en brazos de Morfeo, se ladeó envuelta entre las sábanas dejando al descubierto su espalda desnuda. Y él se quedó sorprendido al ver como aparecía tatuado sobre su piel, con tinta invisible, un precioso loto azul, cuyas raíces nacían en el cóccix y cuyo tallo trepaba por la columna vertebral hasta conseguir llegar al *chakra* del corazón.

A la mañana siguiente, Max había convocado al grupo en el templo antes de que amaneciera y que se iniciara la *puja* o ceremonia de oración, y les sorprendió al invitarles a ir de excursión. A medida que salían, Quique, uno de los encargados de la cocina, les entregaba una bolsa de comida campestre con un bocadillo, un yogur y un par de piezas de fruta para el desayuno. Antes de partir, el maestro les avisó de que deberían ir en completo silencio porque atravesarían un bosque lleno de espiritualidad, conocido como Samten Ling, en el que había un montón de casitas de retiro individuales, que estaban diseminadas, y en las que se encerraban los practicantes para profundizar en las enseñanzas del *Dharma* o doctrina budista. Tras aquella advertencia, le siguieron en dirección al albergue y lo bordearon hasta adentrarse por una vereda. Lucía, al pasar junto a una choza de madera de haya, no pudo resistir la tentación y poniéndose de puntillas se asomó por la ventana. Max se la acercó por la espalda y le susurró al oído que era una falta de respeto invadir la intimidad ajena.

—Si no se entera. Está meditando con los ojos cerrados —alegó en su defensa.

—Eso es lo que tú te crees. Lleva así casi una semana, sentado y en ayuno, y aunque parezca dormido, está bien despierto, más que nosotros —la rectificó.

Continuaron por el camino hasta que se toparon con un arco de bienvenida coronado por la rueda dorada del *Dharma*, la cual estaba custodiada por las dos ciervas que representan a los discípulos atentos. Pero el paso estaba cerrado por una verja metálica de color granate. Algunos intentaron abrirla, pero Max les hizo desistir. Les explicó en voz baja que no podían entrar, pues en aquella zona se realizaba el retiro mayor, que duraba tres años, tres meses y tres días. Y les desveló que allí permanecía una veintena de personas aisladas del mundo, bajo la supervisión de los lamas, con el propósito de conseguir la claridad mental necesaria para iniciarse por el sendero de la iluminación.

Dejaron el arco a mano derecha y ascendieron por una cuesta vigilada por acechantes pinos negros envueltos en brumas. De golpe apareció en medio de la niebla del bosque un maravilloso edificio

oriental. En tono misterioso, Max dijo que era la *shedra*, y en sus siete plantas albergaba la escuela de traductores, universidad de filosofía budista y espacio donde se impartían los cursos de medicina y lengua tibetana. También era el lugar donde se acogía a los lamas, khenpos, rinpochés y grandes eruditos que visitaban el centro de Dag Shang Kagyü. En tono didáctico, comentó que su estructura tenía una clara influencia del estilo arquitectónico de Bután, lugar de donde provenía el lama Sönam Gyamtso, quien costeó con su fortuna personal dicha construcción para donarla posteriormente al centro. De repente, en tono enigmático, les dijo en confianza:

—Hoy no hay nadie, que yo sepa, y tengo una copia de la llave. Si me prometéis guardar el secreto, podemos visitarlo, pero antes de entrar, debéis descalzaros. ¡Primero, porque es un espacio venerable, y segundo, por no dejar huellas de nuestro paso!

Con sigilo, empezaron a sentarse en el suelo y a desatarse las sandalias y los cordones de las zapatillas. Al abrir la puerta, esta chirrió y todos se estremecieron de terror. Parecía que iban a cometer un allanamiento de morada o a profanar un lugar sagrado. Entraron a hurtadillas. El suelo era de parqué y al pisarlo crujía. Subieron hasta el primer piso, donde había una sala de reuniones con moqueta y repleta de cojines. Las paredes estaban forradas de estanterías de color bermellón tirando a escarlata, repletas de libros. En la segunda planta, les enseñó la biblioteca dorada, el lugar de concentración del saber espiritual, donde se guardaban los 108 ejemplares del *Kanyur*, el canon de las escrituras budistas tibetanas y de consulta obligada para los estudiosos. También se guardaban allí los 256 volúmenes de los comentarios de dichos textos elaborados por grandes maestros. Ascendieron hasta la tercera planta de puntillas, ya que allí estaban las habitaciones y no deseaban despertar a nadie. Al llegar arriba se quedaron boquiabiertos, pues había un pequeño templo o *gompa* donde los monjes se reunían para realizar las plegarias. Las paredes estaban pintadas con bellos murales ejecutados con suma maestría y delicadeza, en los que se representaban, con intensos colores, imágenes de diferentes divinidades. Ante las preguntas dispersas que un par de chicas hacían, Max intervino para hacer algunas aclaraciones:

—Esa pintura de la pared es la de Chenrezig, la deidad de la compasión; la que veis aquí es Yampelyang, la del conocimiento; y esta otra es la de Tara Verde o Drölma, la madre benevolente dispuesta siempre a socorrer al necesitado, y que contrasta con la imagen más airada del protector Mahakala.

Algunos se agolparon frente al altar ante una vitrina en la que se preservaba a un precioso Buda dorado. Mientras, el maestro les sugirió que se reunieran en medio de la sala y les propuso lo siguiente:

—¡Por favor...! Tumbaos bocarriba, con los ojos cerrados, de manera que vuestras cabezas confluyan en el centro hasta tocarse y los pies queden hacia fuera, igual que los pétalos de una flor. ¡Inspirad… con lentitud! ¡Espirad… con sosiego! Y ahora abrid los párpados, mirad al techo y continuad con una respiración serena, rítmica y profunda.

—«¡Oooohhh...!» —exclamaron todos.

—Lo que veis pintado en el techo es un mandala, que en sánscrito significa «círculo sagrado». Simboliza el cosmos, la creación ordenada del tiempo y del mundo, el vacío y la plenitud, lo relativo y lo absoluto, la eternidad...

Tras un largo silencio, prosiguió: —Tanto en su minuciosa elaboración como al contemplarlo, es necesario concentrarse. ¡Fijad vuestra atención en el esquema y diseño compuesto de miles de puntos, como granos de arena insignificantes, igual que nosotros, que juntos formamos el universo!

Dejó que el eco de sus palabras se apagasen y continuó—: Primero, observad el círculo exterior… luego el cuadrado central que representa los cuatro puntos cardinales, como si fueran puertas místicas para entrar por el laberinto de los ciclos infinitos de la vida que llevan al eterno retorno.

»En su elaboración, siempre se pinta desde fuera hacia adentro, como un proceso de introspección en el que se inicia un camino de autoconocimiento intuitivo, en el que se detiene la máquina de pensar y sus mecanismos de razonamiento y conceptualización.

»Dejad que la mirada recorra los senderos trazados con los mágicos colores que la inspiración cromática de los monjes eligió... y trascendedlos...

»Al observarlos sentiréis que ese ideograma de geometría armoniosa, concéntrica y tridimensional, os atrapa e hipnotiza. Recompone la fragmentación emocional del corazón, desvela las neurosis que se esconden en los rincones de vuestra psique y os lleva a avanzar hacia la luz al aceptar inconscientemente vuestra sombra.

»Notad que el océano interno se os calma ante las tormentas de la adversidad y serenad el ánimo hasta que una energía positiva os guíe espiritualmente al centro de vosotros mismos, a la esencia del ser, para llegar a ese lugar donde al estar en orden y en perfecto equilibrio, la mente se os ilumina.

Todos permanecieron tan inmóviles que daba la sensación de que habían dejado de respirar. Estaban abstraídos, como en trance, con el alma dispersa entre los miles de millones de neuronas del propio universo cerebral. El maestro, al ver el panorama, los dejó gozar de aquella profunda sensación de quietud sináptica... de ecuanimidad... de ausencia de sufrimiento.

El tonto de siempre se quedó frito y se puso a roncar de lo lindo como un tiburón con las mandíbulas abiertas de par en par, haciendo vibrar el cristal de la vitrina, e incluso la imagen de Buda empezó a temblar en cada resoplido. La inoportunidad de aquel tipo desvaneció el encanto del momento e hizo regresar al resto de sus compañeros de los territorios del subconsciente colectivo a la realidad más vulgar y mundana.

La monja italiana, sorprendida por la experiencia, preguntó si siempre los mandalas se elaboraban así. Él respondió:

—Por supuesto que no. La psicología traspersonal utiliza la técnica de pintarlos como una herramienta terapéutica para ordenar el propio mundo emocional, por lo que tiene cierta capacidad sanadora. Cuando el paciente empieza a dibujarlo desde el centro hacia afuera es porque necesita echar o exteriorizar una emoción, y pasa lo mismo si lo hace a la inversa, uno necesita refugiarse dentro.

El rabino, en busca de una aclaración, hizo la pregunta que le rondaba la sesera:

—¿Los mandalas no se hacen con arena de colores?

Max asintió con la cabeza y concretó:

—Sí, la mayoría de ellos se realizan con tanta laboriosidad y concentración que quienes los llevan a cabo pueden estar días y semanas para concluirlos. Cuando han acabado se bendicen y se deshacen, recogiendo la arena y echándola en el agua de un río o de un mar para que fluya la energía positiva con la que se hizo. Una cosa importante que me gustaría remarcar es que las personas que han elaborado con paciencia y minuciosidad un mandala, casi grano a grano, segundo a segundo, como intentando hacer una playa de tiempo, notan cómo dicho proceso creativo se ha convertido en una forma de meditación que les ha trasformado.

Max les animó a que no se demorasen más, pues llevaban mucho retraso. Bajaron con sigilo y antes de salir, Manuel, el filósofo ateo, quiso hacer gala de no dejar pasar una y comentó en voz alta con intención de rectificarle:

—Dijiste que este edificio tenía siete plantas y solo hemos subido cuatro.

El maestro, con una sonrisa de complacencia, le respondió:

—Lo más importante de un edificio no es lo que se ve, sino lo que permanece oculto: sus cimientos. Esta universidad está construida de madera, como si fuese un anciano árbol que acumula la sabiduría de muchos siglos y que se alimenta de sus profundas raíces.

El sabelotodo quiso hacer olvidar sus ronquidos y afirmó que había descubierto que en el sótano estaba instalada la editorial Chabsel, que publicaba de manera altruista la mayoría de las obras sobre budismo que se vendían en la librería. Max, sin desmentirlo y dispuesto a dar rienda suelta a su imaginación, en tono enigmático les reveló en voz baja:

—¡Shhh…! Os voy a desvelar un secreto que espero que guardéis: se rumorea que aquí debajo hay más plantas subterráneas que albergan salas para meditar y oír el silencio… y otras… para aprender a ver la luz que se esconde en la oscuridad.

CAPÍTULO 29

Salieron de la *shedra* y sentados en la entrada, se calzaron. En fila india siguieron a Max, que como buen guía abrió paso, bordeó el edificio y les hizo encarar la cuesta por un serpenteante caminito del bosque. Tuvieron que agarrarse a los arbustos y apoyar el pie en las rocas que hacían de escalones naturales para subir. Blas iba delante de Chelo, a quien intentaba ayudar, pero ella no se dejaba al esgrimir de que si se resbalaba uno, caerían los dos. Max les pidió que hicieran el favor de ir detrás para cerrar el grupo y acompañar a una señora bastante gruesa que parecía que se fatigaba demasiado. En un llano, el maestro detuvo la marcha y, con la excusa de recoger unas flores y plantas medicinales, les permitió descansar un poco. Entonces se percató de que el jesuita subía descalzo y de que sus sandalias las llevaba puestas el más viejo del grupo. No preguntó. Reanudaron el último repecho con bastante desnivel, y llegaron a coronar la colina, que tenía un árbol en medio. El maestro les comentó que aquel sitio era conocido con el nombre de La Encina. Como aún no había salido el sol, el mirador que se asomaba al valle estaba cubierto por un océano de nubes. A continuación, les dijo que se sentaran alrededor del arco de aquel balcón natural en la posición del loto y se concentraran en la respiración con la mirada hacia dentro. Así estuvieron un rato, hasta oxigenar los pulmones con el aire fresco de la mañana, el cual estaba

impregnado del suave olor a tomillo y lavanda. Más tarde, algunos quedaron tan abstraídos que les pareció haber conseguido meditar. Max les ordenó que volvieran en sí de manera paulatina, abrieran los ojos y dejaran volar la mirada. Todos se quedaron asombrados al observar cómo amanecía y se iba despejando el horizonte. El sol iluminaba las montañas y los valles que con parsimonia desplegaba un majestuoso abanico de múltiples colores y tonalidades que hacían naufragar la retina ante tanta belleza.

El maestro les dejó extasiarse con la maravillosa panorámica que se divisaba desde allí, y con delicadeza les comentó:

—Por favor, escuchad: vamos a realizar la secuencia de las doce posiciones de *Surya namaskar* que os enseñé en el templo y que servía como ejercicio de precalentamiento, y que se denomina, aunque no os lo dije entonces: el saludo al sol. Recordad que en cada una de las posturas que hagamos recitaremos un *biyas*, sonido místico, como acto espiritual de veneración, que incorporamos en la última práctica, pero en esta ocasión las debéis repetir mentalmente. Me gustaría que os dieseis cuenta de la importancia que tiene este ritual hindú, que dicen que proviene de una tradición antigua de los Vedas, y que realizan cada mañana millones de personas para agradecerle al astro rey que inunde el planeta con su poderosa energía vital, haciendo despertar a la naturaleza y a la humanidad de su letargo.

Invitó a la gente a levantarse y les sugirió:

—Ahora vamos a colocar el cuerpo erguido mirando al sol naciente, con los brazos relajados y la columna vertebral recta. Repartid el peso de manera equilibrada entre ambas piernas hasta que notéis cómo las plantas de los pies se expanden para tomar mayor contacto con la madre tierra. Realizaremos una serie de inhalaciones lentas y conscientes, al igual que haremos lo mismo con las exhalaciones. A continuación, juntaremos las palmas de las manos a la altura del pecho, como si fuéramos a realizar una plegaria. A partir de aquí, no os diré lo que tenéis que hacer, pues lo sabéis de sobra. ¡Venga… con armonía y equilibrio...! ¡Muy bien, lo hacéis de maravilla…! ¡Continuad, enlazad unos movimientos con los otros...! ¡No paréis...! ¡Ahora... con calma... y sosiego... descansad!

¡Tumbaos! ¡Podéis adoptar la postura del difunto o *shavasana*! ¡Por favor, mirad hacia el cielo! ¡Bajad las pulsaciones…! ¡Recuperad el ritmo cardiaco normal…! ¡Excelente…! ¡Enhorabuena...!

Acto seguido, les invitó a que se pusieran de pie, para que tomasen conciencia del lugar en el que estaban, y les explicó:

—El venerable Kyabje Kalu Rinpoché, uno de los maestros más carismáticos por su gran amor, enorme bondad y compasión infinita, pasó media vida retirado en oración en grutas del Himalaya. Cuando llegó a ser lama de luz, tuvo la inspiración de buscar un lugar espiritual que tuviera una singularidad única para la meditación, las enseñanzas y las iniciaciones. Y tras recorrer diversos parajes, eligió el valle que tenéis a vuestros pies al permanecer aislado del mundo y trasmitir la energía sutil que se esconde en el aire y en la tierra. Este es uno de los sitios más idóneos que existen para encontrar la puerta de entrada que os lleve a realizar un viaje hacia el centro de vuestro universo interior.

—¿Sus enseñanzas están plasmadas en algún libro? —preguntó el rabí.

Max, con el profundo respeto que tenía por la mayoría de creencias y por los religiosos en particular, le contestó:

—Sí. En la obra *Budismo profundo*, en la que se recogen las publicaciones fragmentadas que se recopilaron en tres volúmenes anteriores y en los que se revelan las trasmisiones antiguas y secretas de los conocimientos que depositaron en él viejos khenpos, y otras a las que llegó a través de su propia experiencia y la práctica de explorar los cuatro estados mentales, consiguiendo alcanzar la pura esencia espiritual de la budeidad.

Max invitó al grupo a acercarse al borde del precipicio de la colina para tener una visión más panorámica del lugar. El bocazas fue el único que, desconfiado, se quedó detrás del resto, por si el jesuita, que le tenía bastante inquina, en un arrebato de enajenación mental le pegaba un empujoncito sin querer y le tiraba de cabeza para abajo. El yogui señaló con el dedo un punto y les hizo el siguiente comentario:

—El venerable Kalu al llegar aquí iba acompañado de Bokar Rinpoché e indicó con exacta precisión el emplazamiento de todo.

Comenzaron por el templo, coronado por su gablete dorado, y después señalaron el lugar en el que se debía construir la *estupa* principal, Trashi Go Mang, de diecisiete metros de altura. No me digáis que no se ve bien desde aquí el pináculo o la flecha con sus trece anillos dorados apuntado hacia el cielo.

Max, animado por el interés del grupo y con cierto aire de cicerone, continuó con su explicación:

—Allí está el albergue y en medio del bosque que hemos atravesado está la *shedra*. El director espiritual de Dag Shang Kagyü es el lama Drubgyu Tenpa, y como es de Bután dicen que ha sabido impregnar este lugar de la influencia de allí. Es un país que tiene la singularidad de medir el aumento de la riqueza, no por el incremento del producto nacional bruto, PIB, es decir, por la producción de los bienes materiales y servicios creados durante un año, sino por el crecimiento del Índice de felicidad de su población. Ese es el espíritu que este lama ha conseguido trasmitir a este centro, que la armonía del ser humano se integre con el espacio natural que lo rodea, y que le haga sentir esa plácida y, a veces, eufórica alegría por vivir.

El incrédulo bocazas confesó:

—Me llamo Teo, por si alguno no lo sabía, y soy agente de cambio en la Bolsa de Barcelona. Concretamente, especialista en contratos por diferencias en acciones, futuros, divisas y en índices bursátiles. Utilizo las ventajas del apalancamiento para comprar y vender de lo lindo en plataformas de *trading*, por lo que mi pensamiento lógico-matemático me impide imaginar qué variables puede utilizar un país para crear un modelo macroeconómico que plasme algo parecido. —Y manifestó contrariado—: ¿Cómo es posible calcular algo tan intangible como la felicidad?

En Max afloró su paciencia infinita. Estaba convencido de que Dios le ponía a prueba en una lenta crucifixión, mientras Buda le recordaba la impermanencia del sufrimiento, y que todo pasa y que nada queda, ni la propia vida. Esgrimió una amplia sonrisa a la vez que reprimía las irrefrenables ganas que tenía por dar una patada en el trasero de aquel tipo para que saliera volando, y con templanza le dijo:

—Ellos calculan ese índice tras realizar muchas encuestas en que la gente manifiesta lo bien que vive. No en función de lo que tienen y desean, sino de lo que realmente necesitan. Valoran el equilibrio entre la mente y el cuerpo gracias a la meditación, que les aporta serenidad espiritual. Aprecian la armonía que sienten con el medioambiente, complementado con el amor y la compasión que notan a su alrededor. Todo eso los hace sentirse dichosos, afortunados sin poseer nada, porque han descubierto que su riqueza no cotiza en Bolsa, sino que la llevan dentro. Puede que tengamos de empezar a aprender de ellos si queremos cambiar nuestro mundo.

Teo, el bróker boquirroto, alegó desconcertado:

—¡Es mejor malo conocido, que bueno por conocer! Sinceramente, no me veo vendiendo opciones sobre acciones de felicidad en un mercado de futuros. Prefiero lo que hay ahora, con ciertas mejoras. Así, según tú, ¿este lugar es un pequeño rincón del paraíso de Bután?

El maestro comentó sin perder la sonrisa en los labios:

—Sí, por supuesto. ¡Mirad...! Allí están la aldea de Panillo —señaló con el dedo— y la torre de la iglesia de Santa Engracia, y en aquella loma su castillo, que debe ser del siglo XI. ¡Fijaos bien...! Más allá del cementerio se puede ver una casita encima de un árbol, es la de mi amigo Fabio, un filósofo brasileño, que hace casi cuarenta años que vive en Inglaterra, y se escapa a menudo por aquí, donde compró una finca, según dice, porque al visitar estos parajes captó la energía del lugar. Cuando yo llegué en primavera, aquellos campos parecían nevados, eran almendros en flor que plantó hace años, porque decía que trasmitían una gran placidez. Hace tiempo creó una fundación ecologista y de pensamiento, Cultivando-Cultivémonos.

Max llevó al grupo a bordear la colina, para que se apercibiesen del idílico paisaje, mientras les indicaba con el índice los enclaves más sobresalientes en los que debían fijarse:

—¿Veis…? Aquella es la peña Montañesa, que empalma con la escarpada sierra Ferrera, dando la sensación de que se dispersa en muchas otras menores como la de Formigales, la Clamosa y la

Campanuel, que parecen ir hacia el norte. ¡Venid aquí…! ¡Acercaos para que tengáis una buena perspectiva…!

—¡Ohhh… qué preciosidad…! —exclamaron algunos al recrear la vista ante el contraste del intenso azul del embalse de El Grado, que discurría entre barrancos, donde las carrascas escalaban los desfiladeros, acompañadas del enebro. El agua desembocaba con mansedumbre en varias llanuras, donde los verdes prados estaban rodeados de enormes pinares que dibujaban una orografía espectacular. Al fondo, se adivinaba el parque natural de La Sierra y los Cañones de Guara.

Max llevó al grupo al centro y empezó a explicar los secretos de aquel árbol que daba nombre al lugar. Ella, como ya lo sabía, se apartó para admirar desde aquella terraza natural el mítico valle que un artista ciego, en un rapto de inspiración divina, pintó sin saber que iba a plasmar con colores su destino para siempre.

CAPÍTULO 30

Max volvió a asumir su papel de maestro y les expuso lo siguiente:

—Si queréis practicar yoga, es ideal hacerlo en espacios abiertos, como un jardín, un campo, una playa, en el bosque o en alguna zona verde de vuestra ciudad. Si lo hacéis en casa, tenéis que ventilar bien la habitación o ir a la azotea para estar al aire libre y que sea el lugar menos contaminado. Salvo que estéis en un templo, cuyo ambiente está impregnado por inciensos que purifican la estancia.

El economista zampabollos interrumpió para continuar siendo la voz discordante del grupo:

—¿Por qué nos dijiste que viniésemos vestidos de blanco?

—Os hice esa sugerencia y me alegra que la hayáis aceptado.

Sacó de una bolsita un prisma e hizo pasar un rayo de sol a través de él, y este se descompuso en los siete colores del arcoíris y afirmó:

—Sabéis que si un haz luminoso incide en un objeto, capta todos los colores del espectro lumínico menos el que refleja, que es el que vemos. Así, cuando llega a vuestra ropa blanca un rayo de sol, no lo absorbe, porque es como un espejo que devuelve lo que recibe, por lo que no hay apego. En cambio, si la indumentaria fuese negra, la luz que entrase en vuestra prenda ya no saldría, por-

que en el fondo el negro no es un color, sino la ausencia de este, la absorción de todos los que componen su espectro, atrapándolos sin posibilidad de salir, como un agujero negro del espacio que surge de la muerte de una estrella, y de la que ninguna partícula de materia, ni la propia luz, puede escapar de su gravedad. Por eso, la temperatura de cualquier objeto oscuro es mayor.

Max extrajo de una bolsita de terciopelo otro prisma y lo colocó al lado del anterior, pero de manera invertida, y se volvió a formar el mismo haz de luz de salida. Les hizo contemplar el proceso con detenimiento, para que pensaran en aquel sencillo experimento de física que quizá realizaron cuando fueron alumnos. Y con aire didáctico, comentó:

—¿Os dais cuenta de que todos los colores están en él? La luz se refleja en vosotros y al revés. No os la apropiéis. Os ilumina el *chakra* de la corona al liberar la mente de pensamientos perturbadores y os llena de claridad el espíritu. De alguna manera sutil, os ilumina por fuera y por dentro.

El grupo se quedó pensativo, intentando asimilar la última metáfora del maestro, que siempre sembraba en ellos las semillas de una nueva forma de pensar y sentir. Y les explicó:

—Las últimas investigaciones asocian el blanco con el origen de la vida, pues han detectado que en la unión de los núcleos del espermatozoide y del óvulo aparece un imperceptible destello lumínico. Por eso, algún biólogo asegura que somos seres de luz y que la necesitamos, de tal manera que si viviésemos a oscuras, nuestra especie sería incapaz de adaptarse y se extinguiría.

Una muchacha de apariencia *hippy* levantó la mano y aseguró ser psicóloga emocional. Dijo que en cromoterapia se utilizaban el blanco y el rojo para tratar la depresión y otros trastornos derivados de ella.

—Sí, es cierto —afirmó Max—. La cromoterapia como método de mejora e incluso de curación de determinadas dolencias todavía no está reconocida científicamente. Sin embargo, los últimos estudios de neurociencia muestran que determinadas zonas del cerebro asociadas con algunas enfermedades se activan con intensidad al exponer la retina, durante un tiempo, ante determi-

nados colores. Quizá la sencillez del método lleva al escepticismo de la clase médica, pero se conoce, desde hace muchos años, la influencia psicológica de los colores en la conducta humana y en el estado emocional de las personas. Creo, de manera personal, que se ha de tener la mente muy abierta a las terapias alternativas, pues algunas se basan en los conocimientos acumulados durante milenios de otras culturas, que han demostrado su utilidad. Con lentitud, las hemos incorporado a la nuestra, como la homeopatía, la acupuntura, la ayurveda, la medicina tibetana y la china, entre muchas otras.

Teo, con cara de racionalista escéptico, intervino con tono arrogante:

—Sinceramente, usted, del que me han dicho que es médico, ¿cree en esas cosas? ¡Por favor…! ¡No me haga reír...! ¡Que me parto...!

Max, harto de aquel estúpido, se quedó con ganas de lanzarse a su yugular, pero se contuvo y sentenció:

—Debo confesar que hace unos años participé en una investigación en Noruega sobre el Desorden Afectivo Estacional o SAD, que atañe a más del veinte por ciento de la población nórdica. Se caracteriza por el estado de melancolía y depresión que sufre la gente por la falta de luz solar, debido a que durante el otoño y el invierno el día se acorta mucho. Ese trastorno lleva a un enorme índice de suicidios y a la ingesta de gran cantidad de medicación antidepresiva para combatir los estados de apatía y tristeza. Una de las soluciones más rápidas y efectivas que se encontraron fue prescribir terapias de luz. Los pacientes iban a unos solarios provistos de lámparas brillantes, denominadas *lark*, que reproducían las propiedades del sol, para tomar sesiones de veinte minutos diarios. Os aseguro que la mejoría fue espectacular. Mi función era la de investigar la parte oftalmológica. Comprobé cómo al estimular con la radiación solar los pigmentos asentados en los conos de la retina y, en general, la composición de los elementos químicos de los fotorreceptores del ojo junto con los de la piel, se provocaba en el cerebro un aumento de la producción de endorfinas, conocidas como las hormonas de la felicidad.

Todos se quedaron reflexionando los argumentos esgrimidos por su maestro, que tras una larga pausa, retomó la clase al decirles:

—Hoy mi intención es iniciaros en el hatha yoga, que es el más extendido y popularizado en el mundo occidental. Ha significa, en sánscrito, «sol», el que nos trasmite la energía vital que despierta la naturaleza, cuyos movimientos yóguicos los realizaremos de manera armónica y nos aportarán la fuerza y la intensidad de sentirnos vivos, siempre en sincronía con la respiración. En cambio, *tha* nos conectará con el influjo de la luna, con la que se identifican las posturas más estáticas, en la que se liberan las tensiones acumuladas hasta relajar el cuerpo y la mente. Este yoga conecta lo positivo y lo negativo, y busca la unión en perfecto equilibrio de los complementarios con los opuestos, llegando a conseguir que la actividad sináptica de cada hemisferio cerebral tenga la misma estabilidad y armonía. Por eso, la inhalación y la exhalación van hilando los movimientos que dan flexibilidad y dominio al cuerpo, hasta que nos sintamos como un junco que se dobla y no se rompe ante el viento de la perturbación mental, por lo que debemos adoptar esas posturas que nos den paz y quietud. La persona se trasforma de manera lenta y se libera de la carcasa que le impide crecer, y en ese proceso de metamorfosis nace un nuevo ser de un cuerpo físico y psicológicamente viejo.

CAPÍTULO 31

—Por favor, descalzaos —propuso Max—. Sentid cómo la planta del pie se expande y se asienta sobre la arena de la tierra, y los dedos se hunden como si estuvieran dispuestos a echar raíces. Levantad los brazos y torced el cuerpo hacia adelante y hacia atrás. ¡Venga, otra vez...! ¡Con suavidad...! Inhalad al levantar los brazos por los lados y exhalad al bajarlos. Debéis relajar los hombros... haced varias rotaciones hacia adelante y hacia atrás. Ahora girad la cabeza con suavidad a un lado y al otro... sentid el ritmo de vuestra respiración... y agachaos sin perder el equilibrio...

—¡Ay, ay, ay...!

Una señora entrada en carnes y salida en kilos se pegó un buen culatazo. Blas y Chelo intentaron ayudarla a levantarse, pero ella prefirió quedarse allí y realizar estiramientos con las rodillas. Él les indicó que empezaran con la primera *asana* y el que se perdiera, le imitase. Les hizo una demostración tumbado, con los brazos extendidos, levantó las piernas y las dejó en el aire hasta formar un ángulo recto. Encadenaron esa posición con la de la media vela al estirarlas hacia arriba. A continuación, enlazaron con la de *sarvangasana* o la vela, que se trataba de estirar los pies hacia el cielo y sujetar con las manos las caderas para conseguir estar casi bocabajo. Unieron la anterior con la postura del arado, al llevar las piernas hacia atrás, pasándolas por encima de la cabeza, hasta que

las puntas de los pies tocaran el suelo. Acto seguido, hicieron la contraria, y arquearon el cuerpo al levantar los glúteos e imitar un puente. Tras forzar tanto la columna vertebral, lo más conveniente fue que adoptasen la postura de un feto, y que recogieran las piernas en el pecho y rodaran para masajear las vértebras.

Satisfecho, les comentó con entusiasmo:

—¡Lo habéis hecho muy bien…! ¡Os pongo un sobresaliente…! ¡Sois el mejor grupo que he tenido hoy…!

El papanatas de costumbre, con cara de pánfilo, cayó del guindo y dijo con mala uva:

—¡Si solo nos has tenido a nosotros!

—Pues claro, por eso sois los mejores… —aseguró Max con una sonrisa que se contagió al resto del grupo, pues aquel listillo presuntuoso estaba haciendo méritos para convertirse en el único microcéfalo iluminado del templo.

El maestro prosiguió con las enseñanzas y les guio en los siguientes movimientos:

—Por favor, levantaos y juntad las palmas de las manos en el centro del pecho en señal de respeto y veneración ante la belleza que se manifiesta ante vosotros. Ahora, concentraos para adoptar la postura del árbol. Fijaos… doblad una pierna y apoyadla en la parte interna de la otra, de tal manera que vuestro peso quede en equilibrio en el centro, sin temer a caeros, y no penséis que os aguanta una sola pierna. Imaginad que es como un tronco y que vuestra única planta del pie está enraizándose en la tierra. Con lentitud, levantad los brazos con las palmas unidas por encima de vuestras cabezas, y permaneced así el máximo de tiempo posible. No penséis en el cuerpo, estad atentos a la respiración, pues este yoga tiene algo de autotortura, porque busca la fuerza y el poder.

Se mantuvieron quietos durante minutos sin que se dieran cuenta. Al ir vestidos todos de blanco, parecían flamencos a la pata coja en la orilla de una laguna. El cansancio muscular les fue derribando y se quedaron sorprendidos de lo mucho que habían aguantado. No se lo creían y eso les subió la autoestima. Se sentaron e hicieron torsiones para adaptarse a las siguientes *asanas* que enlazarían a continuación.

Tras un rato, Max les convino:

—Vamos a acabar con una postura especial y que este lugar me inspira. Se trata de la del ave del paraíso, casi nadie la conoce. Nos levantaremos sin perder el equilibrio. Debemos observar con mucho detenimiento y concentración el paisaje, hasta que nos entre dentro y sintamos que visualmente nos inunda tanto que tengamos la sensación de formar parte de él. Poneos en línea, en forma de ángulo.

Lucía se colocó la primera del escuadrón aéreo al borde del precipicio.

—Ahora, extended los brazos como si fueran alas, inclinaos y bajad la cabeza hacia delante. Visualizad la imagen de que os lanzáis a volar como majestuosos pájaros, como espíritus libres dispuestos a surcar este inmenso y mágico valle de los sueños.

En ese momento, Lucía giró con levedad la cara, ambos cruzaron una mirada de complicidad y ella perdió el equilibrio. Él, de manera instintiva, hizo gala de unos enormes reflejos, la enlazó por la cintura, mientras ella se mantenía de puntillas con casi todo el cuerpo hacia delante. Max se ladeó un poco en sentido contrario para compensar su peso, y elevó su brazo de tal manera que ella quedó suspendida en el aire como una gaviota, gozando de la ingrávida sensación de volar.

CAPÍTULO 32

El maestro dio por concluida la clase y dejó al grupo que se dispersase por los alrededores de la colina para desayunar. La gente sacó de las bolsas de comida campestre el bocadillo, el yogur y las piezas de fruta. Enseguida se formaron los típicos corrillos en función de simpatías y afinidades para comentar la excursión. Otros se dedicaron a hacerse fotos debajo del anciano árbol. También hicieron bastantes instantáneas junto a los montículos de piedras de ofrenda, que parecían monjes custodios. Lucía se echó por encima un enorme chal hindú de seda azul cielo, con el que se envolvió el cuerpo. Con ternura, agradeció a Max que le hubiese salvado la vida por segunda vez, y alabó su fortaleza. Él lo justificó al decirle:

—No es cuestión de fuerza, sino de equilibrios. He conseguido sostenerte con un brazo, porque he trasladado mi centro de gravedad al lado opuesto al tuyo. Aparte, se ha de tener en cuenta que tú pesas poco al ser tan menuda.

Ella, con semblante risueño y sin reconocer la evidencia, le previno:

—Ahora solo falta que me digas que soy bajita, delgada y poquita cosa.

—Pues sí, ahora envuelta en colores celestes pareces una pitufina escapada de un bosque encantado. Pero recuerda lo que dicen: las mejores esencias se guardan en los frascos más pequeños.

Aquel refrán alegró el rostro de Lucía, a la que le encantaban las frases halagadoras con que solía obsequiarle los oídos. Antes de olvidarse, ella le comentó que desconocía la importancia que tenía la luz solar en los estados anímicos de la persona, y que se había quedado sorprendida de que hubiese participado en una investigación sobre dicho tema. Él le comentó que mostraron las conclusiones de los resultados a las que llegaron en un congreso internacional que se celebró en Oslo, obteniendo el reconocimiento de la comunidad científica.

De manera inocente, ella comentó que su esposa debía estar muy orgullosa de él, y de paso le preguntó si había asistido. Max desvió la mirada hacia los lejanos territorios del pasado, y le contestó:

—No vino, porque tenía la inauguración de un edificio diseñado por su equipo. Recuerdo que la llamé para explicarle el gran temporal de nieve que azotaba la península escandinava. Había ido varios días antes para preparar la ponencia, a sabiendas de que el sábado era su cumpleaños. Las condiciones atmosféricas aún se complicaron más y se suspendió la mayoría de vuelos. Nos quedamos aislados y estuvimos a punto de aplazar el acto, pero muchos de los asistentes ya habían llegado con bastante antelación. Amanda no se podía imaginar que un hombre enamorado está dispuesto a todo, incluso a alquilar un jet privado para sobrevolar media Europa esquivando la tormenta, con la intención de pasar juntos aquella noche tan especial. ¡Esas locuras solo se hacen por amor...! Llegué a su apartamento con la suerte o con el infortunio de que salía de allí una vecina, que me dejó entrar al ver que llevaba un espléndido ramo de flores. Antes de tocar el timbre de la puerta, oí que estaba dentro acompañada por un hombre de voz grave. Llamé, se hizo el silencio y apagaron la luz. Volví a tocar el timbre y ya no sonó. Lo habían desconectado. Me senté en un peldaño de la escalera, sin saber qué hacer. Estuve llamándola a su teléfono móvil y no lo cogía, después, lo apagó. Pensé en golpear e incluso en aporrear la puerta, pero estoy seguro de que no la habría abierto. Debía creer que alguno de sus amantes, al que no tenía controlado, es decir, al que no le había dado cita, se había tomado la libertad de presentar-

se por sorpresa. Horas más tarde, debieron pensar que ya se había ido el intruso. Sentí ruido, pegué la oreja en la puerta y oí cómo ambos gemían de placer. Empezó a amanecer y le dejé apoyado en la puerta el ramo de rosas y un estuche que contenía un collar de perlas con unos pendientes a juego con remates de oro y platino. Me fui y me tomé tres cafés en el bar de enfrente. Media hora más tarde, vi salir del portal a una vecina octogenaria que sacaba al perro a pasear por la mañana temprano. La anciana llevaba puestas las alhajas que había comprado para mi esposa y el perro masticaba las rosas que quedaban del ramo. Y en ese instante, me imaginé que podía ser al revés: el perro con el collar y los pendientes puestos, y la vieja comiéndose las flores. Solté una carcajada sarcástica por la situación tan absurda, surrealista y delirante del momento. Al rato salió ella acompañada del tipo corpulento de nariz aguileña. Ambos subieron a su auto descapotable y el amante arrancó el vehículo como si fuera suyo. Simbólicamente, lo era, y lo peor es que conducía la vida de ella. Me volví al congreso y aún tuve que sufrir, durante la semana siguiente, los reproches que me hizo por no haberme acordado de su aniversario. Di la callada por respuesta. Cualquier palabra hubiese sido el final. Mi lema y mi convicción eran tirar para adelante, intentar construir un presente que diese paso a un futuro. Pero el edificio se desmoronaba tan rápido que no me daba tiempo a levantar las paredes que se caían a mi paso.

—¡Debo reconocer, según la foto, que era una morena espectacular! —puntualizó Lucía al acecho.

—Sí, era de esas mujeres que llaman la atención por donde van —confirmó él—. De esas que si te enamoras te hacen perder la cabeza y el resto del cuerpo. Los manicomios están llenos de sus víctimas. La mirada de sus enormes ojos negros hechizaba. Atraía a cualquiera de lejos y al acercarse quedaba cautivado por la fragancia que desprendía su piel y que era única, pues en casa se entretenía en mezclar con un cuentagotas diferentes perfumes con almizcle. Me parece que te comenté que era alta y esbelta, de caderas redondeadas y de pechos pecaminosos. Una mujer para hacerle el amor cada hora o morir en el intento. ¡Una preciosidad! Perdona, tú también lo eres, y no te lo digo para quedar bien.

—Ya, ya, ya me lo supongo. ¡Las comparaciones son odiosas! —adujo en broma y un poquito en serio. Estaba picada.

—¿Por qué lo dices? ¿En algún momento dije alguna inconveniencia?

—¡No, no, por supuesto que no...!

El exceso de adjetivos utilizados en la descripción de los atributos físicos de su esposa, junto con las capacidades personales y profesionales que antes se recreó en pormenorizar, había dejado a Lucía abrumada ante tanta virtud y perfección. Era evidente que cierta envidia femenina, muy sutil, le empezaba a corroer como un ácido sus sentimientos, deseos y esperanzas.

Max, que se dio cuenta del exceso de halagos que había tenido con la otra, quiso regresar al presente y sincerarse con ella, y le confesó:

—Tú me inspiras mucha confianza. Quizá porque tienes una cara y una mirada luminosa, y al ser tan menuda y frágil, trasmites cierta sensación de ingravidez, como si estuvieras envuelta en esa extraña levedad del ser de las mujeres, que como ángeles, están a punto de desplegar las alas y levantar el vuelo.

Ella se quedó ruborizada en desmesura ante sus inspiradas palabras. No sabía qué decir. Nadie le había manifestado algo tan hermoso. Era evidente que aquel hombre, maestro de yoga, también lo era de la poesía. Y recomponiéndose, balbuceó:

—¡Mu... mu... muchas gracias! Estoy abrumada por lo que dices. ¿Y tu esposa no te hacía sentir lo mismo?

—¡Nooo...! Todo lo contrario. Había una perversidad fascinante en su belleza. La soñé en un par de ocasiones como una ninfa hechicera de los bosques que me arrastraba a perderme en una enorme y frondosa arboleda. Me dejaba guiar a sabiendas de que ella era la pirómana que, tras abandonarme en el laberinto forestal de las pasiones, prendería fuego a todo el pinar conmigo dentro, y lo peor de todo es que, sabiéndolo, no me importaba dejarme llevar a la hoguera.

—¡Era una relación suicida! —exclamó ella indignada ante el poder psicológico que ejercía su esposa de manera despiadada sobre los hombres.

—Sí, es cierto. Su mirada era tan hipnótica que aunque en la duermevela la viese con la antorcha en la mano, dispuesta a flambearme, me tumbaba en la pira entregado al sacrificio. Y al despertarme, olfateaba mi piel, y siempre tenía la sensación de que olía a quemado.

—Debiste cortar enseguida. ¡Dios mío...! ¡Qué sufrimiento tan grande pasaste con esa relación! ¿Cuánto tiempo estuvisteis casados? —preguntó ella.

—Fueron siete años en los que me separé varias veces por sus infidelidades. Después, siempre acababa por pedirme perdón, mientras se quitaba la ropa y me volvía a seducir con sus promesas, hasta que otra vez la pillaba en el siguiente engaño.

—Era evidente que era una mujer de poco fiar, dominada por la lascivia.

—Era liberal y le gustaba demasiado la fiesta y poner a prueba el magnetismo de su mirada. Un amigo budista, bastante evolucionado, me dijo: «Las mujeres deslumbrantes suelen cegar la vista y el entendimiento, arrastran a sus víctimas al precipicio para empujarlas. Las mujeres iluminadas son bondadosas, discretas, alumbran en la oscuridad y guían por el buen camino».

CAPÍTULO 33

Apareció de improviso un monje budista que acababa de llegar de Galicia, y se presentó con el nombre de Martín, Thupten Chophel, de la comunidad budista de Vigo. Llevaba una mochila de la que sacó una cámara profesional, unas lentes, un teleobjetivo y con un gran angular plasmó en panorámica el magnífico paisaje. A continuación, extrajo de un maletín un ordenador portátil y una cámara esférica de alta resolución que grababa en 360 grados, de manera que plasmó aquel lugar desde diferentes ángulos. Colgó el archivo en Internet y les enseñó la forma de acceder a dicha web. Todos se quedaron boquiabiertos ante el avance de la tecnología. Mientras tanto, uno del grupo, que era botánico, se había alejado para recoger plantas, clasificarlas y guardarlas en unos botecitos de cristal para realizar futuras recetas en su herboristería. Otro, que era geólogo, disfrutaba de lo lindo al estudiar las rocas sedimentarias, identificando la secuencia horizontal y vertical de la estratificación de las mismas. Incluso recogió fósiles incrustados en la tierra para demostrar la antigüedad de la zona, y guardó algunas muestras de diferentes minerales para analizarlos en el laboratorio. Era evidente que iba cada loco con su tema.

Max se sentó junto a Lucía con suma placidez para contemplar el paisaje. Tras un buen rato, al observar ambos la *shedra* desde lo alto, le comentó que sus vigas eran de madera de encina, la más

dura que existe, con la singularidad de que no se pudre nunca. Eso le recordó la infancia y le explicó:

—Cuando era pequeño, mis padres nos llevaban de vacaciones a Zarza la Mayor, un pueblo de la provincia de Cáceres de donde ellos eran naturales, y la casa tenía las mismas vigas de madera que esa construcción. Un día fuimos al parque nacional de Monfragüe y me quedé fascinado al divisar su gigantesco bosque de miles de encinas. Decían que con sus selectas bellotas alimentaban a los mejores cerdos del mundo, de los que obtenían los más suculentos embutidos, entre ellos los jamones ibéricos de pata negra. Los veranos en Extremadura fueron unas épocas enriquecedoras, llenas de aventuras y anécdotas, en las que aprendí lo que nunca me enseñaron en el colegio: cómo llevar un rebaño de ovejas ayudando a un pastor a espantar lobos; ir a los riachuelos en bicicleta a bañarnos y a jugar con ranas, sapos y culebras; aprender a cortar la cola de una salamandra para ver cómo le volvía a crecer; y tantas historias en que dejábamos volar nuestra imaginación y que nos ayudaban a conocer y a respetar mejor la naturaleza que nos rodeaba.

»Al día siguiente, fuimos a una dehesa plagada de alcornoques. Fue la primera vez que subí a lomos de un caballo y en un barranco el animal se puso muy nervioso y casi me tira. Pensé que era por culpa de la tormenta que se avecinaba. Mi tío se apeó de la montura y con un palo sacó de la rendija de una piedra un enorme alacrán que adoptó una actitud hostil al levantar la cola rematada en una uña rebosante de veneno. Con intención de darme una lección, él lo rodeó con un zarcillo de pequeños matojos secos y les prendió fuego. El escorpión empezó a dar vueltas como un loco y al verse sin salida, desesperado, se clavó su propia uña. Se suicidó ante nuestros ojos. Entonces, mi tío dirigiéndose a mí, me dijo: "Nunca hay que precipitarse... siempre hay que tener esperanza… mucha fe… incluso ante una situación imposible, la solución puede llegar llovida del cielo". Y en ese preciso instante, empezó a llover y se extinguieron las diminutas llamas. El milagro estaba de camino, pero aquel alacrán no supo esperar.

CAPÍTULO 34

El maestro, al ver que el calor empezaba a molestar, a ser agobiante, dijo que daba por concluida la clase y que regresaban al centro. Llegaron al albergue y aún faltaban varias horas para la comida, por lo que el maestro propuso al grupo aprovechar el tiempo para descansar, dar una vuelta por los alrededores, tumbarse a tomar el sol o lo que les apeteciese más, ya que la sesión de teoría de la tarde sería densa.

Max sugirió a Lucía dar un paseo hasta Panillo, que distaba un par de kilómetros, para tomar un refresco en el bar del simpático Kike. Se podía ir por la carretera, que era lo habitual, pero a esas horas cogerían una insolación, por lo que era más conveniente tomar un sendero del bosque que pocos conocían. Ella aceptó y se encaminaron por una pista forestal. A medida que avanzaban, él le señaló un roquedo vertical rebosante de valeriana, de donde recogió algunos tallos con intención de hacer más tarde unas infusiones relajantes. Y durante el trayecto, se entretuvieron en las zarzamoras e hicieron acopio de las más maduras, que eran las moras negras, y así hacer después una rica mermelada. Lucía cayó en la tentación de probarlas, y eligió las drupas más carnosas, por lo que le quedaron los labios teñidos de púrpura, y bromeó al decir que ahora podía darle dulces besos. Max se acercó y ella dispuesta a jugar intentó limpiarse las manos manchadas en su camisa. Él

salió corriendo ante sus aviesas intenciones, mientras ella le perseguía pidiéndole un cariñoso abrazo. Llegaron a la plaza del pueblo y la acompañó hasta una fuente para que se lavase. Acto seguido, bajaron una cuesta y entraron por la terraza tapizada de césped del bar. Max alargó la mano y con el dedo le indicó algo que había anexo al local, eran unas enormes piedras circulares, y le explicó sin entrar en demasiados detalles:

—Ese es el molino de aceite que fue construido en 1882. Está considerado como el más antiguo de Aragón.

Ambos se aproximaron hasta contemplarlo de cerca durante un rato. Luego, entraron en el moderno bar de diseño de Kike, que les saludó con mucha jovialidad. Pidieron unos zumos y se instalaron en una de las mesas bajo la sombrilla de la maravillosa balconada que daba al valle. Contemplar aquel paisaje no tenía precio. Al rato, vieron que paraba un taxi en la zona de arriba, y descendió un joven con pinta de turista despistado. Descargó su mochila, bajó por la rampa que daba al jardín y dirigiéndose a ellos, les preguntó dónde estaban las oficinas del centro budista de DSK. Le explicaron que ese era el pueblo y que adonde se dirigía distaba varios kilómetros. El chico iba agotado, por lo que le invitaron a sentarse y a descansar un poco. Encima, le vieron tan escuálido que le preguntaron si quería tomar algo, que le convidaban. El joven asintió con la cabeza sin fuerzas para responder. Kike apareció y tomó nota de los bocadillos que el mozo señalaba de la carta y raudo fue a preparárselos. Regresó con una bandeja cargada de viandas. El muchacho estaba tan famélico que arrasó con hambre voraz todo lo que le trajeron e incluso se hubiera comido la mesa a dentelladas. Era evidente que debía llevar días sin meterse nada entre pecho y espalda. Una vez que recuperó las fuerzas, dijo que se llamaba Paul, que era londinense y que trabajaba de camarero en un restaurante de Chelsea. Afirmó que aprovechaba las vacaciones para hacer un curso de cocina tibetana y nepalí, con la intención de montar un restaurante especializado en dicha gastronomía. De repente, Max tuvo una reacción extraña, como si intentase aguantar una risa nerviosa. El pecoso barbilampiño, que no tenía ni un pelo de tonto, le preguntó si había dicho algo gracioso, a lo que Lucía le

respondió al verle mordiéndose los labios que no le hiciese caso, que eran los efectos secundarios de una medicación que tomaba. Apareció de manera providencial Julia y le presentaron al recién llegado. Le acompañó en su coche hacia el centro para enseñárselo y formalizar la inscripción. Una vez se quedaron solos, Lucía afeó su conducta, preguntándole qué le había pasado. Él le contestó que sin querer le vino a la memoria una anécdota que vivió junto a su esposa en Londres. Ella, que empezaba a ser adicta a sus relatos, le rogó que se la explicase, pues no era normal que se hubiese comportado así. Max le comentó:

—De acuerdo… Amanda siempre tuvo una animadversión exagerada hacia los camareros. Siempre que íbamos a una cafetería a desayunar o a un restaurante a comer, se mostraba quisquillosa y ponía a prueba su paciencia. «Esta taza o cucharilla está sucia. La leche está fría. Me traes azúcar y te he pedido sacarina. Dije que quería un café largo y me pones un cortado.» Y así continuamente, hasta que después de haberlos mareado con sus exigencias acababa pidiendo el libro de reclamaciones, por lo que tenía que intervenir el dueño para disculparse del mal servicio ofrecido y obsequiarla con alguna fruslería. En una ocasión, llegué a escuchar a los que estaban detrás de la barra, cómo por lo bajini se decía uno a otro, al referirse a ella, lo siguiente: «Es una chinchorrera, peor que una plaga de chinches locos y borrachos».

—¡Qué comportamiento tan extraño...! ¿Con otro tipo de profesionales se manifestaba tan irritable y picajosa?

—¡No! —contestó él con rotundidad—. Nunca fue tan tiquismiquis. Con el tiempo supe la razón de su impertinencia. Cuando nos casamos me dijo que su padre era propietario de varios restaurantes en la Costa Brava y la obligó a hacer cursos de cocina y de sumiller, hasta que ella se plantó y le dijo que su vocación era la arquitectura. Al hombre solo lo vi el día de la boda y nunca fuimos a su casa ni a ninguno de sus locales, pues tenían mala relación y se acabó de estropear el día de nuestro enlace matrimonial. Con los años, descubrí que su progenitor no era empresario de la restauración, sino un simple camarero del que se avergonzaba. A partir de entonces, entendí muchos de sus comportamientos posteriores.

Desconcertada, Lucía comentó:

—Aún no entiendo su forma de actuar displicente y humillante con esa gente. No debía proyectar en los demás el odio ni la antipatía que tenía hacia su padre. Y menos hacia unos pobres empleados que tienen que trabajar un montón de horas, muchos fines de semana y aguantar la desconsideración de unos o el trato despectivo de otros. Por cierto, ¿qué tiene que ver esto con lo de Londres?

—Ahora te lo explico —adujo él con la mente despierta en un recuerdo ya lejano, y concretó—: Como te comenté, Amanda se fue a trabajar a Madrid para colaborar con uno de los equipos del consagrado Norman Foster. Pronto consiguió reconocimiento y montó con una socia la empresa Diseño del Mundo o Design of the World. Colgaron en Internet los proyectos reales y un montón de inventados en los que mostraban un gran derroche de creatividad, y enseguida les llovieron las ofertas internacionales. Por eso, abrieron oficina en Londres con el objetivo de trabajar más estrechamente con los estudios de los mejores arquitectos del planeta. Fui a verla un fin de semana para celebrar que le habían concedido un premio. Me invitó a comer a un restaurante que acababan de inaugurar en Chelsea. Un orondo señor, que debía de ser el propietario, nos recibió nada más franquear la puerta con una amplia y falsa sonrisa. Inconscientemente, se frotó las manos como un avaro antes de empezar a contar las monedas y los billetes, lo que evidenciaba que el dueño pensaba con usura más en el suculento beneficio que le reportaría aquel almuerzo que en nuestra satisfacción culinaria. Amanda le lanzó una mirada inquisitiva y el hombre se sintió descubierto ante la posible capacidad telepática de ella. Y para justificarse y correr un tupido velo, nos reveló con voz aflautada: «En este restaurante tenemos a uno de los mejores chefs de Londres, Paul Scott Parker, reconocido en los más selectos círculos gastronómicos, según la *Guía Michelin*, y que ha elaborado platos originales y exclusivos para nuestros clientes más sibaritas, exquisitos gourmets, como seguramente son ustedes, que saben apreciar la buena calidad a precios razonables. Después de aquella empalagosa loa a sí mismo, sospechó nuestra incredulidad y para

remediarlo nos mostró los diplomas de la pared que certificaban sus encarecidas alabanzas hacia el cocinero. No satisfecho, le hizo llamar y nos lo presentó, sin dejar de obsequiarle con una ristra de ditirambos. Al estrecharle la mano, ella notó que tenía vello en la palma y en el dorso. Pensó que debía padecer de hirsutismo, lo cierto es que a partir de aquel momento lo apodaría con el cariñoso sobrenombre del *Manospeludas*. El dueño, ya satisfecho, avisó con un guiño al maestresala, que se acercó y nos condujo hasta la mesa. Lo seguimos. Apartó la silla de ella para acomodarla con una indefectible reverencia. Amanda, que desconfiaba de ellos y no estaba acostumbrada a tanta amabilidad, no perdió de vista el asiento, no fuese caso que le hiciese un amago y se lo quitara en el preciso momento de sentarse. Como era muy observadora, se fijó en que el individuo en cuestión tenía un tic nervioso en ambas manos. Con un espasmódico gesto facial, que pareció otro tic, llamó a un camarero para que nos atendiese. Enseguida se presentó uno con cara de pocos amigos y de muchos enemigos. Saludó a su superior con un doble taconazo al estilo militar. El tipo era esmirriado, rayaba lo esquelético, piel sobre hueso, territorio propicio para futuras enfermedades si las presentes dejaban algo. El trato despectivo con el que nos entregó la carta del menú fue suficiente indicio para pronosticar que el repelente paniaguado tenía ganas de alegrarnos el almuerzo. Se alejó unos metros y entabló conversación con el *maître*, que no paraba de mover las manos al unísono, con un juego de muñeca, como si atornillase algo. Entonces, le comenté a Amanda: «El tic de este hombre se debe al *remouvage*, al agitado diario de botellas de champán, para que el sedimento formado en la segunda fermentación baje hacia el tapón». «Y qué más», contestó ella, «también habrá trabajado en la cadena de montaje de Charlot en *Tiempos modernos*», y ambos soltamos una sincronizada carcajada. Apenas habían trascurrido unos minutos, cuando volvió su predilecto chambelán y nos preguntó: «¿Han elegido los señores?». «Pues todavía no, espere un poco, por favor», le contestamos al unísono.

»No sé si tenía prisa, pero nos atosigó hasta el punto de que se plantó allí y tuvo el descaro de sentarse enfrente, y nos clavó su

mirada a la espera de nuestra elección. Quiso recomendarnos alguno de los mejores platos, pero declinamos sus sugerencias, ya que se había establecido una mutua antipatía que se acrecentaba por momentos. Terminó por apremiarnos para que nos decidiésemos de una vez. Reconozco que ella se había demorado en exceso con innegable mala intención. De paso, le pidió que le cambiase el plato, que estaba sucio. Antes había visto cómo disimuladamente, con el pintalabios, le había dado su toque personal. ¡Ya empezábamos...! ¡Era alimentar el fuego con gasolina…!

»"¿Qué han escogido los señores… después de tan ardua deliberación?" Podría haberse ahorrado la coletilla para atemperar los ánimos, pero tenía ganas de jaleo.

»"Sí, de primero, una sopa de tortuga para dos. De segundo, buey asado con pudín", pidió ella para ambos.

»"Lo siento, señores, las tortugas son lentas, pero se nos han escapado todas. Pueden elegir si lo desean sopa de rabo de buey o sopa de almendras."

»La miré y ella frunció los labios, por lo que volvimos a consultar el menú. Pedimos de primero un cóctel de langostas con ostras fritas. Al marchar, oí que entre dientes soltaba un aleluya. Apenas habíamos tardado veinte minutos, pero seguro que al malcarado fámulo le había parecido una eternidad. Al regresar, nos preguntó: "¿Qué desean los señores para beber? Tenemos una gran bodega de excelentes caldos ingleses". Pronunció la última frase en un rapto de entusiasmo enfatizándola al máximo. Antes de que pudiésemos asentir, en un hábil gesto de prestidigitación, se sacó de la manga, por no decir de la chistera, una carta de vinos que me entregó en exclusiva a mí con cierto rendibú. Aquella preferencia anacrónica le sentó fatal a Amanda, que lo vivió como una discriminación machista en toda regla. Estaba soliviantada y enfurecida internamente por tal desprecio, y más por el insulto implícito hacia la condición femenina, a la que el camarero debía considerar no solo profana en enología, sino ignorante de cualquier saber. Sin contemplaciones, ella se dirigió a cuchillo hacia él, y en un tono seco y cortante, le expuso: "¿En este restaurante solo tienen una vieja, mugrienta y única carta de vinos para los comensales?".

»"¡Disculpe! Pensaba que no era de su interés." Descubrió la mano izquierda, que tenía doblada a la espalda, y en la que sostenía otra que le alargó con disimulada irritación. Su cara pálida y cadavérica se acentuaba por el hundimiento en la órbita de sus globos oculares. Sus ojos perdidos en la profundidad de una cueva la miraban desde dentro como un animal salvaje. "Si me permiten, les puedo sugerir para acompañar al primer plato un vino blanco suave, un Breaky bottom de Lewes, Sussex, elaborado con seyval, uva híbrida francesa, y müller-t, variedad del cruce de la uva alemana riesling y silvaner."

»"No, gracias. Según tengo entendido, la uva seyval no está recomendada en Europa para vinos de calidad", argumentó ella en tono vengativo, y eso a él le sentó como una patada en el estómago, por no decir en las partes. Como reprimenda o escarmiento, el tipejo le pisó el pie intentando apagar una colilla, y se disculpó por patullarla con un fingido gesto y una falsa exclamación: "¡Lo siento...!, ¡lo siento mucho...!, ¡perdone...!, ¿le duele...?".

»Amanda le respondió con una amplia, indolente y falsa sonrisa de condescendencia. Y cuando se marchó, sentí que murmuraba: "¡Capullo... tarde o temprano me las pagarás!". Con intención de respaldarla y contrarrestar el secreto interés que tenía aquel sumiller resabido hacia los vinos ingleses, me manifesté con inmisericorde y contundente determinación: "Tomaremos, si te parece bien, un blanco del Penedés, un Extrísimo Bach de reserva o en su defecto un Raimat Chardonnay".

»"Excelente elección, señor, es un vino perfecto para las ostras y el marisco. No obstante, tenemos un Chablis de Chardonnay, un Borgoña blanco de la Côte d'Or, de unos viñedos de pocos acres con un *terroir* prácticamente único. Piense que la difícil uva pinot noir para el tinto se da muy bien en esa región francesa conocida por sus cepas y viñedos excepcionales."

»"También por su precio", replicó Amanda, y propuso: "Lo probaremos otro día, si le parece bien".

»Le molestó que fuese ella y no yo quien objetase. Aquel era un duelo personal y así lo entendí desde el primer momento. En un santiamén, nos trajo la botella solicitada, la descorchó e hizo la

presentación explicando que estaba compuesta por la uva blanca xarel.lo, de la comarca catalana del Penedés, y una pequeña parte de macabeo, y que había estado veinte meses en barrica y un año en tina de roble. El aroma y el sabor estaban equilibrados. Me sirvió a mí, que era el supuesto anfitrión, y la ignoró por segunda vez. Le pasé la copa a ella, que era la entendida, cosa que al tipo le sentó fatal, y pasó la cata al sentenciar: "Es maravilloso". Tras llenarnos las copas, brindamos: "*Cheers!* ¡Salud!", y se oyó el tintín del beso de los cristales. Su queridísimo y simpático amigo nos hizo un marcaje cuerpo a cuerpo. Disfrazado de ángel custodio nos vigilaba desde diferentes ángulos, y se hacía pasar a veces por columna. Después, pululaba por allí y con la pala recogemigas nos limpiaba el mantel, como queriéndonos decir "qué guarros que sois", y de paso, llenarnos las copas con sospechosa generosidad. Estaba claro que no buscaba tanto que entrásemos en un estado de ebriedad como de suspensión de pagos a la hora de abonar la cuenta.

»Una obesa señora, que estaba dos mesas más allá, aprovechó que nos atendía para llamarle: *"Waiter!, waiter!"*. Y se quejó de la mediocre calidad de su cóctel. Aquel indolente chambelán quiso desentenderse, a lo que ella, con pinta de octogenaria, enfurecida por su indiferencia, exacerbó su tono de voz, que fue *in crescendo*: "¡Cómo tengo que repetírselo...! ¡Esta langosta está pasada!".

»"Señora, esta langosta es de hoy."

»"Yo también soy de hoy y tengo ochenta años."

»El maestresala se acercó para zanjar aquel rifirrafe y dio la razón a la clienta. El camarero se marchó rezongando. La probidad y la cortesía de aquel *jefe de comedor* no fueron suficientes para resarcir a la mujer de la ignominia sufrida, por lo que tuvo que invitarla a caviar y champán francés.

»Enseguida nos trajo el cóctel, que quizás era el de la señora anterior. Se quedó allí esperando de manera desafiante. Nos miraba con ojos de psicópata para ver si decíamos algo. No se nos ocurrió ni levantar la vista. Nos lo tomamos sin rechistar y hasta nos chupamos los dedos a fin de disimular, aunque cuando se marchó tuvimos que ir con urgencia al lavabo para vomitarlo todo. La langosta estaba asquerosa, seguro que tenía la misma edad que la

señora anterior. Trascurrió un buen rato y el camarero volvió azorado y, con el semblante circunspecto, nos comunicó: "Lo siento, el beef se nos ha acabado. Les puedo aconsejar un plato exquisito, especialidad exclusiva de la casa: *jugged hare*, conejo borracho a las finas hierbas con una suculenta salsa elaborada con jalea de grosellas rojas".

»Asentimos en un ademán de cabeza de sonajero, y no realizamos ningún comentario. No queríamos complicarle más la existencia a aquel peligroso y enjuto individuo del que podíamos esperar cualquier cosa. De paso, evitamos males mayores y, principalmente, que al descerebrado se le pudiesen cruzar los cables, eso sí, los únicos dos que tenía bajo la sesera. Antes de apurar las copas, volvió a aparecer y nos propuso acompañar al conejo con un tinto inglés, un Bardingley de Staplehurs, de Kent, de un viñedo de apenas tres acres envejecido en barrica. Movimos al unísono el dedo en sentido negativo. Él no pensaba rendirse sin luchar, y volvió a la carga y desempeñó el papel de un gran sumiller: "Tenemos un Burdeos, un Château Mouton-Rothschild ascendido a primer cultivo, que es un regalo para el paladar, uva cabernet sauvignon y merlot. Es de cuerpo pleno, sabor complejo suavizado por el tanino que le lleva a desarrollar un gran buqué".

»"Realmente nos ha convencido", dijo Amanda, "tráiganos un rioja, un Marqués de Riscal gran reserva de 1964 o un Vega Sicilia del mismo año." Amanda le volvió a rebatir de forma mayestática, dándoselas de gran *connoisseur*. Él apretó los dientes con rabia y reconoció que eran unos vinos españoles excelentes, y que precisamente los que eligió pertenecían a la mejor añada del siglo. El cretino disimuló el berrinche y forzó una sonrisa asesina, pues la comisura de los labios le fue de oreja a oreja, al dibujar medialuna en cuarto menguante, como el filo de la hoja del hacha de un verdugo antes de decapitarla.

»Como se demoraba en traer el segundo plato, me fui al baño. Al salir me confundí de puerta y entré en la trastienda de la cocina. Era un lugar lúgubre, despensa y cementerio de cacharros. La humedad se comía a dentelladas la pared. El techo estaba tomado por un regimiento de arañas que habían desplegado en aquel ca-

ladero un sinfín de redes y aparejos, con la intención que tienen los viejos pescadores de conseguir una buena captura, en este caso, de fatuas y aleladas moscas atraídas por el olor a podredumbre de la comida. Mi imperiosa y latente indiscreción me empujó con sigilo hacia adelante. Al fondo, una lámpara de platillo pendía del techo y se balanceaba como un ahorcado. La bombilla boqueaba intermitentemente, parecía extenuada, a punto de expirar, la pobre llevaba demasiado tiempo con el cuello retorcido y las tripas ardiendo. El *maître* de los tics sostenía la pared y de paso empinaba el codo de manera compulsiva, debía padecer de dipsomanía. El calamocano cocinero, el *Manospeludas*, ya llevaba una buena melopea y se descuajeringaba de risa, aunque no sabía de qué. Ambos se tambaleaban como juncos, poniendo a prueba la fuerza de gravedad. La oscuridad olía a silencio y el aire se envolvía en luto. Nuestro camarero favorito, algo enajenado, cogió un enorme cuchillo de afilada y refulgente hoja. El camarero se reía y busqué su mirada y no la encontré, solo las negras concavidades de sus ojos. Era evidente que su enoftalmia era acusada. Las facciones demacradas se derretían sobre su calavera inundada de subterráneos y lóbregos pensamientos. Por cierto, ahora que pienso, me recuerda al jesuita del curso de yoga. Los tres se agacharon para ponerse en cuclillas, como si buscasen algo o quisiesen desenterrar sus ataúdes. A coro de tres voces, empezaron a decir: "¡Miz!, ¡miz!, ¡gatito!, ¡gatito!, no te escondas, ¡minino!, ¡minino!, ven aquí, que has bebido poco y esto te gustará...". Se incorporaron como enviados de ultratumba y sus siniestras sombras se fueron alargando sobre un gato medio embriagado que estaba sitiado en un recodo. Quise intervenir, pero se abalanzaron con brusquedad sobre el gatito, que no tuvo tiempo de reaccionar. Se escuchó un maullido entrecortado por un golpe seco que denotaba el fatal desenlace. Me quedé petrificado ante tal espeluznante brutalidad. Empecé a marearme y arrastrando las medrosas piernas llegué al lavabo y me desvanecí. Ante mi retraso, Amanda vino a buscarme y me encontró en el suelo. Se asustó mucho. Me reanimó con palmadas en las mejillas, que se convirtieron en leves bofetadas y, luego, en contundentes soplamocos. Enseguida me recuperé antes de que

me partiera la cara. Me preguntó si llamaba a una ambulancia. Le dije que no. Me recompuse y me acompañó hasta el comedor. Al llegar, el camarero intentó acomodarme en la silla, con tanta mala pata que al sentarme me la quitó, y me di un buen batacazo. Varios comensales se lanzaron para ayudarme, en tanto que el camarero me levantaba disculpando su ineptitud. Estaba convencido de que había intentado desnucarme para cargarse mi testimonio y así borrar las pruebas del delito. Intenté explicarle a ella la razón de mi desmayo, pero no pude, porque había perdido el habla. Antes de que pudiese articular una palabra, él apareció con el segundo plato.

»"Aquí tienen el suculento conejo borracho a las finas hierbas. Estoy seguro de que les encantará", adujo con un tono irónico que encubría cierto humor cáustico, y remató con recochineo: *"Bon appétit!"*.

»El dueño apareció acompañado de un médico amigo suyo que también comía allí, y me pidieron atenderme. Con una linterna, el doctor miró mis pupilas y me distrajo. Cuando fue a tomarme el pulso, pegué un grito tan agudo que resquebrajé los cristales de las copas: "¡Nooo...!".

»Amanda acababa de meterse el tenedor en la boca y masticaba ajena a la verdad. En aquel momento, me convencí de que la ignorancia lleva a la felicidad. Le expliqué de forma atropellada lo sucedido y salió disparada hacia el baño mientras aguantaba las arcadas previas al vómito. La seguí para auxiliarla en tan delicada situación. Ella estaba lívida después de evacuar entre náuseas el contenido gástrico del estómago, pero lo que más la desahogó fue echar por la boca una ristra de insultos e improperios dedicados a la infausta memoria del envenenador. Todavía malhumorados, regresamos a la mesa con el gesto facial descompuesto. No estábamos para bromas y menos para contemplar el risueño semblante de aquel pelagatos, que evidenciaba con su memez su progresiva necrosis cerebral. Amanda se dirigió al criminal con desprecio, le pidió la cuenta y el libro de reclamaciones. El sinvergüenza la miró con desafío y ofensivo descaro. Queríamos irnos de inmediato para no aguantar sus impertinencias. Entonces, el paniaguado nos pre-

guntó con retintín si queríamos postres, y añadió: "Elaboramos unas exquisitas galletas crujientes de mantequilla que denominados lenguas de gato. ¿Quieren probarlas?".

»"¡Nooo...!". La negación fue contundente y dilatada en el espacio-tiempo por unos segundos, suficientes para abofetear con ella la cara y los oídos de aquel asqueroso sacamantecas. Le comunicamos al infame que teníamos prisa. Y él con parsimonia se dirigió al fondo de la sala, y a falta del maestresala y del dueño, que debían de estar en la bodega, empezó a calcular el montante. Repasó la cuenta infinidad de veces para provocar nuestra desesperación. Quiso rematar la faena y se puso a charlar con el chef, el *Manospeludas*, que estaba borracho como una cuba. A punto estuvimos de irnos sin pagar. Cuando nos trajo la factura, Amanda se subió por las paredes al comprobar el importe. Esquilmó la cartera con desespero y empezó a escudriñar los bolsillos. Como me dijo que me invitaba, me dejé la billetera en el otro traje. Ya nos veíamos fregando platos la tarde entera. Ella encontró en el fondo del bolso una tarjeta que nos salvó del trance, a pesar de que el mentecato la pasó por la máquina un sinfín de veces, con la intención de fundirla. El *Matagatos* se acercó con la bandejita para la firma del tique comprobante de la operación. Ella estampó su rúbrica de manera airada. El rufián, con semblante mefistofélico y filosa voz, le preguntó a bocajarro: "¿Es usted la señora Amanda Amador?".

»"Sí, soy yo", respondió atónita al descubrir que aquel entrometido sabía su nombre. Se lo miró de arriba abajo, en un intento por recordar si fue cliente suyo y si se le había derrumbado la casa encima. El camarlengo mantenía un mutismo perverso que rompió en el instante adecuado, al espetar: "Tiene una llamada de teléfono. ¿Quiere contestar desde aquí?".

»Ella dudó unos segundos, sorprendida de que la hubiesen localizado, pues al llegar allí apagó el móvil para que no la molestasen. Comentó que la única persona que sabía dónde estaba era su secretaria, y debía ser alguna urgencia. El *steward*, que se había cambiado la chaqueta por otra que parecía la de una aerolínea, quizá por tener la anterior salpicada de sangre, repitió: "¿Quiere contestar desde aquí?". Ella parpadeó en señal de aquiescencia. Conectaron

la clavija del teléfono a la cajita de la línea de la pared, como reminiscencia del pasado, y después de colocar el aparato en la mesa, precisó: "Espere, que desde la centralita le pasaré la llamada". Antes de retirarse, el metemuertos añadió con fingido tono inocente: "El señor que la telefonea me ha dicho que es su novio". Su labio superior apretó el inferior en una mueca sardónica intentando aguantar los músculos irrisorios y cigomáticos, pero se le escapó una abyecta sonrisa. Estaba claro que aquel lengüilargo se había propuesto con su felonía que nunca más volviésemos al local, cosa que ciertamente consiguió.

»"¡Hola... qué sorpresa!, ¿cómo me has localizado? ¡Ah!... Mi secretaria te lo ha dicho. Muy bien. Para eso la tengo, para que te tenga bien informado", torció los labios en un mohín, dispuesta a despedir de inmediato a la correveidile de la empleada. Empezó a peinarse con los dedos la melena azabache que le caía por la frente. Tapó con la palma el auricular para dedicarle al camarero, que se alejaba dándonos la espalda, una colección de elogios: "cabrón, cabroncito, cabroncete, cabronazo...", y continuó buscando nuevas declinaciones, algunas de ellas imposibles y no acordes al refinamiento del que hacía gala. Verbalmente lo crucificó vivo y se quedó con las ganas de estrangularlo. La revelación de aquel tipo juzgamundos me dejó helado, sobrecogido. Amanda, con cara descompuesta, asentía con monosílabos lo que el amante le comunicaba. Hasta tartamudeó alguna vez e intentó excusarse para cortar la conversación. Eso debió irritar al interlocutor, que exasperado inflamó su tono de voz. Ella tuvo que separar el aparato de su oído, para no quedarse sorda. Gesticulaba y le hacía burla, mientras yo aturdido me repetía por dentro: "¡Tiene novio…! ¡No puede ser…! ¡Me prometió que cambiaría…! ¡Vuelve a estar con otro…!".

»La angustia, los celos y la zozobra ante tal desconcertante eventualidad, adobados por el perfume de la emperifollada señora de al lado, me causaron un síncope, y me desplomé. Al recuperar la conciencia, descubrí que estaba estirado en una camilla del hospital. La cantamañanas de mi esposa me sostenía la mano y me la acariciaba. Al ver que había abierto los ojos y que la saludaba

con un "hola cariño", me dio el diagnóstico del facultativo que me atendió: "Según ha dicho el doctor, el desvanecimiento que has sufrido es el resultado de una falta de irrigación sanguínea al cerebro, seguramente provocada por la tensión nerviosa de la disparatada comida. Puede que tengas algo de amnesia y que algunos recuerdos los olvides para siempre".

»Eso es lo que debía esperar ella. Dispuesta a desviar mi atención y distraerme, me recordó la aventura que habíamos padecido e hizo aspavientos y monerías, como un divertido histrión en una comedia de enredo. Consiguió arrebatarme de los labios una amplia medialuna que desembocó en una desenfrenada batería de carcajadas cuando me hizo pensar en la extravagante, grotesca y esperpéntica situación vivida horas antes, más propia de un manicomio del siglo pasado. Ella se despepitó de risa hasta que le dolió el estómago de tantos espasmos continuados. Se sosegó y cuando ya estaba calmada y su semblante relajado, una malévola imagen sobrevoló mi mente y fui yo quien empezó a carcajearse: "¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Ay... que me muero, que me muero de tanto cachondeo! ¡Esto es *demasié pa'l* cuerpo!", y con el dedo la señalaba a ella, sacándole la lengua en forma de asco, en una mofa o burla incomprensible.

»"Ahora, ¿de qué te ríes?", me abordó extrañada por ser objeto de mi chanza y parodia, pero no podía hablar, estaba a punto de que se me descoyuntaran las mandíbulas.

»"¡Me río de lo lista que eres, que al final te dieron gato por liebre!"

»"¡Qué asco! ¡Marrano! ¡No me lo recuerdes!", y salió corriendo al lavabo entre náuseas y arcadas en un acto reflejo de la inconsciente repugnancia. Al regresar, le vino un ataque de hipo acompañado de un tintineo interno. Y en ese instante descubrí que en los espasmos del diafragma era de donde surgía el agradable sonido, y sentencié: "Te has tragado el cascabel del gato".

»"¡Nooo...!", gritó ella, mientras regresaba al inodoro a meterse los dedos en la boca y provocar el vómito. Yo estaba ido en una delirante algazara, y pegaba sin parar palmadas sobre la barra de sujeción de la camilla, loco de remate de tantas carcajadas. Fue

como una sesión de risoterapia intensiva, pues sentí que me había rejuvenecido cinco años de golpe. Al levantarme vi en el espejo que se me habían borrado diez arrugas de la frente y la balanza decía que había perdido siete kilos de peso.

»Al día siguiente, me dieron el alta y enseguida fuimos a denunciar al restaurante. La premura de las investigaciones facilitó a la policía de Scotland Yard la obtención de pruebas concluyentes que llevaron al cierre inmediato del local, acusado de atentar contra la salud pública. Detuvieron al propietario y al maestresala de los tics. En la despensa acorralaron al cocinero *Manospeludas* y al camarero *Matagatos*, pero antes de pillarlos, se escaparon por la gatera.

CAPÍTULO 35

Lucía le preguntó con delicadeza cómo le había afectado saber que su esposa había vuelto a serle infiel. Max, apesadumbrado, le confesó que bastante mal, que rompió la relación durante varios meses, pero después volvieron a reconciliarse. Ese sería el principio de una larga historia de mentiras y decepciones, de nuevos perdones y renovados compromisos de fidelidad que se volvían a romper.

—Supongo que todo tiene un límite, incluso el sufrimiento, que en el fondo es un apego al dolor —reconoció él—. Llega un momento en que tienes que soltar ese amor que te hace padecer, pasar el duelo de la ruptura y empezar una nueva vida.

—Me siento identificada con lo que te pasó —adujo ella, al recordar con amargura su triste experiencia, y detalló—: Mi exmarido era un calavera, ya que se lio con mi vecina, que era bailarina del Plata Club de Zaragoza. Luego supe que también se acostaba con monitoras insatisfechas del gimnasio, clientas ninfómanas que se desayunaban a los tragahombres de dos en dos, busconas fáciles de encontrar y difíciles de olvidar, divorciadas lujuriosas que iban de mosquita muerta y viudas alegres de buen ver y mejor tocar.

—Veo que tú también lo has pasado mal. Tenemos algo en común, haber sufrido al sentirnos traicionados. Cuando pierdes la confianza en alguien, es difícil recuperarla. Dice el refrán que

quien te engañó una vez, puede engañarte cien. —Y añadió con una sonrisa—: Me he dado cuenta de que ya hablas como yo.

—¡Disculpa…! —concretó ella—. ¿No será al revés? A veces tengo la sensación de que utilizas palabras similares a las mías. Al oírte a veces tengo la impresión de que me oigo a mí misma.

—¡Copiona…! ¡Más que copiona…! ¡Me imitas…! —adujo él provocándola.

—¡Mira quién fue a hablar! Soy maestra y siempre he intentado cuidar tanto de las palabras como de las personas.

Lucía miró el reloj y nerviosa empezó a exclamar:

—¡Huy…! ¡Se nos ha hecho tarde…! ¡Están sirviendo la comida...! ¡No llegamos…!

—¡Espera…! Voy a pedir a Kike que si es tan amable nos acerque en un momento en su coche —manifestó con deseo de tranquilizarla.

—Pero, ¿tendrá que cerrar el bar?

—Sí, pero son cinco minutos. Otro día, le hacemos un obsequio. Es muy buen tío.

Regresaron al albergue con el tiempo justo de entrar a comer en el segundo turno. Julia, al verla, la abordó, pidiéndole que como no había podido estar para servir la comida que hiciera el favor de ayudar después a fregar las cacerolas en la cocina. Lucía asintió con la cabeza e hizo un gesto de disculpa. Max se ofreció a echarle una mano en dichos menesteres, aunque estaba exento de cualquier trabajo por ser profesor voluntario, pero con tal de estar junto a ella, no le importaba remangarse y ponerse los guantes. Almorzaron con diligencia y prestos fueron a la cocina. Quique y Mario, que eran los encargados de los fogones, se alegraron mucho de recibir refuerzos, y para darles la bienvenida y animarles un poco, pusieron un disco compacto de música de Bollywood. Y con ímpetu y alegría dejaron limpias las sartenes y perolas que habían utilizado. Como se hizo tarde, Max recordó a Lucía que faltaban cinco minutos para empezar la clase, y que se adelantara, mientras él acababa de barrer, para avisar a Marta y a Jesús de su retraso. Entonces, Lucía recordó su época de deportista, salió como una flecha por el camino más corto y con más atajos para llegar lo

antes posible. Tras una tremenda carrera que le causó flato, entró en el templo y cuando le vio sentado esperándola con una sonrisa de placidez y de bienvenida, le sobrevino un ataque de nervios y a punto estuvo de soltar un grito de rabia. Le había vuelto a hacer la misma jugarreta. No entendía cómo podía haberla adelantado. ¡Era imposible...! Estaba claro: ¡debía de tener el don de la ubicuidad o de la teletransportación...!

Max invitó a sentarse a los que vio más fatigados. Les aconsejó que no hacía falta que corriesen tanto, que había que tomarse la vida con calma y tranquilidad. Ese comentario irónico le sentó a ella fatal, y al mirarlo le sacó la lengua como burla. A continuación, él les hizo un comentario genérico:

—No intentéis buscar explicación racional a todo, porque no la tiene. —Esto iba por Lucía—. Decía Isaac Newton: «Lo que sabemos es una gota de agua, lo que ignoramos es un océano». Y tenía razón. Debemos ser humildes y reconocer nuestras limitaciones al darnos cuenta de que no percibimos la mayor parte de la realidad, porque es invisible. El ser humano no tiene la capacidad de oír los ultrasonidos, ni observar la gravedad, ni el electromagnetismo, ni las interacciones fuertes y débiles en los núcleos de los átomos que causan la fuerza nuclear, ni ver la radiactividad, ni los rayos x y gamma, ni la luz infrarroja, ni la ultravioleta, ni las microondas, ni las ondas de radio entre tantos fenómenos de la física. Y en cambio muchos creéis que existen, aunque nunca los hayáis visto, porque unos investigadores os han dado su palabra con teorías ininteligibles que dicen haber comprobado, y nos las creemos. Hacéis un acto de fe. La espiritualidad, en general, es similar, la única diferencia es que todavía no se ha podido demostrar empíricamente muchos de los postulados de las religiones, pero estoy seguro de que a medida que la ciencia avance se irá acercando más a Dios.

»El otro día os expliqué el significado de los *yamas*, y esta tarde quería hacer lo mismo con los cinco preceptos básicos de los *niyamas*. Recordad que son como principios sagrados, no de obligado cumplimiento, pero sí de necesaria referencia para no generar mal karma.

—¡Ufff...! —soltó un enorme resoplido de hartazgo el estúpido y pelmazo de Teo. Y, tras toser, se le oyó con flojita y empañada voz farfullar lo siguiente—: ¡Va… va... vaya rollo...!

Max, sin perder la alegría y placidez de su rostro, indicó:

—La entrada es libre, igual que la salida. Nadie en la vida debe hacer nada que no le apetezca. Puede poner excusas, pero detrás de ellas siempre se esconde la mentira, por lo que es preferible, en un acto de sinceridad hacia uno mismo, decir la verdad desde el corazón, dando las razones por las que no se desea realizar algo. La otra persona, si realmente te aprecia y te estima, lo entenderá.

Dejó pasar un tiempo prudente por si alguien se decidía a abandonar la sala. Todos permanecieron inmóviles. No se oía ni el vuelo de una mosca. Entonces, con serenidad, inició las enseñanzas.

—Los niyamas son reglas que uno debe aplicarse a sí mismo. Por ejemplo, la *sauchia* o limpieza total, externa e interna, como concepto de pureza que los practicantes de yoga deben llevar a cabo, manteniendo una higiene corporal y del entorno, incluso con los alimentos que toman para realizar una depuración a fondo y eliminar las toxinas del organismo.

El bocazas de Teo, que parecía haberse escapado de la Casa de los Orates de Zaragoza, donde los locos mudos hablaban por los codos, interrumpió de nuevo. El lengüilargo dijo:

—Creo que el aseo personal es básico para la mínima convivencia.

—Sí, tienes toda la razón, pero muchos de estos preceptos los han cumplido los yoguis hace miles de años en la India. El siguiente, sería el *santosha* o la forma de cultivar la felicidad que emerge del propio ser: lo traduciría como la alegría por vivir, el contentamiento por lo que se tiene y por lo que se es, aunque no tengas ni seas nada. No es resignación, sino agradecimiento por el tesoro más preciado que uno posee: la propia vida.

El pertinaz e insolente tipo no pudo resistir la tentación de darle a la sinhueso, y adujo con cierta mala baba:

—Ser feliz disfrutando de la pobreza, de pasar hambre y miseria, es una forma muy peculiar de estar contento. Que no me digan a mí que los gobiernos de esos países han utilizado el budismo y el hin-

duismo como un modo espiritual de convencer al pueblo de que se resigne de su mala suerte, al darles a entender que podían estar peor. Yo, al igual que Groucho Marx, también soy feliz con pequeñas cosas: un pequeño yate, una pequeña mansión, una pequeña fortuna...

—¿Ves cómo hablamos lenguajes diferentes? —sostuvo Max sin evitar el desafío—. Lo material es importante, pero no es lo más importante. Por eso, en la India, la gran paradoja es ver a la gente, a millones de personas, sonreír aunque lo pasen mal. Y cuando regresas a Occidente y observas a la mayoría con un gran bienestar económico, y te das cuenta de que están tristes y apesadumbrados, llegas a la conclusión de que no son las riquezas de fuera las que satisfacen por dentro, sino esa actitud espiritual que surge del interior.

Chelo, la profesora de yoga que intentaba pasar desapercibida, no pudo resistir la tentación de intervenir y expuso con rotundidad:

—Estoy de acuerdo por completo con lo que has manifestado. Ellos tienen otra filosofía de vida, una mentalidad diferente que les lleva a compartir y a compartirse continuamente, formando una red de afectos que se retroalimenta a diario. Ellos viven libres en grupos de amigos y familiares en comunidad. Aquí somos individuos aislados, encerrados en nuestros pequeños mundos de cristal, que no dejan de ser cárceles del ego, que forman parte de la gran prisión de esta sociedad tan bien organizada y eficiente, tan rica y exitosa, tan bien comunicada por la tecnología como en el fondo tan aislada, pobre, depresiva, fracasada e infeliz.

La contundente intervención de la chica rubia casi arranca los aplausos de los asistentes. Era evidente que la muchacha tenía una gran sensibilidad hacia los más necesitados. Max asintió con la cabeza sus palabras y retomó la clase:

—El siguiente niyama se denomina en sánscrito tapas, que no son las del bar, y se suele traducir como «austeridad». Es aplicar con disciplina la moderación en todo: en la comida, en el descanso, en el placer y en el resto de las actividades para gozar de una vida sana. Es necesario para ello que combatáis la inercia si queréis conseguir el equilibrio que os fortalece y purifica.

Esta vez fue el jesuita quién explicó que ellos seguían este y los anteriores preceptos, igual que los franciscanos y otras órdenes cristianas que habían hecho votos de pobreza o que estaban como misioneros esparcidos por los cinco continentes para ayudar a los más necesitados del mundo.

El parlanchín, frustrado bróker de Wall Street, convertido en nuevo Demóstenes, no pudo resistir la tentación de abrir la boca, como siempre, para encararse al religioso y sentenciar:

—Muchos de vosotros habéis hecho voto de pobreza, pero los del Opus Dei han hecho votos de riqueza. Como ejemplo, a pocos kilómetros de aquí tenemos el santuario de Torreciudad sobre una inmensa finca de un montón de hectáreas. El fundador, José María Escrivá de Balaguer, estaría satisfecho de su majestuosa obra: un patrimonio inmenso.

El jesuita enseguida salió a defender la presunción de inocencia de la otra orden religiosa, y manifestó:

—Los mindundis suelen pecar de metepatas, pues hablan de lo que no deben y callan ante las calumnias o las difamaciones que ellos mismos han propagado. Uno no debe trasformarse en juzgamundos de lo ajeno sin serlo de lo propio. No debemos convertirnos en lenguas viperinas. Deberíamos mirarnos más en el espejo de nuestra muerte para ver cómo está siendo nuestra vida. —Tras un silencio sepulcral, el jesuita, ya inspirado, confesó—: Yo que he estado en el otro lado de la tumba y he vuelto, os puedo asegurar que no es Dios quien juzga a las almas, sino que son ellas las que siendo testigos de sus obras dictan sus propias sentencias: uno decide ir al centro para dejarse succionar por un torbellino de luz pura, que te arrastra gozoso hacia el cielo o alejarse para descender a los territorios de las sombras, el lugar en el que habita la oscuridad y de donde yo provengo, porque tanto mal acumulé, que me dieron una segunda oportunidad.

La mayoría se quedó pasmada ante tal revelación, intentando imaginar las barbaridades que habría cometido para ir de cabeza al infierno, y que de este le hubieran echado a patadas. Observaron que iba vestido de negro, tenía manos descarnadas y dedos esqueléticos, cara escuálida con la piel pegada al hueso y las cuencas de

las órbitas de los ojos estaban tan hundidas que parecían que las pupilas mirasen desde la sepultura del cerebro. Y encima llevaba un reloj de arena y el cráneo de su padre en la bolsa. ¿Qué más se podía pedir...?

El bocazas, asustado, se calló por si acaso estaba ante un psicópata arrepentido de momento, pero que podía volver a las andadas y comenzar a cargarse a los más imbéciles sin compasión, empezando, por supuesto, por él como aperitivo. El grupo comenzó a vigilar al religioso con desconfianza. De golpe, en un acto reflejo compulsivo, soltó un estruendoso «¡achís...!, ¡achís...!», un sinfín de veces. Al jesuita le vino un ataque de estornudos que la resonancia del templo y el eco de las esquinas multiplicó. Quiso controlarse e hizo muecas y aspavientos que le trasfiguraron la cara, y asustó a más de uno, que con disimulo se apartó para marcar distancias y evitar contagiarse de los virus que parecía intentar compartir de manera solidaria, mientras algunos exclamaban «¡salud!, ¡salud!, *bless you*!, ¡Jesús!, ¡Jesús, José y María, salva el alma mía!, ¡amado Buda, evita la epidemia o ilumina el camino de huida!» y se alejaban en cada bendición.

A Teo, el bróker boquirroto, los compañeros del curso le habían apodado *El tiburón de las finanzas*, porque en una cena presumió de haberse hecho rico al crear subrepticios infundios sobre informaciones bursátiles para crear expectativas y especular con ellas, y así comprar con el rumor y vender con la noticia. Dispuesto a meter baza y estigmatizar aún más al pobre misionero con cara de difunto, se dirigió al que tenía al lado, y le susurró:

—Este clérigo tiene pinta de haber contraído alguna extraña enfermedad de uno de los muchos países exóticos en los que predica. Conocí a un franciscano que pilló la lepra en Filipinas, un capuchino en Nigeria cogió el ébola, un fraile agustino murió en Macao por la epidemia aviar y este, que tenemos aquí delante, parece haber resucitado juntas la viruela, el cólera y la peste negra.

El jesuita, que tenía el oído muy fino, le lanzó una mirada de ultratumba. Cierto era que tenía un catarro estival, quizá por ir descalzo. De repente, hizo una profunda inhalación, sus abdominales elevaron el diafragma y sus pulmones se hincharon sobremanera

para soltar un estornudo tan fuerte, que la presión ocular hizo que le saliese disparado su ojo de cristal como una bala. Al fanfarrón le dio en la frente y aterrorizado pegó un bote del cojín, como si levitase, y puso pies en polvorosa, convencido de que iba a por él. La gente se marchó despavorida. Un chavalín cogió la bola de cristal del suelo pensando que era una canica, se la metió en el bolsillo, se fue corriendo y se mezcló entre la muchedumbre. El misionero, al no ver quién le había robado el ojo, salió persiguiendo a cualquiera que huía, sin dejar de mover los brazos con aspavientos y sin parar de gritar como un loco recién escapado del manicomio:

—¡Al ladrón...! ¡Al ladrón...! ¡No corráis...! ¡No corráis...! ¡Que os veo…! ¡Que os veo con el otro ojo...! ¡Tarde o temprano os pillaré, en esta vida o en la próxima...! ¡Recordad… recordad... nunca os olvidéis... de que en el mundo de los ciegos, el tuerto es el rey!

CAPÍTULO 36

Max se quedó a solas con Lucía, la única que no huyó en medio del alboroto. Dio por concluida la clase y salió contrariado por el incidente. Miró la hora y aún faltaba un rato para la cena. Quiso despejar cierto malestar y como tampoco le apetecía asistir a la *puja* de la tarde, le propuso dar un paseo con tranquilidad hasta la Casita de las ofrendas de luz. Fueron con la placidez de compartir el instante, porque se sentían a gusto el uno en compañía del otro. Llegaron a aquella especie de pequeño invernadero acristalado. Entraron y pudieron contemplar en el centro la imagen de un gran Buda nacarado, que parecía de porcelana, sobre un altar con tres repisas llenas de lamparitas, cuyas llamas temblaron por la corriente de aire que se generó al dejar la puerta abierta. Él le explicó:

—Durante los 49 días siguientes al fallecimiento de un ser querido, que es el tiempo que dura el bardo o transición, se realizan ofrendas. Se encienden velas e inciensos. Se recitan las plegarias específicas que están recogidas en el *Libro tibetano de la vida y de la muerte* para guiar, como un candil en la oscuridad de la noche y de la ignorancia, al espíritu del difunto en su camino hacia el otro mundo.

Ella calló ante tal comentario. Estuvieron poco rato dentro, pues hacía calor. Salieron a tomar el aire y se sentaron bajo una higuera que había al lado. Esta vez, Max tomó la iniciativa.

—¿Cómo se llama tu hija?

—Luz. Es la persona que más quiero en el mundo junto a mi padre. Son los dos seres que dan sentido a mi vida. En los últimos meses, como mi niña me veía triste y encerrada entre las cuatro paredes de la habitación absorta ante el cuadro de este valle, captaba mi angustia claustrofóbica e intentaba remediarlo al pintar con lápices de colores el mismo paisaje con cielos de azules intensos, llenos de nubes y con un vistoso arcoíris, en los que me dibujaba a mí con enormes alas volando hacia el horizonte en busca de la libertad.

—Curioso cómo los niños tienen una gran percepción al intuir los estados de ánimo de los mayores —afirmó él, convencido de que así era. Y quiso saciar más su curiosidad—: ¿Cuántos años tiene?

—Ha cumplido siete y pronto hará la primera comunión. No es muy alta, ha salido a mí, pero es encantadora. Me parece que tengo una foto suya en la cartera. ¡Espera..., que la busco! ¡Mira..., mira..., aquí está!

—Es muy guapa. Tiene una cara tan angelical como su madre.

—Muchas gracias.

—¿Cómo le van los estudios?

—Muy bien. Es la mejor de la clase. Ha sacado todas las asignaturas con sobresaliente. Quiere estudiar medicina. Dice que le gustaría ser oculista para curar a su abuelo.

—Encima de inteligente veo que tiene buen corazón. Dile que está invitada a visitar mi clínica, y que cuando acabe la carrera, seguro que necesitaré una doctora como ella a mi lado.

—Te tomo la palabra. Visitar un centro oftalmológico la motivará mucho.

—Y tu exmarido, ¿qué tal lleva lo del divorcio?

—Quien fue mi esposo, era y continúa siendo un narcisista que se pasa las horas en el gimnasio pavoneándose de su espectacular físico y, de paso, ligar con todas las que puede. Encima solo piensa en él y en que los demás estemos pendientes de sus necesidades, para que le demos rendibú y le manifestemos nuestra admiración por su cuerpazo. Por eso, llevó muy mal mi maternidad. Después

desarrolló unos terribles celos hacia nuestra hija al ver que al cuidarla tanto, no lo atendía como antes. Pensó que quería más a Luz que a él, pero no era cierto, eran amores diferentes. Crié a mi niña sola, ya que nunca quiso ayudarme, ni buscó a nadie que me echara una mano, y cuando me separé, me confesó que lo hizo adrede para tenerme más atada en casa, incluso había roto cartas de escuelas en que me ofrecían trabajo con tal de tenerme controlada y no correr el riesgo de perderme. Tuve que sacrificar unos años de mi vida laboral e incluso social por estar con la chiquilla, pero no me importó, en cambio, tomé buena nota de la actitud de mi esposo. Kin estaba contento de que no me relacionase con nadie y que me aislara para depender más de él y ser la sumisa esposa que siempre deseó. Hasta que me quedé recluida en el hogar, que parecía una cárcel, y me convertí, sin querer, en prisionera de mí misma.

—¡Pobre…! Lo siento mucho… lo que habrás sufrido. —quiso distraerla, y le preguntó—: ¿Tu relación con tus padres es buena?

—Mi madre falleció de un infarto de miocardio y mi padre, a raíz de su muerte, perdió la vista. Él es muy buen hombre y ha asumido mejor de lo que pensaba su ceguera. En cambio, mi relación con mi abuelo siempre ha sido mala. Es un avaro que no me ayudó en el momento que más lo necesitaba.

—Quizás el pobre hombre no podía echarte una mano —intentó justificarle.

—¡Qué dices…! Si está considerado de los más ricos de la provincia de Huesca. Tiene más de un centenar de fincas en las que trabaja cerca de un millar de campesinos. Posee una inmobiliaria que le gestiona un montón de pisos y locales comerciales que tiene alquilados por Aragón. Fíjate si tiene dinero que los directores de los bancos iban y van a su casa a que firme los documentos. Esa es la razón por la que dejé de hablarle, porque no socorrió a mi padre en la operación y perdió la vista. He estado muy agobiada por las deudas, hasta que me desahuciaron del piso, es decir, me echaron a la calle por no poder pagar la hipoteca, pero estoy orgullosa de no haberme rebajado a pedirle caridad. Ahora vuelvo a tener empleo y un dúplex recién estrenado. La vida empieza a cambiar y a sonreírme. —Sin embargo, Lucía todavía no se acababa de creer

sus propias palabras, y al recordar las penurias que había pasado, se empezó a emocionar, y antes de que se le quebrase la voz en un llanto, le pasó el testigo a él, y le inquirió—: ¿Fue muy traumático tu divorcio de Amanda?

—Tengo que reconocer que lo pasé fatal a pesar de que se lo pedí yo. Creía que al no verla de forma definitiva me liberaría de su influjo, pero estaba tan enganchado emocionalmente que fue peor que un duelo, pues cuando alguien fallece, con el tiempo te conciencias de que no lo verás más. En cambio, en mi situación había desaparecido de mi vida, pero ella continuaba con la suya. Iba al psiquiatra, que me recetaba antidepresivos por un tubo, y al psicólogo varias veces por semana para ayudarme a ordenar mis emociones. Tras varios meses de tratamiento, no tuve una evidente mejoría y me refugié en el trabajo de manera deliberada para no pensar. Nunca había estado tantas horas en la clínica. El instinto, ese sabio sexto sentido, parecía indicarme lo que tenía que hacer. Y así, de forma inesperada, un día del mes de julio, apareció en mi consulta una chica con apariencia *hippy*: pelirroja con flequillo, menuda, vestida con una indumentaria de influencia hindú, alpargatas, pantalones de gasa, camisola y un chal en el que predominaba el intenso color verde, el mismo que el de sus ojos.

Ese comentario tan elogioso no pasó desapercibido a la perspicacia de Lucía, que de manera atropellada por los celos le espetó con el ansia de la que intuye un nuevo secreto por desvelar:

—No me digas que te enamoraste…

—¡Sí, fue un flechazo! —afirmó con rotundidad—. Y eso que nunca me habían atraído las mujeres de rasgos nórdicos y celtas. Hasta entonces, siempre me habían fascinado las chicas morenas de ojos oscuros.

—¿Cómo se llamaba, si se puede saber?

—Ágata, pero no tardé demasiado en ponerle un apodo: Ágata, *ojos de gata*.

—¿Cómo conociste a tu exmujer? —añadió Lucía con curiosidad.

—A ella la conocí de la misma manera, también en la consulta —aseguró con ingenuidad.

Como si tuviese una revelación, Lucía exclamó:

—¡Ahora entiendo lo del sexto sentido y tu dedicación desbordante al trabajo! Empujado por tu inconsciente, querías que se volviese a repetir la misma historia. Conocer a una mujer en tu clínica para deslumbrarla con tu posición laboral, sorprenderla con tus conocimientos y seducirla con tus encantos.

—Quizá tengas razón —arguyó él con una amplia sonrisa al haberle desvelado su instintiva forma de actuar y prosiguió—: Ella acababa de divorciarse de una manera bastante traumática de un ejecutivo agresivo que trabajaba en una multinacional, según me comentó, y eso le había provocado que se le disparase la presión intraocular. Le receté unos colirios, pero para volverla a ver, le mostré con picardía mi inquietud por su vista, y la convencí para hacerle una revisión a fondo. Programé un sinfín de pruebas en diferentes días con el propósito de no perder el contacto, pero ella anuló algunas, lo que desató mi ansiedad. Eso me hizo reaccionar y tomar una actitud más activa. Necesitaba verla a toda costa, y como se dice, «si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma». Investigué sus datos en el expediente y descubrí que era profesora de yoga, de medicina ayurvédica y de meditación budista. Luego, busqué por Internet, durante un montón de horas y días, en qué centro impartía las clases y, tras arduas pesquisas, conseguí averiguarlo. Enseguida, me apunté e hice coincidir su horario con el mío, pero a punto estuvo su directora de ponerme con otro grupo menos numeroso. El primer día, cuando aparecí, se quedó pasmada, pero le hice creer que había sido una enorme casualidad, obra del destino, y se lo creyó. De esa manera, la veía tres veces a la semana y, poco a poco, conseguí que nos conociéramos más. No deseaba forzar la situación, y por eso, a veces, mostraba con mucho dolor cierto desinterés para disimular, por lo que me saltaba algunas clases para crear en ella cierta preocupación por si me había pasado algo. Algunos fines de semana organizaba seminarios en casas rurales y, por supuesto, intentaba no perderme ninguno, aunque en más de una ocasión me obligaba a no asistir para generar en ella esa inquietud que provoca la incertidumbre. No quería mostrarme igual que con mi esposa: un amante fasci-

nado ante la belleza y rendido sin condiciones, siendo permisivo, paciente y fiel. Sabía que debía aprender de mis errores, porque en el amor no todo está ganado ni perdido, sino que hay que luchar con deseo e imaginación para conquistar cada día el corazón de la amada.

—Es evidente que el físico no es lo más importante: el cuerpo se deforma y la piel se arruga —puntualizó Lucía.

—Por supuesto —aseguró Max—, hay mujeres muy hermosas por fuera y horribles por dentro. El tesoro está en el corazón. En el fondo te enamoras de la parte invisible de la persona, de su alma.

Lucía, dispuesta a desmitificarla y a aportar algo de sentido común, quiso puntualizar:

—En ese momento, ambos, tras vuestros divorcios, necesitabais como el aire para respirar llenar vuestras soledades con la compañía del otro.

—Sí. Te doy toda la razón, pero no cualquiera te llena igual. Ágata me enseñó a encontrar el equilibrio interno, gracias al yoga y a la meditación. Y sin darme cuenta, me inició en el mundo espiritual del budismo, que hasta entonces desconocía y que ejerció en mí un beneficioso efecto terapéutico al aprender a conocerme mejor, al aceptar mi lado de luz y de sombra. —Max continuó—: Recuerdo un fin de semana en el que ella organizó con unas compañeras un seminario inolvidable, titulado *La música del silencio*. Me presentó a su amiga Mona, diminutivo de Mónica, una chica argentina que se dedicaba a realizar conciertos de mantras con el grupo Subagh, compuesto también por Gabriela, una compositora y arreglista chilena. Salimos de Barcelona un viernes por la tarde hacia Sant Joan de Fábregas, cerca del pueblo medieval de Rupit, dirección Vic-Puigcerdà. Sabíamos que allí no podríamos hablar y aprovechamos durante el viaje para darle a la lengua, tanto, que nos quedamos afónicos. Mona me explicó que con sus conciertos de cuencos de cuarzo, cantos védicos y de mantras tibetanos, conseguía que resonara el interior de las personas, al provocarles un estado alterado de consciencia que detenía la máquina de pensar para el descanso de la mente.

—¿Eso es posible? —inquirió Lucía con cierta incredulidad.

—¡Sí, por supuesto! Hay que experimentarlo. Solo la vibración del sonido de los cuencos despierta los ecos del alma dormida. —Max prosiguió con lentitud, con la mirada abstraída por los caminos de la memoria—: Atravesamos un bosque infinito hasta llegar a un lugar perdido en el mundo, en medio de ninguna parte. En lo alto de una colina estaba el albergue junto a una iglesia románica de más de mil años. Una pareja joven y encantadora, Lorenzo y Eva, salió a recibirnos. Ellos utilizaban el lenguaje de las sonrisas para hablarnos, ya que sabían el tipo de taller que habían organizado. Nos instalaron en las habitaciones de La Rectoría, como denominaron a dicha posada, que ellos consideraban como un refugio de paz. Cuando me asomé a la ventana y contemplé el acantilado con un sinfín de montañas, me quedé embelesado ante aquel lugar, que era único. Durante el resto de la tarde, se dedicaron a acoger a los asistentes al seminario. Dimos un paseo alrededor, con la intención de contemplar la sierra de Collsacabra y las vistas del Montseny. Respiramos el aire puro envuelto en aromas florales que brindaba la naturaleza, hasta que el sonido de una campanilla nos avisó de que la cena estaba preparada. Llegamos y nos sentamos alrededor de una mesa al aire libre iluminada por unas velas y lamparillas de aceite. Tras servir una adecuada variedad de platos vegetarianos, los anfitriones se acomodaron junto al grupo. Al tener la atención puesta en los alimentos que ingeríamos, pude degustarlos como nunca antes había captado la intensidad de los sabores. Después, nos trasladamos a la iglesia para escuchar el concierto de cuencos tibetanos que Mona y Gabriela habían preparado con meticulosidad. No cantaron, pero el sonido que se propagó por aquel espacio de acústica perfecta nos despertó de nuestro letargo interior. Luego, cada uno se quedó a solas consigo mismo meditando.

Tras una breve pausa, Max continuó:

—Más tarde estaba previsto realizar una excursión nocturna. La luna alumbró nuestros pasos. Fue increíble comprobar cómo el ojo se adaptó a la oscuridad de la noche igual que si fuéramos animales nictálopes. Seguimos una ruta serpenteante entre peñascos para ir a visitar una especie de ermita que se veía a lo lejos, en una cima, y de cuyo campanario surgían cuatro rayos de luz que

parecían querer iluminar cada uno de los puntos cardinales. Tras varias horas de camino llegamos al santuario del Faro, que se erigía en la punta de una roca de un enorme desfiladero. Había fallecido un vecino por la tarde, pues la capilla, de arquitectura románica, estaba custodiada por una procesión de velas que recorrían por el suelo los muros de piedra medieval. En el altar, un ataúd frente a la imagen de alabastro de la Virgen. En un rincón una mujer de luto, seguramente la viuda, que deshacía en lágrimas los recuerdos de una vida en común...

»Le dimos las condolencias desde la distancia con un gesto de pésame. Nos retiramos para respetar la intimidad de su dolor. Como se había hecho tarde y no faltaba demasiado para amanecer, decidimos guarecernos en un establo lleno de paja. Caímos rendidos hasta que empezó a clarear. Nos levantamos y dispuestos a aprovechar la mañana, Ágata invitó al grupo a realizar el saludo al sol con la secuencia de las doce posturas. Acto seguido, impartió una clase de hatha yoga. La mayoría tenía práctica y el resto fue imitando a los demás. El mar de nubes se desvaneció y asomados al abismo de aquella atalaya, pudimos contemplar unas vistas impresionantes de las sierras de Las Guilleries y del pantano de Susqueda. En la lejanía se podían divisar los gigantescos peñascos de Tavertet precipitándose como suicidas sobre las aguas del embalse de Sau. Tras desayunar, atravesamos un bosque de hayas en dirección a la aguja de una roca de casi mil metros, l'Agullola, donde pudimos acabar de recrear la vista en una panorámica espectacular. Desde aquella maravillosa cima, Ágata nos invitó a contemplarla hasta conseguir alcanzar un estado absoluto de calma mental, y acto seguido realizar una práctica de meditación budista. Experimenté una sensación indescriptible de paz. Descendimos por un bosque de encinas, y al atravesar un prado rebosante de espliego, no pudimos resistir la tentación de revolcarnos para impregnar la ropa con su fragancia. Proseguimos cuesta abajo, y al cruzar una hondonada vimos lo que buscábamos: una cascada fluvial de varios centenares de metros de altura, el salto de Sallent, bastante caudalosa por las últimas lluvias, que formaba una pequeña laguna donde nos bañamos aturdidos por el ensordecedor ruido del agua al caer.

»Regresamos al albergue para almorzar. Habían colocado las mesas en el exterior al borde de la terraza natural que daba al valle, de manera que al comer nadie se puso enfrente del otro, sino que todos contemplábamos el paisaje como una forma de purificar la mirada.

»A media tarde, Ágata hizo una sesión de *kundalini yoga* para desbloquear los *chakras*, y sentí cómo mi energía fluía desde el sacro y ascendía por la columna vertebral hasta la coronilla. Fue una experiencia vital e inolvidable.

»La cena estuvo iluminada por unas lamparitas que dieron al ambiente cierta espiritualidad. La gente masticaba con esa lentitud necesaria para degustar el silencio y ser conscientes de la impermanencia, de la fugacidad del momento. A medida que íbamos acabando, cada uno, de forma individual o en pareja, se levantaba de la mesa y se dirigía a un lugar apartado y tranquilo. De la mano de Ágata hicimos lo mismo, y buscamos un rincón íntimo para tumbarnos, mientras desde la cripta del templo, igual que si fuese una caja de resonancia, esparcía el sonido de los cuencos tibetanos e impregnaba el aire de una sutil melodía. Sin intención ni resistencia nos entregamos a ella, y sentimos cómo la profunda musicalidad nos inundaba en su ritmo y cadencia, hasta que la vibración nos envolvió por dentro y por fuera de forma tan hipnótica que hicimos por primera vez el amor en armonía con la energía de la naturaleza.

CAPÍTULO 37

Una enorme curiosidad mezclada con indefinidos celos se había despertado en Lucía, que había pasado de pensar que Max era un monje célibe a descubrir que estuvo casado durante siete años con una morenaza de rompe y rasga de la que se divorció, y se había vuelto a enamorar de una pelirroja espiritual de rasgos nórdicos y ojos verdes de jade. Dispuesta a averiguar más de Ágata, le dio hilo a la cometa, y sugirió:

—Por lo que me has explicado, veo que es cierto el dicho «amores nuevos hacen olvidar los viejos».

—Creo que sí —adujo él—. En los refranes y aforismos hay algo de sabiduría antigua y popular, basada en las experiencias de la vida y del tiempo, y aunque algunas se contradigan, en ambas hay mucha verdad escondida. Al regresar a Barcelona, ya no podíamos vivir el uno sin el otro. Necesitábamos compartir el máximo tiempo posible, por lo que me fui a vivir con ella a su apartamento en la calle Rosselló, mientras decoraban mi casa con detalles hindúes y de los viajes que ella había realizado por aquellas latitudes. Quería que el ambiente estuviera a su gusto y captara la espiritualidad oriental que tanto me intentaba trasmitir. Incluso diseñamos un jardín zen para meditar. Sobre mi divorcio con Amanda, te diré que fue necesario cortar el cordón umbilical que me unía a ella. Los celos me habían hecho sufrir demasiado, y notaba un desgaste

sentimental que empezó a pasarme factura en mi salud física y psicológica. Hay un momento en que uno necesita vaciar el corazón de emociones para dar la oportunidad a que se pueda volver a llenar con otras. Al principio, es difícil, porque estás tan obsesionado con la persona que amas, que no ves nada más. Piensas que no hay nadie con quien puedas ser feliz, hasta que descubres a gente maravillosa que está a tu alrededor y de la que puedes acabar enamorándote. En mi caso, gracias a esa decisión de cortar los vínculos afectivos que tanto me ataban, pude conocer a Ágata y empezar una nueva vida muy diferente a la anterior. Debo reconocer que experimenté un profundo cambio interno que me llevó a valorar las pequeñas cosas, incluso las intangibles. En una sociedad en la que impera la estética de la imagen y todo lo visual, descubrí la importancia de los mundos invisibles, y noté que necesitaba morir para volver a renacer junto a ella. —inspirado, Max prosiguió—: El verano de 2007 fue prodigioso. Recuerdo que en el mes de junio, Mona y Graciela, que como te conté formaban el grupo Subagh, dedicado a la composición musical con cuencos tibetanos, nos invitaron a ir al concierto de Ani Choying Drolma en la iglesia de San Felip Neri, un templo con una maravillosa acústica. A mi novia Ágata le hizo mucha ilusión, ya que había escuchado, en un programa de radio, la angelical voz de aquella monja budista tibetana que residía en Nepal, y que solo oírla decían que te sanaba por dentro. Eso me creó mucha curiosidad y expectación. Mona me aseguró que la vibración del sonido hipnótico de los mantras liberaba la mente al repercutir en la energía de las células de todo el organismo. Estaba deseoso por vivir dicha experiencia. Llegamos una hora antes y estaba abarrotado. Tuvimos que sentarnos en el suelo, contra la pared del fondo. Una indefinible fascinación me embargaba por acudir a un templo cristiano a oír la sonoridad de los mantras budistas, junto al recitado de *sutras* y algún tantra. Debía reconocer que la Iglesia católica catalana había sido siempre muy sensible con otras confesiones, y en especial con el budismo, al que había cedido espacios sagrados para realizar ceremonias y actos de carácter espiritual que fomentaran la práctica del diálogo interreligioso.

»La joven del cenobio de Nagi Gompa, del valle de Katmandú, apareció en el altar y se hizo un sepulcral silencio. Parecía que la gente había dejado de golpe de respirar. Sin la compañía de ningún instrumento musical, solo con la sonoridad mística de su voz, entonó el canto sacro *yang*, con el que hizo resonar las piedras de los muros y de las columnas, y también consiguió hacer vibrar las oquedades de los allí presentes, pues noté que a algunos les recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. Continuó con una melodiosa plegaria tántrica que volvió a sobrecogerme. Y luego tomó con la diestra un pequeño tambor o *damaru* para marcar el ritmo con pequeños golpecitos que daba con la palma de la mano, y en la otra, sostuvo una campanilla o *dril-bu* que complementaba con la gutural recitación de unos versos antiquísimos que escondían oraciones secretas, en los que se trasmitía un enorme amor y compasión, de manera que hizo fluir las emociones de los asistentes. Decían que cantaba desde el alma y eso serenaba la mente. Y quizás era cierto, pues Ágata me cogió de la mano y sentí cómo aquella acústica la estremecía tanto, que de forma instintiva me besó para inmortalizar el momento.

Max, abstraído en la historia, continuó hablando.

—Al salir del recital de la iglesia, Mona y su amiga nos invitaron a acompañarlas al festival al aire libre Colours of Ostrava, que se celebraba en la República Checa a principios del mes de agosto, en el que participaba Yungchen Lhamo, la cantante y compositora tibetana que se dio a conocer mundialmente a partir de la película *Siete años en el Tíbet*. No tuvieron que insistir demasiado, les dijimos que iríamos con ellas.

»Durante aquel mes de julio, Ágata organizó varios retiros de fin de semana, a los que por supuesto, me apunté. Eran de introducción al yoga tibetano, basado en veintiuna posturas de base, asociadas a la respiración, visualizaciones y al desarrollo de la bondad con los demás. Al practicar aquellas técnicas noté cómo me aumentaban la energía, la claridad mental y la concentración. ¡Fue genial...! Y pude reducir el estrés, mejorar la fuerza y la flexibilidad, aunque también influyó mi estado de enamoramiento al sentirme feliz a su lado.

—¿De dónde me dijiste que era ella? —preguntó Lucía.

—Era mañica, pero de Teruel. Ella se refugió en Barcelona muy jovencita huyendo de su padre, que siempre la tuvo encerrada en casa. Como ella tenía unas tremendas alergias, su progenitor consiguió de un amigo médico un certificado para que no fuera al colegio y así recibiera clases particulares en el salón del comedor. Llegó la cosa hasta tal extremo, que para evitar que fuera al conservatorio de música, donde la chica quería ir para aprender a tocar el violonchelo, su padre contrató a una profesora rusa que acudía a diario al domicilio para que le enseñara a practicar con ese instrumento. Con los años consiguió ser una alumna aventajada que interpretaba hermosas partituras de Schumann, Dvorak y Brahms. La chica estaba tan asfixiada que trepaba por las cañerías hasta el piso de arriba, donde un viejo, de más de noventa años, había regresado de la India al domicilio familiar para morir. Ágata se escapaba para verlo y escuchar las historias fabulosas que le relataba de aquellos mundos lejanos. Fue este anciano asceta quien le enseñó las técnicas del yoga, y así con el tiempo y la práctica fue aprendiendo. Hasta que un día su padre no la encontró en su habitación, ni por el resto de la casa, y enfadado preguntó: «¿Dónde está esa mocosa?», a lo que sus hermanas respondieron al unísono: «Con su yogui». Presa de un ataque de furia, subió a la terraza a buscarla, y la halló sentada en la posición del loto junto al viejo, como dos estatuas de sal. La cogió por la oreja, retorciéndosela, y la arrastró escaleras abajo a trompicones. No quería que se relacionase con nadie. Cansado de que la chavala se escapase, puso rejas en las ventanas, pero la muchacha ya se había hecho adolescente, y gracias a dominar las técnicas yóguicas conseguía estar de cuerpo presente y con la mente alejada de aquella realidad opresiva. No es de extrañar que el día que cumplió la mayoría de edad se marchara de casa para siempre con su instrumento bajo el brazo. Al final, Ágata se fue con la música y la meditación a otra parte.

—¿Por qué eligió Barcelona? —preguntó Lucía, ensimismada.

—Por muchas razones, según me confesó. La Ciudad Condal era la cuna de Pau Casals y un lugar de una profunda tradición operística y de conciertos. Había soñado debutar en el Liceo o en

el Palau de la Música. También influyó su profesora, que se había formado en Londres con el ruso Daniil Shafran, considerado entre los entendidos como el mejor violonchelista del mundo, aunque bastante desconocido por haberse prodigado poco en interpretaciones en directo y en grabaciones. Según se comentaba, el excepcional músico había llevado una vida tan discreta, oculta y misteriosa, que no se sabía muy bien si estaba vivo o muerto, o ambas cosas a la vez. Empezó a correr la noticia de que se había refugiado en Barcelona, y que vivía de manera anónima, bajo identidad falsa, dedicándose a impartir clases a los alumnos más aventajados de la ciudad e incluso a los que venían de cualquier lugar del mundo, siempre y cuando demostrasen cierta genialidad. Rumores decían que fue maestro de intérpretes que se consagrarían después como Natalia Gutman, Mischa Maisky, Truls Mork, Steven Isserlis, Jacqueline du Pré e incluso del mismo Mstislav Rostropovich, que le visitaba en secreto. Ágata, que traía una carta de recomendación de su profesora, no superó la prueba de excelencia y tuvo que asumir que quizá su camino era otro, aunque podía continuar su formación musical eligiendo maestros menos exigentes. Pero pronto se dio cuenta de que para conseguir destacar se necesitaba mucha disciplina y ensayar durante más de doce horas diarias, y eso representaba sacrificar la vida entera por el placer de conseguir un reconocimiento que quizá nunca llegaría. Y pensó que una dedicación tan exhaustiva al chelo sería una forma de esclavizarse y ser infeliz. Por lo que prefirió sentirse más libre al impartir clases de yoga y aprender nuevas técnicas orientales de meditación.

»En 1995 Ágata fue a Londres para deleitar sus oídos al escuchar, por primera vez, a su admirado y septuagenario Shafran en el Wigmore Hall. Había inquietud por ver si se presentaba, pues corría el bulo de que había sido asesinado mientras viajaba en el Orient Express. Se demoró bastante en hacer acto de presencia y sembró la angustia entre los asistentes. Bajo una luz cenicienta y envuelto entre sombras, como si formase parte de ellas, el venerado músico se sentó y sus cadavéricos dedos hicieron sonar su violonchelo de manera intensa y sobrenatural, interpretando las cuatro suites de Bach y la sonata de Rachmaninov. Tras un difunto

momento de quietud, los asistentes rompieron en una estruendosa ovación que fue *in crescendo* hasta que los más apasionados se rompieron las manos en los aplausos.

»En 1997, los diarios de la Ciudad Condal anunciaron que el admirado Shafran, el genio olvidado, iba a celebrar un concierto en el Auditorio Winterthur de Barcelona. Corría el rumor de que había muerto de manera misteriosa en un viaje en tren, sin concretar si había sido en el Lusitania Exprés o en el Transiberiano. Ágata asistió, convencida de que era capaz de resucitar para dar su último concierto, pero no apareció. Uno de los organizadores salió afligido y comunicó que el acto quedaba cancelado, pues le acababan de informar que el músico hacía semanas que había fallecido en extrañas circunstancias y que estaba enterrado. Varios de sus fanáticos admiradores, indignados, preguntaron en qué camposanto yacía, pues querían ir a rendirle un homenaje, convencidos de que era capaz de tocar desde la tumba un réquiem para todos los difuntos del cementerio.

CAPÍTULO 38

—Fuimos al Colours of Ostrava, en la República Checa —aseguró Max—. Y fue fascinante, quizá porque era nuestro primer viaje al extranjero. Íbamos en grupo y unos durmieron en grandes carpas habilitadas para la ocasión y nosotros en un albergue comunitario con salas llenas de literas. Tuve la nostálgica sensación de volver a la adolescencia. Intenté conseguir una habitación en varios hoteles, pero fue imposible, pues se habían hecho las reservas con un año de antelación.

Max, envuelto en el halo del recuerdo, continuó.

—El concierto fue maravilloso y la experiencia inolvidable. Cuando regresamos a Barcelona estábamos hambrientos. Sin subir al piso, nos metimos con las bolsas de viaje en el restaurante que había delante de casa, el mismo en el que cenábamos muchas noches. Según nos explicó una vez el amo, el local había sido una antigua editorial, y por eso se respiraba entre los platos cierta atmósfera literaria. Eligieron el nombre del establecimiento como homenaje al historiador Josep Estrada, que propugnó la tesis de que hubo una antigua y misteriosa villa cerca de allí, denominada Semproniana, en la que se asentaban las legiones del Imperio romano en su traslado de Cádiz a Roma. Nadie le creyó, pero el esfuerzo y la tenacidad que puso en sus investigaciones le llevaron a demostrar que tenía razón. Y el dueño sostuvo: «Hemos querido

impregnar este ilusionado proyecto culinario de la fe y la perseverancia de los que nunca se dan por vencidos ante la adversidad y hacen realidad sus sueños». No sé si fue esa inspirada explicación o su maravilloso *delirium tremens* de chocolate lo que nos hizo convertirnos en asiduos clientes. En la misma acera, un poco más allá, estaba la sede de la Fundación de la Casa del Tíbet que su santidad el Dalái Lama iba a inaugurar al mes siguiente, por eso sus monjes y colaboradores estaban envueltos en una vorágine de continuos preparativos. Justo al lado de la entrada de su portal había un bar de música *new age*, La posada de la Luna. Su fachada, de inspiración gaudiana, mostraba centenares de trocitos diminutos de azulejos plagados de miles de puntitos luminiscentes estrellados, que imitaban al cielo nocturno, de tal manera que un maravilloso juego de luces negras hacía resaltar las nacaradas y diferentes fases lunares, y así se sucedían novilunio, cuarto creciente, plenilunio y cuarto menguante. De forma esporádica, íbamos a tomar alguno de los cócteles sin alcohol que la dueña, Selene, preparaba de manera magistral. Bautizaba aquellas copas con el nombre de diferentes constelaciones. El ambiente era tranquilo y sereno para gozar de algún tema de Kitaro, James Horner, Michael Nyman, James Newton Howard, Jean Michael Jarre, Enya o Loreena McKennitt, entre muchos otros. Cuando sonaba Vangelis, me evocaba el capítulo «La armonía de los mundos» de la serie *Cosmos*, de Carl Sagan. Había veladas en las que, en deferencia a los muchos practicantes budistas que lo frecuentaban, ponía música espiritual basada en mantras de Sri Venugopal, Prem Joshua, Ani Choying Drolma y Yungchen Lhamo. Mi preferida era Snatam Kaur y quedaba embelesado al ver en la pantalla gigante el mágico videoclip *Suni-Ai Celebration*. Salíamos del local abrazados y hasta la puerta de la casa nos regalábamos apasionados besos. Cuánto cariño nos entregamos con la ternura de unos adolescentes. ¡Qué diferencia con mi esposa! Fue revelador descubrir que con Ágata nunca tuve celos, porque era auténtica y sincera, y eso me inspiraba confianza.

»Las semanas pasaron volando. Llegó el día que ella tanto ansiaba. Nos levantamos muy temprano, pues teníamos un par de invitaciones para el Palau Sant Jordi, donde se esperaba a su san-

tidad el Dalái Lama, quien pronunciaría allí la conferencia *El arte de la felicidad*. Nos advirtieron que si nos retrasábamos demasiado sería difícil acceder al recinto por la aglomeración de gente que estaba prevista. Era preferible que tuviésemos que esperarlo dentro, durante un par de horas, que estar ese mismo tiempo fuera haciendo cola. Como «al que madruga, Dios le ayuda y Buda le ilumina», llegamos en el momento preciso en que empezaban a poner las vallas y a restringir los accesos a la montaña de Montjuïc. Entramos y cogimos sitio en las primeras filas, detrás de las que estaban reservadas para autoridades y miembros de diferentes comunidades monásticas. Allí, durante la espera, ella me explicó que hacía mucho que no veía a su santidad, pues al hacer memoria recordaba que fue en 1994 cuando visitó por última vez la Ciudad Condal. En aquella ocasión, concluyó su estancia con las enseñanzas de la potente iniciación de los rituales místicos del Kalachakra o rueda del tiempo. Para la práctica de aquella meditación se necesitaba dominar un yoga bastante elevado, algo que ella, por supuesto, había alcanzado hacía años, junto al desarrollo de un proceso de evolución del despertar de la mente. Me confesó que al recibir la bendición del Dalái, empezó a experimentar un profundo sentimiento de amor y compasión, para el bien de todos los seres del planeta, por lo que tomó la decisión consciente de hacerse budista. Mientras el recinto olímpico se llenaba, decidieron entretener a la gente y proyectaron un reportaje del periodista Jordi Llompart, *Paz y espiritualidad*.

»Corrió el rumor de que ya había llegado su santidad Tenzin Gyatso, el decimocuarto Dalái Lama, líder espiritual del Tíbet y premio nobel de la paz por su defensa mundial de los derechos humanos, y por su respeto, comprensión y diálogo interreligioso. Los organizadores empezaron a movilizarse con esa ansiedad del que desea que todo salga bien. Al entrar, fue recibido con una larga ovación y con más de diez mil personas puestas en pie. Le dio la bienvenida el director de la Fundación de la Casa del Tíbet, el venerable Thubten Wangchen, el cual fue agasajado por el Dalái al ponerle sobre los hombros, como muestra de gratitud, una *kata*, fular tibetano de color blanco. Luego, en representación del mo-

nasterio benedictino de Montserrat actuó la escolanía, compuesta por una coral de angelicales voces infantiles. La atmósfera de aquel amplio espacio se impregnó de cierto misticismo. En el escenario hizo acto de presencia la cantante María del Mar Bonet y con una profunda voz que emergía desde las entrañas como el desgarrador eco de un alma que no quiere abandonar el cuerpo difunto, interpretó *El canto de la sibila*, inspirado en textos litúrgicos medievales basados en el Apocalipsis de san Juan, que en su dramática interpretación iba acompañada por la música de un laúd. Reconozco que me llegó a estremecer, pues esa melodía gregoriana del fin del mundo hizo vibrar la parte inconsciente de mi condición humana, esa que sabe sin querer saber de su finitud, que no desea pensar que el tiempo corre, que la vida pasa y que la muerte está de camino, y tarde o temprano llegará.

»Se sentó a mi lado un chino mandarín con coleta que no paraba de mirarme. Eso me incomodó. Tenía la cara girada de forma permanente hacia mí en vez de atender al escenario. De su barbilla pendían unos bigotes largos que me recordaba al maléfico Fu Manchú, y lo peor de todo es que su sonrisa estaba petrificada, igual que su cuerpo. ¿Qué maldad había preparado?, me interrogué. Estaba tan molesto que le miré con desafío, indicándole con los ojos que observase a su santidad, pero no me hizo caso. Su rostro parecía una maléfica máscara. No tuve más remedio que clavarle el bolígrafo en la pantorrilla. A él se le saltaron las lágrimas de alegría, sin mover un sólo músculo de la cara. Más tarde, descubrí que tenía tortícolis y una paralisis facial. Me disculpé y me centré en el acto.

»La comunidad tibetana de la ciudad, vestida con trajes tradicionales, ofreció a su santidad unos cánticos en su lengua natal que acabaron por emocionarle. Agradeció aquella entrañable muestra de afecto. Y, sin demora, empezó su conferencia al proclamar que la única religión que él practicaba era la de la bondad, y esa nacía del interior de las personas, igual que la felicidad que tanto anhelábamos.

»Me parece recordar, porque ya hace tiempo, que su santidad se preguntó a sí mismo: "¿Cuál era el propósito de la vida? Ser

feliz", contestó sin borrar su plácida sonrisa, y añadió: "No es un don, sino un arte, que exige mucha práctica y voluntad al convertir el deber de vivir en el placer de sentirse vivos. En lo más profundo de la esencia de nuestro ser reside el amor, que es el alimento básico del espíritu. Al nacer, nuestros padres lo manifiestan en las caricias, en los abrazos, en los mimos, en los besos, en el apaciguamiento de los miedos y en el desarrollo de la confianza. En el fondo, sobre la base de los afectos que subyacen en nuestro corazón se construyen los cimientos de la felicidad. Todos estamos a tiempo de obtenerla si desarrollamos el amor y la compasión. Cultivando esos sentimientos que son cálidos y humanos, empezaremos a preocuparnos más por la felicidad ajena que por la propia, y así conseguiremos ambas, pues la alegría del otro también es la nuestra".

—¿Te acuerdas textualmente de cada una de las frases que pronunció el Dalái Lama? —inquirió Lucía abstraída en la historia.

—Por supuesto que no. Me inspiro en ellas. El lenguaje ayuda a expresar ideas, emociones y sentimientos, pero las palabras que son capaces de remover por dentro son aquellas que no son huecas, sino que tienen alma, y esas acaban por refugiarse en el corazón. —Prosiguió—: Recuerdo que hubo un problema con el sistema de traducción simultánea, lo que llevó a los técnicos a revisar los equipos de sonido, circunstancia que aprovecharon los asistentes para ir a los lavabos. Algunos relacionados con el mundo de la espiritualidad se acercaron para saludar a Ágata, y me los presentó: "Este es Khenpo Choying, con el que realicé el seminario *La sabiduría del camino medio*. Este es Ari, profesor de meditación zen. Mira quién viene por aquí, es el lama Kelzang, con el que hice la clase suprema del tantra yoga del vajrayana tibetano, considerado el Amitabha, el Buda de la luz infinita. Se acerca el venerable Thubten Wangchen, director de la Casa Tíbet, espera que te lo presento". Avisaron de que el problema estaba subsanado, y que hiciesen el favor de tomar asiento, pues el Dalái Lama iba a continuar, y, sin demora, dijo: "La necesidad de amor está en la base de la existencia humana, porque es el resultado de una profunda interdependencia que nos ayuda a so-

brevivir al prestar o depender de la ayuda de los demás, y eso nos hace ser conscientes de nuestra fragilidad, y nos enseña que todos nos necesitamos". Ella me cogió de la mano y entrecruzó sus dedos con los míos. Quiso trasmitirme que me necesitaba a su lado. Fue uno de esos detalles tan tiernos y cariñosos que no se olvidan nunca. Y, tras beber un poco de agua, prosiguió: "Un sentimiento compasivo se convierte en una actitud auténtica cuando no hay deseo ni apego al yo, y la empatía nos hace sentir más cercanos al sufrimiento de los otros para intentar aliviarlo. Si acostumbramos a nuestra mente a este sentido de altruismo universal, entonces conseguiremos gozar de un estado de paz interior que nos llevará a una felicidad serena. Todos gravitamos hacia el amor y por eso la necesidad de cariño humano está en nuestra esencia, mientras que el egoísmo nos encierra en su celda y nos impide darlo. Esa es la razón por la que debemos desarrollar la delicadeza con que nos dirigimos a los demás a diario, con palabras llenas de afecto, pues estas tienen mayor poder de curación que muchos medicamentos que se dedican solo a sanar el cuerpo y no el espíritu. Así el que se siente querido, quiere, y lo contagia a los que están a su alrededor con alegría, sin ser consciente de que son el amor y la compasión los que forman parte de los maravillosos genes de la felicidad".

»Recuerdo que su santidad se quedó en silencio para que los asistentes asimilaran lo que acababa de comentar. De él aprendí esa costumbre de pensar lo que se ha dicho y lo que se va a decir. Detener la mente durante unos momentos, aquietarla, para que vuelvan a fluir las ideas y los sentimientos. En aquel preciso instante me entró una llamada al teléfono móvil. Siempre lo tenía en vibración por si había alguna emergencia en la clínica, pero la insistencia me hizo mirar la pantalla. Era Amanda, con la que hacía tanto tiempo que no hablaba, que me pareció como si hubiese pasado un siglo. ¡Ufff...! ¡Qué olvidada la tenía...! Ya no me generaba celos, ni rencor, ni rabia, ni animadversión, quizás indiferencia. Sentí que vivíamos en mundos diferentes, en alejados planetas de distantes galaxias de un cosmos infinito. Por supuesto, no contesté. Ella formaba parte de mi vida anterior, del pasado y no del presente.

»Su santidad retomó la palabra: "Algunos sostienen que la ira y el odio dominan la humanidad. Yo no estoy de acuerdo. Al revés, son el amor y la compasión los que mueven el corazón del mundo. Si nos dejamos someter por las emociones negativas, nos atormentarán tanto que no conseguiremos la felicidad de una mente amorosa, serena y en paz". Y continuó con su pensamiento cíclico y envolvente: "Los mayores enemigos del amor y de la compasión son la ira y el odio, pues son emociones dañinas y extremadamente dominantes de nuestra mente, que la perturban. La ira nos aporta mayor energía, confianza y determinación, pero si exploramos su naturaleza nos damos cuenta de que es ciega, eclipsa el sentimiento, y provoca una conducta tan destructiva que puede llevar a la locura. El mejor antídoto es la actitud compasiva y paciente. Y aunque estas cualidades son malinterpretadas como síntomas de fragilidad, yo creo que es todo lo contrario: son auténticos signos de fuerza interior. La compasión es por su propia naturaleza bondadosa, pacífica y suave, pero es también muy poderosa. Son aquellos que con facilidad pierden la paciencia los que son inseguros e inestables. Por todo ello, para mí, el surgimiento de la ira es un signo inequívoco de debilidad".

»A la mañana siguiente, Diada de Cataluña, 11 de septiembre, nos levantamos temprano para asistir a la inauguración oficial de la Fundación Casa del Tíbet por el Dalái Lama. Salimos al balcón ante el bullicio provocado por los coches de la Guardia Urbana y de la policía para cortar el tráfico de la calle Rosselló. El venerable Thubten Wangchen, director del centro, ya estaba en la entrada acompañado por un séquito de monjes y un tumulto de gente. Teníamos invitación, pues Ágata había participado en bastantes seminarios como alumna en el antiguo centro y conocía a la mayoría de los monjes. Salimos raudos, pues no queríamos perdernos dicho acto. Al llegar al cordón de seguridad, el director hizo una señal para que nos abrieran paso por un lateral. Entramos de forma atropellada ante la aglomeración. No tardó mucho en aparecer la comitiva oficial de coches y su santidad se bajó de uno de ellos. Enseguida, fue rodeado por los periodistas de los medios de comunicación del mundo entero. La gente que lo esperaba lo recibió

con una reverencia que expresaba un profundo sentimiento de respeto y cariño. Cortó con unas tijeras la cinta y sobre una alfombra de pétalos de flores recorrió los espacios de recogimiento y de oración de la nueva sede. Tomó asiento y reconoció el enorme esfuerzo económico que se había realizado para la creación de aquel centro que serviría para difundir los conocimientos, la filosofía y la espiritualidad budista. También quiso mostrar su gratitud por las aportaciones de particulares para la construcción del templo de los Mil Budas en el monasterio de Sera Mey en la India, desde donde había venido una representación de varios rinpochés. Manifestó su alegría por la asistencia del centro Nagarjuna de Barcelona y la presencia de la mayoría de miembros de la comunidad budista de Dag Shang Kagyü en Panillo, Huesca. Los asistentes recitaron varias oraciones y mantras para bendecir el lugar. El Dalái dio por concluida la ceremonia y dedicó, con una sonrisa en los labios, a todos los presentes un *"Tashi Delek!"*, expresión que en tibetano significa "¡buena suerte!".

CAPÍTULO 39

Lucía, con disimulados celos por la revelación de la existencia de aquella segunda mujer en la vida de Max, y dispuesta a sonsacar más detalles de lo que parecía una historia sentimental profunda, le preguntó:

—¿Todavía sales con ella? ¿Os casasteis?

Max se dio cuenta de la preocupación que le rondaba la cabeza y aseguró:

—La respuesta es un doble no. Fue una época maravillosa en la que gocé de una felicidad serena, pero unas circunstancias ajenas e imprevistas la llevaron a tomar una decisión que impidió que nuestra historia de amor continuase. Más adelante, ya te las explicaré…

»Aquel otoño a Ágata se le presentó con bastante incertidumbre, pues una enorme preocupación le desvelaba los sueños. El centro de yoga donde trabajaba iba a cerrar a final de mes. Le comenté que no se agobiara, porque si era necesario la contrataría en mi clínica para que impartiese clases de relajación al personal médico, ya que en los últimos meses los veía con mucho estrés. Pero ella, que era muy independiente y tenía un elevado sentido de la ética, era incapaz de aprovecharse de la familia y mucho menos de mí para conseguir algo. Sin embargo, por encima de sus propias necesidades, le angustiaba bastante la situación de su amiga

Sandra, pues tenía tres hijos y su marido le acababa de abandonar por otra, yéndose al extranjero. El desasosiego que manifestaba me llevó a movilizarme y activar mis contactos en la Casa Asia, para que intentasen correr la voz entre sus amistades y encontrar alguna colocación para aquella encantadora profesora de hatha yoga y otras técnicas orientales. Les dije que era madre de familia numerosa y que estaba pasando por una situación bastante difícil. En pocos días, Ágata llegó a casa muy contenta y me explicó que a su amiga le había salido un buen trabajo en una escuela de terapias alternativas, donde impartiría clases de meditación *vipassana* y taichi.

»Una semana más tarde, había quedado con Ágata para almorzar en el restaurante Semproniana, y entró tan ilusionada que se me colgó del cuello y me besó. De manera atropellada, me comentó que se había encontrado en la calle con el director de la Casa del Tíbet, y este le había sugerido que se pasase por las oficinas por la tarde, que le quería hacer una propuesta laboral. Fuimos juntos y el venerable Thubten Wangchen nos invitó a pasar a su despacho, y aseguró que desde la inauguración y la resonancia mediática que se produjo por la visita de su santidad habían tenido un montón de solicitudes de personas que querían apuntarse a diferentes cursos. En aquellos momentos, José Antonio de la Torre realizaba uno sobre yoga, y pensaban abrir tres grupos más, que ella podría llevar si le interesaba. También estaban decididos a cuadriplicar el que dirigía Xavier Artigas, *Introducción al budismo y a la práctica de la meditación*, dos de los cuales podría impartir ella. Incluso pensaban ofrecer unos seminarios de *chi kung*. Tras comentarle las condiciones laborales, firmó el contrato enseguida. Al salir fuimos a celebrarlo al restaurante vegetariano Arcoíris, cuyas endivias al roquefort eran un deleite para el paladar. Hacía tiempo que no la veía tan eufórica, ya que el prestigio de trabajar allí era un espaldarazo a su trayectoria profesional. Encima, tenía la posibilidad de aprender mucho con el afamado doctor Lobsang Shrestha, que impartía seminarios prácticos de masajes de ayurveda. También deseaba apuntarse a los cursos graduales sobre medicina tibetana a cargo del prestigioso

doctor Ngawang Thinley, discípulo de uno de los más reconocidos maestros espirituales budistas, el doctor Trogawa rinpoché. Dichas enseñanzas se realizaban en la sede de Dag Shang Serchöling de Barcelona, que estaba vinculado con el centro budista de Panillo y con la Casa del Tíbet.

—No me extraña que estuviera tan contenta. En pocos días le cambió la situación laboral a mejor, incluso la de su amiga. La sensación de sentirte útil a la sociedad y realizada profesionalmente te hace subir la autoestima —comentó Lucía.

—Sí, tienes razón. Estar en paro te hunde el ánimo y crees que no sirves para nada, y eso carcome la confianza. Es una situación dramática. Bueno, como te contaba, al verla tan ilusionada, le recordé, más o menos, lo que había dicho el Dalái Lama hacía un mes: "Todos estamos destinados a encontrar problemas que nos causarán sufrimiento. Si no perdemos la esperanza y vemos en cada obstáculo un desafío y una oportunidad para superarlos, podremos iniciar ese sendero que nos convertirá en seres más compasivos al tener más empatía con el dolor de los otros. Eso nos ayudará a sentir la adversidad ajena como propia, y a encontrar el camino de la serenidad mental, ese que nos guiará en medio de la oscuridad hacia la luz".

Max continuó:

—Hice reflexionar a Ágata sobre las palabras que acababa de recordarle de su santidad, ya que ella había hecho un gran esfuerzo para que Sandra no se viniese abajo. Le ayudó a enviar currículos, la acompañó después a las entrevistas de trabajo, le dio ánimos e intentó que no desfalleciera en su lucha personal, pues la pobre estaba al borde de la depresión. Aquella situación le había creado una mayor empatía por su padecimiento y ahora le provocaba una enorme alegría al verla feliz. Ágata generó una energía positiva basada en la compasión y la bondad que proyectó, y ese buen karma le había regresado a ella como un bumerán, pues al irradiar el bien, sin querer se trasmite a los demás, que lo perciben como una vibración a través de esa red en la que todos estamos invisiblemente conectados. Por eso, le dije que al ayudar a su compañera, se había ayudado a sí misma.

—¡Qué lástima que vuestra historia sentimental se acabase! —añadió Lucía, con deseo de saber más a la vez que intentaba no ser indiscreta.

—Ya ves, he tenido mucha suerte en el trabajo, pero muy poca en el amor. Espero que mi destino emocional cambie y pueda ser feliz.

Con la última frase intentó despertar en Lucía un sentimiento de consuelo que consiguió, pues ella se puso en pie y fue hacia la Casita de luz. Entró e hizo una postración ante la escultura del gran Buda blanco tallado de una sola piedra. Cogió unas barritas de incienso, las encendió y las puso entre las palmas de las manos para rezar. Mantuvo el cuerpo inclinado hacia adelante, de manera que los hilos de humo de sándalo, ámbar y loto azul envolvieron su cara de un velo celeste, dejando impregnado el aire de un dulce aroma oriental. Tras las plegarias, prendió con la llama de Buda una vela de color lapislázuli, y con esta, otra, y las puso muy juntitas. Musitó algo, quizás un último deseo personal y una oración. Con serenidad volvió a su lado, tomó asiento y al apoyar la cabeza en su hombro, le confesó:

—Acabo de rezar por ti, para que el amor vuelva a llenar tu vida.

CAPÍTULO 40

Empezó a oscurecer y decidieron regresar al albergue. Antes de eso, Lucía pidió a una pareja de novios que iban de la mano que les hiciesen una foto dentro de la Casita de luz. No tuvieron ningún inconveniente en hacerles un par de instantáneas. Ella desconfiaba de la volatilidad de la memoria y quería atrapar aquel recuerdo en el que se sentía feliz al lado de Max.

Al día siguiente, antes de amanecer, el maestro estaba en el templo sentado con las piernas cruzadas esperando a que llegasen los alumnos. A medida que entraban, hacían la reverencia pertinente ante Buda y tomaban asiento igual que él. Una vez se acomodaron, les dijo con voz profunda:

—Ha llegado el momento de iniciarse en el *kundalini yoga*, y el lugar más idóneo para hacer la clase es alrededor de un estanque que hay cerca de aquí.

Todos se quedaron sorprendidos, porque nadie había visto ninguno.

El suami Max bajó la voz en tono enigmático:

—Escuchad... para llegar allí, antes deberemos atravesar un bosque de quejigos o robles carrasqueños, *Quercus faginea*, más propios del sur de la península. Árboles que crecen con la lentitud de recrearse en el tiempo y en la naturaleza. Si abrazáis los troncos reverdecidos apoyando el corazón en un estado de calma, podéis

notar cómo el agua asciende por capilaridad desde las raíces por los canales que forman la xilema vegetal. Incluso muchos percibiréis que las hojas al traspirar las moléculas del líquido liberan la humedad y crean un vacío que necesita llenarse, igual que en la meditación, y son ellas, desde las ramas, las que succionan la carencia hídrica y, en cierta manera, también parte de vuestra naturaleza acuosa, y así, por unos instantes, sentiréis que formáis parte de la estructura interna vegetal de su esencia.

Salieron despacio, en orden y sin mediar palabra. Lo siguieron por un caminito por el que fue zigzagueando hasta una zona forestal y secreta en dirección al poblado de Ejep, cerca de la Casa Sosa. Sin decir nada, se adentraron en el bosque, cada uno eligió un árbol y se abrazó a él durante un buen rato e hicieron lo que el maestro les había sugerido. A medida que cada uno volvió en sí, envueltos en un campo áurico de vitalidad, siguieron a Max, que se adentró un centenar de metros hasta una hondonada en la que había un embalse tranquilo, rodeado por una cortina de coníferas que formaban una especie de muralla. El maestro fue hasta el margen y se colocó de pie en un lugar preciso. Ordenó que se sentaran alrededor, cerca de la orilla, hasta que se viesen reflejados en aquel remanso de agua. Todos se distribuyeron y cuando Lucía pasó a su lado, con disimulo, pero con intención, él le cedió su puesto, argumentando que así ella completaba mejor el círculo. Luego, los invitó a que se concentraran en la respiración y cerrasen los ojos.

No tardaron demasiado en quedarse relajados y convertidos en estatuas humanas. Tras un buen rato, el sol había iluminado el sombrío estanque, por lo que los invitó a que volvieran en sí. A medida que abrían los ojos, se quedaban sorprendidos al contemplar una constelación de hermosas flores de pétalos en forma de estrellas sobre la superficie del agua. Eran lotos tan perfectos como simples, tan blancos como la nieve virgen, excepto el que estaba ante Lucía, un loto azul, idéntico al que recorría de forma invisible la piel de su espalda.

Satisfecho por haberlos sorprendido y especialmente a ella, les explicó lo siguiente:

—La posición del yoga que adoptáis tanto vosotros como la ma-

yoría de divinidades hindúes y búdicas está inspirada en la flor del loto que tenéis delante. Su simple contemplación relaja la mirada y su aroma calma el espíritu.

—¿Por qué se la considera sagrada? —interrogó un octogenario.

Un hombre alto, con aspecto de docente, levantó la mano y dijo que se llamaba Adel, que había nacido en El Cairo y que vivía en Manresa, una población catalana donde impartía clases en un instituto de secundaria. Y con rotundidad aseveró lo siguiente:

—Desde el antiguo Egipto, esta flor se ha relacionado con la divinidad, ya que se abre al empezar el día y parece que de ella brote con majestuosidad el astro rey, el dios Ra, y en el ocaso, se cierra y se sumerge un palmo bajo el agua. Sigue, simbólicamente, los ciclos naturales de la rueda de la vida, muerte y renacimiento. Por eso, los faraones —«de los que yo desciendo», le faltó decir— se enterraban con sus semillas, a las que consideraban eternas. Corre la leyenda de que algunas de ellas, guardadas en los sarcófagos de las tumbas reales, con varios miles de años de antigüedad, han germinado una vez las han sacado de allí. Lo cierto es que está comprobado por los científicos que en condiciones anaeróbicas propicias estas simientes pueden mantenerse inalteradas durante siglos.

En ese momento Laurel, profesora de historia, añadió:

—Es cierto lo que ha dicho Adel. La momia de Tutankamón estaba cubierta por semillas de loto, a la espera de que le hicieran renacer en el más allá. Incluso en *El libro egipcio de los muertos* se recoge un ritual funerario de preparación del embalsamamiento del cadáver con esencias del loto azul, cuya mágica fragancia envolvía al cuerpo con un halo de aroma o sudario invisible que ayudaba al espíritu, denominado *ka*, en su tránsito a la otra vida.

Levantó la mano Jonás, historiador, para pedir la palabra, y el suami con un gesto de aquiescencia se la dio.

—Estuve en la India, en Nepal y en China, y en este último país tuve la suerte de coincidir en el hotel con un amigo que iba en un grupo de científicos de la UCLA, dirigidos por el doctor Jane Shen-Miller. Me invitó a asistir a varios de sus experimentos y pude ver cómo hicieron germinar unas semillas de loto de más de mil años. Entonces, entendí la razón por la cual los hindúes veneran dicha

flor, hasta haberla convertido en el símbolo nacional, pues, según afirman, refleja la esencia de lo divino.

Max, animado por las intervenciones entusiastas, añadió:

—Es cierto todo lo que habéis dicho. Está considerada como una flor mística, metáfora del alma, quizá porque nace del fango y no se ensucia nunca. La cutícula de sus pétalos tiene una estructura dérmica compuesta por unas células de nanocristales de cera que evita que se adhieran motas de polvo o de barro a su superficie, haciéndolas deslizar por ella para permanecer siempre limpia, impoluta y resplandeciente. Eso impide que se formen hongos y bacterias, es decir, enfermedades, por lo que no es de extrañar que se la vincule a la pureza del corazón y de la mente. El budismo y el hinduismo han querido ver en esa peculiaridad la revelación espiritual del no apego a las cosas, del fluir de los elementos.

Un joven con gafas de sabio pitagorín y que lucía una camiseta de manga corta serigrafiada con el cubo de Metatrón, representación de los cinco sólidos platónicos, tomó la palabra:

—Mi nombre es Tomás y soy informático. —La gente vio en él la viva imagen de Steve Jobs—. Hace unos meses leí que varios laboratorios investigaban el modelo biológico de la superficie hidrofóbica de esta flor para aplicarlo a un montón de productos como las gafas, parabrisas, lentillas, envases, material quirúrgico, incluso prendas de vestir, y así impedir que se ensuciasen. Según explicaba el artículo, intentaban imitar el secreto de la impermeabilidad de sus pétalos al utilizar nanosferas de dióxido de silicio. ¿A qué es increíble…?

—¡No...! ¡No es increíble...! Mucha ignorancia hay por aquí —dijo un hombre corpulento con bigote que dijo llamarse Florián y ser naturalista, y añadió—: Esta planta tiene unas características botánicas excepcionales, por lo que quiero manifestar mi desacuerdo con lo que se ha dicho sobre que dicha flor repele la suciedad porque dispone de células con nanocristales de cera. Leí un estudio serio, muy serio y riguroso, que decía que la estructura de la epidermis de sus pétalos estaba compuesta de microscópicos pelos o papilas que impedían que cualquier sustancia tocase la superficie, de tal manera que creaba por debajo un espacio libre

donde circulaba el aire haciendo vibrar los pelillos, y trasladaba hacia el borde, como si flotase, desde una gota de agua a una mota de polvo hasta echarla fuera.

La comprensión del misterio que rodeaba al loto hizo que a Max se le iluminase el rostro, y exclamó con ironía:

—¡Eureka...! ¡Claro…! Ahora entiendo por qué a esta flor se la considera tan espiritual: la materia se mantiene ingrávida, flotando en el aire, como cuando los monjes budistas llegan a niveles de meditación tan elevados que empiezan a levitar.

Arrancó una sonrisa de los allí presentes y una mueca de perplejidad del biólogo, que no entendió el comentario gracioso de su maestro, al que tenía gran consideración, y algo enojado dijo en tono didáctico:

—¡A ver, a ver! ¡Que no, que no! ¡Nadie me ha entendido! ¡Jo... me voy a enfadar! No he dicho que algo flote por arte de magia, eso es imposible, pues iría en contra de las leyes físicas. Otra cosa es que hubiese un campo magnético que, siendo invisible al ojo humano, sustentase la materia suspendida en el aire. Pero en este caso, queda demostrado que la superficie de esta planta está compuesta de unas moléculas hidrofóbicas, con unos pelillos nanométricos imperceptibles a la vista que sostienen por las puntas, pasando de unas a otras al vibrar, como si fuese un juego, cualquier partícula de porquería, haciéndola resbalar hasta que caiga. ¿Tan difícil es de entender eso?

Lucía levantó la mano.

—Quería saber en qué se diferencia un loto blanco y otro azul.

Adel recuperó la palabra para demostrar que tenía conocimientos de todo, y aclaró:

—El loto azul, *Nymphaea caerulea*, es originario del antiguo Egipto, mi país, aunque ahora está extendido por toda Asia. Emerge del agua y se va abriendo a medida que siente la caricia de los primeros rayos de sol en su piel. ¡Huy… qué poético me ha salido! Y se cierra y se hunde al atardecer, en el crepúsculo, para renacer a la mañana siguiente. Este proceso era interpretado por los faraones como el ciclo infinito de las reencarnaciones, y el color azul de sus pétalos, como la morada de la vida eterna.

Ella insistió al ver que el orador se había quedado ausente, atrapado en algún recuerdo del pasado. El hombre volvió en sí y retomó la explicación:

—A ver si queda claro: el otro, el loto blanco egipcio, *Nymphaea lotus* o alba, funciona al revés que el azul, florece por la noche y se oculta al amanecer. Por eso, aquí no hay ninguno, pero si lo hubiese estaría bajo el agua. No lo confundáis con el que tenéis delante de vosotros, pues esa es la flor sagrada del loto, el *Nelumbo nucifera*, que suele ser de color rosa, pero esta debe ser de la variedad nívea, originaria de la India, y está considerada como símbolo religioso del hinduismo y del budismo.

Antes de hacer un descanso y levantarse para estirar las piernas, Lucía levantó la mano y comentó que le habían quedado claras las maravillosas características biológicas de dicha flor, pero quería saber por qué Max en el fondo la consideraba mágica. El maestro captó la sutileza que se escondía en la apreciación de la pregunta. Cansado de oír tantos argumentos históricos y científicos, conectó con su vena poética y le reveló:

—La flor del loto germina en el fondo del lago, en la quietud y en la oscuridad, en la materia en descomposición, en la podredumbre de lo orgánico, es decir, de la muerte nace la vida, y se desarrolla hasta conseguir formar algo bello y sublime. —Y la miró—. La flor asciende de las profundidades lacustres y submarinas. Y a medida que crece su tallo, busca la claridad del día hasta llegar a la superficie, emerge y se mantiene por encima del agua, sin tocar lo material, como si flotase ingrávida en el aire, sostenida por un rayo de sol. Igual que les sucede a algunas personas, que yacen en la ciénaga de la vida, en un mundo lleno de sombras, y surgen de su mísera condición humana y se elevan hacia una dimensión mística y espiritual, cada vez más luminosa cuando se les despierta la consciencia de que hay algo superior a ellos y descubren que en las entrañas de su ser hay plantada una semilla: el alma, que al germinar en el amor y la compasión siempre tiende hacia la luz.

CAPÍTULO 41

Tras descansar la voz unos minutos, el maestro hizo el siguiente comentario:

—En este estanque confluyen varias plantas acuáticas: los nenúfares que flotan sobre la superficie, los tréboles, las pontederias y los jacintos de lluvia. Me gustaría que cada uno de vosotros se intentase identificar con alguna de estas flores o quizá con otras. De manera espontánea e intuitiva. Seguro que las características de las mismas reflejan parte de vuestra forma de ser. Tengo la certeza de que como mínimo hay una de vosotras que se identifica con el loto azul.

Todos miraron a Lucía, porque siempre iba ataviada con alguna prenda turquesa, ya fuese un pañuelo en la cabeza, un chal, una blusa o unos pantalones del mismo color. Le encantaba combinar los blancos con los celestes.

Max animó a los allí presentes a levantarse y dar una vuelta. La gente empezó a pulular alrededor de la orilla observando las peculiaridades que el experto botánico y el suami habían resaltado de cada una de ellas. El maestro aprovechó la circunstancia de que estaban de pie para invitarles a realizar la secuencia de las doce *asanas* de hatha yoga del saludo al sol. Unos las hicieron con cierta desenvoltura y los otros, más torpes, les siguieron. Al acabar, Max les pidió que descansaran. Miró el reloj y vio que era la hora a la

que había quedado con los de la cocina. En ese momento, aparecieron Quique y Mario cargados con las bolsas de bocadillos y empezaron a repartirlas entre el personal, que se agrupó por simpatías y afinidades, mientras otros buscaron un lugar más tranquilo. Lucía pensó en los postres y empezó a recolectar fresas, arándanos, moras y frambuesas, que guardó en una talega para no mancharse. Max, mucho más romántico, iba detrás y recogía flores como los bellos lirios del Pirineo, las púrpuras hepáticas, las azucenas silvestres, y en medio del ramo que había elaborado, colocó un narciso de poetas, y se lo entregó a ella invitándola a sentarse en un tronco de un árbol caído. Lucía, en agradecimiento, le dio un beso en la mejilla y se quedó con ganas de saborear sus labios, pero cierta prudencia la contuvo. Él hizo lo propio al frenar su instinto de amarla en aquel momento. Con intención de romper el encantamiento de sus miradas y no precipitar más el deseo, ella, aún algo celosa hacia las dos mujeres que habían ocupado su corazón, no pudo reprimir cierta inquietud.

—Ya veo que tu vida sentimental pasó del sufrimiento de una morena infiel al placer de una pelirroja espiritual.

—Sí, es cierto. Lo has definido con meridiana precisión. —Y con la mente atrapada en los recuerdos, le confesó—: Cuando te enamoras entras en la vida de otra persona y en su mundo, el cual puede ser tan distinto del anterior como las características de dos planetas de diferentes galaxias, y en mi caso, conocí uno que era convulsivo, con tormentas y seísmos continuos, y otro, en el que reinaban la paz y la serenidad. Al final, me quedé solo, pero en mi propia compañía. Había descubierto mis universos interiores, en los que el poder de la meditación los mantenía en equilibrio. —Prosiguió—: Ahora que he utilizado la metáfora del cosmos, me ha evocado uno de los episodios con Amanda. Tras aquella alocada cena en el restaurante de Londres, en el que descubrí que tenía un amante, me distancié de ella durante bastantes meses y decidí iniciar el proceso de separación legal. Al ver que iba en serio, se arrepintió y me hizo la promesa de que iba a cambiar. De entrada, regresaba a vivir a Madrid y dejaba a su socia en la capital londinense. Me propuso vernos cada fin de semana como un ma-

trimonio normal y nos dimos una segunda oportunidad. Durante un año, volvimos a enviarnos mensajes, a llamarnos con más frecuencia y a quedar los fines de semana. Mis amigos del Hospital Ramón y Cajal me dijeron que no se le veía el pelo por ninguna fiesta: estaba desaparecida en combate. Ella me confesó que se había diseñado su casa y estaban construyéndosela a las afueras de la capital. Hasta que no la tuviera acabada, no pensaba mostrármela. En verano me invitó a inaugurar su chalé en la sierra. Me recogió en el aeropuerto en su flamante deportivo. Me llevó por una carretera que bordeaba un bosque a más de cincuenta kilómetros de la ciudad, cerca del complejo espacial de comunicaciones vinculadas a la NASA en Robledo de Chavela. Antes de llegar a su casa, detuvo el coche en una revuelta y desde una loma me mostró el valle en que más de siete gigantescas antenas, de casi un centenar de metros, hacían el seguimiento de diferentes sondas espaciales. Amanda, que parecía muy enteradilla, me indicó cuál era la que controlaba la sonda Cassini-Huygens en su misión a Saturno, la Mars Global Surveyor a Marte y la antigua Voyager que, tras casi cuarenta años de viaje espacial, había conseguido salir del sistema solar rumbo a otras galaxias. ¡Sus conocimientos y su extraño interés por la astronomía me dejaron gratamente impresionado! Cuando vi el edificio futurista que había diseñado, me sentí orgulloso de su creatividad. Pensé que eso justificaba muchas de sus ausencias, de sus cambios de planes a última hora, y me arrepentí de haber vuelto a desconfiar de ella en los últimos meses.

Max continuó abstraído en el relato.

—Al entrar en aquella estructura arquitectónica de ciencia ficción, la cogí en brazos para franquear el portal, como si fuese nuestra segunda luna de miel. La puerta se abrió automáticamente al pasar un lector biométrico de identificación por el iris de sus ojos. Las paredes eran de un material aislante e ignífugo, como de ladrillos de cuarzo, de un blanco traslúcido, y el techo era de cristal con forma de cúpula geodésica, estructura que siempre me ha fascinado. La distribución de los espacios me pareció imaginativa, ergonómica y práctica, por lo que comprendí que hubiese quedado varias veces finalista de algún premio internacional, tras

haber colaborado con los equipos de arquitectura de Jean Nouvel, Frank Gehry, Peter Zumthor y Kazuyo Sejima, entre muchos otros. Empezamos a preparar la cena. Amanda me auguró que podríamos disfrutar de una velada muy romántica al contemplar desde la cama una lluvia de estrellas fugaces, también conocidas como Perseidas o Lágrimas de San Lorenzo. Aseguró que las podríamos observar muy bien, pues el dormitorio estaba orientado hacia el nordeste y además la luna estaba en fase menguante, por lo que el espectáculo astronómico estaba asegurado. Me preguntó si sabía por qué se producía dicho fenómeno. Negué con la cabeza. Con elocuencia inusitada me aseguró que cada año en esas fechas la Tierra atravesaba la larga cola del cometa Swift-Tuttle, cuyas partículas, tan pequeñas como granos de arena, cruzaban la atmósfera a gran velocidad y se ponían incandescentes por la fricción, provocando un destello que duraba apenas unos segundos. Recuerdo que le pregunté a qué se debía que las denominasen así. Me contestó que nuestra galaxia, la Vía Láctea, tenía forma de remolino con cuatro enormes brazos, y al girar respecto al centro se estiraban, y que fueron los astrónomos de la antigüedad quienes los habían bautizado, según las formas que les parecieron ver dibujadas, con los nombres de la constelación de Orión, Norma-Centauro, Sagitario y Perseo, siendo de esta última de dónde surgía el cometa que nos visitaba cada verano bañándonos con el polvo estelar de su cola. Ensimismado me encontraba en sus detalladas explicaciones, cuando de repente sonó su móvil. Con la excusa de que no tenía cobertura, salió afuera, al jardín. Ella sabía que eso me irritaba sobremanera, pues dicha costumbre me llenaba de dudas y de recelos. Regresó con cara de circunstancia y me dijo que una amiga suya se había intentado suicidar, porque su marido se había ido con la canguro. Pensé si ambos se marcharon dando saltitos o él escondido en la bolsa de ella. Lo cierto es que me dijo que tenía que ir urgentemente a verla. Me ofrecí a acompañarla al hospital, pero rechazó mi propuesta, pues ya había regresado a su residencia tras pasar la noche ingresada. Insistí y le propuse ir por si necesitaba ayuda. Amanda, con cara muy seria, me comentó: «No quiere ver a un hombre ni en pintura». Por un momento me hizo sentir

culpable de manera colectiva de las acciones del género masculino. Observé cómo se enfundaba un vestido negro muy elegante, se subía a sus zapatos de tacón y se abrochaba un collar de perlas. Pensé que iba demasiado arreglada para consolar a una mujer tan deprimida, y no pude resistir la tentación de decirle: «Parece que vas de fiesta». Me lanzó una mirada furibunda y flamígera que casi me incinera en el acto. «¡Hombres… siempre pensando en lo mismo! ¿No ves que es una señora muy selecta, de la alta sociedad, que siempre dice: "¡Genio y figura hasta la sepultura!"? Vi cómo se marchaba deprisa en el deportivo biplaza. Me quedé allí pasmado, solo en aquella enorme casa, en medio del bosque, sin saber cómo se encendían las luces, cómo funcionaban los electrodomésticos ni cómo se abrían las ventanas o la puerta de la calle. Tuve la sensación de estar aislado, perdido en el fin del mundo. Esperé una hora para llamarla al móvil y no pillarla conduciendo. Quería preguntarle cómo estaba su amiga y de paso que me explicase el funcionamiento de aquella vivienda tan moderna, pero el auricular repetía la sempiterna frase «este teléfono está apagado o fuera de cobertura en estos momentos». Probé sin parar hasta que me cansé de intentar localizarla. Escuché el mensaje cientos de veces. Odié esa respuesta automática del buzón de voz, odié al buzón, odié a la voz y odié a la operadora que hizo la grabación, a su padre y a la madre que la parió, quizá porque había oído demasiadas veces aquella frase en los últimos años. La noche fagocitó la luz y la oscuridad invadió cada rincón de la estancia. Me moví como un animal nictálope, subí a gatas hasta la alcoba, me tumbé en la cama y contemplé a través de aquel techo, en forma de cúpula de hexágonos de cristal, el inmenso cielo estrellado. Un enorme sentimiento de desamparo me embargó ante aquel universo infinito que me hacía sentir tan diminuto como insignificante. Al observar la majestuosidad del firmamento, recordé que durante el trayecto hasta su casa ella me había comentado que tenía varias amistades en Villavieja de Lozoya, sin concretar quiénes eran ni dar demasiadas explicaciones. Eso me llevó a engendrar la incertidumbre de que estaba compartiendo aquel tiempo, que era nuestro, con otro. De mis ojos licuados brotaron lágrimas de soledad. Una lluvia de

estrellas fugaces empezó a rasgar con su brillo mi dilatada pupila hasta conseguir herir la última imagen que me dejó antes de irse y que guardaba en el fondo de mi mirada.

Lucía, intrigada por el desenlace de la alucinante historia del chalé, preguntó:

—¿Al final conseguiste salir o vinieron los bomberos a rescatarte?

—No te rías, a punto estuvieron de hacerlo. Por culpa de los campos electromagnéticos de la zona, cuando la llamaba no me oía, y en cambio yo la escuchaba perfectamente. Entonces, colgaba con tan mala suerte que quedaba la línea abierta y sentía con nitidez la conversación que tenía con su amiga suicida, cuya voz era tan grave que parecía la de un hombre rudo, y encima, se le entendía mal: o era extranjero o tenía lengua de trapo. Después descubrí que era un astrofísico noruego con buen físico: rubio, alto y delgado, que le había enseñado los secretos del universo, y encima, mientras la amaba le hacía ver las estrellas.

»Oí cómo el supuesto amante, con tono de macho dominante alfa, le informaba: "Hoy para comer te he preparado un potaje de lentejas, si no te gusta las dejas...". "¡Sí, sí, me encantan, cariño!". Mentira, pensé, nunca le apetecían cuando íbamos al restaurante, pero lo que menos me gustó fue escuchar el tono afectivo con el que se dirigía a él, y los elogios que le dedicaba: "¡Qué buenas...! ¡Están deliciosas...! ¡Eres el mejor chef del cosmos!". Esa última frase me sentó fatal. Me pasé el día sin parar de dar vueltas por la vivienda, convertida en jaula, sin encontrar la zona de mejor cobertura. La llamaba sin parar, pues la nevera era como una caja fuerte, por lo que empecé a comerme las flores de las macetas. A media tarde, conseguí enviarle un sos en el que le grité: "¡Ven lo antes posible, que me muero de hambre!". Ella no lo entendió y se cortó a medias, pues bien escuché a su enamorado, con voz cavernosa, cómo le decía: "Para merendar te he preparado un pastel de lentejas con albaricoques". "¡Oh... debe estar delicioso!", dijo ella. "¡Mentira!", repetí. Odiaba esa fruta que le causaba alergias, pero como el tipo era el nuevo Copérnico, la debía tener deslumbrada.

»Por la noche, estaba desmayado y volví a insistir llamándola

sin parar, pero al descolgar no me oía, y en cambio, yo la escuchaba estupendamente. El mismo tipo le repitió dos veces: "Ya está la cena. ¿Te llevo a la mesa la crema de lentejas encebolladas que te he preparado?". Ella respondió: "Sí, por favor. Eres el camarero de mi cielo". Y aunque yo las aborrecía, hubiera pagado una fortuna por comérmelas y después zampármelo a él. Ya no quise imaginarme qué prepararía para el desayuno, pero tenía la sospecha de que con las legumbres que sobrasen de la noche, era capaz de hacerle una mermelada con frutas del bosque y lentejas de Marte y de miércoles, con las que ella feliz untaría las tostadas de la mañana y el resto de su piel para el delirio de su amante estelar.

»Llamé a la policía, a los agentes forestales, a Protección Civil, incluso al ejército para ver si me podían sacar de allí, pero en aquella zona funcionaban fatal las comunicaciones con la Tierra, pues daban prioridad a las del espacio. Entre la penumbra, descubrí que tenía un telescopio, lo encaré hacia el cielo en busca de la Estación Internacional a sabiendas de que no podía enviarle ningún mensajito, pero para consolarme al ver a sus tripulantes estar en la misma situación que la mía. Y es que mal de muchos, consuelo de idiotas. Recordé el corto español *La cabina*, dirigido por Antonio Mercero, y me imaginé a su protagonista, José Luis López Vázquez, con el que empezaba a identificarme. Desesperado, intenté romper la ventana, pero tenía cristales blindados para que no entrara nadie de fuera y, por consiguiente, que no saliese nadie de dentro. Entonces, me propuse hacer jornadas de ayuno obligado como los yoguis de la India, empezaba a apuntar maneras. Tenía que dormir mucho y moverme poco, para no gastar energías. Así durante una semana estuve solo, sin comer, con el dolor de sentirme abandonado en una cárcel de cristal en medio del bosque.

»El domingo ella apareció alegre, sonriente, luciendo un elegante vestido blanco, sobre el que se desplomaba su larga melena impregnada de la oscuridad del universo. Parecía que venía de una boda. No pude levantarme, estaba exánime, abatido, anémico, debía padecer hipocromía, pues se me aclaró tanto la piel que se confundía con el color de las sábanas, era como un sepulcro blanqueado. Con dificultad para hablar, le expliqué la situación y

ella me dijo que era un torpe, pues si me dirigía a cualquier electrodoméstico y le daba una orden en voz alta, con determinación, me hubiesen obedecido. Y me lo demostró: "Nevera, ¡ábrete!" y se abrió. "Cocina, ¡enciéndete!", y la vitrocerámica se puso roja. "Óscar, ven aquí". Pensé que era un perro y apareció un robot con cara de replicante de *Blade Runner*, y le ordenó: "¡Prepara una sopa de lentejas!". "¡Nooo!", grité al oír el nombre de dicha legumbre. Al final, el cocinero biónico elaboró un suculento almuerzo que me resucitó de la tumba. Amanda, al ver mi enojo y mis ganas de salir de aquel siniestro lugar, me invitó a dar un paseo hasta una colina desde la cual se divisaba el paisaje. Acepté por mover el cuerpo, activar la circulación de las piernas, respirar aire puro y disfrutar de la sensación de libertad. Subimos al cerro y desde allí vimos el complejo astronómico. Antes de volver, una furgoneta se detuvo a nuestro lado. A bordo iban tres personas vestidas con un mono gris y emblemas parecidos a los de *Star Trek*. Un tipo alto descendió, se acercó arrastrando las piernas y ella lo saludó como si llevasen años sin verse. Me lo presentó como Gustav y dijo que trabajaba allí. El hombre era parco en palabras, pero cuando oí su voz, la reconocí. Antes de marcharse, le susurró algo que casi fui incapaz de entender, salvo la última frase: "Cariño, compré más lentejas".

»De forma inmediata, cogí un taxi y me marché al aeropuerto tras explicarle que estaba al corriente de su nuevo amante. Ella lo negó, como siempre. Volví a tramitar la separación y estuvimos meses sin hablarnos. Mejor dicho, no le cogía el teléfono. No quería volver a caer ingenuamente en sus redes. Sabía que los rasgos que dominaban su carácter eran el egoísmo y la vanidad. Valoraba mucho el atractivo físico en los hombres y su capacidad como amantes. Estaba convencido de que los puntuaba. Le encantaba poner a prueba la fidelidad de los casados y presumía ante las amigas de haberlos seducido a todos. Ninguno nunca le dijo que no, información que me llegó a mí por varias de las esposas ultrajadas. Una oftalmóloga madrileña, que por culpa suya se había divorciado, me confesó que una vez la oyó decir: "Celosillo es mi marido y yo me río, porque cuando él va, yo he venido". Las mujeres la

odiaban, porque su belleza era desafiante e hiriente al presumir de atributos de los que las otras carecían. Encima era elegante, siempre le gustaba llevar sombrero. Como era alta y exuberante, le apetecía ir sin sujetador para lucir escotes hasta el límite, junto a alguna minifalda en verano para acabar de cegar a los pocos que aún conservaban la vista. Era tan provocativa que era difícil no fijarse en ella. Recuerdo que fue la primera en enfundarse un vestido tapado por delante y abierto por cada costado, de tal manera que dejaba ver por los lados la mitad del pecho. Fue la sensación veraniega y un éxito para el diseñador de moda, al que convenció para poder exhibir sus modelitos en la Pasarela Cibeles. ¡Fíjate, si era coqueta...! Te expliqué que en varias ocasiones la había sorprendido posando delante del espejo. Solía probarse prendas y ensayar diferentes movimientos y posturas para provocar, y así practicaba cómo incorporarse para dejar ingrávidos sus voluptuosos pechos y raptar mejor las miradas lujuriosas de los hombres, o cómo caminar para bambolearlos de manera más insinuante, o cómo sentarse para cruzar las piernas de la forma más sensual. Amanda era una seductora en estado puro, por eso estaba en un continuo proceso de aprendizaje de la psicología humana para perfeccionar sus estrategias de fascinación. Necesitaba sentirse deseada a diario tanto como respirar, y por eso le gustaba salir, lucirse, dejarse ver y cazar nuevas presas, y así conseguir llenar sus celdas del ego con nuevos prisioneros de sus encantos.

CAPÍTULO 42

Max, acompañado por Lucía, se reunió con el grupo y les animó a que volviesen a sentarse alrededor del lago. No quería que nadie hiciera ningún comentario que inspirase a los demás a volver a iniciar un sinfín de aportaciones. Dejó unos minutos de cortesía hasta que fueron llegando los más rezagados, entre ellos un enjuto y siempre enlutado muchacho. El maestro se levantó y les propuso que adoptaran la posición del loto, y, con voz serena y profunda, les dijo:

—Estad atentos al proceso aeróbico que vais a iniciar… y poco a poco… inspirad y espirad… colocad el reverso de las palmas de la mano sobre vuestras rodillas… unid el pulgar y el índice… la punta de la lengua debe tocar el velo del paladar… Buscamos captar en el aire la poderosa energía *prana* de la naturaleza. Recordad que es igual que ir en bicicleta, miramos al horizonte, a nuestro destino, que será el futuro, sin perder de vista el camino que elegimos para llegar allí, que es nuestro presente inmediato, el ahora. No estamos pendientes del movimiento de las piernas, o de las ruedas, o de la cadena, o del manillar. Nuestro cuerpo y nuestra mente van hacia delante con determinación, igual que la vida hacia la muerte. Lo importante no es el destino, sino el viaje.

De repente, el chico que iba de duelo abrió los ojos con desmesura. El maestro supo que la última palabra que dijo había desper-

tado en el chaval alguna idea que albergaba perdida en un rincón del subconsciente. Como el tipo era tan callado y siempre vestía de difunto, le habían apodado con el mote de *El muerto*. El muchacho manifestó:

—¡Colega, soy gótico, hipocondriaco, depresivo y veo mi futuro muy negro cuando voy ciego! Me gustaría saber, ¿es verdad lo que dice la peña, que el loto tiene propiedades mágicas con las que puedes pegarte un viaje alucinante?

Parecía que el chaval quería recorrer mundo sin salir de casa. Adela, que aseguró ser doctora, respondió:

—La magia la dejo para los prestidigitadores, pero es cierto que tiene propiedades terapéuticas, ya que contiene muchas vitaminas y minerales. También posee compuestos fungicidas beneficiosos para combatir la micosis y otras enfermedades dermatológicas. Por eso, algunos de sus principios activos son utilizados en varios fármacos, incluso la cosmética moderna se sirve de la potente encima de sus semillas para combatir los radicales libres, regenerar y rejuvenecer la piel. La fragancia que desprende provoca una gran placidez y sosiego, por lo que se utiliza mucho en los tratamientos de aromaterapia. Combate la fiebre y el dolor de reuma, es analgésica y alivia los trastornos de la úlcera gástrica, purifica los riñones y es beneficiosa para el corazón.

Mar, que aseguró ser enfermera, añadió con plena convicción:

—También es antiespasmódica, astringente y antitusígena, precisamente yo tenía una tos crónica, que no había manera de quitarme de encima, y en una herboristería me dieron un jarabe de esta planta y me desapareció en un par de tomas.

—¡Joder, tías, qué guay que es…! ¡Lo cura todo! Veo que es mogollón de bueno, resucita a un *pringao* que haya *palmao*. ¡Mola un montón!

Animada y dispuesta a hacer su aportación, Martina, que dijo ser profesora de lengua y cultura clásica, afirmó:

—En la antigua Grecia su aceite y la ingesta de sus raíces se utilizaban contra la disentería y también para contrarrestar algunos síntomas del cólera. Homero, en *La odisea*, dijo que encontró esta planta en la isla de los Lotófagos, comedores de lotos, que al inge-

rirlos les ayudaban a olvidar. Otros, en cambio, se dan a la bebida para conseguirlo. Probé las infusiones y son relajantes, generan una ligera euforia que despeja la mente sin causar adormecimiento, y esa sensación te induce a un estado de alerta tranquila, a diferencia de la tila con valeriana y pasiflora, que te deja completamente grogui.

—¡Qué chuli, piruli…! Si es tan buena para el *body*, voy a tomarla a tope, a todas horas —aseguró el raquítico espectro con demacrada ilusión.

—Lo bueno, si breve, dos veces bueno. Hay que tomar cualquier sustancia con precaución y nunca abusar de nada —advirtió la doctora.

Max repasó al individuo de arriba abajo, y pudo comprobar cómo la camiseta fúnebre resaltaba con la palidez de su andrógina cara, en la que se adivinaban unos ojos diminutos, relucientes y hundidos dentro de las órbitas de su calavera. Si este parecía un cadáver, el jesuita parecía un resucitado. Y quiso indagar en el personaje, y le preguntó:

—Por curiosidad, ¿cómo te llamas?

—Azazael es el que me aconsejaron mis camaradas.

—¿Sabes que es el nombre hebreo de un espíritu maligno del Antiguo Testamento?

—Sí, eso me dijeron, no lo sabía, pero por eso lo elegí. Quería el de Lucifer, pero ya estaba *pillao* por uno de mi barrio que está más *colgao* que una percha.

Max quiso coger la palabra al vuelo para reconducir la clase, pero el gótico se le adelantó, y con curiosidad insana, insistió en lo que a él le interesaba:

—Unos coleguis me dijeron que el loto azul provoca estados *flipaos* de consciencia, que tienes visiones alucinógenas por un tubo. ¡Qué guay…!

La doctora Adela, con disimulado enojo al ver el cariz comprometido del comentario, aseveró con un gesto compasivo:

—Hay mucha leyenda al respecto. Los científicos han descubierto que no es una flor cualquiera y que tiene muchos secretos por desvelar. Es cierto que varios laboratorios investigan sus prin-

cipios activos para combatir los efectos de enfermedades neurológicas como el párkinson, la epilepsia o el ictus cerebral, entre otros. También se experimenta la capacidad que tiene para liberar encefalina, opiáceos endógenos de nuestro organismo, y así bloquear los estímulos de los neurotransmisores del dolor que tanto mortifican a los que padecen cáncer.

—¿Opiáceos...? ¿Nuestro coco produce opio? —preguntó el joven cadáver.

El maestro no pudo resistir más e intervino.

—Sí, lo crea nuestro organismo. Ten en cuenta lo siguiente: un cuchillo puede servir para cortar las cuerdas de un secuestrado y liberarlo, o puede servir para herir o matar a alguien. Tú decides el sentido que le vas a dar a las decisiones de tu vida… si en cada una de ellas buscas la luz o la sombra… el cielo o el infierno, porque depende de lo que busques, hallarás.

El chico de ultratumba, que parecía un alma en pena, dejó que su única neurona se manifestase:

—Me dijeron que si te fumas un loto, flipas un montón… flotas un *puñao*… te desdoblas… ves cosas invisibles… te comunicas con los espíritus… con los del más allá.

—¡No te desdoblas, sino que te triplicas e incluso algunos se dividen por infinito, mientras otros se elevan a la enésima potencia tras multiplicarse por cero...!

El esquelético muchacho, que no entendía nada de matemáticas ni tenía ganas de aprender, insistió:

—Un tío, bastante *enrollao*, me aseguró que a medida que te lo tomas... se acumula... y si lo mezclas con maría tienes la sensación de que se te abre otra puerta.

—Ten cuidado, no sea que te la cierren en las narices cuando vayas a entrar —aseguró Max en un intento de calmar a aquel zombi vegetariano en su particular ruta psicodélica al otro mundo, y añadió de forma serena y tajante—: Soy médico y es verdad que el loto azul tiene un alcaloide, la lucífera, que no provoca alucinaciones, sino que tomado en grandes cantidades induce a un efecto hipnótico y sedante, siendo diagnosticado contra el insomnio. ¡A ver, majete…! ¡Escúchame bien… para que te quede

claro…! Las personas que nos iniciamos en el camino espiritual somos contrarias a la utilización de cualquier sustancia psicotrópica, opiácea o similar, porque lo que en principio parece que te libera, te acaba esclavizando, ¿vale? He visto gente con ataques psicóticos que se habían metido de todo y acabaron en un estado de enajenación mental, rozando la locura, y al final, al perseverar en su aventura suicida, acabaron de cabeza en el psiquiátrico. Los budistas intentamos conseguir el desapego a los bienes materiales y sentimentales para que estos no nos atrapen. Intentamos liberarnos de las emociones que perturban la mente para no sentirnos dominados por ellas. Por eso, no queremos depender de nada ni de nadie. Somos contrarios al alcohol y a cualquier tipo de sustancia adictiva. Deseamos ser libres, sin ataduras, dejarnos fluir, evitar el sufrimiento y hacer el bien a los demás. No busques la dicha y el placer de las atmósferas efímeras de los paraísos idílicos e irreales, porque la verdadera felicidad está dentro de ti.

—Sí… sí… joder… cómo rajas, tío… hablas tan bien, que no entiendo la mitad de la mitad... parece, según dices, que debe ser chungo estar *colocao* con eso… aunque me dijeron mis coleguis que flipabas una barbaridad, mucho más que con un porro —respondió el mozo, que parecía estar más tiempo en el más allá que en el más acá. Era evidente que por su verborrea se había tomado algo y no era un vaso de agua.

El maestro quiso captar la atención del enlutado y raquítico jovenzuelo, que tenía unos brazos tan delgados que parecía lucir los tatuajes sobre los huesos, y le dijo en voz baja, como si le desvelase un secreto:

—¡Mira, chaval! Atiende bien... que no te lo voy a repetir dos veces. Te puedo asegurar que con una continuada práctica del yoga, durante cierto tiempo, se puede conseguir mediante el control de la respiración a meditar profundamente y obtener la calma mental, o se puede alcanzar lo contrario: estados alterados de consciencia, lo que tú buscas.

—A ver, a ver… Tronco, ¿me estás diciendo que solo respirando el aire contaminado y chungo de la ciudad puedo colocarme gratis?

—Sí, pero mejor que el aire sea puro, que practiques yoga cerca del mar o de la montaña, o en algún jardín. También es bueno de vez en cuando meditar sin luz en una cueva o similar. Y eso es debido a que los últimos experimentos dicen que la diminuta glándula pineal o epífisis, que tiene forma de cono de pino o de diamante, se ilumina en la absoluta oscuridad, como si fuera una estrella situada en el centro de la gruta neuronal, entre los dos hemisferios cerebrales a la altura media de la frente. Es la que se encarga de recibir de la retina señales que son percibidas por los fotorreceptores de esta glándula, y que provoca que esta secrete por la noche la hormona melatonina, la cual ayuda a captar lo visible y lo invisible del entorno, como los periodos de luz y de oscuridad, que marcan el reloj interno que regula los ritmos circadianos o biológicos que controlan los patrones de vigilia y sueño, e inducen a una regeneración celular completa, al considerarse esta hormona como el mayor antioxidante que elabora el organismo para combatir el envejecimiento del cuerpo. ¿Te queda claro...?

—Sí… me parece que sí, o no… no sé, así al tomar esto nunca serás viejuno. Es que hablas mucho y complicado. Me va a estallar el coco... me has hinchado la pelota mogollón, sí, sí, la cabezota me duele, pero mola. ¡Ufff! Solo escuchándote, creo que me puedo colocar.

Dispuesto a salvarlo de la fosa, Max quiso echar una mano a aquel joven que parecía el invitado a una misa de réquiem en la que él estaría *in corpore insepulto*:

—Te diré también que esta sustancia interna contrarresta el efecto *jet lag* o síndrome de insomnio por desfase horario provocado al realizar viajes intercontinentales en avión y, de la misma forma, es capaz de percibir la actividad geomagnética de la Tierra tocada por las tormentas solares y cómo estas influyen negativamente en la psicobiología humana.

El chico parecía haberse convertido en una estatua. Estaba como obnubilado al intentar entender algo. Tenía la mirada fija en los ojos y la boca del maestro, como si esperase la mágica palabra que lo despertase del trance.

Max tomó aliento e inspirado se lanzó a tumba abierta, dispuesto a convencer a aquel enterrador de sueños:

—¡Shhh, atiende, shhh, que te voy a confesar un secreto...! Al irte a la cama... cierras los ojitos, y la glándula pineal no solo elabora y segrega la melatonina, como acabo de explicarte, sino también libera algunas moléculas de dmt, dimetiltriptamina, un neurotransmisor que induce a que tengamos sueños visuales, de los que nos acordamos al despertar. Es un alcaloide que se encuentra en la naturaleza, en concreto en varias plantas y lianas que utilizan los chamanes de pueblos indígenas de la Amazonia para mezclarlas y, tras la decocción, elaborar un asqueroso mejunje al que se denomina ayahuasca o la soga del muerto, considerada por ellos como una bebida sagrada, que ayuda a producir una conexión interna con la dimensión espiritual. Dicha sustancia es secretada por nuestro propio organismo de manera endógena por la noche, mientras dormimos, y ha sido bautizada por los científicos con el sugerente nombre de la molécula de Dios. Los resultados de las investigaciones de la neurociencia han demostrado que ese compuesto se libera de forma más intensa al tener experiencias cercanas a la muerte y también durante la práctica profunda, depurada y perfecta del yoga. ¡Se puede llegar al mismo sitio por senderos diferentes! ¿Te queda claro?

El zombi estaba con la boca abierta y se le caía la baba al pretender procesar las explicaciones que Max acababa de darle. Los ojos parecían salírsele de las órbitas, como esos de broma que agarrados a un muelle danzan con estrabismo sin control. Y tardó en responder:

—¡Sí, sí, flipas, tronco...! ¡El aire te coloca y dentro del cuerpo tenemos droga! Por eso... a veces voy *empanao* sin meterme *na*.

—Antiguamente e incluso ahora, cuando un monje se encierra durante días en una gruta en la oscuridad para iniciar un proceso intenso de oración o llevar a cabo prácticas de meditación profunda, entra dentro de sí y consigue liberar de su organismo esa sustancia. No es de extrañar que los santos, los profetas y los visionarios hayan vivido manifestaciones espirituales cuando se han recluido en la soledad de una cueva, en donde aseguraron haber

tenido alucinaciones, sueños lúcidos, revelaciones místicas y religiosas hasta llegar al éxtasis, que yo igualmente he sentido sin llegar a tomar nada.

—¡No me jodas...! ¡Éxtasis gratis! Y los capullos de mis coleguis tienen que mangar pasta a su vieja para poder ponerse de farlopa hasta el culo. Pero, ¿eso es cierto o va de coña? ¿Has tenido una experiencia así…? ¡Qué pasada…! ¡Yo también quiero sentir eso…! ¡Debe de ser un alucine de cojones y encima de balde! —respondió aquel tipo con cara de fiambre, al que parecía que alguien le había saltado la tapa de los sesos y asistía a su propio velatorio.

—Sí, he alcanzado en varias ocasiones y en diferentes experiencias ese punto de expansión de la consciencia en que se abre la ventana de la mente de manera clara y atenta. Notas la disolución del ego, ves lo que no se ve, entiendes lo ininteligible y se desvanecen las sombras al encenderse una llama de luz que ilumina tu oscuridad. Esa es la razón por la cual se relaciona la glándula pineal con la visión simbólica del cíclope. En el hinduismo, con el *ajna* o sexto *chakra* del *kundalini yoga* o tercer ojo, y también con el séptimo *chakra*, la corona o aura. Y en el taoísmo se considera a ese lugar del cerebro como el refugio del alma.

De repente, el chico cadavérico se mareaba, se levantó taciturno y desorientado y se alejó delirando. De golpe, le sobrevinieron varias náuseas y empezó a vomitar de forma descontrolada. Algunos, en broma, decían que le salía humo de la cabeza. Parecía que había tomado ayahuasca mezclada con peyote y hongos alucinógenos, pues la reacción le había sentado fatal. Enseguida, la doctora Adela y Max fueron en su ayuda junto al resto del grupo. El chico balbucía frases propias de la sinestesia, como que olía el color azul y escuchaba cómo las palabras le hablaban mientras flotaban en el aire. Eran síntomas claros de haber tenido un mal viaje con LSD mezclado con algo más. Gracias a aquella intoxicación, estaba realizando un buen lavado de estómago. Max invitó al grupo a dar una vuelta por el bosque y regresar una hora más tarde para decidir si suspendían la clase. Las arcadas del chico remitieron y tumbado en la hierba controlaron la tensión y su ritmo cardiaco. Al ver que padecía hipertensión y taquicardia lo trasladaron al albergue. Allí

la doctora sacó de su maletín unas ampollas de betabloqueantes que mezcló con un vasodilatador y le inyectó 20 miligramos por vía intravenosa. A la media hora parecía que se encontraba mejor, incluso quería regresar para no perderse la sesión de yoga. Max le dijo que no se preocupara, que le haría una particular cuando se encontrase mejor. Dejó al paciente en manos de la doctora y su marido, y con los números de teléfono de la ambulancia apuntados en la libreta, por si el chico empeoraba y había que ingresarlo. Parecía que sus constantes vitales respondían bien, ya que con humor culpó de su cuelgue a la perorata que su maestro le dio, que con su verborrea le había machacado el cerebro hasta dejarle ko. Con remordimientos de conciencia, Max se disculpó y le dijo que quizá tenía razón, que con el ansia de darle argumentos para que no cayese en el infierno de las drogas, puede que se hubiese excedido un poco al propinarle una buena paliza mental hasta dejarlo fuera de combate, completamente noqueado.

El chico, sin perder el humor, le confesó, ya sin la lengua trabada:

—¡Tío, eres el puto amo del yoga, pero hablas por los codos! ¡Cómo rajas…! ¡Ni que hubieras comido lengua! ¡Estoy muy *rayao*, me has machado tanto el coco que me va a explotar! ¡Eres peor que el predicador de mi pueblo, del que decían que una vez enterrado sermoneaba a los muertos del cementerio, muchos de los cuales estaban arrepentidos de no haberse incinerado antes...! Te juro que ha habido un momento que he suplicado a Buda que te dejara mudo.

—No te preocupes, chaval, quizás en la próxima reencarnación lo sea.

—Ya no me importará… En la próxima, he pedido ser sordo.

CAPÍTULO 43

Max acompañado de Lucía volvió al lago y esperó a que el grupo regresara. Durante el trayecto comentó con ella lo que había sucedido y le dijo que era previsible, pues al joven gótico le faltaba estructurar las frases, señal de que tenía un pensamiento fragmentado, divagaba en sus argumentos extraños e inconexos. También le delató su obsesión por conocer las propiedades psicotrópicas de la flor.

Como habían quedado a las once para retomar la clase y faltaba más de media hora, la gente se había desperdigado: unos hacían fotos, otros, recogían plantas o frutos del bosque, y los más atrevidos se habían ido a explorar los alrededores. Lucía albergaba una profunda desazón por saber las razones de la ruptura sentimental con Ágata, con la que había sido tan feliz, por si la relación definitivamente estaba acabada o quizá cabía la posibilidad de que la volviesen a reanudar. Dispuesta a disipar aquella duda que la corroía por dentro, le preguntó con cautela:

—Al final, ¿cómo terminó tu historia de amor con la profesora de yoga?

Max desvió la mirada, se le entristeció el semblante y, con parsimonia, regresó al desván de la memoria en busca de los recuerdos aún no olvidados. Con voz lacónica, le dijo:

—¡Qué época tan dichosa…! Como te expliqué, íbamos por

las mañanas a los jardines y parques de Montjuïc a practicar taichi, hatha yoga y kundalini. Al salir del trabajo, solíamos asistir a charlas sobre cómo encontrar soluciones a los problemas cotidianos a través de las enseñanzas del *Dharma*, impartidas en el centro budista Serchöling de Barcelona, vinculado al de Panillo, al que nunca había ido. Fue en la capital condal donde me inicié en la meditación. Con ella intentábamos evitar ir a los seminarios de la Casa del Tíbet, ya que era el lugar donde trabajaba y podíamos coincidir con sus alumnos, lo que hubiese resultado un poco incómodo. Un día a la semana nos reuníamos con un grupo de amigos budistas para compartir la proyección de alguna película de temática espiritual, y luego comentar nuestras impresiones en una especie de cinefórum en que degustábamos masitas de dulce de leche o de pasas con diferentes tipos de té. En otras ocasiones, realizábamos tertulias sobre algún nuevo libro, y hubo uno que realmente fue inspirador. Se trataba del que escribió Bokar Rinpoché: *Un corazón sin límite*, de la editorial Chabsöl. Estuvimos hasta altas horas de la noche intercambiando pareceres sobre los siete puntos de trasformación de la mente que propugnaba el texto, según antiguos escritos tibetanos del siglo XII, en que se enseñaba a mutar los venenos del alma y convertirlos en vacunas que inmunizaran y fortaleciesen el espíritu.

—Si cada vez estabais más compenetrados y teníais más afinidades, no entiendo cómo pudisteis dejar vuestra relación —aseguró Lucía con un gesto facial de incomprensión.

Max levantó las manos y le pidió calma para explicárselo.

—¡Mira… hay que vivir el presente! Creemos que sentimos igual que lo que siente el otro, y no siempre sucede así. No tenemos en cuenta el concepto de impermanencia, de que todo está en continuo cambio. A veces, la persona que amas y con la que compartes tu vida evoluciona en el mismo sentido o en el contrario, por lo que al final los caminos pueden acabar divergiendo. Tengo que confesarte que nuestra relación se mantenía en una felicidad en perfecto equilibrio. El cariño y la ternura afloraban en cada detalle diario. Hicimos una buena

amistad con el monje Ricard Rotllàn e íbamos muchos sábados a Calella, al centro budista Diki Ling, en la calle de las Almas, nombre apropiadísimo para tales prácticas, y realizábamos seminarios de Chenrezig o Avalokitesvara, el Buda de la gran compasión. Las meditaciones constaban de cuatro sesiones de recitaciones, junto a la lectura de textos del erudito Shantideva para desarrollar la sabiduría y la confianza. Durante cinco años, estuvimos tan enamorados que conseguí olvidarme por completo de mi exmujer. Recuerdo que en el último cumpleaños de Ágata, le regalé el libro *Esta preciosa vida* de Khandro Rinpoché, una de las maestras de meditación tibetana más reconocidas en el budismo y abadesa de un monasterio de monjas en la India. Encima, le avisé de que en breve tenía previsto dar una conferencia en Barcelona. Fuimos y realmente nos dejó impresionados por la ternura, bondad y encanto, no exento de dulce humor, con que trasmitía sus vivencias y de las que había extraído clarificadoras enseñanzas. Hizo mención de la valiosa importancia del nacimiento, la transitoriedad de la vida, la realidad del sufrimiento y la ineludible ley del karma: causa y efecto.

La noche de nuestro quinto aniversario invité a Ágata a cenar para pedirle que se casara conmigo. Había comprado un anillo con simbología budista. Ella vino con un gorro de lana de color rojo con una borla encima calado hasta las orejas. Antes de que empezara a hablar, me dijo que tenía que darme una noticia muy importante, y afirmó con aplomo: «En los últimos meses, he tenido sueños lúcidos en los que sentí la llamada de Buda. Conocer a Khandro, esa excepcional maestra espiritual, me acabó de decidir, y más cuando dijo que nuestra vida era una semilla de luz que se podía sembrar en la existencia de muchas otras personas. Esta noche me voy a la India, y de allí a Nepal, como novicia, y espero más tarde ordenarme como monja budista para ayudar a cuidar de un orfanato cerca de Lumbini, aquel lugar que visitamos una vez en compañía de nuestros amigos Shivani y Nicolás. No te has dado cuenta, pero desde hace unas semanas te he estado preparando para superar

los apegos y que no te aferraras a mí. Ahora tienes que ponerlo en práctica. Dejar que fluyan los sentimientos. Te quiero y si tuviese que compartir mi vida con alguien, lo haría contigo. Pero algo superior me reclama. Lo siento mucho. Creo que ahora estás en disposición de superarlo». Se quitó el gorro y me mostró la cabeza: se había cortado el pelo al cero.

—¡Qué fuerte...! ¿Cómo te quedaste? ¡Es tremendo lo que me explicas! ¡Vaya colapso emocional! —sin salir de su asombro, Lucía no paraba de hacer exclamaciones sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—¡Imagínate…! ¡Me quedé de piedra…! Ella se levantó, cogió la talega que guardaba en recepción y me dijo que no la acompañase al aeropuerto para que la despedida no fuese más triste, y que en la puerta le esperaba un taxi. No lo consentí y fuimos juntos. Tenía el billete solo de ida y los visados correspondientes. En un lavabo delante de la puerta de embarque se cambió. Salió vestida con una túnica granate y unas sandalias. Llevaba en la mano una bolsa de plástico en la que había metido los pantalones tejanos, la blusa y los zapatos, y todo lo tiró en una papelera. Era evidente que no iba a utilizar nunca más aquellas prendas. Abrió la talega y me enseñó el sobrio equipaje que llevaba: una túnica de recambio, un cinturón de paño, aguja e hilo para coser y zurcir la ropa, una cuchilla para raparse la cabeza y un cuenco para mendigar alimentos. Nos abrazamos con la convicción de que era una despedida para siempre. Cruzó los controles y desde el otro lado de la mampara me dedicó el último beso, dejando marcados sus labios en el cristal. La imité con una congoja en la garganta. Ella estaba algo afligida, pero al mismo tiempo, ilusionada, pues su rostro albergaba el inicio de una nueva aventura que iba a emprender en la otra punta del planeta. Fue la despedida más triste de mi vida y allí me quedé de pie, petrificado durante la noche entera, sin poder asumir que no la volvería a ver nunca más.

—¿Y no supiste nada de ella? —quiso saber Lucía, que no salía de su asombro. Le parecía increíble que una persona cambiase de forma radical su vida. Y encima mientras mantenía una

relación sentimental con alguien a quien amaba. Encontraba alucinante aquella decisión tan precipitada.

—Meses más tarde, en Navidades, me escribió una carta en la que me decía que era muy feliz. Aseguraba que vivir en la pobreza y dar clases a los niños huérfanos le hacía sentir realizada espiritualmente. Sus palabras eran tan sinceras que me di cuenta de que no podía albergar ninguna esperanza y de que mi vida necesitaba continuar hacia delante.

—¿Y qué hiciste para superarlo? —interrogó ella perpleja por aquel imprevisto final.

—A partir de entonces, intenté encontrar dentro la felicidad que buscaba fuera.

CAPÍTULO 44

La gente regresó al lago y se colocó en el sitio que tenía antes, y el maestro comenzó la clase que había retrasado por culpa del chico gótico.

—¡Venga...! Inspiramos… espiramos con suavidad… relajamos los músculos… liberamos tensiones... Ahora iniciaremos la práctica del *kundalini yoga*, y para ello deberemos proyectar en la mente varias zonas del cuerpo. Tenemos siete *chakras* y cada uno de ellos son centros por donde la energía *kundalini* fluye hasta conseguir equilibrarlos. La respiración os ayudará en este proceso para despertar con lentitud el magma volcánico que se concentra en la base de la columna, y entra en reposada erupción hasta que inunda los canales de la médula espinal y forma ríos incandescentes que recorren las terminaciones nerviosas. —Prosiguió—: Desde la antigüedad se ha identificado cada *chakra* con alguno de los colores del espectro visible, es decir, los del arcoíris. Os sugiero que a medida que ascendáis los visualicéis en su gama cromática para identificarlos mejor. También os voy a recomendar que sintáis la palabra que los definirá y la coloquéis en ese centro.

—¿Despertar esa energía puede ser peligrosa? —inquirió el bróker bastante adverso al riesgo.

Max le advirtió que era un yoga muy potente y se tenía que ir

con mucho cuidado. Una vez vio que la gente se lo tomaba en serio, inició las explicaciones:

—Empezamos. El primer *chakra* o *muladhara* lo vincularemos con la tierra. Corresponde a la frase «yo tengo». Se encuentra en vuestro hueso sacro, donde yace dormida la energía kundalini, como una serpiente de lava ígnea enroscada sobre sí misma a la espera de despertar. Ahora tendréis que imaginar los lugares donde se ubica cada *chakra*, como si fueran peldaños de una escalera que tenéis que subir. Al mismo tiempo, deberéis incinerar los obstáculos que os interrumpan el paso. La mayoría de ellos son emociones negativas como el miedo, la culpa, el odio y muchas más que se interpondrán en vuestro camino. Intentad superar esos rasgos del carácter, que son iguales que rocas que impiden a la energía avanzar. Al eliminarlos, notaréis como en ese punto, en el que los calcináis, se concentra un intenso y penetrante calor.

Mediante muecas, algunos de los alumnos evidenciaron que no sabían dónde estaba el sacro… y el maestro, con suma paciencia, especificó:

—Estáis sentados encima… en las nalgas… en medio de los glúteos…

—¿Te refieres a la rabadilla del culito…? —comentó un gracioso con ademanes de gay amanerado, mientras Teo, algo exhibicionista, se bajó un poco los pantalones para enseñarlo.

—Sí, más o menos, en la época de la censura se decía «ese lugar donde la espalda pierde su nombre». Es el comienzo de la columna vertebral, encima del cóccix. Hace miles de años que se le considera un hueso sagrado, de ahí su nombre. Está estructurado por la soldadura de cinco vertebras que forman una pirámide cuadrangular, con unos orificios simétricos por los que asciende la raíz de varias fibras del sistema nervioso central y periférico, que se despliegan por la espina dorsal para regular la acción sensorial y motora del organismo. En el Egipto de los faraones tuvieron muy en cuenta este hueso y el secreto que dormía en las entrañas de su pirámide ósea, pues esa zona es la del perineo, relacionada con los órganos sexuales de donde nace y emerge la poderosa energía de la vida. Dicen que uno de los secretos de la reina Cleopatra fue saber estimular esa zona

erógena en sus amantes. Las personas que tienen emocionalmente bloqueado ese centro tienen dormido el instinto genético de la propia supervivencia y de la perpetuidad de la especie. Manifiestan un comportamiento decaído, apático, triste, desanimado y deprimido. Por favor… visualizad esa zona de color rojo pasión… concentraos y empezad con una profunda respiración... la energía se activa... la serpiente ígnea se despierta y empieza a reptar por la columna vertebral inundando los tres canales o *nadis*… Poned la atención en ella... con respeto y prudencia... debéis entrar en una profunda relajación... poco a poco... es un proceso que necesita su tiempo... sentid el calor de la silla de fuego... y visualizad su ascensión… no forcéis el cuerpo... tiene que ser de forma natural... buscad una evolución armónica... Hay practicantes que tardan meses y años en conseguir llegar al último *chakra*, el de la corona, otros no lo consiguen nunca. No os preocupéis, puede que no sea el método más adecuado para vuestra naturaleza. Por favor... disfrutad del viaje... sentid esa maravillosa experiencia... simplemente... dejaos llevar... calmad vuestras ansiedades... Quizás ahora no sea el momento adecuado, pero con el tiempo y la práctica habitual os puede conducir a un cambio de conciencia.

Max estaba satisfecho al ver que se lo tomaban muy en serio y seguían con disciplina sus consejos. Mientras les daba tiempo recordó cuánto le costó desbloquear dicho *chakra* después de su divorcio. Fue Ágata con sus masajes íntimos quién le reactivó su aletargada energía sexual. Y su volcán interior despertó con una fuerza, un deseo y una pasión desbordante como nunca antes había experimentado. Aún recordaba cuando en el Palau Sant Jordi, en la visita del Dalái Lama, mientras María del Mar Bonet entonaba la melodía gregoriana de la *Sibila*, tuvieron la necesidad imperiosa de ausentarse al lavabo y hacer el amor de manera apasionada. En el momento que el canto llegó a entonar las sobrecogedoras estrofas sobre el fin del mundo, en las que las montañas se funden, los fuegos incendian los ríos y mares, y los peces dan un gran grito, ellos soltaron un estremecedor gemido de placer, y el orgasmo se confundió con el alarido del juicio final. No les quedó remordimiento de conciencia, el cántico había estado prohibido durante siglos por herejía.

—El segundo *chakra* lo definiría con la frase «yo deseo». El símbolo más apropiado sería el del agua, el fluir de la energía sexual... relacionado con las gónadas masculinas y femeninas... vinculado con el deseo carnal armonioso... Está en la parte baja del abdomen, ubicado a la altura de la próstata, por detrás del ombligo. Visualizad esa zona con el color naranja... Algunos se quedarán ahí bloqueados por padecer conflictos emocionales derivados de la sexualidad, quizás ahora no lo resolváis, pero más adelante puede que necesitéis la ayuda de un psicoterapeuta para intentar superarlos. También os irá bien la práctica habitual de este yoga siempre que lo hagáis bajo la supervisión de un maestro. Respirad... concentraos en esa zona concreta...

Max recordó cuando hizo el amor por primera vez con Ágata en Sant Joan de Fábregas, y cómo a partir de entonces ella le enseñó a activar aquel segundo *chakra* para hacer el amor de una manera diferente, dando la importancia que tenía al acto en sí mismo. Durante el tiempo en que vivieron juntos, cada fin de semana convertían la habitación de su piso en un templo, y la cama, en un altar rodeado de velas de perfumes exóticos. También dejaban al lado pequeños frascos de aceite de esencias de maderas de Oriente, canela, azahar, mandrágora, jazmín, lotos y aloe vera, siempre mezclados con unas gotas de almizcle para potenciar sus fragancias. Quemaban en sahumerios diversos inciensos, entre los que se encontraba el sándalo, el benjuí, el *opium*, el *musk* y el mágico *kifi*, y utilizaban uno u otro en función del estado de ánimo del momento. Sembraban multitud de cojines por la estancia y sin demora se producía el encuentro tan anhelado, derritiendo la piel en caricias y los labios en besos. Así, la noche entera era un preámbulo infinito, un derroche de ternura durante horas hasta llegar al borde del placer y mantenerse allí en el abismo, observándolo sin caer, atrapado en ese balanceo que tiene el instinto por saltar para liberar de una vez el deseo reprimido, pero sin dejar de disfrutar de la fugaz eternidad del momento, de estar en el límite, en esa continua y plácida agonía sensual que al final multiplicaba el gozo de ambos. Fue entonces cuando Max entendió que el sexo tántrico que ella le enseñaba, como si fuera

la dominante y seductora diosa Kali, era una forma dinámica de meditación, pues envolvía el deleite hasta desvanecer el tiempo en el placer.

El maestro anunció el siguiente nivel al que llegaba el ascensor ígneo:

—En el tercer *chakra* utilizaría la frase «yo puedo». Está a la altura del plexo solar… visualizadlo con el color amarillo... Respirad... absorber la energía de la luz solar que al encontrarse con la *kundalini* os ha de transmitir una enorme vitalidad... Sentid que es el lugar donde se acumula la fuerza de voluntad… Dejad que el fuego consuma las preocupaciones y las emociones negativas... La disciplina os ayudará a tirar hacia delante… y os crecerán las ganas de cumplir los sueños…

Max se quedó pensativo. La última frase que acababa de pronunciar, le había evocado el recuerdo de cuando unos amigos de una asociación de invidentes le pidieron que les acompañase de excursión a visitar la mítica colina de aquel valle. No pudo negarse. Era su sueño. Al llegar tuvo que organizar una cordada para que ninguno se cayera. Todos los ciegos ascendieron a la montaña cogidos de una cuerda. No deseaban ver el paisaje, sino respirar la altura, sentir la caricia de las nubes, tener la sensación de estar cerca del cielo.

—El cuarto *chakra* —prosiguió—, lo expresaría con la frase «yo amo», y se simboliza con una flor de loto de doce pétalos. Está en el centro del pecho, en el corazón, y lo abrimos sin miedo a la entrega... con respiraciones profundas para despertar la bondad... la empatía... la compasión... la generosidad... A medida que nuestro ego mengua, aumenta nuestro amor hacia los demás... Representa los buenos sentimientos… y lo visualizamos con el color verde de la armonía y de la esperanza... Pensad en las personas que queréis... También las que se han distanciado... y con las que estáis enfadadas y con las que os gustaría hacer las paces y olvidar rencores... Borrad resentimientos... Imaginad que las abrazáis con ternura... con cariño sincero... para decirles tantas cosas desde el corazón que nunca les dijisteis... Pedid perdón siendo el ofendido, y amad a quien os odia para sentiros doblemente amados.

Hizo una larga pausa mientras observaba a los alumnos concentrados. Max recordó lo mal que lo pasó al llegar a este *chakra*, pues debía tener algunas heridas en el corazón todavía no cicatrizadas que le causó su exmujer en los últimos tiempos. Recordó que tras separarse de ella por el desagrable episodio de su amante espacial, le telefoneó Almudena, una amiga suya que era neuróloga en una clínica privada de Madrid. Estaba más que indignada, furiosa contra Amanda, la gran arquitecta, de la que dijo: "Tu exmujer es una lujuriosa insaciable que se acuesta con todo quisqui, entre ellos, descerebrados porteros de discoteca, camareros canallas, musculosos con seso de mosquito, perdonavidas de cementerio, hampones de farándula, sacatrapos enriquecidos con el cotilleo, aves de rapiña a la espera del cadáver, aristócratas de medio pelo, banqueros atracadores de sus bancos, gente de mal nacer y de buen vivir. Se lleva a la cama a la flor y nata de la capital del reino de España, y entre ellos, a mi marido."

Max no quiso creer sus exageradas acusaciones, porque sus palabras destilaban demasido odio, estaban llenas de furia y de ese instinto vengativo de las esposas despechadas que están dispuestas a cometer cualquier locura contra las amantes de sus esposos. Max intentó calmarla, pero ella le colgó con rabia al detectar que no le había convencido.

Dejó aparcada en el olvido aquella triste conversación. Pensó en algo más agradable como fue cuando conoció a Ágata. Fue providencial haberse enamorado de aquella maravillosa mujer que le condujo con maestría y seguridad por los caminos del yoga. Nunca olvidaría las múltiples aventuras por la montaña de Montjuïc, como el día que descubrieron asombrados los jardines de Mosén Cinto Verdaguer, de inspiración oriental. Estaban compuestos por un conjunto de estanques que bajaban escalonados por la falda de la montaña hacia el mar, y cuyas aguas tranquilas albergaban multitud de plantas acuáticas entre las que destacaban nenúfares, lirios, ninfas y narcisos. Fue allí, bajo un cedro del Himalaya, árbol que habían importado del Nepal, donde ella le inició en el *kundalini yoga*. Aquel lugar era el más propicio, pues la simple contemplación del verde luminoso de la ladera de la montaña que desembocaba en el azul del mar, le trasmitió la armonía que buscaba.

Regresó al presente e interrumpió aquella quietud para revelarles las características del siguiente nivel.

—¡Escuchad…! En el quinto *chakra*, utilizaría la frase «yo hablo». Intentad visualizarlo con el color turquesa. Inspirad... espirad... Debéis situarlo en el área de la garganta… Vinculado con la escucha..., la consciencia y la comunicación... y también con el arte de hablar con los silencios y callar con las palabras... Es necesario comunicar con el lenguaje verbal lo que ayude a los otros, pues al revelar con la delicadeza necesaria las emociones y sentimientos nacidos del corazón… os liberará... Recordad que la palabra es mágica, por su continente y por su contenido, es una forma de energía que puede trasformar a los demás si es pura y sincera... A quien miente y engaña, la mente le bloquea este centro... quien expresa o verbaliza sus sinceros sentimientos, entrega algo de su propia alma.

Los alumnos avanzaban en su proceso introspectivo. Max rememoró el fin de semana que estuvo con Ágata y unos amigos en una cueva en la playa de Tossa de Mar. Allí Mona les deleitó con un concierto de cuencos tibetanos. La mayoría optó por tumbarse a la entrada sobre la arena para contemplar el cielo estrellado y sentir las olas. Ágata le pidió que repitiera primero el mantra ham, y más tarde, internamente, la letra e para despertar a través de la tiroides el oído mágico. Lo hicieron durante un buen rato hasta quedar mudos. Después, ella levantó la mano y puso el dedo índice y corazón sobre su garganta, en los lugares precisos, y guio a los de Max, hasta que sus yemas captasen aquella música mántrica e hipnótica que hacía vibrar sus cuerdas vocales. En el fondo, el sonido de fuera se le reproducía por dentro, y estremecido por el fenómeno de la resonancia, se dio cuenta de que su ser se convertía en eco consciente, y sintió cómo se despertaba y entraba en sintonía con el de ella, y ambos percibían al unísono la música de las esferas y conectaban con el sonido de fondo del universo.

El maestro, antes de que sus alumnos se petrificaran al enfriarse la metafórica lava que los recorría por los canales energéticos, les desveló lo siguiente:

—Ahora vais a entrar en el sexto *chakra*, *ajan*, que está localizado en medio del cráneo si se mira desde arriba, y si se observa por

delante, está a la altura del centro de la frente. Es conocido como el tercer ojo. Está relacionado con la glándula pituitaria, y también con la pineal, de la que ya hemos hablado durante un buen rato esta mañana. Aquí confluyen los tres ríos de energía que han ascendido por la espina dorsal... Ya me doy cuenta de que algunos se han quedado bloqueados por el camino. No os preocupéis... donde estéis, reflexionad sobre las emociones que os perturban... En cambio, los que hayáis llegado hasta aquí, debéis visualizar este centro de energía con el espectro cromático que va del azul índigo al violeta... Está vinculado con el sexto sentido, la intuición, esa inteligencia instintiva que tenemos para percibir las cosas y entenderlas sin pensarlas, pues a través de él se capta lo invisible. El que tiene abierto el ojo de la mente goza de una sensación de trascender la conciencia pensante para alcanzar la espiritual. Notaréis que os habéis iniciado en el despertar.

Observó a Lucía abstraída en la práctica, y como la luminosidad le hacía resplandecer el rostro. Recordó los días que había compartido con ella. Sabía que era en la insignificancia de los detalles donde se descubría la verdadera dimensión de la sensibilidad de las personas. Fue consciente de que a medida que la conocía, más enamorado estaba de ella. Era la mujer con la que le gustaría compartir el resto de la vida y de sus futuras reencarnaciones.

—¡Escuchad…! —exclamó el maestro—: El séptimo *chakra*, es el superior… Está en la coronilla… Es el que se asocia únicamente con la glándula pineal... y si os acordáis, ya explicamos detalladamente que secreta la hormona de la melatonina junto a otra sustancia "especial". Dicen que es el canal de conexión con Dios… Visualizadlo con el color violeta… Sentid cómo la energía fluye desde abajo hacia arriba. No dejéis de repetir por dentro, una y otra vez: «Nada de fuera me va a perturbar». La mente se despejará… y sentiréis cómo los velos de las preocupaciones caen… se desvanecen… y un remanso de paz aquieta vuestra ansiedad… La conexión de los dos hemisferios cerebrales se armonizará… y los que hayan llegado hasta aquí experimentarán la conciencia pura sin las manipulaciones del pensamiento. Notaréis que una luz blanca inunda vuestra esencia que trasciende… Intuiréis que una claridad circular os envuelve

la cabeza como una aureola, por lo que no es de extrañar que este *chakra* se llame el centro de la corona, pues en la glándula pineal es donde se refugia el alma que resplandece.

El maestro contempló el semblante de cada uno de sus alumnos e intentó adivinar en qué lugar se habían quedado atrapados. Dedujo que varias personas habían llegado hasta el último por el fulgor de sus caras. Max recordó su propia experiencia, cuando notó cómo el universo interior y exterior, empezaban a sincronizarse en un estado en que percibió que el infinito confluía en el ser. Y entonces se dio cuenta de que todo estaba conectado, y que el mundo de dentro y de fuera formaba parte de la misma unidad, del absoluto.

El maestro dispuesto a concluir, les reveló con voz sibilante:

—¡Sssshhh...! No es casual que estemos alrededor de este lago, donde las flores de loto sobresalen un palmo del agua y dan la sensación de pureza mística, de levitar. Dicen que algunos viejos yoguis de la India, tienen la capacidad de captar lo imperceptible, de llegar a visualizar la energía *kundalini* mientras asciende por la espina dorsal, metafóricamente incandescente, y parece dibujar, para compensar el calor, plantas acuáticas que al enfriarse dejan tatuada en la piel alguna flor de loto azul, invisible a la mirada.

Lucía abrió los ojos como platos, lo miró sorprendida y fascinada. ¡Había descubierto su secreto...! Era evidente que Max tenía capacidades mágicas y asombrosas. Ella, como tenía la espalda al descubierto, se sintió desnuda y se la cubrió con un chal.

—Ahora, al regresar —dijo él—, realizaremos lo mismo que hemos hecho al venir hacia aquí. Atravesaremos el bosque y en vez de abrazar los árboles de la misma manera, os descalzaréis para hundir los pies en la tierra. Luego os daréis la vuelta para apoyar la espalda, de manera que por vuestra columna vertebral, como si fuese un canal, que en el fondo lo es, fluya vuestro exceso de energía por el tronco hacia las raíces para descargarla en la tierra. De esa forma, os sentiréis completamente llenos de vacío y dispuestos a volveros a llenar.

CAPÍTULO 45

Regresaron al albergue a media mañana. Aún faltaba un buen rato para el almuerzo, ya que la comida iba con retraso, según figuraba en un cartel colocado en la puerta. Casi en procesión, subieron a los dormitorios para ver al chico gótico y comprobar si se había recuperado. Parecía que estaba mucho mejor, pues no paró de hacer bromas. Max, antes que se desperdigaran los alumnos, les recordó lo siguiente:

—Esta tarde realizaremos unas meditaciones con mantras. Recomiendo que compréis el *mala* largo, rosario budista para contar oraciones, en la tienda que hay frente al templo. Si alguno lo prefiere, puede adquirir el mala de pulsera, sin embargo, para nuestra clase os irá mejor el otro. La mayoría de ellos son de madera de sándalo. También servirá a quienes más adelante hagan el curso de introducción a la meditación budista. El que quiera puede pedir a un monje que se lo bendiga. En la práctica del yoga no será necesario ese requisito, aunque siempre es de agradecer la energía espiritual que puedan trasmitir personas tan realizadas como las que residen aquí. Yo os aconsejo que esta tarde, cuando acabe la sesión de mantra yoga, asistáis a la *puja* de las siete dirigida por el lama Sönam Wangdü, y al concluir le podréis pedir que os santifique el mala.

Lucía cruzó su mirada con él y sin mediar palabra, telepáticamente, quedaron en verse en la *estupa,* como empezaba a ser ha-

bitual. Cada uno fue por un camino diferente, para disimular. No tardaron demasiado en reencontrarse y en ese momento se toparon con el sonriente lama Phuntsok, al que hicieron la pertinente reverencia. Max aprovechó tal circunstancia para sacar del bolsillo un rosario de cuentas de color turquesa y le pidió que se lo bendijese. El lama no tuvo escapatoria y casi soltó una carcajada al visualizar con antelación sus emotivas intenciones. Entonces, hizo la recitación del mantra *Om rutsi ramani parwtaya hung* y quedó consagrado. A continuación, Max esperó a que se fuera, y con premura, como si le quemase en las manos, se lo entregó a ella con cierto nerviosismo, y le expuso:

—¡Toma…! Te regalo este mala. Está hecho de turquesas extraídas de las montañas de Nagari-Khorsum, en el oeste del Tíbet, y bendecidas sobre las raíces de una gran higuera que hay al lado del templo Mahabodhi de la India, en recuerdo del árbol Bodhi bajo el cual Buda llegó a la iluminación. Eso es lo que me dijo el maestro de meditación que me lo regaló en Benarés, como agradecimiento por curar la vista a su hijo. Nunca lo utilicé, porque estaba convencido de que no era para mí, sino para dárselo a alguien muy especial. Creo que tú eres la persona que debe tenerlo, pues el color azul cielo de los lagos del país de las nieves es el mismo que refleja tu alma.

Ella se emocionó sobremanera y se acercó para darle un beso de agradecimiento en los labios, pero el lama Phuntsok apareció de la nada con un ataque de tos. Debía haberse atragantado con sus sonrisas y, sin querer o a propósito, rompió el encantamiento romántico del instante.

Ella adujo con un tono de añoranza infantil:

—Se parece al rosario cristiano de mi madre, que rezábamos juntas durante horas cuando yo era pequeña. A mi abuelo, que era agnóstico, le enfurecía que me adoctrinase. Recuerdo que, al igual que este, tenía una sarta de bolitas o cuentas, separadas en grupos de diez por otras más grandes y acababa en una crucecita. Llegué a recitar tal cantidad de padrenuestros, avemarías y glorias que incluso en sueños los repetía sin parar. Creo que cubrí mi cupo de sobra y a medida que me hice mayor perdí la costumbre

y la práctica. Eso no quita que profese una gran devoción a mi Virgen del Pilar… —Y añadió—: ¿Por qué el mala tiene ciento ocho cuentas?

—Por lo general, muchos dan interpretaciones astrológicas y otros, más poéticas y religiosas. Explican que la vieja y zurcida túnica de Buda estaba recosida con ese número de pedazos de ropa. Otros dicen que esa cifra es mágica y sagrada al estar vinculada a las enseñanzas que trasmitió a sus seguidores hace dos mil quinientos años, las cuales fueron recogidas en ciento ocho libros que representan la base o el canon de esta religión. Esa es la razón por la que el venerable lama Drubyu Tenpa, director espiritual de este centro, propuso al resto de la *Sangha* o comunidad de residentes construir entre todos esa misma cantidad de pequeñas estupas de dos metros de altura. Y hace años se pusieron manos a la obra.

—¿Ya están acabadas?

—Todavía no, porque se necesita tiempo y dinero, pero se ha adelantado mucho. Si las miras, parecen iguales, pero hay ocho formas diferentes, ya que simbolizan diversos acontecimientos relevantes en la vida de Buda. Mira... esa de ahí es la *estupa* de los Lotos; la que hay al lado, es la de las Puertas; enfrente, la de los Milagros; aquella más alejada, la de la Reconciliación; detrás, la de la Victoria, emparejada con la del descenso del cielo de Tushita; y —señaló con el índice— mis dos preferidas: la de la Iluminación y la del Nirvana.

—Excepto estas últimas, te juro que el resto las veo casi todas iguales —confesó Lucía con cautivadora sinceridad.

—No te preocupes —afirmó él—, se necesitan horas de contemplación para conseguir distinguirlas. Se requiere tiempo para diferenciarlas, pero si uno se lo propone, lo consigue. ¡Cómo todo en la vida! A mí me ayudó mucho para practicar la paciencia, desarrollar la observación, mantener la mente concentrada y la mirada atenta.

—¡Mira, mira, por ahí viene Pilar! —exclamó ella—. ¿Le pedimos que nos haga una foto junto a una de ellas? ¿Cuál eliges?

—¡Esta, por supuesto, la de la Iluminación! —afirmó él sin dudarlo.

—¿Por qué...? —interrogó Lucía, a quien le gustaban más las formas arquitectónicas de la del Nirvana.

—Porque fue cuando Buda desafió al sueño, se quedó despierto y desveló las últimas y etéreas sombras que cubrían su entendimiento. «Todo era fugaz, nada permanecía para siempre.» Para conseguir la plenitud era necesaria la vacuidad, el desapego. Y en su tormenta interior, vio cómo el rayo al rasgar la noche mostraba que detrás de la oscuridad había luz, y su mente se iluminó.

CAPÍTULO 46

En la comida, Lucía se sentó enfrente de Chelo y enseguida vio que llevaba un colgante en forma de corazón de tonalidad azul turquesa. No pudo resistir la tentación de expresarle con sinceridad:

—¡Es precioso! Y encima hace juego con el color de tus ojos.

Chelo, con aire enigmático, comentó:

—Sí, es cierto. Es un regalo que me ha hecho una persona que me quiere mucho y ve en mí lo que otros no ven.

La mirada de Lucía recorrió la cara de los comensales allí presentes, intentando descubrir quién era el pretendiente. Blas era con quien ella tenía más confianza, pero estaban Quique, Mario, Ricardo, Juan Ángel, Aurelio, Álex, Nico y Jesús, con los que tenía amistad, y con los que la había visto charlar, reír, bromear y mantener confidencias en más de una ocasión.

Chelo también se fijó en el *mala* lapislázuli que colgaba del cuello de Lucía, y le comentó:

—¡Es muy bonito...! ¡Nunca había visto uno igual...!

Lucía, en tono misterioso, le devolvió la misma respuesta:

—Es de un mineral extraído de unas grutas del Tíbet y me lo ha regalado alguien que me quiere mucho.

A la yogui le dio rabia su discreción y observó a los presentes intentando identificar quién era el que la cortejaba en secreto,

pero todos disimulaban tan bien que le fue imposible sospechar cuál podía ser el pretendiente.

Tras el almuerzo, la mayoría se fue a estirar sobre la cama para descansar y echarse una breve siesta que disipase la somnolencia de la digestión. Otros se fueron a pasear a solas por el campo, y alguno, tras tomar un par de cafés, se puso a leer un libro. A Lucía le apetecía tomar un té y le propuso a Max que la acompañase. Él asintió con la cabeza y subieron por las escaleras a la planta superior, donde había una mesa con una cafetera eléctrica, varios recipientes con leche y agua caliente, una tetera y una variedad de hierbas para hacer infusiones.

Ella, con ganas de sorprenderle por los conocimientos que había adquirido en la herboristería de su amiga e imitándole en sus explicaciones detalladas, aseguró:

—Me encanta este té, porque es de Nepal y se cultiva en las faldas de las montañas del Himalaya, a bastante altura, la suficiente para que sus hojas por las mañanas estén envueltas en nubes y bañadas en rocío. Su sabor es tan delicioso que apenas se aprecia un leve rastro frutal. Su profundo aroma cautiva no solo el paladar, sino el resto de los sentidos. Sinceramente, lo considero un té espiritual.

—¡Enhorabuena…! Me has dejado sorprendido. No sabía que fueses tan experta.

—No te creas —dijo ella—, hace tiempo que mi amiga Silvia, que tiene una herboristería en *mañolandia*, me ha enseñado. Ahora trabajo para ella y recomendamos diferentes tipos de té en función del trastorno que nuestras clientas padecen. Y así, por ejemplo, el té negro les va bien contra la fatiga, la jaqueca y les aclara la mente; el té verde las previene de la diabetes y se la atenúa, siendo también un buen diurético; el té rojo lo utilizan en dietas de adelgazamiento y para depurar el organismo de toxinas; y este que tomo va bien para regular la hipertensión, es un gran antioxidante y tiene reconocidas propiedades antibacterianas.

—¡Increíble…! —afirmó él, ante sus conocimientos y adujo—: Es un mundo que desconozco, aunque cuando lo he tomado, siempre he elegido el té negro de Darjeeling.

—Eres un sibarita —afirmó ella—, y dices que no entiendes… ya me parecía extraño. —Y aseguró—: Está considerado el mejor del mundo. Es muy codiciado, porque tiene un grado de excelencia y sofisticación superior, y por eso se lo conoce como el rey. Es magnífico, aunque yo prefiero el del Nepal, y eso que he probado ambos y reconozco que se parecen, pero este lo encuentro más exquisito, misterioso y etéreo, me evoca a la India sin haber estado nunca allí. Es mi viaje soñado y espero llegar a cumplirlo algún día.

—Ahora entiendo por qué te fascina este té. Su tonalidad dorada es idéntica al color ámbar de tus preciosos ojos —comentó Max.

—¡Muchas gracias! —dijo con cierto rubor, y le confesó—: Mi exmarido decía que eran de color trigueño, incluso una vez aseguró que tenían un reflejo de miel vieja. Así era él de delicado. Siempre me comparaba con rubias espectaculares, algunas del vecindario, para menospreciarme. Reconozco que siempre he sido una chica muy normal, del montón, de las que pasan desapercibidas.

—Quizá tu esposo no supo apreciar lo que tenía. Debía estar ciego para no ver tu sutil belleza. Sinceramente, eres un encanto. Por la mañana, siempre sonríes y regalas mucho afecto, ya que te gusta abrazar a la gente, trasmitirle cariño. Eres muy educada y respetuosa con los demás. Admiro la delicadeza en tus formas y en tu fondo, incluso en la entonación de tus palabras, para no molestar a nadie. Además, eliges las frases más adecuadas para no herir la sensibilidad ajena. Esa gran capacidad de empatía, de ponerte en la piel de los demás, dice mucho de ti. Tu forma de ser es pura armonía que se manifiesta en tu lenguaje no verbal: tu manera de sentarte, de gesticular, de moverte, de mirar a los ojos ajenos poniendo los cinco sentidos. Y con tu luminosa sonrisa, alegras el día a cualquiera. Haces honor a tu nombre y tu destino quizá sea el de iluminar el camino de los demás.

Lucía se estremeció ante tanto halago e intentó evitar que le brotase alguna lágrima. Una congoja de emoción la dejó sin palabras. Alguien tan especial como él valoraba su calidad humana. Era evidente que también estaba enamorado. Max, se dio cuenta de que al ensalzar sus virtudes, había desvelado sus sentimientos.

Quiso disimular y dijo que dudaba si tomar un té de las Montañas Azules de Nilgiris o una infusión de poleo menta edulcorada con las hojas dulces de la misteriosa stevia.

—Ese té no lo conozco yo —adujo ella, mientras recomponía sus emociones.

—En mi último viaje a la India lo descubrí en el sur, precisamente regresaba de visitar la zona de Anantampur. Tiene un profundo aroma a cipreses, con un acento a eucalipto. Cuando lo tomo, me evoca la quietud y la tranquilidad de los cementerios, el paso de la vida a la muerte y de la muerte a la vida.

Tras unos momentos en que se quedó pensativo, sacó de su mochila una bolsita, y le dijo:

—Aquí lo tienes, por si quieres probarlo. A mí me apetece más tomarme una infusión con stevia.

Al volver a utilizar dicho sustantivo, llamó la atención de Lucía, que enseguida le preguntó por dicha planta. Esbozó una enorme sonrisa al adivinar que para ella no pasaría desapercibida ninguna palabra que saliese de su boca. Entonces, le explicó que era un edulcorante natural con propiedades medicinales que estaba prohibido en algunos países como Estados Unidos, mientras que en otros como Japón, Canadá y los del resto del continente americano se consumía con normalidad, ya que se había utilizado por las tribus amazónicas y guaranís durante milenios por sus beneficios para la salud, siendo más de doscientas veces más dulce que el azúcar refinado y tan bajo en carbohidratos que propiciaba su uso en tratamientos contra la obesidad. También los neurópatas la recetaban para tratar la diabetes, controlar la hipertensión arterial, eliminar toxinas del organismo al actuar sobre la función renal y disminuir la retención de líquidos, además de ser beneficiosa contra enfermedades de la piel como eccemas y dermatitis, entre muchas otras. En los últimos años se había descubierto que era un potente antioxidante que contrarrestaba el envejecimiento corporal provocado por los radicales libres. Max afirmó que la planta había sido proscrita y olvidada durante décadas por intereses económicos de multinacionales farmacéuticas y químicas, interesadas más en rentabilizar las patentes de sus medicamentos amenazados por una planta con demasiadas propiedades curativas.

Ella se había quedado encandilada escuchando sus explicaciones. Le encantaba oírle para aprender, de manera que su admiración retroalimentaba aún más el profundo amor que le tenía. Sacó de su bolso algo pequeño envuelto en papel de regalo, y se lo entregó:

—Es para ti, por ser tan bueno y cariñoso conmigo.

Desconcertado ante aquel obsequio, lo abrió con ilusión infantil. Ella le reveló el misterio que encerraba:

—Es una pluma azul de tinta invisible que me regaló el viejo que me tatuó la flor del loto en la espalda. Me dijo que con ella podría escribir de forma secreta mi cuaderno de sueños, para que nadie los viese y me los robase. Ahora quiero que la tengas tú, para que anotes los tuyos. Recuerda que a medida que escribas, las palabras desaparecen. El capuchón de la pluma es una pequeña linterna luminiscente que te ayudará a leer lo que hayas escrito.

—No puedo aceptar un obsequio que para ti representa algo tan mágico.

—Sí, es cierto, pero mis deseos empezaron a cumplirse cuando llegué a este lugar y te conocí.

Él se conmovió al ver que Lucía le declaraba así su amor. Se abrazaron en el momento que un monje cruzó ante el umbral de la puerta y les lanzó una sonrisita de complicidad con la que rompió el encantamiento de ambos. Entonces, ella protestó por sus inoportunas apariciones:

—A veces, tengo la sensación de que están por todas partes. Encima surgen y se desvanecen como por arte de magia.

—¿No ves que tienen el don de la ubicuidad? Incluso alguno de la multiplicidad, en cada uno de los muchos universos paralelos que existen.

—¡Me tomas el pelo! No me creo nada, aunque a veces me dejas alucinada y confusa, pues son cosas para mí incomprensibles, por ejemplo, el otro día que te dejé barriendo en la cocina, corrí hasta el templo para avisar de tu tardanza, y tú ya estabas allí. ¿Cómo lo hiciste? O esta mañana cuando descubriste que llevaba un tatuaje invisible en la espalda. ¿Cómo lo viste de día? Incluso de noche no se puede observar, si no es con luz ultravioleta.

—No intentes racionalizar las experiencias —le contestó él—. ¡Acéptalas! Igual que cuando queremos explicar las emociones que nos trasmite una música, escuchar un poema, las sensaciones que hemos tenido al observar un cuadro, una escultura, un amanecer o un paisaje. A cada persona le puede evocar sentimientos diferentes. Deja tu estructura cartesiana aparcada y libera tu mente para que la maravilla del instante, de lo cotidiano, de lo insignificante, te sorprenda.

Lucía se quedó pensativa ante dicha reflexión. Era evidente que estaba en lo cierto, que siempre intentamos encontrar una lógica a cualquier acontecimiento. Dispuesto a convencerla, aseguró:

—El mundo de lo espiritual se mueve en una dimensión desconocida, cuya puerta de entrada hacia fuera está dentro, en nuestro interior.

—Tus paradojas me vuelven loca. No me extraña que te cargases al pobre gótico, tuvo un cortocircuito neuronal que casi lo lleva de cabeza al manicomio.

—¡Qué exagerada! No será para tanto. Ese chaval ya vino colocado.

Lucía, dispuesta a cambiar de tema y saciar una malsana curiosidad, le inquirió:

—¿Tienes alguna foto de Ágata?

—Sí, me parece que conservo alguna, pero por poco tiempo. Formó parte de mi pasado y no deseo que esté en mi presente ni en mi futuro.

Abrió la mochila, extrajo de la cartera varias fotos y se las entregó no muy convencido de si era una buena idea. Ella las miró con meticulosidad y exclamó:

—¡Te has equivocado, estas son de Amanda! ¡En estas fotos está más guapa que la otra que me enseñaste…! ¡Parece una modelo…! Hay que reconocer que tiene unos seductores y hechizantes ojos negros, propios de una hurí, unos sensuales labios, una ensortijada melena azabache y una linda cara de porcelana. Es evidente que debió ser toda una rompecorazones. ¿Tienes alguna de Ágata?

—Me parece que sí. Mira..., tengo varias. ¡Toma… aquí están!

—¡Madre mía…! —profirió ella. Sorprendida y admirada, y con un atisbo de envidia y de celos, comentó—: Si una es hermosa, esta aún lo es más. Tiene unos hipnotizantes ojos verdes jade, de los más bonitos que he visto nunca, que resaltan mucho sobre su fina piel clara. Debíais hacer una buena pareja, pues tus ojos verdemar combinan con los suyos. Reconozco que tiene una cara preciosa, de la que destaca sus prominentes pómulos y la media melena de flequillo pelirrojo que le cubre la frente, le da un aire simpático, aunque su verdadero atractivo está en la radiante sonrisa que le ilumina el rostro. —Lucía, apesadumbrada, le confesó—: Hay que reconocer que tienes muy buen gusto para elegir a las mujeres, ambas son espectaculares. No como yo, que soy muy poquita cosa.

—No digas eso. Eres una preciosidad. Antes me deslumbraba ese atractivo físico tan evidente, pero tan efímero, que el tiempo desgasta sin compasión al arrugar la piel y deformar el cuerpo. En cambio, ahora valoro más un buen corazón, que refleja la hermosura auténtica que se esconde dentro y no se aprecia fuera, a simple vista, pues la verdadera belleza solo se capta cuando se aprende a percibir los encantos de lo invisible.

CAPÍTULO 47

Max empezó la clase de la tarde. Explicó que hacía más de seis mil años, en Oriente, maestros espirituales, en proceso de meditación, habían descubierto que al repetir determinados sonidos despertaban la mente y la energía del cuerpo.

—Recordáis que os dije que trajeseis un rosario de repetición de mantras o plegarias, que en la India se denomina *japamantra* y que en las ceremonias budistas se conoce como el *mala*. Hay monjes a quienes les incomoda que se relacione con los utilizados en el rezo de las oraciones cristianas o islámicas. A mí, personalmente, no me importa en absoluto, ya que he tenido la experiencia de haber conocido varias religiones, y os puedo asegurar que la mayoría de ellas propugna que cada uno al rezar conecte con su propia esencia espiritual, con lo trascendente, con lo divino.

En ese momento, Lucía le lanzó una mirada de complicidad y de agradecimiento por el regalo. Él le guiñó el ojo con discreción.

—Como estamos en un templo budista, por respeto y veneración recitaremos sus dos principales mantras. Ahora, sentaos en la posición del loto, como siempre. Concentraos en la respiración y ralentizadla hasta conseguir un estado de calma mental. Apoyad el reverso de las palmas de las manos sobre las rodillas. Con la derecha, coged el mala y sostenedlo sobre el dedo anular y corazón, mientras que con el pulgar pasáis las cuentas por cada mantra que recitéis. No se os ocurra

utilizar el dedo índice, que está vinculado con las perturbaciones de la mente como la envidia, el odio y la traición; ni tampoco hagáis servir el meñique, que está relacionado con la pereza, la rutina, el continuo mental. Cuando lleguéis al final os toparéis con la cuenta más gruesa, adornada a veces con un penacho, que no debéis sobrepasar, sino todo lo contrario, tenéis que retroceder en vuestra recitación, pues esa es la cuenta reservada al gurú o maestro. Ahora, ¡escuchadme! ¡Cerrad los ojos! Empezad a recitar tres veces el sonido OM, como la mística sílaba del origen del mundo, y después continuad con el mantra: *¡Om mani padme hum!*, que ya conocéis y que os hará surgir de vuestra ciénaga interior, el loto del amor y la compasión. Concluid con el mismo OM con el que habéis empezado. Tenéis que vigilar que el mantra se ajuste al ritmo de vuestra respiración natural, de manera armoniosa, y si para ello debéis alargar la última sílaba para empalmarla con el inicio de la siguiente, hacedlo. De esta manera, os daréis cuenta de que a medida que las repitáis se difuminarán los pensamientos, esos que agitan como un gran oleaje vuestra mente hasta que el océano de las ideas se convierta en un lago tranquilo.

Con voz firme y penetrante, les anunció:

—Ahora estaremos durante bastante rato con la práctica de esta meditación. Quiero que sintáis el poder energético del sonido del mantra mientras resuena en cada rincón de vuestro cuerpo, y cómo su vibración os recorre por dentro, desbloquea las emociones enquistadas y las deja fluir. Luego, debéis atenuar el tono de voz hasta que la recitación se vaya apagando y enmudezca. Entonces, las cuerdas vocales dejarán de vibrar y el eco continuará resonando en vuestro sistema límbico cerebral hasta desvanecerse, y la mente quedará embargada de una profunda e inmensa quietud. ¡Empezad! *¡Om mani padme hum…!*

Y como en una letanía, el sonido de unos empezó a confluir con el de los otros.

Esperó a que volvieran en sí y les anunció que al día siguiente, como era el último, practicarían unas tablas de diferentes *asanas* con el recitado de mantras hindúes, cuya vibración activaría cada uno de los *chakras*, en el lugar que creía más idóneo: La Encina, para cerrar el círculo mágico que juntos habían iniciado.

CAPÍTULO 48

Concluida la clase, ella salió con presteza y se sentó detrás del templo, que era el lugar discreto donde solían quedar para ir juntos por una pista forestal hasta el albergue. Cuando llegó de forma disimulada, la encontró absorta en sus pensamientos. Le revoloteaban por la cabeza las bellas imágenes de las mujeres de su vida y que de alguna manera le provocaban unos celos rezagados al comprobar con la pasión que vivió aquellas historias de amor. Tomó asiento a su lado. Entonces, ella no pudo contener su inquietud y le manifestó:

—Supongo que con Amanda cortaste definitivamente cuando viste que tenía un amante astrofísico.

—Sí, durante medio año no nos vimos, hasta que me avisaron de que a su padre le acababan de ingresar de urgencias en el Hospital Clínico de Barcelona. Al no localizarla, me llamaron a mí. Tengo que reconocer que se portó muy bien. Suspendió sus compromisos, delegó los proyectos pendientes y estuvo a su lado antes y después de la operación cardiaca de *bypass*. Lo ayudó a recuperarse y contrató a una señora para que lo acompañase a caminar por las mañanas y a nadar por las tardes en la piscina. Nosotros volvimos a vivir juntos y a amarnos de una manera más tierna y madura. Al conocer la verdadera historia de ella, entendí muchas cosas. La madre de Amanda falleció en el parto, al ser primeriza, y

para el padre fue un drama. El pobre se encontró solo. La hija, que crio con el escaso sueldo de un camarero con propinas, salió clavadita a la esposa fallecida, era su viva imagen. De manera inconsciente, se debió enamorar de Amanda, a la que tenía encerrada en casa, y a veces la obligaba a ir al restaurante, que estaba en la parte baja del edificio donde vivían, para que lo ayudase durante los fines de semana. Incluso la obligó a estudiar un curso de enología para ser sumiller, con el deseo de trabajar juntos. Cuando la joven manifestó que quería ser arquitecta, él la convenció para que estudiase a distancia, que era más económico, cosa que hizo hasta que acabó la carrera. El padre, de alguna manera, le había robado la adolescencia y la juventud, y supongo que tenía hacia él mucho resentimiento acumulado.

»A partir de nuestro reencuentro, nos vimos con más frecuencia. Subía a la Ciudad Condal cada fin de semana. Ella me comunicó que pensaba abrir una oficina en París y colaborar con el equipo del arquitecto Jean Nouvel. Pronto se trasladó a la capital francesa, pero solía escaparse con frecuencia a Barcelona para verme y visitar a su padre. Medio año más tarde, me invitó para enseñarme su nuevo estudio de diseño. Fui expectante, dispuesto a dejarme sorprender. El lugar de trabajo estaba decorado de manera sofisticada, como era ella. Pletórica, me dijo que me invitaba a una cena inolvidable, y subrayó la última palabra. Tenía hecha una reserva en el restaurante 58 Tour Eiffel. Me encantó lo eficiente y bien organizada que era. Llegamos a la emblemática torre y no tuvimos que hacer cola, ya que íbamos a la primera planta y gozábamos de preferencia. Al entrar, una azafata nos condujo hasta nuestra mesa. La decoración era minimalista, manteniendo una luz tenue para hacer resaltar la iluminación de la ciudad que estaba a nuestros pies. Al fondo, tres hombres de negocios parecían haber ultimado un acuerdo, pues los vi firmar unos documentos, se levantaron y al irse, uno de ellos se acercó para saludar a mi esposa. Ella me lo presentó como Patrick Jouin, el artista que había diseñado aquel local. Lo saludé dándole la mano, pero me castigó con su indiferencia. A cambio, se mostró demasiado atento, sonriente y seductor con ella, con la que intercambió melosas palabras en fran-

cés que no entendí, pero el empalagoso tono en que las pronunció me produjo un gran mosqueo. ¡Vale, reconozco que soy un poquito celoso! Pero ella, también tenía delito. ¡Coqueteaba con todo dios! Intenté distraerme en la contemplación de la maravillosa vista de la capital. Entonces vino a saludarla el reconocido chef Alain Soulard, que estaba al cargo de la cocina. Se ve que había sido discípulo de Alain Ducasse. Ella me dijo que era uno los mejores cocineros del mundo, y había trabajado en el Mougins al Relais du Parc, en el Morot y en el Jules Verne. Este último, tenía un prestigio especial, porque tenía entendido que por allí pasaban los más visionarios del planeta, que luego remataban su formación en la galaxia, llena de estrellas, del Bulli de Ferran Adrià. Nos sirvió un camarero muy atractivo, que parecía un galán de cine. Con simpatía, nos trajo la carta. Sin darse cuenta, se demoró al atender a cuatro muchachas que celebraban un cumpleaños. Lucía levantó la mano y lo llamó: *«Garçon! Garçon! S'il vous plaît, pouver-vous venir aider?»*. Raudo se acercó y, tras disculparse, le dijo que se llamaba Pierre y así le podía llamar con confianza. A ella le hizo gracia ese detalle. A mí, el tipo me cayó gordo. Pensé que era invisible para él. Nos sirvió sin pedirlo una copa de champán por deferencia de la casa. Observamos el menú y coincidimos en pedir de entrante una crema de castañas con salsa *duselle* de champiñones. De segundo, ella propuso salmón noruego ahumado con tartar de algas. Acepté su opción, aunque me imaginé a un noruego con cara de salmón metido en el horno, cada vez me estaba volviendo más vegetariano. Él nos propuso tomar de postre o *dessert* esferas de chocolate con crema ligera de vainilla adornada con fresas salvajes. Aceptamos la sugerencia. De paso, nos aconsejó para beber un Château la Pierrièri, pero al ser tinto, preferimos pedirle un blanco Bordeaux Kressmann Monopole. A diferencia de la última experiencia que tuvimos en Londres, este garçon siempre se dirigía primero a ella y le daba preferencia a elegir. La cuidó durante toda la cena con una exquisita amabilidad e incluso me molesté un poco al notar que en cierta manera me había convertido para él en un convidado de piedra. Antes de pedir la cuenta, nos obsequió con un licor de hierbas estomacales muy suave y depurativo. A ella le sentó

fatal y aseguró que debía ser un purgante, pues se ausentó para ir al lavabo. Como tardaba en exceso, fui a buscarla. La *toilette* de señoras estaba vacía y me adentré al sentir unos gemidos de dolor. Me agaché y miré por debajo de la puerta, por si no era ella. Allí la vi fornicando como una loca con el camarero, el cual estaba dispuesto a complementarle el servicio. Golpeé la puerta y le grité «¡guarra!». Ella miró y vio mis ojos en vertical, uno encima del otro. Al chico, se le acabaron de caer los pantalones. Me levanté y con furia empecé a aporrear la puerta. Salieron descompuestos, mientras apretaba el puño para reprimir la ira, pero no pude más y pegué tal puñetazo a la hoja de la puerta que la atravesé. Por supuesto, la mano me empezó a sangrar. Me la vendé con un rollo de papel higiénico y regresamos a la mesa. El tipo me vio con cara de pocos amigos y nos trajo enseguida la cuenta, pero marcó distancias conmigo, no fuera a darle un bocado. Vi que con disimulo le devolvía las braguitas. En aquel momento, a punto estuve de pegarle un puñetazo en el ojo con el que le guiñó una posible complicidad. Marchamos sin dirigirnos la palabra. Esa misma noche, cogí el último vuelo para Barcelona. Pasamos meses sin hablarnos, pues me enteré por mis amigos oftalmólogos del Hospital Ramón y Cajal de que había regresado a Madrid y que en varias fiestas la vieron enrollarse con algún camarero. Pensé que debía padecer el complejo de Electra. Deduje que había en ellos una actitud servil, inculcada por la profesión de complacer siempre a los clientes, incluso de mimarlos. Supuse que en la cama debían actuar igual, esforzándose hasta el límite para dar placer y evitar así que pudiesen pedir el libro de reclamaciones. Empecé a plantearme la posibilidad de divorciarme en serio, pero todavía estaba colado por ella. Al final, la perdoné e hicimos las paces. Mi paranoia llegó hasta tal límite, que a partir de entonces, cuando íbamos a cenar a un restaurante y se ausentaba para ir al lavabo y se demoraba más de la cuenta, en vez de pensar que le podía haber pasado algo, lo primero que hacía era contar el número de camareros por si faltaba alguno.

CAPÍTULO 49

Antes de que amaneciera, Max los esperaba en el templo. La mayoría llegó puntual, excepto el gótico, que llevaba rezagado una vida entera. Una vez el grupo estuvo completo, les dijo:

—Hoy es el último día del curso de yoga. Espero que os haya removido la conciencia para iniciar el cambio. Os recuerdo que este fin de semana empieza el seminario de introducción a la meditación budista del maravilloso monje Karma Tenpa. Y después podéis realizar el taller de *chi kung* a cargo de la encantadora profesora María José Argüelles, una mujer de paciencia infinita y de sonrisa perenne, con la que aprenderéis una serie de movimientos lentos y armoniosos para guiar el flujo de la energía a través de los meridianos. Ahora iremos de excursión a la Encina con los labios sellados, sin decir ni mu, pues hay mucha gente que todavía descansa. El camino ya lo conocéis, pero iré delante para que no haya confusiones por los intrincados senderos del bosque. Al pasar por la *shedra*, no hagáis ningún ruido, pues anoche llegaron varios venerables khenpos de Sri Lanka.

Salieron en orden y le siguieron. Al llegar arriba empezó a amanecer. Las nubes se mantenían, pero con languidez se disipaban. Hicieron las *asanas* de la salutación al sol con una destreza y armonía increíbles. Luego, les pidió que se sentaran en forma de arco sobre el vértice de la terraza que se abría sobre el valle de La Fueva.

El maestro les dijo que se concentraran en la recitación del mantra específico para cada *chakra*, y que recordasen que los sonidos, al igual que las palabras, eran formas de energía. Así, en el primero, para activar el sacro, debían repetir la sílaba lam, y alargar al máximo la vocal y la consonante siguiente, de manera que su vibración al resonar despertase la serpiente volcánica. Todos pronunciaron «laaammm…» un sinfín de veces.

—Ahora, para activar el segundo *chakra*, debéis pronunciar el sonido que sale de la letra M, con los labios casi pegados y dilatad la consonante acompañada por una larguísima espiración hasta dejar los pulmones sin aire. Venga, adelante: «Mmm…».

Max prosiguió con las indicaciones pertinentes, para que siguieran con el resto de los sonidos. Les recomendó que a medida que acabaran, se mantuvieran sentados sin mediar palabra a la espera de los demás. Una vez vio que todos habían concluido la práctica, les pidió que anotaran en la libreta que utilizaron durante el taller las sensaciones que habían experimentado. Incluso algunos podían hacer un resumen de lo vivido durante aquel curso, no para entregárselo a él, sino para que con el tiempo pudieran recordar lo que representó para ellos dicha iniciación. Durante un buen rato escribieron sin parar. Una vez plasmaron sus experiencias, les propuso que podían hacer una foto de grupo debajo de aquella encina tan emblemática. Todos sacaron sus teléfonos móviles, activaron sus cámaras y empezaron a colocarse de manera que tuvieron que hacer un montón de ellas, pues quien disparaba no salía, por lo que se tenía que intercambiar por otro, y así sucesivamente. La gente empezó de pie, continuó en cuclillas, muchos se sentaron y la mayoría acabó tumbado por el suelo. A continuación, se hicieron las instantáneas de parejas, amigos y compañeros con la idea de llevarse un buen recuerdo.

Antes de partir, se abrazaron uno a uno al frondoso y mágico árbol, y después todos juntos para sentir su buena vibración. Max les propuso que debían despedirse de allí tomando conciencia de la importancia del lugar. Y les hizo una demostración:

—¡Fijaos...! Poned la palma de la mano izquierda sobre la corteza y ahora introducidla en una de las grietas, como si fuese una

herida en la piel, para captar mejor la vibración energética. Cerrad los ojos. Abrazadla de manera relajada y afectuosa, igual que si fuese la despedida con esa persona querida a la que quizá nunca volveréis a ver. Apoyad vuestra frente sobre el tronco, como si quisierais entablar telepáticamente una comunicación mutua, hasta que notéis que el árbol absorbe las perturbaciones que agitan vuestra mente. Depende de la sensibilidad de cada uno, captaréis mejor o peor la sutil vibración energética que os conectará con la madre tierra. Notad su poder sanador, que revitalizará vuestro estado de ánimo y os embargará de una gran sensación de serenidad espiritual. Y mentalmente, decidle adiós.

Les dijo que hicieran una cola. Y como si fuera un ritual, el maestro escarbó un hoyo, buscó las raíces más húmedas del árbol, metió el dedo y con el pulgar fue marcando en la frente de cada alumno el punto granate o rojo, denominado *bindi* o *tika*, que sirve para situar el sexto *chakra* u ojo del alma, con la intención de que en la vida que iban a iniciar pudieran mirar hacia dentro y ver hacia fuera para desarrollar la intuición, la sabiduría y la percepción de lo invisible. Lucía era la última de la fila. Cuando le tocó, en vez de inclinar la cabeza, se agachó a su misma altura para cruzarse las miradas y verse el uno en la pupila del otro. Max hurgó un poco más en el hoyo al notar el barro seco, y tras perseverar unos instantes, su tacto percibió la suavidad de un nuevo fango en el que la yema del dedo se impregnó. Luego, con la delicadeza de un beso, tocó su piel, y se quedó sorprendido al ver que le dejó marcada una luna llena, pues debía ser caolín, una arcilla blanca compuesta por tanto silicio que sus microscópicos cristalitos provocaron intermitentes destellos, como si fuera polvo de diamante, pues brillaba cuando algún rayo de sol se colaba entre la frondosidad del árbol y le ungía de luz la frente. Sin saberlo, ella tuvo la inspiración de hacer lo mismo y marcar con la huella dactilar de su dedo corazón la de su maestro, diciéndole: «Si tú abres mi tercer ojo para que emprenda un nuevo camino, yo abro el tuyo para que ilumines el mío».

CAPÍTULO 50

La gente empezó a desfilar antes y después del almuerzo. Había alguno que vino desde la otra punta de España y tenía por delante más de mil kilómetros de viaje. Un chico canario aseguró que lo suyo era una odisea, al tener que hacer un montón de combinaciones entre autobuses, trenes y barco para que le saliese económico volver a casa. Dijo que tardaría varios días. El resto de compañeros del curso se iban marchando cargados con las mochilas, bolsas de deporte y sacos de dormir. Se despedían de los demás con grandes abrazos, intercambiándose las direcciones electrónicas y los números de teléfono. Parecía increíble que en una semana se hubiesen fraguado tantas amistades al compartir inolvidables experiencias. Algunos se emocionaron hasta tal punto que les demudó el rostro de tristeza, pues siempre el que se va, algo de ti se lleva.

A media tarde, la mayoría de los espacios del albergue quedaron deshabitados. Todos se habían ido, salvo un pequeño grupo de estudiantes del taller de cocina tibetana y los residentes mezclados con los que restaban del curso de yoga: Quique, Mario, Nunho, Álex, Blas, Ricardo, Chelo, Roberto, Ricardo, Juan Ángel y Jesús, que se habían quedado para hacer el de meditación. Hasta que llegase la nueva hornada de alumnos faltaban un par de días y una extraña sensación de soledad envolvía el aire. Max aprovechó para comentarle a Lucía que a partir de entonces, ya no era maestro de

nada sino discípulo de todo, pues en el curso que iban a hacer se había apuntado como uno más. Dicha manifestación era una forma de romper el tabú que siempre surge entre el maestro y la alumna que se han enamorado. La respuesta de ella fue cogerlo de la mano e irse a pasear por la carretera hasta el Buda yacente. Allí recordaron cuando se encontraron el primer día. Ella le confesó que tuvo que frenar asustada al ver la enorme estatua del protector Mahakala con gesto airado. A punto estuvo de dar media vuelta y largarse, pero enseguida aparcó el auto en la cuneta al vislumbrar al otro lado la enorme estatua del Buda recostado con una mirada bondadosa y un aura celeste, la misma que debió tener al morir y alcanzar el nirvana o paz eterna. En ese momento, Max la cogió por la cintura y sintió la atracción de su cuerpo. Se abrazaron y sus corazones empezaron a latir al mismo ritmo, como si estuvieran sincronizados por el palpitar de la emoción, y se besaron con esa pasión de los que intentan detener la fugacidad del tiempo.

A lo lejos, vieron aproximarse a Marta, que iba a las oficinas. Cuando estuvo cerca le pidieron que les hiciese una foto junto a dicha imagen. Asintió con la cabeza y les tiró varias desde diferentes ángulos, con el fin de aprovechar que Lucía iba vestida con un chal azul turquesa que resaltaba con el color azafrán de la estatua. De paso, les recordó que aquella noche en el cielo se podían ver las Perseidas, y que siempre era un espectáculo maravilloso y romántico para ser contemplado junto a la persona amada. Esto último lo dijo con cierto retintín y esbozó una sonrisa de complicidad, al darles a entender que ya se había dado cuenta de su relación. Y antes de marcharse, les comentó:

—Hacéis muy buena pareja. Espero que seáis muy felices.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Lucía con suspicacia femenina.

—Desde siempre, querida… desde siempre.

Aquella respuesta la dejó desencajada. Tuvo la sensación de que la gente que residía allí tenía el don de ver el destino de los demás. Max, con una sonrisa de satisfacción, afirmó:

—Es evidente que a las mujeres no se os escapa ni una. Hace años llegué a la conclusión de que psicológicamente estáis más

evolucionadas que los hombres. Sois sutiles, intuitivas e incluso clarividentes, porque adiviná is lo que va a pasar antes de que pase y veis lo que la mayoría de nosotros no vemos. Es como si todas tuvieseis abierto el tercer ojo para captar mejor la esencia de las personas. Por eso, entre vosotras, enseguida sabéis cómo sois por dentro. Deducís los secretos que un marido tarda una vida y varias reencarnaciones en descubrir.

—¡Por supuesto! Tienes razón. Vosotros sois muy tontos. ¡Je, je, je! ¡Algunos más que otros...! Cambiando de asunto, me gustaría subir esta noche a ver las estrellas. Es el lugar donde me salvaste la vida una vez y espero que no sea la última.

A Max le pareció una buena idea y le manifestó que tras la cena, con disimulo, ambos podían marchar cada uno por su lado para encontrarse fuera y subir juntos. De esa forma evitarían que nadie se apuntase a la escapada nocturna. Y así lo hicieron. Después de tomar un ligero ágape, fregaron los platos con premura y desearon buenas noches a los que se quedaron charlando. Ella se fue a los dormitorios y él salió por la puerta del comedor hacia el descampado de gravilla. No habían pasado ni cinco minutos cuando se encontraron al final del aparcamiento donde se estrechaba el camino que llevaba a la *shedra*, y de allí se adentraron en el bosque hasta subir a la colina. Se colocaron las linternas en la frente, como mineros novatos, y emprendieron la aventura a escondidas, como dos adolescentes que tienen la ilusión de compartir una noche mágica en que esperaban ver las lágrimas de San Lorenzo. Entraron por el serpenteante atajo forestal y ascendieron. A cada repecho, se detenían y se besaban. El resplandor mortecino de las lámparas hacía presagiar que las pilas durarían poco. Había trascurrido más de media hora y decidieron hacer el último esfuerzo, acelerar el paso y coronar la cima. Justo al llegar arriba, a ella se le apagó la linterna y se quedó a oscuras. Tal circunstancia propició que detectase algo entre unos arbustos. Se acercó con cuidado y le dijo en voz baja y sibilante que apagase la suya y se aproximase con sigilo. Entonces le mostró encima de una hoja a un gusanito de luz. Max se quedó sorprendido. No había visto nunca ninguno, quizá porque hasta entonces no había reparado con tanto detalle

en las pequeñas cosas. Se tumbaron a su lado para contemplar algo tan delicado que hubiese pasado desapercibido para la mayoría de la gente envuelta en las preocupaciones de su cotidianidad. Enseguida, vieron a otro que trepaba por el tallo e iba a su encuentro. Quizá se habían citado en secreto, como ellos, y formaban una parejita. Aquellos seres tan diminutos e insignificantes parecían buscarse para procrear o simplemente para hacerse compañía, pues se colocaron juntitos, como abrazados para observar el cielo y compartir esa felicidad tan efímera como eterna de ver cruzar un sinfín de estrellas fugaces. La escena fue de una belleza inenarrable, pues la vida se suele manifestar en la insignificancia y en la grandeza de las realidades desapercibidas, esas que se esconden en los mundos invisibles. Una extraña sensación los embargó al sentirse igual que ellos: dos puntos de luz azul unidos en la inmensa oscuridad de la noche ante la infinitud del universo.

CAPÍTULO 51

Tras aquella noche tan mágica, en que hicieron por primera vez el amor, se despertaron al amanecer, y se llenaron de besos los labios. Con mucha delicadeza, se ayudaron a levantarse. De pie, abrazados, contemplaron la salida del sol con la esperanza de que iluminase aquel día y cada uno de los que iban a formar parte del resto de sus vidas. En silencio, bajaron al albergue. Ella se dio una ducha y se arregló lo justo y necesario con tal de no demorarse en exceso, mientras él fue a su casita a asearse, cambiarse de ropa y ponerse el calzado adecuado para hacer juntos una larga excursión por unos bosques alejados. La intención era recoger hierbas y plantas curativas que le sirviesen para prepararle, según la tradición de la medicina tibetana y ayurvédica, un preparado que le mitigase a ella una alergia que padecía y que el inmunólogo solo la combatía recetándole antihistamínicos y corticoides de forma genérica. Lucía, en broma, decía que cuando pensaba en su exmarido se ponía mala, por lo que le atribuía sus sarpullidos. Max le comentó que todo está conectado y que una emoción negativa puede influir en el sistema nervioso, y este, al sistema inmunitario, que ante la supuesta amenaza del antígeno genera anticuerpos que activan en el hipotálamo del cerebro la histamina, que es un neurotransmisor y neuromodulador fisiológico.

Desayunaron juntos y recogieron en la cocina varios bocadillos que habían pedido al complaciente Quique, porque suponían que

no les daría tiempo de regresar a la hora del almuerzo. Salieron y no tardaron demasiado en internarse por una pista forestal. Él hizo acopio de valeriana del Pirineo a los pies de varios abetos, y más adelante, en un claro del bosque rodeado de hayas agarró un buen manojo de diferentes hierbas como el saúco y la chardonera.

—¡Mira… mira…! ¿Ves? ¡Estas también nos las llevamos…! —Max exclamó—. ¡Es la belladona! ¡Mano de ángel! Tanto sirve para hacer bajar la fiebre, como remedio para las anginas, dolores de las articulaciones provocados por la artrosis y artritis, el insomnio, los dolores menstruales y las infecciones de la piel, como forúnculos y acné. Esta te irá muy bien en el preparado que te pienso hacer.

Continuaron cuesta arriba hasta que él se detuvo ante un árbol, que resultó ser un tejo. Sacó su navajita suiza, la clavó en el tronco y puso un botecito de cristal en el surco, de manera que pudo recoger un poco de savia. Dijo que era muy tóxica y podía producir la muerte si uno se la bebía toda de golpe, pero una gota diluida en el preparado que iba a hacer le depuraría el organismo.

—¿Pero es venenosa? —inquirió intranquila y asustada.

—¡Nooo...! Como todo en la vida, depende de la dosis. En las vacunas te inyectan los virus adormecidos o atenuados de la enfermedad, para que el cuerpo genere anticuerpos que sirvan de defensa e inmunicen el organismo ante el ataque virulento del agente patógeno. Esto es parecido.

Prosiguieron el ascenso durante horas hasta el territorio donde reinaba el pino negro, uno de los cuales era enorme. Ella le preguntó:

—¿Debe ser muy viejo?

—Este debe tener unos quinientos años. Seguro que existía cuando Colón descubrió América. ¡Fíjate! Son perdices pardillas, típicas de estas zonas forestales.

Max la cogió de la mano para guiarla hasta una zona despejada en la que había un pequeño manto de flores amarillas. Antes de que le preguntase, le dijo que era *Árnica montana*, y que macerada con aceite de oliva se conseguía hacer una buena crema antiinflamatoria que aliviaba los dolores musculares causados por esguinces y tam-

bién era útil para tratamientos de la piel, como eccemas y erupciones, aunque nunca se debía aplicar sobre heridas abiertas. Además, era un buen remedio contra el síndrome de fatiga crónica.

Reanudaron la excursión ladera arriba, y tras saltar sobre una fisura que había en las rocas, bordearon varios canchales, cuyas enormes peñas parecían estar a punto de venirse abajo y aplastarles. En un lugar de difícil acceso encontró lo que buscaba y lanzó una exclamación.

—¡Aquí está...! ¡Mira, mira…! ¡Hace años que no veía ni una…!

—¿Qué es, qué es? —inquirió ella ante su expresión alborozada, la misma de quien encuentra un tesoro.

—Es la oreja de oso, *Ramonda myconi*, una planta que tiene millones de años de antigüedad; no esta misma, por supuesto, porque es una especie que proviene del Terciario, es como un fósil vegetal. Tiene propiedades excepcionales. —La cogió con cuidado y plantó unos rizomas para que en la siguiente primavera se reprodujese.

Max aseguró que ya tenía todo lo que necesitaba para prepararle un buen ungüento y un jarabe. Cómo llevaban la mañana entera caminando, le propuso descansar y comer un poco. Atisbaron un lugar idóneo para tomarse el bocadillo y hacia allí se dirigieron. Era un saliente rocoso desde donde podían observar un sinfín de montes y valles. Contemplaron el maravilloso paisaje sin mediar palabra y se alimentaron más por la vista que por la boca. Sentados en el borde, con las piernas colgando a cientos de metros de altura sobre un acantilado, se sintieron insignificantes ante la enormidad de la naturaleza. Estuvieron callados casi una hora, mientras escuchaban el movimiento taciturno de los árboles acariciados por el viento, el trinar de las aves y la fauna que se movía sigilosa entre los matorrales. Lucía apoyó la cabeza en el hombro de Max y le confesó que se sentía muy feliz a su lado. Él le respondió con un beso, y añadió:

—Ahora me doy cuenta de que lo que había considerado mala suerte en el amor era un camino hacia ti.

—A mí me pasa lo mismo. Tengo la sensación de que mi matrimonio se hundió para que alguien me salvase antes de ahogarme.

Con delicadeza se abrazaron y dejaron volar la mirada ante la inmensidad del horizonte. Lucía comentó:

—Y pensar lo que he llegado a sufrir y lo mal que mi exmarido me lo ha hecho pasar con sus insultos diarios y desprecios continuos.

—Las personas no valoran lo que tienen hasta que lo pierden —sostuvo él, y concretó—: Veo en ti una gran capacidad sanadora, de ayudar a los otros, de trasmitir una poderosa energía positiva que te surge de forma natural y espontánea. Creo que puedes hacer un gran bien a muchos y pronto serás consciente de ello.

Lucía se quedó pensativa ante la enigmática percepción que él captaba y que en su fuero interno también compartía. Tenía la necesidad de hacer un cambio de vida, renacer de sus cenizas como ave fénix y volar hacia el mundo de los sueños.

Estuvieron un rato absortos en la última reflexión. Luego se levantaron sin mediar palabra y atravesaron un desfiladero hasta regresar al territorio de las coníferas. Empezaron a descender con cara de cansancio. Había sido una mañana llena de gratas experiencias, recreándose en un ambiente primigenio, de sosiego, de territorios olvidados. Atravesaron un valle y siguieron diferentes senderos entre quejigos y carrascas, hasta que se dieron cuenta de que se habían perdido. No llevaban brújula y el teléfono móvil no tenía cobertura. Decidieron proseguir hasta adentrarse por un barranco que él identificó al ver las choperas como las de Lisué. Los fuegos artificiales de un pueblo en fiestas les guiaron hasta un puente medieval con un cartel metálico a un lado que explicaba que el río que iban a atravesar era el Ésera y que el municipio que tenían delante se llamaba Perarrúa. Cruzaron a la otra orilla y en la entrada de la población se encontraron a un lado una escuela que parecía abandonada, pues su nombre estaba medio borrado por el tiempo, aunque se podía adivinar que debió llamarse Agrupación Sopena. En la fachada habían puesto una enorme pancarta que anunciaba a los visitantes que aquel día se celebraba la fiesta mayor, dedicada a Santa Ana. La música de la orquesta de la plaza del ayuntamiento y el bullicio de la gente concentrada allí, atraía a los forasteros con ganas de divertirse. Antes de adentrarse por

las callejuelas, una enorme señal indicaba el camino de acceso para subir al castillo de El Mon, cuya silueta se iluminaba de forma intermitente con el lanzamiento de bengalas. De pronto, alguien gritó con entusiasmo:

—¡Max, Max, soy Blanca, tu alumna de yoga del año pasado…!

Una joven risueña, guapa de cara y de preciosos ojos azules, se acercó y le dio un efusivo abrazo. Max le presentó a Lucía como su novia, y se dio cuenta de que era la primera vez que utilizaba dicha palabra, de forma espontánea, para definir su relación. La chica la saludó con cariño y dijo que hacían muy buena pareja. La joven estaba contentísima por aquel encuentro. Les comentó que había nacido allí, aunque su familia se había trasladado a vivir a Manresa, una ciudad de la provincia de Barcelona, por lo que muchos veranos regresaba a su pueblo natal durante las vacaciones, y aprovechaba el tiempo para realizar algún taller o seminario en Panillo. Confesó que le hubiese gustado repetir el de yoga, pues le encantó sobremanera, pero no había podido apuntarse al coincidirle las fechas con la boda de una prima, aunque pensaba hacer el curso de *chi kung*. La joven estaba tan pletórica por aquella inesperada coincidencia que los invitó a cenar en el restaurante de su tío, comprometiéndose a bajarles más tarde en coche hasta el albergue. Antes les presentó a un grupo de amigas que vivían en diferentes lugares de España, y que al ser naturales de allí se reencontraban cada verano.

Blanca pidió a Max que les hiciera una foto. Ellas se pusieron en fila y se agacharon apoyadas unas en las otras, aguantando el equilibrio. Eligieron de fondo un viejo y desconchado portalón de unas caballerizas sobre el que resaltaba la fina piel de unas caras radiantes, bellas y adolescentes, cuyos rasgos presagiaban lo que serían: dulces y preciosas mujeres. Así quedaron en orden Paula, Blanca, Judith, Anna, Lucía e Isa. La anfitriona también presentó a Melani, Lydia, Hajar, Nerea, Núria y Coral como compañeras de estudios, y apeló a la infinita paciencia de Max para que también las fotografiara. Una vez acabada la sesión de poses, los acompañó al restaurante.

Un hombre orondo y bonachón recibió con un abrazo a su sobrina y a la pareja que la acompañaba. Los condujo hasta un gran

tonel de roble que había habilitado como mesa y los invitó a sentarse a su alrededor sobre barricas de castaño, y les anunció:

—La bebida la tenéis asegurada, y la comida, también. De cenar, os recomiendo para hacer boca un paté de aceitunas negras con setas de la sierra del Moncayo. Luego, os traeré una plata con diversos quesos de oveja y de cabra de la localidad de Trasmoz, que son unas exquisiteces, o como diría mi hermano, que fue cocinero antes que fraile, *boccato di cardinale*.

Les hizo probar diferentes vinos del Somontano, mientras les explicaba su vida. Los camareros iban de un lado a otro tan deprisa, que parecían multiplicarse atendiendo a la avalancha de clientes que querían tomar algo. Max llegó a comentar:

—No sé si solo trabaja uno que se quintuplica o son un grupo de quintillizos.

El dueño soltó una enorme carcajada y aseguró:

—¡Es el mismo, porque tiene idéntico careto, pero lo hemos clonado cinco veces...! Lo único que pasa es que el muchacho es un nervio y encima padece hiperactividad elevada al cubo. —Y volvió a soltar una risotada, pellizcó los mofletes de la sobrina y dispuesto a mostrar su afabilidad bajó a la bodega y regresó con varias botellas de buen caldo. Con ganas de presumir de ser un entendido sumiller, manifestó—: Probad estos vinos... Uno es el Coto de hayas y el otro el Oxia, a cuál mejor, pues ambos utilizan una excelente casta de uva garnacha de viñedo viejo, y gozan de un tanino singular que armoniza el resto de atributos, sin perder ese equilibrio entre la aspereza y la dulzura. Olvidaos de la uva francesa cabernet sauvignon y merlot. Esta es mucho más deliciosa... ¿Sabéis por qué?

Movieron la cabeza de un lado a otro. Entonces, él se palmeó la panza y sentenció:

—Porque tiene sabor a cierzo, viento que acaricia las uvas con manos frías, las limpia con decisión y las seca con tanto mimo que les quita el exceso de humedad que pudre el hollejo, la pulpa y el alma de la fruta.

Les llenó las copas con el primero. Max imitó a los catadores a la hora de asomar la nariz tras hacer rotar el líquido para aspirar

la fragancia. Lucía le imitaba. Luego doblaron la servilleta blanca para observar el color en el contraste. Tomaron un sorbo que mantuvieron en la boca, que dejaron medio abierta para cubrir de nubes de aroma el cielo del paladar, y a la vez embriagar las papilas con su sabor hasta conseguir que los sentidos del gusto y del olfato estallasen al percibir plenamente el buqué. Fue cuando aseveraron, casi al unísono:

—¡Es maravilloso…!

A continuación, el amo les propuso:

—De postre tenéis que tomar la tarta de peras de bergamota, las de aquí, a la miel de azahar con crema de leche y nata, junto al ingrediente más exclusivo: todo el amor que le pone mi esposa al hacerla. Dicen los sibaritas golosos que la degustaron que es un regalo al paladar, un disparo de glucosa al cerebro y una sobredosis de colesterol a la sangre. Una dulce forma de suicidarse. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Blanca se presentó con el pastel en una bandeja dorada que hacía resaltar más su exquisitez y desataba la gula por la vista. Dispuestos a dejarse caer en la tentación, metieron la cucharilla y se la llevaron a la boca. Con lentitud paladearon y se relamieron los labios. La exclamación no se dejó esperar y Lucía sentenció:

—Es un capricho de dioses.

El dueño engordó de golpe veinte kilos de satisfacción. Hizo salir a su mujer y la felicitaron por ser una excelente pastelera. Ella se quitó méritos al decir que todo lo había aprendido en un convento de clarisas, sin dejar claro si tomó hábitos por devoción religiosa, los colgó por amor al prójimo o por falta de fe. Lo que era evidente es que se llevó los mejores secretos de la repostería.

Regresaron al albergue en el coche de Blanca y se despidieron de ella con un cariñoso abrazo, agradeciéndole la amabilidad que había tenido en acompañarlos hasta allí. Antes de marchar, se intercambiaron los números de teléfono. Ella manifestó que deseaba que le aconsejara sobre qué yoga practicar para mejorar los estudios y qué talleres podía asistir con sus amigas, ya que la mayoría, cuando llegaba la época de exámenes, estaban al borde de un ataque de nervios.

Como era muy tarde, Max invitó a Lucía a su casa.

—Si subes ahora, las despertarás a todas. Es mejor que vengas a mi refugio secreto. Nunca nadie ha estado antes. ¿Has visto qué excusa tan buena tengo para llevarte al bosque donde los lobos se comen a las caperucitas como tú?

—¡Qué malo que eres...! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Sí..., me has convencido!

Encendieron las linternas y emprendieron el camino de Ejep. Apenas recorrieron medio kilómetro de pista de gravilla, cuando se internaron por un sendero de pinos y maleza. Él la detuvo y sobre un tronco ladeado la besó, y le dijo que esperasen hasta habituar los ojos a la oscuridad, pues era preferible continuar iluminados por el resplandor de la luna. Diez minutos más tarde, tras atravesar una espesa cortina de árboles, de repente apareció una casita de cuento de hadas. Ella no pudo resistir la fascinación que le produjo y exclamó:

—¡Es mágica...! ¡Está envuelta en una nube de luz azul fosforescente!

Al acercarse, él le explicó que la barraca estaba apoyada sobre una pared de roca en forma de concha que daba acceso a una gruta donde habitaban miles de coleópteros. Cogidos de la mano, la guio hasta el fondo de la cueva. Los ojos se fueron adaptando a la oscuridad a medida que la rodobsina estimulaba el nervio óptico. Entre ellos solo se intuían por la respiración. El nictálope de Max animó a Lucía a que levantase la vista. Entonces, ambos contemplaron fascinados un espectáculo maravilloso: la cúpula del techo de la caverna se había convertido en la inmensa bóveda del cielo, donde un enjambre de millones de estrellas no paraba de parpadear. Él, entre bisbiseos, le explicó:

—Lo que ves es una colonia de luciérnagas, la mayoría son larvas y hembras, que no utilizan la bioluminiscencia como reclamo sexual, sino como cebo. El espectro de luz que emiten, cada seis a ocho segundos, va de un débil a un intenso azul que les sirve para atraer a las presas. Hacen igual que las arañas: tejen redes imperceptibles y hebras pegajosas que despliegan desde el techo como si fuese un caladero, con las mismas técnicas de los viejos pescadores

nocturnos; a continuación, encienden sus linternas biológicas y emiten destellos intermitentes que atraen a los incautos insectos, los cuales se acercan encandilados por el mágico brillo y el titilante reclamo, hasta que caen enredados en la trampa, igual que muchos mortales ante la belleza. Las víctimas atrapadas intentan escapar, se revuelven y la vibración de las terminaciones nerviosas de la tela avisa a las depredadoras de que alguna alelada polilla o mariposa ha vuelto a caer; es el momento en que izan con cuidado las mallas y recogen las capturas y se las comen. Por eso, alguien, en un rapto de inspiración poética, las bautizó con el singular nombre de las estrellas de la muerte.

Durante veinte minutos observaron extasiados aquel centelleo hipnótico. Estaban ante un espectáculo único. Lucía, con suma curiosidad, le preguntó en un susurro:

—¿Y cómo consiguen generar sus cuerpos ese resplandor?

Max, con ganas de impresionarla con sus conocimientos, le musitó al oído:

—La bioluminiscencia es un proceso químico de oxidación del sustrato de la proteína denominada luciferina, catalizada por la enzima luciferasa. A ellas se les ilumina el abdomen, y como su piel está recubierta con una especie de lentes conocidas con el nombre de cristales de urato, intensifican el reflejo de la luz.

A ella se le ocurrió quitarse la camiseta y dejar al descubierto su espalda, y sobre la piel desnuda empezó a iluminarse el dibujo tatuado del loto azul invisible. Max le recorrió a besos el tallo de la flor hasta llegar a los pétalos detrás de la nuca, mientras sus dedos le masajeaban cada uno de sus siete *chakras*. La abrazó por detrás y le hizo el amor en silencio. El eco de un profundo gemido de placer recorrió las paredes de roca de la bóveda celeste e hizo temblar las estrellas de aquel inmenso cielo interior.

Salieron despacio de aquel viaje onírico. Max la llevó de la mano hasta su refugio. Entraron a oscuras. Ella se dio cuenta de que el tejado tenía dos amplias ventanas en el techo, de tal manera que la claridad de la luna iluminaba en círculos la estancia. Subieron por una escalerilla a un altillo en donde estaba la cama. Agacharon la cabeza para no darse con las vigas de madera y se

metieron entre las sábanas. En la penumbra, él pudo vislumbrar por el brillo de sus pupilas el centelleo estelar de la cueva. Se abrazaron y se llenaron la piel de besos y caricias hasta quedarse dormidos el uno en el otro.

A medianoche, ella vio cómo Max se ladeaba, cogía una libreta y completamente inspirado escribía algo. Estuvo un buen rato alumbrado por el resplandor lunar. Observó el movimiento de su mano atrapada en la caligrafía. Había sido un día inolvidable y una noche llena de magia y de fantasía. Él se quedó dormido. Lucía al ver tumbado a los pies el cuaderno, no pudo vencer su curiosidad y con sigilo se movió para cogerlo sin que se diera cuenta. Cautelosa, lo abrió y vio que las páginas estaban en blanco. Cayó en la cuenta de que habían sido escritas con la pluma de tinta invisible que le regaló. Encendió la linternita de luz ultravioleta del capuchón para ver las palabras ocultas, y leyó el párrafo final de la última hoja:

«La visita con ella a la gruta fue perturbadora, pues nunca había estado allí con alguien. Hacía años que no entraba y sentí como si fuera la primera vez. A nadie le había revelado aquel lugar secreto. Durante un rato me evocó lejanos recuerdos de la infancia, cuando me escapaba de aventuras por las cuevas de la Virgen de La Peña en Graus. A medida que avanzábamos hacia la oscuridad, esta se hacía más densa, tangible y misteriosa. Nos detuvimos en la enorme bóveda y tuve la sensación de estar en el interior de un útero excavado en las entrañas de la tierra, donde una luminosidad extraña, biológica, emitida por los cuerpos de miles de luciérnagas hembras, apareadas en época de reproducción, albergaban en sus entrañas docenas de huevos de nuevas crías, inundando la atmósfera de una lucífera metamorfosis. Por las paredes del techo del cielo corría la savia azul de las estrellas, tan embrionaria y emergente que se colaba por las venas pétreas de la caverna hasta hacerla latir en una continua gestación, a la espera de que las miles de vidas que llevaban las rocas dentro despertasen de su sueño mineral, igual que nosotros.»

CAPÍTULO 52

Por la mañana, Lucía abrió los ojos despacio y pensó si lo vivido la noche anterior había sido parte de un sueño salido de la imaginación de Lewis Carroll en su *Alicia en el país de las maravillas* o alguna de las siete fantásticas novelas de C. S. Lewis en *Las crónicas de Narnia*. Las experiencias diarias que compartía al lado de Max le parecían cada vez más fascinantes. Observó con meticulosa calma el techo de madera, salpicado por dos enormes lucernarios y siete más pequeños, a través de los cuales pudo contemplar con suma placidez cómo había amanecido y los rayos de sol insuflaban de claridad el alma de las nubes.

Max se despertó con esa tardanza del que lucha contra la pereza hasta que la vence. Al verla a su lado, lo primero que hizo de forma inspirada fue besarle con mimo los ojos, y le manifestó:

—Quiero que hoy veas el mundo con otra mirada.

Lucía, gratamente sorprendida y halagada por su gesto, tuvo la necesidad de corresponderle con un beso en medio de la frente, y le dijo:

—Deseo que tu tercer ojo te ilumine el camino que ambos hemos de recorrer juntos.

Enseguida, los labios buscaron la piel y las manos empezaron a deshacerse en caricias, hasta que oyeron a lo lejos el sonido de la campanilla tibetana que solía tocar el residente Jesús a las seis y

media de la mañana. Recorría con su tintineo los pasillos entre las literas de las habitaciones. Después, salía fuera, por los caminos circundantes donde algunos dormían en tiendas de campaña. La intención era avisar a todos para asistir a las prácticas rituales de la *puja*.

—Deberíamos ir —propuso él —, porque creo que te servirá como preparación para el curso de meditación budista. Y también para mostrar respeto a los lamas y a los miembros de la comunidad o *sangha*, ya que ahora, al ser pocos, se notan más las ausencias. Y encima, llevan varios días en que no nos ven el pelo.

—De acuerdo, lo que tú digas. Una vez fuiste mi maestro y siempre lo seguirás siendo —alegó ella con una sonrisa de alumna aplicada.

—¡Venga! Nos pegamos una ducha rápida y salimos pitando — propuso él con esa energía vital que tanto lo caracterizaba.

Al llegar al templo, vieron al corpulento Quique en la puerta con un enorme gong en una mano, y en la otra, la maza con la que empezó a golpear de forma pausada el centro del disco de bronce, para anunciar que faltaban cinco minutos para las siete, hora en que se iniciaba la ceremonia. A medida que llegaban los residentes al templo, solo franquear la puerta, hacían tres postraciones en dirección al altar donde estaba Buda, y unos pocos, en cambio, una simple reverencia, como hicieron ellos durante el curso de yoga. Max se dio cuenta de que ella iba medio dormida por lo que le indicó que era preferible quedarse atrás. Tomaron asiento sobre una colchoneta y un par de cojines para poder apoyar la espalda contra la pared.

Aquella mañana se debía celebrar alguna festividad del calendario budista, pues no paraba de entrar gente de fuera. Lucía se quedó abstraída al observar el ritual que la mayoría llevaba a cabo y que consistía en juntar las manos, ponerlas encima de la cabeza para bajarlas y colocarlas delante del cuello. Acto seguido, las ponían a la altura del pecho y a continuación, se agachaban para apoyar las palmas de las manos en el firme, y al arrodillarse, reclinaban la cabeza hasta tocar con la frente el suelo. Llegaron Marta y su hija Julia, seguidas de Pilar e Isabel cargadas con un par de

bolsas de libros para la tienda. Detrás aparecieron Blas, Ricardo, Chelo, Javier, Laurel, Roberto, Imanol, Álex, Juan Ángel y Mario, los cuales no solo hicieron la postración, sino que incluso se tendieron bocabajo. Fue cuando Lucía, al verlos tan puestos, consultó con Max la duda que le sobrevino:

—¿Quizá teníamos que haber hecho lo mismo?

—No es el acto en sí, sino lo que representa. Uno puede llevar a cabo cualquier ritual, pero si lo hace de manera irreflexiva, a lo tonto, no tiene sentido alguno y se convierte en una serie de gestos frívolos. Por ejemplo, cuando juntan las manos y las sitúan sobre la coronilla o séptimo *chakra*, el más místico, lo hacen para purificar las acciones negativas que han realizado; y seguidamente, repiten lo mismo al poner las manos ante la garganta, quinto *chakra*, con la intención de purgar la maldad de las palabras que han salido de la boca y han causado mucho dolor, ya sea en forma de insultos, burlas, amenazas, mentiras y calumnias, entre muchas otras; luego, bajan los brazos y sin separar las manos las apoyan sobre el corazón, cuarto *chakra*, para depurar las emociones y sentimientos negativos con la bondad y el amor; y sin pausa, se inclinan y apoyan las palmas en el suelo, con el deseo de enterrar los actos impuros acumulados, aspirando a vencerse a ellos mismos, en un proceso de superación personal y espiritual que los lleve a iniciarse en el camino de la iluminación; se arrodillan en un acto de humildad ante el poder de los budas y bodhisattvas, y así, liberar del sufrimiento a los seres atrapados en el samsara o ciclo de la vida, muerte y reencarnación; y por último, al tocar con la frente, sexto *chakra*, el pavimento, aspiran a salir de la ignorancia al abrir el tercer ojo para captar lo invisible y emprender el camino hacia la profunda sabiduría; y al incorporarse tras cada postración, se consigue liberar a muchos que sufren.

Ella le agradeció su meticulosa respuesta y le preguntó si era muy larga la *puja*, a lo que tuvo que corregirle con delicadeza la pronunciación de la palabra, aconsejándola que dijera «puya», porque si no parecería que por la mañana temprano iba a una subasta en una lonja de pescado. Ambos se sonrieron en un acto de complicidad.

—¡Ay...! Tú eres muy gracioso. Te gusta sacarle punta a todo —afirmó ella.

—Eso intento, cariño. Eso intento… Si no, la vida sería muy aburrida —afirmó él con dicharacheros ojos y medialuna colgada de los labios.

Lucía empezó a bostezar y él se conjuró para mantenerla despierta como fuera. Entraron varios lamas, cosa que a Max le extrañó, ya que por lo general era solo uno de ellos el que dirigía el acto, y los asistentes se levantaron e hicieron una inclinación a su paso en señal de respeto y reconocimiento como maestros espirituales. Acercó la boca al oído y le susurró:

—Ese que es tan serio es el lama Kelzang, y hace retiros; el más orondo y tan sonriente es el lama Phuntsok, el que te bendijo el *mala*, y suele hacer cursos de *shiné*; el más alto es el lama Sönam Wangchuk, que realiza prácticas de *manjushri*; y ese que es occidental y más joven es el lama Sönam Gyamtso, antes se llamaba Óskar; y el que es calvo y se ve de mayor edad es el lama Djinpa, antes de entrar su nombre era Borja de Arquer, y es experto en los bardos y en los rituales del proceso de la muerte. Todos ellos residen aquí.

Lucía le preguntó por lo bajini quién de ellos era la máxima autoridad. Max entre bisbiseos le confirmó que era el último de la comitiva, el que entraba en aquel momento y vestía la túnica de color granate y azafrán, ese era el director espiritual del centro, el lama Drubgyu Tenpa, una persona encantadora y risueña, que emanaba felicidad, y al que más tarde le presentaría si no desaparecía antes. Y con esas palabras dejó volar su imaginación desbordante con intención de espabilarla.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella abstraída y embelesada en el misterio que había dejado traslucir.

—Pues que a veces los lamas y los monjes aparecen y desaparecen por arte de magia. En varias ocasiones esperé a uno al acabar la ceremonia en la puerta para consultarle algo, y no salió. Revisé cada rincón del templo, por si había alguna portezuela camuflada, y no encontré ninguna. Pregunté a un rinpoché y me respondió: «¡Cómo quieres que salga, si quizá no ha entrado!». Y remató al

decir: «No todo lo que el ojo ve, existe, como los espejismos, ni todo lo que existe se capta por la vista, como la fuerza de gravedad. Piensa que en el mundo de la espiritualidad y de la religión se debe tener fe, y la fe es creer en lo que no se ve».

Las pupilas de Lucía se dilataron al seguir con expectación los movimientos de los lamas y así no perderlos de vista antes de que se desintegraran. Max le comentó con devoto afán pedagógico:

—Las ofrendas de flores que hacen los monjes son una metáfora de nosotros mismos, pues con el sol se abren sus pétalos e inundan con su dulce fragancia la estancia, pero mañana estarán secas, marchitas como nuestra efímera vida.

Ella se quedó pensativa ante tan profunda reflexión. Sin dejar que su mente descansara, él reclamó su atención:

—¡Fíjate en esos que encienden velas perfumadas y lámparas de aceite alrededor de la imagen! Buda es el iluminado, se le ofrece nuestra luz para que él nos ilumine con la suya y encienda una llama en nuestro corazón.

El lama Kelsang colocó entre los dedos la correa de cuero de los címbalos tibetanos o *tingsha* e hizo entrechocar sus bordes, arrancando un tono armónico, puro, sostenido y penetrante, para dar inicio a la ceremonia. Lucía, al verlo, manifestó con sorpresa:

—Parece como si fueran unas pequeñas castañuelas metálicas.

—Sí, pero la intención del sonido es purificar la mente y fijarla en este instante.

La ceremonia comenzó con el mantra: *¡Om tare tuttare ture soha!*, que invocaba la presencia de la divinidad femenina por excelencia, Tara Verde, la gran protectora energética ante el miedo y el peligro. La madre iluminada y siempre dispuesta a ayudar. El recitado de las oraciones, acompañadas por los *mudras* o movimientos sagrados de las manos, en que se entrecruzaban los dedos en diferentes gestos hasta formar una coreografía perfecta, y la musicalidad fonética de la lengua en que fueron escritas las plegarias, hipnotizaban el entendimiento con cierto misticismo, que irradiaba un poder sutil y arcano sobre la consciencia.

El cansancio que acumulaba Lucía, junto a la falta de costumbre de dicha ceremonia, una de las más intensas y potentes, quizá más

apropiada para iniciados, le habían sumido en una duermevela que se veía alterada cuando golpeaban el cuenco con la baqueta y se producía un tono armónico, cuya vibración se expandía y penetraba en el cuerpo y la mente, y eso le hacía entornar los ojos, hasta que volvía a caer en un nuevo sopor, perturbado por el sonido de la caracola, que representaba la voz de Buda, según le susurró él.

A continuación, empezaron a recitar unos mantras y él le dijo que pensara en el último acto de amor y bondad que había realizado. A ella se le iluminó la cara con las imágenes de la noche anterior, cuando se quitó la ropa en la cueva y, dejando desnuda su espalda, él le recorrió con los labios cada hoja del tallo de la flor de loto. Max soltó una sonrisa al adivinar sus pensamientos, pero dispuesto a centrarla en la liturgia, le recordó:

—Los mantras se repiten sin parar y conectan con la dimensión más espiritual; al mismo tiempo retumban como un eco en el interior de la roca que somos, y nuestra conciencia mineral se empieza a despertar de su eterno letargo.

Unos jóvenes novicios encendieron un montón de barritas de incienso. Ella cerró los ojos para inspirar el penetrante aroma, símbolo de purificación. No tardó en quedar completamente extasiada. Cuando empezó a dar cabezadas en el aire, fue el momento en que él le pegó un leve codazo en el costado. Sobresaltada, intentó recomponer el cuerpo. Max, dispuesto a captar su interés, le explicó con el sigilo necesario para despertar su curiosidad lo siguiente:

—¡Escucha bien... y no se lo digas a nadie...! ¡Es un secreto…! Este incienso tibetano que arde ahora está preparado por las manos de venerados lamas que llegaron a la iluminación, y por eso se les llama rinpochés. Han utilizado viejas fórmulas, que de manera secreta se han trasmitido oralmente durante milenios. Mezclan unas proporciones exactas de sándalo blanco y rojo, canela y azafrán, dosis justas de la aquilaria y el crisantemo, flores de rododendro con agujas de enebro, madera de agar con almizcle y lotos azules de los lagos cristalinos del Himalaya.

—¡Increíble...! ¡Es un agradable olor, misterioso, intenso y penetrante...! ¡Embriaga...! —exclamó ella extasiada por las fragancias que había en el aire.

Un monje se levantó con parsimonia, llenó de incienso un sahumador, lo prendió con la lumbre de una candela y empezó a moverlo de forma circular en el aire, al mismo tiempo que él giraba sobre sí mismo. El dulce aroma de las hierbas, las plantas, las raíces y las maderas orientales impregnó la atmósfera de la energía de la naturaleza. El monje quedó envuelto en una neblina hecha de hilos de humo de múltiples colores, los cuales habían tejido un mágico tul que lo envolvía de un halo místico que parecía elevarlo sobre el sonido de los mantras, que en su infinita repetición ascendían en el aire como escaleras de caracol hacia el cielo. Envuelta en un estado de obnubilación de la conciencia, le confesó:

—No sé si ha sido el efecto del cansancio, pero me parece que he tenido una alucinación. No sé si imaginaba mientras dormía o dormía mientras imaginaba que ese monje ha levitado, sí, sí, como lo oyes, he tenido la sensación de que se había levantado tres palmos del suelo. Y ahora mismo, juraría que el otro acaba de desaparecer al envolverse en el manto de su túnica, ha sido un movimiento fugaz que ha provocado una espiral con el humo del incienso y su corporeidad se ha desvanecido sutilmente en ella.

—No te preocupes. Esto es habitual aquí. Es un lugar proclive para la eclosión de extrañas ensoñaciones. Algunos aseguran ver cosas incomprensibles, muchas son frutos de percepciones imaginarias que han derivado en delirios transitorios, pero en tu caso es normal, porque arrastras el agotamiento de haber caminado tanto ayer.

Al lado de Max, estaba sentada una señora gruesa y somnolienta, que no paraba de bostezar hasta que al final se durmió. De forma progresiva fue inclinando la cabeza hacia atrás, y de golpe soltó un ronquido que pareció el feroz rugido de una pantera negra en medio de la selva con hambre de cuatro noches, pues la acústica del templo multiplicó la intensidad, y uno que estaba en la puerta salió corriendo convencido de que se había escapado alguna fiera del zoo dispuesta a zamparse a algún tonto adormilado.

Max aguantó la risa al ver la cara de susto de los asistentes, muchos de los cuales se acababan de «despertar» de golpe, pues el miedo activa *ipso facto* el instinto de supervivencia. Dirigiéndose

a la oronda mujer, le afeó su salvaje y aterrador bramido, pues al himplar había metido el susto en el cuerpo a más de uno. La mujerona estaba tan avergonzada que se le puso la cara como una amapola.

—La veo bastante ruborizada —dijo él—. No le dé importancia. Esto le puede pasar a cualquiera.

En ese momento Quique y Mario, que estaban al lado de la puerta, se levantaron y se fueron a la cocina para preparar los desayunos. Max se giró y al ver que a Lucía se le entornaban los ojos, le sopló suavemente en la cara para espabilarla, no fuese a pasarle lo mismo que a la señora anterior, pues estaba a punto de caerse rendida. En ese instante, el residente Jesús ladeó la cabeza y cruzó una mirada de complicidad con Max y, sin dilación, cogió los mazos de madera y golpeó con ganas el tambor chamánico tibetano o *dyangro* que pendía vertical a su lado. Enfrente, un novicio le imitó con otro. El redoble intenso la despertó de sopetón y le puso los ojos como platos. Y más al unirse el sonido grave de dos trompetas tibetanas, junto al movimiento de muñeca de un rinpoché que llevaba un *damaru* o tambor de mano, que hacía que sus bolitas, que colgaban de un hilo, golpearan ambas caras del instrumento. Cuando aquella fanfarria empezó a desvanecerse, intervino el veterano Tsering y tocó la caracola, el lamento de su eco oceánico, profundo y abisal provocó en ella una marea de escalofríos.

En ese estado, Lucía se interesó por el que acababa de tocar aquel instrumento, y le inquirió a Max:

—Este hombre que está delante, con el pelo un poco canoso y recogido en una coleta, que lleva tejanos, camiseta de manga corta amarilla y que se ha colocado por encima de los hombros el chal granate monástico, ¿quién es?

—Es Tsering —afirmó él—. Fue monje, pero colgó los hábitos y es el residente más antiguo de aquí. Imparte clases de yoga tibetano y también es traductor de dicha lengua. Suele pasar largas temporadas en Tíbet, Nepal y la India, apoyando los proyectos de ayuda humanitaria para los niños huérfanos de allí, al igual que el apadrinamiento de los retirantes pobres del monasterio de Sonada.

—¡Caray...! ¡Qué buena labor que hace...! ¡Es una tarea admirable...! —aseveró ella gratamente sorprendida por su entrega a una causa justa.

—Sí, hay que reconocer que las personas que emprenden el camino de la espiritualidad suelen ser generosas y altruistas con su vida. Se dan a los demás sin esperar nada a cambio.

—¿Cuánto falta para que se acabe esto? —interrogó ella bastante cansada.

—¡Falta poco! —aseguró él, y le dijo—: Ya veo que no estás acostumbrada a este tipo de ceremonias en las que hay muchas recitaciones y cánticos que se repiten centenares de veces en tibetano y sánscrito. Son casi las ocho y media de la mañana y está a punto de acabar. No es obligatorio que asistas, y más en tu caso, que vas a iniciarte en la meditación, lo que te va a abrir muchos caminos que te pueden conducir a diversos destinos.

—¡No vuelvo más...! —exclamó harta, y sostuvo—: Si me quejaba de lo largas que eran las misas católicas, y más las del Pilar, que empalman unas con otras con el rezo del rosario entremedias, esta me ha parecido eterna. ¡Sinceramente... tengo la cabeza como un bombo... esto es un tostón!

Max soltó una carcajada, que intentó disimular ante su enorme franqueza, y con honradez le confesó:

—A mí me pasó lo mismo la primera vez. Es normal hasta que no te habitúes. Todavía no has adquirido la formación básica para entender estas enseñanzas y sentirlas como tuyas. Con el tiempo, verás si en realidad conectas con la esencia del budismo tibetano. Cuando uno está convencido de seguir este camino, *toma refugio*, que significa adquirir un compromiso activo con sus prácticas y enseñanzas. Yo todavía no lo he tomado. Hay gente que durante años explora diversos senderos espirituales hasta que encuentra el suyo. En mi caso, te confieso que he practicado diferentes tipos de meditación, y me identifico con esta en bastantes aspectos, aunque a veces tenga un ritual excesivo. Algo similar me pasó al aproximarme al hinduismo y me perdí en sus múltiples deidades. En Japón practiqué la meditación del budismo zen y conecté tanto o más que con el tibetano, pues considero que

sus sobrias y escasas liturgias me ayudaron mucho a conseguir mi propia vacuidad.

Max había conseguido que Lucía estuviera atenta a punto de acabar. Se la veía más despejada. Dispuesto a que no decayese su ánimo, le relató que también estuvo en Turquía donde aprendió la ascética danza de los derviches. Y le dijo:

—Noté que al dar vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj intentaba parar el tiempo. Mi estado de conciencia se alteró. Entré en trance, me evadí del cuerpo y conecté con la divinidad.

El lama Kelsang volvió a entrechocar los crótalos o címbalos tibetanos o tingsha, y dio por concluida la *puja*. Todos se levantaron, incluso el lama que se desintegró, volvió a aparecer. Los maestros espirituales hicieron una inclinación hacia el altar y emprendieron el camino de salida por el pasillo central. A su paso, los asistentes los despidieron con una reverencia.

Lucía, que se había puesto de pie, esperó a que saliese la comitiva y dijo:

—Debió de ser una experiencia mística muy enriquecedora la que viviste en Estambul.

—Sí, igual que cuando me inicié en el sufismo, la mística del Islam. Recuerdo una experiencia con un maestro en un centro de meditación de Kerala, al sur de la India, que me trasmitió los conocimientos del raja yoga, para obtener ese autodominio que busca la simplicidad y pureza. De la misma manera, lo viví al realizar los ejercicios espirituales en la santa cueva de san Ignacio de Loyola en Manresa, donde hice un retiro encerrado en una celda en completo ayuno y silencio. Al pasar las semanas, llegué a entrar en un estado letárgico envuelto en un largo sueño lúcido, supongo que similar al que experimentó el santo. Sin embargo, te confesaré algo con intención de convencerte. Los que hace años asistimos a la *puja* hemos comprobado que tiene un gran poder de trasformación diferente a otros rituales. En todos hay un proceso de introspección intensa y sutil, que no es mental ni emocional, sino espiritual, que te lleva a descubrir en lo más profundo del ser tu esencia... tu luz... tu alma.

CAPÍTULO 53

Al salir, Max felicitó a Sofía por su dominio de los *mudras*. Ella le recordó que era profesora de danzaterapia y que daba mucha importancia a la armonía corporal. También adujo que con la práctica había conseguido dominar aquella sincronizada coreografía de movimientos de las manos de manera irreflexiva. Ademanes que encerraban una profunda carga espiritual y que le servían para canalizar la energía de los meridianos de cada dedo con los *chakras*, de tal forma que con el recitado de los mantras conseguía abstraerse y entrar de lleno en la meditación.

Como aquellos tres días había poca gente, quedaban suspendidas las tareas de karma yoga, por lo que Lucía estaba exonerada de ir a servir las comidas. De los quehaceres domésticos se encargaban los residentes. Fueron hacia el albergue a desayunar en compañía de Jesús, al que Lucía le preguntó si llevaba mucho tiempo allí. Él, con una plácida sonrisa, le contestó que vino por un par de semanas y llevaba varios años, y se justificó al decir que el lugar tenía una energía que envolvía y atrapaba. Ella le manifestó que también había captado ese magnetismo sutil que parecía atemporal al sentirse desconectada del mundo, del exceso de noticias e informaciones. Sostuvo que era como liberar la memoria temporal y no pensar en nada ni en nadie, no hacer planes, vivir la simplicidad del momento, y apercibirse de lo obvio como respirar, comer,

caminar, mirar, escuchar y gozar de la naturaleza. Y algo tan simple como eso, le había llenado de una enorme sensación de paz.

—La mayoría de las personas que he conocido aquí —apostilló Max— me ha manifestado lo mismo. Siempre hay alguna excepción. Lo cierto es que muchos regresan cada verano y, sin pretenderlo, forman una comunidad itinerante de amigos cuyo lugar de encuentro es este.

Ricardo tocó la campana para avisar de que el desayuno estaba preparado. Max guardó sitio a Lucía en la mesa, mientras ella acababa de llenar el cuenco de cereales y frutos secos. Aquel día, al ser pocos, los de la cocina habían preparado chocolate deshecho y los golosos iban rápidos para repetir. Chelo se sentó delante y bostezó, se notaba que había pasado mala noche. Al quitarse el chal, dejó al descubierto unos hombros y brazos acribillados de picaduras. También tenía grandes habones en el cuello. Ella dijo que era por culpa de los mosquitos que se habían pegado una fiesta a costa suya, y por eso estaba tan pálida, pues parecía que le habían dejado las venas secas. Blas sugirió si no habría sido la mosca negra, que se había hecho muy famosa en Aragón, pues por su culpa las urgencias de los hospitales estaban colapsadas, y que quizás en el albergue había evolucionado hacía una especie vampira. Quique, que se sentó a la mesa, en broma y con doble sentido, insinuó:

—Mientras no sea algún pretendiente secreto, que encima sea un chupasangre, no hay problema. Sarna con gusto, no pica.

Chelo, dirigiéndose a Lucía, le comentó:

—Ahora ya sé quién te regaló ese *mala* lapislázuli que llevas al cuello. ¡Es evidente! —Y lanzó una mirada al supuesto novio.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Lucía en señal de aquiescencia, e intrigada inquirió:

—Yo todavía no sé quién te regaló el tuyo. Debe de ser un amante muy discreto, mientras no sea el de los chupetones nocturnos.

—¡Je, je, je! ¡Qué graciosa, mañica! No, estos son los mosquitos. Oigo su zumbido cuando se lanzan como kamikazes contra mi piel —adujo ella, mientras sacó el colgante en forma de corazón azul turquesa del bolso y se lo puso.

Max, al verlo, manifestó:

—¡Es precioso...! Supongo que sabrás que el mineral de esa piedra ejerce sobre tu quinto *chakra*, el de la garganta, una influencia positiva con la vibración, con el sonido y con el silencio. Conecta el centro de energía inferior del corazón con el tercer ojo, para que comuniques lo que ves con lo que sientes. Creo que la persona que te lo ha regalado acertó plenamente. Encima, hace juego con tus ojos. Piensa que ese obsequio te servirá para iniciar tu propia metamorfosis. Tengo la certeza de que su alquimia te va a dar mucha suerte, porque capto que tiene una gran energía positiva, la misma que trasfirió la persona que te hizo el obsequio. Siempre que te sientas triste, bloqueada y necesites ayuda, acarícialo con la mano izquierda, para que su vibración celeste ascienda por tu brazo hasta convertir tu rojo corazón en azul turquesa.

—Ahora no me lo voy a quitar ni para la ducha. Me has convencido. Tú siempre tan poético e inspirado —dijo Chelo mientras acariciaba el colgante.

Lucía, algo molesta por aquel incipiente coqueteo, dijo que tenía jaqueca y no se encontraba muy bien. Era evidente que quería desviar la atención hacia ella. En ese momento, sonó un pitido en el móvil, que por lo general no funcionaba, porque allí había poca cobertura. Lo miró con curiosidad, leyó el mensaje y afirmó con extrañeza:

—Es mi amiga Marisa, que como está cerca de aquí, dice que vendrá con su marido Ismael a saludarme hacia el mediodía.

Max se quedó contrariado por aquel cambio de planes, pues ya tenía en mente organizar el día de otra manera. Y exclamó:

—¡Estupendo! Si te hace ilusión, a mí también. Había pensado en visitar Graus, pero lo podemos dejar para mañana o pasado.

—Prefiero quedarme aquí y descansar un poco. Ayer caminamos mucho y no estoy acostumbrada. Me duele cada uno de los músculos del cuerpo hasta la punta de las pestañas. ¡Estoy baldada!

—¡Y qué más...! Ni que hubieras subido a la Madaleta, al Posets, al Perdiguero y al Aneto seguidos —manifestó Blas con un gesto de incredulidad por su exageración.

La gente se fue levantando de la mesa. Rebeca, la chica de Tarazona, les dijo que el grupo iba de excursión a las salinas de Naval,

aquellas piscinas en que no te podías ahogar, porque sucedía lo mismo que en el mar Muerto, que la gran salinidad del agua hacía flotar a cualquiera. Los invitó, pero ellos con amabilidad rechazaron su ofrecimiento, ya que se quedaban a esperar a unos amigos que venían de visita. También convidaron a Jesús, que se había puesto su mono azul y se disponía a limpiar el sotobosque de alrededor del centro para eliminar matojos y hierbajos que pudieran extender un incendio. Rechazó el ofrecimiento al recordar que él no estaba de vacaciones, sino que tenía que trabajar para costearse la estancia allí. La pandilla se despidió camino de las habitaciones para ponerse los bañadores y coger las toallas.

Un cuarto de hora más tarde, marcharon en una caravana de coches, y muchos al pasar por delante, agitaron las manos por las ventanillas para despedirse. En la cara de la mayoría se dibujaba una alegría desbordante por disfrutar de un día de aventuras en el que iban a darse un chapuzón y tomar el sol. No era nada extraordinario, pero lo vivían como si lo fuera. Cada uno del grupo intuía que iban a compartir un momento y un tiempo que no volvería jamás. La felicidad, en el fondo, era gozar conscientemente de cada instante de la vida.

CAPÍTULO 54

El albergue se había quedado tan despoblado que multiplicaba la nostalgia de los ausentes. De golpe, apareció Nunho Lama, el chef nepalí, vestido con su chaqueta blanca y su delantal impoluto. Iba acompañado de Sönam Deki, una experta en cocina del Himalaya. Les preguntaron cómo les iba el curso de gastronomía. Habían incorporado platos y postres típicos de su tierra con muy buena aceptación por el grupo. A medida que aparecían los alumnos, se sentaban en una mesa al aire libre enfrente de la cocina. El chef les dio las últimas recomendaciones antes de entrar y meterse en serio en los fogones. Con evidente retraso hizo acto de presencia Paul, el camarero londinense de Chelsea que habían conocido en el bar de Kike en Panillo. A la pregunta de cómo le iba, soltó: *«Good! Very good! Wonderful! Excellent!»*, y levantó el índice en señal de aprobación. Al chico se lo veía entusiasmado.

—¡Uy! ¡Se nos hace tarde! —dijo Lucía nerviosa—. ¡Están a punto de llegar mis amigos! Vamos al templo, que es donde hemos quedado. Allí podremos enseñarles la *estupa* y los molinillos de oraciones.

—Pues no nos entretengamos. Espera que le diga a Nunho que prepare almuerzo para dos más. Supongo que se van a quedar a comer.

—Sí, sí, claro. A estas horas es lo más adecuado.

Tras recorrer el sendero que surcaba el bosquecillo, franquearon el arco de bienvenida de la entrada principal y tuvieron que acelerar el paso para hacer los últimos trescientos metros de trayecto hasta la recepción. Dieron una vuelta y se tranquilizaron al ver que aún no habían llegado. Esperaron cinco minutos y aparecieron por su espalda, como por arte de magia, cosa habitual allí.

—¿De dónde salís vosotros? Parecéis recién caídos del cielo…

—Hemos dejado el coche aparcado delante del Buda tumbado, porque no sabíamos hasta dónde tenían permitido el acceso a los vehículos. Hemos bajado por un caminillo que conduce a este monumento por la parte de atrás —manifestó la simpática amiga.

—Por cierto —dijo Lucía—, os presento a Max.

—Me llamo Marisa y él es mi marido, Ismael. Tanto gusto.

Lucía quiso apostillar: — Él es mi queridísimo profesor de yoga, mi confidente y mi compañero del alma.

A la amiga se le iluminó el semblante y con mirada embelesada ante tal comentario, preguntó:

—¿Sois pareja...?

Lucía asintió con la cabeza y confirmó con rotundidad:

—¡Sí! —Y con alborozo, añadió—: Fue la primera persona que conocí al llegar aquí. Tan providencial que al subir a esa colina para contemplar el valle, me acerqué al borde del precipicio, hice el gesto de volar, perdí el equilibrio y él me salvó la vida al cogerme por la cintura.

—Si lo llego a saber... seguro que la dejo caer.

Todos rieron ante aquel improvisado pareado de Max, que evidenciaba el enorme sentido del humor del novio de Lucía. Y añadió:

—Precisamente iba yo también a tirarme de cabeza desde el acantilado, y me dio mucha rabia que alguien se me adelantara. Por eso la sujeté. Dicen que dos suicidios en el mismo día dan muy mala suerte. Imagínate, si caes encima del que se ha tirado antes y te salvas... ¿qué haces? Supongo que volver a subir a la cima para intentarlo de nuevo, y así una y otra vez. ¡Eso sí que es empezar mal el día!

Soltaron una enorme carcajada, y de manera contagiosa se desternillaron de risa al imaginar al pobre desgraciado intentan-

do con desespero matarse sin conseguirlo. Entonces, Marisa sentenció:

—Ya veo que os lo pasáis muy bien. No hay nada como el amor, que hace que uno se tome la vida de la manera más alegre posible. Sinceramente, os deseo muchísima suerte y que seáis muy felices.

—¡Muchas gracias...! ¡Esto es una buena amiga...! Bueno, ¿damos una vueltecica y nos vamos a comer?

—¡Vale, como quieras! Tú mandas —corearon los tres al unísono.

—Hoy os toca hacer régimen y vais a probar las delicias de la cocina tibetana. No sé si os va a gustar. Es vegetariana, pero muy deliciosa. ¡Venid... venid... os voy a enseñar un sitio que os va a encantar!

Adentrándose por el bosque, Lucía hizo de guía y les condujo hasta el estanque repleto de jacintos de agua, tréboles acuáticos y espléndidos nenúfares.

—¡Ohhh...! ¡Qué maravilla...! ¡Este paraje es una preciosidad! —exclamaron al unísono Marisa e Isma.

—Es donde practicábamos el yoga por la mañana —explicó Lucía—, y ahora se ha convertido en nuestro rincón secreto, donde venimos a meditar los dos solos.

La amiga quiso hacer gala de su desarrollada intuición femenina al darse cuenta de un detalle y comentó:

—Veo que hay un montón de lirios de agua de color rosa en el centro, y otros blancos que bordean las orillas, pero solo un loto azul aquí delante. ¿Significa algo?

Se lanzaron una mirada de complicidad, se sonrieron y ella les confesó:

—Sí, fue la forma sutil y elegante que eligió él para declararme su amor.

—¡Ohhh... qué bonito! —prorrumpió la amiga, encantada por la forma tan delicada que tuvo Max de revelar sus sentimientos, e increpó a su marido—: ¡Isma, a ver si tomas buena nota, que el romanticismo encanta a la mayoría de las mujeres, nos seduce, nos fascina, nos chifla!

Isma dijo que eso era sensiblería tonta femenina. Dispuesto a cambiar de tema y dominado por sus creencias, manifestó:

—Pertenezco a una iglesia evangélica y creo que muchos buscan en otras religiones más exóticas o de moda las verdades que están aquí y que revela la Biblia.

Max recogió el guante con ganas de pacificar y expuso:

—Los caminos de Dios son inescrutables, por eso, a veces, uno debe recorrer medio mundo para encontrar la puerta de entrada a su dimensión espiritual y, en cambio, otros tienen la suerte de hallarla al lado de su casa.

Isma volvió a la carga:

—En el Evangelio está la única verdad que ofrece la salvación y la vida eterna.

Max, inspirado, puntualizó:

—No creo que miles de millones de personas que viven en la India, China, Japón, Birmania, Singapur, Tailandia y otros países de Asia se vayan a condenar por no comulgar con el cristianismo. No hay guerra de religiones, sino diferentes caminos espirituales de perfección y de fe. El problema es que las iglesias se han olvidado de la espiritualidad. El objetivo de los creyentes es invitar a los ateos, a los agnósticos, a los indiferentes y a los fanáticos a descubrir ese universo neuronal donde el alma reconoce a las otras almas en el amor, pues donde no llega la suficiencia de la razón en su limitada percepción del mundo, empieza el reino del corazón, pues al querer a los demás, acabas por amar a Dios.

La intuición de Lucía le hizo ver que se iban a enredar en una discusión sin fin, en la que Isma ladeaba la cabeza en desacuerdo, mientras buscaba argumentos de fe para llevar la contraria. Los invitó a sentarse sobre unas piedras planas y que admirasen aquel entorno tan sugerente y evocador, como salido de la acuarela de un paisaje oriental. Y con intención de desviar el tema, les explicó la alucinante sesión de *kundalini yoga* que habían practicado allí con un chico gótico. Una vez tranquilizados los ánimos, las dos parejas observaron desde la orilla los diversos lotos que en unas semanas se sumergirían al llegar el otoño. Max, inspirado en el poeta libanés Khalil Gibran, autor de *El profeta*, recitó:

—«En el corazón de todos los inviernos vive una primavera palpitante, y detrás de cada noche, vive una aurora sonriente», como vosotras —añadió él dirigiéndose a ambas, que se sintieron halagadas ante su lírica. Isma tuvo algo de celos de estar ante alguien con tanta labia y que hacía cumplidos a las dos.

El tiempo pasó volando y Lucía sugirió dar una vuelta para visitar los monumentos e ir a almorzar. Como una experimentada guía, abrió paso a la vez que daba las aclaraciones pertinentes. Fueron al templo y allí se entretuvieron más de media hora, ya que ella, que parecía haber comido lengua, se deshizo en explicaciones y sugerentes anécdotas, como cuando un monje levitó entre el incienso y un lama desapareció.

Fueron hacia el albergue y Mario y Quique se presentaron como ayudantes de cocina. Se quedaron con ganas de conocer al chef nepalí, pero ya se había ido. Max les invitó a sentarse, les trajo una bandeja con el primer plato: arroz blanco con momos tibetanos. Con curiosidad, preguntaron qué era aquello y Quique les dijo que se trataba de una pasta parecida a los raviolis grandes, rellenos de verduras, patata y queso, junto con una ensalada del tiempo y un *balep korkun*, pan frito en una sartén. En el segundo, les trajeron una especie de hamburguesas vegetarianas de tofu, espinacas y zanahorias. De postre: *lassi*, un batido dulce de yogur. Una vez todos estuvieron servidos, se sentaron y bendijeron con una oración budista los alimentos que iban a tomar. A continuación, Isma bendijo la mesa con una plegaria cristiana. Al final, todos contentos.

Durante el ágape, apareció el londinense Paul. El chico no paró de comentar las maravillas de la comida tibetana, que incluso incorporaba plantas medicinales, no engordaba, era sabrosa, ligera, natural y equilibrada. Nunho, que llegó en ese momento, subrayó la última palabra que había dicho el alumno: la clave era la armonía. Y los comensales lo felicitaron.

Isma, proclive a las discusiones de fe, quiso provocarle al aseverar:

—¡El budismo no te llevará a la eterna salvación! La palabra está recogida en las Escrituras. Nuestro camino es el único y verdadero.

Max en tono conciliador, expuso con amabilidad compasiva:

—Creo que Dios desde la Creación ha enviado a bastantes profetas, incluso a su hijo Jesús, que se convirtió en maestro espiritual como Buda, Abraham, Moisés, Mahoma y muchos más para trasmitir su mensaje de amor, pero no hay manera, somos tan tontos, racionalistas, egocéntricos y limitados, que no entendemos la palabra ni el verbo, porque siempre empezamos las frases con el pronombre yo.

Lucía, embelesada por las palabras de él, sentenció:

—Estoy de acuerdo con lo que has manifestado. Cada iglesia se mira al ombligo y solo busca captar a nuevos feligreses como si compitiesen en un mercado.

Max, animado por el apoyo de su amada, prosiguió:

—El sentimiento más poderoso de la naturaleza de Dios es el amor, de eso está hecho Él. Y nuestra debilidad, que tiende hacia el mal y la ignorancia, nos impide darnos cuenta. Podemos encontrar el amor en la generosidad que se enfrenta a la avaricia con altruismo y entrega desinteresada al otro; en la paciencia que combate a la ira; en la templanza que busca la moderación y el equilibrio frente a los excesos de la gula; en la caridad ante el insaciable deseo de la envidia que quiere siempre lo ajeno, sin valorar lo mucho y lo propio que uno tiene; en la castidad contra la compulsiva lujuria; y pasa igual con la humildad frente a la soberbia con sus matices de arrogancia, orgullo y vanidad. Y así todas las virtudes que intentan contrarrestar sus vicios y defectos.

Isma ladeó la cabeza en desaprobación y quiso puntualizar:

—Estoy en desacuerdo en equiparar a los profetas que antes has mencionado, aunque reconozco la importancia de Moisés y sobre todo la de Abraham, reconocido por el judaísmo y el islam, pero no son iguales. Yo solo soy un ferviente discípulo del único maestro, Jesucristo.

Max repitió unas palabras del Dalái Lama:

—«La esencia del cristianismo y del budismo es la misma: la práctica del amor, para lo cual es necesario hacer hincapié en el perdón y compartir el sufrimiento ajeno. La compasión es la raíz de todas las formas de veneración.»

—Sí, pero no me convences. —Era evidente que Isma era un maño tozudo.

Max bajó el tono de voz e hizo un ademán para que se acercaran. Dispuesto a revelarles un secreto, les confesó:

—Soy profundamente cristiano, gracias al budismo que eclosionó mi espiritualidad. He tenido tres experiencias cercanas a la muerte. Os relataré la última. Fui a cenar con tres amigos médicos para celebrar que uno estrenaba un deportivo. En la autopista, a casi doscientos por hora, cerca de Sabadell, dimos tres vueltas de campana y el coche recorrió un centenar de metros bocabajo. Los de la ambulancia dijeron que fue un milagro que no nos matásemos. Yo iba detrás sin cinturón de seguridad y rompí con la cabeza los dos cristales de las ventanillas, quedando inconsciente. Os aseguro que vi mi vida pasar en fotogramas a la velocidad de la luz. Incluso escenas insustanciales y personas olvidadas, estaban todas grabadas en la memoria oculta de la mente. Después, me vi en una enorme sala donde había un gran círculo de luz, rodeado, a diferentes distancias, por un montón de almas que estaban sentadas en el suelo, en la posición del loto. Un pobre, vestido de ropa de saco y que llevaba una capucha que le cubría la cara, habló y de su boca salió un aliento de luz, y dijo con claridad: «Vosotros sois vuestro propio reo, testigo, fiscal y juez. Mirad y sentid cuánto amor habéis dado, porque ahora os será devuelto multiplicado por infinito. La compasión que tuvisteis con otros, os ayudará a levantaros. Acercaos si tenéis la conciencia tranquila y el corazón en paz hacia el círculo de la claridad. Si sentís que no habéis acabado vuestra misión en la vida, continuad sentados, hasta que desveléis en ese proceso de introspección lo que fue y lo que pudo ser».

A Lucía le parecía haber escuchado aquella historia antes en boca del jesuita. Y si ambos habían tenido una experiencia cercana a la muerte tan similar, alguna verdad se escondía en dicha confesión.

—¿Cómo es que no llegaste a trascender? —inquirió Isma, intrigado.

—Tomé conciencia de que me había inhibido de los problemas de los demás. Al pobre que pide en la calle, a veces no le importa

que no le den, sino que no lo miren a los ojos —respondió Max con pesadumbre, y concretó—: Nunca me perdonaré la soberbia que me llevó durante años a alimentar mi vanidad. A endiosarme, como muchos médicos, al intentar ser un oftalmólogo de prestigio. A cambio, descuidé tanto a mis padres que ambos perdieron la vista. Esa fue la paradoja: el mundo contemplaba admirado mis avances en el tratamiento del glaucoma, mientras las personas que más quería habían sido víctimas de dicha enfermedad.

—¿Por eso has vuelto...? —preguntó Lucía sorprendida por su sincera revelación.

—¡Sí...! Para devolver la vista a muchos ciegos como yo. Ojos que no pueden ver, porque por la noche los sueños de grandeza les han cosido los párpados con los hilos invisibles del ego.

CAPÍTULO 55

La sobremesa se alargó y solo tuvieron tiempo de enseñarles la *shedra*. Marisa les propuso que para rematar el día bajasen a Graus, que los invitaba a cenar, ya que se sentía en deuda tras haber tenido tantas atenciones con ellos. En principio, dijeron que no, pero ante la insistencia de ambos, accedieron. Lucía se fue a cambiar de ropa, porque se había manchado la que llevaba durante la comida. Bajó con un vestido vaporoso de estampados azules, que dejaba al descubierto los hombros, con un pañuelo blanco atado a la cabeza que iba a juego con sus zapatos de tacón alto. Todos silbaron al verla aparecer, estaba realmente muy elegante.

Subieron al coche y bajaron con tranquilidad por aquella carretera tan llena de curvas, en la que en cualquier momento se podía cruzar un jabalí o un zorro. Aparcaron en la calle Barranco y Max propuso ir a la terraza del Rocola, en la que se tomaban exquisitas tapas y bocatas a buen precio. Fueron y estaba lleno, por lo que esperaron fuera para coger sitio. Consiguieron mesa y Max, que sabía los gustos de ella, pidió una de bravas, unas tostadas de pan de pueblo untadas con tomate y acompañadas de escalivada (tomates, pimientos, cebollas y berenjenas asadas) y queso. Isma, que también conocía de sobra las apetencias de su esposa, pidió lo mismo con anchoas y la famosa longaniza de Graus. Cuando llegaron los platos, vieron que habían pedido demasiado o que los del res-

taurante eran bastante espléndidos. Tras la cena, dieron un paseo y acompañaron a sus amigos hasta el lugar donde se hospedaban. Marisa les dijo que era un sitio con mucho encanto, se llamaba: Los nómadas, y era como una casa rural. Al franquear la puerta, quedaron admirados al ver colgado en la pared de la escalera un enorme y enigmático reloj de sol, con las horas expresadas en números romanos. Al lado había un cartel que decía: «El verdadero sentido del nomadismo es esa búsqueda interior de cada uno, que nos lleva de aquí para allá».

Salió la dueña y Marisa la presentó:

—Es Rosa Monclús, la dueña de este hostal, una mujer apasionada por el arte románico, la cultura y por cualquier tema relacionado con la espiritualidad. Esta es mi amiga Lucía, y él es su novio, Max.

—Tanto gusto de conoceros. Si necesitáis una habitación, tengo una libre.

—No, gracias. Estamos en el albergue del centro budista de Panillo.

—Entonces, os felicito por la buena elección. Es un lugar sagrado, rodeado de mucha energía positiva. Ahora que estáis juntos, aprovecho para invitaros a venir mañana a visitar el monasterio de Santa María de Obarra. Soy la guía de allí y si os interesa ir, deberíamos salir antes de las seis, pues se produce un fenómeno mágico, extraordinario y fugaz, que solo se puede ver en esta época del año, durante los meses del solsticio de verano, cuando va ascendiendo el sol.

Ella no explicó más y dejó el tema en un suspense enigmático. Enseguida, Isma se disculpó con pena y dijo que ellos madrugarían, ya que tenían que estar pronto en el aeropuerto de Zaragoza para coger un avión con destino a Italia, donde pasarían las dos últimas semanas de vacaciones.

—¿En qué consiste dicho prodigio? —preguntó Max, intrigado.

Rosa, que esperaba haber despertado el interés, con amabilidad les explicó:

—Primero os diré que es un monasterio benedictino y fue un observatorio astronómico en el siglo XI. Según dice una leyenda,

allí se congregaron en secreto los religiosos más expertos en la contemplación del cielo de la cristiandad y consiguieron desvelar muchos misterios. Dicho esto, lo cierto es que cuando amanece, el valle está en penumbra y un rayo de sol nítido pasa entre las montañas, se cuela por la estrechísima ventana del ábside, ilumina el centro del presbiterio y se posa sobre el altar, donde de manera simbólica reposa la cabeza y la mente de Cristo, y de golpe la luz desaparece. Este fenómeno etéreo dura pocos minutos, pero el tiempo suficiente para apreciar lo efímero.

Max lanzó una mirada telepática a Lucía y estuvieron de acuerdo en ir. Ambos se dirigieron a la señora Monclús y le preguntaron a qué hora quería quedar y en qué lugar para salir juntos. Ella propuso a las siete menos veinte delante de la estatua de Joaquín Costa. Se despidieron de sus amigos y se hicieron una foto de recuerdo. Antes de marcharse, Rosa les regaló una tarjeta del establecimiento con el número de teléfono por si pasaba algo. Se la guardaron y se fueron. Al cruzar la plaza del Ayuntamiento pasaron por delante de una terraza y alguien gritó:

—¡Max...! ¡Maestro, maestro...! ¡Venga... venga *pa qui*... estamos aquí...!

Unos alumnos del curso le hacían ademanes con las manos levantadas para que fuera. Al acercarse junto a ella, se dieron cuenta de que la persona que los llamaba con más aspavientos era Teo, el bróker de cara de tiburón, que se había quedado a visitar el pueblo con algunos más. El tipo había bebido más de la cuenta. Dijo que era su cumpleaños y que los dos estaban invitados. Lucía intentó excusarse al decir que tenía jaqueca y que venían de la farmacia. El grupo insistió en que tomaran asiento, pero ellos estaban incómodos y permanecieron de pie en punto de fuga. El anfitrión pidió un brindis por aquel profe tan chulo que había tenido. Los presentes alzaron las copas y corearon: «¡Max, Max, Max...!». El simpático tipejo, que estaba más que achispado, colocado como una cuba, aprovechó para sincerarse con su maestro de yoga, y confesó:

—He trabajado muchos años en la banca para hacerlos ricos a ellos, ahora trabajo en la Bolsa para hacerme rico yo. Antes los timaban ellos, ahora los timo yo. Y aunque digo que me llamo Teo,

no es el diminutivo de Teodosio, sino el de Timoteo, e intento disimular.

La gente, al saber su verdadero nombre y recordar a qué se dedicaba en realidad se partieron de risa, se descuajaringaron al imitarle en su trabajo:

—¡Buenos días, señora...! Me llamo Timoteo y la voy a timar. ¡Ja, ja, ja...!

Al llegar al albergue, las luces estaban apagadas. Max y Lucía se fueron por el camino del bosque a su casita, envuelta en un aura azul bioluminiscente. Entraron como siempre a oscuras, con cuidado para que ninguna luciérnaga se colara dentro. El resplandor de la luna llena entraba por el techo, y al desnudarse ella quedó bañada por la luz cenital. Él, embelesado, le rogó que no se moviera, que se quedase completamente inmóvil, quieta, petrificada, pues quería recrear la vista en su cuerpo iluminado, ya que parecía la escultura de mármol de la diosa lunar Selene. Max, igual que si fuera el mitológico escultor Pigmalión, que se enamoró de la obra que acababa de esculpir y que pidió a los dioses que la estatua la convirtieran en mortal, la besó en los labios, igual que hizo el artista, y ella despertó del encantamiento del reino mineral y tomó vida.

CAPÍTULO 56

A la mañana siguiente, se despertaron a la vez con la alarma del teléfono. Se miraron con cariño. Max le dio los buenos días y cumplió el ritual de besarle los párpados. Lucía, encantada de que mantuviese aquella liturgia y dispuesta a no ser menos, le dio un beso en la frente. Luego se buscaron con los labios y ella tuvo que calmarle para que no se les hiciese tarde. Él le preguntó cómo había dormido, a lo que ella, con una amplia sonrisa de placidez, le explicó:

—A medianoche me he despertado. He visto cómo la habitación oscurecía y por la esquina de aquel lucernario, un rayo de luna se coló para posarse sobre tu almohada, y en ese momento te giraste y te iluminó el centro de la frente, el tercer ojo. Entonces, convencida de que el hecho tenía algo mágico, me acurruqué a tu lado, con la intención de que a mí también me tocara. Tú me abrazaste y durante unos minutos, cobijada en tu cuerpo, ambos estuvimos bajo el influjo de la diosa Selene.

—¡Maravilloso…! ¡Eso solo te puede pasar a ti…! —declaró él.

—¡Exagerado…! No es para tanto. Ha dado esa casualidad —le restó importancia.

—Bueno, supongo que después de esa experiencia no queda ninguna duda de adónde tenemos que ir hoy, aunque si quieres cambiar de planes y visitar con el grupo el parque natural, llamo por teléfono a Rosa y simplemente le digo la verdad.

Max sacó la tarjeta del hostal del bolsillo del pantalón y le dijo:

—Aquí tenemos el número, por si nos hace falta. ¡Mira…! Detrás hay un texto, que parece escrito por ella o alguna persona iniciada en el mundo espiritual. ¡Interesante…! Ahora te lo leo: «Cada experiencia en este viaje nos abre puertas. Solo tenemos que ser capaces de activar en nosotros el sentido de la percepción para ver aquello que nuestra intuición ya nos muestra».

—Me parece que si tenía alguna duda, ahora ya estoy convencida. ¡Vamos al monasterio, a ver si la virgen de allí nos santifica!

Sin desayunar fueron al aparcamiento, subieron al coche y marcharon sin perder ni un minuto. Durante el trayecto, él le propuso que después de ir al monasterio podían visitar la población de Graus, y al mediodía, acercarse al lago de Barasona, bañarse, tomar el sol y almorzar. A ella le pareció un magnífico plan, salvo que no había cogido el bañador. Él buscó la solución más sencilla: comprar uno nuevo.

Llegaron puntuales delante de la estatua del insigne Joaquín Costa, que era donde habían quedado. Rosa les esperaba y les comentó que tenía que poner gasolina, y la siguieron hasta la estación de servicio. Una vez repostó, la guía puso la directa y salió a toda pastilla. Ellos, que iban detrás, intentaban darle alcance, pero la mujer debió hundir el pie en el acelerador y, como si estuviera en una carrera, hizo que el vehículo no corriese, sino que volase. Más tarde, se disculpó diciendo que al no haber previsto que iba en reserva, con el carburante justo, les había retrasado e intentó recuperar el tiempo perdido, aunque durante el trayecto los radares de tráfico saltaron un montón de veces junto con el flash, señal inequívoca de que los iban a crucificar a multas, mientras ellos saludaban a la cámara con un gesto solícito de misericordia y piedad.

Llegaron y con premura se dirigieron al monasterio atravesando una zona boscosa. Pasaron por el puente de piedra que cruzaba el río Isábena, mientras Rosa no paraba de consultar su sofisticado reloj de varias esferas, que llevaba en la muñeca y que le marcaba el horario oficial y el solar. A la orilla izquierda se encontraba el conjunto monumental, pues había varias edificaciones. La guía sacó una enorme llave del bolso, abrió la puerta y entraron.

La iglesia estaba a oscuras y apenas se distinguía en la pared del fondo la Virgen de Santa María de Obarra que protegía el lugar. Se santiguaron y él tomó asiento en el último banco para preparar la cámara de fotos. Rosa avanzó en penumbra por un lateral, mientras repetía que faltaba poco para observar el fenómeno. Lucía se dirigió por el pasillo central hacia el altar de piedra, y se apoyó en él en el preciso momento en que el rayo de luz apareció de golpe y la iluminó, envolviéndola en un aura angelical.

Max se quedó deslumbrado ante aquella imagen etérea. Le pidió que no se moviese, ni respirase, mientras sus manos tomaban azarosas la cámara y empezó a disparar instantáneas desde diferentes ángulos. Era una imagen evocadoramente espiritual. La guía los invitó a posar juntos para hacerles una foto de recuerdo. Y así lo hizo. Al ponerse él a su lado, la luz desapareció.

—¡Qué mala suerte, chaval…! —dijo Rosa, como queriendo decir «chico, tú eres gafe». Era evidente que Lucía había nacido con estrella y Max, estrellado.

Antes de irse, les explicó que según los manuscritos que habían encontrado el historiador Jerónimo Zurita y el profesor Juan Francisco Esteban Lorente, de la Universidad de Zaragoza, de la misa en latín que se celebró allí, antes del año mil, hacían alusión en el introito a dicho fenómeno solar, en el que se decía que iluminaba el centro del altar con meridiana precisión, y de paso al pan y al cáliz, cuerpo y sangre de Cristo, como anuncio de la luz que ha de llegar para resucitar al mundo.

En la puerta, a punto de marchar, les explicó que la construcción de la nave había seguido la geometría de las armonías musicales, según el diapasón, de manera que tenía una acústica diferente y original. Ella misma dio un do de pecho, y el sonido recorrió el presbiterio hasta retumbar en los ábsides de tambor y regresó como un dócil eco. Dijo que una congregación de monjes solía reunirse allí por la noche para cantar en la oscuridad cantos gregorianos, y que en el segundo plenilunio de otoño, justo veintiuna semanas antes de la Pascua del año siguiente, entraba, por la misma ventana, un rayo de luna.

Ambos se miraron asombrados, por la coincidencia con lo que les había sucedido aquella misma noche. Decidieron salir afuera. Él le comentó a Lucía que al imaginarse a oscuras a los capuchinos cantando un ave mundi o kirieleisón, le vino a la imaginación una de las escenas de la maravillosa novela *El nombre de la rosa,* y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Tras dar una vuelta alrededor, se despidieron de Rosa y quedaron para volver a verse la próxima vez que estuvieran por allí. Al marchar, Max le comunicó a su amada que se había inspirado y tenía ya su apodo o sobrenombre.

—¿Cuál es…? ¿Cuál es...? ¡Dímelo…! A tu esposa la llamabas Amanda, la que *Ama sin amar*, y a tu novia, Ágata, *ojos de gata*. ¿Y a mí…?

—A ti, Lucía, *luz divina*.

CAPÍTULO 57

Ella se quedó sin decir nada y emprendieron el camino de vuelta por una vereda. Max, al ver que se había quedado muda, le preguntó si le había molestado dicho apodo. Ella hizo una negación con la mano, se emocionó, se puso a gimotear y se desahogó entre lágrimas:

—¡Nunca nadie me había dicho unas palabras tan bonitas...! ¡Muchas gracias...! ¡Te lo agradezco de corazón...!

Tan conmovida vio que se ponía, que con mucha ternura la abrazó, la besó en la frente y le acarició las mejillas hasta acurrucarla en su cuerpo. Cruzaron el puente, recorrieron un sendero forestal y subieron la cuesta que daba a la carretera. Allí tenían aparcado el coche, al lado de la cuneta, en una balconada natural. Subieron y se dirigieron hacia Graus. Al llegar a la población, encontró libre el mismo estacionamiento que dejó por la mañana frente a la gran estatua del prócer de la población. Ella le preguntó quién era dicho personaje, y Max le explicó:

—Joaquín Costa fue un reconocido intelectual, jurista, historiador, filósofo, político, economista y gran pensador. Creó el regeneracionismo, un movimiento defensor del laicismo en la escuela, y participó en la Institución Libre de Enseñanza. Era natural de Monzón, pero vivió gran parte de su vida aquí. Organizó movimientos políticos en contra del poder del caciquismo local en 1892. Ya en aquella época tenía la visión de incorporar al país el espíritu de las

naciones del continente, y con la extensión de los ferrocarriles empezaba a forjar la idea de crear una Europa más unida en agricultura, comercio, ganadería, sistema financiero, minería, política y educación. Quizá si sus ideas hubiesen fraguado en las cabezas huecas de los políticos, seguro que nos habríamos ahorrado dos guerras mundiales. ¡Siempre la unión hace la fuerza!

—¡Pues sí que fue adelantado para su época! —comentó Lucía.

—Sí, bastante. Fíjate si lo era que pidió una renovación completa de todos los políticos de la nación, ya que llevaban casi treinta años gobernando corruptamente y de manera alterna, los de ambos partidos, de forma que beneficiaban con sus leyes a los caciques locales y a la oligarquía del país. ¿A que te suena de algo?

—¡Sin comentarios…! Parece que la historia se repite y continuamos viviendo en *Corruptópolis* —adujo ella indignada por la situación de escándalos políticos que inundaban los diarios.

Max, abstraído en una imagen evocadora de la infancia, le relató con la voz empañada por una congoja:

—Cuando era pequeño, solía jugar con mis hermanos alrededor de esta enorme escultura. Un día, unos gamberros rompieron una botella y un trozo de cristal saltó con tan mala fortuna que se le clavó en el ojo de mi hermano. Fue horrible verlo sangrar. Mis padres tuvieron que ir a urgencias al Hospital de Huesca para curarlo. Desde aquel accidente siempre tuvo problemas de visión y quizá por eso me hice oftalmólogo. También porque vi que mi madre se quemaba la vista al bordar hasta altas horas de la madrugada sobre su máquina de coser, frente a la estampa de santa Lucía. Desde pequeño tenía que enhebrarle las agujas, porque la pobre ya no veía, y aun así se pasaba horas encima de su Singer.

—¿Y cómo está tu hermano ahora?

—Fue el que falleció de muerte súbita el día de mi cumpleaños.

—Lo siento mucho. Me dijiste que tus padres también están difuntos.

—Sí, solo me queda un hermano que es terapeuta de la Gestalt, al que quiero mucho, pero al que veo poco, porque siempre está atareado con seminarios, talleres y cursos. No para de hacer cosas.

Cogidos de la mano, subieron por la calle Barranco y se dirigieron

al casco antiguo. En la plaza Mayor se sentaron en una mesa de una terraza a tomar un zumo. Ella quedó fascinada por los cuadros pintados en la pared en forma de cenefa bajo el tejado del Ayuntamiento, que evocaban escenas históricas. En la parte inferior, un reloj de sol marcaba la hora del astro rey. Max le explicó que del 12 al 15 de septiembre se celebraban las fiestas mayores del pueblo en honor del santo Cristo y de san Vicente Ferrer. Cerró los ojos y recuperó casi del olvido recuerdos que le narró con elocuente entusiasmo.

—Cuando era niño veía llegar a los gaiteros, que colgaban a un monigote de apariencia humana, bautizado con el nombre de Furtaperas, un ladrón de peras. Pensaba que era una persona de verdad y eso me influyó mucho, pues cuando mis amigos de la escuela de monjas me proponían ir a robar fruta, salía corriendo, no quería acabar igual que aquel desdichado hombre. Con los años, me di cuenta de que siempre era el mismo, con idéntico careto, por lo que deduje que era una farsa. Ahora que soy mayor y veo los que forman la casta política y económica del país, he descubierto atónito que hurtar es una falta, robar es un delito y hacer una gran estafa es un honor, porque encima te homenajean.

Lucía tenía la curiosidad de saber de dónde provenía el nombre del pueblo. Él le explicó que había varias versiones, pero la más lógica era que derivara de la palabra latina *gradus*, que significa «camino que se estrecha». Y que fue un lugar estratégico en el que hubo un asentamiento romano y, más tarde, musulmán. Dio paso al potente condado cristiano de la Ribagorza, que formó parte en el siglo XI de la casa real aragonesa.

Tras aquel descanso, continuaron por la calle Mayor hasta el número 9, donde Max se detuvo y dijo que había nacido allí, en el tercer piso. Hizo unas fotos. La escalera estaba en obras y no pudieron subir. Llegaron a una plazoleta y se asomaron al café Solamet, de la peña La Bullaraga. Le comentó que siempre habían tenido los dos toneles a la puerta como señal de identidad, y que su padre iba allí en verano a comprar barras de hielo para enfriar el agua con el que su madre hacía el gazpacho y para conservar mejor algunos alimentos. Tiraron para arriba, camino de la basílica de La Peña, y atravesaron varias callejuelas hasta llegar a un camino de tierra por

el que ascendieron hasta llegar a una galería formada por docenas de columnas salomónicas en la falda de la montaña. Él la abrazó por la espalda y juntos se asomaron entre las columnas para contemplar el paisaje. Se podía divisar la serpenteante carretera y el río que parecía desembocar en el pueblo. Vieron como las casitas parecían de juguete y las personas, como hormigas.

Llegaron a la iglesia. Dentro del templo, hicieron una plegaria por sus seres queridos. Al salir, él le propuso continuar hasta arriba, donde había un mirador y el Cristo del Gran Poder. Max le dijo que si estaba cansada podían dejarlo para otro día, pero como empezaba a conocerla, supo de sobra que el tono de voz que había utilizado le picaría su amor propio, y aunque fuera a rastras, por orgullo, subiría.

Lucía se puso delante y encabezó la marcha a buen ritmo. Quería darle una lección y llegaron los dos jadeantes, casi sin poder respirar. Tuvieron que sentarse un buen rato para recuperar el aliento. Él la animó a que se fijase en aquella imagen de Cristo con los brazos abiertos, de más de cuatro metros de altura, y al que le caían encima centenares de rayos. La población lo interpretaba como que el cielo castigaba tal escultura e incluso se plantearon quitarla por pena. Pero un misionero que llegó a su colegio, cuando era niño, les explicó que esa imagen protegía al pueblo al canalizar todas las descargas eléctricas de las tormentas. Lo cierto es que hubo una pandilla de insensatos que subieron con botellas, se emborracharon y se pusieron a hacerle burla. De golpe, cambió el tiempo, empezó a tronar y al que tenía los brazos en cruz le cayó un rayo encima y lo dejó fulminado. Desde entonces, a nadie más se le ocurrió la brillante idea de cachondearse de la estatua.

Por si acaso, bajaron rápido, no les fuera a pasar lo mismo. Entraron en una tienda al lado del Rocola para comprar un bañador. Subieron al coche y se fueron a nadar al lago de Barasona, que distaba unos cinco kilómetros. A punto estuvieron de alquilar un patinete o una canoa, pero decidieron descansar y tomar el sol. Se pusieron crema protectora, pero tampoco quisieron abusar y machacar la piel el primer día. A las tres se fueron a comer. En un primer momento pensaron en quedarse en el chiringuito que había a pie de playa, pero estaba muy concurrido. Ella se puso un pareo y él una camise-

ta. Cruzaron la carretera y entraron en el restaurante del camping. Desde una terraza se podía divisar el lago entero. Pidieron el menú y les atendió un camarero que no paraba de guiñar el ojo a Lucía. Ella le comentó a Max el descaro, y a punto estuvo de llamarle la atención, hasta que se dio cuenta de que también se lo hacía a él. El pobre hombre tenía un tic, le temblaba el párpado. Ambos se rieron de haber pensado mal. Esa situación llevó a Max a rememorar una anécdota con su exmujer que a continuación le relató:

—El padre de Amanda volvió a tener una recaída y le intervinieron quirúrgicamente de nuevo. Ella se instaló en nuestra casa y delegó en una amiga arquitecta los proyectos de la oficina de París. Nuestra relación sentimental mejoró a medida que tenía nuevos reconocimientos internacionales y le llovían las ofertas. Estaba muy ilusionada y empezamos a pasar una buena época. Me llamaba con más frecuencia y estábamos en contacto a diario. Empezó a viajar a los Emiratos Árabes Unidos y en pocos meses abrió un estudio de diseño en Dubái. Bastante ilusionada, me invitó a pasar un fin de semana con ella, en la que haría de cicerone. Por supuesto, acepté. Recuerdo que al llegar al aeropuerto, antes de pasar los controles, vi que había venido y la saludé con la mano. Aquel detalle me gustó, porque no hay cosa más triste y deprimente que llegar a un lugar y ver cómo hay gente que recibe con alborozo a sus familiares y que a ti no te espera nadie. Al salir al vestíbulo nos abrazamos con mucho cariño. Ella no pudo colgarse de mi cuello como la mayoría de mujeres con sus maridos, pues al ser tan alta, debía ser yo quien hiciera eso. Estaba muy elegante y tuvo la delicadeza de no llevar zapatos de tacón, para no empequeñecerme más, cosa que en los últimos años había practicado con asiduidad y sin compasión. Intenté reprimir cualquier manifestación exagerada de alegría, no fuese a interpretarlo como un territorio sentimental conquistado antes de luchar para conseguirlo. Tampoco quería verme como un mendicante de estimación y cariño. Me presentó a Mohammad, su chófer particular, un hombre alto y delgado, vestido con una elegante *kandura* impoluta y tocado en la cabeza con una *gutra* o pañuelo de color blanco rematado por un *agal* o cordel negro. Bueno, que parecía un jeque árabe. Empecé a mosquearme cuando ella dijo que Mohammad era

muy servicial y que lo tenía a su disposición las veinticuatro horas del día, eso implicaba la noche. Pensé que tal vez había cambiado de profesión a la hora de elegir a sus amantes. Al salir a la calle, me sentí abofeteado por una mano de aire caliente y bochornoso. Subimos al Rolls-Royce que había alquilado y recorrimos una gran avenida infestada de fastuosos edificios erigidos para la ostentación. Me dijo que se había comprado un apartamento, pero todavía lo estaba decorando, por lo que se alojaba de forma provisional en casa de su socia, cerca del estudio. Comentó que cuando venían visitas importantes, como la de su marido, y ahí me dio un beso, solía alojarlos en una suite del mejor hotel del mundo, el Burj al Arab, al que llegamos en aquel momento. Boquiabierto me quedé al ver su original arquitectura en forma de barco de vela a punto de partir. Descendimos del vehículo, detuve el paso y contemplé extasiado su bella silueta recortada en el cielo y en el mar, y dudé si me iba a embarcar en un velero o a hospedarme en el único hotel al que le habían otorgado siete estrellas. Tras la puerta giratoria nos esperaban en el zaguán un par de mozos, que parecían grumetes, que se afanaron en cogernos el equipaje. Pasmado me quedé al ver la impactante decoración de la entrada, quizás el exceso de lujo mataba la simplicidad de la elegancia. Amanda me dijo que conocía a Khuan Chew, la interiorista china que realizó el proyecto, aunque tuvo que volverlo a diseñar, pues la primera versión no le gustó al jeque de Dubái, Mohammad Bin Raschid al Maktum, porque le faltaba majestuosidad. «¡Vaya disgusto se debió llevar la pobre!», le comenté. Mi esposa me lo confirmó con un gesto de empatía, y me aseguró que a veces es difícil acertar. Y aunque se utilizaban maquetas y representaciones virtuales gracias a sofisticados programas informáticos, al llevarlos a la realidad siempre podían surgir imprevistos, por ejemplo, no haber tenido en cuenta el movimiento del sol al proyectar la sombra de otro edificio sobre el tuyo, la fatiga de los materiales, una reacción química adversa de las pinturas, siempre ignífugas, e incluso el no pensar en las tormentas de arena del desierto que afectaban a los aires acondicionados al falsear la temperatura y la humedad por encima de lo previsto, lo que podía causar un deterioro en los componentes utilizados. Y si no se calculaba bien la fuerza del viento,

podía hacer oscilar la estructura de la obra, y llevar al traste meses y años de trabajo.

»Amanda ordenó al botones que subiera la maleta, mientras íbamos a almorzar, pues me comentó que no había desayunado y estaba desmayada. Me condujo hasta el restaurante Al Muntaha, en la vigesimoséptima planta, y solo entrar en su zona del mirador tuve una sensación de vértigo, ya que la pared del local era una enorme cristalera inclinada, de manera que inducía a la vista a volar hacia el infinito. Pasamos al comedor y allí la decoración era más cálida; quizá su moqueta azul, combinada con el tapizado de las sillas y el blanco de los manteles, daba la sensación de estar entre las nubes. Nos sentamos frente a aquella enorme panorámica a doscientos metros de altura, y pudimos observar la palmera de Jumeirah y las islas artificiales de El Mundo con unas vistas espectaculares del golfo Pérsico.

»Degustamos un exquisito ágape elaborado por cocineros que gozaban de una merecida reputación. Subimos a la habitación y le comenté en el ascensor que se iba a gastar una fortuna. Entonces, soltó una carcajada al asegurar que iba de invitada, ya que trabajaba en un importante proyecto para Jumeirah Group, la empresa que gestionaba el hotel. Quise franquear la puerta con ella en brazos, como en nuestra luna de miel, y por poco casi no llego a la cama, pues la alcoba era enorme. El lujo estaba llevado al límite en cada detalle, bastante recargado para mi gusto minimalista. Agradecí la enorme cesta de frutas que había sobre una mesa de mármol. Nos amamos con una pasión ya olvidada. Luego nos entretuvimos en colocar la ropa en los armarios. Tampoco me quise esmerar demasiado, ya que solo iba a estar tres días. Ella sugirió que podíamos cenar en el mismo hotel, pero en otro restaurante diferente, uno que nunca olvidaría: el Al Mahara. Hizo la reserva desde la cama. Bajamos hasta el sótano y subimos en un pequeño submarino que nos llevó por el fondo del mar, o quizá lo simuló, hasta el local. Me quedé sin palabras al entrar con lentitud en el salón-comedor, donde un gigantesco acuario circular dominaba el espacio. Enseguida un maître, esmerado en atenciones, nos acomodó junto a la pared de aquella enorme pecera. Al lado había un grupo de financieros, con pinta de especuladores,

que discutían sobre Bolsa. Nos trajeron la carta y pedimos una ensalada de langosta con vieiras, y de segundo, un hammour a la parrilla, una especie de pez de aquellas aguas, que mi mujer se encargó de mostrarme al señalar con el dedo algunos de tal especie que había al otro lado de la pared de cristal. En aquel momento dudé si el cocinero los pescaría delante de nosotros, pero enseguida descarté tal posibilidad cuando vi a unos tiburones dar vueltas por dentro, otros estaban por fuera. Los escualos, bastante escuálidos, de ambos lados rondaron sin parar a mi apetitosa mujer durante la cena con ganas de devorarla. Más tarde, ya me encargué yo de eso...

»Por la mañana, tras desayunar, Mohammad nos recogió en el coche y nos llevó al estudio. Le propuse ir a la playa a bañarnos y me lo desaconsejó, ya que el agua estaba muy caliente y en la arena uno podía coger con facilidad una insolación. ¡Estábamos casi a cincuenta grados! Entendí por qué sudaba tanto. En julio y agosto, pasear por la calle era arriesgarse a quedar fulminado por un simple rayo de sol. Acto seguido, fuimos a comer a casa de su amiga y socia, Hasna, que era natural del emirato de Abu Dabi. Por la tarde, Amanda me propuso ir al Burj Khalifa, el rascacielos más alto del mundo, donde había diseñado una sala de convenciones que quería enseñarme, tras haberle dado el visto bueno Nada Andric, la interiorista oficial. Al llegar al colosal edificio, me quedé atónito y abrumado ante sus dimensiones. Ella, con ilusión desbordante, me mostró su obra y reconocí que estaba en un proceso de gran creatividad. Subimos hasta arriba y pudimos admirar una vista impresionante y sublime del atardecer del golfo, y cómo la ciudad se apagaba para irse iluminando de forma gradual. Las fuentes del Dubái Mall tomaron vida y una espectacular coreografía de danzantes aguas llenó de magia los sentidos.

»Quisimos cenar en el At-Mosphere, pero estaba lleno y había cola. Fuimos a otro, y estaba igual. Decididos a cambiar de aires, bajamos a la calle y le preguntamos a Mohammad si conocía algún restaurante tradicional en el casco antiguo. Nuestro taxista particular sentenció: "Hay uno italiano donde se come muy bien". Tuvimos que hacerle entender que si estábamos allí no era para degustar los platos típicos de otro país. Volvió a discurrir unos minutos y dictó su

veredicto, y nos recomendó: El último tuareg, en la zona de Bastaykiya, popularmente conocida por Bastakia. El hombre nos acercó hasta el museo, donde había aparcamiento, y nos hizo un croquis para llegar a dicho lugar. Dijo que nos esperaría allí mientras escuchaba la radio. Nos perdimos por un laberinto de estrechas calles y muros altos. Llegamos al sitio, y por la arquitectura, Amanda se dio cuenta de que aquella casa de adobe utilizaba el sistema de torre de viento para eliminar el calor acumulado durante el día. Cruzamos la puerta y comprobamos el enorme grosor de las paredes. Nos extrañó que no hubiese nadie. Un camarero vestido de tuareg, o quizás fuese uno auténtico, que había dejado de ser nómada del desierto para trabajar allí, nos recibió con excesiva amabilidad. El cocinero, avisado, se asomó y nos hizo una reverencia con exagerado rendibú. Iba también con la cabeza cubierta con el turbante o *tagelmust* y el velo o *anagadad* que le cubría la boca. Pensé en la incomodidad de estar entre fogones con tal indumentaria. Discurrimos dónde sentarnos al poder elegir cualquier mesa. Nos trajo la carta, que estaba en inglés, francés, español, alemán, ruso, árabe y tifinagh, el dialecto de aquel pueblo. Empezamos a creer que eran de verdad y que se habían cansado de guiar caravanas o cuidar rebaños. Mi esposa me dijo que debían ser falsos, porque aunque iban muy tapados, eran de raza blanca. Tuve que aclararle que dicha etnia bereber del Sáhara era precisamente así. A la mayoría ir toda la vida envueltos en túnicas, turbantes y velos teñidos de índigo les acababa por azular la piel. Aquel maestresala nos recomendó una ensalada de dátiles con remolacha y nueces. De segundo, nos sugirió una hamburguesa de camello, y le dijimos que ni hablar, pobrecillo, encima de vivir jorobado, lo iban a pasar sin remordimientos por la parrilla. ¡Ni pensarlo! Pedimos una lubina con base de lombarda. Al jinete de las dunas no le gustó ni una pizca que no le hiciéramos caso. Volvió contrariado y dijo que el chef por la tarde fue con la caña a pescar y no picó ninguna. Nos propuso costillas asadas con mostaza, sin especificar el animal. Al preguntárselo, dudó si decirnos la verdad, y acabó por confesar que eran del mismo rumiante. No quedaba duda de que el chef se lo había cargado y nos lo quería meter en el plato a la fuerza. Por si acaso, pedimos un surtido de quesos de cabra con

champiñones. El camarlengo nos trajo el primero y se quedó observando obnubilado a mi esposa, como si se hubiera enamorado de ella. En el primer bocado, ya nos dimos cuenta de que la velada acabaría mal, pues la ensalada tenía arena, los dátiles, pelos de palmera, que resultaron ser humanos, y las nueces estaban rancias. No nos atrevimos a protestar, por si acaso, y en un descuido vaciamos los platos en el bolso de ella. El tipo se quedó sorprendido al verlos tan limpios y debió pensar que íbamos con hambre atrasada. Empezaba a molestarme no poder ver su cara. Nos trajo el segundo, y al probar los quesos nos dimos cuenta de que eran de leche de camella y, encima, al dar la vuelta a las lonchas vimos que tenían varios cabellos pegados. Hicimos la misma operación que antes cuando el nómada se giró. Al regresar, nos chupamos los dedos y nos relamimos los labios para disimular. Ante el éxito de las delicias culinarias, el chef vino en busca de la felicitación. A falta de comensales, necesitaba deleitar sus oídos con elogios y lisonjas para subir su autoestima. Al darle la mano, Amanda pegó un grito de terror al descubrir que el cocinero era el *Manospeludas* y el camarero, el *Matagatos*. En ese instante, a los dos tuaregs se les inyectaron los ojos en sangre y nos lanzaron una mirada asesina. Todavía debían estar en busca y captura, si se habían escondido allí. Delante de ellos estaba la mujer a la que en Londres se le atragantó un conejo borracho a las finas hierbas y les puso una denuncia. El odio sarraceno era tan profundo que el cocinero cogió una bandeja, como si fuera una cuchilla, y se la lanzó de manera instintiva con ganas de decapitarla. Ella se agachó y la plata le partió la boca a un turista que asomó la cabeza por la puerta. Al otro le aparecieron los mismos tics en las manos que al *maître* londinense, mientras blandía un cuchillo de grandes dimensiones. Amanda, al recordar que había comido gato, le vinieron los ascos y vomitó al *Manospeludas* en la cara. Los dos fulanos empezaron a perseguirnos por el local con afiladas dagas y con el deseo de rebanarnos el cuello. Tenían una cuenta pendiente con nosotros. Salimos a la carrera, como alma que lleva el diablo, gritando a nuestro taxista que pusiera el coche en marcha para la huida. Nos metimos de cabeza por la ventana del auto y le dijimos que acelerase. El chófer hundió el pie en el pedal y salimos volando. Por el cristal trasero

vimos a nuestros perseguidores que corrían con rabia, y nos quedó la duda de si eran galgos o podencos. Sacamos la mano por la ventanilla para despedirnos de ellos con un corte de mangas. A salvo del peligro, nos tranquilizamos. De golpe, como un reflejo inconsciente, mi mujer tuvo un ataque de hipo y en cada contracción espasmódica emitía un sonido metálico que le salía de dentro: era, sin duda, el tintineo del cascabel del gato.

CAPÍTULO 58

Lucía estaba fascinada por los relatos que él le narraba con sumo detalle, al evocar con una sonrisa de cariño y ternura cada recuerdo. Al ver que la historia había acabado bien, respecto al final de las anteriores, Lucía no pudo resistir la tentación de comentárselo de manera agradable y positiva:

—¡No te puedes quejar, esta vez no la pillaste con nadie! ¿Ves como la gente cambia?

—Eso es lo que tú te crees —dijo él—. Al día siguiente, mi esposa me acompañó hasta el aeropuerto Dubái & Sharjah, y durante el trayecto rememoramos lo bien que nos lo habíamos pasado, incluida la persecución final. Al despedirnos, le dije que tuviese mucho cuidado, no fuesen aquellos tipejos a localizarla. Ella me tranquilizó al confesarme que Mohammad, además de chófer, era su intérprete, traductor, secretario, entrenador personal, profesor de artes marciales y guardaespaldas. Demasiadas cosas hacía aquel individuo para mi gusto, y me fui doblemente preocupado. Nos despedimos con cariño. Pasé los controles y, antes de embarcarme, me di cuenta de que me había dejado el teléfono móvil en la habitación. Regresé al vestíbulo para pedirle a ella que me lo recogiese y me lo enviase por mensajería urgente. Al llegar al *hall* les vi a los dos embelesados, besándose con delirio. No dije nada, era evidente que había vuelto a las andadas, pero ahora elegía los amantes

de otra profesión. Me quedé muy angustiado al pensar los muchos tipos de oficios que había en el mundo.

—¡Lo siento...! ¡Lo siento de verdad...! ¡Ya veo que era una mujer incorregible! —exclamó ella compungida al recordarle con ingenuidad que la aventura tuvo buen final.

El relato de Max había alargado el almuerzo en exceso y a Lucía ya no le apetecía volver a la playa a tomar el sol ni a bañarse. Ambos tenían ganas de darse una buena ducha y descansar un poco. Decidieron regresar al albergue. Al llegar, ya vieron que habían empezado a invadirles los alumnos del curso de meditación, pues el aparcamiento estaba repleto de coches y se veía gente que descargaba mochilas, bolsas y sacos de dormir. Estacionaron donde pudieron y bajaron con intención de irse directamente hasta su refugio del bosque, pero al apearse del automóvil apareció por detrás un monje, a quien al tener el sol a la espalda se le iluminaba la silueta. Dijo hola y tuvieron que ponerse las gafas y la mano en forma de visera para verlo a contraluz. Max exclamó:

—¡Karma Tenpa...! ¡Qué alegría…! ¡Cuánto tiempo sin vernos…! Si no te mueves de esa posición, deslumbras, como siempre. ¡Un abrazo…! Te presento a mi novia, Lucía.

—¡Tanto gusto de conocerte…! —afirmó el monje de origen argentino—. Hacéis muy buena pareja. Que seáis muy felices. Por cierto, os veo radiantes.

—¡Claro, nos da el sol de cara!

—Muchas gracias por tus palabras —manifestó Max, y al dirigirse a ella, le sugirió qué tomase buena nota, y añadió—: A partir de mañana él será nuestro maestro y guía durante el curso. Y también, un referente en nuestras vidas. Quien le ha conocido, nunca le ha olvidado.

Con una amplia sonrisa, Karma Tenpa respondió:

—¡Eres un exagerado…! No me considero maestro de nada, sino alumno de todo. Continuamente estoy aprendiendo, incluso de mis pupilos. Los impostores, tarde o temprano, somos descubiertos. Bueno, os dejo, que a veces, lo poco es exceso.

Antes de irse a la casita, se acercaron al salón comedor para saludar al grupo de Blas, que acababa de llegar. Entraron y vieron

que la gente estaba diseminada en diferentes mesas mirando las instantáneas que habían hecho con sus cámaras y teléfonos móviles durante la visita al parque natural de La Sierra y los Cañones de Guara.

Rebeca se acercó vestida con su camiseta de tirantes para mostrar y presumir de sus tatuajes multicolores, y dijo:

—¡Mirad esta foto…! Es el cañón de Añisclo, cuya roca se repliega y forma media cueva, donde se encuentra esta capillita. En esta otra se ve mucho mejor la enorme fila de bancos de madera que pusieron para que descansasen los caminantes. Os aseguro que las personas a las que se les ocurrió eso tuvieron una brillante idea, pues cuando llegamos no podíamos ni con nuestra alma. No nos sentamos, nos desplomamos encima. Todos pedimos en oración recuperar las fuerzas para poder regresar.

—¡No ha sido para tanto…! ¡Seguro que eres andaluza, por la salsa y la exageración que le pones! —dijo Jesús sonriente.

—¡No, que soy maña, de Tarazona! —comentó Rebeca orgullosa de ser aragonesa, y con cara de agotamiento replicó—: Reconoce que hemos caminado mucho. Nos hemos pegado una paliza de miedo. Tengo los pies que ni los siento. Y encima, he hecho un mal gesto y me duelen bastante la espalda y las cervicales. ¡Va en serio...!

En ese momento, Quique, que venía de la cocina con el delantal puesto, oyó cómo se quejaba y le propuso darle un masaje quiropráctico y un *shiatsu do* o digitopuntura. Ella, extrañada por el ofrecimiento, le manifestó:

—No sé de qué va, pero suena bien, aunque nunca lo había oído... Debe de ser una nueva terapia... ¿Se puede saber de qué se trata?

Dispuesto a convencerla, él le explicó:

—La quiropraxia es una técnica de la medicina china que se aplica desde hace más de tres mil años, recogida en el libro *Cong Fou*. Consiste en utilizar la presión de las manos para manipular determinados puntos concretos de la musculatura de las vértebras, discos, nervios y articulaciones que componen la columna vertebral, de manera que quede alineada y los canales o *chakras* des-

bloqueados para permitir que la energía fluya. La digitopuntura o *shiatsu do* utiliza la presión de los dedos al seguir el mapa energético de la acupuntura. Es una técnica de origen japonés. Por lo general, estiro a las personas sobre un futón o una colchoneta en el suelo, pero hoy haremos una excepción. No hace falta que te quites la ropa, lo podemos realizar aquí mismo.

Por si tenía alguna duda, Jesús comentó:

—¡Estás en buenas manos…! Quique lleva veinte años viajando por el mundo de un monasterio budista a otro. Incluso hizo el retiro de tres años y tres meses, pero no sé si lo acabó. Viejos maestros le trasmitieron enseñanzas secretas en la India, Malasia, Singapur, China, Bután, Tailandia y Nepal. Durante unos años se dedicó a sanar y aliviar el dolor físico de mucha gente con estas técnicas ancestrales.

—Ahora ya estoy convencida. ¡Toda tuya…! Pero con cuidado, no me vayas a romper —confirmó ella dispuesta a tener una nueva experiencia.

—¡Siéntate…! Yo me pondré a tu espalda. Si al intentar forzar alguna articulación te hago daño, quéjate en la justa medida, para que me oriente sobre qué zona tienes más afectada. Las contracturas o nudos los detectaré enseguida por el abultamiento que provoca la inflamación muscular, debido a la fatiga de las fibras por el exceso de ejercicio físico al que has sometido al cuerpo esta mañana.

Quique recorrió con sus dedos su columna vertebral, apoyó el codo en su hombro y puso el brazo en un ángulo de noventa grados sobre su cabeza y aplicó su fuerza con suma lentitud y suavidad, mientras que con el otro, en el lado contrario, contrarrestaba. En un momento determinado se sintió un crac en las cervicales, clavó sus pulgares en la nuca, en el hueso occipital, en algún punto energético concreto, y relajó la acumulación de tensión mecánica que dañaba la parte superior de la médula espinal. Completamente concentrado, se levantó y con los brazos estirados puso las palmas de las manos sobre el músculo esternocleidomastoideo y escaleno, y las dejó resbalar hasta el trapecio, donde forzó la posición de las clavículas al cargar su peso. Luego la hizo inclinarse hacia de-

lante con calma, mientras él palpaba con los ojos cerrados cómo se abrían las treinta y tres vértebras y dejaban al descubierto los discos de cartílago. Al llegar a la zona lumbar, volvió a hundir sus pulgares con un movimiento de presión progresiva, firme y sostenida en el tiempo. Y aseguró:

—Tu columna ya está equilibrada. Las tres curvas que la componen han recuperado su centro de gravedad.

Rebeca se irguió con cuidado, empezó a moverse despacio y, poco a poco, empezó a exclamar:

—¡Increíble…! ¡Qué maravilla…! ¡Eres muy bueno…! Hace años que tenía un dolor en los riñones que no se me iba. Fui a un montón de fisioterapeutas en balnearios y termas, en donde me pusieron agujas de acupuntura, moxibustión y parches calientes, y no funcionaron. Probé los masajes ayurvédicos, de arcillas, de piedras y el hawaiano, el *lomi-lomi*, con musicoterapia incorporada, y no hubo manera. Y ahora en quince minutos me encuentro como nueva. No me duele nada. ¡Muchísimas gracias…! ¡Te debo una cena...! ¡Ya me puedes dar tu teléfono...! Me siento descargada. Sinceramente, te lo agradezco.

Julia llegó acompañada por un señor alto y orondo, de pelo y bigote canoso, sonrisa apacible y aspecto bondadoso, y lo presentó diciendo que se llamaba Konchelo y era de Burgos. Venía para hacer el curso, y aunque el señor aseguró que era abuelo de un montón de nietos, tenía espíritu juvenil. Pronto pudieron comprobar que su edad cronológica nada tenía que ver con su arrolladora energía vital. La gente lo saludó y lo integró con facilidad en el grupo al mostrarle las fotos de aquel día y del anterior en las salinas de Naval.

Tras departir con unos y con otros, Max y Lucía lo saludaron y se creó una corriente de simpatía mutua, que se acrecentó de manera considerable cuando él aseguró que ella era una chica con mucha luz y un gran poder sanador. Por si ellos dudaron de su intuitiva afirmación, dijo que se dedicaba por placer y de forma altruista a canalizar la energía *reiki* para ayudar a la gente que lo necesitaba y se lo pedía.

En ese momento aparecieron por la puerta Blas, Chelo, Roberto y Álex, y se montó un poco de alboroto con el resto. Fabienne, la

chica francesa, les presentó al recién llegado y se pusieron a departir con él de forma amigable, circunstancia que aprovechó Max para preguntar a su amada si le apetecía ir a ducharse a casa. Antes de marchar, Julia le pidió a ella que le ayudara a servir la cena, pues no paraba de llegar gente. Ella asintió con un leve parpadeo. La parejita feliz se escabulló entre el personal que aterrizaba cargado con equipajes. Llegaron a su refugio. Era la primera vez que ella iba de día y se quedó extrañada al ver un pájaro singular.

—¿Qué ave es esa de plumaje negro y cabeza roja? —preguntó Lucía.

—Es un pájaro carpintero, aquí se le conoce como el pito negro. Se le ve poco, porque le gusta la tranquilidad del corazón de los bosques. Ha venido hasta aquí porque tiene preferencia por las coníferas viejas. Es muy vergonzoso y asustadizo, ya verás. ¡Ven, ven aquí, que te presento a mi novia…!

Y enseguida levantó el vuelo y desapareció. Entraron y la luz crepuscular de la tarde iluminaba de un color pardo rojizo el techo, por lo que le preguntó de qué tipo de madera estaba hecho. A Max le encantaba su insaciable curiosidad, pues era la única forma de aprender, y con cariño le explicó:

—Cuando compré esta barraca, tenía un par de paredes derrumbadas, pero el techo estaba bien. Volví a levantarla y lo mantuve, aunque cambié los lucernarios. Duermes bajo lo que una vez fueron cerezos. Es una madera semidura que la caricia de los rayos del sol la oscurece y trasforma, como si tuviese vida propia.

Tras ducharse, ella se puso a fisgar por la casa y le preguntó cómo tenía tantos cuencos tibetanos. Max le explicó que desde que conoció a Mona había comenzado a valorar las múltiples cualidades de dicho objeto, y los utilizaba con frecuencia para encontrar la calma mental en la meditación. Le confesó que hubo una época en que tuvo problemas para dormir. Fue cuando le dejó Ágata, y entró en un estado de desasosiego. Tomaba una infusión que se preparaba con plantas que recogía por los bosques de la comarca de la Ribagorza, entre ellas la valeriana, la tila, la pasiflora, la melisa, el espliego y la menta, pero aun así no conseguía conciliar el sueño. Entonces, se acordó de las propiedades terapéuticas del cuenco tibetano, y cada

noche se sentaba en el borde de la cama y lo golpeaba de manera suave con la baqueta de pomo de piel y mango de madera, con la que acariciaba el canto metálico para alargar el sonido hasta que este envolviese su cuerpo.

—¿De qué están hechos estos objetos? —interrogó ella.

—De vacío y de silencio —contestó él.

—No, no, me refiero a los materiales en que está hecho —insistió ella.

—Ya te lo he dicho... está compuesto de la intangible esencia de los ecos, metáfora de nosotros mismos. Cuando golpeas un cuenco tibetano el sonido va hacia afuera y hacia adentro, vibra porque está lleno de vacío y esa vacuidad es la que nos llena.

—Ya te he entendido —dijo ella—, pero yo me refería a lo físico, a los elementos que se utilizan para crear dicho objeto.

—¡Vale... de acuerdo... vuelvo a lo terrenal...! La elaboración se hace a mano, según un método milenario y secreto trasmitido de maestro a discípulo, como si fueran alquimistas que utilizan una aleación de los siete metales: bronce, hierro, plomo, estaño, mercurio, plata y oro, fundidos en diferentes proporciones en una fragua artesanal y a elevada temperatura. La antigua técnica dice que se debe utilizar un martillo de un metal específico para darle un concreto número de golpes, ni más ni menos, hasta que le dan la forma.

—Desconocía que su elaboración fuera tan precisa, igual que si fuera un ritual.

—Recuerda lo que te expliqué —dijo él—: si un cuenco tibetano se cae al suelo, su vibración se rompe y nunca más emite sonido alguno. Fíjate en este, que es tan bonito y que traje de Nepal, se le desplomó encima, sin tocarlo, el *Libro tibetano de la vida y de la muerte* de Sogyal Rinpoché. Creo que aquel ejemplar se suicidó, cansado de que solo lo utilizara en las oraciones funerarias, principalmente en la *powa*, para que los moribundos tomasen consciencia de su propia muerte. Lo cierto es que dicha obra, al aplastarlo, dejó al pobre cuenco mudo, yerto. Estuve a punto de enterrarlo, pero preferí mantenerlo como una reliquia, un recuerdo, aunque sabía que su cuerpo metálico tan sensible, ya era inerte. Sucede lo mismo con el amor entre las personas, que una traición, una infidelidad, un engaño,

una mentira rompe la confianza y daña las emociones. Entonces, la vibración de ese recipiente de sentimientos que somos nosotros deja de sonar igual. Por eso son tan importantes la delicadeza, la empatía, la bondad, la ternura, la compasión, la sinceridad y tantas virtudes necesarias para cuidar de lo frágil que hay en el otro, y conseguir así que nunca enmudezca el sonido de nuestro cuenco interior, donde vibra el alma.

CAPÍTULO 59

Lucía se acordó de que tenía que ayudar a servir la cena. Con las historias que le contaba Max se había distraído. Acostumbrada a unos días de tranquilidad, ahora volvía al ritmo de antes, en los que tenía que cumplir unos horarios, según lo habían organizado, para que todo funcionase como una comunidad.

Tuvo que apresurarse y tirar de él para llegar a tiempo a la cocina, ponerse el delantal, deprisa y corriendo, y tocar con ímpetu la campana para avisar de que empezaban a repartir la cena. Los novatos preguntaban a unos y a otros cómo funcionaba aquello. Julia les explicó que tenían que coger un plato y unos cubiertos de unos anaqueles que había en una especie de ventana ciega empotrada en el piso superior. Luego debían bajar las escaleras hasta formar una ordenada cola a la entrada, donde estaba ubicado el mostrador en el que se servían las comidas.

Max fue de los primeros, pues iba con una bandeja repleta con la vajilla de ambos, no fuera caso que se cumpliese el refrán «quien reparte, se lleva la peor parte». Le guardó sitio en la primera mesa, la que estaba bajo la pérgola, pues iba demasiado cargado para dar vueltas. A su lado tomó asiento Konchelo en uno de los extremos dispuesto a presidir el ágape. Luego llegaron Blas, Chelo, Ricardo, Álex y un chico nuevo que dijo llamarse Nacho y que era de mañolandia. En ese momento, al decir la

procedencia, desató la alegría y euforia de Blas, que exclamó alborozado:

—Pues maños somos unos cuantos: esta chica tan simpática que se llama Chelo; aquel muchacho con rastas en el pelo, Juan Carlos; la moza de los tatuajes, Rebeca, que es de la provincia; la que sirve, Lucía, que me parece que es oscense, pero hace años que vive en la capital maña; Max y Álex también son naturales de Huesca, aunque ambos residen en la provincia de Barcelona; y un servidor. Y encima, faltan por llegar Natalia y Sonia, dos amigas mañicas. ¡Ya ves…! Tenemos una buena representación de las comarcas y tierras aragonesas. Me parece que somos mayoría simple y tozuda, pero muy noble.

Una joven risueña, que ponía cara de novata, se acercó con prudencia y preguntó con suma educación si cabía. A coro dijeron «¡por supuesto!» y se apretaron de manera que tuviese sitio en el extremo del banco de madera. Ella se presentó diciendo que se llamaba Amparo y que era de Valencia. No encontró complicidades, pues no había nadie de dicha comunidad. Hasta que alguien, por detrás, exclamó:

—¡Una valencianeta…! Yo también soy de allí. Me llamo Lidia, aunque mis amigos me llaman Lyli, y he venido sola, a la aventura. Nunca antes había estado aquí.

—¡Tanto gusto…! —dijo Amparo mientras se daban un caluroso abrazo, y añadió—: Ya somos dos. ¡Siéntate a mi lado…! ¡Ven, ven…! Así nos hacemos compañía. Esto ya parece el camarote de los hermanos Marx.

Llegó Lucía y casi tuvo que sentarse de perfil. La mesa estaba a tope. Apretados al máximo, ya no cabía nadie más. Alguno se había encogido y otros comían de canto. Quizá lo más importante era la compañía, compartir el momento. Blas, que era bastante curioso, les preguntó a qué se dedicaban. Lyli dijo que estaba estudiando ciencias políticas en la universidad y que desconocía el mundo del budismo. Amparo dijo que trabajaba en una empresa de Barcelona, y que al igual que su amiga, era la primera vez que se acercaba a dicha espiritualidad.

—¿Alguien más es novato como ellas? —inquirió Blas con ganas de conocer mejor a los compañeros de curso. Conocía a Clara, que era una chica joven y simpática de Matadepera, con la que ya

había hablado. También le habían presentado a Marta, que era una muchacha catalana de ojos azules y de risa muy contagiosa, con la que compartió varias carcajadas al explicarle las peripecias que sufrió para llegar allí.

—¿Y tú, Nacho? —preguntó Blas, que basándose en la experiencia de los muchos viajes que había realizado por el mundo, le llevó a manifestar—: Por tu forma de vestir de inspiración hindú, diría que estás de regreso de un viaje iniciático.

El chico se quedó atónito y admirado por la capacidad de clarividencia de aquel hombre canoso y experto en la vida, y sin querer satisfacer su vanidad, intentó ser escueto y explicó:

—¡Sí, has acertado! Acabo de llegar de la India, aunque también fui a Nepal y Tailandia. He estado un año en diversos monasterios budistas y con diferentes yoguis, gurús y maestros con la intención de comenzar el camino del despertar espiritual como si fuese algo ajeno a mí. Al final, tras haber recorrido miles de kilómetros, de pasar por muchas penalidades y de realizar un largo proceso, descubrí que buscaba fuera lo que llevaba dentro, y que el destino de mi viaje era encontrarme a mí mismo.

—¿Y actualmente a qué te dedicas, si no es mucha indiscreción? —insistió Blas, al ver en él, quizás a un futuro colaborador en algún seminario o taller.

Nacho, con bondadosa sonrisa, le dijo que enseñaba diferentes tipos de yoga junto a otras enseñanzas que aprendió de sus swamis en varios centros de espiritualidad oriental de Zaragoza.

Blas continuó su ronda y preguntó a Konchelo de dónde venía y a qué se dedicaba. El hombre, que tenía pinta de ser un gran señor por su porte y sus exquisitos modales, dijo que era de Burgos y aseguró que estaba jubilado, aunque nadie se lo creyó, porque se le notaba demasiada vitalidad. Y reveló que de forma altruista enseñaba *reiki* y también asistía, varios días a la semana en el hospital de su ciudad, a los moribundos. Había aprendido de ellos más de la esencia de la vida que lo que le habían enseñado muchas religiones. Aseguró que llevaba tiempo visitando Panillo en diferentes épocas del año.

Lyli, que hasta entonces estaba callada y expectante, intervino:

—Por lo que compruebo estoy rodeada por un maestro de *reiki* y varios profesores de yoga: Blas, Nacho, Max y Tsering, que me acaban de presentar. Ya veo que voy a aprender más en las sobremesas que en las clases del curso.

Blas recuperó el protagonismo y puntualizó:

—Te olvidas de Chelo que también es profesora de yoga, pilates, rehabilitación fisioterapéutica, medicina ayurvédica, acupuntura, moxibustión, aromaterapia, relajación, masaje de piedras, meditación budista y zen. Incluso ha escrito un libro en el que recoge su propio método personal.

Lucía, que estaba como convidada de piedra, pero muy atenta a lo que se decía y admirada de tener como compañeros a gente tan interesante, con curiosidad preguntó:

—Disculpa, ¿cómo se llama ese libro?

Chelo, un poco abrumada por ser el centro de la atención de la mesa, le contestó de manera escueta y sin querer recrearse dando demasiadas explicaciones:

—*Metamorfosis Consuyogui*.

—El título es muy sugerente. ¿Cómo se te ha ocurrido? —comentó Lucía.

Chelo, con cierto pudor y sin querer entrar en excesivos detalles, le explicó:

—La obra recoge un método que intenta ayudar a la gente a superar sus dificultades y a cambiar de vida, de ahí la palabra «metamorfosis». Es una combinación de terapias alternativas aplicadas a un proceso de trasformación, y para ello uno debe tomar consciencia de uno mismo, enterrando la vida vieja llena de rutinas y de pensamientos negativos, que significa morir metafóricamente para renacer a una nueva vida.

—¡Caray...,parece muy interesante. Miraré de comprármelo...! —afirmó Lucía.

Una pelirroja enfundada en un vestido espectacular levantó la mano. Dijo que se llamaba Rita y que era la primera vez que se acercaba a la filosofía oriental. Aseguró ser directiva de *marketing* de una multinacional de cosmética en París y que fue modelo de

alta costura para varios diseñadores de moda. Luego estudió Administración de Empresas en la Universidad de Columbia. Además, tenía un máster en Comercio Internacional por Stanford. Fue ejecutiva en dos empresas de Nueva York. Tras haber expuesto su currículo como una loa a sí misma, lo remató al asegurar que se había casado tres veces y tenía un hijo que cuidaba su madre. Y por si quedaba alguna duda aseveró: «Y que conste que no tengo nada de ego».

La última frase fue una provocación. Los demás se quedaron sin palabras. Max, al comprobar aquel exceso de soberbia, no pudo contenerse e hizo una reflexión en voz alta:

—El ego es la cárcel que construimos, ladrillo a ladrillo, con nuestras emociones desde dentro para proteger nuestro yo de los demás, sin darnos cuenta de que acabaremos encerrados, prisioneros en él, emparedados entre nuestros muros interiores.

En ese momento apareció por arte de magia de detrás de unos arbustos el maestro Karma Tenpa, que parecía haberlo oído todo, y manifestó:

—El ego es una personalidad que cada uno ha construido y que acaba por apoderarse de nosotros mismos. El horrible Frankenstein es el ego al que decimos: «Yo te he creado». Y el monstruo nos contesta: «Yo soy tu dueño».

CAPÍTULO 60

A Lucía le gustaba desperezarse de manera tranquila y contemplar con meticulosidad las vetas del techo. Le encantaba poder dormir bajo lo que una vez fue un árbol, concretamente, un cerezo.

—¡Buenos días, cariño! ¿Qué miras con tanto detenimiento? —le preguntó él, que se había despertado y la observaba con delectación.

—¡Buenos días, amor! Esta noche he soñado que las vigas florecían y no tardaban en dar sus frutos y, de manera sorprendente, empezaban a colgar del techo miles de cerezas. En mi viaje onírico saltaba sobre la cama como una cría para cogerlas y me sentía muy feliz, porque estaba a tu lado.

Max se sintió dichoso al ver su contagiosa alegría y declaró:

—¡Te quiero mucho!, y me gustaría que esto no se acabase nunca. Que nos quedásemos aquí a vivir para siempre, en nuestro refugio del bosque.

—Pues nos quedamos. Te tomo la palabra —aseguró ella convencida.

—Ya me gustaría —dijo Max—, pero sabes que tengo que ir en septiembre a la India para organizar los hospitales de oftalmología que hemos construido allí. Intentaré que todo funcione lo antes posible, pero hemos de enseñar a sus médicos las técnicas que utilizamos aquí. En principio, está previsto que tardemos dos años en

que los equipos se organicen de manera autónoma. Sin embargo, a la mínima empezaré a delegar con la intención de venirme cuanto antes. Ya veremos, como dice el refrán, «el hombre propone y Dios dispone a Buda para que nos guíe».

Lucía se quedó triste y apesadumbrada al pensar que aquel mes tan maravilloso se iba a acabar, y que tendría que volver a una realidad en la que no estaría él. Max, dispuesto a que el futuro no les amargase el presente, le empezó a hacer cosquillas con su barba de dos días en la planta del pie, su zona más sensible. Empezaron a jugar y acabaron en una batalla de almohadas. El sonido de la campana les avisó de que se repartía el desayuno. Tenían que organizarse mejor, pues habían quedado en que por las mañanas practicarían yoga e irían a la *puja* por la tarde. Ella se puso las mallas celestes, camiseta blanca, la sudadera lapislázuli y una cinta de color nácar en el pelo y dijo que se pegaría una carrera hasta el albergue para disimular. Al verla tan azul, no pudo resistir la inspiración y le dijo:

—Sin duda, eres la pitufina del bosque.

Tras el simpático piropo, pegó un brinco de alegría, le lanzó un beso por el aire y salió volando. Rita, que era un poco bruja, al verla llegar le lanzó una indirecta: «Se ve que eres muy deportista. Debes haber estado toda la noche corriendo.»

Ella ni le contestó y se fue directa a la ducha. Más tarde, desayunó con Max, mientras nuevos alumnos no paraban de llegar. Apareció Jesús con una amiga vestida con una blusa nepalí de tonalidad granate y una larga falda tibetana de color azafrán. La presentó diciendo que se llamaba Esther y que era de Lleida. La chica mostró su cariñoso carácter al dar dos besos y un entrañable abrazo a cada uno de los que estaban allí sentados. A medida que aparecían los compañeros del grupo y se acercaban a la mesa, Jesús se los presentaba y ella sin acabar de desayunar se deshacía en afectuosos saludos.

Antes de las diez, los de la mesa se dirigieron al templo y entraron para coger sitio. Estaba abarrotado. Max no paró de dar la bienvenida a un montón de gente de años anteriores que no se perdían los cursos de Karma Tenpa por nada del mundo, según

manifestó una gallega que le seguía por toda España, asistiendo a sus conferencias, talleres y seminarios.

El monje entró y avanzó por el pasillo central, mientras los asistentes lo recibían de pie con una reverencia. Al llegar frente al altar, hizo las tres postraciones rituales. La mayoría lo imitó. Los asistentes se acomodaron en el suelo sobre las colchonetas y los cojines para encontrar la posición más confortable. Lucía y Max se sentaron detrás, y apoyaron la espalda en la pared. La sala enmudeció. No se sentía la respiración de nadie. La concentración era máxima. Muchos estaban con la libreta y el bolígrafo preparado para tomar nota desde la primera palabra que pronunciase, pero era innecesario, ya que se informó de que se iba a grabar en un disco compacto todo lo que dijese, y que saldría a la venta e incluso se enviaría por correo a quien lo solicitase. La ansiedad se respiraba en el ambiente. Los asistentes deseaban oír su agradable voz, con acento argentino, que se hizo esperar para crear expectación. Y empezó diciendo:

—Buenos días. Bienvenidos al curso *Entrena la mente, despierta el corazón*. Desde mi experiencia personal, que es poca y pobre, trataré de compartir con ustedes las preciosas enseñanzas que me han regalado, a lo largo de muchos años, los grandes maestros que tuve el honor de conocer. También les trasmitiré lo que fui aprendiendo en mis viajes puntuales a la India.

Añadió que el centro budista de Dag Shang Kagyü era un lugar privilegiado, ya que fue elegido desde la colina por Kyabje Kalu Rinpoché, el fundador de dicha comunidad religiosa, hacía veinticinco años. Y desde entonces había que agradecer la generosidad, el amor, el esfuerzo y la entrega de muchas personas que se dieron en cuerpo y alma para conseguir levantar aquel sueño. Afirmó que el centro no solo era un lugar de paz donde encontrar la calma mental, sino un sitio impregnado de la sabiduría de los lamas y rinpochés que por allí habían pasado para compartir sus profundos conocimientos, que eran incomprensibles para el intelecto, porque solo se entendían desde el corazón.

Continuó: —En este curso recorreremos algunos aspectos de la práctica budista, y de forma específica el de la meditación, como

herramienta eficaz para ayudarnos a sobrellevar las inclemencias emocionales de la propia mente, y superar las dificultades habituales de nuestra existencia al desarrollar el enorme potencial inherente a cada uno de nosotros. Debéis descubrir la luz que habita en el centro de vuestro corazón, para que os ilumine vuestra existencia y la de los demás.

En ese momento entraron Quique y Mario, que debieron estar liados en la cocina. Se quedaron en la puerta, ya que tenían previsto salir antes para volver a los fogones. Al lado estaba Marta y, más allá, su hija Julia, que a las once les tocaba abrir la oficina. El monje, tras una pausa, continuó con sosiego al afirmar que necesitábamos claridad para observar y comprender el funcionamiento y la inercia de la mente, pues vivíamos en esa ansiedad de buscar de forma compulsiva algo, al intuir la carencia, pero sin saber realmente lo que necesitamos. Por eso, aseguró:

—Es primordial que a través de las enseñanzas budistas intentemos rescatarnos de esa sensación de orfandad que acompaña nuestra existencia, y que nos hace huérfanos de nuestra bondad natural.

Lucía dio un codazo a Max, pues en el lateral alguien no paraba de sonreírle. Él giró con disimulo la vista y vio a Teo, el tiburón de las finanzas, cómo le saludaba con una falsa sonrisa. Acababa de llegar. Y Max le susurró a ella por lo bajini:

—¡Ha vuelto…! ¡No me lo puedo creer…! ¡Qué horror…! Espero que se comporte mejor en este curso que en el mío.

Volvieron a poner la atención en las palabras del monje y olvidarse de aquel tipo que, de manera incomprensible, había regresado como una pesadilla en continua reencarnación. No se le veía acompañado de su esposa, cosa bastante extraña, ya que ella ejercía una gran influencia y dominio sobre su forma de proceder. ¡Quizá se había separado y quería cambiar de vida!

—Debemos mantener la confianza en nuestra naturaleza esencial —afirmó Karma Tenpa—: Así tendremos fe en la propia fortaleza interior para sobreponernos a las tendencias habituales de esa inercia egocéntrica que nos domina y que se

manifiesta en la codicia, la ignorancia, los celos, la ira, el apego, el orgullo y la desconfianza. Y para contrarrestarlas, desarrollaremos las cualidades de la sabiduría y la amabilidad. Esa será la base sobre la que debería apoyarse la comprensión y la práctica del curso.

El monje advirtió que la siguiente palabra clave era la motivación, la que nos mueve, ya sea por ilusión o por necesidad. Y aseveró:

—Las personas que estáis aquí es porque antes os habéis visto a vosotros mismos y sospecháis que algo más tiene que haber. Que se puede estar de una manera distinta en el mundo.

Max pensó cuál debía ser la causa por la que el bróker había vuelto. Entendía que el yoga le podía ir bien para contrarrestar el enorme estrés de su profesión. En cambio, el budismo, que se fundamentaba en superar el sufrimiento, conseguir el desapego de los bienes materiales, no coincidía en nada con su forma de ser. Una de dos: o deseaba cambiar de profesión o pensaba hacer negocio con alguien. Volvió a mirar al financiero y este, que estaba ojo avizor, esbozó una enorme sonrisa de escualo depredador, y surgió un destello de un diente de oro que tenía disimulado entre tantos afilados incisivos y caninos. En ese instante tuvo la certeza de que si fuera dentista tendría que estar loco de remate para meter la mano en aquella boca.

Volvió a conectar con las palabras del maestro, que decía:

—Debemos guiarnos con una motivación correcta. Convertirnos en personas simples, sencillas, y nunca considerarnos distintas ni superiores a los demás. (Y miró a Rita). Es imprescindible empezar a practicar a diario, durante esta semana, la calidez en nuestras palabras, la amabilidad en el trato, la empatía con el otro, la solidaridad y el afecto hacia todos. Necesitamos observar y entrenar la mente para despertar el corazón.

Marta miró con premura el reloj y presta se marchó para abrir la oficina, liberando a su hija. Pilar e Isabel también se incorporaron para ir a atender la tienda. Era la hora en que empezaban a llegar los turistas ávidos de visitar los monumentos, hacerse un montón de fotos y comprar algún recuerdo.

En ese momento, el maestro aseveró con tono rotundo:

—Debemos conseguir un estado despierto, que va más allá de nuestras tendencias a clasificar y conceptualizar las cosas, pues eso nos aleja, encubre, vela e impide que brille nuestra esencia más pura. El sufrimiento tiene un punto de cordura inicial, al hacer que resuene nuestra sensibilidad y provoque un movimiento de la mente que genera incomodidad, ya que muchas veces nos enredamos en pequeñas batallitas por cosas nimias y tontas. Por eso, es muy importante estar alerta y poner atención, para que estas situaciones conflictivas no se apoderen de nosotros y nos causen infelicidad. Debemos entrenarnos para eliminar todos los pensamientos, sentimientos y acciones negativas de nuestro cuerpo, palabra y mente.

Lucía se dio cuenta de que Max había tomado de él y del Dalái Lama la costumbre de hacer pequeñas pausas, pues esos descansos ayudaban a asimilar el contenido de la frase. Bebió un poco de agua y se recreó en el sosiego. Y añadió que todos de alguna manera meditan cuando la mente consigue desarrollar un punto de atención en lo que sucede en el presente: al caminar, al hablar, al escuchar, al cocinar o en cualquier actividad que uno realice durante el día.

El monje hizo una leve interrupción y sostuvo:

—Para conseguir la nobleza de nuestro corazón es necesaria, pero no es suficiente, complementarla con otras prácticas que iremos incorporando. Ahora vamos a meditar un poquito. Intentaremos desarrollar la atención con la desatención. ¿Se comprende esto?

Y él mismo movió la cabeza en sentido negativo, mientras decía que sí con la boca. La contradicción provocó una leve carcajada entre los asistentes, que ayudó a romper la seriedad y la formalidad del momento.

A continuación, les aconsejó que se sentaran en posición yóguica, o cualquier otra postura en la que estuvieran cómodos. Comentó que lo más importante era mantener la espalda bien recta y concentrarse en la respiración. Y afirmó:

—Si hay tensión en vuestro cuerpo, habrá tensión en vuestra mente. —Y les propuso que inspirasen lenta y de manera profunda.

Tras una prolongada pausa, el maestro manifestó:

—El objetivo fundamental de la sabiduría budista es suavizar nuestra mente, como sinónimo de nuestro espíritu o alma, como quieran llamarlo, que descansa en su propia naturaleza luminosa. Debemos liberar su enorme potencial para que pueda pensar bien y de corazón. Por eso, es necesario intentar ver la bondad que hay en los demás. Y así volcar la atención plena hacia nosotros para desarrollar esa claridad que nos lleve hacia la compasión, la calidez y la empatía benevolente.

Lucía se acercó al oído de Max y le susurró:

—Acaba de entrar y tomar asiento el jesuita del curso anterior. ¡Ya estamos todos...! ¡Ja, ja, ja...!

—Espero que no empiece a estornudar y le salga disparado el ojo. Otra persecución, con la gente corriendo despavorida, sería demasiado.

El monje invitó a los allí presentes a que empezaran a practicar la meditación cotidiana a través de la atención consciente. Así, cuando fueran por el camino del bosque que iba del albergue al templo y viceversa, debían recorrerlo en silencio. A mitad de trayecto, tenían que pararse, respirar y leer los cartelitos que se irían colgando en los pinos con propuestas que debían inhalarse dejándolas reposar dentro, hasta exhalarlas con sosiego, sabiendo que en ese proceso la mente se oxigena, se hace más lúcida y empieza a despertar.

Max le comentó a ella al oído:

—Los frutos que dan los árboles de aquí son palabras. Muchas de las hojitas de papel con textos sagrados e incluso literarios que penden de las ramas dicen que están escritas por una poetisa que vive en secreto entre los residentes de la comunidad. Se la conoce bajo el seudónimo de Sukhasiddhi, igual que la yoguini de la India del siglo IX, cuyas enseñanzas se incorporaron al budismo tibetano.

—¿Y quién es? —inquirió Lucía con suma curiosidad.

—Nadie lo sabe. Ella se esconde en el encanto del secreto y de la humildad.

—¿Y no te gustaría conocerla? —le inquirio ella.

—Hay que respetar las decisiones que toman los otros.

El maestro propuso que se relajasen sentados en una postura cómoda para conseguir un rato de quietud.

Diez minutos más tarde, afirmó que iban a recitar una importante plegaria, la oración: Toma de refugio. Dijo que se trataba de una ceremonia en la que uno se compromete con las tres joyas del budismo; en el que al iniciarse la persona se introduce en un sendero interior, que lleva a la liberación del ser para alcanzar la iluminación y el despertar para el beneficio propio y de los demás. Y que solo se puede lograr si se desarrollan las virtudes trascendentales: la paciencia, la diligencia, la sabiduría, la meditación y la disciplina.

Todos tomaron consciencia de la importancia de dicha plegaria, cuya esencia era luminosa, porque era la base sagrada del resto de prácticas. Según el monje, tenía una capacidad trasformadora de inicio, de acumulación de méritos, al cultivar las cualidades virtuosas en el continuo mental. Y así, ayudar a los seres sensibles a tener una vida pacífica, trascender el sufrimiento y lograr la felicidad propia y ajena.

Lucía cogió con delicadeza la mano de Max para recitar la Oración de Refugio:

SANG GYE / CHÖDANG / TSOG KY / CHOG NAM LA //
(En el Buda, el *Dharma* y la Congregación sublime)

CHANG CHUB / BAR DU / DAG NI / KYAB SU CHIi //
(tomo refugio hasta que alcande la Iluminación)

DAG GUI / CHIN SOG / GUI PEI / SÖ NAM KYI //
(Por la actividad benéfica creada por mi práctica de la generosidad y demás virtudes)

DRO LA / PEN CHIR / SANG GYE / DRUB PAR SHOG //
(pueda realizar el estado de Buda para el beneficio de todos los seres)

Ese detalle le encantó a Max sobremanera, pues vio que ella le daba suma importancia a dicha plegaria, que representaba un compromiso para emprender juntos un camino profundo de gran pureza espiritual. Fue una muestra entrañable de sincero cariño y de inconmensurable afecto. Él quiso ver en ese gesto de su alma, el amor de un universo entero.

CAPÍTULO 61

Al dirigirse al albergue, observaron que se habían instalado en el bosque muchísimas tiendas de campaña, lo que significaba que la afluencia era máxima. Karma Tenpa cada vez arrastraba a más adeptos. La cola que se formó para la comida fue kilométrica, de tal manera que se tuvo que habilitar un mostrador fuera como segundo punto para servir el almuerzo. El olor de los alimentos atrajo a una piara de jabalíes, que aprovecharon que las puertas de la cocina estaban abiertas de par en par y no había nadie, para colarse con astucia. El personal de fogones estaba fuera ayudando a los que repartían. De golpe se oyó un tremendo ruido de cacerolas, tapaderas, sartenes y bandejas que caían, mientras Quique y Mario, que los habían visto entrar, se enfrentaron con valentía a los cerdos salvajes con escobas viejas y fregonas, pero los animales iban tan hambrientos que se comieron el mocho y hasta el palo mordieron. Fueron tras ellos y las bestias arremetieron contra lo que se les ponía por delante. Algunos asustados se subieron a las mesas y otros se encaramaron a la pérgola. Un par de escaladores, con la excusa del peligro inminente, empezaron a trepar por la fachada. Un turista falto de prudencia quiso torear al más grande con una toalla roja, pero al ver los enormes colmillos que sobresalían de su boca, salió despavorido e incitó al puerco salvaje a perseguirlo hasta que le dio caza y lo embistió con el hocico. Entre

los matorrales apareció un cazador furtivo, que llevaba horas tras el rastro, acompañado de una jauría de perros de presa. Sacó su escopeta con premura y apuntó a la manada, pero un joven novicio utilizó la patada voladora del *chi kung* de manera veloz, le dio en el cañón hacia arriba disparándose en el aire. El hombre se enfadó muchísimo, ya que había perdido una buena presa que tenía a tiro. A continuación, el novicio le aclaró que en aquel lugar estaban prohibidas las armas y tampoco se podía matar a ningún animal, ya que aquel lugar era una zona de paz.

—¡Tonterías...! —exclamó el tipo mientras apretaba su cinturón de perdigones. Con un tono desafiante y con ojos amenazadores, le advirtió—: Ten cuidado conmigo. Si te vuelvo a ver, no me lo pensaré dos veces. En mi despacho tengo varias cabezas de yak del Himalaya disecadas, me falta la de un chino mandarín o tibetano como tú en medio, quedaría una combinación étnica perfecta.

Tuvo que pasar un buen rato para que llegase la normalidad. La gente se calmó y fue ocupando las mesas. Blas se sentó en la primera, como siempre, y comentó lo sucedido. Luego hizo alusión al inicio del curso, del que había tomado buena nota de las siguientes palabras clave: sufrimiento, motivación y confianza. Max le recordó que se olvidaba de un sustantivo importante, atención.

Lucía manifestó que le había gustado mucho el símil que utilizó el monje al asegurar que la mente era tan inquieta como un mono ebrio sobre brasas ardiendo, que saltaba de un pensamiento a otro sin parar. Y convencida de lo aprendido e inspirada por ello, añadió:

—También me ha encantado cuando ha dicho que debemos entrenar la mente para observar y dejar pasar los pensamientos como si fueran autobuses que no son el nuestro, porque intentan llevarnos al pasado, al futuro o a un destino diferente, pero al estar atentos nos damos cuenta de que el lugar donde debemos permanecer es en el presente. Nos concentramos en la respiración como un soporte que nos da claridad, como si nos agarrásemos a la barandilla de la parada de la estación, de manera que nos impida subir a cualquier vehículo que nos sirva para huir, alejarnos y evadirnos. Por eso, cuando reconocemos la distracción, ese es el momento en que debemos empezar a cultivar la atención de la mente, la cual siempre está en punto de fuga.

Natalia se dio a conocer al confesar que era enfermera del Hospital San Jorge de Huesca. Reveló que allí conoció a Karma Tenpa, en el proyecto de colaboración que llevaba a cabo en la Unidad del Dolor para enseñar la práctica de la meditación budista a los pacientes crónicos, con el objetivo de mitigar su padecimiento y mejorar su calidad de vida gracias al control mental. Ante los medios de comunicación que le entrevistaron sobre aquella pionera experiencia, el monje afirmó, según recogió la prensa, lo siguiente: «No se trata de reemplazar la medicina, sino colaborar con ella y con el método científico, el cual ya ha comprobado los beneficios de la meditación al actuar de modo positivo sobre determinadas zonas del cerebro. El mejor analgésico es la calidez, la empatía benevolente, el amor, la compasión y la sabiduría».

La gente de la mesa se quedó maravillada ante lo que acababa de oír. Si alguno albergaba alguna duda sobre las bondades del budismo, se convencieron enseguida. A una mujer con semblante alegre y carácter optimista, social y extravertido, se la veía entusiasmada por lo que oía. Dijo llamarse Mariví, y aseguró que junto a Trini de Málaga, Antonio de Barbastro, Begoña de Madrid, Albert de Barcelona, Rosa y su hermana de Bilbao, Chelo de Zaragoza, y otros más iban a hacer el tercer curso de medicina tibetana a cargo del doctor Ngawang Thinley, Semki Amchi, del Chagpori Medical Institute en el distrito de Darjeeling, en el estado de Bengala Occidental de la India. El doctor junto a Karma Tenpa y el apoyo del resto de compañeros habían creado un orfanato, Creciendo en Nepal, para ayudar a los niños que se quedaron sin padres y sin ningún familiar que quisiera hacerse cargo de ellos.

Blas puntualizó que Amchi significaba «médico» en tibetano, ya que parecía que lo habían pronunciado como si fuese su apellido. Eufórico ante tal evidente muestra de corazones compasivos, afirmó que el monje Matthieu Ricard sostenía más de un centenar de proyectos humanitarios en el Tíbet, como dieciséis clínicas y siete escuelas para casi mil alumnos huérfanos. Y, de paso, dejó caer una velada crítica al resto de religiones, que apenas hacían nada por los demás. Ahí intervino Amparo, que defendió la admirable labor que llevaban a cabo las Misioneras de la Caridad de la

Madre Teresa de Calcuta en todo el mundo: ayudaban a los más pobres entre los pobres, asistían a leprosos, recogían a niños abandonados, amparaban ancianos desvalidos y cuidaban de enfermos de sida, entre un sinfín de obras dignas de admiración en más de un centenar de países.

También intervino Álex, que reivindicó la admirable labor de Cáritas con sus comedores sociales, a través de los cuales alimentaban a mucha gente a diario sin preguntarles su ideología ni sus creencias. Al igual que la Comunidad de San Egidio, que de forma discreta daba amparo y hospitalidad a muchos niños, ancianos y gente olvidada por la sociedad. Inspirada por lo que oía, Trini intervino para reivindicar la maravillosa labor de la oenegé Tierra de Amani, que se dedicaba a apoyar a la infancia más desfavorecida en Tanzania y acoger en el albergue Kilimanjaro a los huérfanos de la calle, algunos de ellos con sida. Dijo que los conocía muy bien, porque colaboraba como voluntaria con ellos.

Max se apuntó a las reivindicaciones, al decir que había muchas oenegés que sin pertenecer a la órbita de ninguna iglesia o religión, siendo laicas, incluso agnósticas, de forma solidaria se preocupaban por los demás. Aseguró conocer una que hacía una labor admirable, Stop ceguera, formada por un equipo de ayuda oftalmológica compuesto por personal médico y de enfermería que se dedicaba a operar de cataratas y curar afecciones visuales que podían llevar a la ceguera a millares de personas en diversos países de África. La mayoría de los colaboradores sacrificaban sus vacaciones y hacían aportaciones económicas importantes respecto a los salarios que cobraban.

Los allí presentes ratificaron su convencimiento sobre la compasión, el altruismo y la bondad genuina del corazón de mucha gente de diferentes formas de pensar, pero de la misma manera de sentir, y que hacían más que muchas organizaciones estatales que buscaban solo sus intereses políticos.

De forma paulatina, la gente empezó a desfilar para fregar los platos y cubiertos. Unos se fueron a caminar, otros se echaron la siesta y Lucía cogió un libro y se sentó en la hierba, de manera que le diera el sol en la cara y le recargase de energía. Max regresó a

la mesa con una taza de té en la mano y coincidió con un señor mayor con barba canosa y con pinta de misionero, que empezaba a comer. Le deseó buen provecho y el anciano, con acento bonaerense, le dio las gracias de manera escueta dejando el silbido de la «sh» en vez de la «y», cuando le preguntó:

—¿Vos, ya habéis comido?

Max se dio cuenta de que había visto a aquel hombre más de una vez por allí, incluso por las oficinas. Entraba y salía de manera discreta, sin decir nada a nadie. Evitaba coincidir con alguien y como era tan delgado, si se ponía de perfil, ni se le veía. Era una persona que pasaba desapercibida. De repente apareció el bróker Timoteo, que seguro estaba al acecho con ojo avizor desde algún lugar privilegiado, quizás asomado al balcón a la espera de lanzarse como ave de presa sobre la víctima. Se sentó sonriente frente a Max y se dirigió en primer lugar al anciano, y le dijo con suma amabilidad y cortesía:

—¡Que aproveche, señor Julián!

—Muchas gracias. Si a vos le gusta… en la nevera hay más —aseguró el hombre con pocas ganas de compartir la escasa comida que tenía en el plato.

El corredor de Bolsa respondió:

—No, no, ya he almorzado. Me gustaría explicaros a los dos algo que os puede interesar. Me he enterado —dirigiéndose a Max—, que tienes una clínica oftalmológica en Barcelona, y que usted, don Julián, es el gran administrador de los centros budistas de este linaje en toda España. Bueno, pues mi gestora se dedica a salvaguardar los ahorros de las familias, empresas y organizaciones ante el peligro de la inflación que devalúa el valor del dinero y hace perder el poder adquisitivo. Es decir, con lo mismo, compras menos, o para comprar lo mismo, necesitas más. Por eso, es tan necesaria nuestra labor de asesores. Si en tu clínica tienes un capital guardado —y se lavó con usura las manos en seco al sospechar que sí—, mientras te decides a invertir en la compra de equipos quirúrgicos más modernos, mi sociedad de inversión puede hacer la gestión de dichos fondos y diseñar una cartera de valores diversificada en acciones, bonos, obligaciones, divisas y materias primas que

optimice una buena rentabilidad con un mínimo riesgo. También podemos intentar buscar un mayor beneficio en el mercado de futuros sobre índices, renta fija y opciones sobre acciones. Incluso si ambos sois atrevidos y queréis multiplicar el capital podemos invertir en cfds, contratos por diferencias con un apalancamiento de hasta veinte veces. Hay una frase que es la inspiración de mi empresa: «El dinero que no se mueve, se pudre». Os propongo conseguir aumentar los ahorros de hoy para que podáis invertir más en el futuro.

El administrador budista, con cara de yogui en continuo ayuno, lo miró de arriba abajo. Era consciente de la codicia humana, y le manifestó con tono rioplatense:

—Ya sé que la inflación es un ratoncito que va royendo el dinerito. Soy argentino y conozco el tema desde la infancia. Mis padres ya lo heredaron de los suyos, y ellos de los anteriores. Por eso, mucha gente, huyendo de esos roedores, metía sus ahorros en la boca de los tiburones financieros, cuyas poderosas mandíbulas de cientos de dientes, colocados ordenadamente en cinco filas, no masticaban sino que devoraban grandes pedazos de comida, de dinero o de personas. La experiencia me ha enseñado que a veces por intentar no perder un poquito, lo acabas perdiendo todo.

El asesor se quedó salivando la presa, con rabia por habérsele escapado un bocado tan apetitoso. Y sin querer darse por vencido, les propuso otro maravilloso producto que tenía en cartera. Era una inversión rentable, segura, blindada y protegida, porque detrás estaba la garantía de una entidad bancaria con cara y ojos. El producto se denominaba participaciones preferentes y podrían recuperar toda la inversión cuando quisieran con un buen interés.

Max dudó de su propuesta y dijo:

—Precisamente mi caja de ahorros, la de toda la vida, me ofreció ese producto financiero y me entretuve a leer la letra pequeña de las ciento sesenta páginas del contrato. Llegué a la conclusión de que meter los ahorros era fácil, como siempre, pero a la hora de sacarlos, ya podías irte al cementerio a esperar a la siguiente reencarnación para recuperar la inversión.

Ahí intervino don Julián, al aseverar con ese cansancio de los años:

—En Buenos Aires conocí a personas muy ricas que guardaban millones de australes en el banco y que más tarde se los reconvirtieron en pesos convertibles en dólares, y terminaron durmiendo en el banco de madera del parque, delante del banco donde tenían los ahorros. Muchos tuvieron que pedir limosna para comer. Cuando veían la ventana de su entidad bancaria abierta, asomaban la cabecita entre los barrotes y miraban las montañas de monedas y billetes. Entonces frotaban sobre el hierro de la verja alguna monedita sacada de la caridad, y repetían con esperanza: «¡Ven, ven, dinero llama a dinero!», pero siempre se les caía el vil metal y rodaba hacia dentro. Y una enorme carcajada se sentía desde el interior. Era un banquero peinado con gomina y puro que les aseguraba con aire de tango llorón: «¡Sí, sí, dinero llama a dinero, pero el mucho al poco!».

Timoteo, gestor de bajos fondos, no quiso reconocer que la mayoría de los agentes de cambio y Bolsa habían trabajado antes de prestidigitadores en circos, donde adquirieron gran experiencia en juegos de manos para hacer desaparecer cosas por arte de magia. Indignado afirmó que lo que acababa de oír era un chiste infame, propio de antros y tabernas de mala muerte, donde humoristas fracasados de cabaré se desquitaban de su nefasta suerte con retruécanos o chascarrillos bastante zahirientes con el objetivo de desacreditar su reconocida y respetada profesión de asesores en dobles contabilidades.

Julián comentó desde la base de sus vivencias:

—No suelo visitar los lugares en los que se explican esos chistes, precisamente ese lo oí en un comedor de pobres, en el que se divertían de forma sana al aguzar el humor. Una vez fui rico y por eso conocí a muchos banqueros argentinos que antes habían trabajado de trileros. Empezaban escondiendo una bolita entre tres vasitos que movían con gran destreza y nunca sabías donde estaba, para después hacer lo mismo con maletines de billetes. Por eso, me hice budista para desarrollar la atención y descubrir el truco del mago. Respecto a la gente que tenía algo y se quedó

sin nada, fue porque no se leyeron las cláusulas de sus contratos, en las que se especificaba que el capital ingresado con los intereses que generaban, podrían recuperarse medio siglo más tarde. Se puede interpretar como un… ¿error de tipografía?, ¿mala praxis?, ¿o atraco a mano desarmada? Creo que algunas entidades, no todas, y en especial las de mi país, por el corralito financiero, deberían vestir a sus directores con una media en la cabeza o un antifaz. Así los usuarios sabrían que los ladrones siempre están dentro y por eso nunca los pillan, porque se esconden en las cámaras acorazadas con blindaje de alta seguridad y apertura retardada que solo se abre cuando los clientes se van. Sin saber que los ahorros que allí guardaron pronto volarán hacia paraísos de mejor clima, mientras los dueños de los mismos se verán obligados a dormir en la calle. Por eso, suelo trabajar con la banca ética, y en concreto con Triodos Bank.

El bróker se dio cuenta de que no tenía nada que hacer con aquellos ateos del mercado continuo. Era evidente que no querían aprovechar los grandes negocios que brindaban los países emergentes. Necesitaba clientes con mucha ambición, exagerada codicia y menos espiritualidad. Con la cara descompuesta, subió a su deportivo biplaza descapotable y de diseño aerodinámico, apretó los dientes, aceleró con rabia, como queriendo decir «¡ahí os quedáis!, ¡que os parta el rayo de la inflación galopante… o la bancarrota del sistema financiero!», y se largó a toda velocidad.

Max volvió a contemplar desde la distancia a Lucía, que se había recogido el pelo en una simpática coleta. Al sentirse observada, levantó la vista y lo saludó agitando la mano. Él se acercó con parsimonia, y al comprobar que nadie miraba, le dio un beso en el cuello y se tumbó a su lado. Apoyó la cabeza en su pantorrilla y le musitó:

—Te confieso que cuando veo a una mujer que lee una novela y está abstraída en otra dimensión, capturada en otro universo paralelo, me fascina. También cuando medita, porque está en un proceso de introspección. Es una escena en que ella mira hacia dentro y tú la contemplas desde fuera.

Lucía, ante sus dulces palabras, sostuvo:

—Ya veo que te gusta observarnos en un momento de quietud y serenidad.

—Sí... y no paro de repetirme fascinado ante tal insólita escena: ¡qué maravilla...!, ¡ohhh…!, ¡es imposible...!, ¡es un milagro...!, ¡una mujer callada!

—¡Tonto, más que tonto, lo acabas de estropear! —dijo ella sacándole la lengua.

—¡Gracias, cariño, yo también te quiero!

En ese momento pasó el monje por delante, se detuvo al verlos tomar el sol y les dio un consejo:

—Tengan mucho cuidado, no vayan a coger una insolación.

Lucía adujo en defensa propia que se había puesto crema protectora. Entonces, de forma inocente, le comentó:

—Maestro, me sabe mal el calor que pasa durante el curso. Se debe morir de sed, pues no para de beber al acabar cada párrafo.

—Se equivoca. Mi botella siempre está vacía. No bebo agua, sino solo silencio.

CAPÍTULO 62

Tumbados en la hierba, Max preguntó a Lucía que es lo le gustaba más de allí. Ella dijo que haberlo conocido a él.

—¿Y qué más?

Lucía confesó que le encantaba contemplar aquel valle con múltiples tonalidades verdes y marrones que se perdía en un sinfín de hondonadas y ver en el horizonte montañas lejanas que parecían tener una continuidad infinita. Otra característica que la subyugaba era observar el continuo fluir de la gente. Unos grupos llegaban para hacer un curso y se iban, y otros, ocupaban su lugar. Era un cruce de encuentros y destinos en que se compartían múltiples experiencias personales, donde se hablaba de temas que en la vida cotidiana nunca se querían abordar. Quizá por eso, en el fondo, en las conversaciones de la sobremesa cada uno sacaba lo mejor de sí mismo, porque se mostraba de manera auténtica, sin importar demasiado lo que pensaran los demás.

Max miró el reloj y le comentó que faltaba media hora para ir al templo y empezar la sesión de la tarde. El calor era asfixiante. Ella pronosticó:

—¡Mañana va a cambiar el tiempo! ¡Seguro que cae un chaparrón!

—¡Imposible...! —adujo él con incredulidad, y añadió—: Si hace un día de verano impresionante. Estamos en plena canícula. Hoy el sol casi nos achicharra.

—Pues ya verás mañana. ¿Te quieres apostar algo? —le provocó.

—Me juego este *mala* de muñeca que me regalaron en Lumbini, Nepal, el lugar donde nació Buda. Las cuentas están hechas de una rama rota del árbol sagrado Bodhi, bajo el cual vi a centenares de monjes, fieles, ascetas y peregrinos recitar viejos mantras en una noche de luna llena.

—¡Vale...! Ya te lo puedes ir quitando. ¡Vas a perderlo! —le previno convencida, con una extraña seguridad en sí misma. Y con curiosidad le preguntó:

—¿Cómo es Lumbini?

—Es una pequeña población a los pies de la cordillera del Himalaya, cerca de la frontera de la India, que se ha convertido en un lugar de peregrinación, ya que hacia el año 560 a. C., el rey la visitó acompañado de su comitiva imperial y su esposa, la reina Maya Devi, que dio a luz al heredero, al joven príncipe Siddharta Gautama, que más tarde se convertiría en Buda cuando abandonó su vida de lujos y riquezas al descubrir la pobreza, la enfermedad y el sufrimiento del mundo. Se dedicó a predicar y a estar al lado de los más necesitados. Recuerdo que fue el único viaje que hice con Ágata. No podía imaginar entonces que varios años más tarde, ella regresaría sola, a recluirse en un monasterio para ayudar a los niños de un orfanato. Me parece que ya te expliqué que fueron unas vacaciones imprevistas y tuvimos mucha suerte al llegar a Katmandú, pues nos esperaban unos amigos de ella, una encantadora pareja de profesores de yoga de Zaragoza: Shivani y Nicolás. En Lumbini fuimos a ver el estanque sagrado en el que la reina se bañó, según el ritual, antes del parto. Al lado estaba el Pilar de Ashoka donde nació Buda y fue allí donde sus amigos nos bautizaron según el ritual hindú. A ella le pusieron el nombre de Sarasuati, la bella diosa del saber, y a mí, el de Hánuman, el venerado dios mono, el protector de los enamorados y también, el de ella.

Con los celos a flor de piel por aquella aventura, Lucía quiso cambiar de tema, miró el reloj y le dijo que ya era la hora. Ambos se levantaron, cogieron las libretas y se encaminaron deprisa hacia el templo. Vieron que la mayoría les llevaba la delantera y mantuvieron el paso y el sosiego. Había poca gente y preguntaron la

razón. Les dijeron que aún faltaba tres cuartos de hora, pues según quedaron por la mañana, la clase no empezaba hasta las cuatro y media. Unos charlaban de manera distendida tumbados sobre los cojines, otros repasaban las notas de la sesión matinal o copiaban algunas reflexiones que se quedaron sin apuntar. En ese momento, Chelo hizo acto de presencia. Realizó las postraciones y al levantarse se encontró de cara con una mujer y un niño. Debían ser amigas, pues tras la sorpresa inicial se abrazaron con cariño y se pusieron a departir efusivamente. Al ver que la conversación se iba a alargar, decidieron salir fuera para no molestar a nadie. En la puerta, coincidieron con Max y Lucía, que estaban de pie a punto de ir a buscar algo para beber en la máquina. Chelo los presentó:

—Esta es Ana, de Bilbao, y su hijo Álvaro. Coincidimos este año, en el mes de marzo, en la celebración del Losar.

Max la saludó con dos afectuosos besos en la mejilla y le dio un cálido abrazo y manifestó que estaba encantado de conocerla. A continuación, Lucía hizo lo propio y enseguida mostró su curiosidad innata, al preguntar:

—¿Qué es el Losar?

Ana, con elocuentes ganas de explicarle el buen recuerdo que tenía de aquellos días, le comentó que era la celebración del año nuevo tibetano. Que el budismo se regía por el calendario lunar, lo que significaba que aquel 2011 ellos habían celebrado el 2138, bautizado con el nombre de la liebre de metal, y dejaba atrás el del tigre de hierro. Eran los días de la luna creciente hasta la luna nueva, semana en que se llevaban a cabo múltiples prácticas y actos, entre ellos el ritual de Milarepa. También la gran plegaria Shangpa Kagyü y la ofrenda del humo blanco para purificar los aspectos negativos del tiempo que finalizaba, dando la bienvenida al nuevo año con el deseo de que fuese auspicioso, lleno de salud, de amor y de enorme compasión y así conseguir la felicidad de todos.

Lucía, al ver su vehemencia, manifestó con sinceridad:

—Por la forma entusiasta como me lo has contado, disculpa si te tuteo, lo debiste de pasar muy bien.

—Sí, fueron unos días preciosos, quizá porque en esta ocasión vino el segundo Kyabje Kalu Rinpoché desde el monasterio de

Sonada en la India. Es un joven que con su presencia, enseñanzas y bendiciones iluminó el lugar y a todos los que estábamos aquí.

Max estaba pensativo, y al acabar su comentario, la abordó:

—Tengo una duda: vi unas fotos de su visita con el cielo muy encapotado. ¿Os nevó?

—¡Sí, y bastante! Encima hizo frío —afirmó Ana—. Al venerable Kalu le trajeron en un todoterreno por si acaso nos quedábamos incomunicados. Vino mucha gente y como ya lo habían previsto tenían montada una carpa blanca como prolongación del templo. Sobre Kalu te diré que es un muchacho sencillo, simpático y accesible. Podías dirigirte a él para consultarle cualquier cuestión y te atendía con mucha cercanía y amabilidad. Fíjate si fue sincero y humilde que reconoció en la sobremesa que no le gustaba nada sentarse en el trono y menos que fuera tan alto, pues no quería que le viesen distante, como alguien superior, ni consideraba que lo fuese. Y añadió que Buda predicaba sentado en el suelo.

—Es un joven con mucha responsabilidad al ser el heredero del antiguo linaje Shangpa —dijo Chelo—. A los quince años entró a realizar el retiro largo y recibió toda la trasmisión de las enseñanzas y ciclos de iniciaciones de la insigne tradición Shangpa Kagyü. Sinceramente, cuando estás ante su presencia tomas conciencia de que es una persona de buen corazón.

Ante tales elogios, Max concretó:

—Es cierto lo que dices. Es un muchacho luminoso y trasmite una gran bondad.

Ana, sorprendida por sus palabras, le inquirió:

—¿Lo conoces?

—Sí, por supuesto —afirmó Max —. En un viaje a la India asistí a un curso de su predecesor, Kyabje Bokar Rinpoché, reconocido como uno de los mejores maestros de meditación del mundo, meses antes de que abandonara su envoltura física. ¡Cómo pasa el tiempo...! Hace cinco años de eso. Entonces, conocí al adolescente Yangsi, que ya desde niño había sido reconocido como heredero de dicho linaje por ser la reencarnación del primer Kalu, y me pareció un joven simpático, con gran sentido del humor, vital, ilusionado y alegre. Mientras estuve allí empezó su retiro de tres años.

A partir de ahora, tiene el difícil reto de encarnar la sabiduría, el amor y la compasión de Buda.

La gente empezó a entrar. Ellos, presurosos, los siguieron. Un murmullo sirvió de aviso para que todos se pusieran de pie, orientándose hacia la puerta ante la inminente aparición del maestro. Hizo acto de presencia y avanzó por el pasillo central ante las reverencias de los presentes. Tomó asiento con parsimonia. El monje, concentrado en el silencio como soporte, inició la segunda sesión y dijo:

—Deberíamos reflexionar sobre las consecuencias de nuestros actos: lo que decimos, hacemos y pensamos, ya que encadenan claridad y confusión. Suelen manifestarse en la incomodidad mental. Comportan beneficios y perjuicios, felicidad y sufrimiento a nosotros mismos y a los demás. Debemos observar los actos virtuosos de los que no lo son, para abandonarlos e incentivar aquellos que provoquen la claridad de la mente, pues esos son los que alimentan nuestro comportamiento ético.

Las dos últimas palabras inspiraron a Lucía, que se acercó al oído de Max para susurrarle que la sociedad necesitaba pasar de la ética de las palabras a la de los hechos. Y que recordaba las denuncias de Joaquín Costa contra la corrupción caciquil y política de aquella época, tan semejante a la actual situación del país, que se parecía cada vez más a la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones. Y adujo que sería bueno que los gobernantes empezaran a practicar un poco de meditación budista, y así podrían verse desde fuera para iniciarse en el camino del desapego a los bienes materiales, de tal manera que valorasen lo que realmente tiene importancia.

El maestro invitó a los presentes a que lo acompañaran a una sala sobre el templo, donde unos novicios recién llegados del monasterio de Sonada en la India estaban haciendo un mandala. En procesión lo siguieron hasta la planta superior. Arriba, él indicó que hicieran el favor de rodear el mural del suelo, mientras les daba las explicaciones oportunas:

—¡Fijaos…! ¡Les falta poco para acabarlo...! ¡En un par de días quizá lo tengan terminado...! El mandala representa la rueda de la vida, y la dibujan, la pintan y la componen con diferentes colores

de tierra, como un cuadro, casi grano a grano, por eso utilizan esas cucharillas, para dejar caer la cantidad justa de arena. Simboliza la pureza de la flor sagrada del loto de ocho pétalos, rodeada de los cuatro puntos cardinales, que representan el equilibrio y la armonía del universo de fuera y de dentro. En su elaboración, ellos se concentran tanto que son capaces de detener el tiempo del mundo en un suspiro de la nada.

CAPÍTULO 63

Bajaron al templo y les propuso que se pusieran a meditar. Trascurridos veinte minutos, el maestro recordó a los presentes que aprovechasen la estancia en el centro budista para impregnarse de la energía benefactora del lugar. Y afirmó con la certidumbre de quien sabe mucho y ha experimentado más:

—Este sitio es muy especial y será sagrado si lo miráis con los ojos de lo sagrado. Será vulgar si lo observáis con la mirada de la vulgaridad. Aquí, haced algo diferente a lo que acostumbráis a hacer siempre. Habéis dedicado mucho esfuerzo para venir aquí, algunos desde lugares muy lejanos. Intentad reencontraros con vuestro auténtico ser y, al mismo tiempo, descansad de vosotros mismos.

El monje cogió un cuenco tibetano y lo golpeó, ¡tiiinnnccc...!, y la vibración propagó las ondas invisibles por el aire poniendo punto final a la clase. Hubo gente que se fue a dar una vuelta. Otros se metieron en la tienda en busca del último ejemplar citado en el curso. Muchos decidieron dar un paseo por la carretera hasta Panillo. Y una pandilla, con Max y Lucía, esperó fuera a que empezara la *puja* vespertina, pero como él la vio muy cansada, ya que el inicio del curso había sido muy intenso, le propuso regresar tranquilamente al albergue. Ella aceptó sin pensarlo, agradecida de que Buda hubiese oído su callada súplica.

Durante la cena, Blas comentó la delicadeza y la suma compasión que tuvo Karma Tenpa cuando recomendó la lectura de algunos libros de varios autores acabados en rinpoché, y un novato preguntó si estaban escritos por la misma persona. El monje tuvo que aclararle, sin dejarlo en evidencia, que dicha denominación era un trato honorífico que se otorgaba a los maestros espirituales más evolucionados.

Natalia preguntó si alguien había anotado las dos primeras obras que el maestro dio como referencia al principio. Jesús levantó la mano y le dictó de memoria la reseña. El primero era *La alegría de la vida*, y el segundo, *La dicha de la sabiduría*, ambos de Yongey Mingyur Rinpoché. Juan Carlos, con gran sensibilidad social, aprovechó la circunstancia para elogiar a Mingyur, que era un lama millonario que lo abandonó todo para seguir el camino del príncipe Siddhartha, que se convirtió en Buda. A lo que Begoña añadió:

—Sí, sí, eso es cierto, y le admiro. Me enteré de que Yongey Mingyur era hijo de un venerado tulku, un lama reencarnado, lo que le confería haber nacido en un ambiente propicio para la espiritualidad. Circunstancia que podía explicar que hubiera renunciado a tener una vida de lujo por una existencia de desapego a lo material. También se entendía que hubiese rechazado los elogios por ser un admirado maestro de meditación para convertirse en un monje mendicante que vaga por los senderos del Himalaya, y se retira en cuevas y ermitas, para emular al santo Milarepa en busca de la iluminación.

—Estoy de acuerdo con lo que habéis manifestado —aseguró Max—. Sin embargo, quiero reivindicar las cualidades de Matthieu Ricard, un prometedor doctor en biología molecular del Instituto Pasteur, donde investigaba en varios proyectos dirigidos por François Jacob, premio nobel de medicina, y lo abandonó todo para convertirse en monje budista tibetano, y de esto hace más de treinta años. En la actualidad, reside en el monasterio de Shechen en Nepal, dedicado a proyectos humanitarios. Dio la casualidad de que un profesor amigo mío, que colaboraba en el Laboratorio de Neurociencia Afectiva de la Universidad de Wisconsin, en el proyecto del doctor Davidson, me invitó a asistir a uno de los

muchos experimentos al que sometieron a Ricard. Estuve cuando le pusieron en la cabeza casi trescientos sensores, y con resonancias magnéticas nucleares observaron cómo en su atlas cerebral se encendían millones de sinapsis que conectaban microcosmos de neuronas en las áreas de Brodmann. Estuve pendiente de la zona diecisiete, que reflejaba la topografía de la retina y del resto del campo visual. A medida que le provocaban estímulos sensoriales, algunos relacionados con el instinto y la emoción, a los que tenía que reaccionar igual que todo el mundo, con angustia, repugnancia, asco, sorpresa, miedo, estrés, tristeza, dolor, irritabilidad, odio, ira, orgullo, envidia, gula, avaricia, lujuria, alegría, afecto o placer, entre muchos otros, él respondía diferente. Fue increíble ver cómo los lóbulos de cada hemisferio cerebral se iluminaban en la noche de su universo mental en cada reacción. Así le tuvieron durante horas. Al final, llegaron a la conclusión de que los resultados obtenidos como respuestas, mantenían un equilibrio muy por encima de los patrones de referencia generados por los miles de personas normales que le precedieron antes. Por eso, se le podía considerar, sin ninguna duda, como la persona más feliz de la Tierra. Así ha pasado con la mayoría de monjes que han investigado. Y si hasta ese momento yo tenía alguna duda sobre la meditación, se me desvanecieron por completo y empecé a creer en los maravillosos efectos beneficiosos que podían tener para el ser humano.

Mario intervino y recordó que era profesor de gimnasia en un colegio de Madrid, y que hacía años que defendía la implantación en el sistema educativo del yoga desde pequeños. También el taichi y el *chi kung* con vistas a incorporar la meditación como forma de ayudar a los estudiantes a controlar las emociones y ganar capacidad de concentración en los estudios. Y afirmó:

—Estoy seguro de que el rendimiento académico sería superior e incluso las actitudes violentas de los jóvenes cambiarían a comportamientos más pacíficos.

—¡Por supuesto! —exclamó Eric, que dijo ser también profesor de educación física, al sentirse de lleno identificado con su propuesta, la cual hacía años que le rondaba por la cabeza, y adujo—: Creo que no es necesario, sino imprescindible. Pensad que a los

niños el yoga les beneficiaría mucho: mejorarían la respiración, la flexibilidad muscular y la coordinación de los movimientos. En la etapa infantil les ayudaría a desarrollar mentalmente la atención y el aprendizaje, y mejorarían la memoria al tener más capacidad de concentración, incluso potenciarían la imaginación y la creatividad. Más tarde, al aprender a meditar, les facilitaría la posibilidad de gestionar bien las emociones y conseguirían la serenidad necesaria para ser unos adolescentes más alegres y felices.

Animado por las intervenciones que se retroalimentaban unas a otras, Max tomó con decisión la palabra y explicó:

—Las investigaciones norteamericanas en las que estuve presente dejaron probado que la meditación diaria era una forma de entrenamiento que ayudaba a moldear la plasticidad del cerebro. Y también servía para relegar las emociones negativas como el miedo, la ansiedad y la depresión alojadas en el hemisferio derecho y activar las del izquierdo, donde se refugiaban las placenteras, como la benevolencia, la calidez, el amor y la compasión.

La sonriente Begoña, que escuchaba absorta en el encadenamiento de los argumentos de unos y otros, intervino:

—Buda ya predicó que si se conseguían controlar los deseos, se eliminaría el sufrimiento que ellos causaban. En una ocasión oí al monje Ricard decir en una entrevista que podíamos abordar cualquier experiencia de nuestra vida desde el sufrimiento o desde la dicha. Dependía mucho de la perspectiva con la que se observara para asimilar la parte de emoción positiva que había en lo negativo y viceversa. Ahora entiendo por qué su santidad el Dalái Lama, título que le distingue como lider espiritual del budismo tibetano y que significa "océano de sabiduría", lo nombró su asesor personal.

Lucía preguntó si ese Ricard era el autor de la obra que Karma Tenpa había recomendado por la mañana en el curso, *El monje y el filósofo*. Chelo le dijo que sí, que la había leído varias veces porque era muy clarificadora al mantener una apasionante conversación el hijo con su padre, Jean-François Revel, un reconocido intelectual francés, escritor, filósofo, escéptico de la metafísica y fiel agnóstico. También era interesante al mostrar los efectos que tenía meditar en la compasión y en la ecuanimidad. En el fondo,

recogía *grosso modo* la tertulia que mantenían ellos en aquella sobremesa. De paso, le recomendó otra publicación que también le gustó bastante, con una estructura similar a la anterior, *El infinito en la palma de la mano*, en la que Ricard establecía un diálogo con el astrofísico vietnamita Trinh Xuan Thuan sobre los puntos de encuentro entre la espiritualidad y la ciencia, cada vez más evidentes a medida que se hacían nuevos descubrimientos sobre la composición de la materia del universo.

Acariciándose su canoso bigote, Konchelo, con marcado acento burgalés le recomendó: *En defensa de la felicidad*, obra del mismo autor, del que dijo que le había encantado, porque enseñaba a ver que detrás de la tormenta del sufrimiento siempre aparecía el esplendoroso arcoíris: la esperanza. Y de forma constructiva aconsejaba la manera de afrontar la vida y la adversidad sin tanto dramatismo, asumiendo que el dolor era inevitable, pero el sufrimiento, opcional, pues a veces en él convergían sentimientos negativos retroalimentados con propias frustraciones. Por lo que era necesario pasar el duelo y no aferrarse al padecimiento de la pérdida. Al final, la obra mostraba el camino interior que se tenía que recorrer con decisión y esfuerzo para encontrarse a uno mismo.

Con tono reivindicativo, Lyli saltó:

—Si hay un monje millonario que ha renunciado a las riquezas terrenales para sentirse libre y feliz. Y otro ha dejado su prometedora carrera de investigador molecular para seguir un camino espiritual que le llenaba de paz. Esos ejemplos nos deberían llevar a plantearnos que la posesión de los bienes materiales, a los que estamos tan aferrados, no provocan el gozo, ni el placer ni la dicha absoluta que tanto el mercado, a través de la publicidad, nos quiere vender.

—¡Por supuesto! ¡El dinero no da la felicidad! —afirmó Juan Carlos mientras movía la cabeza y agitaba sus rastas, y sostuvo—: Ese es el puto engaño del sistema económico imperante. En muchos países de Asia como por ejemplo: Bután, se han realizado encuestas en las que la población se mostraba más dichosa que en Japón o Corea del Sur. Lo que nos obliga a replantearnos lo que realmente tiene valor en la vida y lo que nos hacen creer.

Blas comentó al hilo de las aportaciones de los demás:

—Una cosa que me sorprende cuando vuelvo de la India o de un país pobre es que los niños y la gente siempre sonríen, son felices en su miseria, en no tener nada. En cambio, en Occidente, nadamos en la abundancia y vamos por la calle: serios, tristes, circunspectos y deprimidos.

Mariví asintió con la cabeza y sostuvo que era cierto. Dijo que se cumplía aquella frase de san Agustín que aseguraba que «no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita». Y que Ricard era un buen ejemplo, igual que la mayoría de monjes y lamas que había conocido.

La elegante y sofisticada Rita intervino:

—¡Jo...! El dinero no da la felicidad, pero ayuda un montón. ¡Me lo dirán a mí! Y el que diga lo contrario miente como un bellaco.

Max, al escucharla, evocó un triste recuerdo.

—Un amigo mío tuvo tan mala suerte que le toco la loteria, se hizo rico y dejó de ser feliz. Perdió a su familia y a toda la gente que quería. Pasados los años, acabó tan solo y olvidado en la última planta de un lujoso rascacielos, que se tiró por la ventana. Por eso, hay que tener cuidado con la posesión de los bienes materiales, pueden acabar poseyéndote.

—No me extraña —aseguró Begoña—, debemos intentar ser felices sin necesitar nada ni a nadie. Al buscar el bien de los demás y no sólo el propio, uno se siente dichoso.

—¡Tonterías...! ¡Pamplinas...! —prorrumpió Rita, y sostuvo con rabia—: ¡Ande yo caliente... y a los demás que los zurzan! ¡Que se espabilen...! Hay demasiado vago suelto, que dice que el dinero no es importante para convencer a quien lo tiene de que se lo dé. No nos engañemos, el dinero no da la felicidad, pero ayuda un montón. Y en el fondo, yo, como todos, quiero ser feliz.

Se hizo un silencio casi tangible que aprovechó Chelo para recordar una cita:

—Un hombre dijo a Buda: «Yo quiero la felicidad». Buda le contestó: «Antes elimina el "yo", que es el ego. Luego, elimina "quiero", que es el deseo y el apego. Y entonces te quedará "la felicidad".»

CAPÍTULO 64

A la mañana siguiente, se despertaron sobresaltados por los rayos y truenos de la tormenta que tenían encima y que empezaba a descargar con furia. Ambos se acurrucaron el uno en el otro, mientras ella le recordaba que había perdido la apuesta. Él se quitó el *mala* y se lo dio resignado. Y con interés le preguntó cómo sabía un día antes que iba a caer aquel aguacero.

—¡Ahhh...! ¡Secreto...! ¡Yo también tengo poderes, como tú…! —aseguró enigmática, mientras levantaba su brazo y le mostraba un montón de pulseras inscritas con mantras budistas que él le había regalado, y le reveló—: Cuando me duelen las muñecas, suelen venir fuertes lluvias.

—¡Ahora caigo! ¡Vale, ya sé lo que es! —dijo él, al hacer memoria, y concretó—: Me he acordado que leí una tesis doctoral de un neurólogo de Zaragoza, un tal Javier López del Val, que denominaba a esa peculiaridad fisiológica «barrunto», y se trataba de la capacidad que tenían algunas personas de presentir los cambios climáticos. En su investigación descubrió que había gente muy sensible, como tú, cuyos cuerpos captaban los iones positivos y negativos, la electricidad del aire que antecede a la tormenta o a la caída brusca de las temperaturas u otros cambios atmosféricos.

¡Riiinnnggg! ¡Riiinnnggg!, sonó el teléfono móvil con un tono de antaño.

—¡Diga…! ¡Hola…! ¡De acuerdo…! ¡Muchas gracias por avisar! —dijo Max, y colgó, para dirigirse de nuevo a Lucía—. Era Jesús, que me llamaba para informarme de que esta mañana no habrá curso, pues Karma Tenpa bajó temprano a Graus para enviar un paquete urgente y certificado en la oficina de Correos y ahora no puede subir, porque la carretera ha quedado cortada por un desprendimiento de tierra y rocas. Se ve que tardarán horas en despejarla. Como no para de diluviar, te propongo desayunar y pasar la mañana aquí. ¿Qué te parece?

—¡Estupendo...! Creo que con la que está cayendo, no hay ninguna alternativa posible —adujo ella, mientras cubría su piel desnuda con una camisola celeste y se ponía por encima de los hombros una ligera manta granate. Se asomó a la puerta y al entornarla un poco, se coló un intenso olor a tierra mojada y a pinos, sauces, enebros y abedules, que la embargó de sensaciones. Él se acercó por la espalda y la abrazó. Ambos respiraron profundamente aquel aire húmedo y se sintieron parte de la naturaleza.

Max le preparó un chocolate caliente. Cogió una caja llena de galletas y le ofreció una, asegurándole que eran buenísimas, porque estaban hechas por Nunho Lama con todo el cariño del mundo. Lucía cogió una hojaldrada, la mojó en la taza, alargó el brazo y le invitó a probarla. Él abrió la boca y ella empezó a jugar a metérsela y a quitársela cuando intentaba morderla, le hacía amagos para embadurnarle la cara con aquel chocolate con sabor a canela. Max tuvo que contrarrestar su broma y le empezó a pellizcar como reprimenda y hacerle cosquillas. Al final, hicieron el amor entre sonrisas y complicidades.

Tumbados en el futón, ella le confesó que se sentía muy a gusto en su compañía, y que en el refugio reinaba una gran armonía entre los elementos. Max le confesó que había utilizado los conocimientos del *feng shui* para orientar la casa, las ventanas, el mobiliario y la posición de cada objeto, de manera que creasen un equilibrio interior que le ayudara a él a conseguir el suyo.

—Tengo una curiosidad —adujo Lucía—, y creo que va en contra de lo que marca el *feng shui*. No entiendo que tengas tantos relojes y que ninguno funcione. En todos se han parado las agujas,

y parecen que están sonriendo al marcar las diez de la mañana y diez minutos. ¿Por qué?

—Porque es la hora exacta en que el tiempo se detuvo cuando te conocí.

(...)

Un pálpito de emoción embargó el rostro de Lucía ante tan inesperada respuesta, y con la mirada acuosa llena de ternura, enseguida lo abrazó para llenarle la cara de besos. Aquel hombre tan sensible, que apreciaba los detalles, era capaz de convertir cualquier objeto inmaterial en un elemento mágico, con alma.

Lucía recordó una frase anónima que había leído escrita con carmín en un espejo de un lavabo de mujeres, que decía: «No busques al hombre más bello del mundo, sino a ese que es capaz de hacer bello tu mundo».

Sin duda ella lo había encontrado. Durante un buen rato gozó de la apacible contemplación de ver resbalar las gotas de lluvia sobre los lucernarios. Ella, inspirada por la melancolía del ambiente al sentirse abrigada por su cuerpo, dejó caer un inocente comentario:

—Supongo que después de lo que pasó en Dubái, formalizaste el divorcio con Amanda.

—Mi abogado empezó los trámites, pero falleció el padre de ella. Eso la llevó a volver a Barcelona y tuve que consolarla en el duelo. Pasó medio año en casa, desde donde supervisaba los proyectos que sus socias realizaban en los diferentes estudios de diseño que tenía abiertos en el extranjero. Contactó con nuevos cazadores de tendencias alemanes, *coolhunters*, y decidió abrir oficina de diseño en Berlín. Durante varios meses, se trasladó allí, en los que volvimos a distanciarnos. Entonces, me enteré de que había abierto al unísono un despacho de arquitectura en Rusia. Dispuesto a recuperarla, tomé la iniciativa de presentarme sin avisar en las instalaciones de San Petersburgo. Llegué cargado con un enorme ramo de rosas rojas, acompañado por un séquito de seis jóvenes de la floristería que llevaban en su regazo uno igual al mío. Quería celebrar nuestro séptimo aniversario de boda por todo lo grande. Ella se quedó patidifusa, desconcertada, mientras el resto

de sus compañeras arquitectas y delineantes aplaudían sin parar al convertir su despacho en un inmenso jardín. Nos besamos con pasión, porque en el fondo nos queríamos mucho, aunque fuese de forma intermitente y esporádica. Durante la tarde, estuvimos en su apartamento haciendo el amor. Luego, me dijo que tenía una barbaridad de trabajo aquel fin de semana. Me propuso que visitase a fondo el Museo del Hermitage, pero yo no era estúpido y sabía que tenía más de mil salas llenas con tres millones de obras de arte, y que para verlas todas se necesitaba medio año o quizá media vida. Tajante le dije qué ni hablar. Sospeché que quería darme esquinazo y quitárseme de encima. Le dije que padecía el síndrome de Stendhal al contemplar demasiada belleza, y que los síntomas me surgieron desde que la había conocido a ella. Se sintió halagada, pero no lo suficiente. Reconoció que por la noche tenía una cena de negocios, y supuse que no sabía qué hacer conmigo: si meterme en un cine de sesión continua, en una ópera de Wagner o en un congelador. Al final, optó por la decisión más temeraria: llevarme con ella.

»Cerca del restaurante me explicó que había quedado con un inversor moscovita, que acababa de entrar en el sector inmobiliario, y que se había especializado en la reconstrucción de edificios antiguos para convertirlos en restaurantes y hoteles. Tenía más de una docena a lo largo de la bahía del río Nevá, y ahora pensaba recuperar el esplendor de un viejo palacio al lado de la catedral de Kazán para construir un lujoso centro comercial que daría a varias calles, con el deseo de mantener su entrada principal en la avenida más famosa y transitada de la ciudad, la Névskij Prospekt.

»Llegamos al Grand Hotel Europe y dejó el coche en la puerta. Salimos y con soltura le lanzó por el aire las llaves al joven portero, vestido con uniforme, que las pilló al vuelo. El muchacho subió al auto con maestría y se lo llevó al aparcamiento subterráneo. Antes de entrar, me puso en antecedentes y me confesó que el tipo que íbamos a ver se había encaprichado un poquito de ella, y que si oía en su ortopédico inglés que era su novia o su esposa, no le hiciera caso, había que seguirle la corriente. Entramos en el elegante vestíbulo del hotel de cinco estrellas y el director

nos acompañó hasta el comedor donde tenía una mesa reservada, mientras nos recordaba que allí habían tenido como clientes a los Strauss y al novelista Dostoievski. Nos recibió un tipo escuálido. Me dio la mano. Amanda me lo presentó diciendo que se llamaba Iván. Al instante, ella, que era muy astuta, jugó con una ambigüedad calculada al decir "*this is my husband*", este es mi marido, sin concretar quién de los dos lo era. Entonces él la besó en la boca y mis ojos se inyectaron de glóbulos rojos hasta formar coágulos de ira. A punto estuve de partirle la cara. Amanda me dio un codazo y me aseguró que era una costumbre eslava, en la que los hombres también mostraban su afecto al besarse entre ellos. Y me propuso: "Si estás celoso, también puede pegarte un morreo aquí mismo". "¡No, gracias! ¡Qué asco...! ¡Que se lo dé a su bisabuelo muerto…!", respondí.

»La noche empezó mal, pues no me hizo ni pizca de gracia que tuviese tantas confianzas con ella. Tras degustar el delicioso caviar y pescado, llegamos a los postres. El tipo, que era goloso, puso su manaza en la pierna de mi mujer y empezó a acariciársela mientras sus dedos intentaban colarse por debajo de su minifalda, momento que consideré oportuno para descorchar la botella de champán, tras haberla agitado lo suficiente, con tan mala pata que sin querer salió el tapón disparado dándole en el ojo. ¡Lástima que no le hubiese dejado tuerto! ¡Es broma! Las refrescantes burbujas le bañaron la cara y le enfriaron el ardor pasional. El tipejo, que era alto, delgado y rubio con coleta, se levantó con malas pulgas, pero como llevaba media docena de vodkas en el cuerpo, se tambaleó y no supo qué sumiller había sido el culpable, mientras algunos se escondían debajo de las mesas y el maestresala lo acompañó a la habitación para que se cambiase de traje. Amanda, enfadadísima, me pegó un tremendo pisotón. Estaba indignada por mi comportamiento infantil y por mi mala acción, según ella, fruto de unos celos enfermizos y patéticos.

»Al día siguiente teníamos que almorzar con él, ya que mi esposa deseaba que aquel zar firmase los documentos cuanto antes, y así solicitar los permisos para que la constructora pudiese empezar lo antes posible. La idea era pillar el contrato, pues una vez

comenzadas las obras, era difícil pararlas, ya que se tendrían que pagar cuantiosas indemnizaciones por los perjuicios ocasionados. Encima, el plazo para solicitar las ayudas a la Unesco se acababa a principios de la semana siguiente, por lo que debían apresurarse a solicitarlas. Era una gran oportunidad de financiar una buena parte del proyecto, pues el centro de la ciudad estaba considerado patrimonio de la humanidad. Me dijo que era una perita en dulce reconstruir un antiguo palacio al utilizar las maderas de la región de Nóvgorod y de Ladoga, las mismas que se hicieron servir en su época. De paso, se restaurarían las pinturas de las paredes y los frescos del techo con el objetivo de recuperar el esplendor que tuvo antaño, por lo que la propuesta se convertiría en una buena candidata para obtener la subvención a fondo perdido.

»Al día siguiente, al llegar al comedor, el director nos condujo a un reservado donde el tipo, que no estaba, había desplegado sobre una mesa una enorme maqueta de San Petersburgo en la que sobresalía el Palacio de Invierno, la catedral de Pedro y Pablo con la torre coronada por su aguja dorada, y a orillas del río Nevá sobre bastantes edificios había colocado las banderitas con la insignia de su empresa, en un alarde de vanidad. Si llego a saber que era una lucha de egos, hubiese metido en el equipaje centenares de tomografías de los ojos con cataratas que había operado. Según me explicó mi mujer, el tipo se había hecho millonario con el comercio de renos desde que se descubrió que su carne era un buen remedio contra la impotencia masculina. A partir de entonces, había montado centenares de granjas por toda Siberia, luego mataderos, carnicerías, restaurantes y hoteles. Entró el nuevo rico y besó a mi mujer en la mejilla, yo la besé en la otra. El cosaco le pegó una cariñosa palmada en una nalga mientras se sentaba, y yo le imité dándole en la contraria. Dispuestos a tocarle el trasero, no iba a ser el último. Al tomar asiento le mordisqueó el lóbulo de la oreja derecha, hice lo propio con el de la izquierda. Puso su zarpa en su rodilla y en la otra, puse la mía. Era evidente que a ese paso o nos íbamos a partir la boca o a realizar un *ménage a trois*. Harta de aquella disputa, Amanda se levantó con coraje y se fue al lavabo. Nos dejó plantados. Salimos tras

ella como huérfanos desamparados. El ruso la cogió de un brazo y, por supuesto, yo del otro. Solo faltaba el rey Salomón dispuesto a impartir justicia y a proponernos partir a aquella mujer, a la que amábamos con locura, por la mitad. Como yo la quería de verdad, hubiese renunciado. Prefería que fuese feliz con aquel moscovita que con nadie.

»Por la noche, cené con ella a solas en su apartamento y debió echarme algún somnífero en la bebida, porque me dejó fulminado. Recuerdo que en la duermevela sentí el ruido de las llaves y cómo salía por la puerta con sigilo. A la mañana siguiente, al despertarme, estaba desnuda a mi lado. Su salvaje cabellera de alquitranado azul le cubría la espalda, y al besarla, me di cuenta de que su pelo olía a vodka y a ruso. Un sentimiento de derrota me embargó el ánimo, y me sentí como un pequeño Napoleón en retirada ante el avance del general invierno, y aunque tenía en mente el recuerdo de la victoria de Borodino, empezaba a fraguarse en mi sombra mi propio Waterloo.

»Era sábado y al día siguiente el tipo se tenía que marchar a Vladivostok, donde tenía concentrados sus negocios cárnicos. Por deferencia, se debía ir de copas con él como despedida. En un principio, mi mujer me sugirió que me fuese al apartamento, que ella se ofrecía para acompañarlo a un par de antros hasta que empinase el codo y se pusiera como una cuba, pero le dije que ni hablar, que iba con ellos dispuesto a liquidar la noche y de paso al fulano. Y así saltamos de barra en barra hasta que cerramos la mayoría de los bares de la ciudad. Lo tuvimos que llevar a su habitación con la ayuda del portero y un barman. Allí empezó a vomitar y Amanda me sugirió que esperase abajo en el vestíbulo. En un principio le hice caso, pero como se demoraba mucho y no me fiaba ni un pelo, subí con la mosca detrás de la oreja. Ella abrió y estaba completamente desnuda, igual que él. Me dijo que no pensara mal, porque aquel individuo le había devuelto encima y se acababa de duchar. De golpe, el tiparraco, con los ojos cerrados, la tumbó en la cama y se puso encima. Alucinado, exclamé:

»"¡Cariño... cari… que se te ha metido entre las piernas…! ¡Qué se te está tirando…!".

»Amanda, con pasmosa serenidad, contestó mientras se mordía con lujuria los labios: "¡Tranquilo…! ¡Calma, no es lo que parece...! ¡Ay… tus malditos celos! ¡Está sonámbulo y no se entera de nada…! ¡Respira a fondo… y serénate…! ¡No te preocupes de esto, ya me ha pasado más de una vez!".

»"¡Eso me tranquiliza! ¡Pues enseguida de un sopapo lo despierto o le arranco la cabeza! ¡Faltaría más… fornicar con mi mujer en sueños!", grité atormentado.

»Ella, sosegada, exclamó: "Ni se te ocurra, no se le puede despertar en medio del coito, porque le vendría un ictus o un aneurisma cerebral. Y no querrías tener remordimientos de conciencia de que te has cargado a un pobre siberiano".

»Mirado así quizá tenía razón, pero no lo acababa de ver muy claro, y le dije: "Al que le va a dar un infarto va a ser a mí. ¡Me lo cargo…! En este punto, me da igual. Hay muchos rusos en Rusia, y no notarán a faltar uno más ni uno menos".

»Ella me dijo: "Cariño, tú tienes un problema psicológico grave: tu encelamiento patológico lleva a imaginarte cosas que no son. ¡Esto… no es lo que parece!", insistió con tanta naturalidad que casi me convence. Había que reconocer su capacidad prestidigitadora haciéndome ver lo que no era y al revés. Tenía el don de persuadir, de camelar a cualquiera. Hubiese sido la mejor vendedora de sonrisas del mundo, pues te decía las cosas con tanta fascinante convicción que hubiese sido capaz de vender una nevera a un esquimal para hacer cubitos de hielo en el polo Norte y venderlos en el polo Sur.

»Colérico, clamé al cielo: "¡Amor…! No sé... tienes a un tipo desnudo encima y no para de moverse, mientras jadea él y suspiras tú. ¿Eso que es…?".

»Ella, en un acto de fingimiento sublime, afirmó con aire de víctima: "Encima que me sacrifico por los dos, vienes y me lo recriminas. Pues te cambio el sitio y que se lo haga contigo".

»"¡No, no…! ¡Siento que pases tan mal rato!", exclamé desconcertado, pero no pude más, la cogí del brazo y con las venas hinchadas de rabia, le grité: "¡Levántate... y nos vamos! ¡Que se lo haga con el colchón, pero esto es una situación kafkiana, de surrealismo daliniano y de filosofía del absurdo!".

»Dispuesta a calmarme, afirmó: "¡No seas tonto… siéntate, que ya acaba... mañana firma... me entrega la pasta... y nos olvidamos del tema!".

»No daba crédito a mis ojos y me quedé observando las últimas embestidas de aquel libertino enclenque, borracho y con parasomnia, que dormido hacía mejor el amor a mi mujer que yo completamente despierto. Seguro que debía ser descendiente de Iván el Terrible, de Casanova o del Tenorio. Sentado en el sillón me llené una copa de champán, aunque hubiese preferido un doble *whisky* de cianuro, mientras intentaba convencerme de que debía estar contento de que ella se mortificase por mí, pues peor sería estar en su lugar. Y en ese revelador instante me di cuenta de que ella ya no me importaba. Reconocí su capacidad asombrosa para engatusar, manipular la realidad y hacer creer a cualquiera que era de noche en pleno día. Rogué a todos los santos, que no tuviese muchos amigos, compañeros, conocidos y clientes que padeciesen noctambulismo, pues con tal de complacerlos, subirles el ánimo y darles una alegría al cuerpo, era capaz de montar una especie de oenegé como Sonámbulos sin fronteras. Resignado, supe que a partir de entonces debía bajar la cabeza cada vez que saliese por una puerta, porque debía llevar una buena cornamenta, no de toro, sino de reno.

»Cuando llegué a Barcelona hablé con mi abogado para iniciar los trámites del divorcio. Se lo comuniqué a ella y me recriminó en tono embaucador que no había entendido nada. Que mientras lo hacía, pensaba en mí. ¡Lógico...! Estaba delante y lo veía todo. Intentó volverme a subyugar con sus dulces palabras, pero ahora sonaban a huecas. Había llegado el momento de no retorno, en que ya estaba cansado de sus excusas, de sus mentiras, de sus farsas. Rompió a llorar en su último ardid por conmoverme. Incluso llegó a tragarse el orgullo y me pidió perdón. Pero ya era demasiado tarde, a esas alturas ya sabía que hacía un año que se había casado en secreto con el ruso en una ceremonia ortodoxa. Él intentaba curarse de su sonambulismo, cabalgando sobre sus sueños y ahora sobre mis pesadillas.

»Antes de firmar los papeles, vino acompañada de una abogada que también era psicóloga para tener una conversación. Ella

se mantuvo impertérrita, con la cabeza gacha, como una adúltera arrepentida. La guapa psicoterapeuta, con voz melosa, aseguró: "A tu esposa le domina la solidaridad e intenta repartir cariño a los más necesitados. Eso para ella no significa nada, es como estornudar, una reacción fisiológica del cuerpo. Te ama mucho y te quiere más. Por eso, al ser consciente de su altruismo libidinoso, decidió vivir lejos de ti para que al no verlo, no sufrieses. Piensa que en el fondo de su alma, solo estás tú".

»"Sí, pero entre sus piernas están todos los demás", respondí con pena. Acababa de enterarme por el ayudante de mi abogado, que ella antes tuvo varios amantes argentinos muy ardientes, todos de la Tierra del Fuego.

»La letrada no dijo ni mu y mi exmujer calló como una muerta al reconocer que tenía razón. Con tristeza y decaimiento apuntalé con una congoja en la garganta una frase que le dediqué: "Amor loco es el que tuve yo por vos y vos por otro".

CAPÍTULO 65

Lucía, abstraída por la historia, le preguntó al verlo todavía algo apesadumbrado:

—¿Te arrepentiste?

—No. Estaba cansado de sus engaños. Mi mente necesitaba un periodo de profunda calma psicológica y emocional. Y así lo hice. Al día siguiente firmé los documentos y, sin que me oyera, me despedí al dedicarle un epitafio por lo bajini: «¡Hasta nunca, mi querida, y siempre amante solidaria del mundo!».

—Denoto que todavía la querías. ¿Quizá si hubiese cambiado...?

—¡No...! Ya era demasiado tarde. Continuar, hubiese sido un suicidio sentimental. Era necesario poner el punto final a una historia interminable. Te confesaré que quizás el detalle que precipitó todo fue cuando tomé consciencia de que se había enamorado de aquel ruso. La oí llamarlo para preguntarle si había tomado las pastillas para el vértigo, como era tan alto, cuando miraba para abajo se mareaba a la mínima. Solía enviarle mensajitos al levantarse por la mañana, para desearle buenos días y saber en su respuesta si había pasado buena noche. Se preocupaba por aquel moscovita con la misma ternura que una madre por su hijo. Quizá me había acostumbrado a que tuviese amantes y no quería darle importancia porque eran relaciones pasajeras, todas se quedaban en la piel. Pero aquel tipo delgaducho y rubio con coleta era diferente a los

otros. Por primera vez, fui consciente de que aquel hombre le había tocado el corazón.

Al mediodía la lluvia remitió y la campana del albergue no tardó mucho en sonar. El almuerzo estaba preparado. Salieron de su casita forestal abrigados con una cazadora y fueron con cuidado de no resbalar en el barro del camino hacia el comedor. Nada más llegar Nunho se disculpó por la comida, ya que había preparado el menú con lo que le quedaba en la despensa, pues la carretera hacia Graus todavía estaba cortada y no le habían traído el pedido semanal.

El cielo se fue despejando a medida que un sol radiante se abría paso entre las nubes. La primera tanda cogió sitio dentro, pero los de la segunda, se dedicaron a secar las mesas y sillas de fuera para sentarse al aire libre. Esa era la ventaja de las tormentas de verano, que descargaban de golpe y se recuperaba en poco rato el esplendor del día. Avisaron de que por la tarde tampoco habría curso, pues parecía que iba para largo el despejar la vía y normalizar el tránsito.

Empezó a caer un sol de justicia y el calor no tardó en hacerse notar. Quique, con intención de aprovechar el rato, propuso ir a visitar la población de Pano, que estaba a unos tres kilómetros de allí, en sentido contrario a donde estaba cortada la carretera. Propuso que luego podíamos ir a bañarnos a un lago que había cerca. Varios se animaron, cogieron sus bañadores, bikinis y toallas, y en un tris bajaron y subieron a los coches con ganas de hacer algo diferente. El auto de Mario y Quique servía de guía al resto, que iba detrás con Ana y su hijo Álvaro, Amparo, Álex, Lyli, Ignacio, Clara, Lucía y Max. Dejaron la calzada al ver la indicación del desvío y se internaron por un camino sin asfaltar lleno de baches. Tuvieron que dejar los coches un poco antes de llegar al sitio. Continuaron a pie el resto del sendero. A medida que se acercaban, una extraña sensación de aislamiento y desolación los embargó. Eran siete casas abandonadas hacía más de medio siglo, todas en ruinas. Estaban ubicadas en el extremo de un peñasco, como si el pueblo quisiera desafiar al vértigo y se asomase al enorme paraje de bosques y lagos que se extendían desde sus pies hasta el horizonte.

Una paz espiritual invadió la mente de cada uno de los miembros del grupo, mientras su mirada se extasiaba en la contemplación de tanta belleza.

—¡Buenos días…! *Bonjour*…! *Good morning*…! —Un simpático hombre con acento extranjero y sonrisa contagiosa saludó a la pandilla de amigos desde el campanario de una iglesia en obras. Bajó por una estrecha escalera de caracol de peldaños de piedra y se presentó pletórico diciendo que se llamaba Kurt Fridez, que era suizo y vivía allí desde hacía más de veinte años. Explicó que cuando descubrió aquel lugar olvidado del mundo, notó una simbiosis con la naturaleza, hasta el punto que tomó la decisión de quedarse en Pano para siempre, a pesar de que a las casas se les había hundido el tejado, otras, el suelo, y no había ni luz ni agua corriente. Con el tiempo y mucha paciencia, había recibido la ayuda de benefactores para reconstruir la iglesia de San Miguel Arcángel, siempre que respetase la arquitectura original y utilizara materiales de la época y de la comarca. Kurt los invitó a que dieran una vuelta alrededor. El grupo se asomó a una serie de huertos en los que había plantado patatas, tomates, calabazas, berenjenas, cebollas y pimientos. Incluso en un campo tenía varios árboles de los que colgaba un letrero con el aviso de no tocar la fruta, pues las piezas buenas las vendía en el pueblo y las picoteadas por los pájaros las aprovechaba para hacer ricas mermeladas.

De un árbol colgaban unas cuerdas con una traviesa de madera en forma de asiento. Amparo, sin pensarlo, fue con decisión y se sentó encima. Quizás evocando recuerdos de la infancia en que debió sentirse muy dichosa, empezó a columpiarse. Se balanceaba de un lado al otro con una inmensa sonrisa que le brotaba de los labios. Con suma placidez, ladeó la cabeza en un movimiento suave, grácil y acompasado para sentir con plenitud la levedad de su propio ser.

La pandilla se desperdigó por diferentes derroteros. Unos deambulaban con el anhelo de hacer la mejor foto, otros se perdieron por atajos que no llevaban a ninguna parte y el resto se coló por las casuchas. Mario avisó a voces a los demás tras encontrar un horno de pan y una prensa de aceite. Ese hallazgo animó a Lucía a

entrar con aires de arqueóloga en la parroquia a medio reconstruir. Max se quedó fuera, mientras su mirada se mecía hipnotizada en el movimiento de Amparo al surcar el aire de un lado a otro radiante de felicidad. Cautivada por la magia del entorno, al bajar parecía levitar e insinuó, con la prudencia que la caracterizaba, que había sentido una profunda paz.

Quique miró la hora y dijo que se hacía tarde. Se despidieron de Kurt y este les recordó que alquilaba habitaciones por si alguno quería albergarse allí. Fueron al pantano, donde había un pequeño embarcadero de madera que se adentraba medio centenar de metros en el agua. Quique y Álex cogieron a Lyli en brazos y la tiraron en broma con la camiseta puesta, al presumir ella de que aparte de estudiante hacía de modelo. Ana se puso a la orilla a tomar el sol y su hijo Álvaro no pudo resistir la tentación de zambullirse. Amparo se quitó el pareo y mostró un moderno bikini azul con la marca en letras blancas repetidas en la escasa tela de un lateral del pecho. Hizo una pose en broma y presumió de tipazo. Los chicos silbaron ante aquella espléndida silueta, mientras las otras disimularon cierta envidia femenina e intentaron desviar la atención de ellos al empezar a hacerse fotos en diferentes posturas. Ampa se recogió el pelo con un pañuelo celeste en forma de turbante, se enroscó su rosario budista en la muñeca y se tumbó en el embarcadero, dejando colgadas las piernas en el agua. Sacó del bolso uno de los libros que Karma Tenpa había recomendado con fervor, *Camino viejo, nubes blancas*, del monje vietnamita Thich Nhat Hanh, en el que se recogía la vida de Buda en relatos llenos de enseñanzas, reflexiones y profunda sabiduría.

Lucía, al ver a Max tan pendiente de aquella chica, le invitó a cruzar a nado hasta la otra orilla, y ambos cogidos de la mano entraron en el agua con cuidado de no resbalar con el musgo. Despacio, al estilo braza, se alejaron en busca de un poco de intimidad. Al otro lado, bajo la pobre sombra de unos arbustos, decidieron cobijarse y contemplar, en la quietud de la superficie del lago convertido en espejo, el reflejo de las montañas.

Los compañeros se habían tumbado a tomar el sol sobre las toallas. Todos se quedaron roque en plena siesta, rendidos ante el

aliento febril de Vulcano. Una nube de mariposas y libélulas revoloteaba sobre ellos y les hacían cosquillas. Y al moverse, rompían la completa inmovilidad del paisaje, que por un momento llegó a parecer la imagen de una postal. Max aprovechó la circunstancia y la colmó de besos y de caricias que empezaron a sofocarla. Y antes de que se apasionase demasiado y pudiesen verlos en una escena impropia, ella se vio obligada por pudor a animarle a regresar con la misma calma con la que habían ido. Así lo hicieron. Al llegar a nado a la otra orilla, salieron en silencio. Fueron con cuidado de pisar sin chapotear el agua para no despertar a nadie. Caminaron de puntillas hasta coger las bolsas. Ella eligió un sitio más apartado para extender las toallas sin hacer ruido. Se sentó en una postura sosegada y abstraída en la placidez del momento. Ladeó el rostro en busca de la cálida caricia de los últimos rayos de sol de media tarde. Max, que se movía sigiloso, levantó la vista y se quedó prendido de la imagen de Lucía en la distancia. Dispuesto a inmortalizar aquel momento de serenidad y quietud que le trasmitía, cogió la cámara de fotos, acercó la imagen con el zoom y disparó. Acto seguido, con el gran angular le hizo un montón de instantáneas, convencido de que en cada una había capturado una parte de su esencia. Estaba embelesado. Continuó contemplándola con cariño. No pudo resistir la tentación de acercarse despacito. De repente, una preciosa mariposa color turquesa con manchas de tono añil se posó en la cabeza de ella, al borde de su flequillo castaño claro, y formó con su camiseta celeste de tirantes y el rosario lapislázuli una composición pictórica excepcional. Enfocó su rostro de cerca con el objetivo de la cámara y le bisbiseó algo ininteligible en un tono dulce para romper su encantamiento. Con la lentitud de la que está atrapada en una especie de duermevela, abrió los ojos todavía náufragos en un mar de sueños y sus pupilas doradas, que encerraban todas las tonalidades de la resina y de la miel virgen, se desbordaron en una lánguida mirada. Sin querer, había completado un cuadro onírico, en el que el sol de la tarde se descomponía en una luz ambarina que le bañaba la piel. Un simple clic fue suficiente para que la eternidad del instante atrapase la esencia de su alma en la memoria del tiempo.

CAPÍTULO 66

Regresaron los coches en fila india detrás del auto de Mario y Quique. Torcieron a mano izquierda en el desvío que indicaba DSK. Al pasar ante la figura de piedra del Mahakala y del Buda yacente, se dieron cuenta de que una gran afluencia de turistas estaba visitando el centro, pues había un montón de vehículos estacionados en la cuneta. Optaron por adentrarse por un camino discreto que daba a un descampado en medio del pinar, donde había un par de autocaravanas. Aparcaron al lado. Max recordó que el miércoles era el día de descanso en el que no se celebraba ningún acto religioso. Además, al estar cortada la carretera, era lógico pensar que aquellos veraneantes debían estar alojados en los hoteles del valle de Benasque, y al no poder bajar a Graus, quizá decidieron cambiar de planes y visitar el centro budista.

Fueron hacia el albergue por un sendero del bosque y se encontraron a unos jóvenes que meditaban en posición del loto al lado de las tiendas de campaña. Una pareja practicaba taichi. Un joven, con pinta de hindú, estaba en la posición invertida, bocabajo, o *sirshasana*. Max dijo que era la reina de las posturas yóguicas, porque tenía muchos efectos beneficiosos, como la mejora de la circulación sanguínea, la concentración y la memoria. Lucía se quejó de que no se la hubiese enseñado. Él se justificó

diciendo que era recomendable para practicantes que estuvieran iniciados, y se comprometió a enseñársela en privado.

Llegaron al albergue y encontraron a la gente desperdigada. Muchos estaban sentados en los bancos de madera leyendo, otros, tumbados sobre la hierba recreaban la vista en el horizonte. Una pareja permanecía bajo la frondosidad de uno de los árboles que había en el patio lateral en dirección al aparcamiento. Reinaba un estado de paz y tranquilidad completa.

El grupo de Pano se concentró en la mesa blanca del jardín que había a la entrada, bajo la pérgola, sobre la que Jesús acababa de desplegar un nuevo entramado de cañas para proteger mejor del sol a los comensales del mediodía. Rita hizo acto de presencia; tenía un cierto parecido a la Hayworth, con su larga melena caoba y ojos de color castaño. Era la misma mujer que presumió de ser alta directiva de una empresa de cosmética. Volvía a lucir otro de sus modelitos de marca, como si hubiese ido allí a desfilar en una pasarela, pues se cambiaba de ropa tres veces al día. Judit, que estuvo presente en la velada anterior, la provocó al preguntarle con velada intención:

—Dijiste que cuando eras joven habías trabajado de modelo. ¿Con qué diseñador?

—A ver, monina, dije que hacía poco había desfilado con Valentino, Chanel, Versace, Armani y Carolina Herrera, entre otros. No cuando era joven, porque aún lo soy. Tú debes tener unos veinticinco años y no nos llevamos tanto.

Las mujeres se cruzaron las miradas con desafío, como queriendo decir «te acabas de quitar quince años de golpe, mentirosa». «¡Qué morro que tienes!», pensaron todas. Judit volvió a la carga, pues le había cogido inquina, y le dio un golpe bajo cuando le preguntó:

—¿Cuántos nietos dijiste que tenías?

Ahí la directiva agresiva le lanzó una mirada de odio del averno con deseo de fulminarla, y contestó con la rabia entre los dientes, mientras mordía las palabras:

—No tengo ninguno. Soy todavía demasiado joven. Comenté que tenía un hijo pequeño y recuerdo que tú dijiste que te hubiese

gustado ser madre, pero que por culpa de una enfermedad que te afectó a los ovarios, no podías tenerlos. ¡Qué lástima…! ¡Es una experiencia única para una mujer…!

Konchelo, que acababa de llegar, estaba sorprendido por la deriva de la conversación de ambas mujeres. Se acarició su bigote blanco y quiso calmar los ánimos, y manifestó con apacible voz:

—Veo que se ha generado mucha negatividad. Como diría nuestro maestro: «El daño que causamos a los demás es el daño que nos hacemos a nosotros mismos. Nadie sale indemne».

Rita, convencida de sus encantos, aprovechó el momento para proponer un juego en el que los hombres debían describir las cualidades de las mujeres allí presentes, y así subirles la autoestima. Los que estaban sentados se miraron atónitos ante un entretenimiento tan frívolo, pero Blas recogió el guante que había lanzado aquella Rita Hayworth en una supuesta escena de *Gilda*. Le pareció una buena idea para distraerse, y convenció al resto con un guiño de complicidad y una pícara sonrisa.

Ricardo manifestó que se podía empezar por Esther, y que cada uno dijese una cualidad, y así lo hicieron:

—Es tan cariñosa que por la mañana te levanta el ánimo. Le gusta tanto abrazar que trasmite mucho afecto al que se cruza con ella. Es toda delicadeza y ternura. Tiene la sensibilidad a flor de piel. Es puro corazón.

—Ahora le toca a Lyli. —Y la gente se animó a decir—: Es muy simpática. Tiene un tipazo impresionante, se nota que es modelo. Es una chica de profundas convicciones. Es muy inteligente, aunque disimula. Reivindica la justicia social, porque cree en la utopía de un mundo mejor.

Blas señaló a Lucía como la siguiente candidata. Los presentes empezaron a regalarle los oídos con una ristra de elogios:

—Es una muchacha radiante. Jovial. Bondadosa. Simpática. Es una preciosidad. Tiene una sonrisa angelical que le ilumina el rostro y trasmite una auténtica alegría por vivir.

—Venga, ahora es el turno para Amparo. —Y empezaron a llloverle los halagos—: Es una preciosidad. Muy inteligente. Es dulce en el gesto y prudente en la palabra. Goza de una belleza serena

y sutil. Es como las mejores esencias que se guardan en secreto. Es una chica muy inteligente y con una gran empatía. Se nota que antes de conocer el budismo, había practicado la bondad y la compasión. Es una hermosura de mujer. Tiene muy buen corazón. Quien la ha conocido, nunca la ha olvidado.

—Vamos por orden de mesa. Ahora le toca a Chelo —dijo Mario, y al unísono empezaron a lanzarle los piropos—: ¡Guapa...! Goza de unos ojos deslumbrantes. Eres muy simpática y agradable. Y aunque tienes mucho carácter, eres muy sensible. ¡Es maja, majica y mágica! —afirmó Blas, que dispuesto a ensalzarla, prosiguió—: Aquí como la veis, esta chica es una superviviente de la vida y del amor. Siempre está dispuesta a ayudar a los demás. Es una bellísima persona, mejor que yo. Está llena de luz. ¡Es una mujer maravillosa que a veces va de dura para proteger su frágil corazón!

Todos miraron a Blas, que aunque estaba casado, parecía coladísimo por ella. Lucía, ya sin ninguna clase de duda, le hizo un gesto y le comentó que ahora ya sabía quién le había regalado el colgante. Y le indicó que indiscutiblemente era Blas. Ella esbozó una sonrisa y le susurró:

—¡No…! Él está enamoradísimo de su esposa con la que ha tenido siete hijos. Somos amigos y me profesa un gran cariño, pero mi amante es un admirador secreto que se esconde en mi sombra.

Lucía soltó una carcajada y miró detrás de ella por si lo veía. De forma inconsciente empezó a morderse las uñas con curiosidad. ¿Qué hombre aparte de Blas pululaba a su alrededor y podía pretenderla? Imaginó a los posibles candidatos, y no supo averiguar quién podía ser tan discreto como sensible para haberle obsequiado aquel corazón color turquesa que lucía en el pecho.

Le tocó a Rita, y los presentes, con cierta antipatía, espetaron:

—Es una chica muy alta. Tiene pelo, es suyo y se tiñe. Luce una melena muy larga. Tiene orejas. Tiene labios. Tiene ojos, y también pestañas.

Ella se levantó airada al ver que no recibía los mismos halagos que las otras y que además se cachondeaban. Sin entender muy bien por qué no reconocían sus encantos, con soberbia e ira, se puso en jarras, y desafiante preguntó:

—¿Qué tienen ellas que no tenga yo?

—¡Ellas tienen todo lo que a ti te falta…! —sentenció Blas, que le tenía inquina.

En ese momento Rita se quedó desconcertada, y con una mirada de extrañeza levantó las palmas de las manos hacia el cielo, como queriendo decir «si a mí no me falta nada, ¡soy perfecta!». Y exclamó:

—¡Imbéciles…! ¡Estáis ciegos…! Incluso tú, Max —que había llegado a mitad del juego—, que debes ser un oculista de tres al cuarto. Es evidente el tipo de gentuza que viene por aquí. ¡Colgaaaos, más que colgaos…! ¡No me extraña que estéis buscando el camino interior, nunca lo encontraréis, porque sois tontos de remate! Seguro que os perdéis en vuestra propia casa, aunque viváis en una caja de cartón.

Dio media vuelta y se le rompió el tacón, por lo que subió con genio a las habitaciones medio cojeando, mientras la mayoría se partía el pecho de risa por su mal perder y no saber aceptar una broma. Rita estaba demasiado acostumbrada a oír continuos piropos, aunque fuesen interesados. Lisonjas de socios admiradores de su buen hacer, alabanzas de aduladores subordinados con ganas de trepar y un sinfín de galanterías hipócritas. A ella, escuchar a un grupo de gente variopinta, bastante bohemia, que buscaba el camino de la espiritualidad y no la valoraba, le sentó fatal. Apenas tardó diez minutos en salir sin despedirse de nadie. Iba cargada con maletas en dirección a su Porsche último modelo. Subió con gesto indignado, apretó a fondo el acelerador y salió derrapando con tanta rabia que dejó la marca de los neumáticos grabada en el asfalto.

Max estaba perplejo. No le gustó el comportamiento de los presentes y expuso con bastante pena:

—Deberíamos desarrollar la auténtica compasión cuando nos implicamos con los demás, pues se merecen ser tratados con cordialidad. Todos somos seres sensibles y no deberíamos juzgar ni criticar ni herir a nadie, para no causar el sufrimiento ajeno, que es el propio. Recuerdo una metáfora que una vez explicó Karma Tenpa, en la que decía, más o menos, lo siguiente: «El remolino

que forma el tornado de las emociones perturbadoras como el odio y la ira, entre otras, provoca que sus vientos giren con tanta furia y locura que dejan mucha destrucción a su paso. Por eso, debemos huir de los extremos violentos del ciclón e intentar entrar en el centro de la espiral, en el ojo del huracán, y permanecer en él, porque es una zona donde se equilibran las fuerzas del aire, donde reinan la calma absoluta, la tranquilidad, la paz y el silencio; y los sentimientos negativos se desvanecen en la nada».

En ese momento apareció el maestro, al que acababan de mencionar, en una furgoneta que aparcó delante de ellos. Bajó el conductor, y el monje, desde la ventanilla, exclamó:

—¡Por fin he llegado…! He tardado más que si hubiese ido y vuelto al Tíbet dos veces... ¡Vaya alud de tierra y rocas! ¡Ya pasó! Ustedes, ¿no serían tan amables de ayudarnos a descargar los víveres que traemos para meterlos en la cámara y en la despensa?

Enseguida, todos se pusieron manos a la obra e hicieron una cadena humana. Descargaron el vehículo en un santiamén, mientras el maestro supervisaba los albaranes y la distribución de los productos. Una vez acabada la faena, quiso agradecer la colaboración desinteresada de los presentes, sacó de la nevera unas tarrinas de helado de nata y las repartió entre aquellos ayudantes voluntarios. Mientras las degustaban, comentó:

—¡Escuchen...! Todos somos como la leche de la vaca que ha servido para hacer estos helados. La leche es un alimento básico y simple, pero si la removemos con dedicación y paciencia, conseguiremos convertirla en nata para el helado, incluso en manteca con la que podremos hacer velas que nos iluminarán. La luz está ya en la leche, en nosotros mismos, solo necesitamos trabajarnos por dentro.

Cada uno se quedó ensimismado queriendo asimilar la profunda reflexión del maestro, que no daba puntada sin hilo. En ese instante aparecieron dos niños nepalís, eran los hijos de una familia que trabajaba allí durante el año, y se dirigieron a él en busca de algún presente que les prometió. El monje extrajo del vehículo dos pelotas azules con los continentes de la Tierra pintados con detalle. Entonces, empezó a hacerlas girar sobre el dedo índice de cada

mano. El sol de la tarde le cubrió la espalda y recortó su silueta con una especie de aura incandescente que envolvía los dos globos terráqueos de una fluorescencia crepuscular, a la vez que él entraba en una especie de trance, como si meditase. Su imagen se llenó de misticismo en el momento en que el aire se impregnó de una maravillosa música hindú que provenía de las habitaciones, y un halo luminoso pareció envolverle la cara de espiritualidad, mientras sostenía en la punta de los dedos el equilibrio de los mundos.

CAPÍTULO 67

Los de la cocina avisaron de que tardarían como mínimo un par de horas en preparar la cena, ya que las provisiones habían llegado muy tarde. La gente se desperdigó. Unos se fueron a dar una vuelta y otros se tumbaron a leer o a escuchar música. El sol de la tarde permanecía en el horizonte con el evidente propósito de mantener la claridad del día. Max y Lucía se fueron a pasear cogidos de la mano hacia su casita del bosque. Se puso a lloviznar sin previo aviso. Desde un saliente, antes de descender hacia el camino de Ejep, se podía contemplar cómo el valle entero se había cubierto por unos visillos de agua fina. Ella exclamó:

—¡Qué maravilla, un arcoíris...! ¡Fíjate, fíjate qué colores...!

Era cierto, la luz se descomponía al atravesar las cortinas de lluvia en los colores del espectro visible. Lucía estaba fascinada, como si fuese la primera vez que veía tal fenómeno meteorológico. De forma progresiva empezó a arreciar hasta que tuvieron que acelerar el paso y llegar al refugio corriendo. Él le echó en cara que no hubiese pronosticado esa tormenta, a lo que ella respondió que no deseaba ganarle más apuestas. Y para demostrarlo, sacó un papelito escrito el día anterior, en el que predecía que podía llover. Max se quedó pasmado y le sugirió cambiar de profesión. Con tales cualidades, podía llegar a ser una buena chica del tiempo.

Dentro, se sentaron frente a la ventana. Ella le comentó que salvo la presuntuosa Rita y el codicioso Timoteo, el resto de personas que había conocido allí, le parecían muy amables, sensibles y de gran calidad humana.

Convencido de sus palabras, Max sostuvo:

—En estos lugares de recogimiento y de paz, la gente busca amistad, empatía y afecto. A veces simplemente muchas de estas personas se conforman con ser escuchadas, porque se sienten solas en sus vidas sin estarlo. Incluso algunas notan cierto desamparo en su día a día, porque los que les rodean van a lo suyo, con el ansia insaciable de alimentar sus egos, sin preocuparse de los demás. La mayoría de los que vienen aquí, en el fondo, buscan encontrarse a sí mismos. Eso hace que este sitio sea tan especial. He visto a personas que ante desconocidos, con los que quizá nunca más volverán a coincidir y con los que no pretenden quedar bien o ser aceptadas a cualquier precio, se muestran tal como son, y manifiestan sus penas y desgracias de forma cruda, real y con auténtica sinceridad. No intentan aparentar lo que no son. Como aquí reina la bondad, abren el corazón sin temor a ser heridas.

—Tienes toda la razón. Me he fijado que aquí no se habla de política, del dichoso fútbol ni de temas frívolos de programas basura de televisión que acaban por intoxicar las mentes y convertirlas en estercoleros. Por eso me fascina este lugar, porque me hace sentir que hay otra forma de vivir de manera diferente, más sosegada y serena, desconectada de esa otra realidad que nos desborda con tanta información.

—Te confesaré un secreto: no tengo televisor. En los últimos años me he centrado más en la lectura y en la meditación. Llevo un diario de tiempo en el que apunto a qué dedico las horas del día, y si detecto que hay algo que me absorbe demasiado, enseguida intento poner remedio, porque puede ser una adicción, algo que domina mi voluntad. Cada persona debería ser consciente de en qué se le va el tiempo, para que después sepa en qué se le ha ido la vida.

Max alargó el brazo y cogió de la estantería un librito en el que tenía marcadas varias páginas con un punto de lectura. Tras abrirlo, comentó:

—Mira lo que dice este verso de un poeta de estas tierras, Ángel Petisme. Dedicado a ti, mañica:

«Vive allí un pueblo abrupto y letal,

»un dios enfermo se bebió su mar.

»Son duros por fuera y tiernos por dentro,

»el alma de piedra, el corazón de cristal,

»y el Ebro guarda silencio al pasar por El Pilar.»

Max se saltó varias estrofas y continuó:

—Me encanta esta frase: «Somos un sueño de cierzo».

—Pues a mí no me convence, si nuestro amor es como el viento que viene y se va... ¿qué nos queda? —adujo al pensar en el final de aquel tiempo de felicidad.

—No te preocupes, el cierzo siempre vuelve con aires nuevos, porque en esencia es el mismo que se renueva, serena el ánimo y resucita las esperanzas.

La añoranza por su ausencia anunciada embargó el ambiente. Cesaron las precipitaciones, mientras agonizaba la tarde. Entonces, le comentó con cierta inspiración lorquiana:

—¡Ven, por favor…! ¡Ven, mira a través de las gotas de lluvia del cristal de la ventana! Son como pupilas de agua convertidas en lentes, en prismas líquidos que refractan lo tangible para mostrar los mundos etéreos que se esconden a la vista. Mira cómo ese rayo de sol crepuscular va a atravesar esa gota de la ventana. ¡Por favor… intenta sujetarlo en la mano...!

Y en ese momento acercó ella su palma y él puso la suya al lado. El alma de la luz se desenhebró en los siete hilos de colores del arcoíris, pintando los surcos de la superficie de la piel donde estaban dibujadas las líneas del destino y la de los sueños, las mismas sobre las que un vidente ciego le pronosticó a ella una vez su futuro.

CAPÍTULO 68

A Lucía le empezaron a doler las plantas de los pies, quizá por la acumulación del cansancio de la visita del pueblo de Pano. Por si hubiera sido poco, el baño en la laguna había acabado por agotarla. Max le recriminó su mala costumbre de utilizar calzado de plataforma. Ella le rogó que le diera uno de sus masajes que tanto le gustaban, pues tenía gran destreza con las manos y se los daba con mucho cariño. Se tumbó en el futón con ánimo rendido. Colocó las piernas sobre las pantorrillas de él, y al verlas, la alertó:

—¡Amor mío, tienes las plantas destrozadas…! Debes cuidártelas más, en caso contrario te repercutirá en la columna, y por extensión te causará recargas musculares en la espalda.

—¡Vale, mi chico...! Reconozco que tengo complejo de bajita y tú encima me llamas Pitufina de los bosques. Y me subo a esos zancos para sentirme más alta y esbelta, así evito que tengas que agacharte para darme un besico. Si de verdad me quieres, dame el masaje, por fa'. ¡Anda... mi vida...! ¡Dámelo ya...!

Max sacó un recipiente de barro lleno de una crema de menta, eucalipto y otras plantas relajantes, mezcla que había elaborado según una receta del médico tibetano Ngawang Thinley, Semki Amchi. Primero con suavidad y después con fuerza le masajeó la falange de cada dedito, los tobillos y las plantas de

los pies. Y tras recrearse durante un buen rato, acabó con un besito en cada empeine.

Media hora más tarde estaba sumida en un profundo sueño. A lo lejos oyó el tañido de la campana con el que avisaban para cenar, pero a esas alturas ella ya flotaba sobre las nubes de colores de alguna aurora boreal.

Por la mañana se despertaron justo para ir a desayunar. Fueron y se sentaron alrededor de la mesa de siempre, que no tardó en ser ocupada al completo.

—¡Ayuda, ayuda...! ¡Un médico, por favor...! —gritó la joven Clara.

—¿Qué ha pasado?

—Patricia se ha caído de espaldas de la litera de arriba y no se puede mover.

—Espera, ahora aviso a una ambulancia —dijo Max. Marcó un teléfono de Graus y le dieron otro, y así hasta cuatro veces tuvo que llamar para conseguir que viniese alguien. A continuación, con voz resignada, afirmó—: Dicen que tardarán un par de horas como mínimo, porque se ve que ha habido un accidente y están todas ocupadas.

Subieron y nadie se atrevía a tocarla, pues los allí presentes aconsejaban no moverla, pues se le podía causar una lesión aún más grave. Max se arrodilló, le tomó el pulso, le miró las pupilas y le ordenó que moviera los ojos, ladeara la cara, levantase una mano, doblase las rodillas; se vio cómo la chica lo intentaba pero no podía. En ese momento apareció Antonio, que era de Barbastro, y que acababa de llegar para hacer el tercer curso de medicina tibetana. Al ver lo sucedido, se acercó con premura, abrió su maletín, sacó un montón de agujas de acupuntura y empezó a colocárselas como un jugador de ajedrez de partidas rápidas. Apenas habían pasado veinte minutos cuando la chica empezó a mover con dificultad los dedos de la mano y del pie, abrir la boca, sacar la lengua y cerrar los ojos. Acto seguido, él le puso sobre la piel unos puros de Artemisa, que dijo que eran de moxibustión, y al encenderlos el humo empezó a ascender por el aire en forma de espiral. Una hora más tarde ya pudo darse la vuelta, y le

empezó a dar un masaje en las cervicales. Cuando la ambulancia quiso llegar, la chica caminaba perfectamente y no le dolía nada. La mayoría insistió en que los acompañara para que le hicieran una exploración a fondo, no fuera a tener alguna lesión interna. Todos quedaron tan maravillados del buen hacer de Antonio que empezaron a aplaudirle en reconocimiento.

Llegó un coche, que tuvo que aparcar casi detrás de la casa anexa. De él bajó un chico joven, vestido a la moda, rapado al cero, con las muñecas repletas de rosarios, malas y pulseras budistas. Sacó una maleta de ruedas y se dirigió con decisión hacia la entrada. Chelo se levantó enseguida al verlo, gritó su nombre y corrió a darle un fuerte abrazo. Juntos se acercaron a la mesa y lo presentó diciendo que se llamaba José Luis, un amigo de Valls, Tarragona. Le comentaron que venía un poco tarde. El joven señaló que al revés, que llegaba temprano, un par de días antes, pues estaba apuntado al taller de *chi kung* que impartía María José Argüelles, de la que le habían hablado maravillas.

Max adujo con suma admiración que era la mejor profesora que había tenido nunca de dicha técnica. Y eso que podía compararla con docenas de maestros con los que practicó en varios países de Oriente. El encanto de ella no solo radicaba en que dominase las dieciocho palmas de Buda, sino que trasmitía una amorosa forma de explicar, de moverse, de gesticular y de mirar. Era una manera de enseñar y de darse que le brotaba de dentro. La armonía de su interior se reflejaba fuera.

Tras aquella encendida muestra de pleitesía y derroche de halagos, en que parecía estar embelesado por ella, recibió un leve codazo de Lucía, que empezaba a estar un poco celosa.

Chelo, contagiada por los elogios que se acababan de verter hacia aquella mujer, explicó que su amigo era un genio, que dedicaba el tiempo libre a recoger piedras de la playa que le inspirasen y las pintaba convirtiéndolas en obras de arte.

—¡Exagerada…! ¡Tú, que me quieres mucho… y me haces propaganda! —arguyó él por su eufórico panegírico, con el que le había ruborizado ante los demás.

—Seguro que en la mochila guardas alguna. Una vez me confesaste que siempre llevas una encima, porque te trae muy buena suerte. —insistió la simpática rubia.

Él se hizo rogar, y al final sacó un par de ellas. Con cuidado extrajo una cámara digital en que tenía recogidas en fotos muchas de sus creaciones, algunas con cierta influencia del Cirque du Soleil, cuyas creaciones admiraba con deleitación. En otras, se había inspirado en lugares de fantasía, sacados de mágicos y alegóricos cuentos. En unas había pintado ardillas y en otras mariposas multicolores. Un par de ellas las había trasformado en caracolas, pues, según dijo, al tomarlas entre las manos y colocarlas al oído, escuchaba el mar. Era evidente que tenía la capacidad de convertir lo mineral en espiritual. De algo inerte sabía captar la esencia, el alma encerrada en las piedras.

CAPÍTULO 69

A las diez de la mañana se iniciaba la clase. Cuando oyeron el sonido del gong, ellos ya estaban sentados en primera fila. El monje hizo acto de presencia y le recibieron con la veneración pertinente. Puso bien los cojines, tomó asiento y, con la mirada apacible, observó con calma a los asistentes. Carraspeó un poco y dijo que esperaba que hubiesen descansado bien. Explicó lo sucedido el día anterior.

—Ayer fue una jornada de imprevistos que al final conseguimos superar con paciencia, y aquí estoy. Bueno, sin perder el hilo del último día os diré que los practicantes deben ser honestos y ver nuestra confusión y torpeza, pero también nuestra claridad y compasión. Debemos entender que no somos nuestros errores y mucho menos identificarnos con ellos, ni tampoco con nuestros aciertos. La honestidad nos lleva a que no tengamos una expectativa utilitaria con los otros. Miramos a los demás como objetos que pretendemos capturar y nos convertimos en depredadores emocionales para saciar nuestra felicidad, y los fagocitamos. Si los miramos como objetos de nuestra mente establecemos ese intercambio en el que nos preguntamos por dentro: ¿qué me puede dar?, ¿qué le puedo quitar?, ¿qué puedo obtener? Es el momento de intentar revertir y empezar a dejar de pedir y comenzar a ofrecer. ¿Qué es lo que puedo entregar a

los demás? La trasformación se inicia al empezar a mirar al otro como un sujeto de tu corazón y no un objeto de tu mente.

Eran necesarias las pausas para captar de forma intuitiva la enseñanza. No era necesario utilizar la razón. Max así lo había aprendido de él. El monje invocó:

—¡Jesús..., si estás ahí..., manifiéstate...!

En ese momento se produjo una inquietante expectación ante tales palabras. De repente se levantó el residente Jesús, y con lentitud se acercó al maestro y le dio el cuenco y el rosario budista que necesitaba. Los presentes esbozaron una sonrisa al comprender la simpática broma de jugar con el doble sentido del nombre. Y a continuación les dijo:

—Vamos a meditar diez minutos. Cuando oigáis el sonido del cuenco, debéis inhalar y exhalar tres veces de manera tranquila. Poned vuestra atención en el aire y dejad descansar las manos sobre vuestras rodillas, no sobre las ajenas. Siempre hago el mismo chiste. Recordad que ejercitamos la desatención con la atención. Hay que reconocer las distracciones, como las sirenas de los coches de policía que dejamos pasar porque no vienen a por nosotros. Volvemos a concentrarnos en la respiración. Con el tiempo, el espacio que va entre el ulular de los vehículos policiales y otros, se irá distanciando. Al final, la noche de nuestra mente se calmará de persecuciones y nos embargará una inmensa paz.

¡Tiiinnnccc...!

Pasó el tiempo y volvió a retomar la palabra con la serenidad y firmeza de la persona que posee profundas experiencias.

—La meditación es un camino para entrenar nuestra mente, liberarla de obstáculos, y el primero es el deseo de no querer tenerlos. En principio, la observación de uno mismo, el contemplarse, es bueno para cambiar nuestros viejos hábitos que discriminan, sentencian y juzgan continuamente. Debemos intentar ver en el otro los aspectos más luminosos, y no recrearnos y regodearnos en sus defectos o características más confusas. Esta es la verdadera liberación: las barreras que representan las dificultades no están en las acciones de los demás, sino en nuestra propia mente ofuscada y caótica.

Tras una breve pausa, Karma Tenpa propuso.

—Vamos a recitar unos mantras. A diferencia del yoga —miró a Max—, incorporamos la visualización de Buda o de alguna bodhisattva, e incluso no solo tenemos en cuenta la vibración del recitado de la plegaria, sino que esperamos sus bendiciones, su apoyo, su luz. Al hacer correr el *mala,* la mente se centra y pasa de estar pendiente de la respiración al movimiento de las cuentas. Recitar un mantra os servirá en la vida cotidiana para aumentar la concentración en lo que estáis haciendo. Podéis repetirlo entre susurros un sinfín de veces, como el que no puede dormir por la ansiedad y reza un padrenuestro tras otro, pues estas plegarias tienen el mismo efecto de hipnotizar las inquietudes que nos distraen y poder dejar en calma la mente.

El monje continuó con la parsimonia del que camina con paso firme y seguro.

—Es bueno que el discípulo realice la práctica de la meditación en compañía de su maestro, pues así la mente de uno puede guiar como un lazarillo a la del otro, que suele estar ciego en su camino hacia la iluminación. Buda no fue un mesías, ni un enviado divino, sino un maestro o guía espiritual. El recorrido que hizo es el que os invita a hacer a vosotros. Es un viaje largo y profundo, que puede durar toda una vida, y cuyo destino es a uno mismo.

CAPÍTULO 70

En la sobremesa del almuerzo comentaron diferentes aspectos de las enseñanzas de la mañana. Amparo intervino y dijo que estaba de acuerdo sin excepción con lo que había dicho Karma Tenpa sobre que teníamos que ver a nuestros enemigos como nuestros maestros, ya que para trabajar la paciencia necesitábamos a alguien que la pusiera a prueba continuamente.

María, una profesora que no estaba quemada, sino carbonizada de forma metafórica, saltó:

—Si algún monje quiere poner a prueba la tolerancia y la calma hasta límites insospechados, que venga a una clase de enseñanza secundaria obligatoria, ESO, a ver cuánto aguanta. Puede que a los cinco minutos salga levitando por la ventana, o le hagan salir por la puerta sin abrirla, o lo ayuden a atravesar las paredes con la calva de la cabeza, o prueben a prenderle fuego a lo bonzo para ver cómo arde la túnica con él dentro sin que pierda la serenidad espiritual.

Mónica, que dijo ser profesora de castellano, le aconsejó que tenía que imponerse a los críos con seriedad, disciplina y marcando distancias. ¡Poca broma! Y aseguró que tenía los peores alumnos del centro, muchos de ellos con expedientes abiertos por agresividad y violencia, y en cambio en sus clases se comportaban con educación y respeto, incluso algunos estaban tan callados que ni respiraban.

Mario se acarició su cabeza rapada y recordó que era docente de educación física en un instituto de Madrid y que estaba de acuerdo con Mónica. Quizá era una exageración afirmar que los chicos fueran tan malos, aunque él hacía pocas horas lectivas. Reconocía que con la crisis las tensiones en las aulas no habían parado de aumentar de manera considerable.

María, que con probabilidad había padecido el síndrome de fatiga crónica, insistió:

—Se nota que tú eres de los veteranos que tenéis cargos docentes, rebajas horarias e impartís poquitas horas a grupos reducidos. ¡Tenéis buena vida! Por eso, no os asomáis a un aula conflictiva, que es una jaula de leones dispuestos a zamparse al primero que entre por la puerta. Vosotros os quedáis de guardia en los pasillos cerca de las puertas de salida, por si acaso se escapa uno, o escondidos en los despachos blindados de dirección. En cambio, a nosotras las novatas se nos empuja para adentro, no tanto para que impartamos clase, cosa imposible, sino para ver si somos capaces de salir vivas e ilesas. Lo cierto es que en los últimos tiempos ha mermado mucho la plantilla de enseñantes, al que no se lo meriendan los alumnos o los padres, se lo comen los nervios.

Ángels, una profesora bastante yóguica y de la que emanaba una gran calma, insistió en que dicha situación se podía vivir como una experiencia agobiante, o una forma de poner a prueba la imperturbabilidad y la fortaleza que se fragua dentro. Recordó lo que dijo el maestro, que se debían presenciar las situaciones desde la distancia, sin entrar en la absorbente y loca mecánica de la acción-reacción tan compulsiva y a la que siempre se tenía que poner límites, pues su vorágine impedía reflexionar sobre la emoción conflictiva. Por eso, era tan necesario apartarse de uno mismo. Alejarse un poco para verse desde fuera y ayudar a contemplar la confusión y la sabiduría, y poder dar esa respuesta lúcida y serena que proviene de la claridad de la mente y de la compasión del corazón.

Max, embelesado por las palabras de Ángels y Amparo, las felicitó por haber trasmitido con tanta elocuencia las enseñan-

zas recibidas por el maestro. Animado al escucharlas, se inspiró y con vehemencia inusitada sostuvo:

—Karma Tenpa es un monje iluminado que no necesita ser lama, ni rinpoché, ni khenpo, porque lo es o lo fue en alguna vida anterior. Tengo la convicción de que en el budismo, el mundo funciona al revés de las otras creencias. Cuanto más realizada y sabia es una persona, menos lo aparenta. La clave que descifra el laberinto de la mente empieza por no subir peldaños en la jerarquía de la religión o del ego, sino saberlos bajar con humildad. Y para mí, él ha conseguido descender con sigilo hasta lo más profundo de su ser, surcando los velos que oscurecen la mente hasta encontrar el lugar donde nace la luz interior.

Nadie se atrevió a comentar nada ni añadir ninguna apostilla a la entusiasmada disertación de Max, en que mostró su profunda admiración por su guía espiritual. La gente se quedó pensativa sobre las palabras que acababan de oír, pues muchos con su lenguaje no verbal asintieron convencidos de que las declaraciones que él había expuesto eran ciertas.

Cogidos de la mano, Lucía y Max se fueron a pasear hacia el lago de los lotos, en busca de cierta intimidad. Durante el trayecto permanecieron callados. Él tenía la sensación de que había hablado demasiado durante la sobremesa. Faltaban un par de horas para la sesión de la tarde. Al llegar, se tumbaron en la hierba bajo un chopo y observaron cómo su imagen se reflejaba en el agua. Lucía, presa de ese instinto femenino de desvelar cualquier secreto de su amado, y dispuesta a asegurarse de que sus relaciones anteriores estaban enterradas para siempre en la tumba del olvido, le inquirió:

—Así, ¿nunca más volviste a ver a tu exmujer tras el divorcio?

Era normal que Lucía quisiera averiguar si aquellas mujeres que amó habían quedado definitivamente en el pasado. Esa fue la interpretación que dedujo Max de los interrogatorios a los que le sometía. En un acto de sinceridad, él hizo memoria y recordó:

—Meses más tarde me enteré de que la bóveda de un famoso auditorio de Hong Kong, que había diseñado Amanda, se derrumbó encima de los espectadores en medio de un concierto, causando bastantes heridos. Las investigaciones acusaron a su empresa de errores de cálculo de estructuras, por lo que tuvo que pagar una cuantiosa indemnización a los afectados, y eso la llevó a la ruina. A partir de entonces, le empezaron a anular muchos de los proyectos que tenía en cartera y de forma progresiva tuvo que cerrar la mayoría de las sucursales que había abierto por medio mundo. Encima, el novio ruso la dejó por una sueca. En medio año, le había cambiado la vida a peor. Paloma, una doctora amiga mía de Madrid, me llamó para avisarme de que había visto a Amanda de fiesta en fiesta, bastante descontrolada y rodeada de malas compañías. Quise que concretase más, y sin tapujos me aseguró que se relacionaba con gente de mal vivir. Pillé el primer vuelo hacia la capital. En mí aún anidaba cierto instinto de protección hacia alguien a quien había querido mucho. Tras buscarla por la mitad de los antros de la ciudad en compañía de mi amiga, me la encontré cuando salía de una discoteca. Iba bastante achispada. Un par de tipos la cogían del brazo e intentaban aprovecharse de su fragilidad. Tuve que intervenir de manera agresiva para que la dejaran en paz e incluso pelearme con el más fornido. Me surgió tal ataque de furia que hubiese sido capaz de tumbar a media docena de ellos. Luego la llevamos a casa. En la entrada, le dio un síncope. Paloma me sugirió que la ingresásemos en una clínica que ella conocía para desintoxicarla. Estuve bastantes días acompañándola en la habitación. Una vez se fue recuperando, el médico dijo que era mejor que dejase de visitarla, ya que empezaría un tratamiento de psicoterapia para recuperar su propia autoestima. Pasaron las semanas y fui a ver al psiquiatra que se encargaba de su caso. Con excesiva amabilidad me recibió en su despacho y me invitó a tomar café que me sirvió él mismo, como si yo fuese su paciente. Con suma calma, me explicó el diagnóstico: «Será conveniente que pase aquí unos meses de tranquilidad y sosiego. La evolución de la personalidad de su exmujer está

estancada en una época de la vida. Por eso, tiene la obsesión de estar siempre joven, sentirse seductora y seducida, porque esa parte no la ha experimentado. Según me ha dicho, su padre era muy severo y siempre la castigaba sin salir de casa, y la encerraba en el dormitorio igual que si fuera un convento de clausura. Incluso hizo la carrera a través de la Universidad de Educación a Distancia, y al acabarla le montó en la buhardilla un estudio de arquitectura para que no tuviese que salir a buscar empleo. La sensación de estar metida en una prisión fue tan grande, que huyó para buscarse la vida como delineante e interiorista. Hasta que lo conoció a usted, del que se enamoró y se casaron enseguida. Tuvo un éxito fulgurante como diseñadora y un gran reconocimiento internacional, que ahora se le ha venido abajo. Ahora intenta evadirse de la realidad y busca en la diversión recuperar la adolescencia y la juventud que nunca llegó a vivir».

»Yo intenté asimilar la explicación del médico, que ya sabía de sobra. Él continuó al asegurar: "Amanda muestra cierta patología tendente a un deseo insaciable carnal, como una venganza inconsciente de tanta represión paterna. Sin embargo, lo que a ella más le preocupa es usted, que aunque estén divorciados actúa como si todavía formase parte de su vida. Incluso le ha propuesto volver juntos e intentarlo de nuevo, pero no creo que sea una buena idea. En los ratos que usted la ha acompañado de día y de noche en la habitación, cosa que admiro, ella ha detectado ante la visita de algún enfermero que aún respondía con cierto atisbo de celos. Perdone que se lo diga, pero nunca aceptó su forma de ser. Su exmujer es liberal, incluso algo promiscua. Cuando se casaron, ella le amaba mucho, pero al darse cuenta de la lascivia que la dominaba, decidió vivir lejos, para que no sufriera, porque en el fondo de su corazón solo estaba usted".

»"Y en la superficie de la piel, todos sus amantes", ahí no pude reprimirme.

»"¿Ve como el problema no es solo de ella?", adujo el médico. "Su desconfianza todavía le evoca épocas desagradables de su matrimonio. Escuche muy bien lo que le voy a decir", y aquí el

doctor se puso poéticamente estupendo: "¡Olvídese de ella! La esencia de su exmujer es la de una preciosa mariposa que quiere gozar de las flores de la naturaleza. Desea ser libre en el amor y en el placer, y hay que dejarla volar como si estuviese siempre revoloteando en medio de una continua primavera. Así será completamente feliz. Si quiere encerrarla, se convertirá en un coleccionista de mariposas que se conforma con disecar bellezas muertas".

CAPÍTULO 71

Lucía besó a Max, que prosiguió algo apesadumbrado:

—El médico me hizo enmudecer con su inspiración literaria, y cuando quise darme cuenta me había acompañado a la puerta de mi coche y se despedía de mí hasta el próximo mes o hasta nunca. Agitó la manita y tras esbozar una sonrisa hipócrita y malévola me lanzó un adiós como si fuera el definitivo. Pensé que debía estar tranquilo, porque en aquella ocasión estaba ingresada bajo tratamiento, pero no pude dormir dando vueltas a las palabras del psiquiatra calvito, y más cuando al referirse a ella utilizó el adjetivo «preciosa» y me sugirió que «la dejase volar libre». Pensé «claro, para que tú te la trajines». A la mañana siguiente, me presenté allí de imprevisto. Me recibió desencajado por la inesperada visita y reiteró que había pasado una noche estupenda, quedándome la duda de si hablaba de él, de ella o de ambos. Insistió en que le iría muy bien permanecer allí como mínimo medio año, incluso más, para su completa recuperación. Detecté en su mirada un halo de concupiscencia y en la comisura de sus labios el relamido placer de la lujuria. Sobre su inmaculada bata blanca, un largo cabello negro de reflejos azulados le pendía del hombro. Me levanté y con ojos desafiantes acorté distancias. Con sumo cuidado cogí con la punta de los dedos aquel pelo azabache, le clavé mis pupilas en las suyas y le dije con rabia: «¡Cabrón… tú también te la estás tirando...!».

Lucía, intrigada por el desenlace final, y mientras se comía las uñas, inquirió ensimismada:

—¿Y qué te contestó el asqueroso loquero?

—Con un tono pausado, me aseguró que la gente era libre de hacer lo que quisiera. Dijo que existían muchos tipos de adicciones y que había mujeres que se tiraban al alcohol, a la comida, a las drogas, al juego, y que la mía se tiraba a los hombres. Me recordó que estábamos divorciados, que debía abrir mi mente y no ser posesivo ni egoísta. Confesó que él fue *hippy* y vivió en una comuna en la que cada uno hacía el amor con los demás en un ambiente desinhibido y fraternal. Tuvo la desfachatez de decirme que no le importaría que yo pasara la noche con su esposa a cambio de que él se acostara con la mía. Y con descaro me alargó las llaves de su casa. Encontré indignante dicha propuesta, que denigraba la forma de tratar a cualquier mujer, que en teoría era libre de decidir por sí sola con quién se iba a la cama, según defendía él. Cuando quise llevármela de tan siniestro lugar, Amanda se negó ante el beneplácito de aquel manipulador mental, que con toda seguridad ya le había hecho un buen lavado de cerebro. Insistí y empezó a gritar de forma histérica que me olvidara de ella para siempre. Marché triste, porque me di cuenta de que había caído en manos de un tipo que se iba a aprovechar de su debilidad afectiva. Ya no le quedaba ningún pariente y volví en reiteradas ocasiones, pero me impidieron el acceso. Aquel manicomio era como una secta. Hice lo imposible por sacarla del hospital y, al final, con la colaboración de un amigo, alto cargo en sanidad, hizo un informe de traslado a otra clínica privada aprovechando la ausencia del siniestro médico, que estaba en un congreso. Fue atendida en un centro de salud mental llevado por psiquiatras de reconocido prestigio y psicólogos honorables, que la ayudaron a recuperar la cordura y la confianza. Una vez estuvo en condiciones de recibirme, la fui a visitar y me lo agradeció al reconocer que sin mi ayuda no hubiera salido nunca de allí. No tardó demasiado en marcharse al extranjero. Me envió una escueta nota de despedida en la que decía: «¡Te quiero mucho, pero debo empezar una nueva vida lejos de ti...!».

»Fue la época en que caí en una profunda depresión y me evadí en el trabajo, al que dedicaba el día entero. Fueron meses en que un viejo psicoterapeuta de la Gestalt se convirtió en el espejo en el que nadie se quiere ver reflejado, y asumí mi sombra, mi zona oscura, para valorar mi lado de claridad. Fue cuando conocí a Ágata, me enamoré de ella y volví a recuperar la ilusión por vivir.

Lucía se quedó bastante más tranquila al confirmar que la historia con su anterior esposa había acabado para siempre. Sin embargo, todavía le quedaba la inquietud de que al tener que ir durante tanto tiempo a trabajar a la India no pudiese volver a encontrarse con la otra, con la que tuvo una relación amorosa más profunda, y le preguntó:

—¿Nunca intentaste volver a ver a tu querida Ágata?

Max esbozó una sonrisa, porque tenía la certidumbre de que tarde o temprano le haría esa pregunta, y le reveló:

—Confieso que no pude resistir su ausencia y fui a verla al Nepal. Precipité mi partida al enterarme de que se había ordenado como monja budista. No la avisé con el propósito de que fuese una sorpresa. Atravesé el valle de Katmandú para llegar al orfanato donde al final la habían enviado. El recinto estaba solitario, pero un jolgorio me guio hasta una riera y tomé asiento en un lugar discreto entre los juncos. Observé a unos chavales vestidos con túnicas granates, igual que si fueran novicios, que junto a ella se perseguían con las manos tiznadas de azafrán para mancharse la cara, y eso les causaba un sinfín de risas. Otros intentaban camuflarse lo mejor posible en una especie de juego del escondite. Los más pequeños se entretenían en perseguirse hasta tocarse la coronilla, que debía significar que estaban eliminados y pasaban al nirvana. Cuando estuvieron cansados, vi que se sentaban alrededor de un árbol, pero antes se restregaban las manos con unas florecillas, se las secaban sobre sus cabezas rapadas y se quedaban quietos como estatuas. Enseguida las mariposas empezaron a posarse sobre ellos y les hacían cosquillas con sus patitas, mientras los niños intentaban resistir, pero las más traviesas les bajaban por la frente hasta llegar a la nariz y otras, se les posaban en las orejas con deseo de colarse por el oído. Al no aguantar el hormigueo, se movían y quedaban eliminados. Ella resistió hasta el final y acabó cubierta por un manto

de mariposas celestes. Fue una escena tan poética y onírica que se me grabó en la retina y en la memoria para siempre. Fui consciente que en aquel sencillo paraje, lleno de paz, ella era inmensamente dichosa. Se me estremeció el corazón al contemplar tanta alegría. Dispuesto a no interferir en el delicado equilibrio de su particular paraíso, me levanté y me di cuenta de que sobre mi cabeza también se habían posado unas mariposas. Sin ahuyentarlas de golpe, me moví con la delicadeza necesaria del que nunca estuvo allí. No quería romper el encantamiento de aquel idílico lugar. Regresé con lágrimas en los ojos: su felicidad era mi tristeza. Y atravesé montañas y desfiladeros sin rumbo fijo. Quise perderme en la soledad del mundo.

»Varias semanas más tarde, caí agotado a la entrada de una ciudad. Me desperté sin saber donde estaba. Vi unos enormes ojos pintados en la torre de una gigantesca *estupa*, que resultaron ser la de Boudhanath, que parecían observarme con compasión. Me acerqué hipnotizado y me sumergí en una marea humana de devotos que circunvalaban el *chorten* girando los molinos de oraciones. Estuve horas dando vueltas hasta caer desfallecido. Cuando recuperé algo las fuerzas, me arrastré hacia un templo para orar sin descanso. Allí la lloré, porque sentí en el alma que la había perdido para siempre.

»En el avión de regreso, intenté poner en práctica lo que ella me había enseñado. Durante el vuelo, mis sentimientos eran confusos. Llegué a Heathrow, el aeropuerto londinense, y me crucé con alguien, que al no reconocer se interpuso en mi camino, y me preguntó: "¿Ya no te acuerdas de mí?" La miré con idea de recomponer en mi memoria su demacrada fisonomía: era Amanda. Hacía varios años que no la veía. La acompañaba un joven con pinta de drogata que me presentó como su pareja. Ambos se dirigían a Nueva York. Había perdido más de treinta kilos, tenía la cara envejecida y el cuerpo esquelético. De forma desafiante me confesó que había cogido el sida y que pasaba de los medicamentos. Me ofrecí a acompañarla, pero me rechazó. Le di varios números de teléfono de colegas estadounidenses que podían ayudarla, y rompió el papel delante de mí. Tuve la sensación de que quería vivir el resto de sus días de manera suicida. Supuse que buscaba un lugar alejado para morir tranquila. Sinceramente, me dio mucha pena.

Max se emocionó y agachó la cabeza. Lucía lo abrazó con cariño, y al sollozar él, la enterneció a ella. Prosiguió.

—Te confesaré que me sentí con tanta carencia de afecto, tan desamparado en aquel momento, que tuve un pensamiento loco de acompañarla. Si me hubiese besado me habría ido con ella para cuidarla, contagiarme de su enfermedad y morir juntos en cualquier rincón perdido del planeta: abrazados, acariciándonos, haciendo el amor con mucha ternura hasta compartir el último aliento de vida.

—¡Caray, sí que llegaste a quererla...!

—Sí, la quise mucho. Hace un año murió en un barrio marginal de la ciudad neoyorquina. Me enteré un mes más tarde.

—Te acompaño en el sentimiento. ¡Qué fuerte...! ¡Me dejas de piedra...! Cuando hablabas de ella, parecía que estuviese viva. Me relatabas vuestras aventuras con la misma pasión que las viviste. Ahora me has dejado tristemente sorprendida.

—¡Sí! Las personas mueren cuando las has olvidado. Cuando te relataba nuestras historias, en el fondo resucitaba recuerdos alegres y dolorosos, pero intensamente vitales. Fui a llevarle flores al Woodlawn Cemetery del Bronx donde está enterrada. Según me enteré, nadie fue a su funeral. El chico con el que estaba la abandonó cuando empezó a tener dificultades económicas y se agravaron sus problemas de salud. Me quedé desconsolado de que tuviese un final tan triste. Al regresar a Barcelona, no podía trabajar y me acordé de que existía este centro budista.

»Vine aquí e hice un retiro durante medio año. Fue mi tabla de salvación y volví a encontrar mi punto de equilibrio interior. Sospecho que en el equipaje se me colaron algunas larvas de mariposas azules del Nepal, que se han adaptado al entorno y a las que a veces se las ve revolotear en la primavera; son las mismas que en el templo te envolvieron a ti en una nube celeste.

»A partir de entonces, me propuse no volverme a enamorar nunca más, para no sufrir. El budismo me ayudó a no apegarme a nada ni a nadie, ni a las cosas materiales ni a las sentimentales. Al querer poseer y perder lo poseído, uno acaba sufriendo. Al no desear atrapar nada, significa que dejas que todo fluya. He aprendido a valorar

cada momento del presente para ser feliz, aunque sea un simple segundo, porque al siguiente, uno puede estar muerto...

Lucía, con lacónica voz, se dio cuenta de que en su afirmación de no aferrarse a los sentimientos había una forma velada de recordarle que se iba a ir, y ella quiso saber:

—¿Cuándo marchas?

—Pasado mañana. Te comenté la fecha exacta hace tiempo, aunque hemos evitado hablar del tema.

—Recuerdo que me lo dijiste, pero no quería preguntártelo para no entristecerme.

—Si sólo dependiese de mí, seguro que conseguiría delegarlo en otras personas de confianza para quedarme aquí contigo. Según los planes, debería estar allí un par de años para organizarlo todo, pero intentaré acortarlo al máximo, aunque me siento obligado, porque la idea surgió de nuestro equipo y hemos implicado a centenares de doctores de docenas de hospitales oftalmológicos de los cinco continentes y varias oenegés nos respaldan para hacer realidad esta utopía. También la empresa alemana Zeiss, el mayor fabricante y líder en óptica. Hace seis meses fui para supervisar cómo estaban acabando la construcción de los edificios de Bangalore y Bombay, y solo les faltaba la distribución interna. Las autoridades piensan inaugurarlo a principios de septiembre y se convertirá en el mejor complejo oftalmológico del sudeste asiático. Quizás el más lujoso y exclusivo de Oriente, solo para millonarios. Nuestra intención es que con los beneficios obtenidos allí podamos costear una docena de clínicas gratuitas en las zonas más míseras del país. De esa manera cuando un magnate de los negocios se opere para evitar la ceguera, devolverá la vista a mil pobres. Es una forma de compensar un planeta tan desigual, de hacer justicia, de equilibrar los hemisferios. También tenemos pensado abrir en las majestuosas instalaciones del enorme complejo hospitalario un espacio de meditación para que los ricos que residan allí mientras dure su convalecencia empiecen a ver el mundo que los rodea con otros ojos, con los del corazón.

CAPÍTULO 72

Miraron la hora y fueron al templo. Al llegar, se dieron cuenta de que eran los últimos. El maestro anunció que el mandala ya estaba acabado y los invitó a subir al piso superior. El grupo lo siguió escaleras arriba. Los novicios del monasterio de Sonada habían dedicado mañanas y tardes, durante días y horas, a hacer aquella maravillosa obra de arte que los había sumido en una forma de meditación intemporal. Aquella compleja estructura multicolor que formaba el círculo sagrado de lo absoluto, y que habían construido con tanta laboriosidad hasta alcanzar la armonía de la mente, representaba la creación del universo interno y externo. Hicieron unas plegarias ante aquel diagrama cósmico, lo borraron con las manos y mezclaron todas las arenas de diferentes colores. Entonces, el monje hizo la siguiente reflexión:

—Observad este acto como una metáfora de lo impermanente. Simboliza la transitoriedad de la existencia y la fugacidad del tiempo. No queremos darnos cuenta de que nuestros cuerpos, por muy bellos y maravillosos que son y que fueron, acabarán convertidos en polvo. Somos recuerdos de otros que serán olvidados. Estamos de paso en un efímero presente y nos creemos eternos. Esa es la trágica y triste paradoja de la vida.

El grupo regresó al templo atrapado en ese mutismo del que está ensimismado por lo que acaba de contemplar y, a la vez,

recapacita sobre la profundidad de las reflexiones que ha escuchado. Abstraídos en un proceso del pensamiento que lleva a la introspección, se sentaron en los cojines. Karma Tenpa aseguró:

—El nacimiento va unido a la muerte, porque el origen, el fin y la reencarnación en otra vida forman la rueda cíclica de la existencia, que se ha de superar para llegar al nirvana. Una experiencia trasformadora es acompañar a un moribundo, pues aprendes mucho de ti, porque te das cuenta de que todos lo somos y de que nos estamos muriendo. La primera disyuntiva es pensar si te acercas a un cuerpo que se deteriora o al ser humano que yace en él y que te habla desde el corazón con silencios y miradas elocuentes, a veces para agradecer la compañía ante la soledad y el desamparo de no tener a nadie de quien despedirse.

Con la voz empañada, continuó.

—En ese momento final, algunos se dan cuenta con tristeza de que se han quedado con muchos "te quieros" en la garganta. ¡Por favor...! No os quedéis con ninguno en la boca, ni tampoco con caricias, besos y sonrisas por dar. Vuestro amor debe fluir, ya que al darlo os será devuelto con creces, porque lo que nace del corazón siempre lleva a la felicidad.

Tras un prolongado reposo de la voz y de la palabra, el maestro confesó:

—Mi primera experiencia con un enfermo terminal, con un moribundo, no acabó bien: ¡se curó!

Arrancó una carcajada a los presentes e iluminó sus difuntos rostros atrapados en la percepción del yo temporal y perecedero. El tema de la finitud del ser provocó que Max se quedara ausente, con la cabeza perdida en los recuerdos del final de las historias de las dos mujeres a las que tanto había querido. Debía centrarse en la realidad presente. Sacó la libreta y, con su pluma de tinta azul invisible, escribió:

«Lucía es la persona que me inspira el amor más profundo de mi vida, un sentimiento que antes nunca había experimentado. Soy consciente de que tenemos una conexión espiritual, pues cuando pienso en ella noto que está pensando

en mí, de tal manera que compartimos un espacio mutuo e interior. Es una relación mística en la que hemos creado un lugar mágico y etéreo, un rincón de la mente donde nuestras almas se encuentran a cada instante y ambas se refugian por la noche para soñar los mismos sueños».

CAPÍTULO 73

Lucía notó una insondable tristeza y una enorme incertidumbre se cernió sobre sus esperanzas. Él se marcharía a la otra punta del planeta durante mucho tiempo. Había leído que los dos grandes enemigos del amor eran la distancia y la ausencia. Pensó que tenía que disfrutar las horas de dicha que aún le quedaban junto a él. El futuro era tan imprevisible como las líneas que traza el lápiz del azar y la voluntad kármica de la mano del dibujante del destino.

Antes de finalizar la clase, el monje invitó al grupo a asistir a la *puja* de las siete de la tarde dedicada a Chenrezig, o bodhisattva de la compasión. También les recordó que después de cenar, hacia las diez, haría una lectura de cuentos tibetanos en las escalinatas de la estupa. Y como alguno le había manifestado desconocer el simbolismo de dicho monumento religioso, se ofrecía para explicarlo en aquel mismo instante a quienes pudiesen estar interesados. Los asistentes salieron afuera y se formó una comitiva que fue tras el maestro hasta la estrecha escalera que conducía a la entrada del chorten.

Max y Lucía siguieron desde la distancia las explicaciones que daba y que ellos ya tenían asumidas. Una vez concluyó la disertación se acercaron a Karma Tenpa para solicitarle que al día siguiente, que era el último, les hiciese el favor de darles la Toma

de refugio, pues les encantaría que fuese él quien celebrase tal ceremonia. Asintió con una amplia sonrisa de bondad.

—¡Por supuesto! ¡Faltaría más…! Por el cariño que os tengo, me sentiría sumamente complacido de abriros la puerta de entrada al refugio de la triple joya del Budismo.

Desconcertado, el monje levantó un dedo como si pidiese la palabra y con cierta curiosidad, le preguntó a Max si él no se había comprometido antes de manera formal con dichos preceptos. Le constaba que había hecho algún retiro corto en Nepal y solía asistir a los actos litúrgicos de la *puja*, se dedicaba a diario al estudio del *Dharma* y a la práctica de la meditación, y formaba parte de la Sangha del centro.

—Comparto, aprecio y respeto con sinceridad los principios éticos naturales de estas enseñanzas —respondió Max—, las cuales me han guiado en los últimos años para tener claridad en la confusión mental y descubrir qué principios debían guiar mi conducta correcta y virtuosa de la equivocada. También me han ayudado a iniciarme por el sendero de la renuncia a los apegos egoístas y al hedonismo insaciable con el anhelo de conseguir la liberación. Pero hasta ahora no había sentido la profunda necesidad de comprometerme, quizá porque la esperaba a ella para iniciar juntos este viaje espiritual hacia el interior, siguiendo las iluminadas palabras que Buda predicó a sus discípulos, cuando les dijo: «El camino no está en el cielo, está en el corazón».

CAPÍTULO 74

Durante la cena, Blas afirmó que estaba de acuerdo con lo que había dicho el maestro durante la clase, de que se debería amar lo mortal de las personas, abrazarlas contra el cuerpo y dejarlas ir cuando llegase la hora. Konchelo, se acarició sus canosos cabellos y tomó la palabra:

—Hace años que acompaño a moribundos en el hospital de mi ciudad en Burgos, y reconozco que he aprendido mucho de la condición humana. Cuando se es consciente de que se termina la vida, uno se muestra auténtico, sin máscaras, sin apariencias, sin egos. Llegas a apreciar lo esencial de la persona que tienes delante y que quizá desconocías. Estoy de acuerdo con lo que dijo el monje: «Si tenemos miedo a la muerte, tendremos miedo a la vida, pues ambas son puertas por las que entramos y salimos». El cuerpo se descompone en el proceso biológico, pero la energía no desaparece, se trasforma. Por eso, tras ver a tanta gente fallecer y lo que me han relatado entre la agonía y el delirio en el momento del tránsito, no tengo ninguna duda de que hay vida después de la muerte.

Max y Lucía no participaron en la tertulia, pues estaban con la mente en otra parte, en el anticipo de la separación, del final, del adiós. Él le propuso en voz baja:

—¡Vente conmigo! ¡Por favor…! Buscaremos un colegio para tu hija y seguro que se me ocurrirá algo para ti. Puedes dedicarte

a practicar yoga con un buen gurú e incluso podrías profundizar en la meditación, en el aprendizaje de la medicina ayurvédica y tibetana.

—Te lo agradezco mucho, cariño, pero tengo que cuidar de mi padre.

A las diez de la noche se dirigieron con linternas a la estupa. Bastantes compañeros se habían adelantado para coger sitio en la escalinata y permanecían en absoluta quietud. Les hicieron un hueco. Cuando se aproximaba alguien, se oían sus pasos acercarse al pisar la gravilla de la explanada. Karma Tenpa estaba sentado en el primer peldaño con el libro que recomendó apoyado en las rodillas, Camino viejo, nubes blancas. De forma introductoria, sostuvo que al igual que la lectura de la poesía se debía dosificar por la densidad de su belleza, no era recomendable leer más de un par de capítulos de la obra que sostenía entre las manos, ya que estaba basada en la vida y las enseñanzas de Buda en forma de relatos, según se había recogido en diferentes sutras que trasmitían profundos pensamientos, y leyó con calma «Flauta de luz de luna» y «El bosque de bambú». No añadió ninguna aportación personal ni lúcida reflexión, porque cada uno de los allí presentes debía sacar la suya propia.

De repente, se puso a llover con fuerza. A indicación del maestro, todos corrieron a refugiarse en el templo. Tomaron asiento para continuar escuchándolo. De golpe, se fue la luz y se quedaron en penumbra, mientras una ráfaga de aire abrió las ventanas y apagó las lamparitas de aceite que iluminaban el altar. La sala quedó completamente a oscuras. El monje se puso en pie y con una cerilla encendió una especie de candil. Cerró todas las hojas de los ventanucos. Repartió velitas entre los asistentes que las acogían entre las palmas de la mano como en un acto de oración. El maestro prendió la suya y compartió la titilante llama con el que estaba sentado primero, y este, a su vez, con el de al lado, de manera que unos iluminaban a los otros. Simbólicamente trasmitió una sutil enseñanza: la luz, como el amor cuando se comparte, se multiplica.

Tras leer un par de capítulos del libro, la gente se retiró al albergue. Max y Lucía llegaron a su casita del bosque sin mencio-

nar palabra. Cierta tristeza embargaba su ánimo. Con pesadumbre se tumbaron en la cama. Sumida en el pensar y en el sentir, le comentó con cierta inquietud:

—Entiendo que el ritual de Toma de refugio es comprometerse con el camino de Buda, el Iluminado, pero, ¿eso no significará que tenga que renunciar a mi devoción por la Virgen del Pilar?

—Por supuesto que no —le dijo él—. Eso no debe preocuparte. Los santos de otras creencias, de una manera u otra, llegaron a la iluminación al alcanzar estados elevados de espiritualidad. En la mística de las religiones se encuentra la esencia de la divinidad a la que todas convergen.

Cuando se hizo de día se dieron cuenta de que no habían pegado ojo durante la noche. Intentaron disimular y cumplir el ritual de besarse, pero no con la misma alegría que antes, pues era su penúltima vez. Cogidos de la mano, él la llevó hasta encima de la cueva de las luciérnagas, donde unas cavidades en la roca formaban unas charcas naturales, donde se bañaron echando en el agua de la lluvia pétalos de loto. Con parsimonia se secaron con un par de toallas nuevas y se enfundaron un albornoz. Descendieron con cuidado, cogidos de la mano, para no resbalarse con el musgo. En el armario tenían colgados el atuendo con el que irían a la ceremonia. Él llevaría un elegante kurta hindú, camisa larga hasta los muslos, de algodón blanco, y un shalwar, pantalón a juego. Ella se iba a poner un elegante vestido de gasa color marfil que había comprado *in extremis* la tarde anterior en una tienda de Graus. La prenda era tan holgada y vaporosa, que cuando levantaba las manos, las mangas se extendían como unas alas. Parecía una mariposa a punto de alzar el vuelo. La demora en acicalarse les hizo perderse el desayuno, aunque tampoco hubiesen tomado nada, ya que cierta ansiedad latente les encogía el estómago. Era un día importante, ya que iban a hacer algo juntos por primera vez: un acto de compromiso con la religión y filosofía budista.

Antes de salir de casa, él le recordó que le faltaba un detalle: untó el dedo corazón en un pequeño cuenco lleno de un polvo rojizo denominado *kunkun*, con el que le marcó en la frente la tika del tercer ojo. Y le dijo: —Ahora, ya puedes ver.

Fueron directamente al templo. El maestro entró puntual. Iba a ser la última sesión del curso. Les invitó a relajarse, ya que les guiaría en una visualización. Más tarde el monje afirmó: «Cada uno de vosotros, debéis apaciguar la tendencia a dañaros mutuamente. Poned fin a las emociones conflictivas. Visualizad que tendéis la mano y ofrecéis un cojín a vuestro enemigo. De momento dejará de serlo. Y si os fijáis en todos sus aspectos positivos, veréis que quizá cuida de su familia, se preocupa de sus compañeros, hace favores a sus vecinos y es generoso con asociaciones de ayuda a los más necesitados, por lo que su relación con el universo está en armonía. Si os centráis en ver su luz, acabaréis viendo la vuestra».

Inspirado, el maestro indicó:

—Al ser la última clase, os recomiendo que viváis cada momento del día siendo conscientes de ese tiempo, que os centréis en él y así lo gocéis plenamente. No podéis vivir de los recuerdos del pasado ni en las expectativas del futuro, no existen. En la meditación solo hay presente, por eso es tan recomendable que practiquéis a diario, porque os centrará la atención, y para ello se hará imprescindible buscar un espacio tranquilo y un tiempo propio, personal, en el que os podáis encontrar con vosotros mismos. La práctica os expandirá la conciencia, mejorará vuestra vida y la de los demás al ayudaros a viajar a las profundidades del ser y a encontrar vuestra esencia más pura.

El maestro sugirió meditar durante un cuarto de hora y que como era habitual, se concentrasen en la inspiración y expiración. Golpeó el cuenco y el eco del sonido se diluyó en el silencio. Trascurrido dicho período, recordó que era el momento de hacer el descanso que realizaban siempre de veinte minutos a las doce, y que precisamente aquel día estaba muy contento porque iba a celebrar la ceremonia de la Toma de refugio para dos compañeros que lo habían solicitado. Que los que quisieran quedarse estaban invitados, pero que el resto hiciese el favor de salir para guardar una cierta intimidad y respeto.

El monje invitó a Max y a Lucía a que se acercaran para sentarse enfrente de él. Un grupo de amigos se colocaron detrás y formaron medialuna. El maestro afirmó que dicho ritual servía

para crear una casa, un espacio donde protegerse, cobijarse y encontrar amparo. Afirmó que aquel era un acto de iniciación que llevaba a la mente al despertar. No significaba una unión permanente e inquebrantable con dicha religión, pues algunos luego habían vuelto a profesar otras creencias, sabiendo que la puerta de la compasión del budismo siempre estaba abierta para volver a entrar. Dispuesto a reafirmarse, dijo que el lama Thubten Yeshe había escrito: «Entrar en el refugio es un proceso que comienza con el descubrimiento de nuestro propio potencial ilimitado... Y este genera un tremendo fervor para el desarrollo de nuestra innata sabiduría...».

Karma Tenpa comentó que debían estar concentrados en la ceremonia para recibir la esencia de los preceptos con humildad. Era un acto de pureza y aceptación de las tres joyas que representaban las cualidades de la esencia humana, como el primer paso que daban en el camino hacia la iluminación, el cual los llevaría a la liberación del sufrimiento y al logro de la felicidad propia y ajena.

A continuación les comentó que tenían que repetir tres veces la oración que recitaría para guiarlos. Empezó el monje, y ella lo siguió repitiendo sus palabras. A continuación le tocó a él.

—Por toda mi vida, yo, Max Sintra González, tomo refugio en el Buda desde este día hasta el final de mi vida, tomo refugio en el *Dharma* desde este día hasta el final de mi vida, tomo refugio en la Sangha desde este día hasta el final de mi vida.

Y de forma imprevista e inspirada, Max se dirigió a Lucía, la miró a los ojos, le cogió de la mano y le dijo:

—Y también: Quiero tomar refugio en tu corazón, desde este día hasta el final de mi vida.

Ella en ese momento se emocionó y con la voz empañada repitió la misma frase, besándole con ternura ante la cara atónita del religioso, que no supo qué decir. Con una sonrisa santificó aquella unión sentimental, en la que ambos iniciaban juntos un camino espiritual.

Entonces el monje, que estaba a punto de levitar ante aquella ceremonia que se había convertido en una boda, bendijo aquel amor al ponerles la kata o bufanda de seda blanca de bienvenida

a dicha confesión a cada uno, y otra más larga sobre los hombros de los dos como un símbolo de unión. Y les dijo de forma improvisada:

—Que encontréis la dicha en cuerpo, palabra y mente. Que vuestra unión os ayude a perfeccionar vuestro amor, bondad y compasión hacia todos los seres hasta alcanzar la iluminación. Deseo que vuestra mente descanse en el corazón, porque es su verdadera morada, y que os dé refugio para que seáis muy felices el uno en el otro, ahora y para siempre.

CAPÍTULO 75

El monje propuso recitar el mantra *prajnaparamita* para finalizar la clase, que era el más adecuado, ya que al resonar desarrollaría el despertar del *sutra* del corazón que iluminaba el auténtico amor. Y sugirió repetir: *Gate gate parasamgate bodhi svaha*, a medida que hicieran correr las cuentas del contador de oraciones.

Como conclusión del curso, el maestro dijo, más o menos:

—Recordad que la práctica de la contemplación y la perseverancia en la acción de meditar os hará ver los problemas que rondan a la mayoría de las personas: obsesiones, apegos, expectativas, deseos e insatisfacciones. Los minutos, los días, los meses pasan, y con ellos, la vida. Por eso, es importante tomar consciencia de la fugacidad del tiempo para cambiar y hacer de la experiencia vital algo valioso para uno mismo y, también, para los demás. Así pues, la idea del practicante al observarse desde fuera le hace ser más flexible, más cálido y más sencillo. Y le hará sospechar que puede haber otra manera de estar y de comprender el mundo. Nuestros conflictos nos acarrean enormes pesares que nos llenan y desbordan de sufrimiento, porque todo lo vivimos como si fuese un melodrama. Y si los observamos desde otra perspectiva, las cosas no son como las estamos experimentando. Es el momento en que necesitamos realizar el primer desprendimiento de las emociones negativas. Luego, el abandono de las ideas

extremas de éxito o fracaso que llevan implícita la esperanza de obtener logros y el temor de no conseguirlos. Y por último, el proceso de desaferrarse del ego, para no conjugar el mundo en primera persona que se traduce en nuestra infelicidad y en la ajena. Es necesario aparcar en la cuneta el egocentrismo para subir a nuestro autobús sin equipaje, yendo hacia el fondo para dar posibilidad a que otros suban y tengan sitio en nuestra vida. Ese objetivo solo se alcanza al hacer espacio en la mente y en el corazón, y así dar cabida a que los demás encuentren en nuestro interior un refugio.

El maestro dio por concluido el curso. Sugirió que como una buena parte de los asistentes se tenían que marchar enseguida, y otros, después del almuerzo, podían hacerse la foto de grupo en aquel preciso momento. Les recordó que los que pudiesen demorar su vuelta a casa hasta el día siguiente, les podría ir bien, porque por la tarde pensaba enseñarles la *shedra,* pues dicha visita quedó pendiente el día del alud. De paso, les propuso participar por la noche en la celebración de una ceremonia nocturna alrededor de la *estupa* como despedida de los lamas, rinpochés, khenpos y monjes del monasterio de Sonada que habían estado allí invitados durante unas semanas.

La noticia de que Max y Lucía se habían comprometido sentimentalmente en una especie de boda improvisada en la Toma de refugio, corrió como la pólvora. El grupo posó delante del altar junto a Karma Tenpa para hacerse las instantáneas, que se alargaron bastante, ya que la mayoría deseaba tener un recuerdo con su cámara digital o teléfono móvil.

Una vez dieron por concluido el acto, muchos se apresuraron a salir, mientras un grupo de residentes abordó a la pareja de novios con el propósito descarado de entretenerlos. Cuando salieron, una lluvia de pétalos de flores de loto les llovió del cielo, mientras recibían un sinfín de felicitaciones. Los abrazos fueron continuos y muy afectuosos, pues algunos habían vivido aquella historia de amor desde el principio, cuando él era el profesor de yoga y ella su alumna preferida. Fueron casi en procesión hasta el albergue. Los de la cocina improvisaron a marchas forzadas

un pastel con la intención de celebrar el imprevisto enlace. Las enhorabuenas se repitieron durante el almuerzo y la sobremesa. Por la tarde, se entristecieron al despedirse de muchos, aunque se intercambiaron las direcciones de correo electrónico. Eso dejaba la puerta abierta a no perder el contacto. Algunos optaron por retrasar la partida hasta la mañana siguiente y negociaron con Julia una prórroga del alojamiento.

Por la tarde, ellos se fueron a la cabaña a descansar un poco. Empezaba a oscurecer cuando llamaron a la puerta. Era Pilar que traía un enorme paquete de cartón blanco que pesaba muy poco y que acababa de llegar por mensajería urgente. Max le agradeció la premura en traérselo. Lucía se levantó adormilada, pero llena de curiosidad. Él se lo entregó y le dijo que era un regalo. Como una niña tras la visita de los Reyes Magos, desanudó los lazos y abrió la caja con ilusión infantil, y se quedó sorprendida y maravillada al ver un precioso vestido. Era un sari drapeado de seda transparente de color violeta; el escote, las bocamangas, la cintura y el borde inferior, *daaman*, estaban elegantemente bordados con incrustaciones de diamantes, zafiros y piedra de luna. Enseguida se lo puso para ver cómo le quedaba. Parecía una princesa de un cuento de hadas, quizá la misma que se escapó de un palacio de Katmandú.

A las diez de la noche, la comunidad entera se concentró al aire libre alrededor de la *estupa* principal, que estaba iluminada por miles de candiles colocados en los peldaños de la escalera. Enfrente habían formado un pasillo por donde los asistentes avanzaban con unas velitas que, al acercarlas a la llama de la lámpara frente a la imagen de Buda, prendían para que así su luz encendiera simbólicamente la suya. De pie se esperó a la comitiva religiosa. Los asistentes a su paso hicieron las oportunas reverencias. Tomaron asiento sobre unos cojines y un penetrante olor a incienso empezó a envolver la atmósfera y a elevar la receptividad de los presentes. Se inició la lectura de textos y con el recitado de los mantras, la energía se empezó a concentrar a medida que se repetían con más intensidad y devoción. Los presentes entraron como en un estado hipnótico de consciencia colectiva que aspiraba a la trascendencia. El suelo parecía retum-

bar, mientras los pesados molinillos de oraciones giraron como si una mano invisible los acariciara y repitieran con su sonido metálico las mismas oraciones. Precisamente, aquella noche no se había levantado ni una leve brisa. La energía del sonido de docenas de caracolas, tambores, platillos y trompas se esparció por el valle, junto al canto de centenares de gargantas. Un escalofrío les recorrió la columna vertebral al sentirse vibrar por dentro, ya que los cuerpos resonaban como ánforas vacías en las que se multiplicaba el sonido de un ejército de almas que buscaban liberar la mente. Los novicios del monasterio de Sonada empezaron a repartir unas grandes bolsas de papel blanco, y al abrirlas se descubría que unas tiras se entrecruzaban en el centro uniendo la apertura, sitio donde los monjes empezaron a colocar unas lamparitas para mostrar su tradición. A medida que el aire de las bolsas se calentaba las hacía ascender como enormes faroles hacia el espacio dispuestos a iluminar con nuevas estrellas el cielo.

Tras un buen rato de mirar hacia arriba extasiados ante aquel bello espectáculo, y de ver cómo a determinada altura desaparecían sus intermitentes destellos, Max propuso a Lucía subir a La Encina para despedirse juntos del emblemático lugar. Sin pensarlo y cogidos de la mano se escabulleron y dejaron a los compañeros entretenidos y embelesados en continuar enviando aquellos farolillos que con suma lentitud ascendían dispuestos a desvanecerse en la oscuridad de la noche.

Llegaron a la cima sin aliento. Un cúmulo de emociones le brotó a Lucía del alma al sentir que había sido el segundo día más bonito de su vida, ya que el primero fue cuando con él hizo el amor allí. Era consciente de que les quedaban pocas horas para estar juntos y no debía apegarse a nada ni a nadie si deseaba sentirse libre de las ataduras de las emociones, pero una sensación de soledad previa le embargó el ánimo. Raudo, él se apercibió de su estado y la abrazó por la espalda. Se amaron como la primera vez. No vieron ningún gusanito de luz, pero tenían grabado aquel recuerdo mágico para siempre en su retina y en su memoria. Estuvieron cobijados, el uno en el otro, hasta que el valle quedó en calma y empezó a refrescar.

Debían ser las tres de la madrugada, cuando decidieron bajar a oscuras y dejar que la luz de la luna iluminase el camino. Al pasar cerca de la *shedra* y apoyar la mano en el tronco de un árbol, él notó una vibración extraña que parecía surgir del suelo. Se agacharon, pusieron la oreja sobre las raíces de un pino negro y oyeron un retumbar que les guió hasta el mágico edificio. Con sigilo se colaron por una de las ventanas y bajaron hacia el sótano de donde provenía el sonido. En una sala estaban los lamas, medio difuminados en la penumbra, sentados en el suelo formando un círculo. En medio, un monje con los ojos cerrados que recitaba sin parar viejos y secretos mantras. Era Karma Tenpa, cuya humildad le hacía ser el epicentro espiritual de aquella ceremonia. La estancia estaba llena de lámparas, velas e incensarios, de los que se desprendían hilos de humo que se elevaban en forma de espiral de diferentes colores, y creaban esferas en el aire que curiosamente se concentraban alrededor del monje, como si fuesen planetas de una gran variedad cromática que se movían y dibujaban órbitas elípticas alrededor de su sol, de su estrella, de su luz. Acomodado en la posición del loto, sobre sus palmas abiertas hacia arriba y apoyadas en las rodillas reposaban dos lunas de niebla celeste que no paraban de dar vueltas sobre sí mismas, atrapadas en un acelerado movimiento de rotación. Parecía que él soportaba sobre sus manos abiertas los mismos mundos ingrávidos y en armonía que ya sostuvo una vez, y que le ayudaban a mantener en equilibrio su universo interior. A partir de entonces, le bautizaría con el sobrenombre del monje de las estrellas.

CAPÍTULO 76

Por la mañana temprano, Max hizo el equipaje deprisa, de forma precipitada, y juntos fueron hacia el aparcamiento. No sabían cómo separarse y se besaron los labios con ternura. Ella, con la mejilla apoyada en su pecho, rompió a llorar, mientras él la consoló acariciándole el cabello. Subió al auto con una pena que le licuaba los ojos. Lucía le dedicó una triste sonrisa, mientras con los dedos de la mano formaba un corazón que puso a la altura del pecho, sobre su chal celeste que la brisa hizo temblar, y con un gesto pareció entregárselo en la distancia. En la memoria de la retina de Max, quedó grabada para siempre la sensación de ver latir su corazón de loto azul.

Pasó un rato y ella no pudo resistir su ausencia. A medida que transcurrían las horas se iba asfixiando, le faltaba el aire, necesitaba sentir su energía vital. Cualquier rincón de la casita del bosque le recordaba a él y se le multiplicaba su soledad. No podía permanecer allí ni un minuto más, pues la angustia le envenenaba el ánimo. Hizo el equipaje, fue a las oficinas y le explicó a Julia que no podía quedarse al nuevo curso. La chica enseguida lo entendió y al notarla compungida le dio un cariñoso abrazo. Con una congoja en la garganta, marchó hacia Zaragoza dispuesta a guardar en su corazón las emociones y sentimientos de aquel maravilloso verano en el que volvió a creer en el amor.

A media tarde, llegó a su casa con ganas de aislarse del mundo. Las persianas estaban bajadas y la habitación en penumbra. Dejó con desgana las bolsas de viaje en el recibidor y se tumbó en la cama. Estuvo varias horas dando vueltas sin poder dormir, con la mente abstraída en los recuerdos hasta que cayó en una duermevela. De repente sonó el teléfono móvil y al cogerlo y comprobar que era un número desconocido, pensó que era alguien que se equivocaba. Vio por la ventana que ya se había hecho de noche. Al dejar de sonar, fue a apagarlo, para que la dejaran tranquila. En ese momento, volvió a sonar con la misma insistencia que antes. Entonces, a desgana contestó:

—¿Diga…? ¿Diga…?

—¡Cariño…! ¡Soy Max…! ¡Ya he llegado…!

—¡Qué dices, cariño mío! ¿Ya estás en la India?

—¡Sí! ¡En la capital, en Nueva Delhi!

—¡Increíble...! ¡Qué rápido...! ¿Cómo estás...?

—Bien, pero muerto de cansancio. Han sido más de doce horas de vuelo desde Barcelona con una escala incluida.

—¡Espera...! —dijo ella, y añadió—: En la pantalla marca que son las diez de la noche.

—Sí, aquí son las dos y media de la madrugada. Tenemos una diferencia horaria de cuatro horas y media. ¡Ves como no estamos tan lejos! —contestó él con entusiasmo al detectar que estaba algo decaída.

Lucía no salía de su asombro al comprobar que ya estaba allí y en tan poco tiempo, y le preguntó:

—¿Has tenido buen viaje?

—El vuelo ha ido muy bien, porque los aviones de Qatar Airways son muy cómodos. El único inconveniente fue tener que hacer una pequeña escala en Doha. Y a ti, ¿cómo te ha ido la primera y maravillosa clase de chi kung?

Todavía sorprendida y alborozada al oírle tan cerca, como si estuviera a su lado, le confesó la verdad con voz apagada:

—¡Cielo, lo siento! Ni he empezado. Me he quedado como ciega, porque tú eres mis ojos. No he podido soportar estar sin ti ni una sola tarde, se me caían encima las paredes y los árboles del bosque.

He regresado a casa. Durante el viaje no he parado de llorar. Siento un nudo enorme en la garganta que no me deja ni respirar. Te necesito a mi lado. Estoy tumbada en la cama, porque me noto abatida y sola como nunca. Esta separación va a ser muy difícil de llevar. Veo que voy a sufrir mucho al tenerte tan lejos.

—No te preocupes... ya ves que estamos muy cerca. En un mismo día podemos cambiar de continente casi sin darnos cuenta. El mundo cada vez está más unido e interrelacionado a través de los vuelos y las telecomunicaciones.

Ella, apesadumbrada, declaró:

—¡Te extraño mucho, más de lo que piensas! Solo hace unas horas que no te veo y me parece que hubiesen pasado semanas.

—¡Escucha, no te preocupes, cada noche nos podemos conectar! —propuso él con la vitalidad desbordante que lo caracterizaba, y añadió—: Tenemos la posibilidad de vernos y hablar por Internet a través de videoconferencia, enviarnos mensajes y chatear. Incluso hasta es posible, si nos empeñamos, en conseguir lo más difícil: escribirnos cartas de las que van en sobre y franqueadas con sello. Mañana te indicaré que programas tienes que descargarte para activar la webcam. Ahora debemos conseguir, aunque sea en la distancia, mantener vivo nuestro amor.

—¡Te quiero…! Y gracias por animarme, pero aun así, ¡te echo tanto de menos…! —dijo ella intentando disimular la pena que anudaba sus cuerdas vocales.

—También yo te echo mucho en falta —adujo él como prueba de la añoranza que le resquebrajaba el ánimo, y antes de derrumbarse en pedazos, dijo—: Gracias a que tengo en el teléfono móvil un montón de fotos tuyas, y que no he parado de mirarlas, se me ha hecho el viaje más corto. ¡Ah, por cierto, me llevé tu almohada para que por las noches me haga compañía y sienta que estás a mi lado!

—¡Cariño, yo hice igual...! ¡Tenemos trasmisión de pensamiento…! ¡Cogí la tuya porque tiene tu olor! —respondió ella con una sonrisa al haber coincidido en el mismo detalle.

Max esgrimió con humor:

—¡Así mi aroma envolverá tu piel y sentirás que duermes conmigo y no con el vecino!

—¡Je, je, je...! ¡Qué gracioso...! ¡Ni loca te cambio...! —dijo ella con una sonrisa.

—¡Oh...! ¡Cuidado, con la enajenación que lleva a la locura del querer...!

—¡Sí, ahora, como te has ido, me buscaré otro profesor de yoga que me cuide y me trate mejor...! —respondió ella dispuesta a darle un poquito de celos.

—¡Ni se te ocurra! Me presento allí, me pongo a practicar la patada voladora del chi kung y no dejo títere con cabeza.

—¡Je, je, je! ¡Eres tremendo! Hace un rato lloraba en soledad y ahora me siento acompañada por tu forma de reír.

—Te llamo mañana, que se me ha acabado el crédito de la tarjeta. ¡Fíjate, llevamos un buen rato hablando! Un besico — concluyó.

—¡Sí, llámame con señales de humo, que son gratis! —le insinuó ella, enfadada y con ganas de recriminarle que no fuera a ser tacaño, devoto de la virgen del puño.

—¡Cariño, que me he quedado sin una rupia y la tienda de telefonía que vende las tarjetas ha cerrado! —se justificó.

Ella, que ya se había levantado y estaba estirada en el sofá del comedor, dispuesta a hablar con él la noche entera, se molestó que la llamada fuese tan corta y le dijo:

—Me voy a cenar. Te quiero mucho.

—Yo también.

—¿También me quieres?

—¡No! También me voy a cenar.

—¡Qué gracioso! Tú siempre de broma. ¡Un beso, mi guía…! ¡Qué descanses mucho…! ¡Te amo! —se despidió ella un poco más confortada. El apasionamiento que en forma de energía positiva le trasmitió él por teléfono, a más de siete mil kilómetros de distancia, la volvió a ilusionar con su particular encanto. Fue a la cocina, pero no tenía hambre. Regresó al dormitorio, sacó la almohada de la bolsa, la puso en el cabezal y durmió cogida a ella como a una tabla de salvación, dispuesta a partir de entonces a soñar sus mismos sueños.

CAPÍTULO 77

Por la mañana, Lucía fue a la herboristería donde trabajaba para saludar a su amiga Silvia, la dueña, que enseguida percibió que estaba más radiante de lo que era habitual. En broma, le dijo que a partir de entonces cuando la mirara se iba a poner gafas de sol, porque no quería quedarse ciega con su resplandor. Presurosa la invitó a cenar con la curiosidad de saber cómo le habían ido las vacaciones y descubrir la razón de tanta felicidad.

Durante la velada, ella le detalló con entusiasmo su experiencia en Panillo, donde se había enamorado de su profesor de yoga. A partir de ahí, Silvia, fascinada por cierto romanticismo, le hizo un interrogatorio de primer grado preguntándole hasta el más mínimo detalle. Lucía le explicó que ambos se comprometieron en una ceremonia budista que se convirtió en una improvisada boda. En los postres, él la llamó al móvil y hablaron un rato. La otra no perdía palabra y hacía simpáticas muecas como si se comiese al novio a besos. Le comentó que estaba cenando con una amiga y quedaron para el día siguiente. Ellas continuaron con la cháchara hasta que los camareros del restaurante con amabilidad las invitaron, en reiteradas ocasiones, a abandonar la mesa de una vez, pero no hicieron caso. Pusieron la calefacción a la máxima temperatura para derretirlas, y no hubo manera. Apagaron las luces, antes de llamar a la policía para que las desalojasen acusadas de okupas, y

ellas proseguían con sus confidencias a oscuras. El dueño, harto de las dos parlanchinas, llamó a los bomberos, mientras simulaba un incendio al prender fuego a un par de cortinas viejas regaladas por su suegra. Y por fin, salieron ante el humo que les hacía toser y les impedía hablar. Estaban tan abstraídas en la historia que hubieran estado allí hasta la madrugada. A lo lejos se oyó el pulular de las sirenas, mientras el local ya ardía por los cuatro costados. En la calle, ajenas al destrozo que habían causado sin querer, siguieron con su palique. Vieron un banco en una plaza y allí se sentaron dispuestas a seguir con su apasionada conversación. Lucía comentó que quería impartir clases de yoga, pero necesitaba aprender un poco más y profundizar en las múltiples técnicas. Entonces le propuso trabajar media jornada para tener las mañanas o las tardes libres. De esa manera, al disponer de tiempo podría hacer algunos cursos que le permitiesen formarse mejor y coger la seguridad necesaria para empezar lo antes posible. Sentía que necesitaba hacerlo, como si hubiese descubierto su verdadera vocación. Silvia aceptó con la condición de que deseaba ser su primera alumna y socia, ya que al tener la herboristería y llevar años dando sesiones de acupuntura en la trastienda, podían complementarse muy bien. Incluso estaba dispuesta a pagarle los talleres y seminarios que necesitase, pues tenía mucha fe en su amiga y al verla con aquel entusiasmo desbordante, quería ayudarla a hacer realidad su proyecto vital. Ambas se abrazaron con cariño sellando el acuerdo.

Al día siguiente, Lucía fue al centro budista Kagyü Dag Shang Kunchab, en la calle Gascón de Gotor, que dependía del DSK, donde se apuntó para realizar las prácticas de Chenrezig o Buda de la gran compasión. También hizo la inscripción a un curso de *shiné* o calma mental. Telefoneó a Blas, que ya estaba en Zaragoza, para que la ayudase a profundizar en el hatha yoga, y quedaron esa misma tarde.

Por la noche, cuando le explicó a Max todo lo que había hecho durante el día, se puso muy contento al ver que ponía tanta ilusión en su aventura, pues iniciar aquel camino de autoconocimiento la llevaría a sentirse realizada. Él le recordó que cuando fueron a la consulta del doctor de medicina tibetana Ngawang Thinley,

Semki Amchi, en Panillo, les dijo que percibía en ella una gran capacidad sanadora y que podía ayudar a mucha gente a encontrar su equilibrio físico y emocional. Konchelo, maestro de *reiki*, manifestó algo similar cuando sostuvo que la luminosidad que ella desprendía de forma natural podía tener efectos terapéuticos. Y que él mismo, desde el principio, aunque su opinión no fuera demasiado objetiva al estar enamorado de ella, le había manifestado en varias ocasiones que de forma innata era una mujer que transmitía una energía espiritual que serenaba las angustias del alma.

CAPÍTULO 78

El último fin de semana de agosto, Lucía fue a buscar a Jaca a su hija y a su padre, para compartir con ellos unos días juntos. Los tíos y primos la encontraron radiante, con una exuberante alegría y un entusiasmo contagioso. Parecía que hubiese rejuvenecido diez años de golpe. De forma pletórica, les explicó sus proyectos inmediatos. Quiso disimular sus sentimientos, pero no pudo guardar el secreto y les reveló que durante el verano se había enamorado de una persona maravillosa. Con regocijo la felicitaron y la pequeña Luz, alborozada, quiso conocerlo enseguida, por lo que tuvo que explicarle que se lo podría presentar a través de videoconferencia, pero físicamente aún tardaría algún tiempo, porque estaba realizando una misión de ayuda humanitaria en la India.

Durante las siguientes semanas tuvo que hacer un montón de combinaciones hasta organizarse el trabajo, las clases de formación y el cuidado de la familia. Silvia, su jefa, que la vio desbordada, le dijo que le mantenía el sueldo completo, y le concedía unos meses sabáticos, que más tarde se cobraría con intereses. A continuación, soltó una carcajada, pues mantenía la intención de embarcarse con ella en su aventura. De paso, le presentó a una sobrina que había contratado a jornada completa para que la sustituyese, por lo que podía dedicarse con tranquilidad a su preparación.

Las dos primas de Lucía, que eran gemelas y vivían en Huesca, se matricularon en la Universidad de Zaragoza y preguntaron a su tía si las podía alojar. Ella aceptó a cambio de que le ayudasen en las tareas domésticas. También a cuidar de su hijita Luz, llevarla al colegio y, de paso, echarle una mano con su padre. Las chicas aceptaron gustosas, porque encima se lo podían combinar muy bien, pues una tenía clases por la mañana y la otra, por la tarde. Parecía que el destino empezaba a jugar a su favor y eso la animó. Las muchachas, que eran muy cariñosas, inteligentes y responsables, enseguida se instalaron en casa de su queridísima tía. Estaban tan entusiasmadas por vivir en la capital e iniciar la carrera, que mostraron su buena disposición a cooperar en lo que fuera menester. Parecía que había entrado una doble ráfaga de aire puro, cargado de esa rebosante energía vital innata de la juventud.

La oportunidad que se le brindaba a Lucía la animó a ponerse en contacto con Chelo, la profesora que conoció en Panillo, para profundizar en la práctica de los diferentes yogas y meditación budista. De paso, quedaron en su centro para buscar la mejor combinación horaria. Se encontraron temprano y la profe al ver las prisas que tenía por empezar cuanto antes, decidió iniciar las clases al día siguiente. Luego, se pusieron a recordar las anécdotas de aquel verano y se les hizo tarde, por lo que fueron a almorzar unas exquisitas tapas en el famoso bar 3 Elementos. Coincidieron con un grupo animado de joteras que venían de ensayar los preparativos de las fiestas del Pilar. Como ambas iban de vegetarianas, el Guille, el dueño, les recomendó el plato denominado cabra pastando, que combinaba un pequeño prado de endivias y lechuga con rulo de queso de cabra templado y nueces al vinagre de miel. Y de entrante, una sinfonía verde, compuesta por calabacín, espárragos trigueros, tomates, ajos tiernos, cebolla y pimientos a la plancha. La simpática Arancha, que trabajaba allí, enseguida salió de la barra y les sirvió los platos que habían pedido. Durante la conversación se hicieron confidencias y fraguaron una buena amistad. Al ver a Lucía tan animada por aprender tanto, la yogui aprovechó para proponerle iniciarla en la aplicación de los tratamientos de acupuntura, medicina tibetana y ayurvédica, pero ella los descartó, ya que no deseaba agobiarse por querer abarcarlo todo.

A medida que asistió a sus clases, Chelo pudo comprobar su grado de compromiso y empezó a prestarle libros que le ayudasen a complementar su formación. Así incorporó a su lectura obras que recogían enseñanzas del *Dharma* y reflexiones sobre la filosofía budista de su santidad el Dalái Lama, Matthieu Ricard, Khandro Rinpoché, Juan Manzaneda, Raimon Panikkar, Dzigar Kimgtül e Yves Ranguin, entre un sinfín de sabios maestros que la guiaron a profundizar en el conocimiento desde otra dimensión. Gracias a la práctica continuada de la meditación en el dormitorio de su casa, pudo conseguir una apertura de conciencia. Estaba convencida de que había iniciado un camino hacia su esencia más pura que la estaba trasformando.

Los domingos por la mañana, como era habitual, acompañaba a su hija y a su padre de paseo al real monasterio de Santa Lucía, en el barrio de Casablanca, junto al Hospital Militar para asistir a misa. Era amiga de una de aquellas monjas de la Orden del Cister. Desde pequeña las había visto con el nacarado hábito y por eso le inspiraban confianza, a diferencia de las dominicas, que vestían de negro y le daban cierto respeto y temor. A ella le gustaba asistir a dicha iglesia porque era discreta, acogedora y tranquila. Encima le llenaba de placidez escuchar las nítidas voces de las dieciséis religiosas al entonar sus cánticos. Siempre le fascinó que sobre el altar colgase la hermosa paloma de plata, en cuyas entrañas se escondía el sagrario, por lo que el cura tenía que elevar las manos para sacar las obleas y celebrar la eucaristía. En cierta ocasión, estaba mal cerrado el compartimento de las sagradas formas y cuando el sacerdote juntó las palmas de las manos, en forma de cuenco, abiertas hacia arriba, empezaron a caerle las hostias encima, mientras intentaba pillarlas al vuelo. Un turista italiano se quedó tan sorprendido ante aquello que no paró de exclamar que acababa de presenciar un milagro al ver llover pan de los ángeles del cielo.

Al concluir la ceremonia, Lucía fue a saludar, como de costumbre, a la abadesa, María Inmaculada Gay Serena, para saber cómo se comportaba su hija en las clases de catequesis a las que iba un par de tardes a la semana. La respuesta siempre era la misma, excelente, junto a comentarios elogiosos. Después, mientras el señor

Rodrigo se sentó a descansar en un banco del templo, aprovechó para conversar con sor Felicitas, la mujer más bondadosa que había conocido en su vida y con la que tenía una gran confianza. En aquella ocasión le explicó a grandes rasgos que estaba enamorada y recibió su enhorabuena. Restó importancia a que estuviese iniciándose en el mundo del budismo, y le confirmó que en el fondo la bondad, la compasión y el amor que promueve dicha religión es algo compartido por la mayoría de las creencias, lo difícil es practicarlo a diario. Ahora Lucía tenía la convicción, tras la charla con sor Felicitas y las reflexiones de Max, de que en el camino de la espiritualidad las diferentes creencias y religiones están conectadas a medida que se alejan de los aspectos más terrenales, donde predomina el ritual y el dogma, y se aproximan a los territorios más místicos, en los que se halla la esencia divina del ser.

CAPÍTULO 79

Lucía acababa tarde las clases de yoga y meditación, por lo que se hizo difícil conectarse a diario con su amado. Y sin querer, la diferencia horaria desplazó las videoconferencias a los domingos. Entonces, se ponían al corriente de cómo les había ido la semana y se explicaban mil anécdotas que les hacía conversar durante horas. Así, a través de la cámara del ordenador conoció a la simpática Luz y charlaba con ella y de paso le preguntaba cómo le iban los estudios, su relación con los compañeros de clase o qué libros de cuentos leía y cuáles le gustaban más. Ante la *webcam* desfilaron el padre, que lo felicitó por la maravillosa labor que llevaba a cabo de manera altruista, y los tíos, primos y amigas de ella, que cogieron la costumbre de reunirse en las sobremesas dominicales para tomar un café, un té o un chocolate deshecho. Los convidados aprovechaban para degustar los pasteles que Lucía encargaba a una vecina que trabajaba de funcionaria en Daroca. La mujer tenía la costumbre de pasarse a menudo por el convento de las dominicas de Nuestra Señora del Rosario, donde compraba los deliciosos dulces que elaboraban las monjas bajo supervisión de la prestigiosa repostera sor Isabel, que había escrito un libro sobre el tema con mucho éxito de ventas en toda España. Como un panal de rica miel, se reunían los golosos en casa de Lucía y lo probaban todo: las perrunillas al estilo del

monasterio de Piedra, los buñuelos de San José, bizcochos de Calatayud, las crespillas del Pirineo, las teresicas con confitura de frambuesa, los suspiros de monja y los tocinicos de cielo. Dejaban la bandeja limpia como una patena, miraban el reloj y jugaban a descontar la diferencia horaria con Nueva Delhi para conectar el ordenador y conversar un rato de manera distendida con Max. Con mucha paciencia y amabilidad, él les explicaba cómo le iba por allí y las historias más sobresalientes que había vivido en los últimos días. Una tarde les confesó que les hablaba desde la ciudad de Bangalore, la Silicon Valley de la India, con más de ocho millones de habitantes, donde tenían dos hospitales oftalmológicos: uno de lujo para los socios y directivos de multinacionales informáticas, de telecomunicaciones, investigación nuclear, militar e ingeniería aeroespacial entre otras, gente con sueldos millonarios que vivía en mansiones, presumía de coches deportivos y se trasladaba a la empresa en helicóptero para evitar el colapso del tráfico; y el otro, en uno de los más de seiscientos barrios pobres de la urbe, donde las familias se hacinaban en casuchas cubiertas con tendejones en la más pura miseria y vivían de la inmundicia. Con los beneficios que obtenían de la zona opulenta, no solo costeaban tratamientos oftalmológicos gratuitos en la zona desahuciada, sino que habían organizado comedores sociales e iban a construir un orfanato, ya que había muchos niños que deambulaban abandonados por las calles. Y comentó que con lo que pagó un cliente adinerado por una complicada intervención quirúrgica, habían podido costear la comida de más de mil personas durante un mes. Y giró el ordenador para enseñarles donde estaba, y añadió:

—¿Veis a lo que me refiero? Me da mucha pena descubrir en este vertedero a las afueras de la ciudad como la gente se mete hasta la cintura en una montaña de basura y revuelve en los desperdicios para encontrar algo que meterse en la boca.

En ese momento a algunos de los presentes en casa de Lucía, que con disimulo masticaban a dos carrillos bizcochos, magdalenas y rosquillas, se les atragantó el dulce divino. Tuvieron que beber varios vasos de agua para que bajase la empalagosa masa

que se les quedó en la garganta al ver las imágenes, mientras mentalmente recitaban plegarias a la Inmaculada Concepción, patrona de los ahogados, al ver que no podían respirar. Incluso una pareja de regordetes glotones tuvo que dar varios tragos a una botella de anís estrellado para que se les quitase el gusto amargo de lo que habían visto.

No tardaron demasiado en empezar a desfilar las visitas con el estómago descompuesto y con el remordimiento de conciencia por haber pecado de gula. Al quedarse a solas, pudieron hablar con más intimidad para manifestar sus sentimientos y reavivar las esperanzas. No obstante, la práctica de estar horas durante los domingos juntos en la distancia no hizo abandonar la romántica costumbre que tenía él de enviarle cada mañana un mensaje al teléfono móvil recordándole que no dejaba de pensar en ella. Y con todo el cariño del mundo, le escribía: «¡Desde la India con amor, beso tus ojos para estar en tu mirada todo el día!». Y ella se afanaba en contestarle: «¡Buenos días cariño, eres el refugio de mi corazón y de mi vida!».

CAPÍTULO 80

Lucía intentaba compaginar los talleres de lenguaje braille, que siempre había impartido como voluntaria en una asociación de ciegos inmigrantes, con los cursos a los que asistía como alumna. Tras un par de meses Silvia estaba impaciente, porque veía que trascurría el tiempo y no se decidía a dar el paso, y se enredaba en nuevos seminarios que dejaban traslucir cierta inseguridad. Le animó a que marcase una fecha concreta. Incluso le dijo que había un grupo de amigas suyas, de enorme confianza, que estaban muy interesadas en practicar yoga e incluso meditación budista con ella. Dispuesta a darle el último empujón, le comentó que la inmobiliaria de su marido tenía un ático, de los muchos que le quedaban por vender, y que se lo cedía de forma gratuita al haberse enterado de que eran socias. Lucía tenía cierto reparo en empezar las clases sin tener la titulación oficial de yoga, para la que se necesitaban años de formación. Dispuesta a decirle la verdad, se lo confesó a Silvia, la cual enfadada espetó:

—¡Tonterías...! ¡Eso son pamplinas! Un artista que tiene alma de pintor, pinta sin parar inspirado por las musas y no espera a realizar la carrera de bellas artes, porque lo importante es el cuadro, la obra, no el título colgado en la pared. Tú eres igual, tienes el don natural de trasmitir energía positiva y acabas de descubrirlo, aunque yo lo intuía. No te enredes en depurar las técnicas

que nunca se acaban de perfeccionar. Aprende y enseña a la vez. ¡Déjate fluir...! ¡Confía en ti misma...! ¡Caramba, no tengas miedo! ¡Y adelante...! ¡El mundo te espera...!

Silvia gozaba de la fortaleza de las mujeres que se reconstruyen cada día con los años de la experiencia. Y argumentó que su madre le había enseñado a preparar antiguos remedios para diferentes enfermedades con la mezcla de hierbas, sin tener una carrera de botánica, ni de naturalista, ni de medicina, ni poseer ningún estudio reglado. Eso sí, había heredado los conocimientos atávicos de la familia y también devoró cientos de libros sobre el tema, pero lo más importante es que tenía la necesidad y el ansia por saber cada vez más, y quiso aclarar:

—Desde pequeña, cada fin de semana visitaba a mi abuela, que vivía en una casita del bosque, donde habitó la mayoría de generaciones de sus antepasados. Mi yaya me enseñaba *in situ* a distinguir las plantas curativas de las venenosas. Pero me hacía recogerlas todas para que aprendiese que incluso de las que eran tóxicas se podía extraer su esencia mortal, que suministrada en una diminuta gota o en micras, para un preparado específico, sanaba al paciente y lo hacía inmune a otras enfermedades, como si fuese una vacuna. Empecé a utilizar dichos remedios en mi propia sanación, y descubrí que no hay nada malo o bueno en la naturaleza ni en la vida, todo depende de la dosis que se aplique en cada momento y circunstancia. Recuerda lo que dice el sabio refrán: «Lo que no te mata, te hace más fuerte».

Lucía recordó que Max le había hecho la misma reflexión cuando fueron juntos a recoger plantas al bosque. Quizás él hablaba por boca de ella. Dispuesta a convencerla de una vez, Silvia alzó la mano y cogidas con la punta del índice y pulgar mostró las llaves del ático, las hizo tintinear y con un leve gesto de la cara la invitó a subir para ver el local. Entraron en el espectacular ascensor hasta arriba. Al franquear la puerta, quedó encantada. Le impresionó el suelo de parqué recién encerado, que relucía bajo la luminosa claridad que entraba por unos grandes ventanales que daban a una enorme terraza que le restaba metros a la sala principal. Le gustó mucho y al mismo tiempo se sintió abrumada

ante la presión y los ánimos que le insuflaba su amiga. Sacó el teléfono móvil y estuvo mirando el calendario. Propuso que la fecha más adecuada para empezar era el 13 de diciembre, porque se celebraba santa Lucía, su patrona. A Silvia le pareció genial, ya que faltaba un mes y ese tiempo era suficiente para decorar aquel espacio. Con el ímpetu que la caracterizaba sacó su tableta informática del bolso, entró en la agenda y decidida a poner hilo a la aguja, empezó a anotar en las semanas que faltaban las horas libres que podían ir juntas a comprar los complementos y detalles necesarios para crear un ambiente de espiritualidad oriental.

Dedicaron las horas del mediodía para visitar tiendas. Adquirieron telas de color púrpura y dorado. Un enorme cuadro con la cara de medio Buda y un montón de láminas en que se veían yoguis en la posición del loto, resaltando en colores los siete *chakras* del kundalini. Y muchos espejos, así como un pequeño altar con incensarios y diferentes objetos orientales que evocaban a la India, Nepal y Tíbet.

Dispuesta a que confiara más en ella, Silvia le dijo una tarde que aprendió acupuntura y moxibustión durante unos meses en que asistió a los cursos de medicina tradicional china que impartía el doctor Liu Ying, el mismo que le presentó y hermano de Cai, quien le hizo el tatuaje. Nunca le pidió la titulación, pues al ver cómo dominaba la técnica de tratar los diferentes dolores de los pacientes, que de forma voluntaria asistían, y comprobar la gran mejoría de los mismos, ya fue suficiente para confiar por completo en él.

Como Lucía estaba llena de inseguridades, quedó con Chelo, con la que empezaba a tener una buena amistad, para almorzar y pedirle consejo. Al ver a su alumna tan ilusionada y comprobar que ya había dado el paso de tener el local, se ofreció a impartir algunas clases en su centro para respaldarla profesionalmente, pues ella llevaba más de diez años dedicándose a ello y tenía todas las titulaciones nacionales e internacionales para ejercer. Lucía se lo agradeció con un cariñoso abrazo y de paso, le preguntó quién de los muchos pretendientes que tuvo en Panillo le regaló aquel precioso collar. Ella le contestó que era una persona

encantadora y que salía con él los fines de semana, porque vivía lejos, aunque cada día le sentía más cerca, más dentro de su corazón turquesa.

Lucía supo que aquella mujer de sonrisa angelical vivía en secreto una apasionada historia de amor, y le dijo:

—Espero conocerlo pronto.

—No tardarás demasiado —afirmó Chelo—, pues cuando asistimos a vuestro enlace en el templo budista, se inspiró tanto al oír las palabras de Max, que se acercó por la espalda y me susurró al oído: «Yo también quiero tomar refugio en tu corazón».

Aquel domingo, cuando le explicó a Max los últimos acontecimientos, él se puso muy contento. Gracias a sus amigas, se había decidido a comenzar las clases el día de su santa y también patrona de su profesión. Dicho detalle le hizo mucha gracia, pues pensaba celebrarlo de forma discreta, ya que allí no era costumbre.

Llegó el día de la inauguración del nuevo centro, al que bautizó por propia iniciativa como El refugio del yogui. Así quiso denominarlo en recuerdo de Max y de aquel verano maravilloso. Lucía conectó la cámara de su ordenador portátil para que él, desde la India, pudiese participar del evento. Invitó a los profesores que la habían ayudado a tener más práctica en las diferentes técnicas orientales, junto a familiares, amigos y conocidos. El único que no quiso asistir fue su exmarido, que últimamente tenía una actitud distante y desagradable, provocada por los celos de volver a verla enamorada y por la envidia de comprobar que al final había sido capaz de hacer realidad su sueño. La ilusión de ella le carcomía las entrañas.

El acto principal fue salir a la enorme terraza con unos farolillos de papel, igual que en Panillo, encender las velitas que llevaban dentro y esperar a que se calentase el aire para dejar que ascendieran hacia el cielo. Max lo contemplaba con deleite a través del ordenador y llegó a emocionarse mucho al comprobar que en cada farolillo tenía la foto de ellos dos besándose el día en que tomaron refugio el uno en el otro.

CAPÍTULO 81

El primer día de clase, a medida que los alumnos llegaban, los invitaba a sentarse en un cojín. Lucía adoptó la posición del loto y con disimulo los observó con detenimiento. La mayoría tenía el semblante triste, y la mente llena de preocupaciones. Algunos se notaban desamparados y otros, sumidos en una melancolía, quizá de sentirse olvidados por sus hijos. Ella les propuso, inspirada en su amado Max, lo siguiente:

—¡Vamos a hacer que hoy sea un buen día...! Como os noto ausentes, cada uno absorto en sus tribulaciones, vamos a intentar centrarnos en el aquí y ahora. ¡Por favor, levantaos... y abrazaos los unos a los otros! Creo que es una bella forma de acercarnos, de conocernos, de entregar nuestro primer afecto de la mañana, de redimirnos de las penas, de hacer feliz a quien nos recibe y a quien se da con el corazón abierto. Es una manera de sentirnos más próximos a los demás. En una sociedad que ha inculcado tanto la desconfianza hacia el prójimo, es el momento de romper las barreras invisibles que nos separan. Debemos sentir que estamos conectados. Formamos parte de la misma red de la existencia humana trenzada en el amor. Recordad: dos soledades que se abrazan son dos vacíos que se llenan.

Acogió en su pecho a cada uno de los alumnos. Y en un primer momento le embargó una sensación de añoranza, pero se disipó hasta

acabar aquel acto único y sincero de psicomagia, como lo hubiera bautizado Alejandro Jodorowsky. Recibir tanta ternura fue una experiencia emocionante, al notar otros corazones afligidos que latían al lado del suyo. Al final, todos la rodearon en un abrazo multitudinario, y percibió la energía afectiva acumulada de aquellas personas hasta entonces desconocidas, pero tan necesitadas de afecto como ella. Por un instante sintió que también recibía, con un inmenso cariño desde la otra parte del mundo, el cálido abrazo de su añorado Max.

A partir de ese encuentro, los presentes se sintieron envueltos del generoso amor de ella. Iniciaron el camino del yoga y aprendieron las asanas, a alinear la columna vertebral y a concentrarse en la respiración. En cada clase, Lucía se entregaba en cuerpo y alma. Le ponía tanto entusiasmo e ilusión que los practicantes se sentían renacer con su desbordante energía positiva. Enseguida notaban una gran mejoría física y mental. Empezaron a recomendárselo a familiares y amigos. Decían que su yoga era tan terapéutico que lo curaba casi todo. En pocas semanas, atrajo a tantísima gente que empezó a tener ocupadas las horas de la mañana y de la tarde. Silvia se había convertido en una de sus más abnegadas discípulas al haber conseguido calmar su estresante ritmo de vida. Hacía tiempo que necesitaba psicológicamente el sosiego que ella le trasmitía. Entusiasmada, le propuso a Lucía que se dedicara de lleno a impartir aquellas sesiones, porque era evidente que iba a ayudar a muchas personas que lo estaban pasando muy mal. Pronto corrió la voz como la pólvora sobre la maravillosa forma que tenía de enseñar las diferentes técnicas orientales y la sanadora luz que irradiaba. Gente que estaba en paro empezó a ir para atenuar sus graves problemas de ansiedad. Varios hombres le confesaron que no podían pagar y le pidieron el favor de poder asistir. Ella los aceptó, porque intuía que dicho compromiso les favorecería para aumentar el sentimiento de pertenencia. Sabía que con la meditación budista los ayudaría a desarrollar la atención, intensificaría la consciencia despierta, la empatía, la seguridad, la paciencia, la esperanza y la autoestima. No tardó demasiado en propagarse por la capital maña que encima de ser una gran profesora, era también una mujer de buen corazón.

El exmarido se disculpó de no haber asistido a la inauguración del centro, pues precisamente ese día contrajo matrimonio por lo civil con una chica que conoció durante el verano. Demasiada casualidad le pareció a Lucía aquella precipitada decisión, y le restó importancia. Sin embargo, aquel acto baladí de Kin llevaba implícita una carga de profundidad que pronto estalló. Un poco antes de las Navidades recibió, como regalo envenenado, una citación judicial en que la informaban de que él la había denunciado por no cuidar bien de la hija que tenían en común. Esa era la razón por la que pedía la custodia de la niña en exclusiva. Disponía de una mayor estabilidad familiar: hizo constar que tenía un empleo fijo, un buen sueldo y un horario flexible. Encima, su esposa, que fue madre y perdió a su bebé en un accidente, era la persona más indicada para cuidar de la cría, pues tenía mucho amor por dar. Así constaba en los papeles que presentó el abogado, junto a un informe de una agencia de detectives que la habían seguido durante los últimos meses, y en los que se demostraba las muchas horas en que impartía clases, asistía a talleres de formación y el poco rato que estaba con la niña. Obviaron que las primas oscenses de Lucía se habían trasladado a vivir con ella para ayudarla a cuidar de la pequeña y, de paso, acompañar a su padre.

Cuando ella se lo explicó a Max por videoconferencia, se quedó sorprendida de encontrarlo en la cama. Él la calmó al confesarle:

—Cariño, tranquila, me pondré en contacto con un prestigioso bufete de abogados que conozco que buscará algún defecto de forma en dicha demanda para anularla, mientras tanto seguro que se encuentran otros resquicios legales. La cuestión es ganar tiempo hasta que regrese. A ver, escucha, ten un poco de sentido común. Si durante siete años no se ha preocupado por su hija, ahora es extraño que muestre tanto interés. Pediré que se haga una investigación sobre su nueva esposa para ver si es cierto que es tan maravillosa madre como quiere hacer creer.

Lucía, al verlo tan involucrado en su problema, supo que siempre podría contar con él, y con mucha ternura le manifestó:

—Muchas gracias, mi amor. Ahora me siento más confiada y con más ánimo. Pensaba que enseguida me la iban a quitar. Me dio un ataque de nervios y tuve que ir a la doctora para que me recetase ansiolíticos y somníferos, pues me subía por las paredes y no podía dormir. ¡Qué vergüenza...! Una profesora de yoga tomando tranquilizantes.

Max volvió a insistir con seguridad y aplomo:

—¡Calma...! ¡No te preocupes...! Ante todo, no pierdas la serenidad. Recuerda el refrán: «La precipitación procede del diablo, Dios trabaja lentamente». Con esa frase quiero trasmitirte de que se casaron hace pocas semanas. Se conocieron, según me dijiste, hace tres meses. Creo que es demasiado pronto para asegurar que dicha relación funcione y mucho menos que formen un hogar estable. Por eso, no te angusties. Empezaré a movilizarme desde aquí. Recuerdo que hay un gabinete de psicólogos y psiquiatras en Zaragoza de reconocida reputación que estudiará el caso, y verás cómo elabora un informe favorable para mantener el entorno afectivo de la niña. Encima, diré a mis abogados que contraten a una agencia de detectives, igual que han hecho ellos, para demostrar que Kin es adicto al culturismo y se pasa una barbaridad de horas al día en el gimnasio, sale con sus amigos de juerga y debe llegar a casa tarde, como de costumbre. Así que por favor, no te atormentes.

Lucía, todavía inquieta, le preguntó:

—¿Qué te pasa...? ¿Estás enfermo...? Nunca te había visto tumbado en la cama del hospital.

—¡No padezcas...! Estoy probándolas para ver si son ergonómicas, adecuadas y cómodas —aseguró él, pero al final decidió confesarle la verdad—: Tengo una infección bacteriana que me tendrá unos días fuera de circulación.

—¿Así que no vas a venir para estas fiestas? —inquirió ella con cierto desasosiego.

—No, imposible. Es una fiebre tifoidea y hay que tratarla bien para que no produzca complicaciones —aseguró con una sonrisa para quitarle importancia.

Lucía, incrédula, le manifestó:

—Pero... si me dijiste que te habías puesto un montón de vacunas y que tomabas muchas medidas profilácticas.

—¡Es cierto! Pero la que me puse solo protege de una de las muchas clases de bacterias de la salmonella que existen. Creo que lo pillé cuando uno de los mecenas del hospital me invitó a la cena de inauguración de su último restaurante de lujo, en el que sirvieron bastante marisco. Seguro que debía estar contaminado. Lo siento mucho, cariño, tenía muchas ganas de celebrar el fin de año contigo. Incluso ya había comprado los regalos.

Con la tribulación en el ánimo, ella le dijo:

—¡Recupérate...! ¡Te necesito más que nunca...! ¡Te quiero...! ¡Te añoro...! Si te parece, durante estas fiestas me conectaré contigo para compartirlas en la distancia. Podremos brindar con la cámara del ordenador.

—Es una idea genial. El beso se lo daré a la webcam, a ver si me lo devuelve con lengua o me electrocuta cuando lo intente. ¡Ja, ja, ja! —aseguró él con la típica gracia que solía destilar llena de optimismo, pero en este caso con la evidente intención de animarla. Y, por lo general, siempre lo conseguía. Era un excelente quitapesares.

Reconfortada, se despidieron. Apoyó la cabeza en un cojín y estirada en el sofá bajo una manta, se acurrucó en la quietud de su recuerdo.

Ella aprovechó aquellas fiestas para quedar con amigos con los que no coincidía durante el año por cuestiones de trabajo o porque vivían fuera de la capital maña. Muchos de ellos le manifestaron que la notaban estupenda; risueña, animada y jovial. Incluso, su aspecto era más luminoso que antes. Esos adjetivos tan cariñosos le hicieron sentir más dichosa y complacida.

El día de Nochevieja, la familia de Lucía se reunió en la cena y dejaron un sitio libre, de manera simbólica, para Max, donde pusieron el ordenador portátil con la cámara activada. Interactuaron con él y le hicieron partícipe de los platos que servían y lo deliciosos que estaban. Max para contrarrestar la envidia de no poder estar allí y degustarlos, les endilgó una ristra de chistes que les impedían pegar bocado al mondarse de risa. Así animó

la velada. Parecía que su espíritu estuviera presente. Su humor contagioso conectó con la niña, que estaba alegre como unas castañuelas. La madre, gozosa de ver la buena sintonía que había entre ambos, empezó a soñar con un futuro en común. Una vez se acostaron todos y se pudieron quedar a solas, compartieron cierta intimidad en la distancia. Prometieron que harían lo imposible para no tener que pasar otras Navidades separados. Y si fuera necesario, ella estaba dispuesta a recorrer medio mundo para estar junto a él, a lo que Max respondió:

—Entonces yo recorreré el otro medio, para encontrarnos.

CAPÍTULO 82

Lucía comenzó el año más animada por el respaldo de Max, pero desbordada de trabajo. Impartía la primera clase a una docena de alumnos incondicionales que se levantaban muy temprano para ver amanecer y realizar las *asanas* del saludo al sol. Empalmaba con un grupo de hatha yoga, otro de taichi y dos seguidos de *chi kung*. Solía hacer la mayoría de sesiones en la enorme terraza que tenía el ático y que daba a unos extensos campos. Durante el resto de la mañana tenía pacientes con bloqueos emocionales que gracias al *reiki* conseguían reequilibrar su energía. Y por la tarde, la inestimable ayuda de Chelo era esencial para dar abasto a la gran afluencia de gente que se había apuntado a *kundalini yoga* y meditación budista.

Silvia, al tener la herboristería abajo, había adecuado una salita arriba para dar las sesiones de acupuntura en un espacio más luminoso, en vez de utilizar la trastienda mal ventilada y umbrosa. Eso la obligaba a subir y a bajar sin descanso por la escalera, en vez de coger el ascensor, ya que se había propuesto ponerse en forma y hacer la competencia a Lucía, que presumía de tener buen tipo. Además, se complementaban, y a alguna de las alumnas que le sobrevino un lumbago acabó por probar la curación con las agujas, como denominaban a dicha terapia. De paso, les explicaron que la acupuntura se podía utilizar para tratamien-

tos de adelgazamiento al detener la ansiedad provocada por una carencia emocional, por la ausencia de afecto, que se intentaba llenar con la ingesta compulsiva de comida, por lo que la estimulación de determinados puntos del cuerpo ayudaba a segregar endorfinas que calmaban el apetito desbocado. Tuvo un éxito espectacular cuando algunas empezaron a perder peso. Con delicadeza, Lucía le propuso a su socia cambiar de salita, ya que al utilizar la moxibustión y tener que quemar la artemisa, el humo de la hierba inundaba la sala y ese olor molestaba a más de una, que ya se había quejado. Le confesó que tenía varias niñitas tiquismiquis, que protestaban a la mínima, por lo que se veía obligada a consensuar con cada grupo el tipo de incienso a prender. Era preferible ventilar al máximo y cuando no hiciera frío salir a la terraza y hacer las clases al aire libre.

Kin no dejó de azuzar a su abogado con el fin de que la atosigara sin tregua. Él, por su parte, hacía lo mismo, y la agobiaba al llamarla desde una cabina telefónica a horas intempestivas para meterle broncas por ser tan mala madre. Hasta entonces, apenas había pasado un fin de semana cada trimestre con la niña, ahora reclamaba de forma puntillosa todos los que le correspondían. Iba a buscar a la cría al colegio y se la llevaba a merendar, sin avisar a nadie. En el fondo, deseaba provocarle una crisis de ansiedad, y empujarla a que tuviese que ir al psiquiatra, por lo que así conseguiría las pruebas que necesitaba para demostrar su desequilibrio emocional. Ella se desahogaba con Max, explicándole las últimas fechorías que le había hecho aquel tipo con el que una vez cometió el error de casarse. Desde la India, él le trasmitía la paz y quietud que necesitaba. Le dijo que en el fondo, si quería arrebatarle la hija, era para borrar su felicidad. Si el tipo conseguía que cayese en una depresión, no podría trabajar y tendría que cerrar su centro, cosa que él celebraría por todo lo alto, porque en el fondo era un envidioso machista. Y dispuesto a darle un poco más de aliento y esperanza, le volvió a manifestar con esa fe de los que aman de verdad:

—¡Cariño…! Estás en un continuo proceso de trasformación hacia la luz, que se manifiesta en tu amorosa mirada, tu dulce ma-

nera de expresarte, la amabilidad y ternura que trasmites, la suave forma de moverte, que impregna tus gestos de armonía e ingravidez. Solo verte en la distancia me es suficiente para contagiarme de la luminosidad que irradias. ¡Por favor, no te apagues...!

Max había vuelto a conseguir con sus poéticas palabras aflorar lo mejor que había en ella, con el propósito de que volviese a confiar en la esencia de su propio ser. No podía permitir dejarla caer en su zona oscura y tenebrosa. Esa es la razón, por la que hacía un enorme esfuerzo para animarla en el decaimiento. Era como su ángel de la guarda, que desde la distancia y el pensamiento la protegía. Estaban tan conectados sentimentalmente, que si alguien hería a uno, sangraba el otro.

Pronto los asistentes a las clases de yoga aprendieron a controlar la respiración y a dominar las diferentes posturas. Empezaron a encontrar una gran mejoría física, mental e incluso espiritual, pues se sentían embargados de una serenidad que los ayudaba a afrontar los problemas del nuevo día con otra perspectiva, con más lucidez y mejor ánimo. Era evidente que la encantadora Lucía los trataba con tanto cariño que, más que enseñar, los trasmitía una desbordante pasión y amor por la vida, tan contagiosa, que los trasformaba en personas más sensibles y con mayor empatía. Eso los hacía querer y relacionarse con los demás de otra manera, de corazón a corazón. Y al cambiar ellos, hacían cambiar su mundo.

CAPÍTULO 83

Apenas habían pasado un par de meses, cuando la fama de Lucía se propagó no solo por Zaragoza, sino por el resto de la provincia. La avalancha de personas que querían apuntarse era tan enorme que el centro quedó desbordado. No podía desdoblar grupos ni ampliarlos. Habló con Silvia, que a su vez le pasó el encargo a su marido. Necesitaban un local bastante espacioso y al mismo tiempo que fuera acogedor y luminoso. Ambas se pusieron manos a la obra y miraron varios sitios, pero el que no era un sótano, era una antigua cochera o la sala de baile de un viejo cabaré. Lucía no quería elegir al tuntún, de manera precipitada. Ninguno de los que le enseñaron le trasmitía la energía positiva que deseaba encontrar, hasta que un domingo salió al amanecer y se puso a caminar sin rumbo fijo por la ciudad. Quería que fuese la intuición, ese sexto sentido, quién guiase sus pasos. Y así fue: a media mañana se encontró en una zona un poco alejada de la basílica del Pilar, pero casi en la ribera del Ebro. De golpe, se sintió atraída por una penetrante fragancia a jazmín con sutil aroma a vainilla y miel. Se adentró por un lugar de difícil acceso que había quedado aislado por la construcción de una extensa avenida y una carretera de circunvalación. Cruzó varios huertos protegidos del cierzo con enramadas y barreras de bambú atadas con cuerdas y alambres. Atravesó un cañaveral que circundaba lo

que un día fue un jardín y que servía de protección ante intrusos. Y, de repente, descubrió, casi oculta por la frondosa vegetación, una casa antigua, quizá centenaria, con evidentes muestras de abandono, de estilo victoriano, custodiada por un par de viejas y desecadas palmeras por culpa del viento, que daban al lugar un aire decadente y aristocrático a la vez. Los muros estaban cubiertos por diferentes tipos de plantas trepadoras, siendo la hiedra la que tapizaba las zonas de sombra nacida de la yedra muerta, y las campanillas, con sus flores de color púrpura, cubrían la parte más soleada. Incluso la madreselva y las capuchinas habían ascendido hasta el tejado, donde algunas caían en cascada. La pasionaria, enroscada en las ramas de los árboles que abrazaban la fachada, se había colado por las destartaladas ventanas, hasta ocupar las habitaciones como un huésped silente invitado por el olvido y el tiempo.

Dejó que la vista se deleitase ante aquel edificio durante un buen rato. Acto seguido, se internó por un caminillo que rodeaba la mansión, evitando varios bardos de leña contravientos que preservaban antiguos huertos y cultivos dejados de la mano de Dios. El cielo se nubló, aunque no tenía pinta de llover. Contempló ensimismada como un par de mariposas revoloteaban, como si estuviesen enamoradas y jugasen a perseguirse. Fue una imagen que le evocó escenas parecidas en las que Max iba tras ella por el bosque hasta que se dejaba atrapar para alegría de ambos.

Por la parte trasera, descubrió fascinada que junto al edificio había una enorme cúpula geodésica acristalada, cubierta en parte por trepadoras. No pudo resistir la tentación y entró con enorme curiosidad. Se quedó sorprendida al ver que era un antiguo invernadero en el que había sobrevivido una gran variedad de plantas que, tras adaptarse durante décadas, invadieron el resto del espacio. Exploró el lugar con detenimiento y notó que había una buena ventilación al estar levantados algunos de los triángulos ortogonales que formaban la superficie del techo y de las paredes. El día empezó a despejarse con languidez. A medida que los rayos de sol atravesaban la bóveda, se descomponían en cortinas luminosas compuestas por los siete colores del espectro elemental. Y

como si fuese una ensoñación, apareció un arcoíris interior que seguía la forma de la semiesfera por donde salía el agua pulverizada. Aquella atmósfera cerrada quedó envuelta de una magia cromática increíble. No pudo resistir la emoción. «¡Ohhh... qué maravilla...!», exclamó embelesada.

Era evidente que el arquitecto, con mucha astucia, había diseminado en la composición de la estructura una serie de prismas con la voluntad de crear el efecto óptico de la refracción de la luz, de manera que evocara al mítico Jardín del Edén. La naturaleza allí encerrada resucitaba con cada rayo de sol, y desplegaba una armonía de tonalidades imposibles de describir con el lenguaje verbal, solo susceptible de ser reflejada en una composición musical sublime. Ante aquel espectáculo, la mirada de Lucía quedó hipnotizada y cautiva en el limbo de la mística de la luz, y al entornar los ojos, se sintió extasiada al contemplar tanta belleza, y lloró.

CAPÍTULO 84

Era lo que buscaba y salió decidida a conseguir aquella casa a toda costa. Fue a la Cámara de la Propiedad y tuvo dificultad en encontrar a los dueños, ya que habían fallecido y los herederos vivían en Brighton, al sudeste de Inglaterra. Puso en antecedentes a Silvia, que se apresuró a avalarla con su enorme patrimonio. Contactaron con uno de los descendientes de mediana edad, que de manera inmediata dijo que se trasladaría para negociar el precio y las condiciones. Esa premura evidenciaba que el británico debía ir justo de liquidez. Cuando el tipo se presentó en la entrada de la basílica del Pilar con traje y corbata, paraguas y bombín, no les quedó ninguna duda de que era a quien esperaban.

Tras las protocolarias presentaciones lo acompañaron a su deteriorada mansión. Al ver el lamentable estado de abandono de la casa, empezó a desanimarse en sus pretensiones económicas. Lucía y Silvia esperaron a que manifestara su oferta, que fue justa. Enseguida llegaron a un acuerdo. El flemático señor era un perfecto dandi. Parecía que provenía de una familia acaudalada, quizás aristocrática, aunque en ningún momento alardeó de ello. Hablaba un perfecto castellano con una mezcla de diferentes acentos que denotaban que era un políglota y que había viajado mucho. Les explicó que hacía un siglo que su bisabuela estuvo muy enferma y le dieron poco tiempo de vida. Como era muy

devota, decidió antes de irse al otro mundo cumplir el sueño de viajar. Deseaba visitar las catedrales de la cristiandad de las ciudades más importantes de Europa y luego ir a Tierra Santa. Quería tocar las piedras bendecidas de los monumentos que unos arquitectos habían levantado con mucha fe en Dios. Llegó a Zaragoza con una extraña ansiedad y tras instalarse en un hotel, enseguida fue a ver a la Virgen del Pilar. Rezó durante horas con un fervor inusual hasta caer desvanecida y ser ingresada en un hospital. Pronto empezó a encontrar una gran mejoría, por lo que decidió quedarse a vivir cerca de la basílica y del río Ebro, en cuyas aguas se bañaba a diario en un estanque cerca de la orilla. Decidió construirse una casa al lado, rodeada por un precioso jardín y un maravilloso invernadero. Y en agradecimiento al pequeño milagro que creía haber recibido, cada día se pegaba una caminata para ir a misa y comulgar. El distinguido caballero comentó: «El prestigioso médico londinense que dio un año de vida a mi bisabuela, se equivocó en treinta, pues ella llegó a los cien».

Ambas soltaron una sonora carcajada. Aquel hombre era un encanto. Les confesó que cuando era pequeño, pasó allí muchas de sus vacaciones, junto a sus padres y hermanos. Por eso hablaba tan bien el español. Tenía entrañables recuerdos, como cuando entrelazaba cañas con alambre para hacer pareteras y cercar el jardín dejándolo abrigado y protegido del cierzo. Ahora no le importaba venderles la casa a condición de que cuando estuviese acondicionada le dejasen visitarla algún verano. Lucía le aseguró que siempre sería bien recibido. Fueron al banco y al notario para cerrar el trato.

Durante las siguientes semanas, la decoraron con la ayuda del ejército de operarios de la constructora del marido de Silvia. Por allí desfilaron pintores, carpinteros, paletas, fontaneros, electricistas e incluso un jardinero. La inauguración fue un sábado por la tarde que coincidía con los santos de las primas, y a ella asistieron los alumnos, amigos y conocidos. Todos quedaron admirados al ver aquella bella y apacible mansión que parecía haber surgido de un sueño ya soñado. Estaba en medio de un edén multicolor

por la gran variedad de plantas y flores que circundaban el recinto, iluminadas por cortinas de menguante luz crepuscular que le daba al paraje una calidez atemporal, mientras los aromas se mezclaban en el aire y extasiaban los sentidos.

Lucía sintió un inmenso orgullo al contemplar el lunes la sala llena de gente sentada en la posición del loto. El sol entraba por los lucernarios del techo que iluminaban en círculos la sala, igual que la mañana en que se despertó por última vez al lado de su añorado Max, tras pasar una noche de deseo y pasión. Lo echaba tanto de menos que su ausencia se multiplicaba en su corazón. Quizá por eso, en muchas clases repetía las mismas frases que él utilizó en Panillo, porque al escucharlas parecía volver a oírlas de sus labios. Su pasado se hacía presente, y lo sentía a su lado.

Durante un par de meses, Max se trasladó al sur de la India, a una zona tan pobre que estaba incomunicada, por lo que empezó a escribirle cartas que ella recibía dos o tres veces por semana. Le encantaba contemplar aquellos sobres de correo aéreo con los bordes pintados de color rojo, blanco y azul, con un avión dibujado en una esquinita sobre la frase *«By air mail»*. Al otro lado, dos sellos franqueados, uno de la madre Teresa de Calcuta y el otro de Indira Gandhi. Abajo, su dirección en Anantapur, India. De alguna forma le evocaban películas antiguas cuyas historias románticas se producían en países lejanos y los protagonistas se escribían cada noche dedicándose el último sentimiento de la jornada y con el que se embarcarían en el primer sueño.

Sin darse cuenta, cogió la costumbre de abrir el buzón con asiduidad. Y cuando recibía una de sus misivas se ponía muy contenta, igual que si fuera un regalo. Era la forma que tenía Max de manifestarle que no se olvidaba de ella. Por lo general, le adjuntaba varias fotos del hospital, de los doctores y de las enfermeras que formaban el equipo. También de los comedores sociales, orfanatos y centros de meditación que solían levantar en las clínicas. En cada hoja, le relataba detalles cotidianos para hacerla más partícipe de su vida y, al final, siempre le manifestaba lo mucho que la quería y la añoraba. Ella no se demoraba demasiado en contestarle a mano, aunque tuviese que quedarse la noche

entera con la hoja en blanco, y tener que romper cien borradores hasta conseguir expresar lo que sentía en aquel instante, en que la quietud del silencio imperaba. Recordó que en multitud de ocasiones él le había dicho lo difícil que era atrapar con palabras las emociones, por eso perseveraba, y dispuesta a inspirarse mejor, olía las misivas con los ojos cerrados, y aspiraba su fragancia mezclada con la multitud de aromas de aquellas latitudes. Eso le hacía soñar que estaba junto a él en la India.

Lucía observó con detenimiento el último sobre, mientras entornaba los párpados hasta sepultar la mirada. Con sumo cuidado acarició el papel satinado. Detectó el borde de los sellos, y como si leyese en lenguaje braille, le vino el recuerdo de lo que una vez él le reveló: «Cada sobre ha pasado por muchas oficinas postales, de unas personas a otras, y cada una ha dejado la sutil energía del porvenir que llevaba grabada en las líneas de las palmas de las manos y en las huellas dactilares, por lo que cada sencilla carta está impregnada de un mundo invisible de destinos».

CAPÍTULO 85

El último grupo de yoga acababa a las diez de la noche y siempre se rezagaba alguien para comentar a Lucía que tendría que darse de baja, porque no podía costearse las clases, ya que se había quedado en paro o ya no cobraba las prestaciones de desempleo. La respuesta siempre era la misma:

—No te preocupes, tú sigue viniendo si crees que te sirve para calmar la ansiedad y serenar la mente. Ahora tienes de poner tu máxima atención en conseguir un trabajo y aquí con Silvia intentaremos apoyarte en lo que podamos.

Aquella situación se empezó a repetir con persistencia y ante la angustia económica de muchos, decidieron proponer a los alumnos que pagasen lo que pudiesen en conciencia. Y les comentaron que aquel centro, El refugio del yoga, no estaba pensado tanto para hacer negocio como para ayudar a la gente a encontrar un camino de paz y armonía.

Kin llamó a Lucía, unos días antes, para avisarla de que a partir de entonces pensaba pasar los fines de semana que le correspondían con su hija, según establecía la sentencia de divorcio y el consejo de su abogado. Nunca antes había ejercido dicha potestad, pero era evidente que ahora, con tal de fastidiarla, estaba dispuesto a llevársela. En tono imperativo le advirtió de que el viernes al mediodía pasaría a buscarla. Esperaba que

estuviese preparada con la bolsa y no le hiciese esperar demasiado.

Aquella noche no pudo pegar ojo. Por la mañana consultó con su letrada, pero ella le dijo que no había nada que hacer. Entristecida como madre, empezó a mentalizarse de que aquel sería el primero de muchos más, y que iba a ser un calvario por el que tendría que pasar. Solo imaginar que podría estar un mes durante las vacaciones sin ver a su hija, la angustiaba sobremanera. Era evidente que la estrategia de Kin era intentar arrebatársela poco a poco. El viernes pasó a recogerla.

Inquieta por aquella situación, volvió a centrarse en su trabajo. Algunas se enteraron de que Lucía había impartido cursos de formación ocupacional para invidentes. Le propusieron que las ayudase a hacer un *curriculum vitae* y les diese una orientación en la búsqueda de trabajo. Sin pretenderlo, se formó una camarilla de alumnas con dificultades laborales y que se quedaban a última hora para recibir los consejos de su querida profesora. Ella les explicó que no podían hacer envíos indiscriminados de currículos, sino todo lo contrario, tenían que adaptar la redacción del mismo al empleo que se pretendía conseguir, a fin de trasmitir en la carta adjunta los aspectos intangibles de la personalidad, como las actitudes y los valores. También debían especificar los motivos por los que se dirigían a una empresa en concreto y no a otra, al dejar traslucir que conocían sus ilusionantes proyectos de futuro en los que deseaban participar. Era evidente que antes era necesario haber hecho una investigación pormenorizada de la misma, precisamente para saber a quién, con nombre y apellidos, tenían que dirigir la solicitud de trabajo, metida en un doble o triple sobre anotando fuera que era una carta privada. De esa manera se evitaban los filtros de las secretarias, que en su afán de preservar su propio empleo no tenían ningún reparo en eliminar cualquier posible amenaza en la trituradora de documentos.

Otra de las actividades que les enseñó fue cómo realizar de forma correcta una entrevista personal, sin teatralizarla, ya que podían crear, sin querer, un personaje, una máscara, un artificio que no se correspondiese con ellos, y que tarde o temprano se

descubriera el engaño de aparentar lo que no eran, por lo que les recordó la poderosa energía positiva y sanadora que tenía decir siempre la verdad. También les reveló los secretos del lenguaje no verbal, expresado en la forma de saludar, de mirar, de sonreír, de sentarse, de colocar las manos, las piernas y equilibrar la postura, técnicas que asimilaron con facilidad gracias a la práctica del yoga. Por último, hizo énfasis en la gran importancia que tenía despertar los sentidos para trasmitir autenticidad en la forma de hablar, en la utilización de las palabras y de los silencios, en aprender a escuchar más que a oír, en fijar la atención en lo que dice el otro y no tanto en el discurso propio. Por eso, debían aplicar la meditación para serenar la mente, abrir el corazón y mostrar la verdadera esencia de su alma.

Con la orientación recibida, algunas empezaron a ser contratadas. Los resultados fueron tan buenos que en pocas semanas corrió la voz y la gente de la mañana también se apuntó a las reuniones vespertinas. Una señora que aparentaba treinta y tenía cuarenta afirmó que llevaba meses buscando faena y que era imposible. Otros manifestaron su desánimo y una corriente de negatividad embargó la atmósfera. Silvia, que mantenía una apacible quietud, se puso en pie con un grácil movimiento, de manera enérgica subió a una banqueta y, con una profunda convicción, sacó su vena de emprendedora nata y exclamó: «Si no tengo trabajo, me lo invento».

La gente de la sala se quedó muda al asimilar la poderosa carga positiva del mensaje en el que les comunicaba una gran fe en ellos mismos. Los presentes empezaron a aplaudir. Ella reveló que había escuchado la frase en boca de un joven empresario en una entrevista que le habían hecho por televisión, en la que explicaba los negocios que había creado y los muchos que aún deseaba montar. Entonces, uno levantó la mano y preguntó:

—Ese chico, ¿qué proyecto tenía en mente?

Silvia detalló:

—Ese soñador se llama Carlos Casas y una de sus ideas es hacer marketing ecológico al utilizar los huertos y los campos que hay alrededor de los aeropuertos, la mayoría de ellos abandona-

dos. Su intención es plantar flores y diseñar con ellas un eslogan o anagrama de las empresas que desean dar la bienvenida a los pasajeros que llegan en avión, los cuales desde la ventanilla podrían observar un precioso tapiz multicolor con una publicidad hecha con rosas, claveles, violetas, jazmines o amapolas, por ejemplo.

—¡Es una idea genial…! ¡Le tenían que dar un premio! —saltó eufórico un joven.

Silvia embelesada en tal proyecto, afirmó:

—¿Os dais cuenta del poder de la imaginación? Los expertos dicen que más del ochenta por ciento de los productos que se comprarán de aquí a una década aún están por inventar.

Una mujer incrédula, preguntó:

—¿Y eso puede funcionar? Mucha gente va dormida durante el vuelo.

—Y otras, durante el resto de la vida —puntualizó Lucía, y añadió inspirada por Max—: Lo importante es estar despierto, incluso cuando se duerme.

Dejó a varias alumnas devanándose los sesos al tratar de entender la reflexión. Silvia, más pragmática, volvió a la carga:

—La mayoría de viajeros se despierta cuando el avión empieza a descender y por megafonía anuncian las maniobras de aproximación al aeropuerto. Los pasajeros se asoman al ver tierra, y si en ella hay un cuadro multicolor pintado con miles de flores que anuncia cualquier hotel, restaurante o espectáculo de la ciudad a la que llegan, ¿no creéis que es una buena forma de dar la bienvenida a los visitantes?

La mayoría aseveró con la cabeza, convencidos de la brillantez de la idea y de su viabilidad. Lucía quiso apoyar a su amiga y envuelta en cierta lucidez bíblica, citó con convicción: «Hay que creer para ver y no ver para creer».

Una densa placidez volvió a embargar la sala. La gente parecía asumir la carga de profundidad del mensaje. Incluso, un señor que peinaba canas y que padecía de memoria volátil, empezó a repetírselo por lo bajini: «¡Hay que creer... para ver...! ¡Hay que...!».

Silvia volvió a insistir con más ímpetu:

—Los soñadores tienen ilusiones, los emprendedores las hacen realidad. Vosotros tenéis que ser primero lo uno, para después ser lo otro.

Era evidente que las dos amigas hacían un buen tándem. Se complementaban a la perfección. Podían empezar a dedicarse a organizar seminarios de motivación empresarial. Enseguida se levantó un grafitero del grupo, que al sentirse inspirado al escucharlas, sacó un espray azul cobalto luminiscente y, de forma espontánea, sin pedir permiso a nadie, pulverizó las tres frases, una en cada pared. Lucía enarcó la ceja en un gesto de desaprobación, pero fui inútil. Aquel chaval, bastante bohemio, encerrado en su universo hermético y adicto a los porros, actuaba a impulsos, dejando fluir su creatividad, alimentada, según decía, por las musas que guiaban sus manos y el *quid divínum* que iluminaba su mente.

CAPÍTULO 86

Era lunes por la mañana y hacía un día espléndido, se notaba que faltaba poco para que entrase la primavera. Lucía observó cómo sus alumnas se sentaban en la posición del loto. Las invitó a salir al jardín y realizaron un ejercicio que consistía en contemplar el renacimiento de la naturaleza y dejarse embriagar del olor de la vegetación. Y con dulzura las propuso:

—Observad las plantas trepadoras de la fachada, que al apoyarse en el muro ascienden con lentitud hacia el cielo. Vosotras debéis hacer lo mismo, buscad el soporte de un maestro que os guíe, y después, ya no necesitaréis a nadie para continuar vuestra ascensión hacia la luz.

En el desayuno recibió una llamada de un número muy largo y desconocido. Pensó que era Max y contestó alborozada.

—¡Diga...! ¡Diga...! ¡Cariño...! ¡Cariño...!

—¡Ya veo que aún me quieres...! —aseguró el interlocutor, que era precisamente su desagradable exmarido. Se tronchó de risa al haberle dado aquel chasco. Le dijo que el coche se le había estropeado y que estaba en un taller mecánico de Carcassonne, en Francia, donde había ido a pasar el puente con su mujer y su hija. Comentó que le habían dicho que tardarían en arreglar el vehículo un par de días, por lo que no se preocupase, que el jueves esperaba estar de vuelta. Con mala intención

le comentó que la cría se lo había pasado tan bien, que decía que no deseaba volver con su madre, porque no la veía nunca. Y añadió con abyecto propósito—: Asegura que la tienes muy abandonada.

—¡Eso no es cierto! —exclamó ella, y respiró a fondo para no perder los nervios ante las alumnas. Y le aseguró—: Todas las tardes al salir del colegio viene aquí conmigo. Siempre está acompañada por mis primas. Merendamos juntas e incluso he delegado algunas clases en Chelo y otras profesoras para estar más tiempo con ella. Hazme el favor de ponérmela. Quiero oírla para saber cómo se encuentra.

—¡Ufff...! Eso no va a ser posible, porque ha regresado con mi esposa al hotel. Ya te llamaremos otro rato, pues me dejé el móvil en casa y estoy incomunicado. Ahora te estoy telefoneando desde una cabina y me va a costar una fortuna. No te preocupes, ha hecho muy buenas migas con su nueva mamá. —Colgó de golpe el auricular y ella se quedó sumida en una enorme preocupación. El malévolo tipejo le acababa de inyectar con la última frase una sobredosis de estricnina en vena.

Durante el resto del día estuvo apesadumbrada, cariacontecida. Echó en falta poder desahogarse con Max. Tuvo que recurrir a Silvia para explicarle lo sucedido y quitarse la tremenda angustia que la asfixiaba y le encogía el corazón. La amiga se la llevó al invernadero. Habló con Chelo y le explicó lo sucedido, y enseguida se hizo cargo de las clases pendientes. Las dos amigas se fueron a dar un largo paseo en busca del sosiego necesario. Una vez reanimada, regresaron con parsimonia al centro hacia el mediodía. Antes del encuentro vespertino en el Invernadero de ideas, Silvia le sugirió que se fuera a casa a descansar, pero ella le contestó que prefería quedarse para distraerse un poco.

Enseguida empezó la reunión. Tomó la palabra una mujer que quiso manifestar la difícil situación personal que vivía, y declaró con la voz empañada:

—Me parece muy bien el objetivo de estos encuentros: el levantar el ánimo. Tengo cincuenta y cinco años, he trabajado en varios talleres textiles y la mayoría ha cerrado, porque ahora la

ropa la hacen en China, Vietnam y Camboya, donde trabajan el doble y cobran la mitad. Después hice de costurera con un prestigioso sastre. También aprendí con un diseñador de moda internacional. Se ve que me he hecho mayor, según me explicó un director de recursos inhumanos, el cual me reveló que buscaban chicas monas, supongo de las que trepan mucho, y mejor si eran moralmente liberales y abiertas a nuevas tendencias, es decir, que fuesen tremendamente de última moda: *fashion* y *cool*. ¡No entiendo que la imaginación y la creatividad sean exclusivas de la juventud, de la belleza y de la predisposición que tengan para acostarse con unos o con otros! ¿Adónde vamos a ir a parar?

Una treintañera con aire intelectual levantó la mano y comentó:

—Me llamo Olga, soy poetisa y nunca he publicado. Estudié filología hispánica y clásica. Sobrevivo gracias a impartir clases de repaso, aunque en los últimos tiempos cada vez interesa menos el latín, el griego y el castellano. Parece que el único idioma importante en el mundo es el inglés, y no hay futuro para los demás. Creo que las otras lenguas, si continúa esto, ya no estarán muertas, sino enterradas.

Empezaron a levantarse manos para intervenir. Silvia, con las palmas abiertas, tuvo que calmar al personal, que empezaba a desahogarse al explicar sus problemas, en una especie de terapia de grupo. Asumió el papel de moderadora, tomó la palabra y envuelta en un rapto de inspiración, propuso:

—¿Por qué no os asociáis? Una pone el diseño y la otra, los poemas. La idea que se me ocurre es hacer camisetas, pantalones, blusas, jerséis e incluso americanas con sonetos de Petrarca, Garcilaso o Shakespeare, o simples estrofas en forma de pareados y tercetos, versos libres y haikús. Escritos por ti, de forma prioritaria, pero también por rapsodas de la antigüedad o por jóvenes que cuelgan las letras de sus canciones a ritmo de rap en las redes sociales. ¡Qué más da...! En el fondo, lo importante es llevar la poesía a la calle, y si la gente no lee libros, que lea ropa. —Ella estaba desatada, lúcida y eufórica. Y prosiguió—:

Incluso se podría utilizar la plasticidad de la tipografía para presentarlos en forma de caligramas. Podemos crear una marca y un logo, que puede ser el mismo de la empresa o cooperativa que creemos. Diseñamos un patrón de muestra, buscamos una fábrica que no lo confeccione y lo vendemos a través de tiendas virtuales por Internet. Incluso más adelante podemos pensar en crear un sistema de distribución por medio de franquicias. ¡Yo que sé...! ¡Hay que dejar volar la imaginación!

Lucía intervino:

—Un momento, por favor... ya tengo el nombre que podéis poner a vuestro producto: Versos en la piel.

—¡Bien...! ¡Me gusta...! ¡Es original...! ¡Fantástico...! ¡Mola un montón...! ¡Qué guay...! — empezaron a exclamar.

Saltó un pesimista, con voz luctuosa, que dijo llamarse Tristán, y que había trabajado media vida en un cementerio y la otra media, en una funeraria, cosa que a nadie extrañó por su indumentaria de duelo, y adujo:

—¿Y el dinero...? Se necesita mucha pasta para realizar eso... ¿Cómo se va a financiar?

Silvia volvió a sacar la vitalidad de una adolescente y con determinación, dijo:

—Haremos una suscripción a través de la elaboración de una página web y un grupo en Facebook que se podría denominar: Empresas con alma, en la que explicaremos los valores éticos y morales que las rigen. Allí colgaremos nuestros proyectos y la gente podrá convertirse en socio desde un euro. También podemos utilizar el *crowdfunding*, la financiación colectiva del micromecenazgo: emprendedores con ideas buscan gente con dinero dispuesta a apoyarlos con pequeñas aportaciones. Luego, con los beneficios, se pueden financiar nuevos proyectos y dedicar una parte para ayudar a los más necesitados, muchos de ellos víctimas de esta maldita crisis que tienen que recurrir a comedores de Cáritas y a la ayuda de otras oenegés. El objetivo es desarrollar una red de empresas cooperativas que puedan satisfacer las necesidades del mercado con nuestra desbordante imaginación y ocupar a más compañeros que hayan colabora-

do en esta utopía. El beneficio se medirá por la felicidad de cumplir los sueños. ¿Quién está de acuerdo? —preguntó ella entusiasmada.

La mayoría alzó el brazo con ilusión. Fue casi unánime. Algunos parecían pletóricos, como si fuesen a iniciar un largo viaje, una aventura fabulosa, y de alguna manera así lo era. El escéptico Tristán dudó:

—Veo que sois unos visionarios que os vais a pegar un batacazo enorme. Se ha de ser realista y no ilusos que juegan con las palabras a levantar castillos en el aire.

Lucía salió en apoyo de su compañera y del grupo que empezaba a construir con la imaginación y la esperanza una escalera hacia el cielo, y contrarrestó:

—No sé quién lo dijo, pero tenía mucha razón cuando aseguró basándose en su experiencia que el fracaso es un camino hacia el éxito.

La proclama arrancó una ovación en un ambiente de euforia colectiva. En un arrebato, Lucía ofreció las dos plantas superiores, en las que había más de diez habitaciones vacías para instalar las oficinas de las nuevas empresas y para que sirviera de arranque hasta que necesitaran más espacio. Silvia, que no quiso ser menos, puso a disposición del grupo los locales sin vender de la inmobiliaria de su marido, para los proyectos que no pudiesen instalarse allí. Era evidente que la suma de buenas voluntades siempre provoca un efecto multiplicador y beneficioso, que empuja a los sueños con más ímpetu que la simple búsqueda de los intereses económicos individuales.

El apesadumbrado enterrador, cargado de negatividad, expresó:

—Me encanta vuestro ingenuo entusiasmo. Uno puede ir de una ruina a otra, de un descalabro a otro, hasta la muerte o el suicidio final.

Silvia replicó con la fuerza y la vehemencia de las mujeres luchadoras:

—Perdona que te lo diga, pero creo que tu peor enemigo eres tú mismo. Si tienes confianza en ti, puedes hacer como

Arquímedes, tomar un punto de apoyo, una palanca, y mover el mundo.

La gente aplaudió a rabiar. Era como un combate de boxeo dialéctico a diez asaltos, que ganaría el que tuviese más fe en sí mismo. Ella le dijo a Lucía que no pensaba tirar la toalla, porque ese tipo se la pisaría y después tendría que lavarla. Tristán, como buen púgil, volvió a la carga:

—Esas son historias de idealistas. Leyendas de tontos y crédulos. Vendedores de ilusiones, que como el humo se va con el aire. El sistema está acabado y nosotros con él.

Era casi inútil debatir con aquel alicaído individuo que se había desahuciado a sí mismo. Ella intentaba trasmitirle cierto espíritu de superación personal, de no rendirse antes de tiempo. Con el ánimo que la caracterizaba perseveró al decirle:

—Cuando uno cae debe levantarse enseguida, como si rebotase, pues si está demasiado tiempo en el suelo, puede que alguien le pase por encima, y lo peor de todo es que conduzca una apisonadora. —Con estas palabras hizo saltar una carcajada entre los presentes. Y sentenció con una frase anónima que leyó en el muro de una casa, a cuyos dueños iban a desahuciar—: Mientras no te rindas... no estás derrotado.

CAPÍTULO 87

Al día siguiente Lucía estaba agotada, pues no había pegado ojo durante la noche, sin parar de pensar en su hija y en la casualidad de que el coche de su exmarido se averiase. Habló con Silvia para organizar los grupos y tomarse la mañana libre. Tuvo la ocurrencia de presentarse en el gimnasio en el que trabajaba y hablar con su jefa. Ella le confirmó sus sospechas. A Kin le habían dado una semana de vacaciones en compensación por los sábados que había ido para cubrir puntuales bajas de monitores. Cuando ella le explicó el engaño, aquella señora seria y de profundas convicciones religiosas, que abominaba de la mentira, no tuvo reparo en hacer constar por escrito la información que Lucía le solicitaba para que la presentase ante el juez en defensa de la custodia de su hija. Y así lo hizo en compañía de su abogada. Le dijeron que era prematuro tramitar una orden de busca y captura, pero aquel incidente le iba a restar muchos puntos en sus pretensiones de arrebatársela. Eso la tranquilizó. Le aconsejaron que si hablaba con él, no dijera nada para que no tomase alguna decisión disparatada, como la de no regresar y quedarse en el extranjero. Eso volvió a angustiarla. Sin embargo, le dijeron que para eso estaba la policía y que no se preocupara, que si sucedía algo así, lo encontrarían enseguida.

Regresó a casa y vio al cartero que iba a meter la correspondencia en el buzón, por lo que aceleró el paso y pudo conseguir

que se las diese en mano. Al ver el ribete de colores del sobre de correo aéreo, abrió ansiosa la carta de su amado. En ella le explicaba que había visitado la Fundación Vicente Ferrer y que estaba gratamente sorprendido por la maravillosa labor que realizaban en Anantapur. Le explicaba que visitó la tumba de Vicente, siempre adornada con caléndulas naranjas, símbolo del espíritu de sacrificio y renuncia que tuvo en vida. Y que fue una persona idealista, valiente, humilde y de gran corazón, que persiguió el sueño de erradicar la miseria y construir un mundo más justo para los desposeídos del planeta. «Lástima que no hubiera unos cuantos centenares como él esparcidos por la tierra», reflexionó Max en la misiva, y añadió que había leído en una de las paredes de la sede una de sus últimas frases: «En la pobreza más extrema, en la humanidad más desnuda, he encontrado la riqueza más grande».

Estrechó la carta sobre el pecho y se sentó a descansar en un banco de la entrada. Llegó su amiga y le puso al corriente de las últimas novedades sobre su hija. Almorzaron juntas y por la tarde realizó las clases de yoga en el jardín, pues la agradable temperatura, cada vez más primaveral, invitaba a ello. Incluso las prácticas de meditación fueron ante un sol crepuscular que la apaciguó.

En la reunión del grupo Invernadero de ideas se quedaron frustradas al ver que Tristán regresaba dispuesto a contagiar su desánimo al resto. El atrabiliario enseguida tomó la palabra y aseveró con escepticismo:

—Ayer me quedé con ganas de decir que es muy fácil alimentar las quimeras, pero en mi vida he visto quebrar un montón de empresas y arruinarse a muchos que querían hacer fortuna.

Silvia no quería entrar en un rifirrafe con él, pero le daba rabia que dejara en el aire su energía cargada de desilusión. Esa fue la razón por la que sacó fuerzas de flaqueza y le dijo:

—¡Está prohibido rendirse! En la antigua lengua y cultura china, «crisis» significa transformación. Tu problema es que te quedas con lo negativo de tu vida y de tus experiencias. Seguro que también has visto gente que le han ido bien las cosas, pero

tu carácter, quizás envidioso y catastrofista, te hace olvidar los logros y los triunfos de los demás. Estoy convencida de que la superación se consigue aprendiendo de los errores para no volverlos a cometer. Recuerda lo que leí en un seminario de jóvenes empresarios: «Si emprendes, nunca pierdes, porque siempre aprendes».

Una corriente de exaltación recorrió la sala y sonó una ovación contundente y atronadora. De repente, pidió la palabra un treintañero:

—Me llamo Héctor, soy informático, y como estoy en paro, os puedo diseñar la página web del vivero de empresas gratis con las conexiones o enlaces a todas las que vayamos creando.

Un aplauso sirvió para dar la conformidad de los presentes, que se iban animando unos a otros. Una señora mayor aseguró que ponía a disposición del grupo el taller que había heredado de su difunto marido, en el que había telares, plegaderas, cizallas y planchas industriales de confección, pues él se dedicaba al negocio textil. Entonces, un escuálido muchacho afirmó:

—Soy autónomo con poca faena y me dedico a las artes gráficas. Tengo máquinas de serigrafía de última generación con las que puedo estampar los versos sobre ropa, bolsos, cinturones y zapatos si fuese necesario.

Tantas ilusionadas adhesiones acallaron los comentarios del deprimente sepulturero de esperanzas, que no paraba de mover la cabeza en sentido negativo. Y a menudo hacía un gesto con los labios de completa incredulidad. Un raquítico adolescente con rastas y aspecto alternativo dio un brinco para levantarse y proponer:

—Planteo que las empresas creadas aquí operen a través de la banca ética.

Una fuerte ovación apoyó las palabras del muchacho. Un hombre, con apariencia de jubilado, empezó a animarse por el triunfalismo colectivo, y sugirió que se podía bautizar a la cooperativa con el nombre de Invernadero de sueños. La idea agradó mucho y el pensionista al que se le había ocurrido dijo que desde que iba allí, en vez de sumar años a la vida, restaba acha-

ques al cuerpo al acumular entusiasmo. Además, se sentía cada vez más joven y con ganas de volver a ejercer su oficio. Los que nunca habían tenido una colocación, la mayoría veinteañeros, protestaron, y el cabecilla de ellos sentenció:

—¡Jo, tío! ¡No te pases...! Solo falta que los que os habéis ido, volváis. Entonces nosotros nos jubilaremos antes de empezar a currar.

Aquel chaval septuagenario explicó que era broma, que ya había cotizado muchos años y no deseaba volver a fichar a la entrada de la fábrica.

El derrotista Tristán, dispuesto a no darse por vencido, volvió a insistir con una lúgubre vehemencia:

—Se necesita mucha suerte para que algo así salga bien. ¡Es muy difícil...! Si hubiese una situación propicia y surgiese una ocasión clara... quizás con tantas circunstancias a favor, se podría intentar.

Silvia respiró a fondo, contuvo su ira y cerró los ojos para no lanzar una mirada en forma de lanzallamas contra aquel agonías, que se merecía ser incinerado antes del funeral. Lucía puso la mano sobre su hombro, y dirigiéndose al irritable adepto de Schopenhauer le citó una reflexión del escritor Anthony de Mello en la que afirmaba, más o menos, lo siguiente: «El maestro con curiosidad preguntó al discípulo: "¿Cuándo piensas realizar tu sueño?". El chico respondió: "Cuando llegue una buena oportunidad". El maestro, sin perder la serenidad y la quietud, le contestó: "Las oportunidades nunca llegan, siempre están aquí"».

—Palabras, más que palabras, todas huecas. Verbo fácil —sentenció aquel tipo cadavérico, casi entre estertores.

—Me sabe mal por ti, porque no harás caso a lo que te diga— replicó Silvia—: Tú mismo te sepultas con la tierra de los suicidas, los que se dieron por vencidos sin luchar. ¡Ánimo! Al resto les recordaré lo que decía C. S. Lewis: «Las dificultades preparan a personas comunes para destinos extraordinarios».

CAPÍTULO 88

Lucía tuvo que esperar hasta el sábado para poder encontrarse con su hija. Cuando la cría vio a su madre se tiró a sus brazos, la había añorado mucho, durante toda la semana. El mal bicho de su exmarido no se dignó a volverla a telefonear con el fin de aumentar su inquietud. Gracias a las técnicas de meditación consiguió no perder los nervios ni la cabeza. El canalla de Kin se vengaba de la buena suerte profesional de su exmujer con evidente mezquindad, al utilizar a la niña de manera descarada para desestabilizarla emocionalmente.

Max había regresado a Bangalore y le envió un mensaje lleno de corazones azules a su teléfono móvil. Quedaron para tener una videoconferencia al día siguiente, que era domingo. Ella no comentó a nadie la cita. No quería tener visitas familiares de sobremesa que se hacían muy pesadas. Llevaban más de un mes y medio sin verse las caras y necesitaba horas para explicarle de forma detallada lo que había sucedido.

Por la tarde, se conectaron y ella se sorprendió al ver que había adelgazado bastante. Él le explicó que donde estuvo había mucha hambre, y antes de que ella tomase la palabra, le quiso dar una buena noticia y le anticipó con ansiedad lo siguiente:

—¡Cariño...! Ayer hablé con mi amigo del bufete de abogados, el que lleva tu caso, y me ha comentado que el proce-

dimiento de tu exmarido iba a quedar suspendido, porque los detectives han averiguado que es cierto que su actual esposa perdió a su niño con apenas diez meses en un accidente de tráfico. El detalle que él no explica es que ella conducía bajo los efectos de las drogas. La tuvieron que operar y a partir de entonces le dijeron que no podría tener hijos. Eso la obsesionó y disfrazada de enfermera robó un bebé en un hospital materno-infantil y la pillaron. Estuvo en un psiquiátrico varios años y cuando salió, lo primero que hizo fue volverlo a intentar. Es una chica psicológicamente desequilibrada. Me parece que él ha tenido muy mal ojo al elegirla, pues es la peor candidata posible para hacer de madre. Incluso me han confirmado que le denegarían una adopción. Así que respira tranquila. Además, el seguimiento que le han hecho a él, siempre metido en el gimnasio, ha llevado a los investigadores a descubrir que distribuye anabolizantes hormonales prohibidos y puede que lo detengan si esa información llega a oídos de la policía, por lo que tiene todas las de perder. En fin, que a partir de ahora, tranquila.

—¡Muchas gracias...! Me quitas un enorme peso de encima. Estaba muy preocupada. Te agradezco tanto que estés a mi lado en la distancia… Contigo me siento segura y protegida. Te quiero mucho, cariño —manifestó ella emocionada entre gimoteos y rompió a llorar a lágrima viva. La congoja que le había atenazado el corazón durante semanas se derramó por sus mejillas hasta dejar bañado su semblante de una angustia que se diluía. Él contempló en silencio la serena belleza de su rostro, que apagado volvía de nuevo a iluminarse.

Lucía le pidió que se cuidara mucho, pues tenía mala cara. Le preguntó cómo le habían ido los últimos días. Él, entusiasmado, le explicó:

—Cariño, he tenido el privilegio de entrevistarme con Muhammad Yunus, el fundador del Grameen Bank, conocido como el banquero de los pobres, al que concedieron el premio nobel de la paz en 2006 por inventar los microcréditos, con los que ha financiado los proyectos de autoempleo de más de dos millones de familias rurales de Bangladés. He conseguido no solo que se

interese en nuestras ilusionantes propuestas, algunas ya hechas realidad, sino que se involucre en ellas y apoye la construcción de escuelas y nuevos hospitales para niños ciegos.

—¡Enhorabuena, mi amor! Me alegro mucho de que tengas el respaldo de una persona tan importante. ¿Cuándo crees que vas a poder venir? —preguntó ella con ganas de abrazarlo.

Él hizo un gesto de resignada amargura y le confesó:

—Precisamente, gracias al señor Yunus vamos a ampliar el proyecto con más clínicas y comedores sociales. Los hospitales que ya funcionan todavía tienen algunos fallos organizativos, y tengo que supervisar los protocolos de actuación. Creo que aún tardaré unos meses en dejarlo todo a punto. ¡Ahora estoy desbordado...! Calculo que en otoño o a final de año podré regresar. ¡Lo siento mucho, cariño!

Las facciones del rostro de Lucía se desvanecieron en una profunda tristeza. Él quiso animarla.

—Ayer cené con un simpático compatriota, Jaume Sanllorente. Hace apenas siete años dejó su cómoda vida en Barcelona, como periodista, para venir a vivir aquí. Se ve que en un viaje descubrió la miseria por la que pasaban millones de niños de este país y se decidió a montar un orfanato público donde acoger a los más necesitados, y creó la oenegé Sonrisas de Bombay.

Ella se sintió reconfortada al conocer que había gente con tanta generosidad que era capaz de dejar su vida y lanzarse a la aventura, envuelta en el idealismo de intentar cambiar un poquito el mundo. Y eso le animó al pensar que su añorado Max estaba haciendo algo parecido.

De repente, Lucía vio en el reflejo de la ventana del hospital la cara de Ágata, vestida con su túnica de monja budista. Unos terribles celos le abrasaron los ojos y las mejillas. Con el corazón encogido y la angustia en la voz, le inquirió con desconfianza:

—¿Está Ágata contigo?

—Sí, te lo iba a decir. La pobre ha traído a uno de los chicos de su orfanato que ha tenido un accidente y puede perder la vista. Mañana le operaremos de urgencia.

Lucía se quedó apesadumbrada, sumida en esa zozobra de pensar que iba a perder su amor, que se iba a quedar con ella para siempre.

Dispuesta a mortificarse más, aparcó aquellas emociones perturbadoras. Había convocado a los alumnos por la mañana, día 5 de marzo, para ir al campo a celebrar juntos la Marzada, importante fiesta local. De paso, pensaban hacer una profunda meditación al aire libre, y así dar la bienvenida a la primavera que en un par de semanas iba a llegar.

Orgullosa observó que en las últimas semanas se habían constituido nuevas microempresas ubicadas en las dos plantas superiores de la enorme casa, por lo que tuvieron que habilitar una puerta lateral con la idea de que el trasiego de los emprendedores de arriba no molestase a las clases de yoga de abajo. En las reuniones vespertinas, que dirigía Silvia, también participaban los que habían desarrollado algún proyecto para explicar la evolución del mismo, las dificultades surgidas y los logros conseguidos. Una señora de aspecto apacible, pelo gris recogido en un moño, ojos pequeños y azules, pidió con melancólica voz la palabra y dijo:

—Me llamo María y llevo mucho tiempo buscando empleo. Ahora estoy en una situación crítica, pues se me ha acabado el subsidio que cobraba y encima tengo que mantener a mis hijas en paro.

—¿Y a qué te dedicabas? —quiso averiguar Lucía con cierta desazón.

—He trabajado toda la vida en una floristería. ¡Es un mundo que me apasiona!

—¡Pues aquí tienes un invernadero para ti! Hace semanas que le doy vueltas a la cabeza sobre cómo mantenerlo en condiciones. Es un espacio muy delicado que necesita gente que lo cuide a diario. Nosotras no damos abasto y veo con tristeza que se empieza a degradar. Había pensado en la venta de flores por Internet, pero hay que buscar la singularidad, ese toque original que nos haga diferentes al resto de ofertas de los demás.

María pareció tener una buena idea, ya que le brillaron los ojos y empezó a resplandecerle el semblante al sugerir:

—Podemos cultivar flores espirituales como las del loto, acompañadas con frases alegóricas de la naturaleza de místicos y grandes maestros hinduistas o del budismo. Pienso que para ahorrarnos el coste del alquiler de una tienda, se pueden ofrecer a través de una página web para enviarlas a cualquier lugar del mundo.

—¡Genial...! ¡Me encanta...! La persona que amo está en la India y no le importará enviarnos cada mes un cargamento de semillas de la flor del loto, nenúfares y otras plantas orientales poco conocidas aquí. Hay un estanque bastante abandonado al fondo de la parcela que se podría cubrir para su cultivo.

—Se os van a morir todas, porque este clima no es apropiado para ese tipo de plantas, que necesitan mucha humedad —alegó el enterrador de sueños, que parecía un alma en pena dispuesto a contagiar su nefasto karma por doquier.

Lucía le contrarrestó.

—Tengo la convicción de que es esa la flor que debemos adoptar como símbolo de nuestro proyecto global. En la mitología griega se decía que hubo un lugar idílico en apariencia, denominado Loto. Se ve que bajo sus verdes prados se escondían tierras movedizas donde se hundió una diosa, y tras ella los que la seguían, es decir, los desafortunados. Pero de ese fango surgió ella convertida en una flor, que tras luchar contra la adversidad en forma de barro, acabó por salir a la luz. Es una metáfora de los que no se dan por vencidos, de los que estando muertos, resucitan.

María estaba radiante de felicidad al ver la defensa apasionada de su idea. Levantó un dedo para tomar la palabra y propuso:

—Tengo dos hijas que saben mucho de jardinería. Una es ingeniera agrónoma y la otra, botánica. Están en paro. Si le parece bien, podrían ayudarme.

—¡Estupendo...! ¡Ningún problema...! —exclamaron ambas al unísono, y Silvia sostuvo—: Al revés. Necesitamos savia nueva, jóvenes con mucha ilusión para convertir las utopías en realidad.

A la mañana siguiente, el día se levantó algo nublado. María llevó a sus hijas para presentárselas a Lucía. El recibimiento fue

muy cordial y tras departir un buen rato, les hizo de cicerone, y les mostró la casa entera. Entraron en el invernadero y la botánica, que se llamaba Azucena, se quedó impresionada y exclamó:

—¡Qué maravilla...! ¡Una cúpula geodésica...! ¡Es preciosa...! El arquitecto ha tenido muy buena idea de crear una estructura abovedada de icosaedros tan enormes, pues, a diferencia del resto de construcciones, esta colosal forma, cuanto más grande sea, mejor resiste el viento, incluso si es huracanado. Y aquí tenemos al cierzo, que es bastante airado, y si sopla fuerte se lleva cualquier edificación por delante.

—Ya veo que te ha gustado mucho, pero aún no has visto lo mejor —aseveró Lucía al mirar de reojo al cielo que empezaba a despejarse ante la aparición del sol. Se dispararon los vaporizadores de agua y, de repente, un manantial luminoso se vertió sobre la bóveda como una cascada, y convirtió los rayos de luz en un arcoíris. Entonces, ella les explicó que entre los cristales de la cúpula habían colocado prismas para crear adrede aquel efecto tan espectacular.

—¡Ohhh, fantástico…! ¡Me encanta...! ¡Esto parece el paraíso…! —exclamó Azucena—. Además, el diseño en forma hemisférica revela que la persona que lo diseñó debía ser también un gran experto en jardinería, ya que ha acertado en las dimensiones de la bóveda. Apenas hay zonas de sombra, lo que multiplica al máximo la capacidad de iluminación solar que reciben las plantas y los enormes beneficios de la radiación ultravioleta.

Begonia, que era mucho más tímida, estaba alucinada con aquel mágico invernadero. Igual que su hermana, se colocó una bata blanca de doctora, extrajo del maletín unos utensilios y recogió en bolsitas diversas muestras, y se las llevó a un improvisado laboratorio que habían montado en uno de los rincones. Mientras tanto, Azucena sacó una brújula, un fotómetro y otros aparatos de un maletín. Parecía una forense en el lugar del crimen, y dictaminó con aire académico:

—La ubicación orientada hacia el sur es la adecuada. Así las plantas quedarán mejor resguardadas del cierzo seco y frío que beneficia a la vid, pero no a las flores. Encima, el cristal es de una

excelente calidad y optimiza al máximo la radiación solar infrarroja, por lo que almacena el calor necesario. ¡Fíjese lo que marca el humidistato...! ¿Ve cómo la humedad relativa está equilibrada? Es la cantidad de vapor de agua que hay en el aire y es la justa para estas plantas.

La joven recorrió con parsimonia los pasillos. En la mano llevaba un medidor que ponía cerca de las ventanas. Dijo que no había detectado fugas de calor, por lo que apenas marcaba fluctuación térmica, lo que permitía conseguir una temperatura bastante estable, eso favorecía el cultivo en tierra y en elevados bancales de una gran variedad de plantas.

Begonia regresó algo alterada con los resultados de sus experimentos, y de manera atropellada comentó a los demás:

—Las muestras que tomé son anteriores al siglo XX, por lo que si la primera estructura geodésica que se creó en el mundo fue la diseñada por Carl Zeiss, para el planetario que construyó en la azotea de sus talleres de cristales ópticos, conocida como la maravilla de Jena, en 1922, entonces la única explicación que hay es que el arquitecto de esta estructura debió inspirarse en el Palacio Imperial de China de la Ciudad Prohibida de Pekín.

Lucía, al escuchar el nombre de Zeiss, se estremeció al venirle a la memoria la conversación que tuvo con Max, cuando le dijo que ese fabricante iba a financiar parte de las clínicas oftalmológicas que pensaban abrir en la India. Parecía que había una conexión invisible desde el pasado con su presente y quizá con su futuro.

Azucena no estaba muy convencida y comentó:

—Quizá fue el propio Zeiss quien se trasladó desde Alemania para diseñar esta estructura como preámbulo o prueba antes de construir la suya en su ciudad. Eso tendría mucho sentido, pues su fábrica de lentes lleva cinco generaciones que desempeña el liderazgo mundial en óptica. Carl, en aquella época, ya experimentaba con juegos de lentes y prismas para crear efectos tridimensionales, que más tarde un físico húngaro utilizaría para inventar los hologramas. Él quizá probó aquí su prototipo y puede que la dueña, al ser inglesa, fuera amiga suya o le dio una fortuna para que diseñara esto. ¡Vete tú a saber...!

—Quizá tengas razón y lo diseñó él —opinó Begonia—, pero lo más fascinante para mí es que en la construcción de este invernadero debió participar gente muy docta, ya fuesen científicos, inventores o eruditos. He comprobado que la mayoría de las superficies están recubiertas con dióxido de titanio. ¿En aquella época...? No ha sido hasta ahora que el grupo de investigación de la doctora Aldade Bilmes ha descubierto que cualquier materia orgánica sobre este revestimiento queda desintegrada cuando la toca el sol, de esa forma no se producen bacterias ni microorganismos en la descomposición y se consigue una completa asepsia. El químico que participó en esta bóveda debía ser un adelantado a su tiempo. La ciencia avanza de manera desigual, y deja por el camino del olvido inventos que tardan siglos en reinventarse.

María, que estaba orgullosa de las elucubraciones de sus hijas, añadió:

—Si queremos cultivar la flor del loto necesitaremos cubrir el estanque para mantener la humedad que necesitan estas plantas acuáticas del Lejano Oriente. ¿Cuándo tendremos las semillas?

Lucía afirmó con seguridad que en un par de semanas les llegarían sin falta. Le había hecho el encargo a Max tras explicarle la apasionante aventura en que se había embarcado.

—En la floristería en la que trabajaba, los lotos nunca se plantaban en macetas cuadradas —siguió María— porque sus rizomas se enredaban en las esquinas, por lo que siempre aconsejábamos utilizar recipientes redondos sin orificios y una capa de agua de tres dedos. Y para los nenúfares hacíamos servir grandes jardineras con agujeros en las paredes laterales de la zona baja. Ahora que lo pienso... necesitaremos cultivar plantas como las *nirioflillum*, que al estar sumergidas oxigenan el agua y evitan la proliferación de cortinas densas de algas que impiden que se desarrolle de manera armoniosa la vida acuática... Me encanta la flor del loto... porque dicen que inspira la serenidad necesaria para tener buena suerte.

CAPÍTULO 89

Aquel día entraba la primavera. Lucía recibió una caja de la India pintada de forma vistosa con elefantes. Presurosa, cruzó el invernadero, atravesó el césped del jardín hasta el fondo y fue al estanque en el que trabajaban de manera frenética los operarios para cubrirlo y trasformarlo en el rincón de las flores espirituales. Entusiasmada, llamó a sus colaboradoras:

—¡Silvia, Azucena, María, Begonia, ya han llegado las semillas de las flores del loto! ¡Contemplad con qué delicadeza ha pintado la caja! ¡Es preciosa...!

Ilusionadas, se juntaron y formaron un corro. Anhelosas abrieron los precintos y, con gran curiosidad, observaron sobre la palma de la mano la magia de las simientes del *Nelumbo nucifera*, el loto sagrado.

—¡Mirad, mirad… cuántos sobres! —señaló Begonia—. Aquí hay uno en el que está escrito *Nymphaea caerulea*, es el nombre del loto azul.

—Ha llegado precisamente hoy, 20 de marzo, el equinoccio de primavera —dijo María—, como si fuese un buen augurio, pues hoy dura lo mismo el día que la noche. Nuestro tiempo astronómico está en equilibrio. Tenemos tres meses por delante hasta el solsticio de verano. Debemos tener en cuenta que a partir de mañana cada día tendrá tres minutos más de luz que la

jornada anterior, hasta que lleguemos a las fiestas de San Juan, en que la noche será la más corta del año.

Con más pragmatismo, Silvia se dirigió a su amiga y le comentó:

—Recuerda que de aquí cinco días, la noche del sábado al domingo tendremos que adelantar una hora el reloj, cuando sean las dos habrá que poner las tres. ¡Ya sé que es una lata...! Te lo digo por si tienes que descontar la diferencia horaria para hablar con tu queridísimo novio, no sea caso de que no hayáis sincronizado los relojes y te dé plantón.

Ajena a lo que se debatía y concentrada en las futuras plantas, Azucena propuso:

—Cuando crezcan deberíamos rasparles la corteza, es decir, escarificarlas, hasta llegar a la carne. Luego sumergirlas en agua durante varios días hasta que se hinchen lo suficiente. Y, a continuación, las tendremos que plantar en macetas con tierra rica en nutrientes orgánicos, con turba y cubiertas con piedrecitas o guijarros para que al sumergirlas en el estanque, no floten. Aquella zona, que es poco profunda, es la más apropiada. Las colocaremos a un palmo bajo el agua hasta que germinen.

—¿En macetas? ¿Quieres decir? —preguntó Lucía incrédula.

—¡Sí! —afirmó Azucena—. Y al mes, cuando aparezcan las primeras hojas, las plantaremos en aquel otro lado, que da mucho más el sol y cubre por encima de las rodillas. Es una zona amplia en donde podrán crecer y extender sus rizomas a lo alto y ancho. La semana pasada analicé en el laboratorio los sedimentos del fondo y descubrí que el sustrato orgánico era muy fértil.

María intervino en la conversación al proponer colocar calentadores con termostatos para mantener la temperatura del agua lo más templada posible y de manera estable.

—¿Y cuándo florecerán? —quiso saber Silvia.

—En estado natural, puedes disfrutar de ellas cuatro meses —aseguró Azucena con tono didáctico—. Desde las últimas semanas de la primavera hasta que el verano se acabe, pero me parece haber oído que vuestra intención es cultivarlas todo el

año. La ventaja de esta flor es que impedirá la propagación de algas y plantas parásitas.

A Lucía se le iluminó el semblante y sugirió:

—Propongo elaborar también el té del loto sagrado. Lo probé en Dag Shang Kagyü y es exquisito, más delicioso y estimulante que el té tradicional, pero sin llegar a la euforia. Provoca un extraño y sutil estado de felicidad.

Azucena, inspirada por sus conocimientos, afirmó:

—Leí una vez que esta flor nació en el antiguo Egipto. Se la conoce como el niño dios de los perfumes, Nefertum, el coronado por el loto azul, porque la delicada fragancia que emana de los pétalos de dicha flor es única. Podemos aprovechar las que mueran, en el cambio de estación, para destilar con alcoholes su aroma y ofrecerlos en frascos, y también se puede elaborar jabones y cremas.

—¡Es una idea genial...! —afirmó Silvia encandilada ante la sugerente propuesta, y sostuvo—: Sería posible hacer una línea cosmética inspirada en la flor, que podríamos denominar Alma de loto o algo similar.

Lucía quiso complementar la idea:

—No sé si será irreverente, pero se podría pintar como anagrama o logo del producto la cara de Buda, ya que para simbolizar la pureza de su mirada se le suele dibujar en Nepal con los párpados y los ojos en forma de pétalos de loto.

Apareció Tristán, que había oído parte de la conversación, y exclamó con mala baba:

—¡Tonterías...! ¡Eso no funcionará...! ¡La gente de aquí, que son muy maños, conoce a la Virgen del Pilar y a cuatro santos más!

—La idea es venderlo por Internet a cualquier país del mundo, y trasmitir el aroma de una flor espiritual a través de perfumes y esencias. Creo que puede tener buena acogida —arguyó Silvia.

Lucía quiso rematar el comentario:

—Además, se difunden los valores del budismo, la religión del equilibrio, de la iluminación, el estado del no ego.

Lucía recordó las palabras de su amado Max y aseveró con añoranza:

—Me enamoré de esta planta durante el pasado verano, al verla en un lago mientras practicaba *kundalini yoga*. Cuando el maestro nos explicó el gran componente místico de esta flor, me quedé fascinada por todo lo que representaba: nacer de la oscura podredumbre de la muerte y crecer en busca de la luz.

CAPÍTULO 90

Las semanas pasaron deprisa. En una de las videoconferencias dominicales, Max le explicó que había visitado el Hospital AIMS en Kochi, Kerala, el cual disponía de más de tres mil camas, y también estuvo en otras clínicas pertenecientes a la misma oenegé creada por la Madre Amma. En dichos centros sanitarios habían atendido de forma gratuita a más de un millón de pacientes. ¡La labor de Amma era admirable! Le confesó que estaba muy animado tras conseguir de ella un gran respaldo a su proyecto. Y con entusiasmo por el encuentro, le dijo:

—La organización que creó hace treinta años otorga ayudas a gente muy necesitada. Realiza campañas de alfabetización de niños y clases de aprendizaje profesional para mujeres. Y además, acoge en sus orfanatos a miles de huérfanos. Fíjate si es enorme su obra humanitaria que en su perseverante lucha contra el hambre da de comer a dos millones de personas al año solo en la India.

—¡Increíble...! ¡Me dejas impresionada...! Nunca había oído hablar de ella. Debe ser como la madre Teresa de Calcula —sugirió Lucía, encantada por su comprometida labor.

—No lo sé... Supongo que sí, aunque no me gusta hacer comparaciones —sostuvo él pensativo, y animado prosiguió—: Es innegable que como misionera, la madre Teresa hizo una enor-

me obra caritativa y ayudó a miles de enfermos, moribundos y pobres de Calcuta y de medio mundo. Su labor fue reconocida cuando le otorgaron el premio nobel de la paz. Recuerdo que a su muerte la beatificó el papa Juan Pablo II y supongo que la Iglesia católica no tardará mucho en santificarla. En cambio, a la Madre Amma se la considera como una santa viva, que desde pequeña dio muestras de una gran devoción al dios Krishna. Aseguran que en sus profundas meditaciones, *samadhi*, ha entrado en estados de éxtasis espiritual y místico.

—¿Cómo los de san Ignacio de Loyola? —inquirió ella, absorta en lo que contaba.

—Supongo que sí. Lo que es cierto e indiscutible es que lleva a cabo una gran obra solidaria. Está considerada como una de las tres representantes más importantes del hinduismo en el mundo. La ONU le concedió el premio Gandhi King a la no violencia. Me parece que entonces afirmó que el ser humano no podía progresar espiritualmente si no desarrollaba un alma altruista.

—¡Estoy de acuerdo contigo! Como dirías en tus clases, cuanto más das, más recibes —aseveró Lucía cada vez más cautivada por el relato de aquella venerable mujer. Y se acordó de la otra, pero no quiso preguntar por Ágata para no atormentarse más.

Él retomó la palabra y embelesado por su recuerdo, le comentó:

—Estuve en Kerala y participé con el grupo de doctores que me acompañaron en un *darshan* o audiencia con ella, en la que había una muchedumbre que esperó durante horas para recibir su bendición individual. Te explico esto porque el encuentro que tuve fue maravilloso, me trasmitió mucha luz. Según me dijo, tiene previsto estar en España, y en concreto en Granollers, los primeros días del mes de noviembre de este año, como suele ser habitual, y allí asistirán miles de personas venidas de muchos países. Sin embargo, de aquí a un mes está invitada a participar en una conferencia internacional en Toulouse. Me reveló que después estaría el fin de semana en el centro que tiene en Piera, cerca de Igualada, Barcelona, para guiar una

meditación entre los olivos que circundan el recinto, porque, según afirmó, es un tipo de árbol que le encanta, al ser muy espiritual. Quizá tenga razón, nunca me había parado a pensarlo, pero Jesús oraba en el huerto de los olivos cuando lo prendieron. Ella también tiene previsto realizar allí un *darshan* para los colaboradores y amigos más cercanos. Sinceramente, me haría mucha ilusión que fueras. Debes confirmar la reserva que ya te he hecho desde aquí. Te he enviado toda la información en un correo electrónico con archivos adjuntos.

Al día siguiente, Lucía le explicó a Silvia la conversación que tuvo con su amado y le pidió que la acompañase. Sin dudarlo, ella aceptó y llamaron enseguida para guardar plaza. La amiga no estaba en la lista, pero la insistencia convenció a los organizadores e hicieron una excepción al comprobar que la reserva de la chica provenía desde la sede de Kerala en la India.

El mes pasó rápido y llegó la fecha del encuentro con la santa hindú. El viernes por la tarde salieron con calma de Zaragoza, y en dos horas y media se plantaron en el Centro Amma de Piera, Igualada. Las alojaron en el *ashram* y asombradas descubrieron que los hombres dormían separados de las mujeres. Las invitaron a participar en el *seva,* que consistía en servir las comidas, y aceptaron. Esa práctica le recordó a Lucía el karma yoga que realizó en Panillo. Las informaron de que al día siguiente, a las seis de la mañana, se realizaría un *archana* o recitación de los mil nombres de la Madre Divina, y a continuación, se llevaría a cabo una meditación. Por supuesto, dijeron que asistirían por curiosidad. Lucía le comentó a su amiga que ella solía quejarse en el centro budista de tener que levantarse tan temprano para asistir a la *puja* de las siete, y ahora descubría que los hinduistas madrugaban una hora más.

Durmieron regular, sobre una colchoneta en el suelo. A las cinco, algunas empezaron a ducharse y el ruido continuado de la cisterna del inodoro junto al sonido monocorde del secador de una rubia obstinada por llevar el flequillo perfecto, las acabó por desvelar. En vez de hacer cola para entrar en el lavabo, la gente se escondía en las habitaciones y cuando se oía abrir la

puerta del aseo, de golpe salían a la carrera para intentar meterse las primeras y dejar con un palmo de narices a las otras. Tras haberse acicalado, Lucía esperó sentada a su amiga. Le fascinó observar que antes de entrar en el templo, la gente metía el dedo corazón en un cuenco lleno de un polvo bermellón, el *kunkun*, y se marcaban en la frente el tercer ojo. Silvia apareció bien arreglada y un viejo las invitó a hacer lo mismo, estamparse el lunar, llamado *bindi* o *tika*, en el entrecejo, en el *ajna chakra*, recordándoles que era el símbolo de la sabiduría latente, donde la concentración mental conducía a otros niveles de conciencia que provocaban una apertura al conocimiento espiritual. En el fondo, se pretendía señalar con ese punto, el lugar dónde estaba el portal de entrada a los mundos interiores.

Entraron en la enorme sala de oración. Enfrente había una gran foto de Amma. A mano derecha se encontraba una exposición de libros sobre la vida de la fundadora y otros, como la técnica de meditación integral Ámrita (IAM). También había inciensos, sandalias, pañuelos de seda y objetos diversos que se podían adquirir tras depositar en una cestita de mimbre el importe. Lucía cogió una postal con la siguiente reflexión de la santa: «Al viajar en autobús, vemos muchas cosas por el camino y las dejamos pasar. Mira los pensamientos de tu mente de la misma manera». Al instante, se acordó del iniciático curso del admirable monje Karma Tenpa, en el que había utilizado una metáfora similar, con la que deseaba manifestar el camino de la meditación para fluir. Era evidente que si ambos coincidían, debían tener razón. En la pared, sobre un cartel había una cita de ella, que expresaba lo siguiente: «A través de la acción desinteresada podemos erradicar el ego que se esconde dentro. La acción del desapego lleva a la liberación».

En medio de la sala, unos músicos tocaban una especie de órgano eléctrico, acompañado del recitado de oraciones de manera hipnótica, como si fueran mantras budistas, pero de forma tan melodiosa que casi invitaban a danzar. Durante la hora que duró el cántico de los mil nombres, la gente sentada sobre un cojín en posición yóguica movía la cabeza, giraba el cuerpo y

alzaba las manos hacia el cielo con gestos armoniosos con los que seguir el ritmo.

Al mediodía llegó una comitiva de coches. Del primero descendió Amma, envuelta en un estado de felicidad espiritual, y detrás una comitiva de fervientes seguidores que la habían ido a esperar al aeropuerto. El centro quedó desbordado por centenares de personas que se presentaron sin avisar, según dijeron, con el deseo de recibir el darshan. Lucía y su amiga no tenían muy claro en qué consistía aquella ceremonia a la que iban a asistir. La muchedumbre inundó el templo y las empujó a las dos hacia adelante. Sin darse cuenta, se vieron metidas en una densa cola de gente que avanzaba hacia Amma, la cual estaba sentada enfrente e iba recibiendo con mucha bienquerencia a los que se acercaban. Era un ritual de apariencia simple, pero bastante afectuoso. Los fieles adeptos que había alrededor acomodados sobre cojines no paraban de entonar *bhajans* o cantos devocionales de la India, a la vez que tocaban diversos instrumentos traídos de allí. Llegó el turno de Lucía y se aproximó con timidez, humildad e inocencia. De repente se puso bastante nerviosa. La santa de la dulce y radiante sonrisa, al darse cuenta, la abrazó acogiéndola en su seno con mucha ternura. Entonces notó cómo le trasmitía la luminosa y profunda energía de un inmenso amor y de una compasión sin límite. Las verdades más profundas emergieron de su ser. Empezó a emocionarse, mientras le latía el corazón desbocado. Y entre gimoteos rompió a llorar de una manera desconsolada, porque se dio cuenta de que en aquel encuentro había recibido a través de ella el cariñoso abrazo de Max.

CAPÍTULO 91

Regresaron a Zaragoza con un agradable recuerdo de la experiencia vivida. Lucía esperaba conectarse aquella misma noche con Max. Quería agradecerle el empeño que puso en que fuera y comunicarle la emoción que había sentido al encontrarse con Amma. Cansada por el viaje, llegó a casa, enseguida le envió un mensaje al móvil y encendió la cámara del portátil para explicarle con detalle la aventura. Estuvieron horas hablando y ella le manifestó que por un lado se sintió reconfortada al notar su abrazo, pero por otro, se le multiplicó la sensación de ausencia. Según Lucía, fue un regalo dulce con un regusto amargo. Ambos se despidieron con un beso lanzado en el aire hacia la pantalla del ordenador.

¡Ring...! ¡Ring...! ¡Ring...!, sonó el teléfono a altas horas de la madrugada y eso siempre suele presagiar malas noticias. Descolgó con cierto temor. Era su tía oscense, que le comunicaba que su abuelo estaba grave y que del Hospital de Huesca lo trasladaban urgentemente al de Zaragoza.

—Enseguida voy para allá. Llámame al móvil a partir de ahora. Nos vemos de aquí a un ratito... —arguyó Lucía desconcertada por tal imprevisto. Estaba tan nerviosa que no encontraba ni los zapatos. Despertó a su prima y le explicó lo acontecido para que se hiciera cargo de la situación. Le pidió que no ex-

plicara nada a su padre ni a su hija para no alarmarlos y que no se moviese de casa por si acaso se producía un fatal desenlace. Quedó en que ya la informaría de lo que sucediera durante la mañana. La joven mostró una gran entereza y responsabilidad. Vestida de mala manera, ella salió disparada escalera abajo, aún con el susto en el cuerpo.

Tardó un rato en llegar, porque con los nervios se fue a un centro hospitalario diferente, hasta que se dio cuenta de su equivocación. Cuando llegó, vio a los familiares en la sala de espera. Con una gran tristeza se abrazaron y le dijeron que su abuelo lo habían ingresado en la unidad de cuidados intensivos. A primera hora de la mañana llamó a Silvia y le explicó lo sucedido. La amiga la tranquilizó al asegurarle que no se preocupase de nada, que avisaría a Chelo, y le pediría el favor que se hiciese cargo de todas las clases. Seguro que aceptaría, porque era una bellísima persona siempre dispuesta a ayudar en los momentos difíciles.

La prima de Lucía le llamó para decirle que su padre estaba muy agitado, porque había tenido una horrible pesadilla en la que había visto morir a su progenitor sin poderse despedir de él. Era evidente que había tenido un sueño lúcido y telepático. Ante aquella circunstancia, decidió ir a buscarlo, quizá para que hiciesen las paces. Llevaban años sin hablarse, precisamente desde que el avariento abuelo se negó a costear la operación ocular de su hijo al no creer que podía quedarse ciego. Tardó un buen rato en recogerlo y cruzar la ciudad, pues el tránsito cada vez se hacía más imposible en la capital maña.

Cuando regresaron al hospital, el doctor revisaba el diagnóstico clínico. Certificó que se encontraba todavía bastante grave, ya que tenía dañados órganos vitales, por lo que podía tardar en fallecer unas horas o unos días, y lo único que podían hacer era calmar el dolor. Lucía preguntó si podían verlo. El médico dijo que solo se permitía entrar a una persona como máximo, salvo en el caso de aquel señor invidente, que por sentido común tenía que ir acompañado. El resto de familiares, que sabían la historia de su desavenencia, le dieron prioridad para que pasase el primero. Ella le cogió por el brazo, le quitó el bastón blanco que

no paraba de mover de un lado a otro, y guiados por una enfermera se dirigieron a la cama donde estaba el viejo conectado a un montón de cables de un sinfín de aparatos. Durante un buen rato intentó hablar con él, pero la sedación era tan fuerte que no respondió. Parecía como si se hubiese caído en un profundo abismo. El padre lo besó en la mejilla y le susurró al oído que lo perdonaba, y que en el fondo lo quería mucho. Salieron afuera para dar la oportunidad a los demás para que entrasen y se despidiesen. La jornada entera fue una continua procesión de visitas. Cuando llegó la noche, Lucía se ofreció a quedarse y hacerle compañía. Aseguró que tenía problemas de insomnio y dormía pocas horas. Ofreció su casa a los familiares de Huesca para que descansasen, pues aquella situación se podía alargar bastante y puede que tuviesen que hacer turnos y relevarse. El padre de ella, que era obstinado como una mula, amenazó con ponerse a gritar si se lo llevaban. Quería estar allí junto a su papito. Utilizó el diminutivo de antaño, el mismo que hacía servir en la infancia para dirigirse a él de forma cariñosa.

Una vez se quedaron solos, ella invitó a su padre a tomar un café, pues la velada se presentaba larga. Fue a la máquina, metió las monedas y apoyó el brazo sobre el aparato como si fuese un amigo con el que iba a compartir la madrugada. Pasado un rato, pidieron permiso para entrar, hicieron las comprobaciones necesarias y les abrieron las puertas. Al llegar a los pies de la cama, ella se dio cuenta de que no pasaría de esa noche. El decrépito abuelo estaba sumido en una lenta agonía, sin sufrir, pero seguramente sin enterarse de que iba camino de la muerte. Lucía se quedó sentada a un lado y su padre, al otro. Ella le cogió y le acarició la mano. Quién hubiera dicho, años atrás, que iban a estar allí en vela para hacerle compañía. ¡Era impensable! Recordó que como nieta la dejó tirada sin dinero, igual que a su hijo. En cambio, ahora lo tenía ante sí, desvalido e indefenso, y por compasión no podía pagarle con la misma moneda. Entonces, su padre se reclinó sobre el lecho al escuchar el sonido silbante del que respira con dificultad, de a quien se le van el aire y la vida por la boca. En voz baja, como si fuese un lamento, empezó a hablarle:

—Querido papá, me acuerdo cuando era un niño y me llevabas a pasear de la mano, y me subías hasta sentarme encima de tu cuello, decías que eso era montarme a colleras, con la intención de que viese el mundo desde arriba. Deseabas que llegase muy alto, pero te decepcioné. Era mal estudiante. ¿Te acuerdas cuando íbamos a buscar la leche al vaquero? Luego regresábamos a casa y en la entrada cogías la lechera de aluminio y empezabas a dar vueltas con el brazo, como si fuese una noria, para demostrarme que no se derramaba ni una gota, debido a la fuerza centrífuga. Ese juego me gustaba mucho. Me acuerdo que una vez me dejaste intentarlo cuando estaba medio llena, y se me cayó toda encima. Te reíste sin parar y a mí no me hizo ninguna gracia. Tengo grabado en la memoria cuando corrías las cortinas y por la noche abrías un armario empotrado, secreto, donde escondías un pequeño arcón lleno de monedas que te ayudaba a contar. Te perdono para que tú me perdones a mí por no haberte llamado en estos últimos años. Estaba enfadado contigo al no haberme ayudado. Tengo demasiado rencor y odio en mi corazón. ¡Perdóname...! Ahora no puedo verte, pero te he visto en sueños en aquella época que aún era un niño y vivía contigo en casa, y te oía roncar, y eso me tranquilizaba al sentirme protegido. Estabas tan cerca, en la otra habitación. Gracias por haberme dado una infancia tan feliz, por cuidarme tanto, incluso cuando estaba enfermo. ¡Te quiero...! ¡Te quiero mucho...!

En las postrimerías del que inicia la desintegración de la memoria y de lo orgánico, el moribundo abuelo debió oírlo desde las profundidades del subconsciente, mientras bajaba las escaleras hacia la finitud, convencido de que moría solo, de la misma forma como había vivido. Entonces, hizo un esfuerzo por regresar, y comenzó a apretarle la mano y a bisbisear algo ininteligible. El padre de Lucía, le palpó con los dedos la cara, tocó sus ojos, recorrió su nariz, buscó sus labios y acercó la oreja para intentar entender lo que decía entre roncos estertores, y entonces el viejo le dio un beso, y susurró en un hilo de voz: *«Yo… también… te quiero»*.

CAPÍTULO 92

El abuelo de Lucía falleció y lo enterraron en el cementerio de Huesca, donde yacía su esposa. El funeral fue sencillo y reunió a miembros de la familia que hacía años que no se veían. Max le dio el pésame y le mandó una corona de flores. Durante semanas, no paró de enviarle mensajes dándole ánimos y se conectaba por videoconferencia a diario, con la intención de que no se sintiese sola.

Un sábado por la noche, Max la avisó de que le urgía hablar con ella cara a cara. Estaba en el centro, pero se había llevado el portátil y rauda puso la cámara. Él estaba sentado de espaldas al Taj Mahal. Iba vestido con un tradicional *dhoti* de algodón blanco con el que estaba muy elegante, porque tenía que asistir a una cena con una personalidad muy importante. Le explicó que acababan de llamarle de Dag Shang Kagyü para decirle que había caído un árbol sobre el tejado de su refugio del bosque. Por si fuera poco, el pronóstico del tiempo alertaba de fuertes precipitaciones a la semana siguiente, por lo que le haría un gran favor si iba enseguida a firmar las autorizaciones que tenía Julia preparadas en la oficina del centro, para que los carpinteros y albañiles empezaran lo antes posible las obras de reparación. Lucía le aseguró que al día siguiente, que era domingo, se lo podía combinar bastante bien e iría por la mañana.

Desde el verano anterior no había vuelto a Panillo. Quizás al tener tan buenos recuerdos, inconscientemente no quería regresar sola para no añorarle demasiado. Dudó en llevar a su hija, pero se quitó la idea de la cabeza al pensar que si veía la casita con el techo hundido, se le quedaría de recuerdo una triste imagen. La dejó en compañía de las primas y de su padre.

Marchó después de desayunar para llegar allí al mediodía. Cuando inició el viaje, tuvo la sensación de repetir la experiencia del año anterior. Condujo con la misma placidez de recrearse en el camino. Pensó lo mucho que le había cambiado la vida en aquellos meses, y aunque no podía sentirse alegre del todo porque le faltaba la compañía de él, estaba satisfecha de haber podido ayudar a tanta gente a superarse. A medida que se acercaba a Graus, una inquietud le recorrió el cuerpo al venirle a la mente un montón de recuerdos muy entrañables. Atravesó la localidad sin querer detenerse, ya que intuía que se iba a emocionar demasiado. Dobló a mano izquierda y al tomar el cruce hacia Benasque vio el Hotel Bodegas de Arnés, El palacio azul. Llegó al desvío hacia el monasterio y, tras dudar, continuó por la carretera hasta la balconada, y al lado de la cuneta aparcó el coche como la primera vez que subió a La Encina. Bajó del auto y empezó a ascender por la ladera. Era como un ritual de buena suerte. El día era soleado y al llegar arriba se le humedeció la mirada al contemplar su mítico valle. Se acercó un poco más al borde del precipicio, cerró los ojos, levantó los brazos como si fuese a lanzarse a volar y en ese instante, antes de que perdiera el equilibrio, alguien la cogió por la cintura, y le dijo:

—¡Mal día para suicidarse, cariño!

¡Era él...! Se abrazaron y se comieron los labios a besos. Asombrada, le preguntó:

—¿Cómo has llegado si anoche estabas en la India?

—Lo tenía todo muy bien organizado —le contestó con una amplia y radiante sonrisa. Y añadió—: Cuando acabé de hablar contigo, me esperaba un helicóptero y me trasladó al aeropuerto, a la zona vip. Allí un empresario maño, con el que había hecho buena amistad, me esperaba. Hacía días que me dijo que

regresaba a casa para darle una sorpresa de cumpleaños a su mujer. Su idea inspiró la mía. Como me invitaba a acompañarle en su jet privado, pensé que la forma de despistarte era hacer la conexión contigo al aire libre, al lado de algún monumento que reafirmara de que estaba en Nueva Delhi. Así, vendrías aquí convencida de que era imposible encontrarme. Hemos aterrizado en Zaragoza esta madrugada y me ha prestado uno de sus vehículos para que viniese aquí lo antes posible. Quería revivir nuestro encuentro de la misma manera.

—Te quiero mucho. Ahora ya soy una mujer feliz —afirmó ella entre sollozos.

—Cariño, te amo con locura. Fíjate si te quiero, que llevo varias horas esperándote, tantas como vidas. Ahora no te muevas. Tengo una sorpresa para ti.

Sacó un pañuelo de seda azul, le vendó los ojos y le dijo que le había traído un regalo que no podía ver. Se alejó un poco y sacó algo que tenía oculto detrás de una enorme roca. Volvió enseguida para que no se impacientase, le colocó algo en la cabeza y no dejó que se lo tocase. Ella no sabía si era un turbante o algo parecido, y la hizo sentar en una especie de columpio, la abrigó por detrás, rodeando con sus brazos su cintura y le dijo con entusiasmo:

—¡Agárrate bien, que iniciamos una nueva vida!

La empujó hacia delante con su cuerpo unido al suyo. Tomó impulso y ambos saltaron al acantilado volando en un enorme parapente biplaza. Ella se quitó la venda al sentir el vacío a sus pies, y se quedó maravillada al contemplar que estaba surcando el valle de los sueños junto a su amado. Una corriente ascendente de calor los elevó a bastante altura. Ella giró el cuello y le dio un emocionado beso, circunstancia que aprovechó Max para decirle al oído:

—Cariño... he regresado porque te amo y quiero tomar refugio en tu corazón para siempre.